3 1761 07032059 3

A 02-33

HISTORIA
GENERAL DE ESPAÑA

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/reinadodecarlosi03gm

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA

ESCRITA POR INDIVIDUOS DE NÚMERO

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

BAJO LA DIRECCIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

DIRECTOR DE LA MISMA ACADEMIA

MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL

Tipografía de El Progreso Editorial, Magdalena, 1.

REINADO DE CARLOS IV

POR

EL GENERAL D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO III

LIBRARY
JUN
1984
UNIVERSITY OF TORONTO

DP
200
G65
1893
t.3.

CAPÍTULO PRIMERO

PROCLAMA DEL 6 DE OCTUBRE

Espíritu público en España.—El Príncipe y la Princesa de Asturias.—La guerra de Austria.—Ulma-Austerlitz.—Ocupación de Nápoles.—El nuevo soberano.—Proyectos ambiciosos de Godoy.—Su fracaso y desquite.—Negociaciones para la paz general.—Conducta de Napoleón con España.—Los Reyes de Etruria.—La Regente.—Muere la Princesa.—Intriga palaciega desconocida.—Cambio en la política española.—Manejos de Godoy.—Guerra de Prusia.—Proclama del 6 de Octubre.—Efectos que produce.—Habilidad ó prudencia de Napoleón.—Consecuencias.—Se reconoce el nuevo reino de Nápoles.—El bloqueo continental.—La expedición española al Norte.

La catástrofe de Trafalgar no produjo en los Españoles todo el efecto que era de temer, ni menos el pánico de que cualquiera otro pueblo se hubiera dejado apoderar. Al morir Carlos III habían perdido la esperanza de una restauración naval, penetrados ya de la idea de que no correspondía la solidez de nuestra fuerza marítima al número de las naves que la representaban; tal era, y la hemos expuesto varias veces, la falta de todo género de recursos de que adolecía para servicio tan vasto como estaba llamada á desempeñar. Con aquel revés, irreparable ya, quedaba cortada la comunicación de la metrópoli española con sus colonias, tan florecientes hasta entonces, privándola del oro y de la plata, con que, no sólo había

Espíritu público en España.

creado su marina militar, sino que podía mal que bien sostenerla. Es verdad que nuestros marinos, inspirándose en su patriotismo y su valor, lograban á veces burlar la vigilancia de los Ingleses, sus enemigos, empeñados naturalmente en privar á España de los tesoros que la venían de Ultramar; pero aquel último desastre fué cerrando más y más el camino á tales expediciones y del todo á las de cuantas materias servían para el fomento de la industria y el comercio, que nuestros torpes Gobiernos no sabían tampoco apreciar como lo hubieran hecho, en su caso, los de otras naciones de Europa.

Los Españoles, con su característico desapropio, no se cuidaban sino de su honra; y, creyéndola bien puesta en la fatal jornada del 21 de Octubre de 1805, dieron por bien perdidas las esperanzas, puede decirse problemáticas, que habría despertado una victoria, con tal de revolverse luego contra quien hubiera podido ser el provocador de tamaña desgracia [1]. Ese era Godoy en opinión de los más, que creían ver el trono hecho sitio de torpes impurezas, anulado el que lo representaba para cuanto su buena intención pudiera inspirarle, y sobreponiéndose á todo y á todos la insolencia más provocadora, el desenfreno de las pasiones más bastardas y las debilidades de una codicia sin límites.

El Príncipe y la Princesa de Asturias.

Pero aun entre los Españoles, que, repetimos, eran los más y pudiéramos decir también los mejores, había uno que, al interés general, tenía que añadir el personal suyo, menoscabado en sus derechos de heredero del Trono, en su prestigio como tal, y en la autoridad, el amor y las esperanzas de sus futuros súbditos. Fernando, cada día más irritado con el desvío de sus padres y la arrogancia del Favorito, se mantenía más y más retraído de los

1 Dice Alcalá Galiano en la continuación de la obra del Doctor Dunhan: «Consoló, sin embargo, á los Españoles de su desdicha saber que sus marineros habían disputado la victoria con valor sumo y digno de mejor fortuna. Hubo, pues, la singularidad de celebrar casi todos los poetas aquella heroica derrota como podrían haber cantado la victoria más señalada.»

MARIA ANTONIA, PRINCESA DE ASTURIAS

PRIMERA MUJER DE FERNANDO VII

(Copia de un retrato de A. Carmiero, grabado por J. Brunate el año 1803.)

esplendores de la Corte, cual si quisiera mostrarse á los Españoles así como preso en su Cuarto con la Princesa, su mujer, á quien, por lo mismo, parecía amar con afecto mayor, en proporción á las desgracias que la afligían y al rencor bien manifiesto en ella hacia los que se las causaban. Y si con sus revelaciones, ya lo hemos dicho, á la reina de Nápoles, su madre, daba María Antonia á conocer la afición en ella ingénita á los intereses británicos, dominantes en su patria, en España se había hecho centro y puede decirse que cabeza del partido que, al ser el que defendía los derechos de D. Fernando, se inclinaba más á un acuerdo con la Gran Bretaña. No se podían ocultar á los partidarios del Príncipe de Asturias los manejos de Godoy para asegurarse la amistad de Napoleón, de quien esperaba las mayores seguridades de protección contra sus enemigos de España y hasta la posición soberana á que aspiraba para ponerse á salvo de todo género de peligros cuando le amenazara de cerca el de la muerte ó la desgracia de nuestros Reyes, único apoyo suyo ínterin viviesen y se mantuvieran en el trono [1]. No se conspiraría en el cuarto del príncipe Fernando; pero en el desbordamiento de las pasiones de los que formaban la pequeña Corte, creciente por días, que en él se hallaba constituída, aún vigilada por el odio y el miedo, se estaba muy cerca de recurrir á medios que, por lo extraordinarios, ofrecerían la apariencia de una próxima y formal conjura. La Princesa, si ya no satisfecha con la manera de ser de la Corte española, tan opuesta á sus gustos, verdaderamente delicados, á sus conocimientos no comunes y á las costumbres de la en que había nacido y educádose, sentía, además, repugnancia suma á cuanto le era dado observar, ya en la cámara real, antro de corrupción, de estúpidas debilidades y de intrigas urdidas por el odio y por la negación de todo sentimiento natural y tierno, ya en derredor suyo, donde hervían las pasiones más

1 «En la fuerza todavía de su edad, Godoy, dice el general Foy, veía ante sí un porvenir largo, nebuloso y, por consiguiente, amenazador.»

exaltadas, el despecho, el rencor y el miedo, á la vez, á un más adelante, todavía más aterrador que su vergonzoso presente. Tanto disgusto y el espionaje de que era blanco, fundado, eso sí, en el conocimiento de las confidencias secretas con su madre, pero que en su carácter, harto vehemente, le parecía injusto y humillante, así para ella como para el Príncipe, su esposo, á quien veía privado de toda participación en los asuntos públicos en que ya, á sentir suyo, debiera intervenir, iban minando aquella naturaleza ardiente hasta hacerse febril con frecuencia y por días más y más alarmadora. Y D. Fernando, cada vez también más enamorado y afligido ante tales síntomas, precursores á no larga fecha de su desgracia, exageraba la de su situación personal y política en la Corte y en el mundo, dentro y fuera de España, cuyo cetro creía ver arrebatársele, según sus allegados más próximos y sus amigos ó partidarios se empeñaban en vaticinarle. Había presenciado escenas harto agrias entre la madre y la nuera para que no le impresionaran rudamente; y aun cuando no toda la razón estuviera en ocasiones de parte de su mujer, el entrañable cariño que la tenía y los recelos que abrigaba respecto al de María Luisa, los proyectos que á ésta y su valido se atribuían y la vergüenza de posición tan desairada como la suya, le apartaban del afecto y aun de la comunicación naturales; manteniendo tan sólo, del afecto, el aparente de sus conexiones, y de la comunicación, la imprescindible de los actos oficiales.

De ahí la lucha sorda entre la cámara real, sosteniendo el Valido en ella su inclinación á la alianza francesa, y manifestándose el Cuarto de los Príncipes partidario de la inglesa á toda costa. Daba fuerza, en un principio incontrastable, al partido de Godoy el emperador Napoleón, admirado en España cuanto temido en el resto de Europa. Al de Don Fernando animaba la esperanza de un futuro, quizá próximo, si bien debilitada por los ultrajes recibidos de Inglaterra y por la reciente y terrible catástrofe de Trafalgar.

No tardaría, sin embargo, en verificarse lo que vulgarmente se suele llamar un cambio de decoración en la escena política de nuestra patria, apareciendo repentinamente trocados los papeles en los principales actores que debían dirigirla.

Un suceso, si no imprevisto del todo, sorprendente siempre y por demás lamentable, vino, con efecto, á preparar aquel cambio, ya que no á determinarlo inmediatamente: la muerte de la Princesa de Asturias.

Mas no anticipemos los sucesos.

La guerra de Austria.

Napoleón, al tener conocimiento del combate de Finisterre y de la retirada de Villeneuve, primero al Ferrol y después á Cádiz, había perdido la esperanza de su proyectado paso á las Islas británicas, y resuelto, según también hemos dicho en el tomo anterior, vengar tal fracaso en los enemigos que se pusieran al alcance de sus armas. Y no parece sino que todos corrían á ofrecerse en holocausto á sus iras. Los Suecos y los Rusos se disponían á avanzar por el Hannover, y Rusos también y Austriacos por el valle del Danuvio; por Lombardía atacarían los Austriacos solos, puesto que allí no cabía otra combinación de las fuerzas coaligadas, y en el Mediodía de Italia operarían los Rusos y Napolitanos con el auxilio de las naves británicas del Mediterráneo. Era una nueva coalición, más temible que todas las anteriores, pues que coincidía con una empresa tan grandiosa y de éxito tan dudoso como la de Napoleón al intentar el ataque á la Inglaterra con casi todas las fuerzas disponibles del reciente Imperio, ni reconocido de todos, ni asentado aún sólidamente en la misma Francia.

No tardó Napoleón en comprender las dificultades de su posición; y para arrostrarlas y vencerlas, lo mismo que en París, donde echó de menos los antiguos entusiasmos que inspiraba su presencia, en los vastísimos campos que se abrían á la explosión de su extraordinario genio militar, tenía á los veinte días de abandonar la costa de Boulogne la mayor parte de su ejército en el Rhin, entre Basilea y Ma-

guncia; esto es, haciendo frente á cuantas invasiones pudieran intentar sus enemigos de todas partes. Aquellas tropas, que entonces recibieron el pomposo y después histórico nombre de *El grande ejército (La grande armée)*, se organizaron en siete cuerpos mandados por Bernadotte, Marmont, Davoust, Soult, Lannes, Ney y Augereau.

¡Qué no podría hacerse con tal capitán á la cabeza, seguido de tenientes ya tan acreditados en cien campos de batalla!

Ulma. La primera víctima, verdaderamente propiciatoria, que se ofreció ante aquel semidios, representación del Genio de la Guerra en los tiempos modernos, fué el general Mack, que con 80.000 hombres de todas armas se había adelantado hasta Ulma, así como de vanguardia del grande ejército ruso y de las reservas austriacas que estaban organizándose á sus espaldas. Mack esperaba á Napoleón á la salida de la Selva Negra; y Napoleón la envolvió, y por Franconia se interpuso entre Mack y su base de operaciones, obligándole á rendirse el 19 de Octubre de 1805. Pocos días después recibía la triste noticia del desastre de Trafalgar; y

Austerlitz. cierto ya del fracaso de sus proyectos marítimos, y cierto también de la confianza que inspiraría tal revés á sus enemigos del Continente, se resolvió á vengarlo de modo que no quedara en duda ni por un momento su prepotencia en Europa. El 13 de Noviembre entraba en Viena, el 20 en Brünn y el 2 de Diciembre reñía en Austerlitz la descomunal batalla de los *tres Emperadores*, en que, después de vencidos y fugitivos los de Rusia y Austria, pedía éste la paz y firmaba el 26 de aquel mismo mes el tratado de Presburgo, abandonando al vencedor los Estados de Venecia con la Istria y Dalmacia, el Tirol, la Suabia austriaca y Baden, magníficos trofeos que se repartieron entre los aliados y hechuras de Napoleón. Pero no satisfecho éste con esos desmembramientos del Austria, la rival secular de Francia, ni del nuevo régimen que se proponía imponer á la Confederación del

Rhin, de la que hizo luego un valladar contra Prusia, que sabía estar dispuesta á la guerra, resolvió la expulsión de los Borbones italianos de Nápoles para entregar el cetro de aquel reino á José, su hermano mayor, al tiempo mismo que adjudicaba á Luis el de Holanda para tener de todos modos en jaque á sus enemigos de Alemania hasta el Vístula y el Niemen.

Ocupación de Nápoles.

En los primeros momentos de su triunfo no dió publicidad á la proclama de 27 de Diciembre, en que ponía de manifiesto la resolución de acabar con la dinastía de Nápoles, achacándole su intervención contra Francia en las primeras campañas de Italia, en la de Marengo, en sucesos posteriores que habían llevado las tropas de la Gran Nación á las puertas de la capital Parthenopea y en la misma campaña que había terminado con la paz de Presburgo. «¿Perdonaremos, decía en aquel documento firmado en el campo imperial de Schoenbrunn, perdonaremos por cuarta vez? ¿Nos fiaremos por cuarta vez de una Corte sin fe, sin honor y sin razón? No, no. Ha cesado de reinar la dinastía de Nápoles; su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y el honor de mi corona. Soldados, marchad, precipitad al mar, si es que os esperan, esos débiles batallones de los tiranos del mar y mostrad al mundo de qué manera sabemos castigar á los perjuros.» Y como si ya tuviese decidido á quién había de entregar el trono que así derribaba, añadía: «Soldados, mi hermano irá á vuestra cabeza; conoce mis proyectos; es el depositario de mi autoridad; tiene toda mi confianza; rodeadle de toda la vuestra.»

Á esa proclama, que hizo pública el *Moniteur* el 1.° de Febrero de 1806, sucedió una larga serie de comunicaciones dirigidas al en ellas titulado *príncipe José*, que se fué á poner efectivamente á la cabeza del ejército acantonado en Roma. En ellas, Napoleón le iba, así como por etapas, instruyendo de sus intenciones y dictándole medidas para echar de Nápoles á sus legítimos reyes y aun emprender la conquista de Sicilia,

limpiar el país de *lazzaronis* y espías, acometer el sitio de Gaeta y ejecutarlo debidamente; dando siempre al frente de las tropas, le decía, muestra del valor y la inteligencia propios de un soberano francés. Y si en un principio, el 9 de Febrero de 1806, le hacía llamarse Gobernador general de los reinos de Nápoles y Sicilia, y luego, el 18, le anunciaba que Prusia había ya reconocido todos sus arreglos de Nápoles y podía firmarse *José Napoleón* «il est inutile, le decía, mettre *Bonaparte*», el 11 de Abril le titulaba ya Rey de Nápoles y se dirigía á él como tal soberano al indicarle los puntos en que establecer las baterías para la toma de Gaeta.

El nuevo Soberano.

No contribuiría poco al apresuramiento con que llevaba en Enero de 1806 las operaciones contra el rey de Nápoles alguna correspondencia de Godoy; porque consta en la de Napoleón un despacho en que, con fecha del 2 de Febrero, se dice al Valido español: «No me admira nada de parte de la reina de Nápoles; y, sin embargo, he temblado á la sola lectura de vuestra carta. Tengo un verdadero consuelo sabiendo que Sus Majestades están bien. Jamás dudéis del interés que me inspiráis ni de mi deseo de daros pruebas de mi protección, como tampoco del afecto y la amistad que siento hacia el Rey.»

Proyectos ambiciosos de Godoy.

¿Qué de nuevo, qué de extraordinario, ignorado ó no presumido por Napoleón, podría Godoy escribirle de la reina Carolina? Nuevo y extraordinario y tremebundo debía ser para que hombre del temple del Emperador francés se dejara imponer de la manera que hace conjeturar el despacho que acabamos de traducir. D. Modesto Lafuente, en su *Historia general de España*, lo ha hecho público con el descubrimiento de la Correspondencia de D. Eugenio Izquierdo en el archivo de nuestro Ministerio de Estado. Dice así el ilustre historiador en el cap. XVIII de su obra, referente á la *Edad Moderna:* «Á pesar de mis deseos de hallar, señor, una ocasión de dar á V. M. I. y R. el parabién por sus victorias, no me hubiera atrevido hasta el

regreso á París de la persona conocida de V. M. (Izquierdo), y esto por el intermediario de quien ella se ha valido hasta ahora (Duroc?); pero un suceso de la mayor importancia, y que me es imposible ocultar á V. M., porque tiene ó puede tener relación con otros que son objetos de sus miras, me impone el deber de presentarle mis respetuosas felicitaciones y mis homenajes.» «Y procedía, continúa el Sr. Lafuente, á denunciarle una trama de la mayor gravedad que decía haberse estado urdiendo entre la reina de Nápoles y la Princesa de Asturias, su hija, trama que ponía diariamente en peligro la vida de sus soberanos y la suya propia, pero que felizmente había sido descubierta por la sagacidad de la Reina. Y concluía diciendo que no confiaría el secreto sino á una sola persona en el mundo, al Gran Napoleón, que le había prometido defenderle contra todos sus enemigos exteriores é interiores.»

He aquí explicado el despacho de Napoleón.

Pero hay otro posterior que también exige algunas aclaraciones, que pueden hacerse gracias también al mismo diligente y eximio historiador. Ese despacho, que no deja de tener conexión con el anterior, pues que revela el fin ambicioso á que podían ir dirigidas las arteras y calumniosas manifestaciones de Godoy, se refiere á proyectos discutidos en París para una invasión en Portugal y el reparto de sus varias provincias. El despacho es de 14 de Abril, va dirigido por Napoleón á M. Lacépède y dice lo siguiente:

«M. Lacépède enviará esta nota á su corresponsal:

»Sería necesario saber con precisión de qué manera deberán dirigirse las operaciones contra Portugal. Si el Rey de España deseare intentar una empresa contra Portugal, ¿podría hacerlo solo? ¿Podría prescindir de las tropas francesas? Y si tuviera necesidad de tropas francesas, ¿cuántas le convendrían?»

Esta noticia, que parece debiera sorprender por lo nueva á la vista de los documentos anteriores á los presentados

por el Sr. Lafuente, tiene un antecedente en la Correspondencia de Napoleón, antecedente que sorprende aún más, pero que explica el silencio, sobre ese punto, de Godoy en sus Memorias y la falsedad de sus jactanciosas protestas sobre las aseveraciones y juicios del conde de Toreno en su magistral *Historia del levantamiento de España en 1808*. En una *Nota* del 6 de Febrero, dirigida al mismo Sr. Lacépède, se dice: «El Emperador apoyará con toda su influencia y, si es necesario, con las armas, cuanto el Príncipe de la Paz quiera hacer relativo á Portugal. Está dispuesto á firmar y á tomar todos los compromisos que con ese objeto juzgue necesarios el Príncipe de la Paz.»

Luego partió de éste la iniciativa de los tratos que se hallaban en plena negociación por Junio de 1806, fecha de los documentos oficiales publicados por el Sr. Lafuente. Ellos revelan por modo irrecusable que se trataba de la conquista de Portugal y de la división de su territorio en tres zonas, de las que una sería para España y las otras dos para constituir otros tantos reinos para el soberano de Etruria y el Príncipe de la Paz, el que luego negaba descaradamente hubiera pensado en tal cosa [1].

He aquí los documentos que no pueden relegarse á una nota y menos á un apéndice por su grande importancia para

1 Dice Godoy en sus Memorias, dirigiéndose al conde de Toreno que le achacaba la concesión de los millones á que redujo Izquierdo el subsidio exigido por Napoleón, *contando ya con ser ensalzado á más eminente puesto en trueque del servicio concedido*: «¿A qué puesto, hombre falaz, á qué altura ó qué eminencia ansiaba yo subir por aquel medio? ¿Fué al señorío de los Algarves, donde pasado más de un año concibió Napoleón por un momento la idea de desterrarme y de quitar un grande estorbo á sus designios? ¿Qué antecedente, qué suceso ó qué motivo había en la primavera de 1806, ni aun para imaginar aquella grande intriga que el Emperador de los Franceses discurrió en Octubre de 1807?»

Y añade luego: «No, no lo había más eminente que aquel puesto de honor que yo tomaba resistiéndole en rostro, y sosteniendo así la dignidad, los respetos y el decoro de mi señor y de mi patria. Yo no sabré decir si el conde de Toreno entiende bien este lenguaje.»

¡Se necesita descaro para escribir así! ¿Supondría Godoy que no quedaba en España resto alguno de las comunicaciones suyas con Izquierdo?

la historia de los días en que comienzan á vislumbrarse los intentos de Napoleón contra la independencia de España:

«*Izquierdo al Príncipe de la Paz.*—París 7 de Junio de 1806.—Mi venerado protector: El 2 á las cinco de la mañana llegó el correo de Araujo con el pliego de V. E. de 26 de Mayo. Como los celos del embajador inquieren todos mis pasos, y el mariscal Duroc estaba en el sitio de Saint-Cloud, suspendí el verle hasta el 3 por la noche. Llevé traducidos y recopilados los artículos fijados por V. E., ejecuté cuanto me estaba prevenido, informé de nuestro miserable estado actual. Omito la conversación, porque seis pliegos no bastarían para narrarla. El mariscal Duroc no es novicio en negociaciones: tenía bien estudiado el punto y bien meditadas las instrucciones del Emperador. El resultado hará ver á V. E. que he tenido presente lo que ahora se ha servido comunicarme y lo que me ha dicho desde que confió á mi lealtad tan grave negocio.=Vistas mis réplicas y observaciones, dijo el mariscal necesitaba informar de ellas al Emperador, y quedamos en que me comunicaría la resolución de S. M.=El 5 recibí el adjunto papel núm. 1.°: concurrí á la cita, la conferencia fué larga, y lo ventilado, como lo consentido, como lo repugnado, lo que sigue:

1.° Irán veinte mil hombres, diez mil por los Pirineos Orientales, diez mil por los Occidentales...

2.° Afianza el emperador que ni ruso ni inglés desembarcarán en España ni en Portugal; pero si acaeciese, lo que mira como imposible, se obliga á enviar para recibirlos (se sabrá con tiempo), ó para mejor echarlos, cuantas tropas sean necesarias, y esto á su costa en un todo; pues da su garantía la más formal de que tal invasión no costará un maravedí al erario español.

3.° Cuarenta y cinco mil españoles y los veinte mil franceses bastarán para conquistar Portugal, que no está como en otros tiempos, y carece hoy de regimientos ingleses, de emigrados, etc.

4.° Que si las tropas de Etruria nos hacen falta, podremos llevarlas.

5.° Que el general que irá con los veinte mil franceses, no ha de estar sino á las órdenes del Príncipe de la Paz.

6.° Que el emperador pagará los sueldos de estas tropas hasta que entren en Portugal, y el rey de España las mantendrá con raciones de paja, cebada, vinagre, etc., como al tiempo de firmar el artículo se individualizará.

7.° Que en entrando en Portugal, sueldos, manutención y coste saldrán de las contribuciones que se levanten en el país.

8.° Que sean para el Emperador los navíos de guerra portugueses que se encuentren en los puertos de Portugal.

9.° Que de las mercaderías de propiedad inglesa que se tomen en Portugal, se dé á las tropas francesas la prorata á proporción de su número con respecto al del ejército español.

10. Que de empezada la guerra hasta la entera conquista de Portugal, no pueda hacerse la paz.

11. Hecha la conquista, las tropas francesas evacuarán Portugal; se les dará al salir por vía de recompensa seis meses de paga.

12. Conquistado Portugal, la soberanía pertenecerá indivisiblemente á España; pero se dividirá en dos partes para dos príncipes reinantes, el Príncipe de la Paz y el rey de Etruria, quien está en Italia aislado y rodeado de Estados cuyo gobierno y leyes son enteramente diferentes

13. Que la casa actual de Portugal sea enviada á las posesiones del Brasil.

14. Nada quiere el emperador de las colonias portuguesas. Dice que para apoderarse de ellas necesita de quince mil hombres, y que si tal ejército suyo pudiese ir al otro lado del mar prefiriría invadir y tomar una posesión inglesa.

15. Desea el emperador un rincón en Guipúzcoa, el

puerto de Pasages, para que la línea de límites, dice, divida más bien los dos Estados.

Preguntado si podía firmar estos artículos, he dicho que no, que ni tenía ni podía tener instrucción alguna concerniente á lo de Etruria y Guipúzcoa; que estos dos puntos acongojarían á nuestro Gobierno; que habiendo asegurado Su Majestad Imperial nada quería para sí de las conquistas de Portugal, hacer ahora de ella una compensación del reino de Etruria sería manifestar miras de antemano premeditadas, y que esto sería muy sensible para nuestra corte. He añadido que á la Francia sería útil la isla de Madera, las posesiones portuguesas de la costa de África; me he negado absolutamente á la cesión de la más mínima cosa nuestra: hé pedido por gracia que alejen de mí tal deshonra; he suplicado que dejen tranquila á la tan digna como tan poco afortunada reina de Etruria; he expuesto, á mi parecer, cuanto convenía; se me ha respondido que más vasallos que en Toscana tendría el rey de Etruria en las provincias Entre-Duero-y-Miño, Tras-los-Montes y Beira, dejando las de Extremadura, Alentejo y reino de Algarbe para el Príncipe de la Paz; pero mi honor y mi celo me han obligado á oponerme al cambio de Etruria por las provincias mencionadas; y para que la negociación tome otra dirección, he dicho que las provincias de Beira y Tras los-Montes podrían darse á la casa actual de Portugal con el título de príncipes de España ó con otro título equivalente, considerándolos como de nuestra casa real, como príncipes ó infantes hijos de nuestros reyes, olvidando lo hecho por la casa de Braganza en 1640 y reduciéndola á lo que entonces era; que la provincia Entre-Duero-y-Miño, á causa de la costa, para defenderla de los ingleses, podría destinarse para uno de nuestros infantes, etcétera. Que el emperador podría disponer de las colonias portuguesas, y enviar á ellas la casa de Portugal tenía sus inconvenientes, pues ayudada, podría formar un imperio, fatal á España y dañoso á la misma Francia...

Habiendo noticiado al mariscal Duroc que partiría un correo con motivo del rey de Holanda, me escribió ayer el papel número 2.° (el nuevamente nombrado es su suegro Hervas). Pasé á ver al mariscal Duroc, me notició que S. M. I., apreciando mis observaciones, admitía las colonias portuguesas; que la línea divisoria se tiraría como España pidiese; que convendría antes ó al tiempo de invadir Portugal, enviar al Brasil una escuadra; que el emperador tiene cinco navíos en Cádiz, que nosotros tenemos algunos, y siete ú ocho en Cartagena, y que hay la escuadra de Rochefort, navíos en Tolón y Brest, y tropas en las costas del Océano y Mediterráneo, etc...

Si V. E., por disposición de SS. MM., á quienes de la negociación llevada á feliz término por V. E. resulta la conservación de sus Estados y la gloria de reunir bajo su imperio todas las Españas, me hubiese dado instrucciones para que el rey nuestro señor tomase el título de emperador, V. E. el de rey ó príncipe de la Lusitania Meridional ó de la Extremadura Portuguesa ó del Algarbe, etc., tal vez hubiese yo conseguido todo esto...—*Eugenio Izquierdo.*»

Era muy difícil que una persona de mediano juicio tomase en serio ese fárrago de cláusulas y condiciones, de cuya redacción bien pronto se comprende quién fuese el autor, por lo torpe de la intriga y lo ampuloso y afectado del estilo, perfectamente conocido. El pobre Izquierdo, todo lo *sabio* que se quiera, *literato grandemente reputado*, como le hace Godoy, *de conocimientos vastos en ciencias naturales y nada extraño en las políticas*, se vería y se desearía para, con los instrumentos groseros que se le daban en negociación tan delicada y trascendental, servir á su *venerado protector* y á su rey, á la vez, y á la patria. Tenía que habérselas con gentes de mucho más sentido, de larga experiencia é intenciones aviesas, hábiles en el arte de disimular, de entretener y seducir, no ya á incautos como nuestros dos flamantes estadistas que ahora les disputaban el lauro de una batalla di-

plomática, sino á hombres expertos, educados en escuelas muy acreditadas y avezados á dar vado á todo género de empeños los más arduos en la política y la diplomacia. Esas gentes, regidas por quien contaba con el más robusto elemento para las contiendas internacionales, con la fuerza, y, con ella, un prestigio que subyugaba todo, cálculos, habilidades y osadías, no tardarían á responder con su sólido juicio y su incontestable sentido práctico á las fantasías de la ambición que dictaban aquel desgraciado proyecto. Y Talleyrand, el ministro tan celebrado por sus sutilezas y falacias, dirigido por el no menos artero Napoleón, se encargó de, con las seducciones de su genio y la fuerza que le transmitía su poderoso amo, entretener una negociación, cuyo curso tendría entonces que combinarse con el de otras, como luego se verá, de mucha mayor importancia para el Emperador de los Franceses. Talleyrand, pues, dando con su genial desenfado al asunto un giro al parecer resueltamente práctico, rápido y halagador para Godoy, y haría creer que para todos, ganó tiempo para el que Napoleón necesitaba; dejando así en suspenso una gestión que parecía terminada felizmente. Y sin embargo «Eso es ir al grano», diría Godoy al recibir de Izquierdo la carta siguiente:

«París, 15 de Junio de 1806.—M. de Talleyrand, á nombre del emperador, propone, para que eternamente haya alianza y unión entre ambas coronas:

1.° Que el rey nuestro señor se declare, si gusta, emperador de las Españas y de las Indias.

2.° Que quede eternamente unido el Portugal á España, constituyéndose el sistema federativo, símil de Francia.

3.° Que se reparta el Portugal en dos porciones.

4.° Que una se dé al rey de Etruria, con título de rey.

5.° Que se dé otra al príncipe de la Paz con, título de rey igualmente.

6.° Que las provincias Entre-Duero-y-Miño, Beira y Tras-les-Montes, sean para el rey de Etruria.

7.° Que las de Extremadura portuguesa, Alentejo y los Algarbes sean para el príncipe de la Paz.

8.° Ó si no, que los Algarbes, una parte de la provincia de Alentejo y otra de la Extremadura portuguesa hasta el Tajo, tirando una línea de Oriente á Poniente, que rematará en Aldea Gallega, sean la suerte del príncipe de la Paz; la parte de Alentejo y de Extremadura de Portugal, que forma una faja hasta Lisboa, la guarde el rey inmediatamente á causa de esta ciudad, y que Duero-y-Miño, Beira y Tras-los-Montes, sean la suerte del rey de Etruria, quien nunca debe poseer á Lisboa.

9.° Que el reparto se haga como ahí más convenga; pero dejando siempre al príncipe de la Paz un buen Estado que pueda gobernar por sí, aunque enlazado en el sistema federativo del imperio de las Españas.

10. Y hecha por mí la reflexión de que, dado que España condescendiese con los deseos del emperador, el miserable socorro de veinte mil hombres cómo podría mirarse como equivalente compensación... ha convenido el ministro en que el Emperador ayudará con cuantas fuerzas se pidan, el todo á costa, etc.

11. También ha asegurado la garantía de S. M. para todas nuestras posesiones y para Portugal.

12. Me ha dicho de orden del emperador que la actual familia de Portugal debe ir al Brasil, y que los límites de la América Meridional se han de arreglar como España pide.

13. En fin, me ha encargado informe prontamente de todo á SS. MM. y á V. E. para que sin pérdida de tiempo tenga este negocio una conclusión tan ventajosa á todos. Ha finalizado su discurso con este apóstrofe: «Usted ama á su rey, á su patria, la defiende bien, mira por ella; usted ama al príncipe de la Paz, proporciona á su amigo una corona, á su rey y á su patria un imperio duradero. ¿Qué más puede desear? ¿Significa algo la Toscana? Á ello...» Así concluyó nuestro coloquio.»

¿Se puede tratar á un hombre ni un asunto de tamaña importancia más *cavaliérement*, como diría para sí el obispo apóstata de Autun?

Su fracaso y desquite.

Pero, ¿es que Napoleón tomaría en serio, al menos por el pronto, el proyecto sugerídole, sin duda, por Godoy al recibir las muestras de benevolencia que, no sin intermitencias, le dirigía el omnipotente Emperador de los Franceses? Porque en los días á que se refiere tan rara negociación, más que cosas de España se trataban en Saint-Cloud las para la consolidación del tratado de Presburgo importantísimas de los recelos que provocaba la Rusia con sus vacilaciones para ceder las bocas del Cáttaro y sus manejos en Servia y Valaquia á fin de que sus príncipes se rebelaran contra el Sultán su señor, aliado íntimo de la Francia; el establecimiento de José en Nápoles, combatido desde Gaeta por una resistencia verdaderamente inesperada y amenazado por los Ingleses con sus naves y las tropas de desembarco que llevaba en ellas el almirante Sidney Stmth; el arreglo de la cuestión del Hannover, tan disputado por Inglaterra y Prusia, y tantas otras, en fin, de las que la más insignificante, quizá, por lo fácil sería la formación del reino de Holanda y su entrega á Luis, el penúltimo de los hermanos de Napoleón. Claro es que con esas cuestiones andaba mezclada la del destino de Portugal, puesto que, según hemos dicho, se discutía la de las fuerzas combinadas que serían necesarias para la conquista de este reino; pero debió tomarse por tan secundaria que no se ha publicado en la Correspondencia de Napoleón un sólo despacho que se refiera al proyecto de satisfacer tan espléndidamente las ambiciones del Príncipe de la Paz. Ese proyecto tuvo una como si dijéramos resurrección en Octubre de 1807, al redactarse el tratado último de Fontainebleau; pero en Junio de 1806, fecha á que se refiere la negociación de que ahora se trata, sólo debió dársele en el Gabinete francés el carácter de un pensamiento subordinado al tiempo y á circunstancias de un desahogo en la política internacio-

nal, de que distaban mucho las entonces apremiantes que acabamos de enumerar.

El mismo tono usado por Talleyrand en su conferencia con Izquierdo lo demuestra perfectamente; y si no bastara eso, lo probaría el silencio que en ella puede observarse respecto á las operaciones marítimas, tomadas en cuenta en las bases del proyecto discutidas por Duroc, y que interesaban mucho al Emperador por saber que los Ingleses tenían pensado el ocupar la Martinica en época muy próxima. De todos modos, los preparativos de Prusia y los que necesitaba hacer Napoleón para la campaña á que se destinaban de una y otra parte, hicieron olvidar tan raro y descabellado proyecto; causando la pena que es de presumir en Izquierdo y el enojo en Godoy y sus alardes de independencia y poder de que no tardaría en arrepentirse.

Ese enojo, por el pronto, tradújose en la insistencia con que se siguió negando el reconocimiento de la soberanía de Nápoles en la persona del hermano de Napoleón, repugnado desde un principio por el Rey, para quien suceso tan trascendental en la política de Europa, lo era aún más para el honor y porvenir de los soberanos españoles, por lo que se estaba discutiendo ya con el gabinete francés, con un calor que parece no corresponder á esas que Godoy tenía por tan estrechas relaciones suyas con Napoleón. Carlos IV, en efecto, no podía avenirse á reconocer al nuevo soberano de Nápoles. ¡Qué se diría de un monarca, más que independiente, aliado del expoliador, sacrificándole su propio hermano, único representante ya de la dinastía en Italia, puesto que la Etruria nada español podía significar políticamente en aquella Península! [1] En el desorden que Napoleón había introducido en la política europea, dislocando, puede decirse, con los triunfos esplendorosos y decisivos que alcanzaba, los resortes que sir-

[1] Decía Napoleón en su discurso del 2 de Marzo en el Cuerpo legislativo. «La casa de Nápoles ha perdido para siempre su corona. La península de Italia *entera* forma parte del Grande Imperio. He garantizado, como Jefe supremo, los soberanos y las constituciones que gobiernan sus diferentes regiones.»

vieran á mantenerla en el equilibrio que antes hacía la gloria de los soberanos más poderosos y de los diplomáticos más hábiles; en el terror que llegaron á infundir las recientes victorias de Ulma y Austerlitz, nada tendría de particular que esos soberanos y sus hombres de Estado y sus pueblos no se resistieran á reconocer las usurpaciones y cambios que inspiraba al vencedor su insaciable ambición. Y, con todo, los había que, aun renunciando, como Prusia, á sus primeros planes de intervención en aquella grandiosa campaña y felicitando al que se proponían imponerse, no se conformaban á sancionar con su equiescencia un despojo tan injustificado como el del trono de Nápoles. Porque si es cierto que su soberano había quebrantado la neutralidad impuesta en pactos anteriores permitiendo el desembarco de tropas inglesas en su reino, el destronamiento era castigo que sólo podía ocurrir á quien, contando con fuerza ya incontrastable, tuviera meditado un plan de dominio universal á costa, tanto de sus enemigos como de sus aliados. Pues si Inglaterra y Rusia se negaban rotundamente á reconocer tal atropello, y si Prusia y aun Austria se resistían á sancionarlo, ¿qué podía hacer España, unida á Nápoles con lazos tan apretados de intereses políticos y dinásticos? Así es que fueron muchas las conferencias celebradas y muy acaloradas las discusiones del embajador francés y el Príncipe de la Paz con ese motivo, el cual pudo muy bien dar lugar á un rompimiento; tal era el empeño de Napoleón por completar la unidad de Italia bajo su mando, y tal el de Carlos IV para mantener á su hermano en un trono conquistado por las armas españolas para su padre.

De darse fe á las Memorias de Godoy en cuanto se refiere á aquella época verdaderamente crítica, como precediendo á la en que se propuso romper, cual va luego á verse, con Napoleón, y de ignorarse las gestiones en que andaba con Izquierdo para llegar al pináculo de sus soñadas grandezas, podríamos concederle un carácter de que careció en absoluto con quien él creyera más fuerte y poderoso.

La noticia del destronamiento del Rey de Nápoles fué enviada á Madrid del mismo modo que á las demás Cortes de Europa. «Ni una sola palabra más, dice Godoy, que diese excusas especiales, ni aun que mostrase (á Carlos IV) la apariencia de proceder con pena á la dura resolución de destronar á un Rey hermano suyo.» Por el contrario, Beurnonville, en vez de disculpar tamaño despojo, amenazó con el del reino de Etruria, y hasta con el de Roma, dos puertas. decía, que el Emperador se vería obligado á cerrar como la de la antigua Parthénope. De la conferencia aquella parece que salió la resolución de enviar á Toscana cinco mil Españoles que, puestos á las órdenes del general D. Gonzalo O'Farril, impidiesen las comunicaciones y la acción de los Ingleses en Liorna y su litoral. Pero esa resolución se tomó así como para dar una prueba extraordinaria de la amistad de Napoleón con Carlos IV, para obtener, esa es la substancia, el tan deseado reconocimiento del nuevo Rey de Nápoles, el que, al otorgarlo nuestro soberano, debería arrastrar á concederlo también á los demás que aún lo resistían. Tan era así, que, negándose todavía el de España á sancionarlo, se repitieron, no tan sólo las amenazas de arrojar de Italia á nuestros Infantes, sino de extender las miras de Napoleón á la de hacer otro tanto con Carlos IV, envolviendo, eso sí, el reto en las protestas más calurosas de afecto y de respeto á su persona. Si á eso se añade la publicación en Francia de inumerables folletos en igual sentido, tolerada por un Gobierno que tanto pecaba de despótico y arbitrario, donde, como vulgarmente se dice, no se movía una hoja de los árboles sin permiso del Emperador, se comprenderá fácilmente que se iba acercando el tiempo en que se llevaría á ejecución pensamiento tan bastardo como el que anunciaban las exigencias é intimaciones de Beurnonville [1].

[1] «Tiempo hay ya, cuenta Godoy, que le dijo el Embajador francés, que S. M. I. y R. comprendía bien que *la casa de Borbón era incompatible con la suya;* pero su moderación, y además de esto la amistad que halló entablada entre la España y la República, le decidieron á aceptarla y mantenerla, no tan

Negociaciones para la paz general.

Era que Napoleón, para mejor asegurar las recientes conquistas y los despojos á su favor cometidos, andaba negociando la paz con las grandes potencias del Continente y con Inglaterra principalmente, á quien no podía, estaba visto, vencer de ningún modo. Aun estando cada día más engolfado en la lucha con la Gran Bretaña, trataba con un emisario de ella y á la vez con otro de Rusia, con quien tampoco todavía estaba en paz. Otro tanto hacía con los príncipes de la Confederación germánica y con Austria y Prusia; con todos para un fin común, el de la sanción apetecida de sus actos, y con cada uno particularmente para que influyera por su parte en las decisiones de los demás. Era una red inmensa que extendía sus mallas á todos lados, abrazando la Europa entera que Napoleón esperaba abarcar y aun oprimir con sus artes, como la vencía y apretaba con sus armas. Así es que al emprender las negociaciones con Inglaterra no admitía que ésta se entendiese con Rusia; consiguiéndolo, en efecto, hasta por consejo de la corte misma de San Petersburgo, puesta, como suele decirse, tras de la cortina. No había logrado mucho hasta Julio de 1806, porque el gabinete inglés pretendía recuperar el Hannover, conservar Malta y el Cabo de Buena Esperanza y la permanencia de la dinastía borbónica en Sicilia. La pretensión era, no sólo justa, sino que sumamente útil por parte de los Ingleses, porque con el Cabo aseguraban su soberanía en la India, y con Malta y Sicilia el dominio del Mediterráneo. Pero Napoleón se negaba á tales proposiciones, concediendo solamente el mantenimiento en Sicilia del Príncipe heredero,

sólo con Carlos IV, sino también, por sus respetos, con su hermano de Nápoles, enemigo porfiado de la Francia. Amigo de ella aún estaría reinando; su perfidia y no la Francia le han quitado su corona. Si Carlos IV toma la demanda en favor suyo, aunque esto sea pasivamente, se hace hostil á la Francia, y *podrá llegar tal caso que el honor del Imperio exija lo que aconseja la política, y que en fin sean las armas las que controviertan esta y las demás cuestiones que se agitan todavía en Europa, porque el emperador no ceja en el camino que ya ha andado y seguirá más lejos si lo estrechan*, etc., etc.»

con exclusión absoluta de sus padres los reyes de Nápoles, y Malta, arrasadas, sin embargo, todas sus fortificaciones, lo cual quitaba toda importancia á aquella posición y facilitaría la conquista de Sicilia cuando se pensara en ejecutarla. Así se resolvería el Emperador á entregar el Hannover, acto que consideraba importar á Prusia con preferencia.

Los intereses franceses, al tratar con Rusia, se referían á los de la Puerta Otomana. Napoleón veía con disgusto las intrigas de los Rusos en los Principados danuvianos y su ocupación de Corfú; pero no la resistiría si Turquía cerrara la comunicación del Bósforo y si el Czar se conformase con no aumentar la guarnición de aquella isla. Por lo demás, á Rusia no le tocaba mezclarse en los asuntos de Nápoles y de Hannover, que correspondían á la Gran Bretaña, y debía bastarle, sólo por cuestión de honra, con que se le ofreciera el mantenimiento de Sicilia para la dinastía borbónica.

Á Prusia ofrecía apoyar sus pretensiones al Hannover, pero exigiéndola el reconocimiento de su hermano como Rey de Nápoles, la clausura de sus puertos y sobre todo la del Sund para los barcos ingleses. En cuanto al Austria, sólo se la exigían las bocas del Cáttaro, asunto que, como los de Alemania, *podría resolverse en el momento y firmarse*, decía Nopoleón, *en una noche*.

Daba esperanzas de éxito á aquellas negociaciones la circunstancia de haber muerto M. Pitt y sustituídole en el gobierno del Reino Unido el célebre orador whig M. Fox, partidario de la paz y admirador y hasta amigo de Napoleón [1]. Con eso se creyó que podrían entenderse Inglaterra

[1] La mejor prueba de esa amistad y de esa admiración la dió Fox denunciando el ofrecimiento que se le hizo de asesinar á Napoleón. Un francés llamado Guillet ofreció á Fox trasladarse á París y asesinar al Emperador mediante una suma considerable de dinero. Fox lo hizo arrestar inmediatamente, y el mismo día, 20 de Febrero de 1806, escribió á Talleyrand dándole conocimiento del complot que amenazaba la vida del Emperador á fin de que se pusiera en guardia para conjurarlo.

En la nota de contestación de Talleyrand se leía este último párrafo: «Me complazco, señor, con el nuevo carácter que ha tomado la guerra con ese paso

y Francia, á pesar de que, no siendo muy sinceros los sentimientos de benevolencia y menos de cordialidad en una y otra nación por la importancia que entrañaban los intereses que se debatían, no era de esperar entre ellas una inteligencia que llevara á la paz, lo firme y duradera que exigían tan críticas circunstancias. El mismo Napoleón lo reconocía así en su correspondencia con el rey José al anunciarle que Inglaterra se negaba á que se destronase en Sicilia al *antiguo* Rey, por lo que urgía la conquista de aquella isla y antes la de la plaza de Gaeta, cuyo sitio por los Franceses se prolongaba hasta producir las iras del Emperador contra su hermano por la indolencia, la impericia y falta de energía suyas y de sus generales.

Pero cuantas medidas se tomaban para obtener el dominio completo de aquel reino con la toma de Gaeta y con la sumisión de las partidas de insurrectos alzados en la Calabria y la Pulla, salían frustradas. Ni se lograba que Massena tomara la dirección del sitio de Gaeta, ni el general Reynier podía sofocar la sublevación en las montañas meridionales de la Italia continental. Por el contrario, hacia los puntos que el Emperador aconsejaba imperiosamente que mejor se guardaran, los más próximos al Estrecho de Messina, desembarcaba una división británica compuesta de 8 á 9.000 hombres y que se mantuvo dos meses en el país á pesar de la lentitud y falta de habilidad que Napoleón atribuía entonces y siguió siempre atribuyendo á los Ingleses en sus operaciones militares [1]. La cuestión de Nápoles era el *caballo de batalla* en-

y que presagia lo que puede esperarse de un Gabinete cuyos principios me es grato apreciar por los de M. Fox, uno de los hombres mejor dispuestos para comprender en todas las cosas lo que es hermoso, lo que es verdaderamente grande.»

Hermoso rasgo, con efecto, siquier no fuera nuevo, puesto que es bien conocido el dado por Fabricius para con Pyrro.

1 Acusando, á la vez, á José de no tener á su lado un solo hombre que tuviera la menor noción de los asuntos militares, le decía: «El arte de la guerra, de que todo el mundo habla, es un arte difícil.» Los más ignorantes se jactan de dominarlo, esa es la verdad.

tre Inglaterra y Francia, no pudiendo aquélla consentir que pasara Sicilia á manos de su rival, lo cual iba á obligarla á mantener en el Mediterráneo fuerzas navales que podría necesitar en mares de mayor peligro todavía. Y aun cuando Rusia llegó á ponerse de acuerdo con el emperador Napoleón quedándose con Corfú y estableciendo una perfecta reciprocidad comercial en Francia y Nápoles, bien se veía que aquel acuerdo constituiría un *interim* tan sólo en circunstancias tan difíciles como las de la embrollada política que se ejercía entre las demás potencias tras de la lucha reciente con el Austria, el fracaso del gabinete prusiano y el encono, las ambiciones y discordias del británico. Á la muerte de Pitt había sucedido la esperanza de la paz; pero, falleciendo también después Fox, el partido contrario volvió á sobreponerse en Inglaterra, é interrumpiéndose las negociaciones emprendidas, se hizo aún más empeñada la lucha diplomática en todos los demás gobiernos, influídos, como era de suponer, por la feliz tenacidad del inglés y el deseo natural de recuperar lo perdido en todo el tiempo de la preponderancia francesa en el Continente.

Conducta de Napoleón con España.

De quien ni Napoleón ni nadie se acordaba era de España. Como dice Godoy en sus Memorias, *sería por aquel tiempo el solo estado independiente entre todos los aledaños de la Francia*; pero si tampoco, según el sagaz Valido, *sabría decir nadie que fuera un acaso siendo tan deseable su dominio*, fué porque no le había llegado su tiempo en los pensamientos absorbentes del jefe de la *Gran Nación*. ¿Sería el sistema político que practicaba el gobierno español lo severo y firme que se le antoja decir al petulante ministro? Si por una parte parece demostrarlo con su negativa á negociar la entrega de la espada de Francisco I y la cesión del puerto de Pasages, lo niegan de una manera rotunda las bajezas que cometió al querer disculpar sus errores ese mismo gobierno, y, lo que es peor, el descrédito en que hizo caer á su soberano al, reconociéndolos,

obligarle á consentir en el despojo de cuantos derechos de familia tenía obligación de mantener incólumes [1]. Pero, entretanto, no fué más suave ni más atractiva la conducta observada por Napoleón con España. En Febrero de 1806 exigía confidencialmente de nuestro gobierno la expulsión de los ministros de Rusia y Suecia de Madrid, así como la clausura de todos nuestros puertos para los barcos de la segunda de aquellas naciones, repitiéndose aquella exigencia en Mayo con caracter oficial. Á su paso para Etruria, algunos soldados del regimiento de Zamora habían muerto cerca de Génova á dos gerdarmes franceses, en riña, hay que advertir, siempre frecuente cuando se encuentran tropas de diferentes nacionalidades, y Napoleón con nada menos se satisfacía, según su despacho de 24 de Febrero, que con hacer degollar (massacrer) á todos los de aquel cuerpo si no se le daba una satisfacción completa. ¡Buenas estaban la severidad y la firmeza del sistema político del gobierno español dirigido por Godoy frente al del déspota francés! [2]

Pero, sobre todo, nada más duro en su fondo que el lenguaje del embajador de Napoleón con el Príncipe de la Paz al tratarse del reconocimiento del soberano impuesto á Ná-

1 Si no en Viena, como dice Godoy, se hallaba, según la correspondencia de Napoleón, en un castillo del Tirol una armadura de Francisco I, y consta que por dos veces encargó á Berthier que él mismo lo llevara á París. El encargo se hizo *avec la dernier instance* y diciendo que recibiría la armadura solemnemente y con grande aparato. Se conoce que deseaba la espada para completar la armadura.

2 Algo más tarde, á fines de Agosto, manifestaba Napoleón su acuerdo de disolver la Orden de Malta, concediendo á su hermano José todas las encomiendas y el derecho de dar la condecoración que usaban los caballeros de la misma. Los tratos debían entablarse con Baviera para que, reuniendo los bienes de la Orden á los de otra de su país, reemplazase con la de ésta la cruz de Malta. «Será fácil, decía en su despacho del 22, tener la aceptación de España, que no querrá otra cosa.» «Quizá, añadía, valdría más hacer un convenio entre España, Baviera y yo como representante de las Lenguas de Francia, Auvernia y Provenza, representando España las de Aragón y Cataluña, y Baviera las de Alemania. Así la Orden quedaría destruída y nadie podría usar la condecoración sino conferida por el Rey de Nápoles.» ¡Buen caso hacía Napoleón de España!

poles. Es verdad que, según indicamos, salió de aquellas conferencias la resolución de enviar á Etruria una fuerza española que ahorrara al Emperador la francesa que guarnecía el nuevo reino, necesaria en las costas napolitanas, siempre amenazadas de un desembarco de los Ingleses; pero esa concesión obedecía además á la ninguna confianza que le inspiraban las tropas toscanas levantadas por el rey Luis y al pensamiento de comprometer más y más á Carlos IV en sus relaciones con Inglaterra, tan cordialmente unida á los Borbones de Sicilia.

Los Reyes de Etruria.

Desde el tiempo de su instalación en Florencia, Agosto de 1801, nuestros Infantes, Reyes ya de Etruria, habían tenido que luchar con las dificultades que oponían á su gobierno los generales franceses y los *residentes* enviados por Napoleón, que dieron en acusarlos de ejercer una política retrógada y hasta clerical. Aun eso era lo de menos: el pueblo toscano, acostumbrado al gobierno del duque Leopoldo, económico y sencillo hasta la exageración en país en que habían reinado el fausto y las magnificencias de los Médicis, se quejaba de lo costosos que le eran los gastos de la nueva Corte que calificaba, por lo excesivos, de *españoles*. Y era en parte que los nuevos soberanos habían hallado el palacio completamente desnudo de muebles y de cuanto les sería necesario para su servicio, á punto de haber tenido que pedir prestadas hasta las camas á los magnates ó pudientes de la ciudad, y que, al comenzar la reorganización de un país saqueado por los Franceses, destruído por las revoluciones interiores y en alarma constante por las intentonas de los Ingleses en las costas, se habían visto en el imprescindible caso de exigir de sus súbditos sacrificios que, aun considerados como justos, disgustan al que haya de hacerlos. Pronto, así, se vieron los Reyes expuestos á las murmuraciones, críticas y juicios harto malévolos de los Toscanos, estimulados, además, por los *residentes* de las repúblicas italianas, el de la Cisalpina particularmente, para

MARIA LUISA
Reina Regente de Etruria.

CARLOS LUIS
Infante de España, Rey de Etruria.

LOS REYES DE ETRURIA
Reproducción de las medallas de J. A. Santarelli, grabadas por Rafael Morghen.

enajenarlos, en sus voluntades, de sus nuevos soberanos, del Rey, sobre todo, cuya salud delicada le hacía pasar, entre ellos, por más que inhábil para el gobierno, por imbécil y merecedor de las burlas más groseras [1]. No estaba el Rey á la altura de su misión, y ya hicimos ver el concepto que había merecido á Napoleón al conocerle en París; pero los generales y agentes enviados para ayudarle en ella sólo pensaron en menoscabar su autoridad, burlándose de él para más fácilmente hacerle despreciable á los ojos de sus súbditos y de los partidarios del principio monárquico. El general Clarke, enviado por el Emperador, objeto de las mayores distinciones por parte de los Reyes, se quejaba de que no las extendiesen á las gentes del país, cosa extraña en un francés, sin, por eso, dejar de entremeterse en todos los procedimientos de gobierno que aquéllos se decidían á seguir. Eso que se le pinta por los mismos Italianos como persona excelente, de talento, lealtad y verdadera adhesión á su país [2]. El empeño, sin embargo, de influir, le hizo oponerse á todo nombramiento para cargos públicos de los que

1 El *residente* (encargado de negocios) de la Cisalpina, un Sr. Tassoni, interesado en que la Toscana fuera reunida á su país, escribía más tarde: «Después de todo, sus consejeros le arruinaron (al Rey) completamente en la opinión pública, dejándole representar un papel de imbécil en una farsa musical representada en el Palacio Real de Poggio en Caiano, en la que figuraron también la reina, el conde Selvático y su ayuda de cámara.»

Tassoni aludía al *Barbero de Sevilla*, en que «el conde Selvático hace de Fígaro y ha señalado al Rey el de Basilio. ¿Es eso malignidad ó tontería? no lo sé, escribía Clarke á Talleyrand; es un papel en que el personaje es chillado y vilipendiado como un lacayo de comedia.» «Dándose, así, en espectáculo, continúa Tassoni, provocó sobre su persona reflexiones bien enojosas; se creyó ver que ese afán desordenado de placeres alteraba su salud y su razón; porque, en efecto, su espíritu ha debido sufrir por esos frecuentes accesos de epilepsia y algunos de sus actos públicos no han hecho sino demostrarlo. En tan triste situación, el pueblo puede compadecerle, pero no estimarle y no espera del Rey alivio alguno.»

Se han sacado estas notas de la excelente obra que acaba de publicar en París M. Paul Marmottan, con el título de *Le Royaume D'Etrurie* (1801-1807.)

2 Escribía Tassoni al ministro milanés Pancaldi: «Il Ministro francesse general Clarke, e un ottima persona, molti lumi, lealta, urbanita, vero attaccamento all'onore di sua nazione, queste sono le doti, che adornano questo degno soggetto.»

no se manifestaran calurosamente adictos á la Francia; y como eso no era fácil si á la vez habrían de ser Italianos, acusó á los elegidos de *Aretinos*, por partidarios de la sublevación reciente de Arezzo, y al Rey, del pecado de haber restituído la censura literaria á los obispos que, decía, se mostraban muy severos contra las menores expresiones del pensamiento [1]. ¿Cómo le habrían de absolver de tal pecado los que trataban de ponerle en ridículo porque rezaba diariamente el rosario y había hecho descubrir la caja mortuoria de San Zanobio en rogativa para que lloviese?

La situación, pues, de nuestros Infantes fué haciéndose difícil á fuerza de faltarles recursos con que aliviar las cargas que pesaban sobre el ya tan esquilmado país que se les había dado á gobernar, la consideración y amor de sus súbditos y la independencia de que cada día les iban privando los delegados del Emperador de los Franceses. La única satisfacción que tuvieron en los primeros tiempos de su gobierno fué la que les produjo á fines de 1802 su viaje á Barcelona, al verificarse el de los Reyes de España, sus padres, con motivo de concertarse las bodas del Príncipe de Asturias con María Antonia de Nápoles y de la infanta Isabel con el heredero de aquel reino. Pero las incomodidades de tal viaje para persona de salud tan delicada como el rey Luis, cuyos

1 Á pesar del armisticio celebrado el 15 de Julio de 1800, á consecuencia de la batalla de Marengo y de los preliminares de la paz, firmados el 28 en París, no todas las provincias de la Italia Central depusieron las armas con que se habían unido á los Austriacos, y entre ellas se distinguió la de Arezzo. La división cisalpina del General Pino, en combinación con Dupont y Brune, avanzó desde el Rubicón; y después de ocupar Lugo y Ravena, mientras Dupont invadía la Toscana, Clement se adelantaba á Luca, y varios otros cuerpos franceses hacían frente á los Napolitanos de Roger de Damas, asaltó la puerta llamada de Siena y la ciudadela Arezzo, limitando el saco de la población á siete horas el general Miollis, *en consideración*, dijo, *á la memoria de Petrarca que había nacido en ella*. Así fué sofocada la insurrección de los Aretinos, pero dejando en el país, no sólo los rencores de la derrota, sino que también el empeño de, mezclándose en los asuntos de gobierno, trabajar para vengarla y en el descrédito de la administración francesa en Toscana y los Ducados próximos.

accidentes epilépticos se sucedían cada vez con mayor frecuencia, acabaron por dejarle inhábil para toda función que exigiera estudio, meditación y energía. Así, y después de una lucha de cinco meses con la muerte, vencióle ésta el 27 de Mayo de 1803, á los treinta años de edad y uno apenas de reinado, dejando el trono á su hijo Luis y la regencia á la infanta María Luisa, su viuda.

La Regente.

Si al Rey se había criticado por su espíritu religioso, á la Regente se empezó inmediatamente á juzgar de ligera y gastadora, así como de querer popularizarse presentándose en los sitios más concurridos y mezclándose á pie y á caballo con la multitud en los paseos públicos. «Así, decía un agente diplomático, los esfuerzos que hace sin duda para ganarse las voluntades de sus súbditos, son mal interpretados y la hacen daño en vez de atraerle su afecto.»

Y entonces, ¿qué hacer? ¿Ser beata ó despreocupada?

Nada es más difícil que dar gusto á los pueblos y mucho más aún si están sometidos á una autoridad que no emana de ellos según su origen é instituciones seculares y está regida por la fuerza de las armas. Así, el gobierno de la infanta María Luisa en nombre de un niño de tres años, Regente y Rey sostenidos por el capricho, que no era otra cosa el del establecimiento de un reino donde no había más que repúblicas con un Dictador universal que jugaba á erigirlas y disolverlas, tenía que ser lo desgraciado, triste y por fin lo efímero que fué el de Etruria. Llegó la época en que el destronamiento del Rey de Nápoles y su sustitución por José Bonaparte dejaron en Italia aislada aquella fracción dinástica de la grande, tan importante antes y gloriosa de los Borbones, y todo el mundo previó su próximo fin, aun sometiéndose ella á las arbitrariedades de su mal llamado protector y aun reconociendo cuanto quisiera éste ó conviniese á sus planes de dominación.

Si creía contar con algún apoyo, ese sería el de España, donde reinaba el por entonces más caracterizado represen-

tante de la dinastía; pero pronto también iba á desaparecer de la tierra quien más podía interesarse por la suerte de sus parientes de Italia.

Muere la Princesa.

Á nadie podía ocultarse el efecto que tantas contrariedades y lucha como la prolongada y ruda que estaba sosteniendo habían de producir en la flaca, impresionable y vehemente naturaleza de la princesa María Antonia. Y no era que sorprendiese lo grave de la enfermedad que la aquejaba; pues antes de casarse adolecía ya de principios de una consunción cuyos inevitables progresos pudieron preverse cuando se buscaba el asegurar la sucesión al trono. No; veíase venir la catástrofe, no sólo por el aspecto de la augusta enferma, sino que por sus anuncios, también manifiestos en los accesos que sufría con frecuencia, hasta en los abortos que había tenido, resultado del cáncer cruel que la devoraba sus entrañas, de la acción destructora de todos sus organismos [1]. No hay tampoco que buscar en ese resultado funesto el odioso, el bárbaro de un fin provocado por el crímen, si inconcebible en los que ningún interés directo debían tener al cometerlo, más inconcebible todavía en quien á los lazos de la sangre unía el freno de un escándalo que trascendería á toda la nación con perjuicio, sobre todo, para sus autores. Pero es que en tal estado de salud como el de la Princesa, no la lucha incesante de todos los días, provocada imprudentemente de un lado, y sostenida con tenacidad, no del todo disculpable, por otro, en la cámara real y

1 Al anunciarse su muerte en la *Gaceta*, se decía: «Desde la llegada de S. A. á España hicieron patente la debilidad física y esencial que padecía el caído color de su rostro, la laxitud, blandura y color remiso de sus carnes, la opresión de pecho y continuas palpitaciones en el corazón, de que se quejaba y á que acompañaban calenturas erráticas, las más veces en clase de remitentes, y siempre presentando anomalías invencibles, agravándose todo esto con los dos abortos que desgraciadamente sufrió S. A.» Antes se había dicho que «la penosa y larga enfermedad que terminó la preciosa vida de la Princesa fué una tisis tuberculosa, consecuencia de un vicio de conformación, que fué presentando incorregibles productos así como fué desenvolviendo su carácter tuberculoso.»

el Cuarto del llamado á ocuparla más adelante, muy pronto quizá, sino la emoción, en otro caso inapreciable, tenía que dar á tan grave dolencia proporciones extraordinarias y apresurar su término fatal. Desde Noviembre de 1805, y hallándose la Corte en El Escorial, se comenzó á determinar en la enfermedad de la augusta dama una crisis que si pareció contenerse, á punto de poderla trasladar á Aranjuez el 2 de Enero siguiente, ni aun la benignidad de la temperatura en aquel Real sitio sirvió á impedir los progresos de un mal cuyos caracteres señalaban con harta evidencia los vómitos de sangre y pus, la tos y el extertor angustiosísimo peculiares de los tuberculosos y de los heridos en el corazón. Ya entrado Mayo se vió lo irremediable del mal y la inminencia de su fin, y se administraron á la princesa los Santos Sacramentos, el de la Extremaunción el 19, en que se la encontró expirante, viviendo, sin embargo, hasta el 21, en que, según hemos dicho, entregó su alma al Creador en los brazos de Fernando su esposo, su compañero, además, en las penas, las tristezas y humillaciones que no habían cesado de aquejar á ambos desde el día de sus desposorios.

Tenemos, pues, por absurdo, el rumor que pronto se esparció por toda España y muy luego también por Europa, de haber muerto la princesa María Antonia á efecto de brebaje sutil que fuera paulatinamente minando aquella débil naturaleza. No por eso puede negarse que hicieron en ella sus inevitables estragos tantos disgustos como hubo de experimentar en cuatro años de desencanto de su posición en la Corte de las Españas, de desaires, contrariedades y humillaciones, ni esperadas ni sufridas con resignación. El rumor, repetimos, se hizo tan general y su eco resonó tan potente, que la Corte y el Gobierno debieron creerse en el caso de neutralizarlo con declaraciones oficiales y terminantes, estampándolas en la *Gaceta* con detalles que, por repugnantes que fueran, tratándose de tan excelsa persona, convenciesen al mundo entero de lo falso y calumnioso de una voz que tanto daño

podía causar á las más altas instituciones del Estado [1]. Pero esa publicación, tan excesivamente detallada, prueba, así como el interés que se tenía en desvirtuar concepto tan ofensivo, propalado aún desde antes de la catástrofe por el vulgo, el temor á las consecuencias que pudiera producir, al descrédito, particularmente, del que se sabía aspiraba á regir sin cortapisa los destinos de la Nación.

Intriga palaciega desconocida.

¿De dónde arrancó el rumor? ¿Del vulgo, en que lo extraordinario y aun lo absurdo tiene acogida siempre, ó de la Corte misma, semillero de chismes é intrigas, más que nunca en aquella infanda ocasión? Había en el cuarto de D. Fernando quienes se propusieran

1 En el Apéndice núm. 1 puede leerse la noticia del fallecimiento de la Princesa, que hizo pública la *Gaceta de Madrid* de lmartes 27 de Mayo de 1806. Ni siquiera mereció los honores de una *Gaceta* extraordinaria.

Después de las conferencias de Tilsit y cuando Napoleón parecía haber madurado sus proyectos sobre la suerte futura de España, recibió la misión de dar cuenta al Emperador, por medio del general Duroc, gran Mariscal de Palacio, de cuanto pudiera suceder en Madrid y se refiriese á nuestra Familia Real, un M. Théodore Chemineau, que anteriormente había recorrido la Península para fines comerciales y que conocía nuestros asuntos y nuestros hombres más importantes en la política. Era buena persona, estaba muy versado en el idioma castellano como en otros varios de Europa, y desde 1792 en que le empleó Dumourier, que le había conocido en Polonia, se engolfó en la sombría carrera de agente secreto de la Revolución y después del Emperador de los franceses. Antes, sin embargo, de narrar en unas *Memorias históricas sobre las disensiones domésticas de la Familia Real de España...*» que se publicaron en 1824, cuenta, aunque todavía de oídas, las anteriores á su venida á España, incluso las que reveló el proceso del Escorial, y al referir la muerte de la princesa María Antonia, dice así: «Abrumada de reproches y disgustos, la joven Princesa recibió la orden de no cerrar las cartas que escribía á la Reina, su madre. Reducida así á la necesidad de emplear cifra, ocultaba, como acción culpable, las expansiones del amor filial. Profundamente afligida por las penas y condenada á una vida triste y monótona, una muerte inopinada la arrebató cuando sólo tenía veintidós años. El pueblo creyó generalmente que había sido envenenada, tanto más, cuanto que se había revelado su enfermedad por vivos dolores al poco tiempo de haber tomado una jícara de chocolate, lo que dió lugar á violentas sospechas. En sus últimos momentos no se permitió ni aun al príncipe de Asturias entrar en la habitación de la Princesa con el pretexto de que era contagiosa la enfermedad. Su confesor, García, sacerdote de gran mérito y que la asistió hasta su último suspiro, fué perseguido; y se llegó á arrancarle un paquete de cartas que la moribunda Princesa le había confiado para que lo entregara á la Reina, su madre.»

valerse de arma tan odiosa como la que ofrecía la catástrofe de la Princesa para herir al Valido; estaba allí para blandirla un Escoiquiz, entre los demás, y lograr su tan ambicionada preponderancia; pero si hubieran de tener éxito sus cálculos políticos, tema favorito de sus pretenciosas lucubraciones, era necesario esperar á que motivos de otra índole, aun arrancando de tan triste suceso, fueran á dárselos suficientes para ir al cabo de sus hasta entonces tan ilusorias como halagüeñas esperanzas. El motivo de una de las manifestaciones de la malquerencia del príncipe de la Paz para con el de Asturias, debió ser anterior; debió ser inmediato á la muerte de María Antonia, pues que no pasaron sino muy pocos días hasta el en que se reveló con saña tan cruel como disimulada, puesta en acción con procedimientos verdaderamente inquisitoriales. Tan infundado apareció, sin embargo, que, recogidos cuantos datos pudieran justificarlo, quedó el proceso á que dió lugar en el más profundo secreto; no apuntándose ni la menor idea de él en las Memorias de Godoy [1].

Poco después de la muerte de la Princesa, en los primeros días de Junio de 1806, comenzó á urdirse la intriga que documentos recientemente hallados vienen á demostrar iba dirigida á fingir una conspiración horrenda tramada en el cuarto de Don Fernando contra sus padres; todo para perderle en el concepto de los pueblos sobre los que estaba lla-

Esto prueba cuál era la opinión más generalizada en Madrid sobre la catástrofe de la princesa María Antonia. Es verdad que Chemineau era partidario de D. Fernando, de quien dice que en su tierna edad demostró un carácter dulce y acomodaticio (facile).

1 No sabemos si querrá aludir á eso lo que escribió Chemineau en sus Memorias referentes á esa época. «Tras aquella pérdida cruel (la de la princesa de Asturias), la situación de Fernando había siempre empeorado. El insolente favorito, asegurado en el valimiento del Rey y de la Reina, no viendo obstáculo ninguno opuesto á su ambición, ningún freno á su venganza, parecía estudiar el modo de producir nuevos disgustos al desgraciado Príncipe. Hacía espiar todos los pasos de los más fieles servidores de quienes sospechaba querer ilustrarle con sus consejos en la posición penosa y difícil á que se le había reducido. Muchos emisarios rodeaban á Fernando é instruían á Godoy de todas las particularidades de su vida interior.

mado á reinar. Fundábase el proceso que se formó al efecto en una denuncia de que resultó autor un señor Martrás, teólogo trapisonda, enamorado de la hija segunda de D. Adrián Puigcerver y á quien parece pretendían varios. No aviniéndose á sufrir el desaire que se le infería, Martrás se revolvió contra el padre y, de rechazo, contra algunos de los servidores del príncipe de Asturias que nada tenían que ver con él ni con sus amorosos despechos. Pero era que á esos servidores iban dirigidos los tiros que parecían apuntados á Puigcerver, ex empleado ejemplar, cuya honradez se revelaba harto elocuente en la miseria y en las desgracias en que estaba sumido; tales, qne le tenían viviendo de la misericordia de sus vecinos en una aldea próxima á Valencia. El blanco principal á que los tiros se disparaban era D. Antonio Moreno, ayudante de peluquero de S. M., destinado al servicio del Príncipe, y que por su relativa instrucción corría con el cuidado de los libros y de las máquinas del pequeño laboratorio de Física y Química que S. A. poseía en su cuarto.

Preso el 2 de aquel mes, á media noche, en Palacio y de orden del Generalísimo, según se le dijo, acusábale el juez de la causa, el tan conocido D. José Marquina Galindo, del Consejo de S. M. en el Supremo de Castilla y juez de policía en la Corte, de huir la presencia de los Reyes cuando iban á visitar á su primogénito. Marquina, durante todo el proceso, mostró el empeño de averiguar qué hacían el acusado y el Príncipe en las largas horas en que estaban solos muchas noches. No era tonto el Moreno; y, fuese habilidad ó confesión sincera y verídica, vino á decir en sus varias declaraciones que, habiendo inspirado confianza á S. A. con la ejecución de algunos trabajos de itinerario en el viaje de la Familia Real á Barcelona en 1802, le había permitido asistir á las operaciones químicas que hacía D. Pedro Bueno, y después á las lecturas que de noche celebraba también el Príncipe. Añadió Moreno que esas lecturas habían consistido en la de la Historia de Mariana, la crónica de los Reyes Católicos por

Hernando del Pulgar, la Corona Gótica de Saavedra y sus Empresas políticas, en la de dos tomos del P. Ribadeneira y uno del P. Mendo, traduciendo á ratos la obra de Bertot, trabajo que se suspendió de orden de S. M. ya que se trataba en ella de las revoluciones de Roma; por lo que S. A. había emprendido la versión al castellano de una obra de Botánica [1]. No satisfacían esas declaraciones, aun siendo tan fácil comprobarlas, y se repitieron cien veces; sirviéndose el juez, por orden del Ministro D. José Antonio Caballero, de apremios como el de poner grillos al supuesto reo y aun amenazarle con otros mayores, el del tormento regularmente. Aparecían, mejor dicho, se quería que apareciesen cómplices de Moreno, D. Zacarías García, su primo, oficial de la Contaduría de alimentos; D. Saturnino Segovia, portamuebles; D. Fermín de Artieda, bibliotecario; D. Lorenzo Bonavia y Juan Capina, todos del cuarto del príncipe de Asturias; lo cual era como significar que allí se fraguaba la conspiración sospechada. Y esta debía ser tal, que en un careo celebrado el 17 de Junio entre el Martrás y el Intendente de Marina D. Juan Antonio Enríquez, á quien aquél achacaba la denuncia, decía éste que «se había llenado de horror al ver las expresiones de dichos papeles, creyendo que sólo un monstruo del infierno pudiese ser capaz de producirlas y de aplicarlas á Don Adrián Francisco Puigcerver, un pobre viejo, incapaz de trama alguna ni con medios para llevarla á efecto...»

Porque hay que advertir que el odio de Martrás á Puigcerver procedía, según ya hemos indicado, del desaire á la pasión de aquel malvado y, más aún, de una soberana paliza que Puigcerver le había propinado por sus insolencias, y que le costó una prisión de que su buena fama y la influencia de Enríquez le sacaron. Todo lo cual hubo, sin duda, de servir para que Martrás, á fin de vengarse ó buscado y hallado como

1 Es tan interesante esa declaración de Moreno que hemos creído deberla trasladar íntegra á nuestros lectores, que la hallarán en el Apéndice núm. 2 de este tomo.

materia dispuesta para la intriga urdida en Palacio, denunciara á su enemigo, mezclando á su nombre el de los servidores del príncipe de Asturias.

Estos se defendieron con habilidad, pero, sobre todo, con su inocencia; no encontrándose, por fin, delito alguno formal en su conducta; tales y tan satisfactorias fueron sus declaraciones; tan desprovistos de motivos se hallaron los papeles que les fueron secuestrados, y tan rotundos los informes de las autoridades de Valencia sobre los antecedentes y la conducta moral y política de Puigcerver, base supuesta en que se apoyaba la tremenda conjura iniciada en el cuarto de Don Fernando.

Cansaríamos la atención de nuestros lectores si les diéramos cuenta detallada del voluminoso expediente que produjo la tal trama. Que Godoy estaba enterado de ella es evidente y lo prueban la prisión de Moreno y los oficios del Sr. Marquina, de los que, cumpliendo sus órdenes, euvió copias al Valido, cosa que desaprobó Caballero, dando así más que sospechar de su intervención en el asunto.

Las órdenes de ese Ministro, cuyas minutas constan, lo demuestran también y revelan intención perversa y proyectos nada leales, indudablemente sugeridos por persona más alta é influyente. Pero como éstos debieron salir fallidos, lo mismo que luego veremos en la famosa causa del Escorial, aunque por otros motivos, se apeló á la acción gubernativa; y en el supuesto de que eran *reos presuntos de una coligación poco conforme á sus obligaciones y ciertos de poco afecto y respeto á SS. MM. criticando sus acertadas providencias*, Moreno fué confinado á Filipinas por diez años con retención; García, Segovia Artieda y Bonavia fueron destinados á servir en el Fijo de Puerto Rico por ocho años, y Capinna enviado al pueblo de su naturaleza como las familias de los demás.

No se quiso después indultar á ninguno de ellos; pero la Providencia cuidó de que no se cumpliera aquel inicuo fallo. La guerra, en toda su fuerza entonces, con la Gran Bretaña,

impidió la salida de la Coruña y Cádiz á los buques que debían llevar las víctimas de aquel complot á los remotos lugares de su destierro, y año y medio después los ponía en libertad su augusto amo, elevado al trono de España [1].

Cambio en la política española.

Cual si Godoy pretendiera mostrarse lo activo y emprendedor que debían exigirle sus desapoderadas ambiciones, á la vez que buscaba caminos por donde asegurar su posición personal en Palacio, y ya hemos visto que no eran los más rectos, andaba reconociendo los muy torcidos también que pudieran descubrirle la política interior de España, que tantos enemigos le tenía procurados, y la que, más resuelta aún, andaban en 1806 practicando las naciones del resto de Europa. Por el despecho, unas, de su vencimiento y con la esperanza, otras, de restablecer el antiguo equilibrio trataban de reducir la Francia á los límites que, según ellas, le habían señalado la naturaleza y la conveniencia de todas. Por falta de discurrir Godoy, de establecer hipótesis y plantear problemas, no había, ciertamente, de perderse. Puede convencerse de ello cualquiera que se detenga un momento á hojear sus Memorias. En ellas encontrará á propósito de los sucesos de aquel año, lucubraciones y lucubraciones que revelarían un gran conocimiento de la situación de Europa, estudio profundo y tacto político envidiable, si no pusieran al descubierto las contradicciones en que siempre cae quien pretende justificar, con argumentos que pudiéramos decir póstumos, sus injustificables errores.

Metido en el laberinto político formado por cuestiones tan graves como las del reconocimiento del soberano impuesto por el Emperador de los franceses al reino de Nápoles, la

1 El voluminoso legajo de documentos que han servido al autor para el reducidísimo extracto de aquella causa, lo obtuvo el autor del erudito D. Justo Zaragoza, Académico electo de la Historia, recientemente fallecido. Debió proceder de los papeles del Marqués de Caballero que tanto figuró, como se ha dicho, en el proceso, y cuya orden de 15 de Julio de 1806 dispone: «se le remita original la causa formada contra los expresados reos, con los oficios que se le han comunicado en el asunto, incluso aquél.» (Véase en el apéndice núm. 3).

conservación del de Etruria con el nieto de Carlos IV en su trono, y la intrincadísima en que Rusia y Prusia, con el apoyo indudable de la nación inglesa y el, aunque problemático, posible del Austria, se disponían á provocar, nuestro príncipe de la Paz, fluctuando entre sus particulares intereses y los del Rey, su amo, principió á variar de rumbo en el que hasta entonces había seguido. No existía ya quien más le sujetaba para no cambiarlo, la princesa de Asturias que, siendo partidaria de la alianza con Inglaterra, la constante favorecedora de la casa de Nápoles, le contenía en sus intentos, á veces, de resistir la influencia, mejor dicho, la tiranía de Napoleón en los asuntos de nuestra patria, dentro y fuera de ella. Muerta la Princesa, comenzó á echarla de menos, lamentándose de que le faltara el apoyo que seguramente le habría prestado en la nueva marcha que iba á imponer á la política española. La repugnancia del Rey á reconocer el destronamiento de su hermano de Nápoles, reforzada con la en que se inspiraba la Princesa para cuantos actos le habían sido reprochados en favor de su padre, pudieran haberle proporcionado la unión de los dos Cuartos que tan divididos se mostraban en Palacio y, ante ella, la de los partidos políticos que representaban, la fuerza, con todo eso, necesaria para el cambio que, en su concepto, le aconsejaban su interés, repetimos, y los que también ambicionaría satisfacer, el del honor de la Corona y el de la independencia de la Nación [1]. De vivir la Princesa, es posible que se hubiera verificado aquella fusión de voluntades contra el reconocimiento, sobre todo, del nuevo soberano de Nápo-

1 En esa ocasión es cuando Godoy explica las causas de la muerte de la Princesa y se revuelve contra «los pocos malvados, dice, que pretendieron esparcir de que había muerto envenenada.»

«Sabido fué, añade, de toda España que aquella Princesa adolecía de tiempo muy antiguo de una tisis tuberculosa que, desenvuelta por sus grados naturales, remató sus días. Los Reyes napolitanos, haciendo poco aprecio de aquel achaque de su hija y ocultándolo á los nuestros, concertaron su enlace malamente, y la sacrificaron dirigiéndola á un país como Madrid, de un clima tan diverso del de Nápoles.»

les, en que tan firme se mostraba Godoy, aun cuando no fuera más que por no oponerse á la resolución, al parecer inquebrantable, de Carlos IV y de la Reina. Pero sin lazo tan robusto de unión, el favorito vería muy pronto cómo, al variar él de rumbo en la política, se apresurarían sus enemigos á cambiarlo también para no dejar sus posiciones, siempre opuestas á las que él razonadamente ó sin razón tomara.

No tardarían, repetimos, en verlo.

Manejos de Godoy.

Mientras Napoleón seguía, un día con esperanza de éxito y otro sin ella, las negociaciones de que hemos visto daba cuenta frecuentemente á su hermano José, habíalas entablado Godoy con los mismos gobiernos que andaban disputando condiciones de arreglo para uno que, según las que se exigían de una parte á otra, se hacía á ojos vistas imposible. El emperador, que acordaba á Inglaterra, Prusia y Rusia lo que no hace mucho exponíamos, pretendía de España el abandono de la causa de Nápoles sin compensación alguna, puesto que el mantenimiento de los Infantes en Etruria ni importaba para tanto ni sería nunca duradero y sólido. Todavía más: Se susurraba, y era cierto, que en el proyecto de tratado con Inglaterra, y para inclinarla á ceder también la Sicilia, se la había ofrecido Puerto Rico ó Cuba, y para el heredero del rey destronado de Nápoles las islas Baleares, todo aquello que más debía herir á España en la integridad de su imperio y en su decoro.

No faltaban, pues, motivos para apartarse de una alianza tan costosa y denigrante como la de Carlos IV con Napoleón, y el soberano español, esto es, su omnipotente Valido, creyó llegada la hora de hacer un alarde de hábil energía que, afirmando su influjo en la corte atrajera sobre él la atención y quién sabe si la admiración del mundo [1]. Y se dedicó á

1 Tan fué suyo el desacierto y tan suya debe ser la responsabilidad, que él mismo lo demuestra en sus Memorias. «Mi trabajo más grande, dice, fué persuadir á Carlos IV de esta dura necesidad en que se hallaba España. No temía por sí mismo, mas temía por sus pueblos. La idea de que un revés de la for-

cultivar sus relaciones con los agentes diplomáticos *residentes* en Madrid, que sabía no miraban con buenos ojos, como vulgarmente se dice, la vasta negociación que el Emperador de los franceses tenía entablada con los respectivos gabinetes que representaban y que supondrían exigente en demasía ó como calculada para un fracaso que, haciéndole aparecer en busca de la paz le condujera á nuevas luchas, su elemento de vida y de grandeza [1].

Representaba á Rusia en España el barón de Strogonoff, persona que le pareció á Godoy, y lo sería, de intenciones rectas, *de fe segura y de gran lealtad en su trato*. Animado con eso y con las noticias que recibía de San Petersburgo y Berlín, transmitidas por el brigadier Conde de Noroña y el general D. Benito Pardo Figueroa, nuestros ministros en aquellas cortes, quienes, en vista de los preparativos que allí se hacían para vengar el vencimiento de Austerlitz ó acreditar la cooperación ofrecida al Austria y abortada por tardía, le alentaban también en sus proyectos, que les eran conocidos, el Valido de Carlos IV se fué poco á poco comprometiendo en la liga que aquellos Estados y la Suecia andaban preparando contra Napoleón. Tenía Godoy además en París un agente que le merecía la mayor confianza y le daba noticias de cuanto lograba descubrir en derredor de Napoleón. Ese agente extraoficial, puesto á espaldas del príncipe de Masserano, nuestro Embajador, de quien no se hacía caso alguno por la *posición embarazosa* en que le colocaba su altura y con-

tuna trajera sobre ellos un peso de desgracias como el que el Austria soportaba, embarazaba y oprimía su espíritu; pero veía también que pronto ó tarde amenazaba siempre el mismo riesgo, y que era deber suyo prevenirle. Decidióse á la guerra, pero dudando siempre si esta medida era acertada ó si era prematura; su voluntad, no tan segura y absoluta como era necesario en tales circunstancias para obrar resueltamente. Uno de sus encargos más estrechos fué no adelantar los pasos ni abrir negociaciones positivas con potencia alguna, que podrían comprometernos y enredarnos con la Francia, si el Emperador y el Rey de Prusia, como al fin no era imposible, llegaban á ajustarse.»

Y Godoy hizo todo lo contrario de lo que el Rey quería.

1 «Mais, dice Maurin en su *Galerie Historique*, il aimait les combinaisons, les hasards et les fatigues de la guerre.»

siderarle *empotrado en los carriles ordinarios de la antigua diplomacia;* ese agente, D. Eugenio Izquierdo, no sólo trató con la gente del Emperador sobre negocios financieros, consiguiendo rebajar á 14 el subsidio de 72 millones que se daban á Francia, sino que fué empleado «en los negocios, dice Godoy, arduos y preñados que ofrecía á cada instante la encapotada y procelosa Corte del Emperador de los franceses.» Izquierdo, pues, daba á Godoy conocimiento de cuanto ocurría en París mientras Noroña y Figueroa le enteraban de la nueva coalición y de los medios y las fuerzas de que disponían los aliados [1]. Strogonoff, cuyos poderes eran muy amplios, los tenía hasta para pactar á nombre del Emperador Alejandro *la obligación de no hacer paces con Francia sin que mediase España en el tratado á su contento y á no dejar las armas mientras pudiese sernos necesario su concurso.*

De darse fe á las Memorias de Godoy, habría que concederle que los primeros pasos para entenderse con Rusia partieron de Strogonoff y al poco tiempo de haber éste llegado á Madrid, y que teniendo fama de diplomático reservado, hábil y de toda la confianza de su Señor, tenía necesariamente que inspirarla á los que con él trataran. Strogonoff, con eso, se ofreció autorizadamente á dirigir todo hasta el rompimiento, ayudando después su gobierno con los suplementos necesarios para los gastos de la guerra y con empréstitos y subsidios de los que Inglaterra otorgaba á Rusia y Prusia. No quería Godoy entenderse con el gobierno inglés en ningún género de obligación onerosa, temiendo se eligiera la Península para teatro de la acción de las armas británicas en el continente, y guardaría la mayor reserva con Portugal, seguro, sin embargo, de su cooperación, por

1 Toreno supone á Izquierdo hombre sagaz, travieso y de amaño. Godoy se revuelve contra el Conde y en defensa de su agente de 1805 en París; pero con tal desgracia que, al hacerlo, furioso acaba por decir: «Necesitábanse hombres diestros y más libres (que Masserano), buenos nautas, que supiesen hurtar el viento y navegar á palo seco entre los arrecifes y las sirtes, que ni aún bastaba en aquel tiempo para salir avante.» ¿Dónde está la diferencia?

la buena voluntad que mostraba nuestra Infanta, la Princesa del Brasil, única depositaria del secreto en aquel reino [1]. Creía el Valido estar bien preparado para una acción militar en el Mediodía de Francia, comarca desarmada entonces y la más adicta al antiguo régimen, teniendo, aunque en secreto, dispuestos para la guerra hasta 100.000 hombres, de que se componía el ejército permanente, á los que había que añadir 40.000 de las milicias provinciales, 60.000 más que sumaría un nuevo alistamiento para formar la reserva, y aún 40 batallones de infantería de Marina, inactivos desde la de Trafalgar, fuerzas que, reunidas con 30.000 portugueses, constituirían un total de más de 200.000 combatientes, que pondría á Napoleón en grande aprieto al romper las hostilidades en el Norte con Prusia y Rusia.

Aun suponiendo suficientes esos medios y concediendo ser excelentes en sus organismos é instrucción, con el necesario material y valerosos y expertos generales, como él decía tener España, para dirigirlos y aprovecharlos; aun hallando perfectamente guardado el secreto de las negociaciones diplomáticas en plan tan vasto, así como el de la preparación de recursos de tal importancia si hubieran de ser

1 En ese sentido se expresa Godoy en sus Memorias; pero no faltan, y él mismo lo corrobora después, quienes afirmen que entraba en el plán general la idea de que Portugal hiciese un gran armamento, al que seguiría el de España fingiendo contrarrestarlo, y que unidos después los dos ejércitos peninsulares con tropas que Inglaterra llevaba en la escuadra del Lord San Vicente surta ya en el Tajo, se presentaran todas en los Pirineos, atacando así á Francia en su frontera meridional, la menos defendida del Imperio.

Lo de no querer Godoy entenderse con el Gobierno inglés recibió su *mentís* con la noticia de la misión confiada á D. Agustín de Argüelles, el *divino* Argüelles, el orador famoso y tutor, que conocimos, de la Reina Doña Isabel II en los últimos años de su *menor edad.* Esa misión en busca de la alianza inglesa, de que Godoy dice en sus Memorias no guardar recuerdo, está confirmada por declaraciones irrecusables de personajes políticos como Toreno y Alcalá Galiano, íntimos amigos de Argüelles, á quienes de palabra y por escrito reveló la comisión y las causas de su fracaso. Y no sólo resulta efectiva la misión, sino que, creyéndola revocada al tener en Lisboa Argüelles conocimiento de la proclama del 6 de Octubre y manifestándolo así, recibió la orden de seguir á Londres, donde, como era de esperar, vió no daría resultado; tal era la repugnancia del gobierno inglés á trato alguno con Godoy y sus agentes.

eficaces al ejecutarlo, necesitábase elegir con la mayor prudencia un momento en que se lograse sorprender á enemigo tan vigilante, activo y poderoso. No parecía eso difícil; ya que Napoleón, al tratar con las demás naciones, no tomaba en cuenta á España sino para sacrificarla á las exigencias de su política, considerándola ó devota suya ó flaca y desapercibida para empresa tan temeraria como la de atacarle en su mismo imperio. Y, sin embargo, cometió Godoy errores iguales y aún mayor torpeza que Prusia en la campaña que tuvo su término en Austerlitz.

Después de hacer el juicio que le inspira la tan debatida intentona de Napoleón contra Inglaterra, creyendo que «pues venían á las manos aquellas dos naciones que oprimían igualmente la independencia y los derechos de las demás potencias, habría sido sabiduría dejarlas quebrantarse mutuamente y moderarse por sus propias armas y por sus mismas iras y furores,» condena la tercera coalición en su concepto *tan tristemente calculada*. «¿Por qué fatalidad, dice, para los pueblos de la Europa, no aguardaron siquiera, tanto la Rusia como el Austria, que el nuevo soberano de la Francia se encontrase ya enredado en la violenta lucha que debía trabarse, venidos á las manos ingleses y franceses, no ya en naos, sino en tierra, donde tenían que pelear desesperadamente, el amor de la patria de una parte y el honor decisivo de la Francia por la otra?» Y decimos nosotros: «¿Por qué fatalidad, ya que se había propuesto romper con Napoleón, no combinó su acción con la de Prusia, Inglaterra, Rusia y Suecia para que, siendo la de todos simultánea, tuviera el coloso que sucumbir bajo el enorme peso de tantos, tan poderosos y mancomunados esfuerzos?» «¿O es que en el caso de haberse retrasado sus preparativos, ya que tan secretos ó disimuladamente habrían de hacerse, aguardaba como Haugwitz á que una crisis militar ó un revés en el Norte pusiera al enemigo común en la imposibilidad de atender con probabilidades de éxito á las provincias

meridionales de su imperio, teatro presupuesto de la campaña que se intentaba?» Cuantos errores cometió Prusia en la de Austria de 1805, á cuantas debilidades, humillaciones y pruebas se vió sometida por la torpeza y falta de energía en sus gobernantes, en otros tantos cayó Godoy y á otras tantas hubo de sujetarse para vergüenza propia y desgracia de su patria. Y si hay quien abrigue alguna duda sobre estos juicios, que nos oiga.

En tanto que Godoy andaba, por sí mismo ó sus agentes, en tratos, y al parecer muy adelantados, con las tres naciones continentales que acabamos de nombrar, seguía Napoleón entreteniéndolas, si no con la seguridad de obtener todos los resultados que aparentaba buscar, sí con la esperanza del reconocimiento de los ya obtenidos en Presburgo y la consolidadión de su dinastía en tantos feudos como los de que se iba rodeando. Ahora, ya lo hemos dicho, las dificultades se presentaban por la parte de Prusia que, alentada por los ingleses á pesar de las inclinaciones pacíficas de Fox, y segura de la cooperación del Czar, se mecía en la ilusión de asestar á Francia tal golpe que sería el de gracia al poderío, el orgullo y las ambiciones de su flamante Emperador. No se atrevió á darlo cuando resultaría más contundente y justificado con la violación del territorio prusiano por parte del ejército francés en su marcha sobre Ulma; y levantaba el brazo prematuramente, confiada en el valor de sus huestes y en la pericia de sus generales, discípulos del, en su concepto, incomparable Federico el Grande. La misma ilusión debía Godoy abrigar; y si Prusia consideraba que su causa era la de Europa toda, España debería creerlo así también, pues que, vencedor Napoleón, trataría de realizar con la conquista de la Península occidental el pensamiento de un imperio más vasto aún y poderoso que el tan gigante de Carlomagno. «No había, dice en sus Memorias, más salvación que unirnos con la Prusia y con la Rusia resueltas ya á la guerra.»

Guerra de Prusia.

Desde los primeros días de Septiembre se descubre en las correspondencias de Napoleón la proximidad de su rompimiento con Prusia. La muerte de Fox lo precipitó, poniendo los destinos de Inglaterra en manos de los discípulos de Pitt. «Prusia, escribía Napoleón á su hermano José, me hace mil protestas, pero no por eso dejo de tomar mis precauciones. Dentro de pocos días habrá desarmado ó será aplastada. El Austria protesta también de sus intenciones pacíficas. La Rusia no sabe lo que quiere. Su lejanía la hace impotente. He ahí en dos palabras la situación de las cosas».

Y era que el Rey de Prusia, confiado según acabamos de decir en la cooperación de las demás naciones del Norte y de Inglaterra principalmente, cuyo oro, según Napoleón, removía á todas en contra de él, é influído por la Reina, tan romántica como hermosa y enérgica, quería anticipar su acción para adquirir toda la gloria de una campaña que suponía victoriosa. Se tomaba en Berlín por artículo de fe el concepto de que si Napoleón había vencido á «los ineptos generales austriacos y rusos, hallaría el término de sus triunfos ante el viejo, pero imperturbable y hábil duque de Brunswick. Algo se ha querido fantasear sobre las provocaciones de Prusia en aquellos primeros momentos de su lucha con Francia en 1806, y aún más sobre una carta de su soberano al Emperador de los franceses, que calificó de libelo y rapsodia; pero no por eso cabe eximir á éste de una gran parte de la responsabilidad que cabe á los autores de aquella encarnizada lucha que luego produjo otras más trascendentales todavía para los destinos de Europa y de nuestra patria especialmente. Con efecto, el impulso parecía partir de Prusia; y como no podía esconderse á la vigilancia y la penetración del César francés, éste, con la misma celeridad que el romano, preparó su ejército que previsoramente mantenía en las márgenes del Rhin, dirigió sus diferentes partes hacia el objetivo que el prusiano le señalaba con sus movi-

mientos, preparatorios también, y el 14 de Octubre caía sobre él como un rayo para aniquilarlo. El 3 debían establecerse los cuerpos de ejército en posiciones que amenazaran con una acción no muy desemejante á la del año anterior en Ulma; y Soult se hallaba aquel día en Amberg, Davout en Oettingen, Ney en Anspach, Lefebvre en Kœnigshofen, Murat con todas las divisiones de caballería sobre Kronach y Würzburg, y el emperador se presentaba en Bamberg el 6 á la cabeza de sus tropas, seguido de cerca y en combinación con ellas por Lannes y Augereau, que el 8 se concentraban en Coburgo. Una de sus más bellas arengas es la de aquel día, el 6, en que, á la manera de los antiguos capitanes griegos y romanos, exponía al *Grande ejército* las causas de aquella guerra. «Soldados, les decía en dos de sus más brillantes períodos, no hay uno solo entre vosotros que desee volver á Francia por otro camino que el del honor. No debemos entrar sino bajo arcos de triunfo».

«¡Y qué! ¿Habremos arrostrado estaciones, mares y desiertos; habremos vencido varias veces á la Europa coaligagada contra nosotros, llevado nuestras gloriosas enseñas de Oriente á Occidente, para volver hoy á la patria como tránsfugas después de haber abandonado á nuestros aliados y para que se nos diga que el águila francesa huye espantada al aspecto de los ejércitos prusianos?»

No vamos á describir aquella descomunal batalla de Jena que, al decir de Napoleón, lavó el ultraje de Rosbach, ni la que pudiéramos llamar paralela de Awerstädt en que Davout mereció los mayores elogios por los *prodigios* que hizo *de valor* y *por su firmeza de carácter*. Más que la relación de aquellos hechos, por altos y admirables que fueran; más que la de sus resultados tan decisivos, la horrible carnicería que produjeron en el ejército prusiano y sus tan preconizados generales, y la inmensa presa de hombres, fusiles y cañones, nos llama la memoria del gravísimo compromiso en que tan ejecutiva campaña puso á nuestro monarca y su go-

bierno manejados por el imprudente cuanto inhábil Favorito.

Napoleón había escrito el 5 de Agosto á Don Carlos una carta afectuosísima en que, antes de darle conocimiento de las negociaciones con Lord Yarmouth y Lord Lauderdale para la paz con Inglaterra y de insinuarle la conveniencia de que enviase á París un agente diplomático con instrucciones y órdenes suyas, le aseguraba su voluntad de contribuir á dar al príncipe de la Paz una prueba señalada de la amistad especial que le profesaba nuestro soberano. Á la vez escribía á la Reina otra carta que, como la anterior, traería á España el auditor del Consejo de Estado M. de Barante, dándola seguridades del interés que se tomaba por la reina de Etruria que, dice, se distinguía por tantas y tan bellas cualidades. Y aunque un día después de escritas las cartas y dos antes de enviarlas, corregía el proyecto de tratado con Inglaterra, en cuyos artículos secretos se consignaba la cesión de las islas Baleares por España, revelando así lo torcido, lo inicuo de su política para con sus mismos aliados, no cesaba de dar á Godoy las mayores seguridades de sus buenos deseos para con él [1]. Tanta doblez traería al favorito de los reyes de España sumido en un mar de confusiones, si dudando de la sinceridad de la protección que le ofrecía Napoleón, anhelante por ganar sus voluntades para satisfacer sus desapoderadas ambiciones y librarle de los peligros á que su mismo ilegítimo favor podría conducirle. No hemos de negarle una cualidad á que le obligaban su nacimiento, la posición obtenida y los cargos que ejercía, la del patriotismo. Creyó, queremos tenerlo por indudable, poder cohonestarlo con cuantas ventajas había alcanzado y con todas las que aún esperaba; y en las circunstancias apuradísimas en que le ponían las artes del emperador de los france-

Proclama del 6 de Octubre.

1 Al decir á Talleyrand que hiciera marchar á M. de Barante á Madrid, le añadía: «Escribiréis por el mismo conducto al príncipe de la Paz, anunciándole oficialmente la apertura de las negociaciones y haciéndole saber el deseo que tengo de serle agradable.»

Suponemos que no le comunicaría los artículos secretos.

ses, proclamándose protector suyo en el tratado secreto sobre Portugal y trabajando después por desacreditarle deshonrando á España, Godoy aparece torpe y desgraciado, pero no traidor á la causa de su nación. Veíala al borde del precipicio á que la conducía Napoleón; y aun cuando no tenía él poca parte en ello, quería salvarla, vengando, á la vez, su fracaso.

El medio, sin embargo, que excogitó para conseguirlo no pudo ser ni más imprudente ni más funesto. Creyó Godoy para no caer en el error del rey de Prusia que la ocasión más propia para apelar á las armas contra Napoleón, sería la en que éste emprendiese las operaciones y su marcha sobre Berlín. Ese llamamiento, de haberse hecho con el ejército puesto en condiciones de cruzar á los pocos días el Pirineo é invadir la Francia con fuerzas suficientes para dominar en corto tiempo sus provincias meridionales, hubiera producido el efecto que se buscaba, el de contener á Napoleón y reducirle quizás á una defensiva, tan contraria á su genio y táctica. Aún hubiera tenido todo el alcance á que los más ambiciosos aspiraban de haberse combinado en tiempo y medios con las demás potencias que habían entrado ó prometían entrar en la liga por todas ellas pactada, combinando la acción de sus tropas á las prusianas y la de Suecia y Rusia, á la vez que Inglaterra insultara las costas del imperio francés y hasta hiciera algún desembarco en ellas. General y simultánea esa acción militar, habría sido eficaz: como se efectuó, vino á resultar un desastre de los más trascendentales que sufrió la Europa y el primer motivo aparente de las desgracias que, por un contrasentido, aunque explicable, llevaron á España á una de sus glorias más esplendorosas.

Napoleón, según tenemos dicho, se hallaba el 6 de Octubre en Bamberg, operando con la actividad y el tino que le eran peculiares, como sobre Ulma en 1805 contra los austriacos de Mack, ahora sobre Berlín contra los prusianos del Rey y de su famoso general duque de Brunswick. Pues bien: en ese día, nuestro príncipe de la Paz daba al público, aun-

que no en la *Gaceta*, un escrito, manifiesto, proclama, cual su autor dice, un llamamiento, en su esencia, á las armas, pero tan vergonzosa como torpemente disimulado. Contra quién iba, nadie sabría decirlo al salir á la luz, no designándose enemigo á quien combatir, causa que defender ni campo donde pelear para los fines encubiertos que pudieran perseguirse en tan desacordado y misterioso documento. «En circunstancias menos arriesgadas que las presentes, se decía en él, han procurado los vasallos leales auxiliar á sus soberanos con dones y recursos anticipados á las necesidades; pues en esta previsión tiene el mejor lugar la generosa acción de súbdito hacia su señor. El reino de Andalucía, privilegiado por la naturaleza en la producción de caballos de guerra ligeros; la provincia de Extremadura, que tantos servicios de esta clase hizo al Sr. Felipe V, ¿verán con paciencia que la caballería del rey de España esté reducida é incompleta por falta de caballos? No, no lo creo; antes sí espero que del mismo modo que los abuelos gloriosos de la generación presente sirvieron al abuelo de nuestro rey con hombres y caballos, asistan ahora los nietos de nuestro suelo con regimientos y compañías de hombres diestros en el manejo del caballo, para que sirvan y defiendan á su patria todo el tiempo que duren las urgencias actuales, volviendo después llenos de gloria y con mejor suerte al descanso entre su familia. Entonces sí que cada cual se disputará los laureles de la victoria: cuál dirá deberse á su brazo la salvación; cuál la de su jefe; cuál la de su pariente ó amigo, y todos á una tendrán razón para atribuirse á sí mismos la salvación de la patria. Venid, pues, amados compatriotas; venid á jurar bajo las banderas del más benéfico de los soberanos; venid, y yo os cubriré con el manto de la gratitud, cumpliéndoos cuanto desde ahora os ofrezco si el Dios de las victorias nos concede una paz tan feliz y duradera cual le rogamos. No; no os detendrá el temor, no la perfidia; vuestros pechos no abrigan tales vicios, ni dan lugar á la torpe seducción. Venid, pues; y

si las cosas llegasen á punto de no enlazarse las armas con las de nuestros enemigos, no incurriréis en la nota de sospechosos, ni os tildaréis con un dictado impropio de vuestra lealtad y pundonor por haber sido omisos á mi llamamiento.»

«Pero si mi voz no alcanzase á despertar vuestros anhelos de gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores y padres del pueblo á quien me dirijo, la que os haga entender lo que debéis á vuestra obligación, á vuestro honor y á la sagrada obligación que profesáis.—El Príncipe de la Paz» [1].

¿Puede darse explicación, ni medianamente satisfactoria, á papel tan desatinado?

Porque lo confuso y torpe del estilo, lo extemporáneo de su publicación, lo irregular de su forma, arbitraria hasta la demencia, y lo pretencioso de autoridad que nadie podía reconocer por legal ni menos justificada en orden alguno de gobierno y administración, quitaba á aquel que un eminente hombre político é historiador no ha vacilado en calificar de *papelón* el mérito que le cupiera de intención recta y patriótica que su autor pudiese abrigar al darlo á luz. Algo atenuarían juicio tan severo, y moderarían las burlas y rudas diatrivas que mereció á la opinión; las instrucciones que acompañaron á la proclama al enviarse á las autoridades militares, civiles, eclesiásticas y administrativas para que comprendiesen su objeto en cuanto conviniera revelarlo, y ayudaran al cumplimiento de las medidas á que se aludía para llenarlo. Excitábase en ellas á que cada cual contribuyera en la esfera de sus atribuciones al armamento indicado, aunque

1 Godoy trasmite esta proclama en sus Memorias, pero con la nota siguiente: «No habiendo podido, por más que lo he procurado, tener á mano ningún ejemplar auténtico ni de esta proclama ni de mi circular á las autoridades dirigida con el mismo motivo, me he visto obligado á buscar entrambos documentos en las traducciones extranjeras y á conformarme con ellas reproduciendo el texto castellano de la mejor manera que me ha sido dable, y han podido alcanzar mis recuerdos después de tanto tiempo.»

Pues si pocas páginas antes refiere y contesta á conceptos del conde de Toreno estampados en su obra de la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, publicada mucho antes, ¿cómo no se valió de la copia exacta de esa proclama que aparece en uno de los apéndices?

implícitamente, en la proclama, á levantar los ánimos en los distritos de su mando ó gobierno para prepararlo y á disponer fuerzas de hombres, caballos y material de guerra, según la naturaleza, aptitud y costumbres en cada provincia ó los establecimientos militares que hubiere ya en algunas.

Efectos que produce.

Pero aun así, el efecto que produjo la proclama no pudo ser más desastroso. A la sorpresa correspondió la indignación hasta en los que sin estar afiliados en ninguno de los dos partidos que, como en la corte, se dividían la opinión en los pueblos, comprendían cuáles y cuán funestas serían las consecuencias de tan imprudente, de tan temeraria provocación. Los mismos fautores de la conjura que cautelosamente se fraguaba en Madrid, con conocimiento, por supuesto, de sus respectivos gobiernos en el extranjero, pero á espaldas del español y con repugnancia bien manifiesta de nuestro soberano, todos, menos Godoy, quedaron pasmados y se llenaron de confusión y temor al leer el manifiesto en que ni habían laborado ni conocieron hasta verlo hecho público y pasto de las censuras de los á quienes iba dirigido. Strogonoff quedó atónito y no pudo menos de demostrar su disgusto de que así fueran descubiertos pensamientos y planes que tanto le convenía reservar; los demás ministros ó agentes diplomáticos acreditados en Madrid, aun los no comprometidos, se llenaron de asombro no pudiendo algunos interpretar con seguridad de acierto el malhadado papel, y la Infanta, esposa del regente de Portugal, que esperaba dominar la parcialidad francesa, no escasa de fuerza, en Lisboa, se manifestó tan aterrada, que no halló otro recurso para sincerarse de su complicidad en la conspiración, que el de influir para que saliese del Tajo la escuadra inglesa surta en aquellas aguas.

Y si el primer efecto alcanzó tales proporciones en la ignorancia que había de los planes de Napoleón, y en las contradictorias noticias que se tenían de las operaciones que andaban ejecutando sus ejércitos en Alemania y la frontera de

Prusia, ¿cuál no sería al saberse los grandes triunfos que esos ejércitos habían alcanzado en Jena y Awerstädt? No ya, como en otras guerras, consistían las primeras noticias en la del combate y su inmediato resultado de la ocupación por una de las partes beligerantes del campo en que se había celebrado, del número de los muertos, heridos y prisioneros, y de la dirección que hubieran tomado los fugitivos; no, al llegar á Madrid la noticia de la batalla de Jena, se supo también, y simultáneamente, la derrota además del ejército prusiano en Awerstädt, lo inmenso de la catástrofe, la muerte de tantos de sus generales, incluso el tan celebrado duque de Brunswick y la fuga de sus soberanos, salvados como por milagro de caer en manos del vencedor. Cuatro ó seis días después se sabía en toda Europa que la Prusia había puede decirse que perdido su carácter de grande potencia militar, tan acreditado desde Federico el Grande, que sus plazas eran conquistadas hasta por la caballería francesa, tenida tan en poco allí, y que Berlín, el reino todo, quedaban sometidos al nuevo astro que ya iba eclipsando á los más brillantes de todos los tiempos en la historia del mundo.

Y, volvemos á decir: «¿Cuál no sería el efecto de esas noticias en España, sobre todo, donde aún resonaba la voz de Godoy en su proclama del 6 de Octubre con estupefacción universal?» Para hacerlo más patente, ruidoso y significativo contra su imprudente causador, estaban allí D. Fernando, príncipe de Asturias, el primero, como el más interesado en todos conceptos después del rey, y como el que más debía odiarle; en derredor luego del príncipe, los que, ayos ó maestros, servidores y adeptos, andaban espiando cualquiera ocasión para derribar al que tenían por su mayor enemigo, y un público inmenso de todas las clases que le culpaba de las calamidades que con frecuencia tan aterradora se sucedían, y, entonces, de enajenarse la amistad de un aliado tan poderoso y de cuyas recientes victorias sólo bienes debería prometerse España.

Tal concepto, equivocado ó no, que eso no podía calcularlo la generalidad de las gentes, el vulgo especialmente, hizo cambiar en mucha parte la opinión, inclinándose del lado de Francia desde el momento, sobre todo, en que se vió al partido de D. Fernando abandonar el camino, antes resueltamente seguido, hacia la alianza con Inglaterra. ¿Quién, así, podía entender la política española? La cambiaba Godoy por no perder el favor del rey, tan opuesto al reconocimiento de José Bonaparte como soberano de Nápoles, y por sospechar de la buena fe de Napoleón y de la sinceridad de sus protestas en favor suyo y de España, y la cambiaba el príncipe de Asturias por hacer lo contrario que el favorito de sus padres, y seguido de cuantos, en la confusión introducida en los ánimos de los españoles, tomaban por Norte de su conducta el nuevo sol que la caótica de Napoleón y las torpezas del gobierno hacían aparecer por los horizontes próximos de la patria.

Habilidad ó prudencia de Napoleón.

La confusión debía, en efecto, ser extrema. Napoleón tuvo en Berlín conocimiento de la desdichada proclama de Godoy; y en lugar de revelar la ira homérica que en otras ocasiones le hubiera provocado la deslealtad de uno que tenía por aliado, si no sincero, hipócrita por lo menos y obligado, disimuló, guardando, empero, como reservado el enojo para hacerlo estallar en ocasión más propia para la ejecución de los proyectos que hacía tiempo abrigaba. Su inmenso talento y la astucia italiana, grandes dotes suyas y de que tanto y tan útil uso acostumbraba hacer, le aconsejaban contener sus ímpetus y guardar la venganza para cuando, sin los peligros que le rodeaban en lucha tan seria como la en que se había comprometido, pudiera ejercerla para complemento de sus vastísimos y complicados intentos de dominio universal. El general Foy ha concentrado en pocos renglones una serie de ideas que, aun expuestas después de las experiencias que nadie mejor que él pudo sentir en la guerra de la Independencia, debieron

asaltar la mente del emperador en aquella, para él, solemnísima ocasión. «Aun cuando Napoleón, dice en su *Historia de la guerra de la Península*, por instinto y por ambición, no hubiera abrigado el sentimiento del mal que España podría hacerle un día, el arranque del príncipe de la Paz era el más á propósito para demostrarle la evidencia de esa verdad política. España sujeta á Francia en sentido opuesto al de las demás presiones; España, rodeada de mar y en contacto sólo con un Estado débil, no se ve amenazada de agresiones laterales, y al ser enemiga de Francia, puede precipitarse con todo su poder hacia su frontera del Norte. Napoleón sabía que tras de los Pirineos se hallaba un pueblo generoso, que había conservado su energía, y al que no había podido degradar la larga opresión de un gobierno sin gloria en el exterior y despótico dentro. Comprendía cuánto puede esperarse de los esfuerzos de los pueblos, y sobre todo de los pueblos del Mediodía cuando se les gobierna según sus pasiones y se les dirige en la esfera de actividad de sus impresiones morales. Pudiera hallarse un hombre que regenerara la España; pudiera reinar un príncipe que la dejara regenerarse, y aun una revolución palaciega, un motín popular podría iniciar el movimiento. No era cosa de pensar que España fuera siempre gobernada por un rey débil, por una reina impúdica, por un favorito despreciable. Mientras las águilas de Francia volaban á las márgenes del Danubio y se lanzaban hacia el Vístula, quedaba otro enemigo á sus puertas del Mediodía. No es fuerte uno en ninguna parte si es vulnerable tan profunda y formalmente por un punto. El acrecentamiento del poderío debe verificarse por aumentos concéntricos y en todos sentidos á la vez. Los ejércitos franceses combatiendo en Polonia, en Bohemia, en Austria, podían ser envueltos por el ejército enemigo que se presentase en los Pirineos, pues que sería el más próximo á París. El centro de un reino es, en efecto, clave de su poder militar. La sumisión absoluta y con garantía sólida y permanen-

te de España, no era, pues, la consecuencia natural y necesaria de la extensión de Francia al otro lado de los Alpes y del Rhin, sus límites naturales. Tales eran los pensamientos que á Napoleón sugería la pretenciosa proclama de Godoy.»

Aunque dictadas, repetimos, á Foy esas ideas por cuanto vió y hubo de experimentar en su larga permanencia en España durante la guerra en que desempeñó papel tan lucido, también es cierto que serían las que asaltaran al emperador en las circunstancias en que se hallaba al leer el despacho en que se le comunicase la provocación del Valido español.

Á Berlín acudió Izquierdo á sondear el ánimo y aplacar las iras de Napoleón, dejando al duque de Frías, que también fué enviado, y al general Pardo Figueroa, nuestro ministro, según ya hemos dicho, en aquella corte, el papel oficial de felicitar al emperador por sus triunfos y darle las satisfacciones precisas en nombre de nuestro soberano. Izquierdo representaba al Valido, cuya influencia en los destinos de España daba á su apoderado una importancia muy superior á la del agente real, y bien supondría Napoleón que era con él con quien debería ejercer sus artes, si las necesitaba, ó sus cóleras, si creía llegada la ocasión de hacerlas estallar. Pero lo diremos de nuevo: Napoleón veía próximos choques más rudos aún que los recientes, mucho más felices en sus resultados de lo que debía prometerse, y trataba de disimular con los emisarios españoles hasta habérselas con los ejércitos rusos, que sabía se encontraban ya cerca, y vencerlos. Así es que recibió á Pardo con aparente afabilidad y se hizo con él así como el convencido ó el engañado, disimulando con un arte que sorprendería en carácter tan violento como el del emperador francés, si no se tomaran en cuenta esas observaciones y las *à posteriori* del general Foy.

Rivalizan con éstas en esa acepción clásica del tiempo, las que Godoy pone en boca de Napoleón y de Pardo Figueroa en la conferencia celebrada por éstos en Berlín sobre el mismo motivo. Muy inocente sería el que las diera fe en

toda su amplitud, pues bien se comprende al meditar sobre ellas que son parto, no del emperador ni de nuestro agente diplomático en la corte del infortunado Federico Guillermo de Prusia, sino de quien, á fuerza de mostrarse enérgico en ocasión tan mal elegida, pretende, más que disculpar, justificar su torpe conducta. Ya se guardaría bien nuestro embajador de hacer alardes de entereza é independencia en causa tan mala, y más de usar lenguaje tan altanero con hombre que de nadie lo había sufrido y hallándose con el reciente triunfo en el apogeo de su gloria. Que le conviniera disimular, sí, y ya hemos tratado de probarlo con el juicio, particularmente, de autoridad reconocida; pero de eso á escuchar con paciencia la argumentación que Godoy pone en boca del general Pardo Figueroa hay tal distancia que, de seguro, no salvarán nuestros lectores, aun siendo españoles, y como tales, batalladores y arrogantes [1]. Entre las varias frases que contiene la conferencia, según la versión de Godoy, he aquí algunas que esperamos nos den la razón. Para demostrar Napoleón que no le convenía la guerra con España, dice á su interlocutor: «¿No está ahí Nápoles, que es tan grande como mi mano, y sin embargo necesito distraer y consumir allí un ejército para domar las bandas calabresas? ¿No sabría la Inglaterra alimentar la misma guerra en vuestros largos litorales, y sacar en lo interior igual partido de la indignación que causaría el señorío extranjero? ¿Desconozco yo, acaso, vuestra soberbia nacional, el influjo de la nobleza

1 Sin embargo, D. Agustín Príncipe parece dar fe al escrito de Godoy. «Decidido Napoleón, dice, á hacer la suya, pero defiriendo su venganza para el día en que pudiera conciliarla con la política, aparentó creer las disculpas del príncipe de la Paz, lo cual no impidió que en una entrevista que tuvo en Berlín con nuestro embajador en Prusia D. Benito Pardo, le manifestase alguna que otra queja expresada estudiosamente con el tono de la amistad y del cariño. Esta conversación es notable por el profundo disimulo con que Napoleón supo paliar su ira, y el príncipe de la Paz la refiere en los siguientes términos.» Y el Sr. Príncipe la inserta íntegra en su obra, suponiendo, á lo visto, tan feliz la memoria, después de tantos años, del hombre que pocas páginas antes de hacer tal gala de ella, manifiesta no recordar la á todas luces importantísima misión de D. Agustín de Argüelles.

y el poderío del clero en vuestro pueblo? ¿Y ocupado yo en someterle, me sería fácil defenderme aquí en el Norte, en donde están mis más grandes enemigos? Si se me cree ambicioso, no se me crea insensato. Yo soy amigo de la España por deberes, por sentimiento, por interés mío propio y por política.»

Si pudo pensar todo eso Napoleón, y ya se verá que no debió pensarlo al acometer poco después la conquista de España, de seguro que no lo hubiera dicho en aquella ocasión; y si lo dijo, de seguro que fué no creyéndolo. Pero véase la respuesta de nuestro embajador:

«V. M. lo ha dicho todo, y esas mismas razones, que adquieren en su boca la más grande autoridad con que podrían corroborarse, han mantenido y mantendrán constantemente la amistad y la alianza que se complace España de tener con un monarca tan glorioso. No es lisonja, señor; me callaría si así no fuese: V. M. á la cabeza de la Francia, en tan supremo grado de poder que ha merecido de su pueblo y ha asegurado con sus armas, no goza en ella más afecto que el que le tiene España como su aliado. No es lisonja tampoco si le digo que este precioso título aumenta la soberbia nacional del pueblo castellano que V. M. ha mencionado. Caminar al lado suyo y al lado de la Francia, no como un pueblo sometido, sino de igual á igual, no mandado por la victoria, sino espontáneamente, de suyo y no por orden, es para España un lauro nuevo en este siglo de que hay pocos pueblos que puedan alabarse. Si V. M. oyera referir sus hechos y sus triunfos hasta en las rústicas cabañas con el mismo interés y el mismo aprecio que en la corte, conocería más latamente la devoción que se le tiene entre nosotros, la buena fe española. Tanto como fué el ardor que se mostró en España en los primeros días de la república cuando vió que peligraba el trono de sus reyes, la inmunidad de sus altares y su existencia independiente, tan grande es al contrario el que hoy se nota en ella por el restaurador del régimen monárquico y del

principio religioso. V. M. no tiene mejores aliados que los españoles, porque lo son por reflexión, de propia opinión suya, no impuesta ni imbuída, sino salida de ellos mismos, sin que se encuentre en su amistad ningún achaque de temor ni servidumbre.»

Otra cosa son las disculpas, asunto preferente, puede decirse que único á que se dirigía la conferencia por parte del embajador español. Ellas son la expresión de lo que Godoy quería decir á Napoleón en descargo de su conducta, mejor, de los motivos de su proclama, tales como pretendía hacérselos entender, falsos y todo.

«¿Pero usted no ha leído su proclama?—replicó Bonaparte.—¿Ignora usted que se ha mandado hacer un armamento extraordinario?»

«Señor—respondió Pardo,—mis encargos é instrucciones me dan sobrada luz para explicar esa medida; la proclama no la he visto. La presencia del Lord San Vicente en Lisboa con una escuadra numerosa debió alarmar á nuestro gobierno en sumo grado, y la repulsa pronta y vigorosa que sufrió la Inglaterra de ambas cortes de Madrid y de Lisboa, ha debido hacer temer que el ministerio inglés intente con las armas lo que no ha podido con negociaciones. En Falmouth, en las dunas de Buckland y en otros puntos se están juntando grandes fuerzas. Se habla principalmente de dos expediciones, una de ellas al mando de Sir Arturo Wellesley, la otra al de Sir Jorge Prevost, y han corrido y aun corren voces muy validas de que se disponen contra la Península. En Deptford se reunen por millares los caballos y se embargan ó ajustan por tres meses los buques de transporte, cuantos puedan ser habidos, sin acopiar forrajes. Mis encargos más apretados son inquirir noticias sobre el destino de estas fuerzas. ¿Será extraño que nuestra corte, encontrándose ahora sola, y V. M. aquí empeñado, tome grandes medidas de defensa?»

Esas, con efecto, eran las excusas, con la de los arma-

mentos de Portugal, que dió Godoy para hacerse perdonar por Napoleón su algarada del 6 de Octubre, rebajándose desde entonces á la sumisión y las humillaciones de antes para de nuevo congraciarse con él.

¿Y qué hacer para conseguirlo?

Consecuencias.

Napoleón, sea dicho en verdad, no dió gran importancia al *papelón* de Godoy. Se la dió, en caso, para insistir en los pensamientos que hubiera abrigado sobre España y principalmente sobre la suerte de los únicos Borbones que quedaban en el Continente, restos de aquella nobilísima dinastía francesa sacrificada por la Revolución. Porque si es cierto que el 24 y el 25 de Octubre daba órdenes para que el general Lamartillière reuniese en Burdeos 3.000 guardias nacionales, que hay quien ha creído destinados á vigilar y aun defender la frontera pirenaica, lo fueron para cubrir las costas de la Gironda, y en caso de necesidad extenderse hasta Rochefort, y eso para el en que los ingleses insultaran aquel litoral [1].

Más todavía: Napoleón llevó su disimulo hasta negar que España hubiera tratado siquiera de conspirar contra él. «¿De dónde habéis sacado, escribía el 16 de Noviembre á Cambacérès, que España hubiese entrado en la coalición? Estamos en las mejores relaciones con España, y eso os probará el peligro que entrañan las noticias falsas.»

Y no hay más rastro del efecto que pudiera producir la proclama del 6 de Octubre en la correspondencia de Napoleón, no hace mucho publicada.

Se reconoce el nuevo reino de Nápoles.

En cuanto á las consecuencias á que diera lugar, es otra cosa. La inmediata en España fué el reconocimiento de José Bonaparte como rey de Nápo-

1 En eso no cabe duda. Dice la orden dirigida al veterano general: «Trasladaos á Burdeos: reunid 3.000 hombres de guardias nacionales; instruidlos para la defensa de mis costas de la Gironda. En caso de algún acontecimiento, fijad vuestra atención sobre Rochefort para poder trasladaros allí.

»Me basta que esos cuerpos se hallen en estado de servir el 1.º de Diciembre. Los haréis ejercitarse todos los meses del invierno á fin de que puedan servir en la primavera, estación en que los ingleses pueden insultar mis costas.»

les, si disimulado en parte con la fórmula que se adoptó para significarlo, efectivo, al fin, y denigrante para el monarca español, pues que consentía el despojo hecho á un hermano suyo. Esa fórmula, que se reduce á expresar el reconocimiento de un hecho consumado, apareció, según la señala Godoy en sus Memorias y así consta en la Guía de forasteros del año siguiente y en la de 1808, al estampar la lista de los soberanos de Europa. Al hacerlo respecto al reino de Nápoles, se decía: «Josef Napoleón, *hermano* del emperador de los franceses, proclamado rey de Nápoles y de Sicilia en 30 de Marzo de 1806», etc., etc. Aún se manifestó Godoy haciendo ante el rey como que resistía el reconocimiento; pero aquella oposición no era sino la de una lealtad que bien calculaba podría ser, como lo fué, apreciada, pero no atendida en el estado de España después del escándalo de la proclama del 6 de Octubre.

El bloqueo continental.

A empeños de mayor gravedad llevaba el decreto expedido por Napoleón el 21 de Noviembre en Berlín declarando las islas británicas *en estado de bloqueo continental.* Disponíase en él que en el imperio francés y los países ocupados por sus ejércitos se cortara toda comunicación con Inglaterra y sus colonias, cuyo comercio y correspondencia serían secuestrados en el continente, como todos sus súbditos, de cualquiera condición que fueran, serían declarados prisioneros de guerra y sus mercancías buena presa con que indemnizar las pérdidas sufridas por la de los buques franceses que cayeran en poder de los británicos. En el artículo 10 de aquella violenta, pudiéramos decir que tiránica disposición, se decía: «Nuestro ministro de Relaciones exteriores comunicará el presente decreto á los reyes de España, de Nápoles, de Holanda y de Etruria, así como á nuestros aliados, cuyos súbditos son víctimas, como los nuestros, de la injusticia y de la barbarie de la legislación marítima inglesa» [1]. Ese decreto, tan discutido entonces y

1 Es de tal trascendencia aquel decreto; produjo tan fatales efectos, no sólo en las demás naciones, sino que en Francia misma, y dió ocasión á guerras tan-

después en Francia por considerarlo algunos como perjudicial hasta para sus intereses comerciales, lo fué en el extranjero como pernicioso, por supuesto, á esos mismos intereses, pero sobre todo, como atentatorio á la dignidad é indepen-

tas en los años sucesivos hasta la caída de Napoleón, incluso á la de la Independencia por su conexión con la de Portugal, que arrancó de la ejecución de tales disposiciones, que aun relegando al apéndice núm. 4 la copia íntegra con todos sus considerandos, vamos á traducir en esta nota su parte dispositiva:

Artículo 1.° Se declara el bloqueo de las islas británicas.

Art. 2.° Se prohibe todo comercio y toda correspondencia con las islas británicas. En consecuencia, las cartas ó paquetes dirigidos á Inglaterra ó á un inglés, ó escritos en lengua inglesa, no tendrán curso en el correo y serán recogidos.

Art. 3.° Todo súbdito de Inglaterra, de cualquiera estado ó condición que sea, y que fuere hallado en países ocupados por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados, será hecho prisionero de guerra.

Art. 4.° Todo almacén, toda mercancía, toda propiedad de cualquiera naturaleza que pueda ser, perteneciente á un súbdito de Inglaterra, será declarada buena presa.

Art. 5.° Queda prohibido el comercio de mercancías inglesas, y toda mercancía que pertenezca á Inglaterra ó proceda de sus fábricas y de sus colonias se declara buena presa.

Art. 6.° La mitad del producto de la confiscación de las mercancías y propiedades declaradas buena presa por los precedentes artículos, se empleará en indemnizar á los negociantes de las pérdidas que hayan sufrido por la presa de los barcos mercantes que fueron aprehendidos por los cruceros ingleses.

Art. 7.° No será recibido en puerto alguno ningún barco que proceda directamente de Inglaterra ó de las colonias inglesas, ó que hubiere estado allí después de la publicación del presente decreto.

Art. 8.° Será cogido todo barco que, valiéndose de una falsa declaración, contravenga á estas disposiciones, y el barco y su carga serán confiscados como si fueran de propiedad inglesa.

Art. 9.° Nuestro tribunal de presas de París queda encargado del juicio definitivo de cuantas cuestiones puedan suscitarse en nuestro Imperio ó en los países ocupados por el ejército francés, relativas á la ejecución del presente decreto. Nuestro tribunal de presas en Milán se encargará del juicio definitivo de dichas cuestiones que puedan suscitarse en toda la extensión de nuestro reino de Italia.

Art. 10. Nuestro ministro de Relaciones exteriores comunicará el presente decreto á los reyes de España, de Nápoles, de Holanda y de Etruria, así como á nuestros aliados, cuyos súbditos son víctimas, como los nuestros, de la injusticia y de la barbarie de la legislación marítima inglesa.

Art. 11. Nuestros ministros de Relaciones exteriores, de la Guerra, de Marina, de Hacienda, de Policía y nuestros directores generales de Correos, quedan encargados, cada uno de lo que le concierna, de la ejecución de este decreto.—*(Moniteur del 5 de Diciembre de 1806.)*

dencia de las naciones no empeñadas en la guerra en que Napoleón andaba con Inglaterra ó en el Norte de Europa. En Francia lo criticó, pero después, más tarde, M. de Bourrienne, el condiscípulo, amigo y secretario de Napoleón, quien en sus Memorias, al recordar aquel decreto, olvidó, como en otras varias ocasiones, los lazos que le habían unido al *Grande hombre*, los beneficios recibidos y los deberes que le imponía su posición. Precisamente Bourrienne fué el primero que puso en práctica el decreto y las instrucciones de Napoleón, porque hallándose en Hamburgo él y el cónsul francés apoyados por el mariscal Mortier, recibieron la misión de llevarlas á cabo, haciéndolas Bourrienne conocer al Senado de las ciudades hanseáticas y en Mecklemburgo y Rostock. Por eso, acaso, se da en sus Memorias por autoridad, la mayor, en el asunto, al que califica hasta de *picardía* según la traducción del príncipe de la Paz. «Semejante decreto, dice, no puede ser mirado sino como un acto de demencia y de tiranía europea. No era, añade, un decreto de esta especie, sino armadas lo que debía oponerse á la Inglaterra, Sin flotas, sin marina, era ridículo declarar las islas británicas en estado de bloqueo, cuando de hecho eran los ingleses los que bloqueaban los puertos de Francia. No siéndole posible hacer lo mismo, suplió Napoleón su falta de poder con el decreto de Berlín, y esa rara política fué llamada el sistema continental, verdadero sistema *de dinero*, *de fraude y robo*» [1].

Y era que Napoleón se había propuesto responder con la tiranía en el Continente á la tiranía de los ingleses en el mar. Dominaba las costas de Italia y Austria en el Mediterráneo y las de España y Turquía, sus aliadas; en aquellos momentos había conquistado las del mar del Norte y una gran parte de las del Báltico; y esperaba en poco tiempo cerrar la Europa al comercio inglés, venciendo así, y según su frase

1 Cómo se conoce que Bourrienne escribía cuando ya estaba al servicio de la Restauración.

favorita, al mar por la tierra. Era el desquite que pretendía tomarse del bloqueo que al extender brutalmente el derecho de la guerra, habían los ingleses impuesto á las costas francesas prohibiendo el comercio de los neutros. Resultaba de eso que *en aquella lucha de gigantes*, como ha dicho un historiador, *desaparecían los intereses de los pequeños y el derecho de gentes quedaba pisoteado por las dos partes*. Para el éxito de tan vasto y destructor sistema, se hacía, sin embargo, necesario cerrar todas las puertas por donde la gran Bretaña pudiera burlarlo. Así lo comprendía Napoleón; pero también abrigaba la esperanza de que la campaña siguiente, que veía emprender á los rusos al concentrarse en el Vístula y el Niemen, le proporcionaría, tras de la victoria, un tratado en que se convendría la clausura de las puertas que en los mares del imperio moscovita tenían todavía abiertas sus enemigos. El bloqueo, entonces, sería completo; y políticos y hacendistas se convencerían de lo acertado de sus cálculos y de la eficacia de tal medida para la paz universal.

Más fuerza, con todo, que las extensas y acerbas consideraciones de Bourrienne; más que las teorías desarrolladas por los comentaristas del bloqueo continental, amigos y enemigos de Napoleón; más fuerza tiene y mayor elocuencia entraña su historia; tanto influyeron y tan sangrientos y desastrosos resultaron sus procedimientos, tan fatales, por fin, para su autor. Ya veremos cómo se fué imponiendo en varias de las naciones de Europa después, principalmente, de hecha la paz de Tilsit, coronamiento de una campaña que valió á Napoleón el dictado de *Cunctator* y sus mayores triunfos en las cruentísimas batallas de Eylau y Friedland. España no necesitaba someterse á los preceptos del decreto de Berlín, puesto que se hallaba hacía más de dos años en guerra con la Gran Bretaña; pero se dispuso á secundarlo ayudando al Emperador de los franceses á imponerlo en las costas de Portugal, con las armas si fuese preciso. Es verdad que para eso no necesitaba Godoy el aguijón de sus ambiciones,

que ya habían recibido nuevo estímulo con el perdón, bien simulado, de su omnipotente *protector*, y de su miedo á la vez; pues que por confesión propia y aun haciendo alarde de un pensamiento muy hábil en su concepto, había propuesto al Rey la invasión de Portugal si no se unía á España en contra de Inglaterra y adhiriéndose al del bloqueo, para así no dar á Napoleón pretexto con que mezclarse en los asuntos de la Península ni menos invadirla. ¡Qué bien se profetizan los sucesos ya pasados, y se discurre y escribe sobre ellos, se comentan y juzgan!

Vino á España, á anunciar el bloqueo continental, un personaje que, perfectamente instruído por Napoleón, se dedicaría luego á perturbar, aún más de lo mucho que ya estaba, nuestra situación política con introducir en la corte nuevo espíritu de discordia avivando los odios entre el favorito y el príncipe de Asturias, de cuya parte, además, se puso. El marqués de Beauharnais fué, con efecto, el elegido para, con las protestas de la afición más sincera á nuestros soberanos, las más delicadas atenciones al mismo Godoy y las más corteses y aristocráticas formas, tan apreciadas en una corte antigua, vengar á su señor y pariente del reciente ultraje y preparar el terreno para las futuras operaciones políticas, bosquejadas ya, sin duda, en su fecunda mente contra las dos monarquías peninsulares.

La llegada de Beauharnais á España había sido desatendida no sabemos por qué, sin haberse anunciado en la *Gazeta* hasta la del 13 de Marzo de 1807, á pesar de manifestarse en ella su presentación en los últimos días de Diciembre del año anterior [1]. El motivo fué, sin duda, el de la notificación del decreto del 21 de Noviembre estableciendo el bloqueo

1 Se decía en la primera de esas fechas: «Las relevantes prendas que concurren en dicho señor de Beauharnais hacían desear su presentación, que se verificó los últimos días del mes de Diciembre próximo pasado, con todas las ceremonias de estilo en semejantes casos, y fué recibido por SS. MM. con las demostraciones del mayor aprecio, tanto por su representación, quanto por la afabilidad y finura de su trato.»

continental, de que sólo se había dado noticia somera al público al transcribir en la *Gazeta* del 19 de Diciembre el *Mensaje* de Napoleón *al Senado*, leído por el archicanciller del Imperio en la sesión del 2 de aquel mismo mes. La *Gazeta de Madrid*, después de exponer las consideraciones que le sugería la conducta de la nación inglesa, de la que dice «haber hecho del mar y del comercio del mundo un dominio exclusivo», insertaba la circular del *Srmo. Sr. Príncipe Generalísimo Almirante* con observaciones parecidas y órdenes completamente en consonancia con las del decreto de Berlín. «Todo trato, se disponía en aquella circular; todo comercio es prohibido en tal situación, y ningunas ideas deben producirse contra tal enemigo que no sean dictadas por el honor, alejando todo contacto que pueda considerarse como vil precio impuesto por la codicia á los súbditos de una nación, que en ellos mismos se degrada. S. M. está bien persuadido de que tales sentimientos de honor están radicados en el corazón de sus amados vasallos; pero no por eso quiere dispensar la más pequeña indulgencia á los contraventores de la ley, ni dexar que por ignorancia sean sorprehendidos, autorizándome por lo mismo á declarar que toda propiedad inglesa será confiscada siempre que se halle á bordo de embarcación, aunque sea neutral, si la consigna pertenece á individuos españoles. Igualmente lo será toda mercancía que se encuentre, aunque sea en buques neutrales, siempre que sea dirigida á puertos de Inglaterra ó sus islas. Y finalmente S. M., conformándose á las ideas de su aliado el emperador de los franceses, declara en sus estados la ley misma que por principios de reciprocidad y decoro ha promulgado S. M. I. con fecha de 21 de Noviembre de 1806.»

La circular llevaba la fecha de 19 de Febrero de 1807 y se dirigía á los jefes de provincia, departamentos y baxeles de España é Indias, á quienes se confiaba su observancia. Así se correspondió en España á los deseos de Napoleón según se expresaban al comunicarlos en el artículo 10 de

su famoso decreto á nuestro Rey, á los de Nápoles, Holanda y Etruria y á sus aliados todos.

Hemos subrayado los títulos de Godoy al anunciar su circular para que nuestros lectores se fijen en el de *Almirante* que aparece al darla. Llevaba Godoy, con efecto, ese título desde el día 13 de Enero de aquel año, en que se lo confirió Cárlos IV en una Real cédula publicada en Suplemento por la *Gazeta* del 16, y donde, tras de consignar el celo y los talentos que su favorito había desplegado en el cargo de generalísimo, manifestaba el Rey *la conveniencia para su servicio y bien de sus vasallos de que pudiera sin estorbos proporcionar suficientes fuerzas marítimas con que atender á la vigorosa defensa de sus dominios en España é Indias, concurriendo igualmente á los designios de su aliado el Emperador de los franceses, Rey de Italia, de dar á la Europa una paz general y duradera.* Si da pena considerar la obcecación de un monarca que podía ver la decadencia rapidísima de la patria, cuyo gobierno había puesto en manos tan torpes é inexpertas, ¿cuál no será la que inspire el espectáculo que ofreció esa misma nación al celebrar con las fiestas más espléndidas tan injustificadas mercedes como las concedidas al inepto ministro, al arrogante y procaz deshonrador del que á manos llenas se las dispensaba? A los pies de aquel hombre infausto caían los más soberbios de la corte y de las más altas instituciones del Estado, y los pueblos le rodeaban y cubrían de las muestras más humildes de un amor que no podían sentir y de una adulación que no tardaron á negar.

El séquito de Godoy en su entrada triunfal en la corte; la serenata que le dieron todos los músicos reunidos de Madrid; las mil felicitaciones que le dirigieron los cuerpos más respetables de la nación, los municipios, las universidades, los cabildos, los particulares de ciudades y aldeas, sus obsequios, fiestas y regalos, prueban á qué punto llegó entonces la humillación de un pueblo, que si de algo había pecado y

si de algo se le motejaba, era de exceso de arrogancia, de orgullo y espíritu de independencia en su carácter.

Pero acusamos injustamente al pueblo: si el de Madrid hizo tales manifestaciones de entusiasmo, fué, como siempre y en toda localidad de numeroso vecindario, efecto de ese abandono genial en las muchedumbres á toda expansión bulliciosa y de curiosidad con cualquier motivo que entrañe algo de extraordinario. Porque en la mayoría de los de España, el pueblo bajo, la plebe agobiada por los tributos, triste, además, por el espectáculo de la nación que hacía pocos años viera tan rica y floreciente, comprendió que ningún bien iba á producirle la escandalosa elevación del favorito de sus reyes. En las clases altas, en los magnates, con rara excepción, y en los privilegiados por sus cargos y empleos es donde halló Godoy quienes no se cansaran de prodigarle todo género de títulos, no sólo los de Alteza Serenísima, como generalísimo, almirante y protector, sino tantos otros como se le habían concedido [1].

Beauharnais, al presenciar el espectáculo que ofrecía Madrid, pero más el de la corte, dividida en sentimienos é intereses y conspirando uno contra otro los partidos que se los disputaban, formaría el plan de sus futuras operaciones diplomáticas á fin de cooperar al del Emperador según las instrucciones que le hubiera dado. Y para eso, sin duda, se puso del lado del príncipe de Asturias; esto es, del lado de la desgracia, con lo que logró atraerse las voluntades de los mejores, y de parte también de la conveniencia en su misión, puesto que socababa así la base fundamental del principio de autoridad, representado por la indiscutible del soberano.

1 Cuéntase que hallándose, cuando la serenata, D. Fernando y el infante Don Cárlos al lado de sus padres, manifestó el Príncipe su disgusto diciendo: *Así me usurpa un vasallo el amor y el entusiasmo de los pueblos. Yo nada soy en el Estado, y él es omnipotente, esto es insufrible. No te incomodes*, dicen que le contestó su hermano: *cuanto más le den, más tendrás muy pronto que quitarle.*

Tal confusión encontró el embajador francés en la sociedad española, tal desquiciamiento en los resortes de nuestro gobierno, que pronto se le vió poner en juego cuantos medios tenía á la mano, la fuerza y el prestigio de Napoleón de su parte, y el descrédito y la debilidad de la de aquellos cuya ruina tenía la misión de procurar.

Expedicion española al Norte.

Puesto ya el emperador á exigir, seguro de obtener toda clase de concesiones después del fracaso de la proclama de Godoy y de la humildad con que se había solicitado su olvido, y apremiando las necesidades de una campaña como ninguna otra de ruda hasta entonces, demandó, pero imperiosamente, como él acostumbraba á pedir á sus aliados, el envío de una fuerza de 20.000 españoles que fueran al Norte de Alemania á reforzar las que tenía en segunda línea cubriendo las costas de la Pomerania sueca y Dinamarca. El 25 de Marzo expedía á Talleyrand el despacho siguiente: «Enviad un correo á España pidiendo que 3.000 caballos se pongan inmediatamente en camino para Amberes, y que la división que está en Liorna parta para Augsburgo, desde donde yo la dirigiré sobre Altemburgo para oponerla á los desembarcos de los ingleses. Yo pagaré ambos cuerpos. Me parece que es cosa ya convenida con España.»

«El bloqueo de Hamburgo valdrá á España la restitución de sus colonias al hacerse la paz. Ya no se trata hoy de meter á embrollo este asunto. Si se quiere llevarlo á cabo es necesario que á las veinticuatro horas de hecha la demanda se ponga en camino la división que se encuentra en Toscana, así como los 3.000 hombres de caballería. Si á 3.000 hombres de caballería se quieren añadir 6.000 de infantería hay que aceptarlos. Á Beauharnais le será fácil hacer comprender al gabinete español que, además de la ventaja de contribuir á la paz y obtener la restitución de sus posesiones, conseguirá la de aguerrir y disciplinar sus tropas. Por lo demás, basta tan sólo con obrar de buena fe. Si no lo quieren,

todo se acabó. Yo tengo un doble interés en hacer salir de Toscana la división española» [1].

Dejando á un lado lo de *todo se acabó* para ocasión en que demostrar desde cuando revolvía Napoleón en su mente el pensamiento de meter la España en su sistema continental, aún queremos atribuir aquella demanda, repetimos que imperiosa, á las exigencias, también imperiosas, de la guerra en que se había comprometido. Y no es nueva en nosotros esa apreciación, porque en la Historia de la Guerra de la Independencia que andamos publicando, decíamos al tratar de este asunto: «No era la de sacar de nuestra patria los mejores de sus soldados la idea que exclusivamente dominaba en la mente del emperador. Nuestra imparcialidad se complace en hallar otras causas, poderosas también, unidas á la generalmente aceptada de debilitar nuestro poder militar para el día, no distante, en que se propusiera dirigir hacia el Mediodía de su vasto imperio la acción de las armas francesas, incesante, devastadora, por más que fingiese *hacer un gran sacrificio con el de su tranquilidad, interés y felicidad que le arrebataba su destino*» [2].

«Hallábase Napoleón comprometido en una empresa gigantesca por el Norte de Europa. Vencedor de los prusianos en muy pocas semanas, había encontrado después enemigos más tenaces y mejor dirigidos; y aun cuando también los arrolló en Eylau, las grandes pérdidas que había experimentado en tan sangrienta y bien reñida victoria, la reorganización del ejército ruso al otro lado del Passarge, la resistencia porfiada que ofrecía Dantzig, las numerosas bajas que producían la crudeza de la estación y malas condi-

1 El general Dejean, su ministro de la Guerra, había cometido la torpeza de querer traer á España los prisioneros prusianos que el emperador destinaba al Mediodía de Francia, acumulando así en nuestro país elementos que podrían perjudicarle el día en que pusiera á descubierto el secreto de sus planes. Increpó á Dejean por eso duramente; pero en cambio se olvidó él de comunicar á su ministro el despacho dirigido á Talleyrand y las órdenes que exigía el paso de las tropas españolas por el imperio.

2 Carta de 27 de Marzo á la Emperatríz.

ciones de los cantones en que invernaban las tropas y, más que todo esto, los temores que debían infundir el Austria, armándose en todas sus fronteras, y la Inglaterra, aumentando sus fuerzas en proporciones considerables, exigían, además de un nuevo contingente propuesto en el proyecto de Senatus-consultum de 20 de Marzo, la acción eficaz de todos los aliados de la Francia.»

«Y tan imperiosamente, añadíase en aquel libro, se hizo la demanda y con tal urgencia se exigió su cumplimiento, que no dejaba lugar á resistencia ni duda, ni vacilación, siquiera, de ningún género.»

Confirma todo esto la correspondencia de Napoleón en aquellos días, en que, temeroso de un desembarco de ingleses y suecos á su retaguardia, sacó de Francia, de Italia y Baviera fuerzas con que impedirlo ó escarmentarlo. Dábale cuidado la conservación y seguridad de Amberes, amenazada por los ingleses, siempre codiciosos de todo arsenal ó emporio marítimo; y tan urgentes las creyó, que sin esperar á los españoles destinados á aquella plaza, envió de Francia tropas que la guarneciesen suficientemente. A los españoles entonces, los dirigió al norte de Alemania, haciendo que los procedentes de la Península atravesaran la Francia, y los de Etruria pasaran por la alta Italia y el Tirol para reunirse todos en Hamburgo y las demás ciudades hanseáticas. En algunos de esos despachos hacía Napoleón constar que se trataría bien á los españoles dándoles, desde que penetrasen en Hannover, vestuario, armamento, equipo, todo excepto el sueldo, que correría á cargo de España. Pero daba tal priesa á sus ministros y á Beauharnais que no cesó en varios días de ordenarles que nuestros soldados partiesen inmediatamente (sans delai) para su destino [1].

Varias de las frases contenidas en esos despachos, demues-

1 Por supuesto que hizo decir á todos sus embajadores y en todos los periódicos del Imperio, que eran 40.000 los españoles que iban á reforzar á los cuerpos de Brune y Mortier.

tran que la idea en Napoleón de llevar á su grande ejército tropas españolas debió hallar resistencia en nuestro gobierno; de ahí las amenazas estampadas en ellos. El príncipe de la Paz nos revela en sus Memorias la tenaz oposición que hizo á tal demanda, oposición que funda en los mismos motivos que expuso al tratarse del reconocimiento del nuevo rey de Nápoles. Su dictamen fué el de negar el pedido, así lo llama, y emprender la guerra, cierto de que el Austria, de mediadora que se había mostrado, acabaría por enemiga de Francia. La guerra á Napoleón, ó someter el Portugal, «quitando de en medio, dice, aquel sillar que de pensado dejaba puesto Bonaparte para sus miras ulteriores». Pero atiéndase á la filosofía que dictaba á Godoy aquel tan misterioso y terrible dilema:

«Dirá tal vez alguno que me contradecía yo mismo, ora en querer la guerra contra el emperador de los Franceses, ora en aconsejar la ocupación del Portugal, favoreciendo en esto sus designios. No era en verdad contradicción: era una disyuntiva, dos caminos que se ofrecían para salvar mi patria de los riesgos de que se hallaba amenazada. No adoptado el primer camino, aconsejaba yo el segundo, y entrambos eran justos, porque eran necesarios uno ú otro. Ocupar el Portugal por más ó menos tiempo y obligarle á marcnar en nuestro mismo rumbo en política, no era servir las miras del emperador de los Franceses, sino valerme de ellas contra él mismo; tal vez también en favor suyo, si se quiere, porque quitándole el pretexto y la ocasión de penetrar en nuestro suelo, no hubiera cometido el atentado y el yerro capital que trajo en fin su ruina y le dejó una mancha eterna.»

¿Con quién creería Godoy que trataba? Si' consideraba fundado tan temerario cálculo, tropezaría con Napoleón, que *ya iba á caer en tal lazo*; y si ha querido hacerlo tomar en serio á los lectores de sus Memorias, se nos figura que se engañó de medio á medio, como vulgarmente se dice. ¡La guerra á Napoleón, cuando no hacía sino añadir humillaciones

á humillaciones para desagraviarle! ¡Engañar á Napoleón y desbaratar sus proyectos invadiendo Portugal y ofreciéndole su conquista como la de una víctima propiciatoria para calmar sus iras! ¡Y los dos proyectos eran justos! ¿Cómo entendería nuestro improvisado filósofo la justicia y los eternos principios de la moral política, aun dentro de la propia familia?

Pero ¿á quién creería nadie que atribuyera Godoy su derrota en los consejos de Carlos IV? Al Infante D. Antonio Pascual, al menos autorizado, según el Valido, para salir del retraimiento en que hasta entonces se había mantenido *entre sus devociones*, dice creyendo hundirlo en la opinión pública, *entre sus devociones*, y *sus telares de bordados*, *ó bien tocando la zampoña*, *que era su instrumento favorito*.

Y entonces, ¿cómo Godoy, tan deseoso de retirarse á la vida privada, que tenía por la mayor desgracia su nuevo nombramiento de almirante y protector del comercio que, en una palabra, le hacía árbitro de los destinos de España por mar y tierra, no aprovechó la ocasión para abandonar la corte, su fortuna y esplendores?

No; suscribió á todo, y dió inmediatamente las órdenes para la marcha de las tropas españolas á Alemania; pretendiendo, sin embargo, mantener su opinión al dirigir al marqués de la Romana una arenga patriótica con predicciones muy exactas para expresarlas después de realizadas y conocidas de todo el mundo que tenga presente la gloriosísima epopeya del regreso de aquellas tropas á su patria.

Componíase la división expedicionaria de cuatro regimientos de infantería de línea: los de Zamora, Guadalajara, Asturias y Princesa; dos de infantería ligera: Voluntarios de Cataluña y de Barcelona; tres de caballería de línea: Rey, Infante y Algarbe; dos de la ligera: Almansa y Villaviciosa; artillería de á pie y á caballo con 25 piezas y una sección de ingenieros. La fuerza de todas estas tropas era de 11.596 infantes, 2.700 caballos, 477 artilleros y 132 ingenieros [1].

1 Véase el apéndice n.º 5.

La mandaba, ya lo hemos indicado, el teniente general Don Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, á quien tanto hemos elogiado por su bizarra conducta en la guerra con la República francesa, y la inteligencia y pericia que demostró, así en las campañas de 1793 y 94 en los Pirineos Occidentales, como en la de 1795 en los Orientales.

Zamora, Guadalajara y Cataluña, con Algarbe, Villaviciosa y una batería á caballo, que estaban en Etruria, se dirigieron á Alemania por Módena, Mantua, Roveredo, Insprúck y Augsburgo, adonde acudieron el rey de Wurtemberg y el antiguo elector de Tréveris para verlos y, según luego se expresaron, lo mismo que el rey de Baviera en Wilheim, admirarlos por el personal de la tropa, su instrucción y disciplina [1]. Los procedentes de España fueron por Burdeos y Lyón para reunirse en Maguncia, y todos luego en las márgenes del Elba. Desde allí se trasladaron en Agosto á la costa del Báltico para tomar parte en el sitio de Stralsund, según haremos ver al recordar los altos hechos, la abnegación y la suerte de aquel cuerpo español, que así elevó la fama de nuestro ejército hasta hacerlo objeto de los más extraordinarios aplausos. El reconocimiento de José Bonaparte como rey de Nápoles, la adhesión al bloqueo continental y la reunión de una parte de nuestro ejército al de Napoleón en su segunda campaña de Prusia son, pues, consecuencia de la torpe y vergonzosa conducta política de D. Manuel Godoy al firmar, valido sin duda de una influencia superior á todo escrúpulo de respeto ú obediencia, la fatal proclama del 6 de Octubre de 1806.

Y aun tiene la osadía de decir en sus Memorias que *España era por aquel tiempo el solo Estado independiente entre todos los aledaños de la Francia, y que nuestro honor no fué hollado ni se dió lugar á que (Napoleón) lo hollase.*

1 Gimbernat describió los itinerarios de la división en el *Manual del soldado español en Alemania*, impreso en Munich el año de 1807 y reimpreso en Madrid el de 1808.

¿Pudo serlo más? Parece que sí, puesto que páginas después, al recordar la conferencia de Napoleón con Pardo Figueroa, en Berlín, añade que *aquella es la verdadera época en que nuestra alianza con la Francia comenzó á hacerse dependencia, si bien no fué esta dependencia tan absoluta y tan tirante como en las demás potencias que rodaban ya de antes ó entraban nuevamente en el sistema planetario del Imperio.*

Y decimos nosotros: «¿De *quién fué la culpa*? ¿De quién debe ser la responsabilidad?»

CAPITULO II

BUENOS AIRES Y FONTAINEBLEAU

Los Ingleses contra nuestras colonias.—Miranda.—En Venezuela.—Su fracaso.—En Buenos Aires.—Desembarcan los Ingleses.—Son rechazados en las Barracas.—Capitulación de Buenos Aires.—Conducta de Sobremonte.—Liniers y Huidobro.—Preliminares de la Reconquista.—Ocupación del Retiro.—Entrada en la ciudad.—Se rinde Beresford.—Su fuga.—Efectos de la Reconquista.—Proceso de Popham.—Segunda expedición.—Pérdida de Montevideo.—Defensas de Buenos Aires.—Desembarco de los Ingleses.—Acción del Riachuelo.—Plan de Whitelok.—Asalto del Retiro.—El de la ciudad —Capitulan los Ingleses.—Consideraciones.—Cumplimiento de la capitulación.—Murray.—Whitelock.—Alegría en España.—Artes de Napoleón.—La Corte de España.—M. de Beauharnais.—Carta de D. Fernando á Napoleón.—Napoleón vuelve á sus proyectos contra Portugal.—Contra Etruria.—Su resolución definitiva.—Tratado de Fontainebleau.—Su examen.

IENTRAS que Napoleón con capa de amistad y el carácter de aliado nos trataba en Europa de la manera que acaba de recordarse, no perdían los Ingleses ocasión que se les ofreciera para en América inferirnos cuantos agravios y causarnos cuantos perjuicios les hiciera discurrir nuestra flaqueza y la incomunicación de aquellas colonias con la Metrópoli.

Los Ingleses contra nuestras colonias.

Cuáles, siendo de las más florecientes, presentaran mayor facilidad para su conquista por el apartamiento en que se hallaban, sus pocos medios de defensa y los de ataque de que dispusiera en sitios no remotos de ellas, había por aquellos tiempos en Inglaterra quien las indicara al ministro, rival, hasta entonces feliz, del emperador de los Franceses

y enemigo implacable, por cálculo ó por odio, de nuestra patria. Hallábase, con efecto, en Londres D. Francisco Miranda, cuyo nombre, con sólo pronunciarlo, evoca en todo español medianamente instruído el dolorosísimo recuerdo del principio de la emancipación americana en el presente siglo. Venezolano de nacimiento, se había alistado con los voluntarios franceses en las filas de la insurrección norteamericana; y vencedora ésta y desocupado, sin duda, según sus belicosas inclinaciones, se presentó en Rusia á la emperatriz Catalina II, bajo cuyas banderas militó, siquier por poco tiempo, el que le consentía su voluble é inquieta fantasía de figurar en todas partes. Había estallado en Francia aquella fiera revolución que, por lo extraordinaria y las proporciones que tomó inmediatamente, exaltó tantas cabezas, suponiéndola tan regeneradora de la dignidad humana como sangrienta y cruel; y entonces, ya se sabe, de voluntario á general no había más que un paso, que lo daban fácilmente el valor y, mejor aún, las declamaciones patrioteras, las intrigas en los *clubs* y la indisciplina en los ejércitos.

Miranda.

Miranda, extranjero y todo, era el hombre más á propósito para representar todos esos papeles en el vasto escenario de la Revolución; y al poco tiempo de llegar á Francia se ofrecía como más partidario de aquellas nuevas ideas que en Rusia lo había sido de la tiranía caprichosa de la soberana que fué el enemigo más decidido y consecuente de la República. Faltábale, sin embargo, el talento; y el 17 de Marzo de 1793, mandando en Neerwinden la izquierda del ejército francés, fué derrotado por Coburgo, y causa quizá de la defección de Dumouriez. Expulsado de Francia se acogió á Inglaterra, dándose tal maña para atraerse crédulos é intrigantes, que al poco tiempo el partidario de Wáshington, esclavo de Catalina y defensor de los excesos revolucionarios de los Danton y Robespierre, era empleado por Pitt para sublevar su propio hogar contra la suave y paternal dominación de España, la más generosa de las naciones colonizadoras.

Puestos de acuerdo Pitt, lord Melville, su colega y admirador, siempre dispuesto á hostilizar á España, con Miranda, y éste con el almirante Sir Home Popham, jefe después de la escuadra de ocupación en el cabo de Buena Esperanza, emprendieron una campaña, mezcla de marañas, seducciones y proselitismo con la acción militar, que puso nuestra patria á punto de perder sus más ricas posesiones de Ultramar [1].

Miranda se dirigió á Nueva York á donde llegó con tales artes y el oro inglés á reclutar alguna gente de su misma calaña y hacerse además de una fragata, el *Leandro*, una goleta, dos corbetas, *Baco* y *Abeja*, fletadas allí, en Jacomelo y Port-au-Prince, punto, este último, en que organizó é instruyó como pudo á los que iban á secundarle en su ingrata y traidora empresa. Con todo eso y lleno de confianza en su armamento y en la cooperación que esperaba de sus compatriotas, el día 19 de Abril de 1806 se ponía á la vista de Caracas, su ciudad natal. Pero ni bastaban sus En Venezuela. armas para vencer á las españolas, ni serían suficientes tampoco sus proclamas y confidencias para obtener un alzamiento al que no estaba aún preparada la opinión en Caracas ni en parte alguna de aquel virreinato. Nadie hizo caso de él, ni los pocos que tomaron tierra en Ocumare lograron reembarcarse; y saliendo del puerto dos buques de nuestra marina militar, el *Argos* y el *Celoso*, apresaron las corbetas, con

1 Entre esos tratos, que comenzaron en 1804, y su ejecución, lord Melville fué acusado ante la Cámara de los Pares de no pocos delitos, del de malversaciones, sobre todo, muy escandalosas. Como tan amigo de Pitt, la causa ó proceso tomó un carácter político y los partidarios del célebre estadista inglés lograron salvar á su colega, absolviéndole en una de las primeras sesiones de Junio de 1806. Diez eran los cargos que se le hicieron, la mayor parte de concusión, y las acusaciones parecían tan fundadas que, al votarse, apareció dividida la Familia real, absolviendo á lord Melville los duques de Yorck, Cumberland y Cambridge, y condenándole los de Clarence, Kent y Sussex.

Siendo, pues, Melville uno de los más activos instigadores de Miranda y Popham, no pudo intervenir en la ejecución militar de uno ni otro en Caracas y Buenos Aires.

lo que Miranda huyó en el *Leandro* á esperar en la Trinidad otros barcos, nueva gente y más dinero [1].

Llegáronle, con efecto, barcos, armas, dinero y gente al poco tiempo, todo facilitado por los Ingleses, cuyo gobierno tomaba con empeño aquella aventurada empresa. Aumentó considerablemente sus fuerzas navales y de desembarco, hasta reunir dos fragatas inglesas de guerra, una corbeta, tres bergantines, dos goletas y algunas embarcaciones menores, con tropa, además, suficiente para poner en tierra más de 500 hombres, haciéndolo después del 1.° de Agosto en que se presentó ante la Vela de Coro [2]. Había intentado la conquista de la Margarita para constituir en aquella isla su base de operaciones, su arsenal y depósito; perorec hazado dos veces, se puso á recorrer la costa amenazando con desembarcar en varios puntos hasta hacerlo en Coro, donde presumiría no ha-

Su fracaso.

llar aparejada la defensa. No lo estaba; y los habitantes de la Vela y su escasa guarnición se retiraron al interior, quedando la tropa, sin embargo, á una legua de distancia y en posición ventajosa para resistir mientras la llegaban refuerzos. Los filibusteros, que así deben llamarse, se dirigieron entonces á Coro, esparciendo por todas partes todo género de papeles sediciosos y las noticias más estupendas con que atraerse las gentes, de las que ninguna, á pesar de eso, llegó á reunirse con ellos. Por el contrario, habitantes y autoridades secundaron la acción del comandante de Coro que, habiendo recibido alguna fuerza, atacó á los de Miranda el día 11 y les

1 Fueron cogidos 57 de aquellos filibusteros, siendo sentenciados á muerte y ahorcados diez, todos oficiales de Miranda, cuyas cabezas fueron expuestas en Puerto Cabello, Ocumare, La Guayra y Páparo, Valencia y Caracas. Miranda fué ejecutado en efigie, y quemadas por el verdugo una bandera que se le cogió y una patente.

Para honra de los Venezolanos hay que decir que ninguno de los sentenciados á muerte ú otras penas llevaba apellido que no fuese inglés ó norteamericano.

2 El capitán general de Venezuela, D. Manuel de Guevara Vasconcelos, dió el parte de la primera expedición de Miranda ese mismo día, ignorando, á lo visto, lo de la segunda, de que se daba cuenta en la *Gaceta* del 28 de Noviembre. La distancia de Coro á Caracas justifica esa coincidencia.

causó 20 muertos y cinco prisioneros, sin pérdidas por su parte.

El 12 les ofreció de nuevo el combate, que no aceptaron; y el 13, pasando con la caballería el río que le separaba de ellos, los obligó á reembarcarse, con tal precipitación y tan aterrados, que, «desfondándose, como escribía el general Guevara, varios botes en el transporte de la artillería, gente y efectos, quedó en tierra cantidad de pertrechos y municiones».

Con tal fracaso, y perdidos cerca de 200 de sus partidarios, Miranda se retiró á la isla de Orúa, renunciando á una empresa que bien veía hacérsele imposible ante la lealtad de los Venezolanos y la energía y actividad del virrey que, á la primera noticia de la invasión, marchó á Valencia para, reuniendo cuanta gente pudo allegar, acudir á los puntos de mayor peligro. Diéronle también alguna fuerza material y no poca moral los jefes de las posesiones francesas más inmediatas y, entre ellos, el de la isla de Guadalupe le envió un destacamento de tropas y puso á su disposición el bergantín de guerra y los transportes en que fueron.

La expedición, pues, de Miranda, más inglesa que suya, recibió un escarmiento digno de tal traición y de conducta tan torcida como la de sus protectores, que se pusieron á buscar el desquite en otras partes de aquel vasto Continente.

En Buenos Aires.

Habían, con efecto, dirigido sus miras al río de la Plata que, á la fama de riqueza de sus dos orillas y de la importancia de las poblaciones que en ellas asientan, reunía la ventaja de su proximidad al gran núcleo de fuerza naval que tenía Inglaterra apostada junto al cabo de Buena Esperanza, recientemente ocupado, y de la isla de Santa Elena, posición estratégica, observando las comunicaciones del Océano con el Pacífico.

En ese concepto y en el de causar á España el mayor daño posible, Montevideo y Buenos Aires ofrecían un interés excepcional, y su ocupación ventajas inapreciables para el Reino

Unido en sus transacciones comerciales, que la hicieron siempre apetecible. Á Buenos Aires, pues, se dirigió la escuadra del Cabo, mandada por el almirante Sir Home Popham, llevando á su bordo al general Carr Beresford con fuerzas de desembarco suficientes en su concepto para llevar á feliz término la empresa [1]. La escuadra se componía de tres navíos, una fragata, una corbeta, dos bergantines, algunas cañoneras y varios transportes; las tropas eran en número de unos 1.600 hombres, la mayor parte del regimiento de infantería n.° 71, mandado por el teniente coronel Pack, que, como Beresford, tomó después parte tan activa y honrosa con el ejército inglés en nuestra guerra de la Independencia.

En Buenos Aires habría sobre 1.000 hombres de tropa veterana y milicia del país, y de 200 á 300 caballos, de éstas también; en Montevideo era algo más numerosa la fuerza por las distintas condiciones de la ciudad, que estaba fortificada, y las de su frontera con el Brasil, en litigio de tanto tiempo antes por la ocupación de la colonia del Sacramento. En Buenos Aires, capital del virreinato, residía con el mando superior el brigadier del ejército, marqués de Sobremonte, y en Montevideo el brigadier de marina Don Pascual Ruiz Huidobro, descuidado aquél y no sobrado de energía, solícito, aunque enfermo entonces, y valiente y decidido el segundo, como en ambos demostró la experiencia de aquellos días. Huidobro dió repetidos avisos al virrey de la presencia de fuerzas navales numerosas en las inmediaciones y de que, siendo inglesas, podrían llevar algún objeto hostil contra la colonia; y Sobremonte no les dió importancia suponiendo, aun contra la opinión también de los bonaerenses, que sólo se trataba de algún gran contrabando.

La escuadra inglesa apareció efectivamente en el Plata el 24 de Junio de 1806, y si no pretendía un desembarco en

Aquella expedición, ideada, según tenemos dicho, por Pitt, no fué expresamente dispuesta por el Almirantazgo. Luego lo veremos al recordar el proceso formado á Popham después de su fracaso.

la ensenada de Barragán, diez leguas agua abajo de Buenos Aires, hizo al menos la demostración de intentarlo. La batería establecida allí, y en que se había situado el capitán de navío D. Santiago Liniers con 200 hombres de infantería y unos pocos artilleros, rompió un fuego tan vivo, que los ingleses, que amenazaban ponerse en tierra, volvieron á sus barcos, y éstos levaron anclas para trasladarse á los Quilmes, otro surgidero distante cuatro leguas tan sólo de la capital del virreinato. Allí comenzaron el 25 á desembarcar los 1.600 hombres de Beresford, con tal aparato, que en Buenos Aires se creyó serían de 4 á 5.000 con artillería, que la maginación popular elevó también hasta considerarla mucho más numerosa de piezas de lo que era.

Desembarcan los ingleses.

Pero el objetivo era ya patente, y el virrey no pudo poner en duda que los enemigos se habían propuesto la conquista de la ciudad de Buenos Aires. Así es que hizo salir la fuerza de caballería y dos piezas de la batería á caballo, todo á las órdenes del coronel subinspector D. Pedro de Arce, al encuentro de los desembarcados en los Quilmes. Al mismo tiempo, y al toque de generala, se reunió en la fortaleza de la ciudad gran parte del vecindario pidiendo armas, que no se le dieron hasta el día siguiente y con municiones escasas; tal era el desorden que produjo la noticia de la proximidad de los enemigos y de su fuerza, la de los pocos medios con que se contaba para la defensa y la flaqueza, mejor aún, el pánico de las autoridades.

No contribuyó poco á crear ese estado la escuadra enemiga, amenazando á la vez con el desembarco en varios puntos: en las Balisas, la llamada punta de los Olivos y en las Conchas. El virrey quiso acudir á todos ellos y, dividiendo las escasas fuerzas de que disponía, no era posible resistir con fortuna en el del verdadero ataque. Arce se encontró con los Ingleses muy superiores en número á los suyos y, no pudiendo rechazarlos, hubo de retirarse con pérdida de las piezas que llevaba; y aun cuando al retroceder se le unió un

refuerzo que, observando el desembarco en los Quilmes, se le había enviado desde la ciudad, continuó el movimiento hasta las Barracas de Buenos Aires, donde se detuvo para quemar el puente de Gálvez y fortificarse. Así lo hizo con aquellas tropas y las que de nuevo envió el virrey con el brigadier D. José Ignacio de la Quintana, coronel del regimiento de Dragones de Buenos Aires, quien desde entonces quedó mandando aquel campamento, al que se condujeron, además, varias piezas de artillería que, procedentes de un barco mercante, se montaron mal que bien allí y en la Barraca de Marcó, á una legua agua arriba del Riachuelo que también lleva el mismo nombre de Barracas. Tan bien lo supo hacer Quintana, cubriéndose con parapetos y las piezas escoltadas por las tropas de Milicias, que sin cesar iban llegando deseosas de medirse con los Ingleses, que éstos fueron rechazados la noche del 26, siendo luego aquéllas muy elogiadas por Sobremonte, que fué á visitar el campamento, del que, sin embargo, retiró parte de la artillería, la de grueso calibre, para llevarla á Paso Chico, un punto no distante que creyó también amenazado. Con eso se pasó tranquila la noche en la Barraca; pero, disipada la niebla que la mañana del 27 cubría todo aquel terreno, vieron los nuestros que el puente de Gálvez era de nuevo atacado por los Ingleses y que no sería fácil resistir allí por lo nutrido del fuego y el de un violento, sobre todo, que los abrumaba. Sólo dos oficiales y algunos soldados lograron sostenerse algún tiempo, el suficiente, con todo, para, consumidas sus municiones, retirar á brazo las piezas que aún quedaban; con las cuales se acogieron á la fortaleza de Buenos Aires, á la que, de orden del virrey, les había precedido Quintana. Sobremonte desapareció para no capitular con los enemigos á quienes supuso no podría vencer, dejando á Quintana el encargo de hacerlo en las mejores condiciones posibles [1]. Puesto Quintana en la

Son rechazados en las Barracas.

Capitulación de Buenos Aires.

1 Según declaración de un bonaerense que, después de asistir á todas las operaciones del sitio y reconquista de Buenos Aires, logró llegar á España del

fortaleza, llamó á consejo al cabildo eclesiástico, al secular y á la Audiencia, quienes se ofrecieron al de guerra, ya reunido, con cuanta gente del vecindario pudiera necesitarse para la defensa; pero aquel jefe, oídos todos los pareceres, creyó que, falto de municiones y otros efectos, no podría hacerla con éxito y procedió á la capitulación.

Conducta de Sobremonte.

La opinión en Buenos Aires acusaba á Sobremonte de haber abandonado el Paso Chico, la posición por él elegida para defender la línea del Riachuelo con la artillería y la fuerza que sacó del campamento en que se le vió la noche del 26, dirigiéndose al monte de Castro y, desde allí, tomando el camino de Córdoba de Tucumán, en el que le abandonó la numerosa caballería del país que había logrado reunir en aquellos primeros días [1]. El Marqués, más tarde, explicó su conducta en el proceso que á instancia suya se le formó en España, y que con lo expuesto y bien estudiado aquél puede uno hacerse idea regularmente exacta de tan importantes sucesos. De esa versión llégase á deducir que Sobremonte tenía de mucho tiempo atrás pedido refuerzos á la Metrópoli, por no abrigar esperanzas de sacar á las gentes del país de la *apatía é indolencia natural*, decía, *en las del campo*, *opuestas al servicio de las armas*. De las 14 repre-

modo que luego recordaremos, «al tiempo que salía un oficial de Buenos Aires á proponer la capitulación, entraba por distinta calle que salía éste otro oficial inglés á intimar la rendición, proponiendo si querían recibirlos como amigos ó enemigos».

1 Estas noticias están principalmente sacadas de una declaración tomada en Algeciras, el 10 de Enero de 1807, á D. Manuel Ruiz de Gaona, comerciante de Buenos Aires que, con el objeto de establecerse en España, se había embarcado en Montevideo el 17 de Septiembre en la goleta *Aranzazu*, de su propiedad. Acogido á Pernambuco á consecuencia de un fuerte temporal, prosiguió su ruta el 17 de Noviembre, siendo apresado en cabo Espartel por un bergantín inglés, que le condujo á la escuadra que bloqueaba Cádiz, y de ella á Gibraltar, de donde debió escaparse no se sabe cómo. Había tomado parte, ya lo hemos dicho, en los sucesos de Buenos Aires desde el desembarque de los Ingleses hasta el día de la reconquista, que describe con muchos detalles.

Esa declaración, tomada por el brigadier Maturana de orden de Castaños, general en jefe del ejército y campo de Gibraltar, fué publicada en la *Gaceta* extraordinaria de 16 de Enero de 1807.

sentaciones que hizo al Generalísimo no obtuvo contestación más que á una, en que se le dijo que se atuviera á los recursos del país, los cuales en cuanto á fuerzas veteranas consistían en 37 granaderos, de 50 á 60 inválidos y 14 ó 16 cadetes de la Academia que había él establecido en los dos años que llevaba de gobierno. Las Milicias que había *arregladas* contaban unos «600 Urbanos, pero entonces», con sólo 400, dijo en el proceso, que con otros tantos y algunos más que ocurrieron al toque y señal de alarma, agregando la caballería de la ciudad y campaña más próxima, ascendían en todo á 3.000 hombres, distribuídos en los puntos precisos de aquella costa» [1]. No dejó de tomar precauciones para evitar una sorpresa en las dos bandas del Plata, en Montevideo, particularmente, *plaza y puerto principal como llave del Reyno*, para lo que tenía barcos exploradores, vigías y *cañones de seña* en las costas.

Puestos en tierra los Ingleses, Sobremonte hizo cuanto hemos recordado, sin mencionar, con todo, más que de pasada la resistencia que les opuso Liniers en la ensenada de Barragán, y eso sin nombrarle, por el disgusto, acaso, que le produjo el que le sustituyera en el gobierno del virreinato después de aquellos sucesos. En su retirada del Riachuelo, que verificó á Castro *por no ligarse las manos*, *por no dejar acéphalo aquel vasto Reino*, *y por estar así prevenido al virrey en el año de 1780 para tales casos*, se situó allí con la poca caballería que pudo recoger, la cual, según llevamos dicho, se le desertó en dos noches, abandonando hast los acaudales, que por fin fueron á parar en manos de los Ingleses. En Córdoba halló Sobremonte 700 hombres con el coronel Allende, y con ellos y algunos más que pudo reunir se dirigió á ponerse en comunicación con el gobernador de Montevideo para la reconquista de Buenos Aires; pero ya cuando Liniers se había puesto en movimiento para realizarla de la manera que vamos á referir.

1 De las Milicias decía en el extracto que hizo de la causa que eran *aéreas*.

Sobremonte, en sus descargos, continúa tachando de ilegales cuantos procedimientos se siguieron para inutilizarle en su mando, el de la constitución de un cabildo abierto y el del nombramiento de Liniers para virrey, principio, dice, de todos los males que después sucedieron. Cedió, añade, nombrándole él comandante de las Armas bajo su dependencia y auxiliándole en cuanto pudo, con facultades y sumas de dinero que todo el mundo sabe que en tales circunstancias no tenía Liniers necesidad de pedirle, rodeado, como estaba, del aura popular y del favor del gobierno de la Metrópoli, el que más tarde le enviaría la orden de trasladarse á la Península por el conducto del general Hidalgo, nombrado virrey por la Junta Central en 1809.

Pero créase lo que se quiera de todo eso, lo cierto es que hubo de capitular la fortaleza y con ella cayó la ciudad de Buenos Aires en poder de los Ingleses á las dos de la tarde del 28 de Junio de 1806. Las condiciones de la capitulación que firmó Quintana y fué luego aprobada por Sobremonte se extendían, no sólo á la ocupación de la ciudad de Buenos Aires y de las poblaciones próximas, sino á la entrega de los caudales retirados á Luján, de donde se sacó la suma considerable de cuatro millones, que fueron enviados á Londres por el general Beresford. Los Ingleses, además, cometieron toda clase de exacciones en la población, sacando contribuciones artibitrariamente impuestas, despojando á los comerciantes y particulares de cantidades de gran importancia y dejando sin pagar los víveres que consumían y cuantos objetos creyeron útiles para el ejército en general y sus clases, según las necesidades ó caprichos de cada uno. Al exigirlos, emplearon no pocas veces la fuerza, atropellando á todo español ó bonaerense que se atreviera á rechazar sus intimaciones ó negarse á sus injustos móviles de tiranía y robo.

Liniers y Huidobro.

En la capitulación no había entrado Liniers. Habiéndose mantenido en la batería de la ensenada de Barragán, tan valientemente defendida, supo allí la fuga,

del Virrey y la pérdida de la ciudad, con lo que á los pocos días penetró en ella, con permiso, dicen algunos, de Beresford, y disfrazado, según otros, para, observando el espíritu de los habitantes, tomar la determinación que más conviniera á los intereses de la patria [1]. Allí debió recibir impresiones favorables á su propósito, muy difícil, sin embargo, de realizar por hallarse los Ingleses muy sobre aviso y resueltos á desplegar sus energías características; por lo que se trasladó á Montevideo, donde ya el gobernador, brigadier Huidobro, tenía organizado un cuerpo de tropas pronto á embarcarse en la escuadrilla, surta en el fondeadero inmediato, para ocurrir al mismo patriótico objeto.

Huidobro había recibido el 2 de Julio la noticia de cuanto sucediera en la orilla opuesta del Plata, de la rendición de Buenos Aires y de la retirada de Sobremonte al interior del virreinato; y desde aquel día, también, se puso á reunir los medios convenientes para emprender la reconquista. Dirigió proclamas á los pueblos de su gobierno; envió agentes á todos ellos con el encargo de juntar las fuerzas posibles, y el 5 anunciaba al cabildo de Montevideo su propósito militar y cuanto había hecho para realizarlo. Carecía de noticias positivas de Buenos Aires; pero había entre los regidores uno que se le brindó á proporcionárselas trasladándose á la Colonia, donde efectivamente las obtuvo exactas por el piloto D. José de la Peña, que con motivo de un canje de prisioneros había estado en comunicación con los Ingleses de la capital. Como siempre sucede, con esas noticias del regidor llegaron otras ya directas, transmitidas por personas de Buenos Aires, lamentándose de su desgracia y denunciando las violencias de

1 Ruiz de Gaona contó que Liniers había obtenido un permiso del general británico para entrar en Buenos Aires y ver á su familia. Godoy dice en sus Memorias que el célebre marino penetró en la ciudad con traje de paisano cuando se encontraba ya rendida. Liniers dice en su parte que habiéndose por un concurso de circunstancias y de órdenes superiores hallado fuera de Buenos Aires al tiempo de su rendición..., pensó sólo en dirigirse á Montevideo con el fin de proponer al gobernador de aquella plaza la reconquista de Buenos Aires.

sus opresores y el descontento general del pueblo, anhelante por sacudir tan bárbaro, ya intolerable, yugo. Con eso, Huidobro, reuniendo la Junta de Guerra, compuesta de los principales jefes de la plaza y de los cuerpos que la guarnecían, la expuso la situación del virreinato, el número de las fuerzas de mar y tierra disponibles y su pensamiento de emprender una expedición con que se procurase restituir las cosas á su anterior estado. La Junta aprobó todo y acordó que el mismo Huidobro, á pesar de sus dolencias, fuera quien se encargase de la ejecución de su proyecto, dirigiendo personalmente la organización de las fuerzas necesarias y la marcha de las operaciones, aunque sin abandonar la defensa de Montevideo.

Se hallaban hechos todos los preparativos, elegidas las tropas y habilitados los buques, así de guerra como transportes para embarcarlas, cuando se presentó Liniers en Montevideo y expuso á Huidobro por escrito sus trabajos en la otra banda, sus confidencias con los hombres más importantes de la capital y su resolución de libertarla de la dominación de sus conquistadores. Desde aquel momento comienza la acción militar de Liniers que, presentado á la Junta de Guerra y aceptado para el mando de la jornada propuesta por Huidobro, quien se hace necesario en la plaza, amenazada aquellos días últimos de un bombardeo de la escuadra inglesa y un desembarco quizá, se dispone á emprender una campaña que corresponda, por lo feliz, al concepto de que ya él disfruta en aquellos países [1].

Preliminares de la reconquista.

El día 23 se puso Liniers en marcha con 500 hombres escogidos y una compañía de migueletes recientemente formada, llevando por el Plata una escuadrilla compuesta de seis zumacas y goletas armadas con cañones de á 18 y 24 y una con obuses de á 36, seis cañoneras del

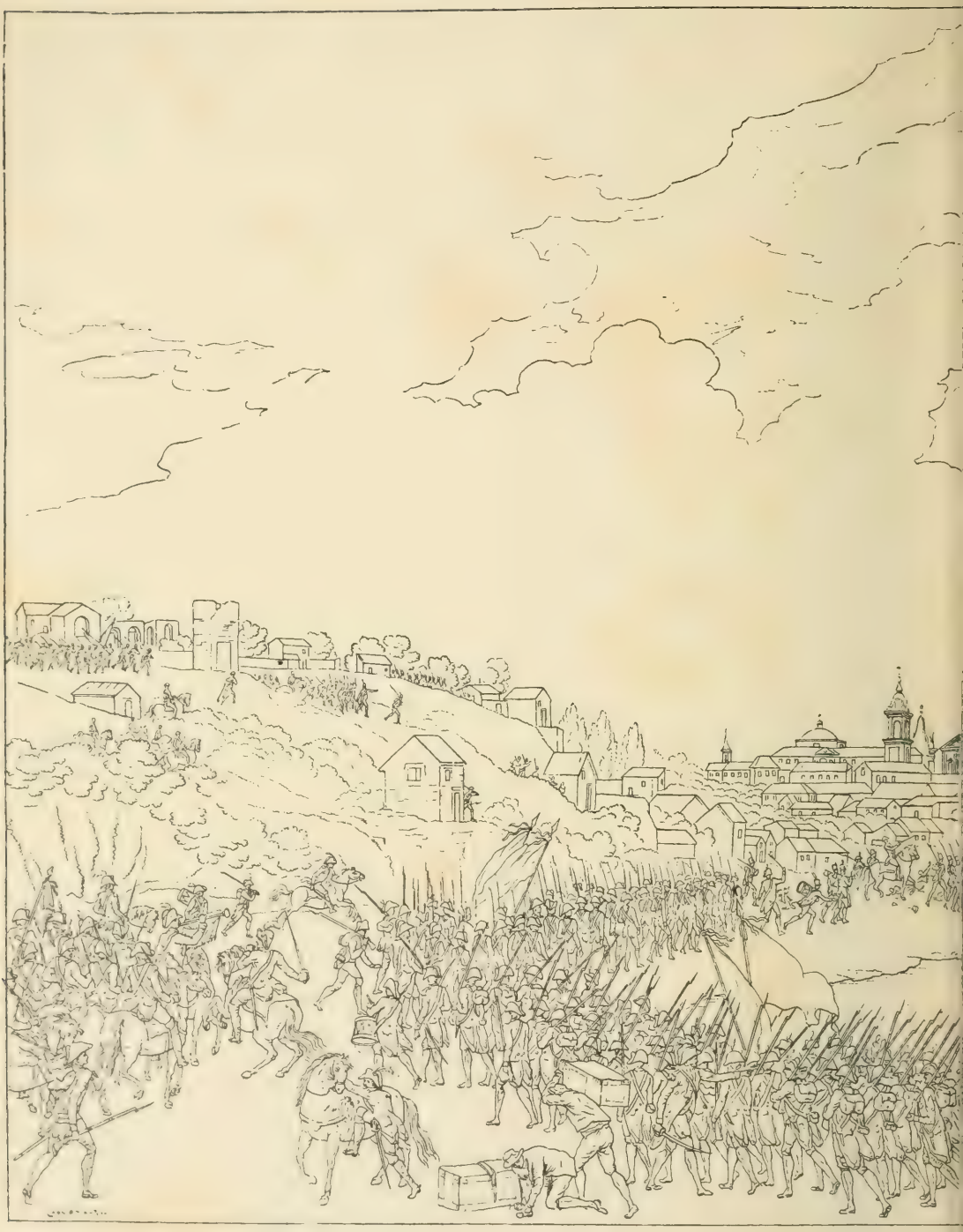
1 Dice Godoy que «D. Santiago Liniers era sujeto conocido en la provincia por su valor, por su prudencia, por su lealtad y su talento militares.» El mayor elogio está en su conducta de aquellos días.

Rey, otra lancha mercante con un cañón de á 18 á su popa, otras dos con cañones de á 9 y ocho transportes, fuerza naval regida por el capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha, «émulo, hemos dicho en otra parte, de Liniers en aquella heroica campaña, y digno compañero suyo hasta en la tumba». Era ya el 28 cuando llegó Liniers á la Colonia del Sacramento, donde ya se hallaba Concha: sorprendiéronle fuertes aguaceros en el camino y tuvo que cruzar varios afluentes del Plata con botes y jangadas en Lucía Chico, San José y el Rosario. Aun tuvo que despejar el río de un bergantín inglés, enviado para estorbarle el paso á la otra banda. Consiguiólo, empero, la escuadrilla con sus fuegos, si bien á costa de grandes trabajos por serla contrario el viento. En la Colonia reforzó su gente con 100 hombres de las Milicias; y después de dirigirla una entusiasta proclama, que honra sobremanera su memoria, de bien abastecerla y de despejar otra vez el río de la presencia de una fragata llegada en reemplazo del bergantín enemigo, se trasladó á la orilla derecha del Plata y se dispuso á tomar tierra á las nueve de la mañana del 4 de Agosto dentro de las Conchas, donde fondearon todas sus naves [1].

Tenía á la vista Buenos Aires; sabía el número de los enemigos y las dificultades que hallarían para ser reforzados, cuál era el espíritu de los habitantes de la ciudad y de los pueblos inmediatos que le habían ofrecido su cooperación y volaban, con efecto, á mezclarse en las filas de su pequeño

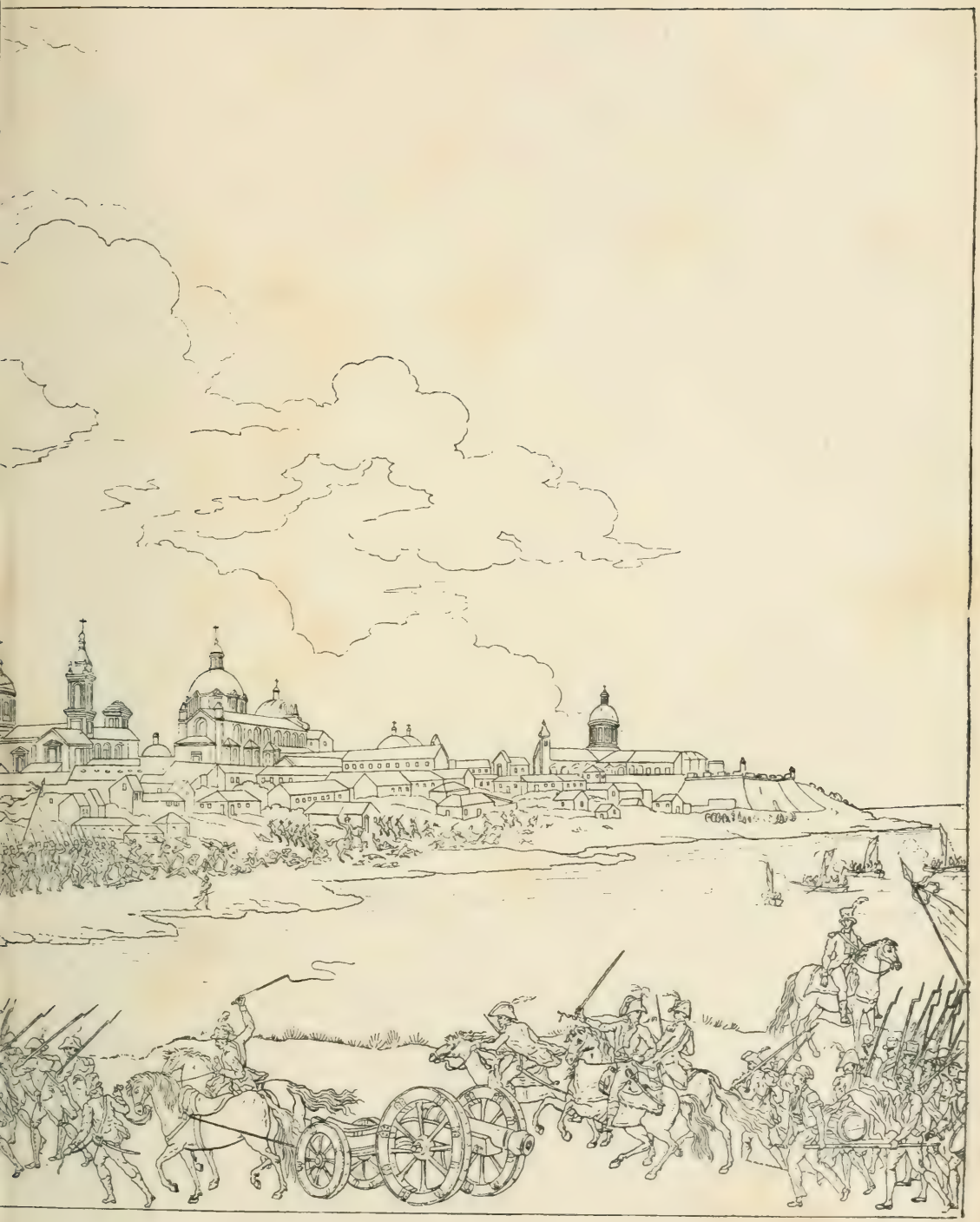
1 «Si llegamos á vencer, decía en uno de los párrafos de la proclama, como espero, á los enemigos de nuestra patria, acordaos, soldados, que la costumbre de la nación española es de reñir con intrepidez, como triunfar con humanidad; el enemigo vencido es nuestro hermano, y la religión y la generosidad de todo buen español hace tan naturales estos principios, que tendría rubor de encarecerlos.»

«Si el buen orden, añadía, la disciplina y el buen trato deben observarse para antes y después de la victoria, rescatado Buenos Ayres, debemos conducirnos con el mayor recato; y no se diga que los amigos han causado más disturbio en la tranquilidad pública que los enemigos; pues si se deben castigar algunos traidores á la patria, vivan seguros que lo serán executivamente por las autoridades constituídas para entender de semejantes delitos.»



RECONQUISTA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

(Facsímile de la primera prueba)



R LINIERS Y CONCHA EL 10 DE AGOSTO DE 1806

un grabado de D. Juan Gálbez.)

ejército; observaba en su derredor grande entusiasmo para el ataque y no menor abnegación para arrostrar las penalidades que producía el furioso temporal que reinó aquellos días, y en la confianza de tales y tan eficaces elementos esperaba, como no difícil, un triunfo que le atraería el aura tan deseada de la popularidad en aquel país y la gratitud de toda España. ¡Qué de alicientes para, á tamaña distancia de la madre patria, inspirarse en los ideales más sublimes de nuestros antiguos héroes de la conquista de las tierras descubiertas por Colón!

En menos de una hora puso en tierra toda la tropa y la artillería, á las que se agregaron más de 300 marineros que, no pudiendo la escuadrilla operar contra tantas fuerzas navales como tenían los Ingleses en aquellas aguas, se agregaron también al ejército con Concha, su oficial de órdenes, D. José de Córdova, y otros varios jefes y oficiales de nuestra marina militar. El tiempo seguía malísimo y las tropas tenían que acampar generalmente y mantenerse al arma y en constante vigilancia; pero á pesar de tanta contrariedad, el 10 se situaban nuestros expedicionarios en los Mataderos del Miserere, posición muy próxima ya á Buenos Aires. Formando en seguida sus tropas, considerablemente reforzadas con los paisanos de toda la tierra inmediata, anhelantes por echar de ella á los Ingleses, dirigió Liniers al general Beresford una enérgica aunque cortés intimación, recordándole los reveses sufridos en el Ferrol, Canarias y Puerto Rico por las armas británicas, y estimulándole á que, *impuesto del peligro en que se encontraba, le avisase en el preciso término de quince minutos si se hallaba dispuesto al partido desesperado de exponer sus tropas á una total destrucción, ó al de entregarse á la discreción de un enemigo generoso.* El inglés contestó cortesmente también, pero concluía así su carta: «...en esta inteligencia, solamente le digo que me defenderé hasta el caso que me indique la prudencia, por evitar las calamidades que pueden recaer sobre este pueblo,

que nadie las sentirá más que yo; de las quales estarán bien libres, si todos sus habitantes proceden conforme á la buena fe.»

Ocupacion del Retiro.

No había, pues, otro camino que el del combate; y Liniers, organizada su gente y poseída del mayor entusiasmo á la voz de jefes tan resueltos, emprendió el ataque del Retiro, que comenzaron los migueletes, cogiendo dos prisioneros, de quienes se supo se hallaba ocupada aquella excelente posición por 200 enemigos. Era necesario llevar la artillería á brazo, tan accidentado estaba el terreno por pantanos, caseríos y tapias; pero conducidos por el paisanaje dos obuses que hizo adelantar Liniers y atacado inmediatamente el puesto, pronto se obtuvo su conquista, rechazando poco después á Beresford, que había acudido en su socorro con unos 500 hombres y varias piezas. Las bajas de los Ingleses en el primer ataque se elevaron al número de 30 ó 40 muertos, algunos heridos y prisioneros; pero en el cuerpo auxiliar de su general, el destrozo causado por nuestra artillería fué tan considerable, que todo él se desbandó para acogerse á la ciudad y su fortaleza.

De no ser tarde y comenzar la noche, la reconquista se hubiera realizado aquel mismo día; tal era el entusiasmo del ejército libertador y la confianza que llegó á inspirar la fácil ocupación del Retiro. Fué, pues, preciso esperar hasta obtener dos piezas de grueso calibre, que el 11 se desembarcaron de la goleta *Dolores*, con las que se había inutilizado una cañonera enemiga surta en las Balisas y hostilizado á una fragata, cuya bandera, al caer al agua, sirvió á nuestras gentes de feliz augurio para la jornada del día siguiente.

Entrada en la ciudad.

El 12, con efecto, á las diez de la mañana los migueletes también iniciaron el ataque por las calles de la Merced y de la Catedral, seguidos de dos columnas hasta la plaza, que se encontró ocupada por los Ingleses con 18 piezas y guarneciendo las azoteas y balcones, de los que hacían fuego muy nutrido. No les sirvió, sin embar-

go, contra nuestros valientes compatriotas, y tuvieron que ampararse á la fortaleza. Á los pocos momentos se veía izada en ella una bandera blanca, señal de lo desesperado de la situación en que se hallaban, á pesar de disponer de 40 piezas, allí de antiguo existentes, de las 30 de campaña que habían desembarcado ó cogido en los días anteriores y de fusiles y municiones más que sobradas. No duraron mucho las negociaciones para la capitulación entre el oficial que Liniers envió al fuerte á intimarla y Beresford, puesto que el caudillo español se encerró en la fórmula de que habría el inglés de rendirse á discreción. Beresford se avino á todo, confiando en la generosidad española, de que hemos visto había hecho alarde su adversario en la carta de dos días antes; y en aquella tarde del 12 salían las tropas británicas del fuerte para rendir las armas, y su general quedaba prisionero de guerra como ellas después de haber arrojado desde el muro su espada en señal de vencimiento sin condiciones. Arrepentido luego, apeló, para si fuese posible disimularlo, á subterfugios que recordaremos, eclipsando una reputación que haría brillar más tarde, pero en defensa de la misma legítima causa de la integridad y la independencia españolas que tan rudamente había combatido en América.

Se rinde Beresford.

Si aquella fué ocasión feliz para demostrar su patriotismo los Españoles de Buenos Aires, aun se presentaría, y muy pronto, otra de riesgo mayor y de resultados que hubieran sido de más trascendencia, de no haberlos sabido evitar con igual valor y la misma lealtad los que así obtuvieron una gloria que nadie podrá disputarles.

Perdimos en la reconquista 180 hombres entre muertos y heridos de la clase de tropa y dos oficiales, el alférez de navío D. José Miranda, herido en una mano, y el alférez del ejército francés M. Fantin, ayudante de Liniers, que sacó del combate una pierna rota. Las bajas de los Ingleses ascendieron á 412 de tropa y cinco oficiales, también muertos ó heridos, y 1.200 prisioneros de guerra, que poco después en

una carta, procedente de las tripulaciones de la escuadra de Popham, se decía *que eran tratados con mucha humanidad* [1].

Su fuga. Es muy enojoso haber de tomar en cuenta ciertas versiones en que el rubor de la derrota, el miedo á las responsabilidades, el despecho y aun la falta de respeto á los vencedores hacen desfigurar los hechos con no menos injusticia que verdad. Ya hemos dicho que Beresford se rindió á discreción, sin condiciones de ningún género, para evitar los estragos que temía fueran á hacer en su tropa los asaltantes del fuerte, quienes en su furia se habían arrojado imprudentemente *sobre el rastrillo y orilla del foso* [2]. Beresford, reflexionando después sobre la responsabilidad que su gobierno podría exigirle por su incondicional entrega quedándole todavía no pocos recursos para prolongar la defensa y con la escuadra de Popham á la vista, debió instar de tal manera á Liniers para que le auxiliase en su compromiso que, al fin, obtuvo del caudillo español una como capitulación póstuma, menos bochornosa, si se hubiera firmado á tiempo, que la rendición á que se sometió el británico. No satisfecho todavía de la generosidad de Liniers, se puso á conspirar en Buenos Aires, creyendo lograr con sus artes lo que no había conseguido con las armas, hasta que cansadas las autoridades del uso de una benevolencia que rayaba en demasiada y podría traducirse por flaqueza, desterró á Beresford á Luján con seis ú ocho oficiales más, el coronel M. Pack entre ellos. ¿Cómo el general inglés correspondió á tal generosidad? Pues continuando en Luján sus manejos, «fomentando un partido de insubordinación é independencia (bien que sin fruto) y constituyén-

1 *Gaceta de Madrid* del viernes 6 de Marzo de 1807. Se refiere á una correspondencia de Londres.

2 Decía Liniers en esa parte de su comunicación dirigida al príncipe de la Paz: «Ultimamente, habiendo visto entrar en el fuerte á D. Hilarión de la Quintana con un tambor, se arrojaron sobre el rastrillo y orilla del foso, viéndome obligado con todos mis oficiales á usar de amenazas para contenerlos y hacerles ver que aún no estaba rendido el fuerte; que la bandera blanca podría ser para pedir una suspensión de armas etc.»

dose en la clase de un verdadero reo de Estado [1]». Al fin se fugó de allí al querérsele internar más y pudo unirse á sus compatriotas al emprender éstos de nuevo sus operaciones en el Plata, según veremos luego al narrar los sucesos de la segunda expedición de los generales Murray y Whitelock, almirante el primero y jefe el segundo de las tropas de desembarco.

Efectos de la Reconquista.

Si en España causó general satisfacción la noticia de los sucesos de Buenos Aires, y no escasearon los aplausos ni las recompensas á las tropas y á los habitantes de aquel virreinato que lo defendieron [2], en Inglaterra fué también general la indignación que provocaron. El pueblo y los parlamentos, al recibirla, condenaron casi unánimes la conducta de los generales que habían dirigido la expedición, la del almirante Popham, especialmente, sobre quien se hizo pesar toda la responsabilidad de jornada tan fatal para la reputación de las armas británicas.

El telégrafo de Plymouth fué el que transmitió la primera noticia, recibida en Londres el 17 de Enero de 1807. M. T. Greenville la pasó al lord Maire, en estos términos: «Buenos Ayres ha sido reconquistado el 12 de Agosto: el exército queda prisionero de guerra.» Confirmáronla luego el almirante Collingvood y el capitán Mudge, y poco después el capitán Edmunds, comandante del navío *Diomedes*,

1 Así lo dijo la Audienc a á los generales Sterling y Auchmuty que, apoderados, como se verá luego, de Montevido, amenazaban con enviar á Inglaterra los prisioneros españoles si no se mejoraba el trato de los ingleses, de quienes decían que *á despecho de una solemne capitulación, habían sido maltratados, asesinados algunos de ellos, privados todos de sus pagas*, y *conducidos tierra adentro, donde sufrían las mayores incomodidades*. Todo falso.

2 A Huidrobro se le ascendió á jefe de escuadra, á Liniers á brigadier, á Concha á capitán de navío y se dieron empleos también de la armada á varios oficiales que, perteneciendo á la escuadrilla del Plata, se distinguieron también en el asalto de Buenos Aires. De los del ejército y de las milicias del país recibieron también recompensas varios jefes y oficiales, ya de empleos y grados, ya de cruces de distinción, no olvidando á las clases de tropa, lo mismo en las de mar que de tierra, ni á las corporaciones civiles y eclesiásticas, á quienes se dieron las gracias en términos sumamente lisonjeros.

que llegó á Inglaterra con despachos del almirante Popham, en que, con fecha de 1.° de Noviembre se daba parte, ya detallado, de la reconquista del país argentino por los Españoles. Los refuerzos enviados con Sir Samuel Auchmuty y los ya recibidos en aguas del Plata, procedentes del Cabo de Buena Esperanza, resultaban ineficaces por lo tardíos y más aún por la resistencia de los Españoles; y las iras británicas se revolvieron contra Popham, á quien el gobierno llamó á Inglaterra para dar cuenta de sus operaciones y responder á las responsabilidades de su desastrosa expedición.

Proceso de Popham.

El 16 de Febrero de 1807 arribaba Popham á Inglaterra y el 18 era arrestado y sometido á un consejo de guerra, que se celebraría el 3 de Marzo á bordo del navío *Gladiador*, consejo compuesto de un almirante, cuatro vicealmirantes, cuatro contraalmirantes y cuatro capitanes de navío. Fundábase la acusación en que se le había encomendado en un principio la conquista tan sólo del Cabo de Buena Esperanza, de acuerdo con el general Sir David Baird; la misión, una vez dueño del Cabo, de dirigir un crucero sobre Río Janeyro y el Plata, y en que, en lugar de eso y de mandar á la India las tropas de Baird, había empleado algunas de ellas y parte de las de la isla de Santa Elena en la expedición de Buenos Aires, que no se le tenía impuesta. Popham se defendió con energía y habilidad, alegando su extrañeza de que se le acusara de haberse extralimitado de las instrucciones que se le habían dado, cuando desde 1804, en que conferenció con Pitt, Melville y Miranda, se convino en atacar las colonias españolas de la América del Sur. Probó todo eso con testigos y documentos, y demostró con ejemplos sin réplica posible que otros almirantes, Rook, lord Hood, lord San Vicente y Nelson habían emprendido expediciones sin tener instrucciones previas y dejándose, como él, llevar de su iniciativa en servicio de la patria. Á otras causas atribuyó la de su proceso, á la del cambio, todavía reciente, de política, el cual, sin embargo, no había impe-

dido que, al llegar á Inglaterra la noticia de la conquista de Buenos Aires, se le tributasen los mayores elogios.

En el tribunal debieron hacer efecto tan elocuentes razonamientos; pero compuesto en su mayor parte de enemigos de Pitt y de sus partidarios, por consiguiente, dictó sentencia no absolutaria por completo; sin ser, con todo, la que algunos temían recordando la sobradamente injustificada del desgraciado almirante Byng. «De consiguiente, se decía en ella, el consejo es de parecer que la conducta de Sir Home Popham merece ser gravemente censurada por haber retirado del cabo de Buena Esperanza la totalidad de las fuerzas navales que mandaba, y llevádolas al río de la Plata; pero en consideración á las circunstancias, se limita á declararle muy reprehensible, y en su consecuencia le reprehende.»

Eso no quitó que en Mayo fuese Popham nombrado comandante de una escuadra reunida en Yarmouth y destinada á cruzar frente á varios ríos de Europa, ni que Beresford, que poco después de haberse fugado volvió á Inglaterra, obtuviera también mando en el ejército, con destino al organizado para desembarcar en las costas del Báltico sobre el flanco ó la retaguardia de los Franceses.

Segunda expedición.

Que el proceso formado al almirante Popham no reconocía por causa la extralimitación de facultades de que principalmente se le acusaba en el ataque á nuestras colonias del América austral, lo prueba, por manera indudable, el que no tan sólo insistió el gobierno inglés en la jornada, aun habiendo resultado tan desastrosa, contra España, sino que, mientras se sustanciaba el proceso, nuevas fuerzas la renovaron en las mismas márgenes del Plata, teatro pocos meses antes de tan rudo escarmiento como el de Buenos Aires. El almirante Murray y el general Crawfurd se habían preparado en el cabo de Buena Esperanza á vengar la afrenta recibida por Popham y Beresford. Debía volver á Inglaterra Crawfurd por orden que no llegaría á tiempo para privarle de las grandes ventajas que

proporcionaba su mando, pues que estaba ya la expedición organizada y, según las fechas, se habrían cruzado la escuadra y el barco en que iba la orden [1]. Pero se aumentaban sucesiva y rápidamente las fuerzas navales y de desembarco, llevadas primero por el almirante Stirling desde Inglaterra, y luego por Murray, que condujo cuantas existían en Santa Elena, elevándose, así, en Marzo las de mar á dos navíos de línea, dos *ingemanes*, dos fragatas y tres bergantines, que escoltaban el convoy en que iban de 5.000 á 6.000 hombres de infantería y caballería con el número proporcionado de piezas de campaña y sitio.

Pérdida de Montevideo

Con esas fuezas se dirigió la expedición sobre Montevideo y, comprendiendo lo difícil y lenta que sería la conquista de la hoy capital del Uruguay, continuaron los Ingleses á la Colonia del Sacramento, ocupándola en Octubre de 1806. Era fácil su conquista por el estado de ruina en que se hallaba, por tierra sus antiguas fortificaciones, tan disputadas por los Portugueses del Brasil, celosos de explotar el comercio que ofrece su privilegiada posición en el Plata. De la Colonia fueron los Ingleses extendiéndose por el país para cortar á Montevideo sus comunicaciones con él y dejarla aislada completamente. Aun así tardaron cuatro meses en vencer la resistencia de Montevideo, de donde Stirling y Auchmuty dirigían á la Audiencia y al Cabildo de Buenos Aires misivas que nada les favorecen, y menos á Beresford, sobre la fuga de este general, sus desafueros y mentiras [2]. Esas comunicaciones eran ya de Fe–

1 La presa hecha en la conquista del Cabo había valido al general Baird 40.000 libras esterlinas; esto es, cuatro millones de reales.

2 La correspondencia de aquellos generales con la Audiencia y el Cabildo de Buenos Aires, así como la comunicación de Liniers á los mismos y la carta del alcalde D. Martín de Alzaga á Beresford, entrañan tal importancia para el conocimiento de aquellos sucesos, tanta gravedad para la reputación del general rendido, é interés tan vivo para el buen nombre de nuestros compatriotas, que debemos recomendar, y esperamos que eficazmente, su lectura, que el lector puede hacer en el apéndice núm. 6. Con ella podrá calcular hasta dónde llevaban los generales á quienes se alude su mala fe, verdaderamente púnica, y

brero y Marzo de 1807, y aun pasaron tres meses para que se reunieran allí las fuerzas todas que sus jefes consideraban necesarias para vengar su anterior derrota con la nueva conquista y ocupación de Buenos Aires. En ese tiempo parecían los Ingleses los sitiados, pues habiendo los Españoles vuelto á ocupar la Colonia, recorrían la tierra toda hasta las puertas de Montevideo, donde, además de la alarma consiguiente, reinaba una verdadera peste de enfermedades que diezmaba las tropas de Auchmuty. El 10 de Mayo, por fin, se presentó en Montevideo el general Whitelock y el 15 de Junio el gran convoy con las fuerzas de Crawfurd, que hicieron elevar la cifra del ejército de desembarco á la de 15.000 hombres de todas armas, reocupando seguidamente la Colonia, donde se situaron por el pronto [1]. Aquella fuerza debía parecer más que sobrada para una empresa que meses antes se había ejecutado con la de 1.600 hombres; pues que la ciudad carecía de las condiciones de una plaza de guerra, las tropas que la iban á defender eran en su mayor parte colecticias y, aunque animadas con el triunfo anterior, tenían que habérselas con las inglesas de línea, todas perfectamente organizadas, bien provistas de todo y con una escuadra á su lado, de donde se las procuraría cuantos recursos militares pudieran necesitar. Las españolas, por el contrario, carecían del apoyo, tan robusto y eficaz en la ocasión anterior, que hubo de proporcionarles Montevideo, quedando en la actual aisladas, pues del interior del virreinato habían recibido cuan-

Beresford el cumplimiento de su palabra de honor, y de todo deducirá que el después capitán general del ejército español no era ningún Régulo.

1 Componíase aquel ejército de tres brigadas de artillería ligera al mando del capitán Faser; los regimientos 5.º, 38.º y 87.º de infantería, al del brigadier general Sir Samuel Auchmuty; el 71.º de dragones ligeros, el 36.º y el 88.º, al del brigadier general Guillermo Lumley; ocho compañías del regimiento 95.º y nueve compañías de infantería ligera, al del brigadier general Crawfurd; cuatro escuadrones del 6.º de guardias dragones, el 9.º de dragones ligeros y los regimientos 40.º y 45.º de infantería, al del coronel T. Mahón, y todos los dragones que estaban desmontados, á excepción de cuatro escuadrones del 17.º, al del teniente coronel Lloyd.

Así lo describe y enumera Whitelock en su parte.

tos ya les cupiera esperar. Había llegado una compañía de voluntarios peruanos, ansiosos de demostrar su patriotismo ayudando á los Bonaerenses en la defensa de su país, y de las Pampas y aun de Patagonia se presentaron Indios llenos de entusiasmo, aunque sin las armas propias de nuestro tiempo, para revelar su adhesión á España y su denuedo al lado de los tercios que se organizaron también con naturales de varias provincias de la Península avecindados en Buenos Aires [1]. Liniers trató de suplir la inferioridad numérica de su gente con obras de defensa fuera y dentro de la ciudad, todas, sin embargo, improvisadas al presentarse ante ella el enemigo. Esas obras consistían, según una correspondencia inglesa, en que «todas las avenidas y puntos por donde podría ser atacada la ciudad estaban defendidas con trincheras de pieles de buey de un espesor enorme, contra las cuales era del todo inútil la artillería, porque las balas no podían atravesarlas todas». «Los terrados, se añadía, de un gran número de casas están guarnecidos y cubiertos de gente armada, porque se han formado en regimientos todos los Españoles que hay en estado de tomar las armas. También han colocado artillería en algunos de estos terrados, desde los quales pueden ciertamente incomodar mucho á nuestras tropas.» Liniers en su parte difiere poco de esa versión, pues dice en

Defensas de Buenos Aires.

1 El número de los defensores de Buenos Aires en 1807, era de unos 10.000, organizados en los cuerpos siguientes: Regimiento de Infantería de Buenos Ayres; regimiento de Dragones; Blandengues de Buenos-Ayres; Blandengues de Montevideo; cuerpo de la Real marina; compañía de Granaderos provinciales de Buenos Aires; cuerpo de Patricios; tercio de Cántabros; tercio de Vizcaínos; tercio de Gallegos; tercio de Arribeños; tercio de Catalanes; tercio de Andaluces; Artillería veterana y urbanos del mismo cuerpo; cuerpo de Patriotas de la unión, agregado á la artillería; Cuerpo de naturales pardos y morenos, agregados también á la artillería; batallón de naturales pardos y morenos de infantería; primer escuadrón de húsares de Puyrredón; segundo escuadrón de Húsares; tercer escuadrón ídem; escuadrón de Cazadores; ídem de Migueletes; Real maestranza; escuadrón de Carabineros de Carlos IV; cuerpo de Labradores, Pamperos y Peruanos.

Sobre los Pamperos y Patagones existe la relación de los caciques de unos y otros ofreciendo, en Diciembre de 1806, su cooperación contra *los colorados* con 20.000 armados con sus coletos de cuero, de chuza, espada, bolas y honda.

él que aprovechó los días 3 y 4 «para abrir unas trincheras á una quadra (manzana) al frente de las ocho calles de la plaza, de seis varas de ancho y cuatro de profundidad, arrimando por nuestros lados unos tablones para facilitar las comunicaciones, haciendo subir sobre las azoteas las piedras que se sacaron de las calles, y habiéndolas provisto antes de buen número de granadas y frascos de fuego».

Desembarco de los Ingleses.

Así las cosas; reforzada la guarnición que los Ingleses habían señalado para Montevideo y la tripulación de las fragatas y demás embarcaciones destinadas al desembarco; dejando los navíos de línea fondeados junto al mismo Montevideo para que no tocasen en los bancos que hay en el Plata por aquellos sitios, y llamando á sí las tropas estacionadas en la Colonia, Murray y Whitelock fondeaban el 24 de Junio entre la ensenada de Barragán y la costa del Norte. Todavía transcurrieron tres días, empleados en la concentración de buques de guerra y transportes en los puntos que fueron reconociéndose al mismo tiempo, antes de que se decidiese el desembarco de las tropas que el 28, por fin, tomaron tierra sin oposición alguna, pues el fuerte ó batería que Liniers había defendido en la primera expedición fué desartillado y abandonado en aquella segunda. La distancia de la ensenada es de más de 12 leguas de un país cortado entonces por pantanos y arroyos, en general profundos y cenagosos; y las divisiones inglesas sufrieron bastante, en su marcha hasta el Riachuelo, la corriente misma de las Barracas en que el año anterior estableció su campamento el brigadier Quintana. Liniers había abandonado los Quilmes, retirando su artillería y presidio, que trasladó al puente de Barracas para formar con todas sus fuerzas disponibles una extensa línea, según se lo aconsejaron la dirección del río y los accidentes del terreno. «Mi ala derecha, decía Liniers, se hallaba al mando del coronel D. César Balviani, con banderola roxa; la izquierda por el de la misma clase D. Bernardo de Velasco, gobernador del Paraguay y Misiones, con

banderola blanca, y el centro por el coronel D. Xavier Elío, con banderola azul; la artillería de batalla y obuses, en número de 44 piezas, interpoladas en la línea, y toda la de grueso calibre á la izquierda, en número de cuatro. Formé una segunda línea de reserva, compuesta de dos divisiones con seis cañones de á 8 y dos obuses, debiendo yo tomar al momento del ataque la cabeza de la división de la derecha y el capitán de navío y gobernador de Córdoba D. Juan Gutiérrez de la Concha la de la izquierda, para cargar al enemigo por sus flancos.»

Acción del Riachuelo.

La posición, así guarnecida, era fuerte é inspiraba suma confianza á Liniers y los suyos la mañana del 2 de Julio en que, después de una noche tempestuosa, pasada en continua alarma por la proximidad del enemigo, situado en la estanzuela de Santo Domingo y en Reducción, se le vió escaramucear tan sólo con nuestras avanzadas de caballería. Con eso nuestra primera línea se decidió á adelantarse cosa de cien pasos provocándole al combate. Whitelock comprendió al momento lo ventajoso de la posición española y pensó desde luego en flanquearla con llevar dos gruesas columnas por su izquierda, agua arriba del Riachuelo, para, como lo hizo, atravesarlo por Paso Chico, dejando la mayor parte de la artillería en su campo con una gran escolta de dragones y un regimiento de infantería. Quiso Liniers salirle al encuentro, y llevó parte de sus fuerzas por la derecha á, formando nueva línea, ofrecer otra vez batalla á los Ingleses; pero éstos burlaron su maniobra remontándose aún más, hasta ponerse sobre los corrales de Miserere, á que se retiró Liniers [1]. Y ¡coincidencia rara! Mientras el

1 No pueden ser más opuestas las versiones de Whitelock y Liniers en ese punto. Dice el primero: «El mayor general Leveson Gouver, que mandaba la columna derecha, cruzó el río en un paraje llamado Paso Chico, y encontrándose con un cuerpo del enemigo lo atacó y desbarató con bizarría.» Liniers, por su lado, dice: «Este (Whitelock) desfiló su exército por la izquierda, y mis exploradores me anunciaron que se dirigía á pasar el Riachuelo por el Paso Chico ó por el de Burgos; rompí inmediatamente en columna por mi derecha

general en jefe inglés, *por ignorancia de su guía*, no podía reunirse con el cuerpo principal de su ejército hasta el día siguiente y perdía un tiempo precioso para aprovechar las ventajas obtenidas en el combate no poco reñido del 2, se extraviaba también Liniers con un trozo de su caballería al retirarse, ya de noche y lloviendo, á la Chacarita de los Colegiales, cuya dirección le hizo equivocar la obscuridad.

No hay duda en que aquella jornada resultó, si no un revés de gran trascendencia, un contratiempo difícil de evitar por lo numeroso del ejército enemigo y la habilidad que desplegó Whitelock en el paso del Riachuelo, aunque, en verdad, el combate que sucedió á tan acertada maniobra contuvo á las tropas inglesas, así como el extravío de su general hizo se dilatase el ataque á la ciudad [1]. Tanto fué así, que pasaron los días 3 y 4 sin que los Ingleses acometieran el asalto, en espera de nuevas fuerzas que Whitelock había creído deber conservar en el río para un caso de apuro, preocupado como debía estar también con el descalabro de Beresford, y para fijar, además, el plan de ataque y dictar las instrucciones más útiles á fin de realizarlo con éxito. Esas fueron las siguientes: Auchmuty debía atacar el Retiro y la plaza de toros con un regimiento, el 38°, mientras los 87°, 5.°, 36° y 88° penetraran por las calles inmediatas, cada uno por la de su frente; otro regimiento y un batallón ligero, divididos como los anteriores en alas, entrarían también con un cañón sosteniendo al del centro por su derecha. El 45° debía atacar por las dos calles inmediatas y tomar puesto en el grandioso edificio de la Residencia. En la calle del centro se establecieron dos piezas cubiertas

Plan de Whitelock.

y le presenté segunda vez batalla en ángulo recto á mi primera posición, apoyada mi ala al Paso Chico, habiendo dexado mi reserva para la defensa del puente; pero burló todavía mi esperanza y fué á pasar el río á otro vado más al Oeste...»

1 Liniers se acogió á una casa, donde pasó la noche, *la más amarga de su vida*, según escribió después; pero á la mañana siguiente se reunió en la Chacarita á los suyos, que el coronel Velasco había repartido en los puntos exteriores más peligrosos de Buenos Aires.

por los carabineros y tres escuadrones del 9.° de dragones ligeros, con el resto del regimiento en reserva. Cada una de estas divisiones avanzaría por la calle de su frente hasta llegar á la última manzana de casas inmediata al Plata, de la cual debería apoderarse para formar en las azoteas hasta recibir las órdenes del general en jefe. El regimiento número 95 ocuparía dos de las situaciones más dominantes, de donde incomodar al enemigo. Y tal orden se quiso imponer á la ejecución de ese plan, que las tropas llevaban descargadas sus armas, porque se prohibió hacer fuego hasta que las columnas llegaran á los puestos señalados y hubieran formado en ellos. Sólo llevaría dos cabos cada una á su cabeza, armados de hachas con que ir rompiendo y franqueando las puertas de las casas.

Antes, sin embargo, de poner en ejecución ese vasto plan, el general Whitelock repitió la intimación que el día 2 había hecho, contestada por Elío en ocasión en que, como se ha dicho, andaba Liniers extraviado por las inmediaciones de Buenos Aires. Liniers respondió inmediatamente que, mientras tuviera municiones y se conservara en la ciudad el excelente espíritu que mostraban la guarnición y el vecindario, no admitiría propuesta alguna de entrega ni sumisión.

Establecidas, según acabamos de decir, las tropas inglesas y prontas á emprender el combate, el día 5, á eso de las seis de la mañana, el general Whitelock hizo dar la seña para comenzarlo, que era un violento cañoneo en las calles del centro por donde debían penetrar las columnas. El primer ataque fué, sin embargo, el dirigido sobre el Retiro y la plaza de toros, al que sucedió el simultáneo de los demás puntos designados en el plan, ya descrito, del general en jefe británico.

Asalto al Retiro.

Mandaba en el Retiro el brigadier Concha con los marineros que Liniers había hecho desembarcar de los buques de guerra, metidos en el Riachuelo por considerarlos inútiles para la defensa en vista del número de

los enemigos, y que llegaban á constituir un cuerpo de 400 hombres tan aguerridos como resueltos, y con la compañía de granaderos del tercio de Gallegos, establecida en la plaza de toros. Tres horas y cuarto duró el combate, el más encarnizado de aquel día, necesitando los Ingleses reforzar los dos regimientos que lo habían emprendido hasta reunir 2.000 hombres que, acometiendo por todas las entradas de la posición y después de cruentísimos asaltos, lograron ocuparla cuando los defensores llevaban perdidos 200 hombres entre muertos y heridos, su jefe entre estos últimos, consumidas sus municiones y sin esperanza de socorro. Mal podían dárselo las demás tropas españolas, ocupadas como andaban en rechazar á las columnas inglesas que invadían la ciudad con la mayor resolución. Sólo así logró el general Auchmuty apoderarse de un establecimiento tan importante y del material de guerra que contenía, así como de la fuerza de su guarnición, que supo resistir por tantas horas el que Whitelock calificaba después de *el más vigoroso ataque, en el cual padecieron mucho los regimientos que lo habían emprendido por la metralla y fusilería.*

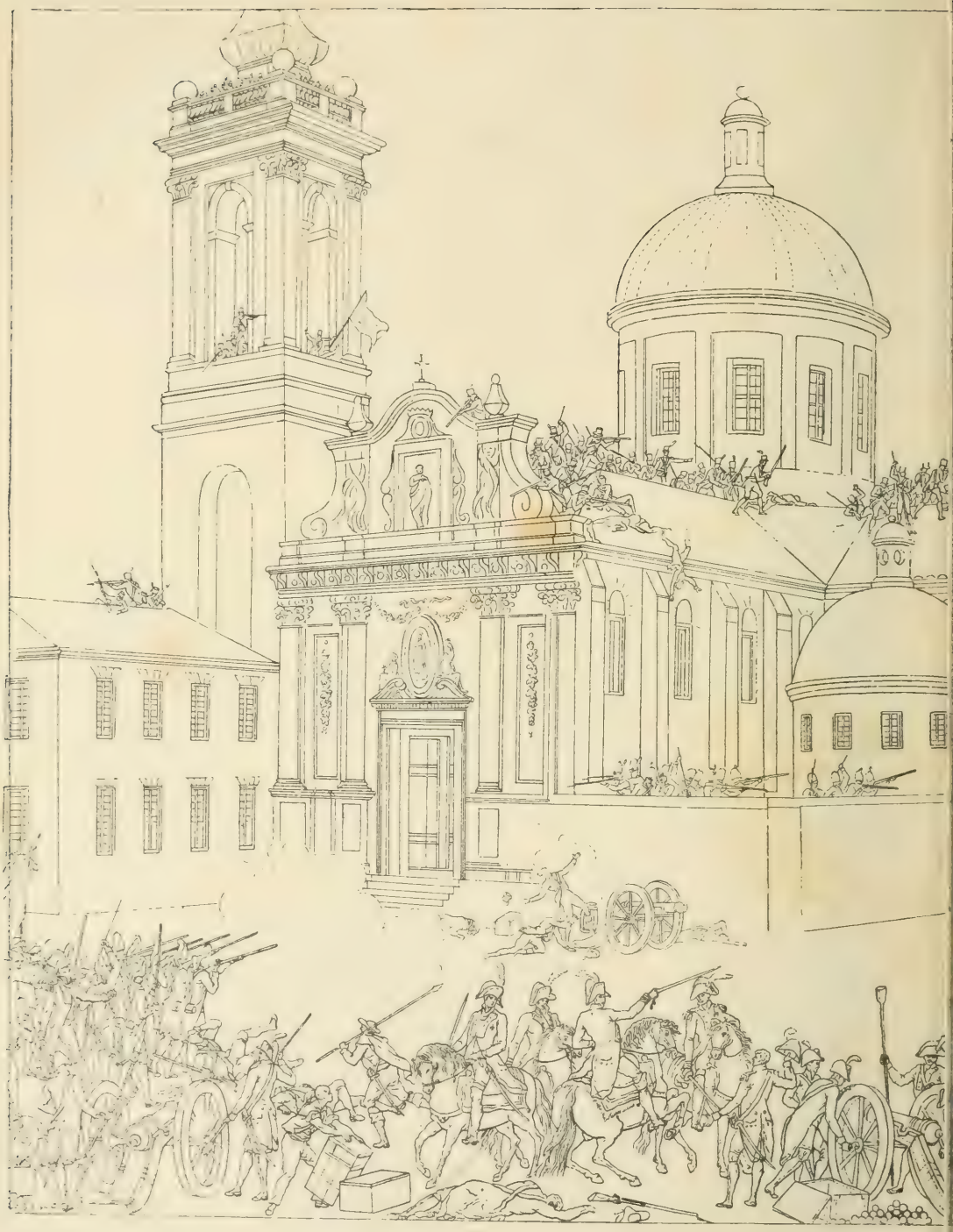
El de la ciudad.

Aun así, no fueron tan afortunados los jefes de las demás columnas inglesas. Si una de ellas ocupó sin grande oposición el convento de Santa Catalina, los regimientos que conducía Lumley, que eran el 36.° y el 88.°, hallaron en las calles de su tránsito una resistencia que de seguro no esperaban. «Tuvieron que sufrir, dice en su parte el general Whitelock, muy desde luego un fuego vivo y sostenido de fusilería desde los tejados y ventanas de las casas, cuyas puertas estaban cerradas tan fuertemente que casi era imposible forzarlas. Las calles estaban cortadas por fosos profundos, en cuyo interior había cañones que llovían metralla sobre las columnas que avanzaban». El 36.° llegó á su destino, el extremo de la calle por donde había penetrado en la ciudad; pero el 88.°, que tenía que pasar más cerca del fuerte y por entre defensas como las que acabamos de men-

cionar, llegó á hallarse tan combatido y maltratado que, roto y sin esperanzas de vencer resistencia tan obstinada y hábil, acabó por rendirse prisionero.

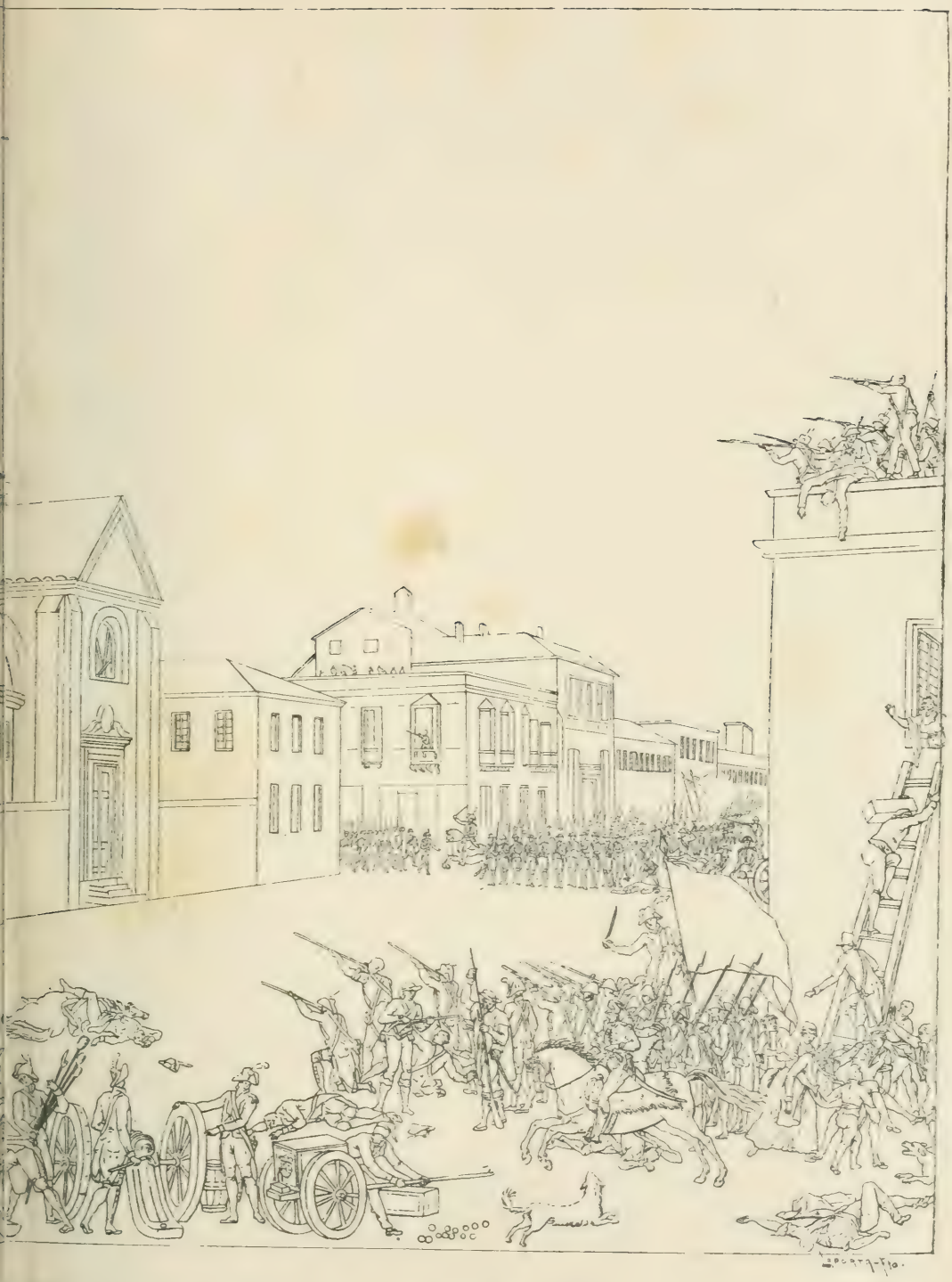
El general Crawfurd, al oir la señal de ataque, había hecho romperlo á su división de la izquierda, mandada por Pack, el teniente coronel del 71°, que se había entregado en la expedición anterior y fugádose con Beresford. Pack conocía perfectamente las avenidas y los edificios principales de Buenos Aires; y maniobrando por las calles próximas al Plata intentó apoderarse del colegio de Jesuítas, de donde le sería dable dominar la línea principal de los defensores. No alcanzando á conseguirlo inmediatamente, metió en una casa parte de su división, la cual tuvo pronto que rendirse también por verse cercada y sin recurso alguno para resistir con fortuna. Pack, con eso y herido en la dura refriega que mantuvo para tomar el colegio y socorrer á los de la casa, tan imprudentemente comprometidos, no halló otro camino de salvación que el que le dirigiera á la división de la derecha, y se acogió á ella. La regía en persona el general Crawfurd, que por distintas calles iba buscando también la Plaza Mayor y el acercarse al fuerte, del cual ya estaba á poco más de 300 metros cuando la derrota de Pack le aconsejó malamente la ocupación del convento de Santo Domingo, para desde él extenderse á la iglesia de los Franciscanos, más próxima todavía al fuerte cuya conquista completaría su misión en aquella jornada. Daríale acaso mayor confianza la incorporación de la compañía de granaderos del 45.° con su teniente coronel Mr. Guard que, habiendo cumplido con el encargo de apoderarse de la Residencia y dejándola bien guarnecida, creyó deber acudir en auxilio de Crawfurd, á quien veía acosado de todas partes por los Españoles, vencedores ya en casi todos los puntos atacados de la ciudad.

Efectivamente, muchos de los cuerpos que formaban las columnas de ataque se habían visto obligados á fraccionarse para vencer los obstáculos que iban encontrando, tantos, tan



ATAQUE DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE BUENOS A

(Facsímile de la primera prueba



S POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS EL 5 DE JULIO DE 1807

n grabado de D. Juan Gálbez.)

variados y difíciles de superar. Las partidas en que se dividieron se hallaron pronto aisladas en aquel dédalo de casas desconocido para los oficiales; é inhábiles para salir de él, impotentes para vencer la resistencia de unos enemigos que de todos lados les salían al encuentro, las resistían y destrozaban, se iban sucesivamente entregando y dejando con eso expedita la acción de muchas de las fuerzas españolas empleadas hasta entonces en la defensa.

Había llegado el momento de poder Liniers tomar la ofensiva. La ocupación de Santo Domingo por Crawfurd le ofrecía ocasión favorable para dar á los invasores un golpe terrible, decisivo en el éxito de la jornada. Y para mejor aprovecharla, hizo marchar sobre aquel convento cuantas fuerzas, desembarazadas ya de los ataques parciales de los Ingleses, se le iban incorporando. Ya reunidos cerca de 6.000 hombres en derredor de Santo Domingo, Liniers intimó la rendición á Crawfurd, que la rechazó arrogantemente, y dispuso el asalto después de un rudo cambate en que Guard con sus granaderos y otro oficial, el mayor Trotter (de gran mérito según Whitelock), con alguna infantería ligera y un cañón trataron de hacerle desistir de él [1]. Muertos aquellos jefes con muchos de sus soldados y metidos en el convento los que lograron salvarse, Liniers hizo asestar la artillería contra las puertas y formó las columnas que, después de abiertas aquellas ó rotas, habrían de asaltar el convento. Entonces y viéndose Crawfurd aislado, sin comunicación alguna con las demas tropas inglesas, cuyo fuego no se oía por haber cesado en todas partes, sin fuerza que oponer á los que le asediaban, ni esperanza de socorro, enarboló bandera blanca y se rindió.

1 Liniers dice: «Su respuesta fué llena de arrogancia, diciendo á mi ayudante que, bien lejos de rendirse, pensaba que yo le pedía capitulación y que iba á avanzar á la bayoneta.»

Whitelock tiene la prudencia en su parte de no mecionar tan necia fanfarronada.

Capitulan los Ingleses.

Eran las cuatro de la tarde: las tropas invasoras se habían reducido á la ocupación del Retiro y de la Residencia; habían perdido cerca de 4.000 hombres, de los que eran 2.000 los prisioneros, con 105 oficiales, varios coroneles y un general; y Whitelock, que se hallaba en el primero de aquellos establecimientos con Auchmuty, pudo dar por fracasada su empresa de la conquista de Buenos Aires. Así es que se daría por muy satisfecho con la proposición que le dirigió Liniers, fundada en las consideraciones que, por no desvirtuarlas, copiamos de su parte oficial. «En esas circunstancias, dice, hallándome con 2.000 prisioneros, 105 oficiales, entre los quales se enumeraban varios coroneles y el expresado general (Crawfurd), y considerando que á lo menos excedería en mucho el número de los muertos y heridos; debiendo reflexionar que la pérdida de uno de mis soldados, honrado ciudadano, vasallo fiel y padre de familia, no podía compensarse con la triste gloria de destruir las reliquias del exército enemigo; que aun conseguido este fin me hallaba imposiblitado de conservar tantos prisioneros, prescindiendo del inmenso gasto de su manutención, y que, últimamente, me había de costar nueva expedición la reconquista de Montevideo, con el parecer de los coroneles Velasco y Elío, el del señor fiscal de lo civil D. Manuel Jenaro de Villota y todo el cuerpo municipal determiné mandar un parlamentario al general inglés, exponiéndole las ventajas que acababa de tener sobre sus tropas y que para darle una nueva prueba de la generosidad y humanidad española, siempre que consintiera en reembarcarse y entregarme la plaza de Montevideo, le devolvería, no sólo sus prisioneros, sino también los que se habían hecho al mayor general Beresford, según aparece de la copia núm. 6.° Su respuesta, que es la que contiene la del núm. 7.°, fué insignificante en quanto á mi propuesta, y en conclusión me pedía una suspensión de armas por veinticuatro horas; le contesté, verbalmente, que ya que mis miras de humanidad no le ade-

cuaban, empezaría de nuevo dentro de un quarto de hora los horrores de la guerra. Efectivamente, volví á romper el fuego; pero apenas pasó una hora cuando volvió un parlamentario con la carta del general inglés, que contiene la copia núm. 8.°, proponiéndome un armisticio hasta que me mandase un oficial superior para tratar sobre los puntos de mis proposiciones conciliatorias. En efecto, convenimos, con corta diferencia, en nuestro tratado, pidiéndome el comisario hasta las doce del día siguiente para la aprobación del general de mar, la que recibí conforme á la hora indicada, y es la del núm. 9.°, con cuya vista se arregló y firmó el tratado que acompaño baxo el núm. 10.°» [1]

1 Sería largo y quizá enojoso para nuestros lectores el trasmitirles en copia todos los documentos citados por Liniers é insertos en su parte. Los suprimimos, pues, como superfluos para la inteligencia de aquellos sucesos en una historia de la índole de la presente, con excepción, sin embargo, del que contiene el tratado con que terminó jornada tan gloriosa para las armas españolas, convenio, á la vez, en que se resumen cuantos incidentes forman la esencia del objeto, marcha y resultados de la intervención de la Inglaterra en el virreinato de Buenos Aires.

Hele aquí:

«1.°—Habrá desde ahora cesación de hostilidades en ambas bandas del río de la Plata.

2.°—Las tropas de S. M. británica conservarán durante el tiempo de dos meses, contados desde el día de la fecha, la fortaleza y plaza de Montevideo, y como país neutral se considerará una línea desde S. Carlos al Oeste hasta Pando al Este, y no se harán hostilidades en ninguna parte de esta línea; entendiéndose la neutralidad únicamente en que los individuos de ambas naciones pueden vivir libremente baxo sus respectivas leyes, siendo los vasallos españoles juzgados por las suyas y los ingleses por las de su nación.

3.°—Habrá de ambas partes una restitución recíproca de prisioneros, incluyéndose no solamente los que se han tomado desde la llegada de las tropas del mando del teniente general Whitelock, sino también todos los súbditos de S. M. británica tomados en la América del Sur desde el principio de la guerra.

4.°—Que para el más pronto despacho de los buques y tropas de S. M. británica no se pondrá impedimento en los abastos de víveres que se pidan para Montevideo.

5.°—Se da el término de diez días, contados desde la fecha, para el reembarco de las tropas de S. M. británica, á fin de pasar á la banda del Norte del río de la Plata, llevando sus armas los que en la actualidad las tengan, con la artillería, municiones y equipajes, haciéndose el reembarco en los puntos más convenientes que se escojan; y durante este tiempo podrán vendérseles los víveres que necesiten.

Consideraciones. Los sucesos de Buenos Aires en 1806 y 1807 no cabe se narren en nuestro elegante idioma castellano sin figura alguna retórica que, hiriendo las fibras más delicadas del corazón, provoque, excite y eleve hasta las esferas del delirio los sentimientos más puros y entusiastas del patriotismo español. Los tan rara vez vencidos en los cien campos de batalla que ofreció la guerra en los últimos siglos de nuestra era, enemigos incansables de cuantos intentaban oponerse á la satisfacción de sus hidrópicas ambiciones, tienen que rendir parias al valor, á la constancia y á la abnegación de los Españoles, de los que en sus olímpicos desdenes se empeñan en privar de las condiciones, precisamente, que han acreditado las victorias alcanzadas sobre ellos. Sin ir más lejos y para revelarlas mejor, en los tiempos en que la más eficaz acción de las armas y los procedimientos tácticos que consigo lleva, exigen superiores cualidades militares en la masa general de los combatientes y en los llamados á dirigirlas las verdaderamente sublimes del genio de la guerra, Almansa y Brihuega, el Ferrol y Canarias debieron hacer entender á los Ingleses que nuestro pueblo las atesoraba todas y estaría siempre dispuesto á demostrarlas en cuanto se fuera á despertarle de sus también congénitos y habituales indiferentismos y desapropio. ¿Qué creían hallar en Venezuela y Buenos Aires? ¿Ese indiferentismo ó quizá el desánimo producido por la catástrofe recientísima de Trafalgar, por la desconsoladora inepcia y cobardía de su

6.º—Que llegado el caso de la entrega de la plaza y fuerte de Montevideo, que se ha de verificar al cumplimiento de los dos meses prefixados en el artículo 2.º, se hará en los términos que se encontró y con la artillería que tenía al tiempo de su toma.

7.º—Se entregarán mutuamente tres oficiales de graduación hasta el cumplimiento de estos artículos por ambas partes, debiéndose entender que los oficiales de S. M. británica que han estado baxo su palabra no podrán servir contra la América del Sur hasta su llegada á Europa.=Fecho en la fortaleza de Buenos Ayres á 7 de Julio de 1807, firmando dos de un tenor.=Santiago Liniers.=César Balviani.=Bernardo de Velasco.=J. Whitelock, teniente general comandante.=George Murray, contra-almirante comandante.=Es copia Manuel Gallego.»

gobierno y por la discordia entre los Españoles de la Metrópoli y los Españoles de las colonias de América? Pues bien: el general Whitelock pensaba no exagerar al decir que *no había en Buenos Aires un solo hombre que no estuviese empleado en la defensa*, y eso naturalmente porque sus habitantes *odiaban mortalmente* á los invasores de su país.

Y esa es la clave de la admirable defensa de Buenos Aires, como lo es la de la no menos honrosa de Venezuela, á pesar de haber sido provocada por uno de sus naturales, por el caraqueño Miranda, temido por sus artes y experiencia en toda clase de temeridades y traiciones. Esa es la clave; porque nadie como los Españoles ha sabido asimilarse las razas dominadas por sus armas ó su política, introduciendo en los pueblos descubiertos ó conquistados religión, idioma y costumbres por medio de códigos tan sabios y previsores que las han perpetuado. Los desaciertos de nuestros gobiernos, la codicia de nuestros enemigos y lo que, con el nombre de mejoramientos de la civilización, ha destruído bases tan sólidas para la paz de aquellos pueblos, despertó en ellos el espíritu de discordia, connatural nuestra también; pero, emancipándose por tales causas ó por su edad quizá, que tanto influye en las naturalezas viriles para buscar su independencia por ese camino, han conservado, con el orgullo de haberla conseguido, el de su origen étnico y el amor á la madre, antigua, pero siempre madre, patria de sus venturosos antecesores. Hoy mismo vemos en las repúblicas hispano-americanas revelarse ese amor con elocuencia que, si pasma al extranjero, que suponía nos odiaran conservando los rencores suscitados en la dilatada lucha que acabó con nuestro dominio en ellas, no asombra á quienes, con el estudio de la Historia, recuerdan los lazos apretadísimos que antes unían á España con sus colonias. Los esfuerzos que está haciendo su antigua Metrópoli para defender la isla de Cuba del salvajismo que, de salir vencedor, destruiría cuantos elementos de riqueza entraña tan preciada Antilla, han debido probar

á la América anteriormente española que no se abate fácilmente una nación cuyo patriotismo raya tan alto y cuya vitalidad, con tan duras pruebas aquilatada, admiran las más poderosas de Europa. Y la República Argentina ha sido una de las que mejor han demostrado sus simpatías por la causa de España en tal conflicto, recordando, sin duda, que hace cerca de un siglo sus hijos pelearon por esa misma causa con gloria de todos, Españoles y Bonaerenses, gloria que nadie supo ensalzar con más encomio y justicia que el por ellos vencido general Whitelock. «El fuego, decía á su gobierno, á que las tropas estuvieron expuestas fué violento en extremo. Metralla en las esquinas de todas las calles, fusilería, granadas de mano, ladrillos y piedras tiradas desde los tejados de las casas; cada propietario con sus negros defendiendo su habitación, cada una de las quales era una verdadera fortaleza... y quizá no será ponderación decir que no había en Buenos Ayres hombre que no estuviese empleado en su defensa.» Indios, con efecto, de las Pampas y de los más remotos confines de la Patagonia, Chilenos y Peruanos corrieron después de la primera invasión á unir sus esfuerzos á los habitantes de las márgenes del Plata, para arrojar de ellas al que todos tenían por enemigo encarnizado de España, envidioso de tan florecientes y leales provincias.

Cumplimiento de la capitulacion.

El general Whitelock, sin embargo, y lo mismo el almirante Murray llevaron inmediatamente á ejecución el cumplimiento de lo capitulado el día 5; trasladando aquél sus fuerzas á la otra banda del Plata y abandonándola el 13 de Septiembre el segundo, con Montevideo y todos los puntos que en ella tenía ocupados.

Murray.

Murray debió ser quien más sintiera firmar la capitulación. Había puesto de su parte cuanto demandaba el cargo que le tocó desempeñar; las naves de su mando fueron desembarcando las tropas en los sitios más convenientes para su acción militar y aun había facilitado fuerza que operase en tierra con las de su colega del ejército. No tenía,

pues, que responder de revés ni contratiempo alguno; y, con todo eso, se había visto constreñido por las circunstancias á dar su aquiescencia á un acto que bien sabía que iba á ser agriamente censurado en su patria por el Gobierno, los Parlamentos y el pueblo todo. «La mañana del 7, temprano, decía en su carta al secretario del Almirantazgo, el *Staunch* hacía señales diciendo que se me necesitaba inmediatamente en la playa: en los quarteles generales estaba izada la bandera de tregua. Bajé con efecto á la playa, donde el general me manifestó las proposiciones hechas por el general español Liniers, cuya copia incluyo; y añadió que él y los demás generales opinaban que era inútil insistir más; que ya se había conseguido la ventaja de recobrar los prisioneros hechos en la América del Sur durante esta guerra; que la destrucción de la ciudad no nos era útil, y que él no veía esperanza de que pudiésemos establecernos en un país donde no había una sola persona afecta al nombre inglés; que los prisioneros que nos había hecho el enemigo estaban en poder de un populacho furioso, y que sería más crítica su situación si perseverásemos en el ataque; que el número de muertos y heridos no se sabía con exactitud, pero se aseguraba que era muy grande. En tales circunstancias, y en la firme persuasión de que los habitantes de este país aborrecen la dominación inglesa, he firmado los preliminares, con la confianza de que quanto he hecho merecerá la aprobación de sus señorías.»

Whitelock. Lo que no mereció la aprobación de nadie en Inglaterra fué la conducta del general Whitelock. La opinión toda se revolvió contra él; y por más que los oficiales que mandó á Europa, Auchmuty y el coronel Bourke, irresponsables por su parte con haber tenido fortuna en los ataques á ellos encomendados, trataron de disimular, en cuanto les era posible, el bochorno de tal derrota, el gobierno inglés envió á Whitelock la orden de presentarse ante un consejo de guerra, en el cual se examinarían las causas del mal

éxito de aquella expedición, haciendo comparecer también á cuantos además se creyera pudiesen resultar responsables. La opinión, repetimos, estaba muy excitada en Londres, y más que nadie se mostraban irritados los comerciantes, que estimulados con la noticia de los cuatro millones de pesos que había enviado Beresford en la primera expedición, emprendieron especulaciones en que en vez de una fortuna sólo hallaron su ruina.

Alegría en España.

En España, si no fué tanta la satisfacción como pareciera deberlo ser, todo por las mismas causas morales que habían amortiguado las tristezas que en otro país hubiera producido la catástrofe de Trafalgar, se celebró el triunfo de Buenos Aires con fiestas y sobre todo con funciones teatrales y composiciones poéticas de los más admirados vates. *La defensa de Buenos Aires* se titulaba una de esas poesías, debida á D. José Mor de Fuentes, y *Rasgo poético á los habitantes de Buenos Aires* otra en que se elevaban á las nubes la abnegación y el valor de los á quienes iba dedicada, premio bien merecido y justo. No escaso fué tampoco el que tocaba otorgar al gobierno de la nación y al soberano; concediéndose nuevos títulos á la ciudad del Plata y á sus defensores, entre los que obtuvo Liniers el empleo de mariscal de campo y varios de sus subordinados los ascensos para que fueron por él propuestos. Ni dejó de sentirse igual ó mayor satisfacción en otros virreinatos ó capitanías generales del continente americano, esmerándose principalmente en ponerla de manifiesto Méjico, Lima, Bogotá y aun los que no hacía mucho habían sido teatro de los disturbios provocados por Miranda. También en Europa, las naciones amigas de España, celebraron nuestro triunfo y Beauharnais, al presentar á Carlos IV en el Escorial el 14 de Octubre una carta de Napoleón dando parte del casamiento de su hermano Jerónimo con la princesa Catalina de Wurtemberg, dijo que aprovechaba aquella circunstancia «para participar á S. M. lo mucho que había celebrado su soberano los

buenos sucesos de Buenos Aires y la gloria que han adquirido los españoles en América» [1].

Artes de Napoleón.

Llegamos á la época en que Napoleón pasa del pensamiento á la ejecución del proyecto de desembarazarse de los obstáculos que ya sabe han de oponerle en el Occidente de Europa deberes sacratísimos de independencia arrancando de sentimientos patrióticos, de intereses personales y de obligaciones ineludibles de la sangre. Ha sentido siempre la repulsión natural en sus condiciones hacia la dinastía reinante en España; pero ha procurado disimularla mientras no ha sido esa dinastía estorbo para sus vastísimos planes en el resto de Europa. Pero por encima de eso, que al cabo era el efecto de un sentimiento inherente á su origen revolucionario y general en cuantos influyeran en los destinos de la Francia desde la salvaje hecatombre del 93, era además en Napoleón resultado de cálculos que conducían á la resolución de un problema de la mayor trascendencia para asegurar y dar solidez á su reciente posición política en el mundo. Esos cálculos, fundados en un concepto propio suyo, el de que España debía ser, como hasta entonces lo había sido, *un amigo geográfico* de la Francia, podían, con efecto, llevarle á hacer del Mediterráneo *un lago francés*. Desde España, una vez suya, tenía paso fácil á Marruecos y acceso, por consiguiente, á toda la costa que desde allí se extiende por el Africa Septentrional, hasta su objetivo de siempre, aquel Egipto por donde seguía creyendo vencer mejor á su mortal enemiga, la altanera y poderosa Albión, á quien entonces no había podido herir en el corazón, en su mismo seno.

¿Y en qué se fundaba la que suponía amistad geográfica de España y Francia?

Sería en lo débil de la situación de Francia en todas sus fronteras, en la del Este principalmente, en que las operaciones militares estarán siempre subordinadas al influjo que

1 Así se dice en la *Gaceta* del 20 de Octubre, y lo confirma Godoy. En la correspondencia de Napoleón no existe despacho alguno sobre ese asunto.

sobre su flanco derecho y sobre su retaguardia deben necesariamente ejercer Italia y España por los Alpes y el Pirineo. [1] Si desde el principio de su hazañosa carrera como general había Napoleón conseguido despejar la frontera de Italia con sus magistrales campañas, las primeras y acaso más gloriosas, y asegurádola luego con la memorable también de Marengo, le habría sido por razones semejantes necesario verse obligado á atender á la frontera pirenaica si no hubiera contado con la amistad de España, con tanta abnegación y generoso desapropio mantenida por su soberano D. Carlos de Borbón. La República le había dado el ejemplo y él, de Cónsul y Emperador, siguiéndolo por experimentado ventajosamente ó por propia inspiración, lógica en genio tan extraordinario militar y político, lo confirmó en más de ocho años de también constante práctica. [2] De ahí su longanimidad al hacerse la paz de Badajoz en 1801, cuando el establecimiento del reino de Etruria y al conocer la proclama de Godoy, hasta que aquel provocativo papel le decidió á, dejándose llevar de sus instintos ambiciosos y de su odio á los Borbones, vengarse por un lado y, por otro, redondear su sistema político en Europa con la anexión de España y Portugal. No le bastaba el *Pacto de familia* en su

1 El autor de esta historia ha de hallar desde aquí un obstáculo, para él verdaderamente insuperable si ha de ofrecer en ella á sus lectores la originalidad que han de exigirle, ya por lo escaso de sus recursos personales para tan ardua tarea, ya, y éste no es el de menor consideración, por haber expuesto ideas que no pueden menos de ser parecidas al tratar en su libro sobre la guerra de la Independencia los mismos asuntos como preliminares y motivos de aquella lucha gloriosísima de seis años.

2 En abono, sin duda, de las ideas de Napoleón, dice Foy: «España sujeta á Francia en sentido opuesto á toda otra clase de presiones; España, rodeada de mar, sin otro contacto que con el de un Estado flaco de fuerzas, no está amenazada de agresiones laterales y, siendo enemiga de Francia, puede precipitarse con todo su poderío sobre la frontera del Norte. Napoleón sabía que detrás de los Pirineos un pueblo generoso había conservado su energía, sin haber podido ser degradado por la larga opresión de un gobierno sin gloria en el exterior y despótico dentro.»

¡Cuánto se ha escrito sobre esto y cuántos volúmenes podrían llenarse con estudiarlo y tratarlo como es dado y merece!

esencia: le era necesario real, efectivo; y como había hecho en Nápoles y en Holanda, Westphalia, Berg, Luca, Benevento y Pontecorvo poniendo al frente de los gobiernos respectivos á hermanos ó allegados suyos, así se propuso hacer en España por artes ó por fuerza, que á todo estaba dispuesto. Al celebrarse el tratado de Badajoz había escrito á su hermano Luciano que por aquel camino *habría llegado su última hora á la Monarquía española;* y á Gouvión Saint-Cyr, enviado á Madrid para aconsejar á Godoy y en caso necesario tomar la dirección de la guerra, que *al fin vendría á estallar el rayo,* frase que debería poner en noticia de nuestros Reyes. Al negarse Carlos IV á reconocer á José Bonaparte como rey de Nápoles, había también Napoleón soltado la idea de que *su sucesor le reconocería*; y en los folletos y libelos, que ya dijimos se publicaban en Francia contra los Borbones de España y Etruria, se dejaba comprender que quien consentía tales y tan ofensivas y provocativas publicaciones, abrigaba iguales pensamientos y los mismos planes revelados en ellas.

Entre la fuerza y las artes se decidió, sin embargo, por el empleo de éstas, en que, como compatriota de Maquiavelo, era tan hábil cual en el de las armas.

La Corte de España.

Convidábanle á usar de medios, si cobardes por lo tenebrosos y aleves, eficacísimos también, las tristes disenciones que tenían tan perturbada nuestra Corte de Madrid. Las conocía Napoleón perfectamente y con cuantos detalles pudiera desear, comunicados por los emisarios franceses, Chemineau, uno de ellos, que se correspondía secretamente con Duroc, cuyas conferencias con Izquierdo completaban las noticias que se le dirigían secretamente [1].

Tras el cambio de política revelado con la publicación de

1 Dice Chemineau: « Tomé informes y dirigí sucesivamente al mariscal Duroc un gran número de relatos que yo he confirmado con noticias luminosas, propias para darlas más luz y mayor interés.» Chemineau llegó á Madrid á fines de Enero de 1808.

la proclama del 6 de Octubre, Godoy, arrepentido de tal temeridad como la que acababa de cometer y viendo que Don Fernando no retrocedía en la evolución, á su vez realizada, inclinándose á buscar en el emperador de los Franceses el apoyo que no había de proporcionarle el gobierno inglés, pensó en fortificar su posición en Palacio, atrayéndose al Príncipe con un enlace que hiciese comunes los intereses de ambos. Apoyado, pues, por la Reina, consiguió que D. Carlos aconsejara á su primogénito y heredero su casamiento con María Luisa de Borbón y Vallabriga, hija del infante Don Luis y cuñada de Godoy. D. Fernando había cobrado miedo al Valido desde que, enfermo el Rey y creyéndosele próximo á morir, se había susurrado que se pensaba en una regencia que, ejercida por María Luisa y su favorito, era tanto como despojarle del trono que de derecho le pertenecía. Pasó tan grave peligro con haber el Rey convalecido; pero, aun así, el Príncipe no lo consideró del todo conjurado y conservó por mucho tiempo el recelo de que en otra ocasión cualquiera pudiera reproducirse. Y aunque había pasado bastante tiempo, vaciló en la resolución de aceptar ó no la propuesta de un nuevo enlace hasta consultarla con sus más leales partidarios. Eran éstos, el duque del Infantado, á quien el Príncipe, sabido el proyecto de regencia al temerse la muerte del Rey, había dado para aquel caso y en un decreto sin fecha el mando de las tropas todas del reino, el también duque de San Carlos, el marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz y sobre todos, el canónigo Escoiquiz, su preceptor, ya lo hemos dicho, y consejero más oído. Todos, al ser consultados por D. Fernando, desaprobaron tal enlace como inútil para el objeto que se buscaba, impolítico además en el estado de la opinión pública en España y contrario á los verdaderos intereses de la nación y del Príncipe mismo, tan querido del pueblo como odiado era el miserable inspirador de tan torpe trama. Porque si en derredor suyo, y esto no es extraño, hallaba D. Fernando descontentos de

aquel estado de cosas y fundando sus esperanzas en él, bien podía su sagacidad observar cómo aumentaba por días el número de sus partidarios en la nobleza, en el clero, sobre todo, y en el pueblo, cansados de tanta ineptitud para el gobierno, de tan nefandas costumbres y despotismo tan infundado, causa también de las nunca interrumpidas desgracias que afligían á la nación. El príncipe de Asturias, fortificado así con el consejo de sus amigos y el conocimiento de la opinión más general, en su propósito de negarse á un enlace que iba á hacerle partícipe de tantas repugnancias y odios como rodeaban al de la Paz, manifestó á sus padres con los miramientos propios de su situación y el temor á las consecuencias que pudiera traerle, la firme resolución de no contraer por entonces nuevos lazos, ya que tan tristemente se habían roto los anteriores con su inolvidable esposa la princesa María Antonia.

Pero no era esto solo cuanto habían aconsejado sus íntimos á D. Fernando. Inspirados por Escoiquiz, pensaron que una unión con el emperador de los Franceses, más estrecha que la política que pudiera haberse entablado después de abandonar la inglesa que antes seguía el cuarto del Príncipe, aseguraría sus legítimos derechos y burlaría los proyectos ambiciosos del Valido. Esa unión debería hacerse con persona de la familia imperial, con lo que se fundirían en uno los intereses de España y Francia, hundiendo para siempre á Godoy, fortaleciendo el partido del Príncipe y asegurando en éste la corona que con las intrigas del Favorito y la Reina temía no alcanzara á ceñírsela á sus sienes. Para obtener tamaño triunfo, comprendían esos, á su vez, tan mal aconsejados íntimos de D. Fernando, sería necesario entenderse con el embajador francés, que desde su llegada á Madrid se les mostraba propicio á cuanto pudiera interesar al Príncipe. Y como en la revista por ellos pasada á las personas de la familia de Napoleón, hallaban que la á que podría aspirar su egregio educando sería una de las más

M. de Beauharnais.

allegadas á la Emperatriz, supusieron, y con razón, que M. de Beauharnais secundaría con calor sus miras trabajando en París para que llegaran á realizarse con todo el éxito que deseaban [1].

No parecía desear otra cosa el celebérrimo diplomático, pariente próximo, como es sabido, de Josefina y, por consiguiente, de la que así dividiría el tálamo con el heredero del trono de San Fernando. La dificultad estaba, por el pronto, en ponerse en comunicación con Beauharnais sin que la sospechasen siquiera los reyes padres y su vigilante y suspicaz valido, y después en que proyecto al parecer tan hábil fuera patrocinado por el Emperador. El secreto de tan arduas negaciones era de la mayor importancia, porque debía suponerse en el cuarto del Príncipe que el de la Paz atribuiría la repugnancia de D. Fernando al enlace propuesto por sus padres, más que á la pena de su viudez, á proyectos que Escoiquiz y sus amigos ó instrumentos abrigaran contra él. Y asegurado el secreto por su parte, los confidentes de D. Fernando se pusieron á sondear el ánimo de Beauharnais; y, hallándolo, como antes hemos dicho, propicio, procuraron atraer personaje tan influyente á conferencias en que se acordara la mejor manera de hacer llegar hasta Napoleón un propósito que consideraban tan favorable á los intereses de ambas naciones y especialmente á los de sus más autorizados representantes. Cerciorároнse de la aquiescencia del embajador, D. Juan Manuel de Villena, gentilhombre del Príncipe, y el brigadier de ingenieros, su maestro de matemáticas, Don Pedro Giraldo; y satisfechos por ese lado, se le propuso una entrevista con Escoiquiz en que éste y Beauharnais completarían su plan. Aun hubo el representante de Napoleón de

1 Dice Chemineau: «Para realizar ese plan con mayor éxito se resolvió que el Príncipe solicitase secretamente del Emperador la mano de una de sus sobrinas. Él y sus consejeros estaban persuadidos de que tal proposición sería acogida con entusiasmo por la corte de las Tullerías, y se prometían de ella los más felices resultados: la caída inevitable del insolente *visir* que revelaba su designio de apoderarse del trono.»

asegurarse de la buena fe con que se le invitaba á tratos de tal compromiso; pero dierónsele pruebas que le quitaron cuantas dudas y cuantos escrúpulos pudieran asaltarle [1]. La cita, con eso, se verificó en el Retiro durante las horas de más calor de un día de Julio, para mejor escapar de la vigilancia que Godoy hacía ejercer sobre la casa del embajador, de quien sospechaba desde poco después de haber llegado á Madrid, suponiéndole provisto de instrucciones para arruinarle favoreciendo la causa de D. Fernando.

¿Sería fundada esa sospecha?

Muchos lo han creído y entre ellos el conde de Toreno, suponiendo que «no era probable, así dice, qué se hubiera M. de Beauharnais expuesto con soberano tan poco sufrido á dar pasos de tamaña importancia sin previa autorización». Pero la opinión de nuestro ilustre compatriota, como la de cuantos han abrigado la misma hasta ahora, queda completamente refutada por un despacho del Emperador que, al enterarse de las negociaciones en que andaba su embajador en Madrid, escribía el 7 de Octubre á M. de Champagny: «Haced saber á M. de Beauharnais que veo con pena su despacho referente á sus relaciones con los agentes del Príncipe real: que eso me parece miserable; que esas intrigas son indignas de mis embajadores; que eso no sirve más que para mezclarle en una clase de negocios que comprometerá y que debe guardarse de cuantos lazos se le tenderán y en que caerá infaliblemente» [2].

1 En un día de Corte debía el príncipe de Asturias preguntar á Beauharnais *si había estado en Nápoles*, sacando á la vez un pañuelo del bolsillo, como en muestra de su participación en los tratos que se le proponían. Y así se hizo.

2 Chemineau anduvo más prudente que nuestros escritores en ese asunto, aun ignorando, al parecer, el contenido de aquel despacho. Sus relaciones con Beauharnais le hicieron sin duda mostrarse más precavido. «Sea, dice en sus Memorias, que el marqués de Beauharnais tuviese ya conocimiento de las tramas urdidas para la pérdida de todos los príncipes de la familia de Borbón; sea, lo cual es más probable, que no hubiera aún penetrado los proyectos de su amo, juzgó que aquella negociación estaba en los intereses de la Francia y se prestó á ella con toda la apariencia de buena fe y franqueza. Quizá creyó que el casamiento del heredero de la corona de España con una princesa de la san-

Carta de Don Fernando á Napoleón.

La conferencia celebrada en el Retiro dió por primer resultado la imprudente resolución de que el Príncipe escribiese á Napoleón una carta, en que le expusiera la triste situación á que se veía reducido, el abuso que Godoy hacía de la confianza del soberano y el deseo suyo de unirse con los lazos de la sangre á la dinastía imperial de Francia.

Decía la carta: «Señor: El temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo menos por escrito los sentimientos de respeto, estimación y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, enviado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes y para dar á las naciones la paz y la felicidad.»

«Las virtudes de V. M. I., su moderación, su bondad aun con sus más injustos é implacables enemigos, todo en fin me hacía esperar que la expresión de estos sentimientos sería recibida como efusión de un corazón lleno de admiración y de amistad más sincera.»

«El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte, incapaz de ocultarse á la grande penetración de V. M., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma, preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la protección más poderosa, me determino, no solamente á testificar los sentimientos de mi corazón para con su augusta persona, sino á depositar los secretos más íntimos en el pecho de V. M. como en el de un tierno padre.»

«Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares á ocultar como si fuera crimen una acción tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las con-

gre imperial de Francia, produciría algunas modificaciones á las miras más ó menos siniestras del emperador Napoleón respecto á España.»

secuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.»

«Lleno de respeto y amor filial para con mi padre (cuyo corazón es el más recto y generoso), no me atrevería á decir sino á V. M. aquello que V. M. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas calidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por más propia que sea esta virtud de caracteres semejantes al de mi respetable padre.»

«Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I. como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraría mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? ¿Y habrá medio más proporcionado que pedir á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que también el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos) así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazón apetece; pero no sucediendo así á los egoístas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores sobre este punto.»

«Sólo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices, al mismo tiempo que á la nación española y á mí mismo. El mundo entero admirará cada día más la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo más reconocido y afecto.»

«Imploro, pues, con la mayor confianza la protección paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.»

«Tal esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto más necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte, mediante á que se interpretaría insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á sólo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia) mi casamiento con otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobación positiva de V. M., de quien yo espero únicamente la elección de esposa para mí.»

«Esta es la felicidad que confío conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y firmado de mi propia mano y sellado con mi sello en el Escorial á 11 de Octubre de 1807.—De V. M. I. y R. su más afecto servidor y hermano—Fernando» [1].

Napoleón vuelve á sus proyectos contra Portugal.

Cuando se escribió esta carta andaba Napoleón ocupado en asuntos que, si en conexión con ese para más adelante, le urgían por el pronto más para completar su obra de Berlín y como preparación del vasto plan que abrigaba su mente sobre la suerte de nuestra Península. Aquellos pensamientos que le habían llevado á desaprobar el tratado de Badajoz y aparecieron luego en el proyecto de la partición de Portugal, mejor que fracasado puesto en olvido al emprender la campaña de Prusia, renacieron en el gabinete imperial con la paz de Tilsit que dejó á Napoleón libre para su acción en el Occidente de Europa. Portugal era para Napoleón el primer escollo que se oponía á la ejecución completa del bloqueo continental; y además de serle necesario superarlo, su allanamiento, si lo alcanzaba, le serviría para desde posición tan amenazadora, al combinarla con las al mismo tiempo ocupadas en la región del Pirineo, imponer á España é impedir su sublevación [2].

1 Esta carta fué traducida por Llorente del *Moniteur* de 5 de Febrero de 1810.

2 Hay que advertir, aun cuando de pasada, que tres días después de la vuelta de Napoleón desde Tilsit á Saint Cloud, esto es, el 30 de Julio, el príncipe de Masserano pasó á nuestro gobierno una nota con el aviso oficial de haberse dispuesto la formación en Bayona de un cuerpo de 20.000 hombres

Esa cuestión de Portugal comienza por las exigencias que se imponen al Regente para arrojar de los puertos del reino cuantos buques de guerra ingleses haya surtos en ellos, secuestrar los mercantes y sus cargamentos, cuantos depósitos de géneros comerciales se encuentren y hasta los objetos de propiedad de los particulares, declarar, en fin, la guerra á la nación británica. No lo quiere de manera que haga patente una agresión gratuita de su parte, infundada, al menos en las apariencias; pretende que sus imposiciones se muestren lógicas y legítimas dentro de su sistema político y militar contra Inglaterra, para así provocar al Regente portugués á providencias que justifiquen las agresivas suyas, el rompimiento; en una palabra, la guerra. Ya se muestra disgustado de la conducta del gobierno lusitano y amenaza al embajador acreditado en París, el Sr. Lima, con que, una vez las tropas imperiales invadiendo el Portugal, no habrá medio de arrepentirse de esa conducta. Ya escribe al rey de España manifestándole que sólo con medidas bien concertadas con él puede llevarse á Portugal á concesiones que den esperanzas de obtener la paz marítima. Ya se dirige al Regente y, como buen *hermano* y *primo*, le significa que los acontecimientos le llevan á elegir *entre el Continente y los insulares*. Su altanería para con el embajador portugués se hace cada día más irritante, para que en su Corte se calcule la necesidad de someterse á las voluntades del Emperador ó romper con él [1].

de todas armas que, en unión de tropas españolas, invadirían el territorio portugués, exigiendo del Regente que declarase la guerra á la Gran Bretaña.

Esa nota consta en un manuscrito que poseemos comprendiendo el «Compendio de las providencias y órdenes expedidas por el príncipe de la Paz desde principios de Agosto de 1807 hasta mediados de Marzo de 1808, sobre la reunión y operaciones de los cuerpos de exército que han entrado en Portugal, y la entrada de las tropas francesas en España, su asistencia é incidencias ocurridas con este motivo».

Procede del Estado Mayor del príncipe de la Paz.

1 Véase á qué punto se había elevado el engreimiento del insigne *parvenu*: «Señor Champagny, escribía el 22 de Septiembre: M. de Lima fué ayer á visitar al gran duque de Berg sin haber nunca solicitado su presentación al Prín-

Al mismo tiempo, Napoleón no cesaba de exigir á Carlos IV, al manifestarle la complacencia con que recibiría al duque de Frías como embajador extraordinario, nombrado para felicitarle por sus últimos triunfos y la paz de Tilsit, su inmediata consecuencia, le secundara en su empeño de arrancar Portugal á la influencia de Inglaterra, obligando á ésta á desear y pedir la paz [1]. Esto no bastaba al Emperador; y disponiendo de nuestra escuadra como de la suya propia, hacía que la de Cádiz con un navío español se dispusiera para dirigirse á Tolón, y, como á Decrés, escribía al almirante Rosily con ese objeto sin cuidarse para nada del gobierno de Madrid. Para lo que sí quería entenderse con él era para que se le pagaran deudas que suponía atrasadas; pero eso por medio de Izquierdo, animándole con tratar de sus asuntos fovoritos, los de Portugal y Etruria. «En cuanto á Portugal, le hacía decir por Duroc, no tengo dificultad en dar al rey de España una soberanía sobre el Portugal, y aun de tomar una parte de este reino para la reina de Etruria y para el príncipe de la Paz.»

Y contra Etruria.

Ese asunto de Etruria debía tener algo ocupada la atención del Emperador. Y era natural que pretendiera deshacer el error cometido por un solo capricho, estableciendo entre tantas repúblicas, como las en que tenía fraccionada la Italia, una monarquía, y esa representada por Borbones. Ahora se había hecho un imperio para él y tenía una gran parte de Europa así como enfeudada; y lo que fué capricho y vanidad se hizo en él conveniencia lógica, ya que no necesidad política. Y con doblez que, aun cuando

cipe: siendo esto, sin embargo, deber suyo por la triple consideración de lo que se debe á mi cuñado, al grande almirante y al príncipe soberano; manifestadle mi disgusto. M. de Metternich, que no había sido presentado, tuvo el buen acuerdo de hacerse presentar la víspera.»

1 Entonces, al presentársele Frías con Masserano é Izquierdo á felicitarle, fué cuando, según Thiers, el Emperador dió ocasión al despacho ó nota del segundo de aquellos señores, que no ha mucho hemos citado, del 30 de Julio, con estas palabras: «Es necesario que España prepare sus tropas, porque yo preparo ya las mías para invadir inmediatamente el Portugal.»

sorprendida, llevaba su eficacia en la fuerza del que la ponía en juego, halagando á la regente de Etruria y haciéndola creer que los intereses de Francia, España y Toscana se confundían y que allí donde se hallasen las tropas imperiales defendían su causa, estableció de nuevo en Liorna tropas que se opusieran á las inglesas é impidiesen su tráfico en aquella costa. Luego hizo saber á Izquierdo que sería muy difícil que una rama de la Casa de España continuara establecida en el centro de Italia, cuando toda la Península le pertenecía, bajo los puntos de vista religioso, de los monjes, del comercio de Liorna y en razón, eran sus palabras, de la incapacidad absoluta en que se hallaba aquel país para ser gobernado como sin duda lo estaba. Necesitábase, pues, llegar á una transacción de acuerdo con España para que no padeciesen los intereses de la monarquía y quitar aquella deformidad de la península Italiana; pero haciendo Napoleón constar que no quería imponer nada que desagradara á España y deseando que se le ofreciera algún proyecto para la resolución de aquel asunto.

Su resolución definitiva.

He aquí planteada por tercera vez la cuestión de Portugal. Como vulgarmente se dice, *á la tercera va la vencida*. Por más que de todos lados se trate de disimular, por el de Napoleón y por el de Izquierdo, voz, éste, y eco de Godoy, acércase el momento de resolver problema de tan atrás planteado; y así, como por sus pasos contados, el Emperador se considera el 12 de Octubre en guerra con Portugal; pero por si los Ingleses pudieran enviar fuerzas á Lisboa, desea saber cuántas enviaría España, y hace escribir á M. de Beauharnais, «que no se trata de hacer lo que en la última guerra; que es preciso marchar resueltamente á Lisboa». El 13, por fin, anuncia al almirante Decrés que su ministro ha abandonado el Portugal y puede darse por declarada la guerra á esa potencia, con lo que debe enviar correos á todos sus puertos, á Hamburgo y Holanda, y escribir por la estafeta á Nápoles, Liorna y Génova para el

embargo de todas las embarcaciones portuguesas. Al rey de España le pinta el Portugal vendido á los Ingleses, por lo que es necesario cerrar para ellos Lisboa y Oporto; le manifiesta que para el 1.° de Noviembre el ejército de Junot estará ya en Burgos, y termina su carta con estas palabras: «Yo me entenderé con Vuestra Majestad para hacer de aquel país (Portugal) lo que le convenga y, en todo caso, le pertenecerá la soberanía como parece desearla.»

Tratado de Fontainebleau.

De modo que sin haberse acordado todavía convenio alguno; pendientes las condiciones en que ha de fundarse, y fascinando, puede decirse, á Izquierdo que, lleno de confusiones y de terror, se ve envuelto en las mallas de seda y hierro que le ha tendido el astuto y formidable tirano, las fuerzas que han de operar con las españolas contra Portugal están ya en marcha, sin otra noticia que la vaga que acabamos de leer en el despacho del 12 de Octubre á Carlos IV. Faltan, repetimos, quince días para que Napoleón firme el tratado de Fontainebleau, y ya da por convenida y ratificada la pieza anexa á él, poniendo en ejecución sus cláusulas más graves sin más que un aviso tan vago y promesas que se ha propuesto no cumplir nunca. Junot está, con efecto, en marcha con instrucciones, no sólo para invadir el Portugal, sino, además, para estudiar la topografía y los caminos de las provincias que cruce ó recorra, la naturaleza del país y los recursos que ofrezca, lo cual le parece muy importante y debe serlo para los proyectos que abriga. Sabe entonces (el 17 de Octubre) que el gobierno portugués ha despedido al embajador y declarado la guerra á la Gran Bretaña, y no satisfaciéndole eso le añade en su carta: «Continuad la marcha; se me figura que es valor entendido con Inglaterra para dar tiempo á que sus tropas vayan de Copenhague. Es preciso que estéis en Lisboa el 1.° de Diciembre, como amigo ó como enemigo. Manteneos en la mejor armonía con el príncipe de la Paz y dirigíos á mi embajador para cuantos asuntos tengáis que discutir con la Corte.»

Y á todo esto, la entidad gobierno de España ignorando lo que se fraguaba en París. Es verdad que sucedía lo mismo á nuestro embajador, el príncipe de Masserano; porque Napoleón, por el conducto de Duroc, sólo se entendía con Izquierdo y éste con Godoy. Por caminos tan torcidos, con procedimientos tan tenebrosos, se decidía de la suerte de dos naciones de historia tan gloriosa, de dos pueblos que al orgullo de esa misma historia unían un espíritu de independencia de que no tardarían en dar nuevo ejemplo y de memoria perdurable [1].

El regente de Portugal, ignorando también la trama en que se le quería prender y sin sospechar que se llegara en la Corte española á abandonarle hasta tal punto y, mucho menos, á arrebatar la corona á su madre arrojándola á sus remotas posesiones de la América austral, había visto, no sin consternación, la despedida de los embajadores de París y Madrid, señal inequívoca del atentado de que se le quería hacer víctima. Ya no le fué dable prescindir de los compromisos contraídos al intimársele la ejecución por su parte del bloqueo continental, decretado en Berlín por el emperador Napoleón, más que nunca poderoso con sus triunfos de Jena y Awderstadt; y por miedo á la pérdida de su pueblo y á la de su corona, ordenó la expulsión de los Ingleses residentes en el reino, la clausura de los puertos y el rompimiento de todo género de relaciones políticas y comerciales con la Gran Bretaña. Por el decreto de 22 de Octubre, al que, por humanidad ó por simpatías, había precedido el embarque en el Tajo de todas las familias inglesas establecidas en Lisboa y varias otras poblaciones, se llamó también á las armas á todas las tropas y milicias que no servían activamente en las filas del ejército permanente, se dispuso la concentración de

1 «Es muy digno de notarse, dice D. Pedro Ceballos en su notable *Exposición de los hechos* y *maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España*, que de ninguno de los pasos dados por D. Eugenio Izquierdo en París, como ni de su nombramiento, correspondencias é instrucciones, ni de sus manejos se tenía noticia en la secretaría de Estado de mi cargo.»

la escuadra en el mar de la Palla y el artillado de las fortificaciones, la reunión, por fin, en Lisboa, Coimbra, Thomar y Palmela de cuantas alhajas contuvieran los templos de Portugal, con la excepción tan sólo de las indispensables para el culto. Eso, ya lo hemos dicho, se le había anunciado á Napoleón; eso lo vió á los pocos días confirmado oficialmente, pero sin que le satisficiera y le moviese á desistir de sus temerarios proyectos. Y era que había resuelto la pérdida de Portugal, y sus juicios, como los de Júpiter Olímpico, eran por entonces irrevocables.

El día mismo en que se publicó en Lisboa aquel decreto, redactaba Napoleón un proyecto de convenio que sirvió de base para el de Fontainebleau, que veremos firmado el 27 de aquel mes de Octubre, con la supresión, sin embargo, de un artículo, cuya importancia bien merece lo reproduzcamos íntegro.

Dice así:

«Art. 4.° Se hará una limitación nueva de las fronteras de Francia y España, de modo que la ciudad de Fuenterrabía y el puerto del Pasage pertenezcan á Francia estableciendo una frontera nueva que dejando á la antigua detrás de la montaña de Larhune, pase por el collado de Olette, comprenda las Palomeras, Vera y Echalar, cruce el Bidasoa y se dirija en seguida por Lesaca, el revés de la montaña de Aya, Oyarzun, Rentería y Lezo, llegando al mar entre San Sebastián y el puerto del Pasage» [1].

Ese artículo fué, como decimos, suprimido, gracias á las reclamaciones de Izquierdo que entonces, como antes, hizo punto de honor el de no consultar siquiera á su *protector* la

1 Podríamos dejar el comentario al no desconocido, aunque quiera aparecer anónimo, autor de un folleto sobre el último tratado de límites en la frontera pirenaica, quien pretende que se debiera variar la de esa misma parte á que se refiere el artículo acabado de traducir, haciendo arrancar la línea de su proyecto cerca de San Juan-de-Pie-de-Puerto y llevándola por la divisoria del Bidasoa y La Nive ó La Nivelle (no lo recordamos bien), hasta el mar.

desmembración de parte tan interesante, militar é históricamente considerada, del territorio nacional.

El tratado definitivo, que por mucho tiempo se mantuvo en la mayor reserva [1], era de tan grande trascendencia, así en sus cláusulas, que pudiéramos llamar constitucionales, como en la pieza anexa referente á los procedimientos para llevarlas á ejecución, que hemos de trasladarlo en su parte dispositiva á este nuestro escrito, como único medio de que se comprendan los sucesos á que dió lugar hasta producir, en unión con la conducta del Emperador para con España, la admirable explosión nacional, principio de nuestra gloriosa guerra de la Independencia, hecha general en toda la pe nínsula Ibérica.

Héle aquí:

«1.° La provincia de Entre-Duero y Miño con la ciudad de Oporto, se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el rey de Etruria con el título de rey de la Lusitania septentrional.»

«2.° La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se darán en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, para que las disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.»

«3.° Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa quedarán en depósito hasta la paz general, para disponer de ellas según las circunstancias, y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.»

«4.° El reino de la Lusitania septentrional será poseído por los descendientes de S. M. el rey de Etruria hereditariamente y siguiendo las leyes que están en uso en la familia reinante de S. M. el rey de España.»

«5.° El principado de los Algarbes será poseído por los

1 Menos para Eugenio Beauharnais y el ministro de Etruria D'Aubusson, á quienes lo hizo comunicar el Emperador al partir á Milán para que llegase á conocimiento de la Reina Regente en la parte que podía interesarla.

descendientes del príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas del artículo anterior.»

«6.° En defecto de descendientes ó herederos legítimos del rey de la Lusitania septentrional ó del príncipe de los Algarbes, estos países se darán por investidura por S. M. el rey de España, sin que jamás puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, ó á la corona de España.»

«7.° El reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes reconocerán por protector á S. M. el rey de España, y en ningún caso los soberanos de estos países podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su conocimiento.»

«8.° En el caso de que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa tenidas en secuestro, fuesen devueltas á la paz general á la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los Ingleses han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendría con respecto á S. M. el rey de España los mismos vínculos que el rey de la Lusitania septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseídas por aquél bajo las mismas condiciones.»

«9.° S. M. el rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el emperador de los franceses.»

«10.° Cuando se efectúe la ocupación definitiva de las provincias de Portugal, los diferentes príncipes que deben poseerlas nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.»

«11.° S. M. el emperador de los franceses sale garante á S. M. el rey de España de la posesión de sus estados del continente de Europa, situados al mediodía de los Pirineos.»

«12.° S. M. el emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el rey de España como emperador de las dos Américas, cuando todo esté preparado para que Su Majestad pueda tomar este título, lo que podrá ser, ó bien á la paz general, ó á más tardar dentro de tres años.»

«13.° Las dos altas partes contratantes se entenderán para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias y otras propiedades ultramarinas del Portugal.»

«14.° El presente tratado quedará secreto, será ratificado y las ratificaciones serán cangeadas en Madrid viente días á más tardar después del día en que se ha firmado.»

«Fecho en Fontainebleau, á 27 de Octubre de 1807.=Duroc.=Izquierdo.»

Convención anexa al tratado anterior, aprobada y ratificada en los mismos términos:

«Artículo 1.° Un cuerpo de tropas imperiales francesas de 25.000 hombres de infantería y 3.000 de caballería entrará en España y marchará en derechura á Lisboa; se reunirá á este cuerpo otro de 8.000 hombres de infantería y 3.000 de caballería de tropas españolas con 30 piezas de artillería.

«2.° Al mismo tiempo una división de tropas españolas de 10.000 hombres tomará posesión de la provincia de Entre-Duero y Miño y de la ciudad de Oporto; y otra división de 6.000 hombres, compuesta igualmente de tropas españolas, tomará posesión de la provincia del Alentejo y del reino de los Algarbes.»

«3.° Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España y sus sueldos pagados por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por España.»

«4.° Desde el momento que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas y gobernadas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se les impondrán quedarán á beneficio de la Francia. Las provincias que deben formar el reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas que entrarán en ellas, y las contribu-

ciones que se les impondrán quedarán á beneficio de la España.»

«5.° El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y á él estarán sometidas las tropas españolas que se reunan á aquéllas; sin embargo, si el rey de España ó el príncipe de la Paz juzgaren conveniente trasladarse á este cuerpo de ejército, el general comandante de las tropas francesas y estas mismas estarán bajo sus órdenes.»

«6.° Un nuevo cuerpo de 40.000 hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona á más tardar el 20 de Noviembre próximo, para estar pronto á entrar en España para transferirse á Portugal en el caso de que los ingleses enviasen refuerzos y amenazasen atacarlo. Este nuevo cuerpo no entrará sin embargo en España hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo á este efecto.»

«7.° La presente convención será ratificada, etc.»

Su examen. Del examen de tan triste documento sólo pueden deducirse las no menos fatídicas conclusiones. Se va á cometer un atentado que repugna á toda conciencia, por poco escrupulosa que sea, por mucho que quiera negarse á idea alguna de justicia ni de moralidad social y política. Hasta el sentimiento de la propia conservación, los impulsos de la sangre, los sacratísimos vínculos de la familia y, por encima de todo eso, los deberes ineludibles, las obligaciones que impone el gobierno de los pueblos se rebelan ante procedimientos como los propuestos por el emperador Napoleón y sancionados por el rey de España en aquel inicuo tratado de Fontainebleau, cuyo texto acabamos de transcribir.

Se pretendía conciliar la política de Francia y España en las dispares condiciones en que se hallaban ambos países, repartiendo el reino independiente de Portugal en porciones que, tal como se hacía, no resisten juicio alguno geográfico ni político, y entregándolas en soberanía, ya despojando á

quien la ejercía en otra parte legítima y satisfactoriamente, ya elevando á tan alta jerarquía á un ambicioso inepto, sin título alguno por su mérito ni servicios. De esas tres porciones, además, la más importante, la que ha de influir más en los destinos de la nación portuguesa, por encontrarse en ella la capitalidad y por sus comunicaciones terrestres y marítimas, quedaría por el pronto en depósito para, al hacerse la paz, ser, como suele decirse, *la parte del león*. Porque ¿á quién se le ocurre que la Casa de Braganza habría de aceptar, ni la Inglaterra conceder, rebajamiento como el que se pretendía imponerles en el art. 8.° del tratado? Reducir al soberano del Portugal de siempre, con la única interrupción de los 60 años, protestada con el nombre de la *cautividad*, á la estrecha zona de las provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura era á todas luces inaceptable, aun en la situación más precaria, la de una paz impuesta por espantables derrotas, por la pérdida de toda esperanza de rehabilitación, por la carencia absoluta de suelo en que mantenerse con el decoro de su posición y estirpe. Pero depender, además, de otro soberano en condiciones como las impuestas á los dos creados con los despojos y con los trofeos á él arrebatados, sería el colmo de la humillación á que nunca se someterían ni el vencido ni sus pueblos, ejemplos de un orgullo nacional cual ningún otro más arrogante, hasta haberse hecho proverbial. ¿Es eso, ya que siempre injusto y arbitrario, es prudente, previsor ni práctico?

A un pueblo que así presume de independiente y se considera, no sin razón, como orlado de glorias envidiables, adquiridas á fuerza de patriotismo, de valor y perseverancia, no debe sometérsele á tan denigrantes imposiciones; y al estudiarlas con reflexión y algún detenimiento, no puede menos de ocurrir que sería muy otro que el aparente el objetivo del maquiavélico pensamiento del emperador de los Franceses al imponer tan ominoso convenio. ¿Es posible que á entendimiento como el clarísimo de Napoleón preocupara

la idea de que la sujeción de Portugal, así dividido, fuera á resolverle, no ya el problema, harto difícil, del bloqueo continental, sino el de aquella aspiración constante suya á hacerse el árbitro de los destinos de todo el Occidente de Europa? Aun sujetando á sus despóticas voluntades aquel reino, lo cual no era fácil, como no lo había sido hasta entonces, teniendo por medio otra nación celosa también de su independencia y unida á él con vínculos tan ajustados de fraternidad, lo mismo en los pueblos que en sus representantes, ¿cómo obtener el resultado que se apetecía completamente satisfactorio para el Emperador y sus fines políticos? Pues ¿no había visto estrellarse en esos mismos obstáculos sus iras al conocer el tratado de Badajoz seis años antes, sus amenazas de siempre y sus intrigas últimas al fracasar las también incomprensibles negociaciones para la paz general de Europa?

No: el emperador Napoleón, al celebrar el tratado de Fontainebleau de 27 de Octubre de 1807, buscaba el modo de introducir en la Península fuerzas con que un día imponerla por el terror los planes que tanto tiempo atrás tenía fraguados. Y tal era la premura suya para preparar la ejecución, que antes de firmarse el tratado que autorizaba la entrada de las tropas francesas en España, la verificaba la primera división del cuerpo de observación de la Gironda, nombre con que se había querido disfrazar su formación á raíz, según ya hemos dicho, de la paz de Tilsit. El 18 de Octubre, en efecto, se alojaba en Irún el general de Laborde con manifiesta sorpresa de los habitantes de aquella villa, ignorantes, como sus autoridades y los Españoles todos, de los tratos con que se andaba preparando la traición del que en nada menos pensaba que en someterlos á su arbitrario y tiránico albedrío. Y no era que les repugnase la presencia en España de los soldados de Napoleón, según demostraremos luego, favorable, como le suponían, á la causa del príncipe de Asturias, ídolo ya de nuestras muchedumbres y única esperanza de la patria

por las virtudes de que se le consideraba adornado, las tribulaciones que se le hacían sufrir y el odio, sobre todo, que les inspiraba el infundado y vergonzoso valimiento de Godoy con los reyes. Comenzaron, sí, los Españoles más prudentes á recelar cuando supieron que tras de aquel cuerpo francés, que penetraba en España con fines que, como los demás, ignoraban, se estaban organizando en Francia otros ejércitos más numerosos aún que el primero, siempre con supuestos destinos á la defensa del Imperio, pero estableciendo su campo en puntos de una frontera como la española, en que nada tendría que temer su poderoso jefe de enemigo alguno de los que hasta entonces le habían combatido y siguieron sin éxito. Pero la generalidad de nuestros compatriotas, no se dejaron impresionar por los recelos de los más previsores, pocos en verdad, y menos de los que, partidarios del de la Paz, estaban interesados en mantener las posiciones que le debían en la administración del Estado. El secreto impuesto á los que habían intervenido en la celebración del tratado, aun después de sancionado por los dos soberanos, no era para calmar los ánimos de unos ni de otros y, al enardecerse la lucha entre ellos, más servía para fortalecer en Napoleón sus ambiciones que para hacerle desistir de ellas. El pensamiento venía de muy atrás; lo corroboró sin duda, en las conferencias de Tilsit, siquier fuera disimulándolo con la necesidad de someter el Portugal á la ejecución del decreto de Berlín, aprobado y cuando menos consentido entonces por el emperador Alejandro, y las disensiones de la Familia real española, que él conocía perfectamente, le facilitarían, en su concepto, la obra de iniquidad que tenía ideada.

Seguimos, pues, creyendo que el tratado de Fontainebleau no fué para Napoleón sino la máscara con que trató de disimular sus proyectos, muy de antemano concebidos, y el instrumento de que servirse para completar su sistema de gobierno, si federal en la apariencia, unitario mientras él ocupara en Francia el trono que había sabido y logrado conquis-

tarse. Una Corte extraviada en los caminos de su propio interés y el de la nación que representaba le iba abriendo el de la satisfacción de sus desapoderadas ambiciones, y él, acostumbrado á arrostrar todo género de riesgos, valido de la audacia y de su genio incomparable, fué engolfándose en el tenebroso piélago de la intriga para él deshonrarse y perecer. «Pues qué, había dicho á nuestro embajador en Berlín, ¿desconozco yo acaso vuestra soberbia nacional, el influjo de la nobleza y el poderío del clero en vuestro pueblo? Si se me cree ambicioso, no se me crea insensato.»

. . . . . .

Así se comprende que el hombre que al menor pretexto se valía del argumento, eminentemente galo, de la espada, apelara en España al de fomentar nuestras discordias y apoyarse en ellas para sus bastardos fines. Luego veremos el uso que hizo de esa arma, nueva en él para la lucha que nunca imaginó tan gigante como la que le opuso el espíritu, eminente á su vez, del pueblo español para la conservación de su independencia.

CAPÍTULO III

CAUSA DEL ESCORIAL

La carta de don Fernando.—Prisión del Príncipe.—Causa del Escorial.—Los papeles cogidos al Príncipe.—Cartas del Rey á Napoleón.—Influencia del Emperador en aquel proceso.—Cartas del Príncipe á sus padres.—Temores que despierta el proceso.—Nuevo tribunal.—La sentencia.—Vacilaciones de Napoleón.—Talleyrand.—M. de Méneval.—La elegida para don Fernando.—La Reyna de Etruria.—Su viaje á Milán.—Entrevista con Napoleón.—Viene á España.—Entrada de Junot en la Península.—Efectos que produce.—Su marcha á Salamanca.—Pasa á Alcántara.—Ejércitos españoles.—Sus posiciones en la frontera.—El Portugal.—Su situación política y militar.—La del Regente y sus resoluciones.

La carta de Don Fernando.

LA carta de Don Fernando á Napoleón, la de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, no era para desatendida ni perdonada por los enemigos del Príncipe desde el momento en que llegara á su noticia. Y no tardaría ésta en transmitirse, siquier vaga é indeterminada, á la cámara real, á la de la Reina especialmente, por medio de Godoy que tenía así como bloqueada con sus agentes la del príncipe de Asturias, vigilando cuanto en ella pasaba ó pudiera hacerse. Si más de un año antes se ejercía la inquisición, hasta ahora ignorada, á que hicimos referencia, sometiendo á los criados de Don Fernando á un proceso de que, inocentes y todo, salieron desterrados con no poco vilipendio de su augusto amo, el retraimiento en que éste se mantenía dió lugar á una vigilancia y á un espionaje en derredor de su

cuarto que revelaba algún plan tenebroso para hacerle perder el cariño de sus padres, si alguno les quedaba, y el concepto de sus futuros súbditos.

Por uno, pues, de los espías que podrían fácilmente apoderarse de un secreto encomendado á tantos como eran los íntimos y consejeros de Don Fernando, ó por alguno de los agentes de Napoleón, oculto entre la servidumbre de Beauharnais, llegaría á conocimiento de Godoy é inmediatamente después al de María Luisa y Don Carlos el imprudente paso del heredero del trono pidiendo al Emperador su protección y la mano de una de sus más próximas parientes [1]. Como es de suponer, la noticia produciría en Godoy la más terrible alarma. La ingerencia de Napoleón en los asuntos interiores, pudiera decirse domésticos, tan bochornosos y comprometedores, de la corte, y el temor de que llegara á aceptar la proposición del Príncipe haciéndole árbitro de la suerte de los Reyes y de su valido por el pronto, y de la de España en un porvenir harto próximo también, tenían que infundir en Godoy una honda y perturbadora sensación.

¿Qué hacer en ocasión tan crítica?

Prisión del Príncipe.

¿Devolver al Príncipe con sus mismas armas el golpe que le había querido asestar, como supone alguno de los historiadores de aquellos sucesos?

Si hubiera de darse fe entera á lo que recuerda Chemineau, que algo debía darle á conocer su intimidad con Beauharnais, Godoy hizo el 27 de Octubre llegar por un emplea-

1 El editor de las Memorias de Chemineau da fé á una versión que si no aparece en ellas es porque, si la hubiera conocido, la habría considerado absurda. «El príncipe de Asturias, según esa versión, habría hecho llegar al Rey, su padre, una memoria ó instancia respetuosa contra la administración del Príncipe de la Paz, y este paso fué el que ocasionó su desgracia y el descubrimiento de su carta á Napoleón. Se cree también que este último estaba por demás interesado en adormecer la corte de Madrid y entretenerla con una confianza peligrosa, intentando desde entonces dividirla y decidiéndose á llevarla á un desenlace poco favorable á sus miras.»

Hemos calificado de absurda esa versión porque la memoria á que se refiere no fué presentada al Rey, sino que éste la halló entre los papeles del Príncipe al serle reconocidos y secuestrados.

do de la embajada francesa á manos del Rey una carta anónima denunciando una conspiración tramada contra su corona y su vida, á cuya cabeza estaba el Príncipe de Asturias. Otros han afirmado que fué una dama de la servidumbre de la Reina, la marquesa de Perijaa, quien dió aviso de la misteriosa y extraña vida que traía su hijo. Pero sea el que fuere el vehículo de tan indigno mensaje, *la mano desconocida* según el Rey y el defensor después de Escoiquiz, lo cierto es que D. Carlos, atizada su cólera por María Luisa, llevado por el desvío que de tiempo atrás sentía hacia su primogénito y escuchando las acusaciones de que era objeto cada día, obligó al Príncipe á entregarle cuantos papeles conservaba en su despacho [1].

Examinados luego y creciendo la indignación al enterarse del contenido de todos, el Rey citó á su real cámara á todos los ministros y al gobernador interino del Consejo Real para una que pudiéramos llamar información sobre la conducta del Príncipe, con la comparecencia de éste y el examen y juicio preventivo de los papeles que le habían sido secues-

1 Chemineau dice que el Rey, dispuesto de antemano á acoger tan grave acusación, cedió facilmente al influjo de personas colocadas junto á él para indisponerle con su hijo y montando en cólera, difícil de explicar, se dirigió al cuarto de Don Fernando, hizo abrir su escritorio y se apoderó de los papeles que allí había. Toreno y otros se limitan á manifestar que Don Carlos dispuso que se recogieran los papeles de su hijo.

Godoy dice en sus Memorias que el Rey encontró en su atril un pliego con tres luegos, la letra disfrazada y muy temblona, sin ninguna firma, en donde se le decía: «que el Príncipe Fernando preparaba un movimiento en el palacio, que peligraba su corona, y que la Reina María Luisa podía correr un gran riesgo de morir envenenada; que urgía impedir aquel intento sin dejar perderse ni un instante, y que el vasallo fiel que daba aquel aviso no se encontraba en posición ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes.»

Añade luego que el Rey (así dice que se lo contó á él) «de tal manera se sentía dispuesto en favor suyo (de Don Fernando) que si en su rostro hubiera visto algunas señas de aquel descuido natural con que se muestra un ánimo inocente, no habría podido resolverse á practicar el escrutinio; mas que la turbación y el embarazo de su hijo le vendieron, y que sus ojos mismos dieron guía para topar con los papeles que le fueron aprehendidos.»

Pintar como querer.

trados. Sometido á un interrogatorio, tan severo como minucioso, y no satisfecho el Rey con las explicaciones que dió el que ya ofrecía todos los caracteres de un acusado de gravísimos atentados á la autoridad paterna y á la augusta de su soberano, éste, acompañado de cuantos personajes habían asistido á la junta y algunos de la corte, seguido de su zaguanete y con el aparato de una solemnidad inusitada, llevó á D. Fernando á su cuarto, le exigió la entrega de su espada y lo constituyó preso con toda su servidumbre, cubriendo el cuarto de centinelas que impidieran toda comunicación con el exterior del mismo [1].

Esto sucedía el 29 de Octubre en el real sitio de San Lorenzo; y el 30 firmaba el Rey el célebre decreto que el Consejo Real en su tan conocido *Manifiesto* de Agosto del siguiente año calificaba de *funesto monumnnto de la malicia más espantosa y cuya triste memoria durará mientras se conserven las ideas de lo justo y de lo recto*. Se decía en él: «Dios que vela sobre las criaturas no permite la ejecución de hechos atroces cuando las víctimas son inocentes. Así me ha librado su omnipotencia de la más inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis vasallos todos, conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas: todos me aman y de todos recibo pruebas de veneración, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos: Vivía yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el más enorme y el más inaudíto plan que se trazaba en mi mismo palacio contra

1 Recientemente se ha publicado en París una novela en que, con el título de *Rafaël—Aventures Espagnoles*—1807-1808, ha descrito su autor, Ernest Daudet, algunos de los episodios más salientes de aquella época en nuestra corte. Por más que en el fondo haya Daudet seguido la narración del conde de Toreno, la ha desfigurado de tal modo que de todo puede tener la tal novela menos de histórica. Parece que M. Daudet vino á España para estudiar esos episodios en su mismo teatro; pero ni aun en las descripciones del país ha tenido fortuna ó, por mejor decir, acierto, porque comete errores que el español menos versado en geografía los ha forzosamente de advertir. Aun en el drama tremebundo que estamos trazando, necesita el escritor francés acudir á recursos como el del hipnotismo y casi á artes mágicas para explicar sucesos que sin duda no le ha sido dado comprender suficientemente.

mi persona. La vida mía, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor, que preocupado, obcecado y enajenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, había admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en su mismo cuarto hallé en su poder la cifra de inteligencia é instrucciones que recibía de los malvados. Convoqué al examen á mi gobernador interino del Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagación. Todo se hizo y de ellas resultan varios reos cuya prisión he decretado, así como el arresto de mi hijo en su habitación. Esta pena quedaba á las muchas que me afligen; pero así como es la más dolorosa, es también la más importante de purgar, é ínterin mando publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendréislo entendido para que se circule en la forma conveniente. En San Lorenzo á 30 de Octubre de 1807. —Al gobernador interino del Consejo.»

No ya monumento funesto de la malicia, sino de la torpeza también más grosera, es aquel desatinado decreto, así como en su esencia, en la forma que reviste y el estilo con que se intentó exornarlo. Sin detenerse á estudiar concienzudamente los papeles recogidos en el cuarto del Príncipe, se calificaron con la dureza que revela aquel triste documento, dejándose llevar su autor de una saña que explica quién era él y cómo se había logrado extraviar la razón, en tantas otras ocasiones serena, del soberano, y torcer las inclinaciones de benevolencia y ternura naturales en un padre [1].

1 La redacción del decreto se atribuyó inmediatamente de publicado al príncipe de la Paz, y el estilo suyo parece comprobarlo, sin que se necesite el testimonio de los secretarios del Rey que así lo afirmaron. Sin embargo, el encontrarse en Madrid Godoy, y enfermo, hace suponer que como indica en sus Memorias, fuese el decreto obra del ministro Caballero, á quien pinta como autor del procedimiento severo que se usó con el príncipe de Asturias, así en el interrogatorio á que se le sometió en la cámara real, como en el torpe de dar

Causa del Escorial.

Al mismo tiempo apareció en la *Gaceta* otro decreto nombrando el tribunal que debería juzgar á D. Fernando y á los que se denunciaba como cómplices suyos, tribunal formado de consejeros del Real, cuyos nombres, sin embargo, sirvieron para calmar en parte los temores y la indignación que había producido la que ya se tomaba por sentencia del desventurado príncipe. Porque es difícil expresar la alarma y el enojo que se provocaron desde luego en el pueblo de Madrid y después en todos los de España al conocerse tan escandalosos procedimientos contra el heredero del trono, de quien hacía tiempo se iban haciendo su ídolo por el descrédito en que había ya caído el padre y el odio y el desprecio que inspiraba su favorito. No necesitaban más los españoles, ignorantes aún del origen de tal suceso y del contenido de los papeles que se decía haberlo provocado, para todos, así como de común acuerdo, por espontáneo y justificado pronunciamiento, proclamar la inociencia del Príncipe y la maldad, la traición y el descaro de Godoy, teniéndole por único inspirador de tan horrible atentado. «Todo el reino, dice uno de los innumerables agentes de Napoleón, por intuición sin duda, le acusó señalándole como el solo autor y el primer móvil de todas las desgracias que á la vez amenazaban al Estado y á la familia real.»

Los papeles cogidos al Príncipe.

Los papeles cogidos al Príncipe eran hasta entonces cinco. Un autógrafo de doce hojas que contenia la exposición dirigida al Rey, la cual comenzaba: «Un hijo, el más humilde, y el más amante de V. M., postrado á L. R. P. con el más profundo respeto le suplica por el Dios que nos ha creado y nos ha redimido, se digne leer con la mayor pausa y reflexión esta rendida representación, en la que nada menos se propone que salvar el trono, la vida de V. M., la de toda su familia, y la suya propia de las ase-

á la publicidad oficialmente un suceso que debiera haberse tratado *de tal suerte que ni aun pudiera calumbrarce su motivo verdadero.* Así prepara en su escrito á justificar la conducta que observó al trasladarse al Escorial.

chanzas de la perfidia, y de la ambición más desenfrenada.»

Conocido el tema, pueden conjeturarse el fondo del escrito y su virulencia y exageraciones. Como redactada por Escoiquiz, que espiaba todos los pasos y acciones de Godoy, á quien aborrecía en la razón misma de los beneficios que de él recibiera al comenzar su carrera en la corte, no se olvida en la representación de D. Fernando ni uno solo de los defectos y vicios de que el favorito adolecía, los bochornosos medios de que se había valido para alcanzar el poder con detrimento de la autoridad real y las bastardas ambiciones que pretendía satisfacer aspirando á destronar al Rey por los medios más inicuos y sustituyéndole con mengua de los derechos indiscutibles del Príncipe. Añade las ingratitudes que cometía, la vergonzosa vida que llevaba, mofa que hacía de su matrimonio con la hija del infante D. Luis hallándose casado con otra mujer, la Tudó, y convirtiendo su despacho en inmundo lupanar y dispensario de las más injustas mercedes. Ni deja tampoco de hacerse ver los ocultos manejos usados en el palacio real para aislar al soberano y privar de toda comunicación á su primogénito, y repítense los con que había obtenido una posición y un prestigio extraordinarios, revelados en el lujo de que alardeaba, las fiestas que se hacía dedicar y las bajas adulaciones que todas las clases sociales le prodigaban. Para evitar esos peligros é impedir la ejecución de proyectos tan humillantes y de tan nefandos y vergonzosos escándalos, proponía el Príncipe lo que en uno de los párrafos más importantes de su escrito consignaba. Decía así: «Tres fines son, señor, los que debemos proponernos en caso como este: primero; poner al reo en estado de no poder causar en adelante daño alguno: segundo; resarcir del modo posible los que ha hecho hasta ahora: tercero: satisfacer la vindicta pública imponiéndole el castigo correspondiente para escarmiento de otros. Para verificar los dos primeros no se necesita formarle causa, pues no exigen más que las ya enunciadas provi-

dencias de precaución sobradamente justificadas por la voz pública. El tercero, que es el de la imposición de un castigo correspondiente, requiere por necesidad la exacta averiguación de los delitos, y por consiguiente la formación de causa judicial. Mi dictámen es pues, que en el presente caso, conseguidos los dos primeros fines conviene abandonar absolutamente el tercero. En primer lugar, por el deshonor que resultaría á nuestra casa de la publicación jurídica de los delitos de ese hombre, unido á ella con afinidad tan estrecha. En segundo, porque padecería infinito la opinión de VV. MM. en el concepto del innumerable vulgo, constando legalmente los enormes crímenes de una persona á quien tanto han querido y elevado, por más que haya sido efecto de un engaño inculpable. En tercero, porque esto también colmaría de amargura y de indudable ignominia á su ilustre esposa, al respetable Cardenal su cuñado, á la hermana de éste, y á una numerosa parentela igualmente agena de sus excesos, En quarto, porque siendo el tal Godoy tan astuto y perverso, ¿quién sabe la multitud de personas honradas que mezclaría en su causa para enredarla, y de qué ficciones y calumnias se valdría para hacerla interminable? En quinto y último, porque como los pícaros de esta especie hallan siempre protectores, serían tantos, según mis congeturas, y de tanta consideración los que mediasen por éste, que quizás precisarían á V. M. á imponerle un castigo levísimo ó casi ninguno; y tiene infinito menos inconveniente el dexar sepultados en la obscuridad los delitos, que blandear en la imposición de la pena después de publicados.»

Hemos trasladado íntegro ese párrafo, porque, apareciendo en su mayor parte prudente y justificado el pensamiento que informa, tan no fué seguido el consejo dado en él, que, al decretarse la formación del proceso á que dió lugar aquel escrito, el rey D. Carlos faltó á advertencias cuyo sentido es sensato á todas luces, y con la agravante de tratarse, no sólo de la suerte del Príncipe, heredero legítimo del trono, sino

de su hijo, del honor, por consiguiente, y el porvenir de su propia familia y dinastía. El mismo Godoy, sea porque así lo pensara entonces ó porque la reflexión, después, le hiciera pensarlo, condena los procedimientos seguidos en aquel proceso, conformándose, aun sin decirlo, con la opinión manifestada por D. Fernando respecto á los que deberían usarse para con él. Enfermo, como estaba, al recibir del Rey el el aviso, aunque confuso, de lo que pasaba, le escribió aconsejándole gran templanza y mucha discreción para evitar escándalos y ruidos, «procurando, le decía, de tal manera el disimulo y el recato en cuanto fuese hecho, que el nombre de su Alteza no sonase en cosa alguna, y que las mismas precauciones que pudiesen ser tomadas cuanto á su ulterior conducta, se disfrazasen con tal arte que el público no viera sino señales indudables de intimidad y unión entre sus Majestades y su Alteza; que esta manera de mostrarse haría desmayasen los que habrían entrado, si la había, en cualquier suerte de conjura, y que en el caso solamente de no bastar estas medidas ni quedar más recurso para descubrir aquella trama que los procedimientos judiciales, se podría apelar á ellos, como se apela algunas veces en un total desahucio del enfermo á los remedios soberanos [1].»

Para explanar la exposición de tales cargos, severos quizás en demasía, pero no del todo infundados, y para más fortificarla de palabra, el Príncipe proponía al Rey una cacería en el Pardo ó la Casa de Campo en que podría, libre de la presencia de Godoy, escuchar los informes de personas respetables que, de seguro, le convencerían de la justicia de sus acusaciones. Pero al fin del tal escrito, lo mismo que al principio, le rogaba lo mantuviera, atendido ó no, en el mayor secreto para evitarle los peligros á que le expondría su conocimiento, devolviéndoselo *para hacerlo cenizas*, *con lo*

1 Añade luego que aquella carta fué hallada, pero que fué apartada por las manos enemigas de los que habían jurado su completa ruina. Pues ¿á quién la entregó Carlos IV?

que, le decía, *tendrá V. M. á lo menos el consuelo de no haber adelantado mi muerte y la suya.*

Otro de los papeles cogidos al Príncipe contenía uno como discurso dirigido á revelar los motivos que su autor, aun cuando el verdadero fuese el mismo Escoiquiz inspirador de todos, había tenido para rehusar el casamiento con la prima de su padre, y los que le habían llevado á solicitar la mano de una princesa de la dinastía napoleónica. El papel era de lo más chabacano que podría imaginarse. Su objeto era el de rechazar el enlace que se le había propuesto con la cuñada de Godoy, pero suponiendo seguir en eso los consejos de un fraile que, al darlos lo hacía bajo puntos de mira vulgares y profanos é implorando la intercesión de la Santísima Virgen para conseguirlo sin faltar á los miramientos y respetos debidos al rey y al padre. Ni se olvidaba de interesar á la Reina, como madre también y como señora á quien no se guardaban las consideraciones que merecía ni aun por el mismo á quien otorgaba todo su favor. A ese disparatado papel, documento del peor gusto, sin alcance alguno y que no merece juicio alguno por lo insulso y, según ya hemos dicho, chabacano, iban unidos otros dos; una cifra con que entenderse el Príncipe y Escoiquiz secretamente y la con que se comunicaban la difunta princesa María Antonia y la reina Carolina su madre. El quinto, por fin, era el decreto en que D. Fernando nombraba al duque del Infantado, capitán general de Castilla la Nueva, si llegaba el caso de que el Rey sucumbiera en la enfermedad reciente que le había puesto á las puertas de la muerte.

Godoy aún recuerda la existencia de otro papel que María Luisa retiró de los demás al verificarse la primera lectura de todos en el cuarto del Rey. Otra ficción, si no lo ridícula que la del papel que hemos citado en segundo lugar, era el motivo del distraído por la Reina pero que, al decir del valido, *fué en el que se fundaron los temores de los reyes y del ministro Caballero.* Su forma, la de una nota sin firma ni mem-

brete; la escritura, de D. Fernando, y la fecha, la del día mismo en que fué interceptada. En esa nota que, según su contenido, debía entregar al rey un Religioso como asunto de conciencia, representaba el Príncipe el papel de San Hermenegildo, el Rey, naturalmente, el de Leovigildo; tocando el de Gosvinda á la Reina y el de Sisberto á Godoy. No hay para qué explicar la trama de tal fábula á quien conozca la historia del Santo Rey de Sevilla, sus tan diversamente juzgadas acciones y su martirio. Resuelto D. Fernando, así se hace creer, á desplegar la misma energía que San Hermenegildo, vertía sin embargo, en su nota frases que revelaban una conspiración ya organizada, pues que se hacía mención de disposiciones ya preparadas y de movimientos que sólo habrían de amenazar á Sisberto y á Gosvinda, esto es, á Godoy y á la Reina. Pero es el caso que se trata de un documento del que, según Godoy, *ninguna cosa ha sido dicha, porque el amor materno le quitó de en medio y ni á los mismos jueces fué mostrado*; y en sus Memorias pudo fantasear á su gusto para defender su intervención en aquel imprudentísimo proceso. Porque sólo él y el novelista Daudet han revelado en sus respectivos libros eso de la conspiración y los manejos y fuerzas de los partidarios del príncipe D. Fernando en aquella sazón de la causa del Escorial. La opinión estaba hecha en su favor: el odio á Godoy y el desamor á los reyes eran patentes; sólo ellos lo desconocerían; en ocasión propia se hubieran manifestado, como sucedió luego, esos sentimientos; pero en 1807 nada había organizado para ponerlos de manifiesto en detrimento de la corona ni de los que entonces la llevaban ceñida á sus sienes.

Ya hemos dicho el efecto que produjo la lectura de aquellos papeles. Carlos IV, y quizás la Reina, pasada la primera impresión y calmados el temor y la furia que en ellos habían despertado tan alarmantes revelaciones, hubieran, es lo probable, cedido al movimiento de la sangre y al cálculo del es-

cándalo que iba á darse si se hacían públicas; pero estaba allí el ministro Caballero, personaje tan cruel como humilde y tornadizo, que, en vez de apaciguar la cólera de los reyes, aumentó su irritación y los indujo á resoluciones extremas [1]. Y lo fué sin duda alguna la de expedir el decreto de 30 de Octubre, aun visto y modificado por Godoy en su primera redacción. Sin dar fe ni dejar de darla á la larga justificación del Favorito en ese punto, cuando, *abrasándole la fiebre, oscurecida la vista é hirviéndole la cabeza con el hervir de una marea*, corrigió, hizo de nuevo, por mejor decir, la alarmante minuta de Caballero, que le envió el Rey la noche del 29, salió por fin al día siguiente aquel desdichado escrito causando el asombro y la indignación de España y, sin exagerar, la mayor extrañeza en todas las cortes de Europa á quienes se circuló también. No bastaba eso; se creyó necesario sincerarse ante el Emperador de los franceses y hasta pedir sus consejos en asunto que sólo al soberano español interesaba ó, por lo menos, debía interesar; y D. Carlos, aconsejado al parecer por Caballero y, caso raro, sin oir el parecer de Godoy, se anticipó á escribir el 29 á Napoleón una carta que corre parejas con el decreto á que precedió algunas horas. «Hermano mío, le decía: En el momento en que me ocupaba en los medios de cooperar á la destrucción de nuestro enemigo común, cuando creía que todas las tramas de la ex reina de Nápoles se habían roto con la muerte de su hija, veo con horror que hasta en mi palacio

Cartas del Rey á Napoleón.

1 Godoy al recordar el efecto que hizo la lectura del papel á que últimamente nos referíamos, dice así: «Fué el caso que acabado de leerse aquel escrito, dirigida la vista á Caballero, dijo el Rey: *¡Tu me dirás lo que merece un hijo que tal hace!...—Señor*, dijo el ministro, *sin vuestra real clemencia, y á no poder servir para descargo de su alteza la instigación de los malvados que han conseguido extraviarle de un modo tan horrendo, la espada de la ley podría caer sobre su cuello... por menos que estas cosas... en otro caso semejante...—¡No más, no más!* clamó la reina; *¡por mal que hubiere obrado, por más ingrato que me sea, no olvides que es mi hijo! Si me da algún derecho mi título de madre, sea yo quien guarde y quite de la vista de los hombres ese papel que le condena... ¡le han engañado! ¡le han perdido!...* Y se arrojó llorando, arrebató el papel y lo escondió en su seno.»

ha penetrado el espíritu de la más negra intriga. ¡Ah! mi corazón se despedaza al tener que referir tan monstruoso atentado. Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono, había formado el horrible designio de destronarme, y había llegado al extremo de atentar contra los días de su madre. Crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. La que le llama á sucederme debe ser revocada: uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazón y en el trono. Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increíble maldad, y no quiero perder un sólo instante en instruir á V. M. I. y R. suplicándole me ayude con sus luces y consejos [1].»

Ya teníamos con eso á Napoleón hecho árbitro de la suerte de nuestra familia real en sus más graves disensiones, pudiendo manifestarse, mejor que atizándolas, tratando de reconciliar al Rey con su heredero, según fingió hacerlo en su contestación á la carta que acabamos de trasladar á este escrito. Hace más interesante esa contestación la habilidad con que logra aparecer en ella como mediador desinteresado en cuestiones que bien sabía le iban á hacer más y más facil la ejecución de los planes que ya abrigaba para someter á España. «Hermano mío, le decía, he recibido las cartas de Vuestra Magestad de 29 de Octubre y 3 de Noviembre. Debo, en verdad, manifestarle que yo no he recibido carta alguna del príncipe de Asturias y que ni directa ni indirectamente he oído nunca hablar de él, de manera que no faltaría á la verdad al decir que ignoro que exista.»

«El tratado que Vuestra Magestad ha recibido le habrá hecho ver que al consentir que mis tropas sean mandadas por V. M. ó por el príncipe de la Paz, no he tenido jamás la idea de que pudiera mandarlas el príncipe de Asturias. Esa circunstancia me haría pensar que todos los cargos que se hacen al príncipe de Asturias son inexactos... Cualesquiera que

1 Todos los historiadores españoles han traducido esta carta de la que estampa en sus Memorias el duque de Rovigo, en las que se comete el error de cambiar el mes de la fecha consignando la de 29 de Noviembre.

sean los desacuerdos en palacio, aflictivos y todo sin duda para el sensible corazón de un padre, no podrán ejercer influencia alguna en los asuntos generales... No dude Vuestra Magestad del deseo que tengo de ver restablecida la paz en su palacio y de saber que ha encontrado algún consuelo en las inquitudes que le asaltan, porque nadie le es más adicto que yo.»

¿Se quiere disimulo mayor ni astucia más insidiosa que la desplegada en ese despacho? Porqué Napoleón había recibido la carta de D. Fernando días antes, según consta de una manera terminante en las Memorias, recientemente publicadas, del barón de Méneval, remitida por Beauharnais, á quien ya hemos dicho la había entregado Escoiquiz para que la enviase al Emperador. Á esa conducta, al parecer conciliadora, había contribuído sin duda alguna Talleyrand en sus frecuentes entrevistas con Napoleón á quien, contra lo que él dijo después, animó á aprovecharse de las disensiones de nuestra corte para cambiar la dinastía en España.

Luego trataremos de esto largamente según lo merece su excepcional importancia; porque, entretanto, se sucedían rápidamente en el Escorial acontecimientos sumamente trascendentales también y en que no dejó tampoco de sentirse el peso del influjo, siempre decisivo, del Emperador en nuestros asuntos de entonces.

Influencia del Emperador en aquel proceso.

Con el acaloramiento producido en los reyes por la primera lectura de los papeles del Príncipe, ni ellos ni Caballero se detuvieron á reflexionar sobre la participación que habría podido tener el embajador francés en la trama urdida para la escritura y envío á París de la carta del 11 de Octubre. Pero conocida por Godoy aquella imprudente misiva, y más estudiada después de expedido el decreto que sujetaba al Príncipe y á sus consejeros á causa tan escandalosa como la en él preceptuada, se cayó en lo peligroso que sería mezclar en los procedimientos judiciales el nombre del Emperador y el examen de la conducta

de su representante en Madrid. Aumentó las zozobras así despertadas un coloquio celebrado á espaldas del Rey por la Reina y el Príncipe en que éste declaró, no sólo su pecado lamentándolo amargamente, sino las gestiones de sus amigos y, lo que era peor, los nombres de todos, incluso el del embajador francés, tan decidido en su favor y por la alianza de familia pedida á Napoleón. Y por más que el Rey pretendió evitar esos peligros con la carta á que tales referencias y comentario acabamos de dedicar, él mismo, la Reina, Godoy y cuantos trataron del asunto en la cámara real comprendieron la necesidad, por momentos más urgente, de conjurarlos inmediatamente. De ahí la carta del 3 de Noviembre que cita el Emperador en la suya y cuya fecha, equivocada por tantos y, entre ellos, el mismo Godoy, se ha visto definitivamente fijada en la *Correspondencia* de Napoleón, acabando á la vez con cuantos comentarios había provocado. Porque, como ha podido observarse en los párrafos transcritos, la templanza y el espíritu conciliador que informa el escrito del Emperador en su despacho de contestación, hasta la falsedad que en él estampa de no haber recibido carta alguna de D. Fernando, revelan que la carta de Carlos IV no era lo agria y exigente que algunos han supuesto.

Pero aun antes de poderse saber el efecto que hubiera hecho en el Emperador la noticia de la prisión del príncipe de Asturias; antes de que esa noticia pudiera llegarle; al solo conocimiento de la confesión de D. Fernando á su madre, en que aparecía la participación de M. de Beauharnais en la intriga urdida por Escoiquiz y él en el Retiro, comprendieron, repetiremos, la necesidad de descartar del proceso ya incoado la personalidad del embajador de Francia.

Y ¿cómo hacerlo?

Discutióse largamente el asunto y Godoy, según sus Memorias, problablemente verídicas en ese punto, dió resolución á tan arduo problema. «Tales, dice en ellas, fueron mis intenciones y deseos, (los de con la unión de nuestra familia

real, quitar á Napoleón motivos para hacernos la guerra) y de este modo fué el temor, ó la lealtad, ó la prudencia ó la política (como quiera llamarlo cada uno) que dirigió mi pensamiento sobre todas cosas, cuando con tanta priesa, pedí y aconsejé el perdón del príncipe de Asturias»... «Dado el perdón, añade, y unidos padre é hijo, la mediación de Bonaparte era ya inútil, y aun habría tenido alguna cosa de ridículo, puesto que habría llegado cuando se hallaba todo fenecido.» [1]. Suponemos, con efecto, que él, Godoy, que, lleno de espanto y febril aún, había corrido al Sitio al conocer la confesión del Príncipe, fué quien, á pesar de las resistencias que dice le opuso el Rey, alcanzó el perdón y el que se descartara del proceso, con la personalidad de S. A., la de su cómplice Beauharnais.

Cartas del Príncipe á sus padres.

Para obtener, sin embargo, tamaño resultado después de la publicación del decreto de 30 de Octubre y el nombramiento del tribunal que habría de juzgar al Príncipe, se creyó necesario que éste demandara á sus padres perdón de su culpa y eso de manera que les satisficiera con las expresiones más humildes de su amor y sumisión; y Godoy consiguió todo con dos cartas que, escritas las minutas ó inspiradas, mejor aún, dictadas por él, sirvieron de fundamento para el decreto del 5 de Noviembre que tan diversos juicios provocó entonces en la opinión pública y después en la de todos los historiadores, así españoles como extranjeros, de aquellos sucesos. «La voz de la naturaleza, se decía, desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negar-

1 ¡Cuán triste idea tenían nuestros más *eminentes* estadistas de los talentos de Napoleón! Aun cuando Godoy habla del Emperador como de un *hombre, que á la fuerza y al poder de un millon de combatientes, juntaba las astucias y perfidias de un príncipe italiano de la Edad Media,* no cesa de manifestarnos los chascos que intentaba darle y le dió con su habilidad política y diplomática, así como no falta tampoco entre los rivales ó adversarios del favorito quien trate al César francés de *títere*.

¡Títere Napoleón! ¡Qué necedad y qué ignorancia!

se á ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habían hecho concebir unos malvados: todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas: su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen»:

«Señor: Papá mío: he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M.; pero fuí sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies á su reconocido hijo — Fernando. — San Lorenzo 5 de Noviembre de 1807.»

«Señora: Mamá mía: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá para que permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo—Fernando.—San Lorenzo 5 de Noviembre de 1807» [1].

«En vista de ellos y á ruego de la reina mi amada esposa, perdono á mi hijo, y le volveré á mi gracia cuando con su conducta me dé pruebas de una verdadera reforma en su frágil manejo; y mando que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su principio la sigan, permitiéndoles asociados si los necesitaren, y que concluída me consulten la sentencia ajustada á la ley, según fuesen la gravedad de delitos y calidad de personas en quienes recaigan;

1 D. Agustín Príncipe, sacándolo de las Memorias de Godoy, dice en nota suya: «El príncipe de Asturias escribió estas cartas sin fecha, habiendo sido suplida ó hecho suplir por Caballero, poniendo la del día en que fué dado el decreto. Eso no obstante, deben referirse á la del 3 en que el príncipe las escribió, y no al 5, como aparece aquí.» El Sr. Bayo las refiere terminantemente al 3. Chemineau dice que el 4, con ocasión de ser los días del Rey, obtuvo Godoy el decreto de gracia, pero á condición de que el Príncipe se confesara culpable y pidiese perdón. En ese caso las cartas no pueden ser anteriores al día 4 y las fechas están bien consignadas en el decreto.

teniendo por principio para la formación de cargos las respuestas dadas por el príncipe á las demandas que se le han hecho, pues todas están rubricadas y firmadas de mi puño, así como los papeles aprehendidos en sus mesas, escritos por su mano; y esta providencia se comunique á mis Consejos y Tribunales, circulándola á mis pueblos, para que reconozcan en ella mi piedad y justicia y alivien la aflicción y cuidado en que les puso mi primer decreto, pues en él verán el riesgo de su soberano y padre que como á hijos los ama y así me corresponden. Tendréislo entendido para su cumplimiento.—San Lorenzo 5 de Noviembre de 1807.»

No sabemos qué era peor, si haber continuado la causa del Príncipe, de la que hubiera, de seguro, salido absuelto con más razón que la con que lo fueron luego sus consejeros, ó hacerle aparecer *convicto y confeso* de delito tan grave como el de conspirar contra sus padres. Godoy se jactaba de haber ejercido con éxito el oficio de medianero, *aunque sin garantía para el Monarca bondadoso que daba el perdón y sin ninguna tampoco para él*, y echaba sobre el Príncipe el borrón mayor de que ha resultado manchada su triste historia. No está, pues, desprovisto de motivo ni de razón el juicio del Conde de Toreno sobre los resultados obtenidos por el príncipe de la Paz en su por él tan decantada mediación. «Presentar, dice, á Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpable; desacreditarle en la opinión nacional y perderle en el ánimo de sus parciales; poner á salvo al embajador francés, y separar de todos los incidentes de la causa á su gobierno, fué el principal intento que llevó Godoy y su partido en la singular reconciliación de padre é hijo. Alcanzó hasta cierto punto su objeto; mas el público, aunque no enterado á fondo, echaba á mala parte la solícita mediación del privado, y el odio hacia su persona en vez de mitigarse tomó nuevo incremento.»

Inútil es la tarea que Godoy se impuso para desvirtuar el efecto que hubieran causado estas y otras frases del exi-

mio historiador del *Levantamiento, guerra y revolución de España* en la opinión pública, porque no es dable conseguirlo con los argumentos que presenta en su malhadado escrito. No hay sino leer con detenimiento y reflexión las cartas de D. Fernando á sus padres para comprender que nadie á los veintitres años de edad, con un entendimiento algo despierto y regularmente cultivado, y menos con el espíritu suspicaz é intencionado, con la maldad que muchos atribuyen á aquel Príncipe, no bien juzgado todavía, fuera á confesar explícitamente faltas, delitos, hasta crímenes de Estado y de lesa majestad en que no podía, en creencia suya, haber incurrido. Aquellas cartas sólo podían inspirarse en un odio y en miras mil veces más perjudiciales á su autor que la confesión misma de esos delitos, pues que además de mostrarse con ellas como un ambicioso conspirador y aun mal hijo, aparecía cobarde, y traidor también para con aquellos que se habían comprometido en favor suyo con peligro de la honra y de la vida. Quien lea, repetimos, manifestación tan explícita, tendrá las cartas de D. Fernando por invento del odio más concentrado, consentido y aprobado por el miedo, vergonzoso hasta hacerse imperdonable en la opinión de un pueblo que siempre ha brillado por las energías más vigorosas y persistentes.

Y es que quizás asaltaron su mente y su memoria las preocupaciones que se habían también apoderado del ánimo de cuantos españoles podían recordar ejemplos que tenían alguna conexión con la causa y los resultados del que se estaba dando en el Escorial.

Temores que despierta el proceso.

Aun sin contar con el del Santo Hermenegildo, degollado por orden de su padre en Tarragona; los del Príncipe de Viana, del Czarevitch, hijo de Pedro el Grande, y de Federico de Prusia, que cita Godoy en sus Memorias, no llegarían á evocarse en la memoria de las multitudes, en la generalidad de nuestros compatriotas, por carecer de la cultura privativa de los estudiosos, pocos siem-

pre en las sociedades humanas; pero el del Príncipe Carlos, primogénito de nuestro Felipe II, se reprodujo en la memoria de todos, haciéndoles temblar por la suerte de D. Fernando. Sin contar tampoco con las inexactitudes que la historia ha hecho manifiestas, cometidas por la exaltación de las pasiones al sacar á cuento tales recuerdos, ni con la variedad de unos tiempos y otros comparándose en sus distintas leyes y costumbres, en sus formas de gobierno y deberes y responsabilidades de los llamados á ejercerlo en el mundo culto, en España se temió ver reproducido el tremebundo drama de 1568 en el antiguo palacio real de Madrid [1].

A pesar de todo, no cabe dudar que esas preocupaciones y los sobresaltos y temores que provocaban, reconocían su principal fundamento, no en el de la causa que se estaba sustanciando, ni en el carácter del Rey, por muy irritado que se le creyese, sino en el odio que se atribuía á Godoy hacia D. Fernando y en sus ambiciones, que los españoles elevaban hasta la de apoderarse del cetro que, muerto Don Carlos, á nadie correspondía más que al tan perseguido Príncipe. La noticia del arresto de éste y la del decreto de 30 de Octubre, conocidas y divulgadas inmediatamente en Madrid y luego por toda España, habían producido sentimientos calurosísimos de ira y gritos por todas partes de indignación contra el Favorito, sin siquiera salvar la dignidad de la Reina, sugestionada, ciega, como se la consideraba, por un afecto tan humillante como ruin. La debilidad del Príncipe de Asturias se atribuyó, no tan solamente á su inexperiencia y al abatimiento de su situación desairadísima en el palacio de sus padres, sino que al espionaje, sobre todo, y á la persecución de que era objeto, al temor de que las amenazas de que eran eco algunos partidarios suyos, las de hacer-

1 Por cierto que Godoy, siguiendo, al parecer, la vulgarísima leyenda popular de la ejecución del Príncipe Carlos, mejor, acaso, la ridícula versión de su amigo, el canónigo Llorente, dice que *Felipe II entregó á los verdugos su hijo*. Eso ya no lo dice quien haya leído algo sobre tan ruidoso asunto, ni quien tenga un mediano criterio.

le desaparecer ó de, por lo menos, privarle de la sucesión al trono, pudieran, con efecto, realizarse. Aquellas cartas no podían ser ni fueron inventadas por D. Fernando. La opinión de cuantos intervinieron en el proceso y de los que podían tener noticia regularmente exacta de suceso cuyo conocimiento era del dominio de varios, se hizo general poco después; y no se peca de temerario al asegurar que fueron escritas ó dictadas por Godoy que, al decir que el estilo corresponde al del Príncipe, debe ser para que no se tenga por el suyo, al que se parece como una gota de agua á otra.

Sea de ello lo que se quiera pensar, lo cierto es que esas cartas, como las revelaciones hechas ante Caballero el día siguiente al de su arresto, en vez, como antes indicamos, de producir el descrédito del Príncipe por la flaqueza de ánimo que revelaban al delatar á sus más decididos servidores y partidarios, causaron el efecto contrario, el de que se tradujeran en infame pensamiento en la Reina y su favorito de inmolar á quien se consideraba burlador de sus bastardas ambiciones y era la única esperanza de la patria. Nadie creyó en el atentado que se quería atribuir á D. Fernando; por tan absurdo se tenía y extraño á la opinión de que gozaba el tan deseado Príncipe; y la mayoría de los españoles tuvieron por inspiración feliz y acertadísima la de dirigirse en busca de apoyo al grande hombre que tanta popularidad había adquirido en nuestro país por las leyes reparadoras que cada día dictaba en pró de la religión y el orden social y político, por la aureola de gloria, particularmente, con que rodeaban su cabeza los innumerables triunfos que había alcanzado sobre los enemigos todos de la Francia [1].

Nuevo tribunal.

Pero tanta como fué la indignación provocada con el proceso del Escorial, tanta fué, á luego de

1 «Inmediatamente—dice Thiers—Napoleón se hizo el dios tutelar, invocado como tal de todas partes y por todos. Es, quizás, el único momento en que el pueblo español haya admirado con los más elocuentes transportes á un héroe que no sea español y haya apelado á influencias extrañas á su suelo.»

conocerse, la confianza que inspiró á nuestros compatriotas, ya lo hemos dicho, el nombramiento de los jueces que habrían de componer el tribunal sentenciador, según el decreto de 30 de Octubre. A esos jueces se unieron, por otra disposición posterior, dictada al hacerse el Rey cargo de los compromisos que podría traerle la intervención de Beauharnais en la mal llamada conjura del Príncipe de Asturias, varios otros magistrados, hasta componer el número de once, que no tardarían á dar muestra de la independencia de su carácter, por un lado, y de cómo, por otro, se dejaban arrastrar de la opinión reinante, soberana y despótica en nuestro pueblo. Esos jueces, presididos por D. Arias Antonio Mon, decano y gobernador interino del Consejo, eran D. Gonzalo José de Vilches, D. Antonio Villanueva, D. Antonio González Yebra, el marqués de Casa García, D. Eugenio Manuel Alvarez Caballero, D. Sebastián de Torres, D. Domingo Fernández Campomanes, D. Andrés Lasauca y D. Miguel Alfonso Villagómez, ministros también del Consejo Real y Supremo de S. M. [1].

Ya que D. Fernando quedó libre del arresto que se le había impuesto en su mismo cuarto, el Rey decretó que continuaran los procedimientos contra los demás acusados y presos, pero sin tomar declaración al Príncipe de Asturias, ni al de la Paz, ni al embajador de Francia, cuyos testimonios habrían forzosamente de echar los consejeros de menos en causa tan extraña así y excepcional. Eran los acusados Escoiquiz, por autor de los dos primeros papeles cogidos al Príncipe y su inspirador en la conspiración, el duque del Infantado por el decreto en que se le confería la Capitanía general de Castilla la Nueva; por su complicidad en la trama toda, el conde de Orgaz, el marqués de Ayerbe, Andrés Casaña, D. José González Manrique, Pedro Collado y Fernando Selgas; y, aun cuando desatendidos por el Fiscal después, D. Juan

1 «Sus solos nombres, dice Chemineau, eran recomendación suficiente para el público.»

Manuel de Villena, D. Pedro Giraldo de Chaves, maestros de S. A., y el conde de Bornos y Manuel Rivero, sus partidarios y confidentes. Para seguir la causa y fiscalizar la conducta de los acusados, se nombró á D. Simón de Viegas, fiscal también del Consejo, persona que se tenía en Madrid por muy adicta al príncipe de la Paz, y que, con efecto, se mostró muy apasionado contra los servidores del de Asturias.

Por grande que fuera el empeño de Godoy para que la causa se substanciase cuanto antes, y constante la actividad que empleaba Viegas, la naturaleza del proceso tenía que oponer á la diligencia obstáculos no fáciles de superar. La eliminación de los principales actores, los reos según no se cansaban de llamarlos cuantos parecían interesados en su ruina, privaba al fiscal del uso de recursos y medios los más eficaces para desentrañar la maraña espesísima que cubría asunto tan delicado, de todo punto inextricable en tales condiciones. En el mismo caso se hallarían los jueces que iban á fallar un proceso en cuya formación se había faltado á las reglas más rudimentarias del derecho para los procedimientos de investigación, examen y juicio de los orígenes, y curso de una trama que produjo tamaño escándalo. El Fiscal se mostró durísimo para con los no exceptuados de comparecer ante el tribunal, contra Escoiquiz, principalmente, y el duque del Infantado, para los que pidió la pena consignada para los traidores, siendo menor la solicitada para Orgaz, Ayerbe, Casaña, Collado, Manrique y Selgas, según la participación atribuída á cada uno.

La sentencia.

Absolvió á todos el Consejo después de oir la defensa que de ellos hizo el licenciado D. Juan de Madrid Dávila, en nombre de Escoiquiz, por quien debió ser redactada según la forma que ofrece, su estilo y los caracteres singulares que puede notar quien se detenga á estudiarla. A todos, repetimos, y aun á los que dejó como desatendidos el Fiscal *por no arriesgarse*, decía en su dictamen,

á introducir en la question lo que S. M. mandaba que absolutamente no se tratase, Villena, Giraldo, Bornos y Rivero, declaró el Consejo libres *por no haberse probado los delitos comprehendidos en la acusación* [1]. Ni podía ser otro el resultado de un proceso en que, sin contar con las múltiples contingencias á que podía llevar una condena, cualquiera que fuese, se comprometían intereses tan altos como los de la sucesión al trono, tan próxima según era de temer por la edad del Rey y los males de que acababa de adolecer.

Llevamos examinados de tiempos atrás cuantos trabajos se hicieron para substanciar la causa del Escorial y los escritos exhibidos para juzgarla; y aun contra opiniones tan respetables como las que han condenado los procedimientos seguidos, los rigores del dictamen fiscal y la lenidad de la sentencia, no vacilamos en ratificarnos en el juicio que teníamos formado de todo eso hace treinta años y expusimos al público en la historia de la Guerra de la Independencia. Decíamos allí: «Por dura que fuese la acusación; por fundada que apareciera tratándose de una trama que se decía urdida contra el mantenimiento de Carlos IV en el trono y contra la vida de María Luisa, no era posible juzgar cuál en un procedimiento ordinario y completamente arreglado á las leyes. Había desaparecido el principal autor de la conjuración, esto es, aquel en cuyo favor y provecho se emprendiera; y se había descartado además la personalidad del que la daba fuerza, como reflejada de la del Emperador de los franceses: ¿cómo, pues, exigir responsabilidad á los que, acaso, no eran más que brazos de que se había valido la astucia, ó clientes que así creían prestar un servicio patriótico y de lealtad? El Consejo absolvió á todos; y en ello no sólo dió muestra de un espíritu honroso de independencia ante aquel que estaba acostumbrado á humillar á los más orgullosos de la corte é influir en los fallos de la justicia, sino que cumplió

1 En el Apéndice núm. 7 puede verse la sentencia.

con un deber de conciencia, no castigando cuando incompleto el proceso no podía esclarecerse suficientemente la verdad. Jueces íntegros que hasta entonces habían dado constantemente pruebas de su rectitud, según manifiestan los mismos que censuran su conducta en aquella ocasión, ¿cómo se atrevieron á faltar á ella, exponiéndose á la tacha de injustos y, además, á las iras de quien disponía de sus destinos y aun de su libertad, pues que de todo tenían ejemplos, y muy reciente el del inmortal Jovellanos? De su deber era completar el proceso; pero nosotros preguntamos: ¿podían hacerlo? ¿No se les había exigido que no apareciese en él nada que hiciera alusión al embajador francés ni comprometiese al heredero del trono? Y entonces, ¿cómo cumplir con las leyes? ¿Cómo fallar en justicia y estrictamente con arreglo á ellas? En aquel caso sólo podía haber lugar á una medida gubernativa, y el gobierno, cerrado el camino de las leyes, la tomó por sí discrecionalmente, confinando á los que consideraba como culpables y separándolos así de la inmediación del Príncipe de Asturias [1].»

Vacilaciones de Napoleón.

¿Qué era, entretanto, del tratado de Fontainebleau? Andábase ejecutando aunque ignorado del mundo, y no pensaba en que se cumpliera fielmente nadie de los que lo habían acordado. Ni aun los á quienes pudiese interesar principalmente, soñadores de coronas y de imperios, creían ya que llegara á realizarse en todas sus partes,

1 No han sido de esta opinión personas, ya lo hemos indicado, autorizadísimas en ese género de asuntos jurídicos; manifestándose ¡caso extraño! en desacuerdo con nosotros, eminentes españoles aun condenando los procedimientos seguidos por la acusación, y en completa conformidad, extranjeros, también ilustres, que parecen ofrecer, por su mismo origen, las mayores garantías de imparcialidad. Es inacabable la enumeración de cuantos en España han calificado la conducta de aquellos jueces, satisfaciendo la sentencia á los más, pero condenándola algunos por lo irregular en su sentido legal. Los extranjeros, con excepción rarísima, se han mostrado de acuerdo con el juicio de un tribunal que, según ellos, reveló un espíritu de independencia, tanto más gallardo cuanto inesperado en un tiempo en que hasta los más orgullosos magnates humillaban la cabeza ante el insolente favorito de Carlos IV.

Sobre esas opiniones llamamos la atención de nuestros lectores hacia el apéndice número 8.

las mismas que tanto les halagaban; y el Rey de España y su favorito podían descubrir en los secretos de su propia conducta que iban á escapárseles aquellos brillantes despojos de fortuna, independencia y grandezas y glorias con que se les había deslumbrado en sus injustificadas ambiciones. Sólo Napoleón seguía un rumbo fijo aun cuando vacilara á veces en los medios que pudiéramos decir de locomoción de que habría de hacer uso [1]. Y dícese, y es verdad, que aun no había llegado á Madrid el misterioso convenio, tan pérfido como secreto, cuando por las preocupaciones que revelaban el semblante del Emperador y las conferencias que tenía con su Vice Grande-Elector, el famoso Talleyrand, príncipe de Benevento, pudieron observarse las dudas que se habían apoderado de su superior inteligencia é influído en su ánimo tan resuelto siempre.

Talleyrand. Mucho se ha escrito y hablado sobre la intervención del célebre diplomático en las resoluciones que produjeron la entrada de los franceses en la Península, la ruina de las dinastías de Braganzas y Borbones en ella, el entronizamiento, por último, de la napoleónica en esta tierra clásica de la lealtad más acrisolada. Talleyrand y los que han dado fe á sus Memorias ahora, y á sus alardes antinapoleónicos al tiempo de su desgracia con el Emperador y de su participación en los congresos de la Restauración, han creído que se había manifestado siempre opuesto á la invasión de

1 M. Thiers ha descrito de mano maestra las vacilaciones de Napoleón en ese asunto, y su atropellada resolución. «No se disimulaba, dice en su grande obra, el riesgo de, al destronar la dinastia española, romper con una nación llena de ardor y feroz, deseando cambios, incapaz de operarlos por sí misma y pronta, sin embargo, á revolverse contra la mano extranjera que tratase de verificarlos. Iba, pues, aplazándolos, ya que ni tenia priesa ni se habia fijado en el partido que hubiera de tomar; testigo el tratado de Fontainebleau que no contenía sino aplazamientos. Pero un hijo que se dirigía á él en demanda de una esposa y de su protección, y un padre que denunciaba á ese hijo como criminal, le ofrecían una ocasión, por decirlo así, forzada para mezclarse inmediatamente en los asuntos de España; y lleno y todo de dudas y ansiedades, deseando y temiendo lo que iba á emprender y acometiéndolo por un especie de impulso fatal, dió órdenes precipitadas, signos de una voluntad fuertemente excitada.»

España. «Combatí—dice en ellas—aquel proyecto con todas mis fuerzas, exponiendo la inmoralidad y los peligros de semejante empresa.» Nada más inexacto; porque hay testimonios de esos que no consienten refutación para demostrar lo contrario. «Le aconsejé—añade—la ocupación de Cataluña hasta la paz marítima con Inglaterra. Declararéis—le decía yo—que guardaréis ese gaje hasta la paz, y así tendréis sujeto al gobierno español. Si se retarda la paz, es posible que Cataluña, que es la provincia menos española de todas las de España, se una á Francia. Existen para eso tradiciones históricas; y quizás entonces podrá ser reunida definitivamente á Francia. Pero cuanto hagáis más de eso no podrá sino produciros días de amargos remordimientos. No le convencí y se mostró siempre desconfiado de mí en cuanto á aquel asunto.»

La desconfianza de Napoleón y la equívoca desgracia de Talleyrand procedían de otras causas ahora perfectamente conocidas. Al volver de Tilsit, ambicionando Talleyrand tratamiento igual al de los excónsules Cambacères y Le Brun, archi-canciller y archi-tesorero respectivamente, hubo de optar entre la dignidad de vice-grande-elector y el ministerio de Relaciones Exteriores que entonces ejercía. Optó por el primero de aquellos cargos; pero no sin comprender que la salida del ministerio representaba el principio de su desgracia. Y era, con efecto, que Napoleón había comenzado á sospechar del concupiscente apóstata, aun cuando todavía no tuviera pruebas de su deslealtad. Ignoraba los lazos que Talleyrand había ya contraído con algunos estadistas extranjeros y los favores que llevaba recibidos de algunos soberanos, lazos y favores que luego habrían de darle grande influencia para dañar al Emperador su amo. Con ese motivo, reemplazó en aquel ministerio á Benevento M. de Champagny, que era ministro del Interior, relevado por Cretet, que gobernaba el Banco, sustituído á su vez por el consejero Jaubert. La variación, sin embargo, más importante, fué la

que llevó al ministerio de la Guerra al general Clarke, en sustitución del mariscal Bertier, que fué nombrado vicecondestable, pero conservando sus funciones de mayor general del grande ejército. La vuelta de Tilsit se hizo notar en la administración del Imperio por cambios en sus organismos y combinaciones de personal que mejoraron notablemente los servicios de la, por lo grandiosa, complicadísima máquina del gobierno de la Francia. Con eso pudo Napoleón anunciar al Cuerpo legislativo en la sesión del 16 de Agosto de aquel año de 1807 los proyectos que abrigaba para el perfeccionamiento de las instituciones imperiales, después de haber hecho una brillante exposición de sus trabajos y de sus triunfos para la grandeza y la felicidad de la *gran Nación*, acompañado todo de la creación de una nueva nobleza, hereditaria como la antigua, de príncipes, duques, condes, barones y caballeros, á la que sucedió la institución de mayorazgos, lo cual, en sus hipócritas manifestaciones, no empecía la igualdad revolucionaria de hasta entonces, con lo que creía reconciliar la Francia con la Europa y fundir acaso en una las nuevas y las antiguas instituciones nobiliarias.

Pero aun envuelto en esa atmósfera embriagadora de tan altos pensamientos y de colosales obras para la organización interior del Estado, que su vasta inteligencia y su ánimo le hacían acometer, no olvidaba Napoleón, no perdía de vista otro objetivo que le importaba mucho para mantenerse en el alto nivel que le habían hecho alcanzar sus ya innúmeras victorias. Ese objetivo era el de anonadar el poderío de Inglaterra, y ya que no el militar, por ser, puede decirse, impalpable, el comercial, por lo menos, que seguía amenazando sin interrupción desde que dictó en Berlín el famoso decreto del bloqueo continental. La campaña de Prusia le había distraído de perseguir ese objetivo; pero el tratado de Tilsit se lo recordó y, al terminar su obra de reorganización del Imperio, se dispuso á llevar á cabo de una vez sus ideas de humillar á su eterna enemiga, la altiva Albión, y hacer

efectivo el tan acariciado pensamiento del Imperio occidental. Y firmado el convenio de Fontainebleau, expidió las órdenes para poner en ejecución las cláusulas militares de la pieza anexa á aquel tratado, referentes á la ocupación del reino de Portugal, sin esperar siquiera á que nuestro gobierno lo ratificara.

Parece que los sucesos del Escorial y el proceso que se formó en su consecuencia debieran haber distraído al Emperador, á lo menos por algunos días, de su resolución; pero acaso la precipitarían en la creencia de con ella completar el proyecto que tantas vacilaciones le producía de sumar ó no con el de la sujeción de Portugal la de España también, misterioso problema que bien cabía en las *habilidosas* combinaciones ideadas en Fontainebleau. ¿Fué aquel momento el que eligió Talleyrand para pronunciarse en contra del pensamiento de apoderarse de España? Al leer sus Memorias parece que debió ser anterior; pero estudiados los antecedentes de tan magna y transcendental cuestión y dando fe, que bien la merece, al relato de M. de Mèneval, resulta que, de ser cierta la oposición de Talleyrand al insidioso proyecto del Emperador, la habría iniciado al tiempo de conocerse en Fontainebleau el estado de nuestra corte. «En conversaciones confidenciales con Napoleón—dice M. de Mèneval,—conversaciones en que él (Talleyrand) representaba el papel de oyente, deslizaba, con las apariencias de una estudiada reserva, el consejo de aprovechar las disensiones de la corte de España para cambiar la dinastía que nunca sería una aliada útil contra Inglaterra y que, en circunstancias que no dejarían de presentarse, favorecería, por el contrario, á aquella potencia en perjuicio nuestro. Como variante á aquella extrema medida, proponía el exigir de España cesiones de territorio que la pusieran bajo nuestra dependencia. *Yo fuí testigo* de varias de aquellas conferencias que con bastante frecuencia se celebraban en el despacho del Emperador. Napoleón se tomó tiempo para refle-

M. de Mèneval.

xionar sobre asunto tan grave antes de explicarse sobre el partido en que se iba á fijar, ignorándolo él mismo y necesitando que madurasen los acontecimientos para hacerlo. «No respondió á la carta del príncipe de Asturias, considerándola como un ataque á la autoridad del jefe de la familia real, é hizo declarar al príncipe de Masserano, embajador entonces de España en París, que no le convenía intervenir en los asuntos domésticos de su soberano. Respondió al rey Carlos IV recomendándole la indulgencia y la moderación»... etc., etc. [1].

¿Se quiere mentís más rotundo á las aseveraciones de Talleyrand, falsas, falsísimas en cuanto á la época de que se está tratando, por autorizadas que parezcan las de los varios historiadores que pretenden confirmarlas? Hasta se ha pre-

1 Que todo eso es verdad se puede observar en los despachos del Emperador y en cuanto llevamos expuesto anteriormente; pruebas irrecusables de la veracidad de M. de Méneval.

Más terminantes aún son las declaraciones del Duque de Rovigo en sus Memorias. «Se ha querido, dice, hacer creer al mundo que M. de Talleyrand había sido de opinión contraria á aquella empresa (de España): ha podido convenir á hombres de partido el tratar de establecer esa opinión; pero es la opuesta á la verdad: no sólo no se opuso, sino que la aconsejó y fué quien estableció los preliminares, y con el objeto de llevarla á cabo precipitó la conclusión de la paz de Tilsit, diciendo al Emperador que lo que más le importaba estaba en el Mediodía, de donde pronto ó tarde podría un Príncipe belicoso intentar destruir su obra, haciéndole notar que había bastado una proclama para alarmar á todo el país, y que si hubiera tenido lugar otra batalla de Eylau, lo cual pudiera suceder en el centro de las provincias rusas á que habría quizás necesitado ir sino se hubiera hecho la paz, fuera posible que los Españoles y los Austriacos llegasen á París antes de que lo supiese él; que, de otro lado, si hacía la paz con Inglaterra sin haber arreglado convenientemente los asuntos de España, sería necesario renunciar á ellos para siempre, porque volvería á hallar la Europa contra él cuando quisiera acometer la ejecución, en vez de que, si se tenía la fortuna de salir adelante con ellos, podría tratar con Inglaterra sobre esa base, haciendo, por otra parte, los sacrificios á que obligaran. M. de Talleyrand es el primero que pensó en la jornada de España; había preparado los resortes que era preciso poner en juego para ejecutarla: es verdad que quiso hacerlo de manera distinta y quizá con ella hubiera tenido mejor fin».

El duque de Rovigo todavía extiende esas noticias y las consideraciones que le sugieren hasta demostrar, como después han probado las de M. de Mèneval, que las afirmaciones de Talleyrand han obedecido al objeto de obtener gracia de los enemigos de Napoleón.

tendido que esa oposición de Talleyrand á los proyectos de Napoleón sobre España, había sido el motivo de su salida del ministerio. Es inexacto; el motivo arrancó de la envidia que dispertó en él la concesión de los altos destinos del Imperio á antiguos compañeros de Napoleón, así en el gobierno como en el ejército, cuando no á sus parientes más cercanos. Napoleón, por el contrario, deseaba á Talleyrand cerca de su persona, estimando sin duda aquella sagacidad política y la doblez que le sirvieron para mantenerse entonces y después en el alto concepto en que la diplomacia y los gobiernos le tuvieron siempre. La desconfianza que comenzó á inspirar á Napoleón desde Tilsit y su ambición, fueron separándole de la acción inmediata en los asuntos políticos; y aun satisfecha aquélla con el cargo de Vice-Grande-Elector, se consideró como en un principio de desgracia, que acabó por producirle el despecho y el ansia de vengarse de quien tanto le había distinguido y elevado. Fuera del ministerio, sin el roce de antes con el Emperador, cebáronse en él sus enemigos, muchos y poderosos; y no pudiendo contrarrestar sus manejos ni desmentir las verdades y los absurdos de que le hacían blanco, privado como se vió de las largas conferencias que celebraba antes con su amo por razón de su cargo, fué creándose en él y en Napoleón el espíritu de disgusto, recelos y malquerencia que los separó en adelante. «Pronto, dice Rovigo, se hizo el objetivo de cuantos querían hacer fortuna y participar de los honores anexos al cargo que acababa de dejar. Se trató de hacerle odioso al Emperador; se inventaron mil cuentos, producciones de gentes que no podían resistir la comparación con aquellos cuya superioridad se ven obligados á reconocer; guiados por sus intereses personales, y moviéndose por las pasiones de los que los rodean, prefieren perder un Estado entero ahogando la luz en derredor del soberano, á ver palidecer su estrella dando acceso á los hombres que pueden verdaderamente servirle.»

No se desanimó por eso Talleyrand en un principio. Per-

sistió en la idea que después negaba, sobre los asuntos de España y con motivo de la causa del Escorial y de la ocupación de Lisboa por el ejército francés, se mezcló en las negociaciones de Duroc con Izquierdo para aconsejar el cambio de la sucesión del trono español, el de la dinastía, y hasta el de las provincias portuguesas por las nuestras de la izquierda del Ebro.

Nos hemos extendido demasiado quizá en lo que se refiere á la intervención del célebre príncipe de Benevento en las resoluciones de Napoleón respecto á la suerte de España, por lo que se ha insistido en considerarla favorable para nuestra independencia y causa de su desgracia en el ánimo y la conducta del Emperador, cuando, ya se ha visto, fué el primero en instigarle á una empresa á que sólo cuando vió que podía fracasar demostró oponerse, mejor dicho, haberse opuesto para justificar sus posteriores hipócritas y pérfidas evoluciones.

La elegida para D. Fernando.

Fuese, con todo, efectiva ó no esa intervención, lo cierto es que Napoleón trató de valerse de los tristes sucesos del Escorial para ejecutar el proyecto que tenía, como vulgarmente se dice, entre manos, el de hacerse árbitro de los destinos de nuestra Península. Los raptos de ira á que pareció entregarse al ver mezclado su nombre en aquel proceso; las amenazas para que fuese descartado de los procedimientos que en él se siguieron el nombre también de su embajador, y sus terminantes negativas de haber recibido la carta de D. Fernando ni de interesarse por una alianza de familia con aquel Príncipe, no resultaron sino ficciones y ardides para disimular su ya arraigado pensamiento. Porque continuó en el de realizarlo, ya mostrándose muy conciliador en sus cartas á Carlos IV, pero exigiéndole el cumplimiento de las cláusulas secretas del tratado de Fontainebleau, ya buscando en su viaje á Milán el modo de aceptar la proposición de D. Fernando, apoyada para entonces por el Rey su padre, queriendo convencer á su hermano Lu-

ciano de la conveniencia de conceder al Príncipe de Asturias la mano de su hija Carlota. En la batahola ensordecedora de las fiestas que se le dedicaron en Italia; en el no menos embriagador espectáculo de las visitas de los soberanos de Baviera, Nápoles y Etruria, y de la creación del principado de Venecia para su hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais y su sucesión, siquier condicional, en el trono de Italia, y tantos otros nombramientos de todas clases con que quiso celebrar aquel viaje, emprendido, tanto como para eso, con el objeto de observar los sentimientos políticos que el Austria pudiera abrigar respecto de aquel país, tanto tiempo dominado por ella, no olvidó ni por un momento la cuestión española. En la entrevista que tuvo en Mantua con Luciano quedó convenido el enlace de la mayor de las hijas de éste con nuestro Príncipe de Asturias, enviándola á París á fin de que acabara su educación y prepararla á la alta posición á que se la destinaba [1]. Aquella combinación, única que podría salvar á los últimos Borbones, hubo muy luego de malograrse por el carácter de la elegida para compartir con el futuro rey de España un trono de otro modo amenazado tanto tiempo hacía.

Y decimos los últimos Borbones porque ya no quedaban en el continente europeo sino los de Etruria, y precisamente en aquellos días los arrojaba Napoleón de Italia, establecidos y todo por él en desprecio de las instituciones republicanas de que entonces era el primer representante allí y en Francia.

La reina de Etruria.

Ya dijimos que el tratado de Fontainebleau se mantenía secreto, menos para la Regente de Etruria, á quien se lo revelaron el príncipe Eugenio y M. d'Aubusson, ministro imperial en Liorna. Ni Napoleón directa-

1 Tenía de trece á catorce años de edad. Hija de Luciano y de Cristina Boyer, su primera mujer, fué establecida en casa de la madre del Emperador que la trató con suma bondad, pero no inspirándola grandes simpatías, quizá por haber sido educada por una madrastra que no las tenía por la familia de su padre. Las cartas que dirigía á sus parientes, quejándose de la avaricia de su abuela y criticando á sus tías, cartas satíricas que si en un principio hicieron

mente, ni el rey de España, ni su madre siquiera, la habían transmitido el acuerdo que arrancaba á su hijo un trono que creería asegurado con la protección del árbitro entonces de los destinos de la Europa y con la influencia que debían ejercer en él sus padres, como aliados, creía ella, sinceros del Grande hombre. Y, sin embargo, la noticia le fué dada á la Reina el 23 de Noviembre en Castello, donde se hallaba, por d'Aubusson, de la manera brutal de quien aspiraba á la anexión de Etruria al Imperio. Nueva tan infausta, por más que el ministro francés se esforzara en explicar las ventajas de la compensación que se ofrecía al rey de Etruria con trasladar su trono á Portugal, cerca de sus abuelos, cayó como un rayo en el ánimo de la Regente. «La Reina, dice una publicación reciente, toda aterrada, se mantuvo en Castello, no quiso mostrarse en público, ni se ocupó ya de nada [1].» D'Aubusson, por el contrario, toma sobre sí la carga del gobierno de Etruria, amenaza á los ministros con la responsabilidad de sus actos ante el Emperador, cambia la policía, facilita fondos á la Regente para que se marche cuanto antes y pide instrucciones á Venecia, donde por aquellos días se hallaba Napoleón. Este le hace escribir, en despacho que no consta en su *Correspondencia*, «que, así lo dice M. Marmottan, su ayudante de campo, Reille, se ha

reir al Emperador acabaron por irritarle, obligaron á éste á devolver á Luciano su hija que así le hizo abandonar la idea que abrigó un momento de casar una persona de su familia con el Príncipe D. Fernando, y á afirmarle acaso en la de destronar para siempre la dinastía española.

1 Se lee en las Memorias de la reina de Etruria: «En el seno de tan dulces ilusiones, vino un golpe fatal á echar por tierra la obra de felicidad que me complacía en levantar. El 23 de Noviembre de 1807, cuando estaba en una de mis casas de recreo, el ministro francés d'Aubusson la Feuillade fué á anunciarme que España había cedido mi reino á Francia; que era necesario que partiese, y que las tropas francesas que tenían orden de ocupar mis dominios habían llegado ya. Despaché inmediatamente un correo al rey mi padre, pidiéndole explicaciones sobre lo que me acababa de pasar, porque yo no sabía nada. La respuesta que recibí, ya en el camino, fué la de que apresurase la marcha, pues que no me pertenecía ya aquel país, y que podría consolarme en el seno de mi familia. La entrada de las tropas francesas en la capital me obligó á, contra mis intenciones, abandonar aquel reino.»

puesto en camino para Florencia; que ha hecho bien al dar á la Reina fondos sacados de las arcas públicas y aun de la de reserva; que se encargue de dirigir su partida, de día y no de noche (como se lo había d'Aubusson propuesto temiendo alguna manifestación hostil á la Reina), á Turín y Milán; que en una de estas ciudades, á su elección, la hallaría el Emperador si ella se detuviera hasta el día 18, y que desde allí debería ir á reunirse á sus padres en Madrid [1].»

Su viaje á Milán.

Con efecto, el 10 de Diciembre, al tiempo que las tropas francesas, en número de 10.000 hombres, entraban en Florencia, se ponía en camino el exrey de Etruria con su madre, después de hacerse pública una proclama que la también exregente negó luego fuera suya, ni menos válida, *primero, por ser obra de la fuerza, y después, por no existir los motivos en que se fundaba*. Decíase en ella que si algo podía aliviar la pena que causaba á la Reyna tal separación (de sus súbditos), era ciertamente que el reino de Etruria pasaba al fausto dominio de un monarca dotado de las virtudes más heroicas [1]. Eran las cuatro de la tarde, y,

1 Lo que hay en la *Correspondencia* de Napoleón es la siguiente carta á la Reina:

«A María Luisa, Reina Regente de Etruria.—Venecia, 5 de Diciembre de 1807 (la misma fecha del despacho dirigido á d'Aubusson). - Recibo la carta de Vuestra Majestad, del 24 de Noviembre. Comprendo que en las circunstancias actuales Vuestra Majestad tenga priesa para trasladarse á España ó, por lo menos, dejar un país donde no puede permanecer con la dignidad que corresponde á su rango. He dado orden para que sea recibida en mi reino de Italia ó en mis estados de Francia con los honores que la son debidos. Si Vuestra Majestad se encontrara en Milán ó en Turín antes del 18 de Diciembre, tendría yo la ventaja de verla allí.

»Envío un oficial, mi ayudante de campo el general Reille, quien pondrá esta carta en manos de Vuestra Majestad. Se encargará al mismo tiempo de tomar las medidas necesarias para la seguridad del país y para alejar á los que puedan turbar su tranquilidad, puesto que sé que Vuestra Majestad ha creído preciso hacer ir algunas tropas á Liorna.

»A estas horas han debido mis tropas entrar en Lisboa y apoderarse de Portugal.»

1 «E se vi ha riflesso valevole ad alleggerire in Noi il rammarico di una tal separazione, quello certamente piu caro al nuostro cuore si e, che il regno di Etruria, e una Nazione si docile, passa sotto il fausto dominio di un Mo-

contra lo que temía d'Aubusson, la Reina y su hijo no tuvieron que oir un solo grito de alegría ni observar un solo ademán de desprecio, no quedándole al imprudente ministro de Napoleón otro desahogo que el de escribir á Champagny que en la carrera había reinado el mayor silencio, si bien calificándolo de lección, como *lección en general de Reyes y de Reinas*. Baja y miserable adulación de quien andaba buscando por Florencia, Sienna y Pisa, adhesiones para una anexión que estaba decretada en el art. 9.° del tratado de Fontainebleau, dictado por quien, seguramente, no necesitaba de ese género de plebiscitos.

Reille y D'Aubusson acompañaron por un corto espacio, el de dos millas, al Rey y su madre, que aquella noche pernoctaron en Gaffagiolo, donde permanecieron dos días por ir la Reina indispuesta. Llevaban en un coche de su acompañamiento el cadáver del rey padre para hacerlo depositar en el Escorial; incidente que con el de no dejarse ver de la princesa de Luca, que uno de aquellos días pasó por Gaffagiolo, produjo en D'Aubusson un juicio como el del adulador más vulgar y ruin [1]. Seguidos de Labrador y O'Farril, llegaron á Milán el 17 de Diciembre para sufrir la Reina el bochorno de escuchar de los labios de Napoleón, no sólo la grosera mentira de atribuir á sus padres el despojo que acababa de hacérsele, sino el consejo de no volver á España para no sufrir la burla de que ya se había resuelto hacerla víctima.

Entrevista con Napoleón.

«En Milán, decía la Reina en sus Memorias, tuve una entrevista con Napoleón. Le expuse la pena que había experimentado al abandonar la Toscana y le rogué me otorgase el favor de devolverme aquel Estado en vez de la parte de Portugal que quería

narca dotato de tutte le piu Eroiche Virtu, fra le quali campeggia singolarmente la premura la piu costante in promuovere, ed assicurare la prosperitá dei Popoli ad Esso soggeti.»

1 Se escandalizó por lo extenso del convoy, como si una familia real, desposeída del trono y expulsada del país, debiera retirarse en una calesa y con un par de baules para un viaje de 200 leguas.

darme. Tuvo la impudencia de asegurarme que por él me hubiera dejado tranquila en Toscana; pero que la corte de España, ella misma, había propuesto aquel cambio, porque mis padres deseaban tenerme cerca. Aquel hombre había ya concebido el proyecto de invadir España y quiso distraerme de la idea de volver á ella, proponiéndome me quedase en Turín ó Niza. ¿Pero es, me dijo, que no tenéis noticias de España? Aludía á los sucesos del mes de Noviembre en San Lorenzo, y yo los ignoraba completamente. Las alarmas que produjo en mi ánimo; el deseo que yo tenía de arrojarme á los pies de mis padres para hacerles observar que cualquiera que fuese el tratado que se hubiera hecho, no deseaba yo ni quería aceptar otra soberanía, y mucho menos la de mi hermana y de mi pariente, y los consejos del caballero Labrador, ministro de España en Florencia, me hicieron apresurar mi viaje. Después de atravesar la Francia, donde, y particularmente en Lyón, recibí los testimonios más halagüeños de consideración, llegamos sin accidente alguno á Aranjuez el 19 de Febrero de 1808. Mis padres salieron á mi encuentro, y después de haber gozado de la satisfacción de volverlos á ver con mis hermanos, mi primer cuidado fué el de recibir sus informes sobre el tratado que me despojaba. Me respondieron que habían sido engañados. No pude ocultar que, por un lado, quedaba como herida por el rayo al descubrir la horrible traición cometida contra nosotros, mientras que por otro, aquel mismo descubrimiento me proporcionaba el consuelo y me animaba para renovar mis instancias á fin de obtener permiso de volver á mi querida Toscana [1].»

Viene á España.

Así acabó aquella monarquía de Etruria, cuyo raro establecimiento siete años antes entrañaba un acto de vanidad intempestivo, de arrogancia y desprecio hasta para los mismos franceses, y un error de Napoleón en sus pensamientos para

1 La *Gaceta*, ni siquiera anunció la llegada del rey de Etruria y su madre á la corte.

lo porvenir, error en que iría un año después á incurrir de nuevo al ofrecer la soberanía de aquel pueblo al hermano de la recientemente desposeída, rey ya proclamado pero desposeído también de España y sus Indias.

«Sin embargo, de todos modos, dice M. Marmottan en su erudita historia, la imparcialidad obliga todavía á declarar que, á pesar de las dificultades con que tuvieron que luchar, á pesar de su incapacidad bajo el punto de vista administrativo, Luis I, al principio, y María Luisa, después, protegieron muy convenientemente ciertas fundaciones debidas, en su mayor parte, á los Médicis y desarrolladas por Leopoldo.»

«La célebre galería real de pintura, tuvo, en su tiempo, la dirección de Tomás Puccini y del abate Luis Lanzi, personas, los dos, eminentes. La manufactura de piedras duras continuó sus notables trabajos; la Academia florentina de Bellas-Letras funcionó con toda regularidad; la de Bellas-Artes se honró contando, entre sus principales adeptos, con Allessandri y Tomás Puccini, el uno, gran señor y verdadero erudito, el otro, sabio y muy entendido en materia de artes, con el famoso pintor Pedro Benvenuti, el grabador Rafael Morghen, el dibujante Lasinio y tantos otros sujetos distinguidos que la Francia adoptara desde 1808. No debe tampoco quedar aquí olvidado el nombre del excelente grabador de medallas Santarelli.»

«Las ricas bibliotecas de los Médicis, los hospitales, las casas de socorro para la clase desheredada, los Museos de física y de historia natural, el Colegio de Medicina, la instrucción pública no fueron en manera alguna descuidados. Todas aquellas instituciones no obtuvieron, es verdad, ventajas brillantes; pero vivieron, sin embargo, y hasta progresaron relativamente. Sólo faltó tiempo á los Borbones españoles de Parma para hacer aún más por ellas [1].»

[1] Testimonio, el de M. Marmottan, tanto más de atender cuanto es de un

Durante aquellos sucesos; esto es, cuando Napoleón procuraba precipitarlos desde sus residencias en Milán, Venecia y Mantua, dictando disposiciones para unificar en lo que creyera convenir á sus miras la península italiana bajo el nuevo cetro que se había conferido á sí mismo, cubrir sus fronteras en aquel reino, las de Austria principalmente, y atender á las complicaciones que se ofrecían á su hermano José en sus Estados de Nápoles, constantemente amenazados por los ingleses desde Sicilia, no olvidó ni por un momento el compromiso que se había impuesto en Berlín para arruinar ya que no podía vencer á aquellos sus más decididos é implacables enemigos. Y en Milán, el 17 de Diciembre, lanzó el célebre decreto para contrarrestar el en que el gobierno británico establecía el principio, tan decantado después, de que el pabellón no cubre la mercancía, dando á su derecho de bloqueo una extensión arbitraria y atentatoria á la soberanía de los demás Estados. Todo barco, de cualquiera nación que fuese y que sufriera la visita de otro británico, se sometiese á pasar por Inglaterra ó hubiera pagado un impuesto exigido por el gobierno inglés, quedaba por aquel decreto desnaturalizado, perdía la garantía de su pabellón y se consideraba como propiedad inglesa. Tal priesa se dió el Emperador á imponer tales represalias á las ordenanzas dictadas por la Gran Bretaña el 11 de Diciembre, que ni quiso esperar la contestación del ministro de Hacienda á quien había consultado al conocerlas. Su objeto era cerrar á Inglatetodo género de comunicaciones con el mundo entero.

Y ¿qué hacer entonces con Portugal?

Entrada de Junot en la Península.

Al volver de Tilsit, acabado de firmar el tratado que parecía establecer una paz duradera en todo el norte de Europa, había Napoleón dado las órdenes para la formación de un cuerpo de ejército destinado á someter el Portugal, aunque disfrazándolo con el nombre

francés y no afecto á esos mismos Borbones de Etruria, según el espíritu de su libro.

de *Cuerpo de observación de la Gironda.* Decíase que su misión era la de vigilar las costas de Normandía y de Bretaña; pero su organización en la frontera española, en Bayona, San Juan de Luz, Navarrains y San Juan de Pie de Puerto, donde se formaron campos en que se iban instruyendo los reclutas de que en su mayoría estaban compuestos los cuerpos, revelaba objeto muy distinto del á que se decía llamado. Tres eran las divisiones de infantería de aquel ejército; una de caballería y 38 piezas de artillería de campaña; con fuerza también correspondiente de ingenieros y un tren de equipajes, componiendo un total de 24,978 hombres y 1.771 caballos. Mandábalos en jefe el general Junot, muy favorecido por Napoleón desde los principios de su vida militar é íntimo de la familia imperial, dotado de un valor á toda prueba, aunque no del seso y la prudencia que exige el mando, pero reuniendo la circunstancia, apreciable para aquel caso, de haber desempeñado la embajada de Francia en Lisboa, cuyo título se le conservaba á pesar de servir hacía tiempo en el grande ejército durante su reciente campaña de Alemania [1]. La orden de su formación, ya lo hemos dicho, databa del mes de Mayo, cuando á Masserano, Frías é Izquierdo había Napoleón manifestado su pensamiento de exigir de Portugal una declaración contra Inglaterra, y fecha que, siendo tan anterior á la del tratado de Fontainebleau, revela por modo harto elocuente lo irregular de procedimientos para los que parece debiera contarse con el gobierno de nuestra patria.

El general Junot entró en Irún el 18 de Octubre llevando el

1 El severo José Accursio das Neves en su *Historia geral da Invasâo dos Franceces em Portugal*, acusa á Junot de no haberse avergonzado de usar las insignias y el título de Gran Cruz de la orden de Cristo en los actos de usurpación y aun á la cabeza de sus decretos de expoliación contra el mismo que le había conferido aquella honra. El historiador portugués creía que el mariscal Lannes, que se hallaba en el mismo caso, había declinado el honor del mando, que se le había ofrecido, del ejército francés. Eso que del después duque de Montebello hace la pintura más negra por su carácter altivo y grosero y las violencias á que se entregó en el tiempo que fué embajador de Francia en la corte de Portugal.

ejército escalonado en seis columnas con distancia de un día entre ellas para mejor atender á su racionamiento y comodidad en la marcha. Por más que su jefe de Estado Mayor, el general Thiébault, dijera después que no habían sido recibidos ni agasajados los franceses con la cordialidad que debían esperar en España, no sólo faltó á la verdad, sino que sus mismos compatriotas le han desmentido probando que el intendente Gardoqui y el general Rodríguez de la Buria fueron secundados por los habitantes del país en su tarea de obsequiar á las tropas de Junot en cuanto les fué dable, á pesar de haber ellas entrado antes de acordarse definitivamente el tratado de Fontainebleau y, por consiguiente, de esperarse su entrada en España. En Vitoria, particularmente, y en Burgos, Valladolid y Salamanca, donde debían esperar nuevas órdenes del Emperador, los franceses hallaron la más cordial acogida del clero, de las clases altas y el pueblo que los regalaron en cuanto les era posible, y les dedicaron todo género de festejos. «El alto clero, dice Foy, salía á recibir las columnas. Los aldeanos corrían al camino para ver pasar á los soldados que también eran cristianos como ellos. Se observaba con placer que el reinado de Napoleón había hecho borrar enteramente el odio de la nación católica por excelencia á la nueva Francia.»

Efectos que produce.

Y es que el efecto producido por la entrada de los franceses les era sumamente favorable. La triste y desairada situación en que veían á la patria, tan gloriosa é influyente pocos años antes; la aflictiva del príncipe de Asturias en quien fundaban su única esperanza, y el encumbramiento del de la Paz, despreciado en un principio por el origen de su favor en la corte y aborrecido después por sus torpezas en la gobernación del Estado cuanto temido por sus arbitrariedades y venganzas, hacían desear la intervención del emperador Napoleón en los asuntos interiores de nuestro país, por tantas y tales causas empobrecido y deshonrado ante los demás de Europa. La alianza por tantos años

mantenida con el Imperio ahora, y con la República antes, haciendo se unieran á veces nuestras armas á las francesas para una acción más ó menos simpática, pero en que se fundían las glorias comunes del campo de batalla en la deslumbradora de un hombre que además había restablecido, con la monarquía, el orden, la religión y los prestigios sociales en Francia, así como el supuesto, evidente para nuestro pueblo, de que Napoleón nunca podría perdonar á Godoy la temeraria y torpe proclama del 6 de Octubre de 1806, sin, por eso, culpar de ella á los que bien sabía la condenaron con la más elocuente unanimidad, hacían igualmente esperar que no sería otro el pensamiento de Napoleón que el de destruir la influencia del Favorito estableciendo la legítima de D. Fernando. Nadie pensaba que cupiera en él la idea de arrebatarles el Príncipe, ídolo, hemos dicho cien veces, de los españoles.

Los previsores, también lo hemos dicho, eran los menos, y ni serían atendidos sus recelos ni escuchados sus consejos: unos y otros, los recelos y los consejos, se atribuirían á pasión política, y esa en favor y siguiendo las aspiraciones, acaso interesadas, del odiado Valido. Las cartas de París, de que corrían copias por Madrid y las provincias, hasta las del mismo Masserano, estaban contestes en lo de que los franceses invadían la Península para echar de ella al príncipe de la Paz, sostener al de Asturias y reducir al Rey á las voluntades de Napoleón, á cuya política convenía la más estrecha unión de nuestra patria con el Imperio; política, decían, generosa, amplia y favorable á los más importantes intereses de la monarquía española, una, gloriosa é independiente. Aún había españoles que propalaban la idea de que, no recibiendo, como en su concepto merecían, con plácemes y agasajos á los franceses, podría producirse una colisión que acabara por guerra formal y asoladora que era preciso evitar, derribando á los que por su ambición ó pertinacia procuraran hacer imposible aquella hasta entonces

noble y propicia intervención del Emperador en los asuntos interiores, más palaciegos que nacionales.

Godoy, por su lado, recelando del Emperador al hacer entrar sus tropas en España antes de celebrarse el tratado de Fontainebleau y sin previo aviso, había empezado á preocuparse de su situación, á la que consideraba fuertemente ligada la del país todo. Él mismo nos ha contado el número y la calidad de sus enemigos por aquellos días; y entre esos enemigos, suponía los más encarnizados á la clerecía, por la merma de sus rentas decretada en su tiempo; á los frailes, especialmente, temerosos de la reforma concedida ya por el Sumo Pontífice; á los poseedores de propiedades enajenadas de por tiempo ya cumplido, á los que le atribuían los trabajos y desgracias que afligían á España en la época de su gobierno; á los que imaginaban que en el reinado de D. Fernando cesarían todas aquellas calamidades, y «al pueblo, añadía, que no sabe, y cree lo que le dicen, le hacían leer las profecías y las visiones que prometían las nuevas glorias y la completa dicha de la España para el reinado venidero [1]». «Hasta los más amigos, llega á confesar, y amigos verdaderos, si es que en las cortes puede haberlos, víales yo hacerse extraños y cautelarse más ó menos ante el variable porvenir que se aguardaba.» No es, pues, extraño que la desconfianza, el temor, la preocupación más honda, penetrasen en el corazón de Godoy al contemplar cómo entraban en España los que todos aquellos enemigos suyos y amigos tibios, si no fríos ya, tenían por los salvadores de la nación, derribándole á él y con él al soberano, único abrigo que ya veía en tan deshecha tormenta como la que le amena-

1 Cuál no sería su despecho al escribir eso, que, al acusar á los frailes de enemigos suyos, dice: «Vióse así luego en muchas partes, caído Carlos IV, y yo proscrito y encerrado en dura cárcel, salir de los conventos cuadrillas furibundas de aquellos hombres celestiales, reunir la muchedumbre, concitarla, levantar hogueras, echar en ellas mi retrato, danzar arremangados en torno de las llamas con lo más vil del populacho, y ensordecer las calles y las plazas con su algazara de victoria.»

zaba. Así llegó á encontrarse solo, lo declara en sus Memorias, tan solo, que el mismo Rey desconfiaba de los pesimismos á que le quería su favorito conducir, sin dar fe á sus tristes augurios ni convencerse de los peligros á que corría. «Vea V. M. esas llanuras, cuenta que le dijo en un balcón del Escorial, tan libres al presente, tan alegres bajo este sol hermoso, sol de España, que está alumbrando ahora, donde ninguno está temiendo... yo las veo llenas de soldados de la Francia; yo veo los campamentos, la multitud de infantes y caballos, los trenes de campaña, el brillo de las armas, los estandartes tricolores y los brazados de cadenas, mal escondidos en los carros, para aherrojar, si es dable, al valeroso pueblo castellano; veo esa corona hermosa que V. M. conserva intacta hasta el presente, esa corona de los siglos, la corona de la virtud, que tal puede llamarse la que adorna vuestras augustas sienes, reducida ó tal vez arrebatada por el águila sangrienta que adoran esas huestes, menos temibles al presente si se mostraran enemigas, más temibles por sus abrazos que por sus bayonetas [1].»

Y sin embargo, ¿quién era el que entonces ayudaba á Napoleón en su empresa de Portugal, conociendo, por lo que acabamos de copiar de sus Memorias, las malévolas intenciones del Emperador al acometerla?

Ejércitos españoles.

No ya en Octubre, al celebrarse el tratado de Fontainebleau, sino en Julio, á poco de haber recibido la nota, ya citada, de Masserano, dió Godoy las órdenes para reconocer el número de tropas acantonadas cerca de la frontera de Portugal, desde Andalucía á Galicia, y el 7 de Agosto mandaba que, sin estrépito y con toda reserva, se nombraran y preparasen, por si se les daba la orden de marcha, 6.000 infantes y toda la caballería existentes en la primera de aquellas provincias, 3.000 en el campo de Gibraltar y 18.000 en Galicia. Las vacilaciones de Napoleón

1 ¡Si se acordaría Godoy en aquel momento de la profecía de Daniel á Baltasar!

repercutían en la corte de Madrid; y antes del 30 de Octubre y cuando ya pasaba por Burgos el general Junot con una gran parte de su cuerpo de ejército, se tomaron en España hasta por cuatro veces disposiciones, unas distintas de otras, para fijar el número de nuestras tropas y su organización en Castilla, Extremadura y la frontera del Miño. Todavía se varió la composición de aquellos ejércitos antes de que penetrasen en Portugal: á la división cuyo mando se confió al teniente general D. Juan Carrafa, se le señalaron 7.593 infantes, 2.164 caballos y 22 piezas de artillería de campaña; á la del marqués del Socorro, teniente general también, D. Francisco Solano, 9.578 infantes, 150 caballos y 12 piezas, y al de igual clase D. Francisco Taranco, 6.584 infantes con 12 piezas. El total, por consiguiente, de las fuerzas españolas destinadas á la ocupación de Portugal y á cooperar á ella con las francesas de Junot, ascendía á 23.755 infantes, 2.314 caballos y 44 piezas de artillería [1]. El general Carrafa debía reunirse á Junot en Ciudad Rodrigo, á donde acudirían los cuerpos de su división y los víveres, municiones y tiendas, cuantos elementos consideró el Estado Mayor del Generalísimo necesarios para mantenerse, primero, en aquella plaza, y luego entrar en Portugal, bien provistos y en disposición de operar desembarazadamente. El papel que iba á representar aquella división era el más difícil. Unida al ejército de Junot, de tropas que, como francesas, llevaban la fama de invencibles, y con un jefe de carácter tan impetuoso y con el prestigio del gran favor de que gozaba con Napoleón, la calidad de nuestras fuerzas, su organización y disciplina debían ser excelentes, y la reputación de su general aparecer á la altura de la misión que se le confió después de habérsele consultado y aceptádola. Pero sin culpa de su parte ni de la de Godoy por la suya, las variaciones que hubo de sufrir la

1 El que desee más detalles respecto á aquellas fuerzas para la mejor inteligencia de los notables sucesos en que tomaron parte, los hallará en el Apéndice núm. 9.

última orden de su concentración en Ciudad Rodrigo, ya por la sorpresa que causó la entrada de los franceses en España prematuramente y sin noticia alguna oficial, ya por el cambio de dirección que se les impuso, produjeron un desquiciamiento tal en la marcha de las tropas de Carrafa y tantas deficiencias en sus organismos, que las hicieron desmerecer á la vista de sus aliados del concepto que realmente merecían.

Napoleón, impaciente porque Junot llegara pronto á Lisboa antes de que los portugueses pudieran organizar la defensa del reino y los ingleses llegar en su auxilio, no hacía sino dirigirle despachos y despachos, alguno criticando su marcha en las 16 secciones en que la verificaba, y los demás dándole priesa y consejos acerca de la conducta militar y política que debía observar, en su paso por España [1]. En todos esos despachos, hasta el del 31 de Octubre, escrito directamente á Junot, no se emite la idea de la entrada de sus tropas en Portugal por el lado de Alcántara, punto al que debería llegar el 20 de Noviembre, cuando pocos renglones antes le decía: «Deseo que el 26, á más tardar, llegue á Alcántara toda la 1.ª división con su artillería, mientras la 2.ª esté en marcha para Alcántara y la 3.ª haya rebasado Ciudad Rodrigo, y que el 1.º de Diciembre se halle reunido todo mi ejército en Alcántara [2].» Así eran de expresivas y lacónicas las órdenes de Napoleón.

La impaciencia hacía al Emperador cometer un error de consecuencias, en otra ocasión, gravísimas.

Hemos hecho manifiesta esa equivocación en varios otros escritos, también referentes á este mismo asunto de la in-

1 «Escribid al general Junot, decía en el de 28 de Octubre á Clarke, que me ha parecido que el orden de su marcha era el del cambio de guarnición y no el que conviene á un ejército en marcha; que de esa manera no llegará nunca; que ha debido marchar en tres columnas, por división, y así habría llegado diez días antes.»

2 Si esta obra no tuviera fines más generales que llenar, traduciríamos ese despacho íntegro; tan interesantes, militarmente considerados, son los pormenores que contiene.

vasión de Portugal desde la frontera española, y para no caer de una parte en repeticiones, ó pecar, por otra, de deficiencias que privaran al lector del conocimiento, tan completo como exacto, de las razones á que responde nuestra argumentación, preferimos, á una nueva, la estampada en la Historia de la Guerra de la Independencia, suficiente, nos parece, en la presente ocasión. Hela aquí:

Esta última resolución encerraba un error gravísimo, aunque dictado por la inspección del mapa y datos históricos no remotos á la inteligencia más elevada en las cosas de la guerra. La mayor brevedad en las distancias por el país invadido; la falsa idea que de los caminos suelen dar los planos geográficos, y mucho más los imperfectos que se tenían entonces de Portugal; y sobre todo la idea, constante en el Emperador, de *que por donde pasaba un hombre podía transitar un ejército, y que veinte mil soldados pueden mantenerse en todas partes, incluso en el desierto*, le indujeron á tomar el curso del Tajo por línea de operaciones. Pero los caminos no eran viables para carruajes y mucho menos del peso de los de artillería; el país era misérrimo é incapaz de proveer á la manutención de un ejército numeroso, y el que consideraba el Emperador como axioma y recomendaba á sus tenientes, para que no opusiesen dificultades á sus órdenes, era un precepto exagerado en muchos casos y, en aquel, casi absurdo. Acostumbrado á no detenerse ante obstáculo alguno material cuando se trataba de la guerra, no le hacía fuerza el ejemplo de la campaña del mariscal de Berwick en 1704, campaña metódica como todas las de aquella época, llevada con lentitud y sujeta á necesidades que no consentía ni reconocía Napoleón. Pronto iba á comprenderlas ó, al menos, á ver que sus generales tendrían que someterse á ellas, al romper con un pueblo distinto de los que hasta entonces habían combatido, y operar en un suelo excepcional por lo áspero é inculto.

La cuenca del Tajo presenta diferencias muy notables en

sus tres regiones, superior, central é inferior. La superior puede considerarse como una vasta y elevada llanura fuertemente resquebrajada por los ríos, y en la que de tarde en tarde se ve descollar alguna eminencia que la domine. La zona central presenta muy distinto carácter. Las cordilleras que la separan de las cuencas inmediatas del Duero y del Guadiana presentan allí sus crestas más elevadas, corriendo las aguas por desfiladeros escabrosísimos que han dado al río su nombre significativo y propio. La región inferior, perteneciente ya á la monarquía portuguesa, participa, en una grande extensión, de las condiciones físicas de la central; mas luego, al tocar á su término en la costa occidental de la Península, se ensancha considerablemente entre el Alemtejo y la Extremadura portuguesa. A la rapidez bulliciosa sucede la serenidad de las aguas que, bastante profundas para permitir la navegación, van lentamente á desembocar en el mar de la Palla, ensenada vastísima que forma el puerto de Lisboa.

Sabiendo Napoleón que desde Madrid se recorre la orilla derecha del Tajo por un camino anchuroso y cómodo, el que dirige á Badajoz; que desde el puente de Almaraz, donde cruza el río aquel camino, existían otros, ya que no tan buenos, transitables para la artillería hasta Alcántara y la frontera de Portugal; y, por fin, que un siglo antes se había penetrado en este reino y por aquella misma frontera con ejércitos provistos de material abundantísimo de aquella arma, creyó que los suyos no encontrarían obstáculos bastante poderosos para detenerlos ó dispersarlos. Ignoraba que los ramales que se desprenden de la Serra do Moradal, primero, y después los que de la Estrella bajan á romperse en el Tajo, además de su escabrosidad y pobreza, llevan en sus quebradas y barrancos torrentes impetuosos, muy estrechos, pero bastante abundantes de agua para entorpecer, ya que no para impedir, la marcha de un ejército.

Efectivamente, desde el Erjas, río que en la mayor parte

de su curso señala la frontera, hasta Abrantes, se encuentran varios riachuelos y muchas vertientes que se abren paso hasta el Tajo entre las descendencias de la mencionada Serra do Moradal. Entre ellos se distinguen por el cuadal de sus aguas y la aspereza de sus riberas; el río Aravil, sin puentes en ninguno de los dos caminos que desde la frontera española conducen á Castello-Branco; el Ponzul, que tampoco los tiene y en cuya orilla derecha, formada por un lomo escabroso y árido, descuellan aquella ciudad y su arruinado castillo; y el Laca ú Ocreza, tras cuyo tránsito, y en un terreno más áspero aún que el de la derecha del Ponzul, se encuentran las formidables posiciones de *Portella das Talhadas* y *Portella de Milliarica* en los caminos de Abrantes por Sobreira-Formoza y Perdigâo.

Pero aun superadas las dificultades que presentan el terreno y los ríos que acabamos de describir, todavía se encuentran más allá de Abrantes obstáculos que no dejan de ofrecer bastante importancia militar. El río Zézere, de curso no dilatado, pero que por recoger las aguas que se desprenden de la inmediata y elevada sierra de la Estrella las lleva arrebatadamente al Tajo, es un obstáculo no despreciable para un ejército que por la derecha y á la inmediación de este gran río se dirija á la capital del reino.

Los franceses ignoraban todos estos detalles; ¿cómo, de otra manera, hubieran acometido la entrada en Portugal por aquel laberinto de montañas y en la época precisamente de las lluvias?

Es verdad que en Abrantes esperaban encontrar recursos y descanso para después seguir en masa á Lisboa, acompañados de una gran parte de su material que podría ser trasportado por el río, navegable ya desde aquella ciudad; pero aun así, se hace difícil el disculpar un error, incomprensible, por otra parte, en el genio elevado y práctico de Napoleón. A haber seguido los franceses el camino de Vizeu y Coimbra, que condujo tres años después á Massena á las puertas

de Lisboa, ni hubieran encontrado los obstáculos que les presentó la sierra de Gata, ni se hubieran expuesto á perecer todos, si, como era de esperar de la gallardía de los portugueses, hubiesen éstos opuesto alguna, aunque fuese débil resistencia. No es mayor la distancia á Lisboa desde Ciudad Rodrigo; es el país más abierto; eran mejores los caminos, y Vizeu, Coimbra y Leiria podían ofrecerle tantos y tan abundantes recursos como Abrantes y Santarem.

Pero aun dentro de España, donde no ofrecía entonces peligro alguno la marcha de las tropas francesas cualquiera que fuese el orden en que la hicieran, el cambio de dirección desde la cuenca del Duero á la del Tajo, de Ciudad Rodrigo á Alcántara, ofrecía dificultades no pocas, verdaderos obstáculos, para abreviar la jornada como deseaba y exigía el Emperador. Para corresponder á esa premura que tan imperiosamente se le recomendaba, Junot eligió el camino, hoy mismo difícil y entonces puede decirse que intransitable por lo angosto, áspero y despoblado, del puerto de Perales; desatendiendo el del puerto de Baños por, aunque fácil, más largo y apartado de la frontera de Portugal que tanto se deseaba franquear.

No le esperaban pocos contratiempos. Conmueven, cuando no aterran, las descripciones de los historiadores franceses, algunos de ellos presentes en la jornada, al recordar las escaseces, penalidades y pérdidas experimentadas por sus compatriotas en ella [1]. Con decir que el ejército francés dejó en el paso de la cordillera que divide aguas entre Duero y Tajo, una cuarta parte de su infantería, casi la mitad de la caballería y la artillería toda, excepto seis piezas que, á fuerza de brazo y de indecibles fatigas, pudieron arrastrarse

1 Thiebault, además de exagerar en cuanto le es dable las privaciones, trabajos y riesgos sufridos en aquel camino, acusa á los habitantes de aquel país de mala voluntad y de sed de sangre francesa. Foy, sin embargo, dice sentenciosamente: «Los soldados, no teniendo qué comer, vagaban á retaguardia y por los flancos de las columnas, perdiéndose en los bosques é *inquietando á los aldeanos.*»

en pos de las tropas, se comprenderá también la pésima elección de tal camino. Aun así, las primeras tropas de Junot llegaron á Alcántara el 17 de Noviembre, adelantándose á los cálculos de Napoleón que esperaba entrarían en aquella insigne ciudad el 20 y á más tardar el 26 de Noviembre.

Sus posiciones en la frontera.

Con tal variación en la marcha del cuerpo francés de Junot, que significaba la del plan para el ingreso en Portugal, las tropas españolas, si no todas, pues que no habrían de cambiar por eso de camino las procedentes de Galicia, deberían recibir nuevas órdenes é instrucciones distintas en los destinos que fuese necesario asignarles. Pero Carrafa tenía tomadas sus disposiciones para la asamblea del ejército de su mando en Ciudad Rodrigo, donde la artillería estaba haciendo sus repuestos, se encontraban ya algunos cuerpos y se hallarían pronto otros, cuando recibió la orden de trasladarse á Alcántara. Así es que, al inaugurarse la campaña, no pudo reunirse en esta plaza la fuerza toda española que debía entrar en Portugal con Junot, produciendo en él un descontento que su jefe de Estado Mayor elevó hasta la expresión del mayor desprecio á nuestras tropas en su libro sobre la *Expedición del Portugal* [1]. No se mostraban justos ni Junot ni su segundo en eso ni en la falta de víveres y municiones de que también se quejaron; porque el gobierno español, sorprendido con la entrada de los franceses, ignoraba del mismo modo los planes de Napoleón, y más todavía el cambio que habían verificado sus tropas en la dirección de su marcha, mudanza que supo por el capitán general de Extremadura, no porque se la anunciasen el Emperador ni su agente oficial en Madrid.

La misma razón, aunque con fines contrarios, alegada por

1 Ya se sabe que era el general barón Thiébault, de quien Napoleón escribía poco después á Junot:

«Vuestro jefe de Estado Mayor es hombre poco delicado que ha cogido mucho dinero en Fulda; sujetadle á una ley escrupulosa. Hacedle saber que quien quiera que sea el que robe, le castigaré.»

Quien de tal concepto gozaba, ¿cómo no había de mentir?

los franceses para apresurar la marcha sorprendiendo al gobierno español, la de no verse adelantados por nadie en la invasión de Portugal según había sucedido en 1801, tenían nuestras tropas en aquella campaña para, como la acción del general Leclerc entonces, debilitar ahora la de Junot y, con eso, los proyectos que Napoleón tuviera fraguados contra nuestros hermanos de la Península y, regularmente, contra España. Pero por diligentes que quisieron mostrarse nuestros generales, Carrafa para reunirse á Junot, y Solano y Taranco para entrar en Portugal al mismo tiempo á lo menos que los franceses, impidiéronselo la ignorancia en el gobierno de las órdenes de Napoleón y la parsimonia con que, por esa misma ignorancia y la dispersión de las tropas españolas, se dictaron las referentes á su asamblea en los puntos elegidos para verificarla.

El marqués del Socorro no se halló en estado de romper la marcha hasta el 2 de Diciembre desde Badajoz, de donde daba parte ya del embarque del Regente de Portugal para el Brasil y del llamamiento que le hacían los fronterizos de la derecha del Guadiana «para que enviase muy luego una columna á Campo Maior, y que sin pérdida de tiempo acudiese á sostener el buen partido, correr á Lisboa y evitar la destrucción de aquella capital, cuya artillería y la de las costas se suponía estaba clavada toda». Solano, además, escribía que con el regimiento provincial de Badajoz y con otro que tenía pedido al comandante general de Andalucía, había dispuesto se ocupase desde luego Ayamonte para, después, apoderarse en el vecino reino de Villa Real, Castromarín, Faro y Lagos.

Por su lado el general Taranco se hallaba en Túy el 28 de Noviembre, y escribió lamentándose de la falta de artillería y del material necesario para el servicio de ella, así como de la de víveres, hospitales y de una cosa de que se ha carecido en España hasta nuestros tiempos, de mapas con que poder operar en un país, sobre todo, extraño y que pudiera

resultar enemigo. También consideraba escasa la fuerza que se le había señalado para desempeñar la misión que se le encomendara *si encontraba*, decía, *oposición como era presumible*. Nada se le contestó á cuanto exponía en aquella comunicación, y se dió el asunto por concluído, dice el *Compendio*, ya citado, de las providencias y órdenes expedidas por Godoy en aquella ocasión, con lo que Taranco siguió en sus trabajos de preparar la entrada en Portugal por aquella frontera.

El Portugal.

Y entretanto, ¿qué sucedía en Portugal, insultado hacía tanto tiempo y amenazado entonces de ser inmediatamente invadido por ejércitos de quienes debía, por el contrario, esperar protección y apoyo? [1]. Insultado de tiempo atrás, porque desde el de la Revolución y la campaña de 1793 al 95 en que tan bravamente habían combatido los portugueses á nuestro lado, pero principalmente desde 1801 en que Napoleón había visto defraudados sus cálculos para dominar el Portugal por su influencia ó por el temor que infundían sus triunfos anteriores, no cesaba de cubrir de insultos, desdenes y desprecios á cuantos agentes diplomáticos se le enviaban, incluso el mismo Sr. Lima que él había recomendado. Veíase también amenazado todos los días por los embajadores franceses, enviados á Lisboa para imponerse y con sus capciosas negociaciones y sus intrigas precipitar al gobierno portugués á medidas que pudieran darle pretextos, ya que no motivos, para en la primera ocasión derribarlo con su soberano y la nación toda. Sin ir más lejos, la embajada

1 Accursio das Neves, al llegar á ese punto, prorrumpe en el siguiente apóstrofe: «La posteridad, dice, leerá con espanto que Carlos IV fué el instrumento de que se valió Napoleón para privar á su nieto del reino de Etruria que heredara y de que era regente una hija suya, madre de aquel Príncipe, todavía niño (menino); para derribar otro trono, en que se sentaba otra de sus hijas; para desentronizarse á sí mismo, admitiendo en el corazón de su Monarquía los ejércitos usurpadores que con diversos pretextos le ocuparon sus principales plazas, las provincias y su propia capital; y, en fin, para usar de todos los medios posibles para impedir á su mismo hijo primogénito la restauración de la corona que él no supo conservar.»

del general Lannes en 1802 se distinguió de las anteriores, todas desempeñadas también por generales así como para imponer á la corte de Lisboa con las amenazas de cada día y con sus violencias no pocos, se distinguió, repetimos, por los aires, que se tomó, de conquistador, fiero á la vez que intrigante y demostrando llevar intenciones las más siniestras para las relaciones políticas del gobierno que representaba y el á que iba acreditado. A pesar de la generosidad con que el Regente se conducía obsequiándole con todo género de distinciones y larguezas, no perdió Lannes ocasión que se le presentara á fin de molestarle con sus exigencias, ya comprometiendo sus relaciones con los demás gobiernos, ya imponiéndose para que cambiase el suyo sin motivo ninguno justificado, ya, en fin, rebajándole privada y públicamente en el concepto de sus súbditos y de las cortes extranjeras. Así consiguió Lannes el tratado de neutralidad de Portugal en la contienda de Francia con Inglaterra en 1804, y los sacrificios de dinero y de decoro que el Regente hubo de hacer para el mantenimiento de la paz. Parecía ésta asegurada al presentarse en Abril de 1805 el general Junot nombrado embajador en sustitución de su camarada Lannes, «menos fogoso, al decir de Accursio das Neves, y menos descortés, pero más bellaco y más artero, ostentando á la vez la majestad de representante de una corte imperial tanto como Lannes la altivez de un republicano».

La paz de Tilsit, ya lo hemos dicho, permitió á Napoleón poner á descubierto el principio de sus proyectos sobre el Occidente de Europa, y Portugal apareció como el primer objetivo de un plan que bien se veía iba luego á extenderse á la Península toda. El despacho de Masserano, á que nos hemos referido tantas veces, fué el primer anuncio de la tempestad, y las exigencias respecto á Portugal acusaron la inminencia del estallido que se inició con la salida de Lisboa de los embajadores de Francia y España y el embargo de todos los buques y objetos de comercio que se hallaran en los

puertos de cuantas naciones tomaban parte en el bloqueo continental decretado por el Emperador en Berlín.

Su situación política y militar.

Esas medidas y la amenaza que representaban obligaron al gobierno portugués á declarar la guerra á la Gran Bretaña el 20 de Octubre, uniéndose al Emperador de los franceses, «á fin, se decía, de contribuir en lo posible á la aceleración de la paz general». Se ordenaba además en aquel manifiesto se cerraran todos los puertos del reino á los buques ingleses, tanto mercantes como de guerra; pero escribiendo á París para que, considerando la situación particular de Portugal, se observara la prudencia que recomendaban la proximidad de un rico convoy que venía de América y el crucero de una escuadra portuguesa por las costas de Argel. Parece que el Regente esperaba que tan leales manifestaciones, y la de que su hijo mayor, aunque de tres años entonces, iría al Brasil para, dirigido por la princesa viuda, nuestra infanta Carlota, enfervorizar los ánimos de los naturales en favor de la metrópoli, serían aceptadas benévolamente por el Emperador. No debían, sin embargo, ni el Regente ni los ingleses que moraban en Portugal tener confianza en aquellas gestiones, porque de Lisboa y Oporto salieron en aquellos primeros días más de 300 familias inglesas, á quienes se eximió del secuestro con que se les había amenazado, y ofreciendo á las que quedaran en el país la protección del gobierno y el respeto á sus propiedades [1]. Sólo confiando en esos hechos y en tales prome-

1 He aquí cómo pinta *Accursio das Neves* la salida y el embarque de los ingleses: «Salieron el 18 de Octubre en un grandísimo número de barcos de transporte, convoyados por una fragata y un brick. Aquella escena vino á recordar la expulsión de los judíos de España en tiempo de Fernando y de Isabel, pero con esta diferencia; la de que los judíos salieron á consecuencia de una orden espontánea del gobierno español, y aunque fatal para sus intereses, conforme á los deseos de la mayoría de la nación, á la que se habían hecho odiosos, mientras los ingleses dejaron el Portugal bien á pesar de nuestra corte y con sentimiento universal de un inmenso pueblo que los seguía con los ojos preñados de lágrimas. ¡Triste presagio de escenas todavía más lastimosas!»

sas, consintió Inglaterra que el Regente portugués cediera á las exigencias de Napoleón, quien, como hemos visto, en vez de acceder á lo que se le pedía, escribió á Junot para que apresurase la marcha de sus tropas para meterlas cuanto antes en Portugal.

Las noticias de París no eran tranquilizadoras. ¿Cómo habían de serlo? Por secretas que fueran las negociaciones para el tratado de Fontainebleau, algo trasluciría Lima de las conferencias é intrigas que le precedieron; y sus noticias y las de la concentración de tropas francesas en Bayona y su marcha después á Burgos y Salamanca, producirían en Lisboa grande alarma y providencias que tendieran á poner á salvo los intereses más caros para el soberano de Portugal y sus pueblos. Por muchas que fueran las seguridades que diera el gobierno al de Francia de la sinceridad de sus intenciones al adherirse al sistema continental de Napoleón, ni éste confiaría en ella, ni iría á desistir de proyectos que tanto halagaban á sus ambiciones. Y mientras Portugal procuraba entenderse con la Gran Bretaña para que consintiera en la clausura de los puertos para sus barcos, el Emperador de los franceses continuaba cada día con más ardor en sus propósitos. Ni Lima logró ablandar á Napoleón, ni el conde de Ega, que representaba á Portugal en Madrid, consiguió abrir los ojos á nuestro gobierno para que viese el abismo en que iba á precipitarse. La marcha, por último, de las legaciones francesa y española convenció á los portugueses de la pérdida de todas sus esperanzas de salvación en tan fiera borrasca.

La invasión era inminente, y por más que para evitarla se decretó el reclutamiento, la organización y asiento de varios cuerpos de infantería de línea, de ordenanzas y milicias en los puertos del reino, y aun de algún regimiento de caballería, el de voluntarios reales, para su servicio en el interior, no se tomó en París tal medida sino por ficción para deslumbrar al Emperador y hacerle desistir de su agresión y así

restablecer la antigua armonía entre las dos naciones. Con efecto, aquellos cuerpos no llegaron á organizarse entonces, y cuantas disposiciones fueron después tomándose, más se dirigieron á impedir la lucha que á entablarla gallardamente en defensa de la patria. Se circuló á los obispos y demás prelados seculares y regulares la orden de inventariar la plata y las alhajas de todos los templos del reino y depositarlas en Lisboa, Coimbra, Thomar y Palmela para ponerlas á salvo cuando se creyera conveniente, exceptuando sólo aquellos vasos sagrados que fueran necesarios para no interrumpir el culto. Esto es cuanto se hizo para calmar la ansiedad general en el reino; y, en verdad, el gobierno portugués no logró con eso sino convencer á sus compatriotas de que no creía oportuno resistir la invasión, ya inminente, de que se veían amenazados.

No cabía, pues, situación más lamentable entonces que la de Portugal.

La del Regente y sus resoluciones.

La de su Regente no lo era menos. Veía defraudadas sus incesantes gestiones por la paz del reino; sus reclamaciones á Napoleón quedaban desatendidas; los miramientos usados con los ingleses, correspondidos en un principio por el gobierno británico, no podrían continuar so pena de ser interpretados por convenio tácito y haberse de interrumpir con las armas de los mismos, que mal podían así agradecerlos. ¿Qué hacer? Vacilando siempre, tal era su carácter, hasta despachó en misión á París al marqués de Marialva, señor muy calificado en el reino, con la de ofrecer á Napoleón todo género de donativos y pedirle para el Príncipe de Beira la mano de una de las hijas de Murat. No pasó de Madrid el Marqués, y resultado igual hubiera tenido de llegar á París, pues que Napoleón comprendía perfectamente lo que significaba aquella embajada y las inteligencias secretas en que el Regente andaba con los ingleses. Lord Strangford, que, á pesar de la declaración de guerra del 20 de Octubre, permanecía en Lisboa, acabó por embarcarse en un

navío inglés que se presentó frente á la barra del puerto, declarado por el almirante Sidney Smith en estado de bloqueo como todos los demás de Portugal.

El general Foy hace las consideraciones siguientes, lección dura pero elocuentísima para los soberanos y los gobiernos que, careciendo de fuerzas con que defenderse, creen poder contemporizar con los que, rivales y seculares, como en aquel caso, pretenden imponerse á ellos. «Desde las ventanas, dice, de su palacio de Mafra, el Príncipe Regente vió á los barcos de la Gran Bretaña cazando los de sus súbditos. Todo le era hostil en su derredor, lo mismo en el mar que en tierra. Por haber querido contemporizar con dos potencias rivales, iba á perder todo á la vez y no tendría siquiera el consuelo de salvar el honor. Triste condición la de un soberano, cuyos cortesanos no alcanzaron á creer en el patriotismo y en la abnegación de su país porque no había en el fondo de su corazón sino egoísmo y pusilanimidad.»

Lord Strangford apoyaba las reclamaciones que desde su embarque dirigía al gobierno portugués y las operaciones ya empezadas del bloqueo con la amenaza de la próxima llegada de las tropas del general John Movre, que debía pasar por allí desde Sicilia al Báltico, las de Brent-Spencer, procedentes de Inglaterra, y las de Beresford que irían á ocupar la isla de Madera. No era eso, sin embargo, lo que más hacía temblar al Regente. Por ese mismo conducto del embajador inglés, recibió el *Moniteur* del 13 de Noviembre, en que disimuladamente se anunciaba el destronamiento de la casa de Braganza en Portugal, aunque con la oferta á la vez de que Inglaterra, olvidando lo pasado, estaba pronta á proteger el embarque de la familia real y su marcha al Brasil, que era el partido más prudente que debería tomar en tan críticas y pavorosas circunstancias [1].

1 Lo que, después de referirse á la acción de Inglaterra en Copenhague, Alejandría, Constantinopla y Buenos Aires decía el *Moniteur*, es lo siguiente: «Después de estas cuatro expediciones que tan bien determinan la decadencia

D. JUAN VI DE PORTUGAL

Y ¿lo era con efecto?

Mucho se ha discutido sobre ese punto, como se dirá también luego al llegar á tratrarse del mismo con respecto á los reyes de España. Se han vertido especies, se han expuesto opiniones muy encontradas y aun se ha intentado descubrir las intenciones que Napoleón abrigara, arguyendo con hipótesis, con asertos á veces de mayor ó menor autoridad ó con documentos más ó menos auténticos. Pero no cabe poner en duda esas intenciones desde que ha visto la luz pública la correspondencia de Napoleón y pueden leerse en ella las instrucciones enviadas á Junot el día 12 de Noviembre de aquel año de 1807. No tardaremos en darlas á conocer, ya que importan mucho para razonar sobre la ocupación de Portugal en consonancia ó no con el tratado de Fontainebleau; pero entre tanto, débese hacer notar un párrafo de esas instrucciones, muy importante ahora y oportuno para el estudio de este asunto. Dice así: «Haréis saber al Príncipe Regente que debe trasladarse á Francia, tratando que consienta de buen grado en ello. Le daréis oficiales cuya comisión aparente sea la de escoltarle, siendo realmente la de guardarle. Cuando lleguéis á Lisboa, me avisaréis y esperaréis allí mis órdenes. Haréis otro tanto con cuantos tengan derecho al trono; y sin dureza, sin vejación alguna, los haréis salir para Bayona.»

Bien claras están, pues, las intenciones de Napoleón en ese punto; y al descubrirse en ese despacho, se explican los procedimientos usados por el mismo respecto á nuestra familia real pocos meses después. Alguna noticia hubo luego

moral y militar de Inglaterra, hablaremos de la situación en que hoy queda Portugal. El príncipe regente de Portugal pierde su trono; lo pierde llevado por las intrigas de los ingleses y lo pierde por no haber querido secuestrar las mercancías inglesas que hay en Lisboa. ¿Qué hace, pues, Inglaterra, esa aliada tan poderosa? ¿Qué hará cuando Portugal sea conquistado? ¿Irá á apoderarse del Brasil? No: si los ingleses lo intentaran, los arrojarían los católicos. La caída de la casa de Braganza será una nueva prueba de que es inevitable la pérdida de cuantos se unan á los ingleses.»

de esos propósitos de Napoleón, y Accursio das Neves la da como comunicada por un personaje de aquel tiempo; pero vaga, sin un dato que mereciera fe como el auténtico acabado de citarse.

En el consejo celebrado á consecuencia de aquellas noticias, al que también asistió el embajador inglés, parece que fueron varios los pareceres dirigidos á resolver crisis tan grave. Hubo quien propuso reanudar la alianza con Inglaterra y resistir á los franceses con el auxilio de aquella nación; quien creía más prudente atemperarse á los planes de Napoleón y echar del reino á los ingleses, evitándose así la invasión que tan próxima se sentía ya, y por fin, hubo quienes se decidieran por la traslación de la Corte al Brasil para escapar de la suerte con que el *Moniteur* parecía amenazarla.

Complicaba esa magna cuestión del partido que debía tomarse en circunstancias tan difíciles, la aparición y luego la entrada en el puerto de Lisboa de una escuadra rusa procedente del archipiélago griego, compuesta de nueve navíos y dos fragatas á las órdenes del almirante Siniavín. Formáronse mil suposiciones sobre su llegada, su destino y plan á que obedecería su presencia allí, aun diciéndose que, inútil ya en Corfú, se dirigía al Báltico, y que lo avanzado de la estación invernal, en que los hielos cierran el acceso á aquel mar, la obligaba á abrigarse en Lisboa, ignorante su jefe de los sucesos políticos que por aquellos días tenían lugar en el occidente de Europa. Si la gente de más viso de la capital se extendió en esas conjeturas, formando cálculos más ó menos aventurados según sus ideas políticas ó pretensiones, el pueblo portugués en general atribuyó la llegada de la escuadra rusa al pensamiento en Napoleón de, con ella, la lusitana que esperaba apresar y las naves francesas y españolas que haría acudir de nuestros arsenales, formar una bastante poderosa con que acometer de nuevo alguna grande empresa. Los ingleses del bloqueo desvanecieron todos aquellos cálculos y presentimientos, apresando una gran

parte de los buques rusos y conduciéndolos á los puertos de la Gran Bretaña.

Pero el tiempo transcurría; repetíanse las noticias, hasta entonces vagas, de la aproximación de las tropas franco-españolas por las fronteras elegidas para invadir el reino, noticias llevadas á la corte, ya por el juez *de fora* de Abrantes, ya por un Lecor, ayudante del marqués d'Alorna, que mandaba en Alemtejo; y urgía tomar una resolución, la de resistir, que ya se había hecho imposible, ó la de disponer el embarque para el Brasil. Y, con efecto, se tomó este último partido, el que desde un principio había aconsejado el conde de Linhares, para cuya ejecución convocó el Regente á los ministros, consejeros y personajes de la corte que deberían acompañar á la familia real, establecida por entonces en el palacio de Mafra.

Levantado así el bloqueo, surta de nuevo la escuadra inglesa en el Tajo, y corrida, en fin, como dice un historiador portugués, la cortina que cubría de sombras y misterio los objetos que causaban la preocupación general, se preparó todo para el momento en que ya no fuera dable evitar el que ya se consideraba único recurso de salvación. «La nueva, dice el mismo escritor, corre en un momento por toda la capital, y va á esparcir el terror por un pueblo inmenso que, habiendo fluctuado mucho tiempo entre sustos y esperanzas, se fijaba, por fin, en una triste perspectiva de horrores y calamidades.»

Veamos ahora cuáles eran el plan general dictado para la invasión de Portugal por las tropas francesas y españolas, las instrucciones que llevaban sus respectivos jefes, y la marcha y resultado de una campaña que, al revés de la de 1801, habría de dar el del principio de una general y desoladora, pero también gloriosa conflagración en toda la Península.

CAPITULO IV

LA INVASION

Plan y preparativos para la invasión de Portugal.—Instrucciones á los generales.—Entra Junot.—Su marcha á Abrantes.—Dirígese Carrafa á Thomar y Oporto.—Misión de Barreto.—Continúa Junot á Lisboa.—Embarque de la familia real.—Decretos de Junot.—Las tropas de Carrafa.—Las de Taranco.—Las de Solano.—Su conducta y concepto que merecen.—Motín de Lisboa.—La Casa de Braganza deja de reinar en Portugal.—Invasión de España.—Entrada de Dupont.—La de Moncey.—La de Darmagnac.—La de Duhesme.—Ocupación de Pamplona.—La de Barcelona y del castillo de Figueras.—La de San Sebastián y del castillo de Pancorbo.—Entra Murat en España.—Se dirige á Madrid con Dupont y Moncey.—Sus instrucciones.—Opinión de los españoles.

Plan y preparativos para la invasión de Portugal.

PUESTAS en la frontera, si no todas, la mayor parte de las tropas destinadas á la invasión de Portugal, poco había de qué tratar sobre las operaciones que iban á emprender para la ejecución del tratado de Fontainebleau, en cuyo espíritu parece que debían inspirarse. Si otro era el pensamiento de Napoleón que el de sujetarse estrictamente al que informaban las cláusulas de las dos piezas del convenio, de la casi totalidad de las gentes desconocido todavía, se mantuvo disfrazado, por lo menos, en los primeros días de una campaña que, más que de militar, iba á ofrecer el carácter de política en el grado más alto, pues que

se trataba de intereses muy transcendentales para la suerte de una parte importante de Europa. La situación, que ya llevamos señalada, de las tropas del general Junot y de las españolas de Carrafa, Solano y Taranco, revelaba, con efecto, la aspiración común de los gobiernos de París y Madrid al cumplimiento más exacto de lo convenido entre ellos, así acerca del reparto del territorio lusitano que se iba á invadir, como de la manera de su ocupación y de la forma en que habría de gobernarse ínterin se llevaba á cabo el establecimiento definitivo de las supremas autoridades que se le habían designado.

La de Junot sería transitoria como lo era la resolución sobre el destino de las provincias de Beira, Tras-os-Montes y la Extremadura portuguesa, señaladas en el artículo III del tratado para quedar en depósito hasta la paz general. De ahí la acción unida y simultánea del cuerpo francés, establecido ya en Alcántara, y de la división Carrafa que hemos visto dispersa y en marcha para Ciudad Rodrigo y, luego de vuelta á Extremadura, á unirse á Junot en su nuevo cuartel general. La combinación de aquellos dos cuerpos era lógica, ya que á Lisboa iría la representación de las dos naciones que al tiempo de la paz habrían de disponer de las provincias centrales de Portugal, aun cuando el mando en jefe de ambos pertenecieran al comandante francés, salvo el caso en que lo tomaran el rey de España ó el príncipe de la Paz en consonancia con el artículo V de la pieza anexa al tratado.

Establecidos Junot y Carrafa en Alcántara, disgustados ya uno de otro; aquél, por no haber hallado los víveres y municiones que, no sabemos por qué, esperaba encontrar reunidos y en suficiente cantidad después del brusco cambio de dirección que acababa de verificar desde Salamanca, así como por el estado de nuestras tropas, no siendo mejor el de las suyas, dispersas y entregadas al pillaje y en la mayor indisciplina desde su paso por el puerto de Perales, y Carrafa por la altanería de su colega y por la falta de seso que en él

observó y tantos reveses le produjo y le hizo cometer tantas ligerezas hasta, perdiéndolo del todo, morir en época no remota y en edad relativamente temprana. No tardarían en separarse, contraviniendo á las cláusulas más esenciales concordadas en Fontainebleau, y más que por exigencias de su misión, por esas mismas cualidades de carácter en Junot, y las humillaciones y disgustos mal sufridos por Carrafa.

No necesitaba Junot tener plan alguno para su entrada en Portugal; seguíanle por doquier iba las órdenes de Napoleón que se lo imponía. Si en 16 de Octubre se le mandaba ir á Ciudad Rodrigo, de donde se le decía se trasladara á Lisboa, el 31 se le dirigía la orden, de uno de cuyos párrafos hemos dado cuenta, para que pasara á la cuenca del Tajo y se estableciese en Alcántara, error que hemos puesto también de manifiesto en el capítulo anterior. «Desde allí, le escribía Napoleón el 8 de Noviembre, debéis marchar directamente (droit) á Lisboa»; no quitando, al parecer, eso para que dispusiera el 31 del mes anterior que las tropas españolas que debían reunírsele fueran por la izquierda del Tajo hasta Abrantes, y si no las consideraba necesarias, no meterlas en Lisboa, sino enviarlas por su izquierda á establecerse entre aquella capital y el cabo de San Vicente. Ya haremos luego observar cómo dió Junot cumplimiento á esta última orden.

Sólo, pues, le quedaba á Junot seguir esas disposiciones del Emperador, y á la verdad su diligencia sobrepasó á la presión y las impaciencias que las dictaban en París y Milán. De víveres, se hizo en Alcántara, por más que no lo reconozca así su jefe de Estado Mayor, y repuso ó completó sus municiones construyendo cartuchos con el papel del magnífico archivo del conventual de la Orden de Alcántara, del que arrancó cuanto quiso, aun destruyendo documentos históricos muy importantes [1]. Para poder inmediatamente emprender la

1 Dice Thiebault: «Fueron reunidos apresuradamente el plomo necesario y toda la pólvora existente en el país. Faltaba papel y nos lo facilitaron los ar-

marcha y atendiendo al retraso que llevaban la artillería y la cola del ejército, la tercera división, particularmente, por el malísimo camino que había seguido en su paso por la sierra de Gata, formó en Zarza la Mayor el depósito general, donde hizo detenerse á la artillería de las divisiones segunda y tercera, el parque y los bagajes, así como la administración militar, para atender á la fabricación y transporte de los víveres que fueran recogiéndose en el país.

Los preparativos de Carrafa no podían ser considerables. En contra de lo escrito por Thiebault y en *Victorias, conquistas, etc.*, que suponen á las tropas españolas de aquel general en número de 20 batallones, cuando por su organización no debían tener más de 11, no había en Alcántara otros cuerpos que el regimiento de infantería Mallorca, el de dragones de la Reina, cuatro compañías de zapadores y dos de artillería á caballo. Con ellos debía Carrafa entrar en Portugal, procurando mantenerlos, como lo hizo, en el mejor estado posible de disciplina, ya que su misión era la de acompañar al ejército francés y obedecer las órdenes de Junot.

Taranco y Solano eran los que iban á operar independientemente, sin que hubieran de subordinar la composición y las operaciones de los ejércitos de su mando más que á las órdenes del gobierno español, á las del Generalísimo, cuyo Estado Mayor se las transmitía directamente.

El plan fijado para Taranco era el de que invadiese desde Túy la provincia portuguesa de Entre Duero y Miño y marchase sobre Oporto, cuya ciudad ocuparía para luego extender su autoridad á todo aquel país y al de Tras-os-Montes, aun cuando éste debiera después formar parte de la región central designada en el tratado de Fontainebleau. Á Taran-

chivos de los Caballeros de Alcántara. Se construyeron cartuchos noche y día y se pudieron dar 20 por hombre.»

Pero ¿es que no llevaban ninguno aquellas tropas? De saberlo, ¿qué habría dicho Napoleón, tan solícito por que sus ejércitos marcharan siempre en estado de pelear?

co le sorprendió el 21 de Noviembre la noticia del embargo de las propiedades inglesas y de los armamentos portugueses, en que nos hemos ocupado al tratar de las concesiones hechas por el Regente al Emperador Napoleón; y el 28 escribió aquel general, siempre desde Túy, lo atrasado que se hallaba en cuanto á los preparativos para entrar en Portugal, falto, ya lo hemos dicho antes, de artillería, de víveres, de hospitales y hasta de mapas.

Del general marqués del Socorro ya dijimos también el retraso en que se hallaba su acción; como que aún permanecía en Badajoz el 1.° de Diciembre, cuando puede decirse que se había decidido la suerte de Portugal con la renuncia del Regente á todo pensamiento de resistencia y con su embarque para el Brasil.

Instrucciones á los generales.

La situación creada por el tratado de Fontainebleau no podía ser más extraordinaria, y tan violenta como anormal por los procedimientos indignos y el secreto observados para hacerla más difícil y hasta insostenible. El secreto, que tan preocupado traía á Godoy y al Rey, servía al Emperador á maravilla para disponer á su antojo de la suerte de Portugal; porque ínterin no se hiciese público el tratado y lo aprobaran las demás naciones del continente europeo, ó, por lo menos, lo dejasen cumplir sin protesta formal, Napoleón tenía tiempo para variarlo según las circunstancias, distintas á cada momento, y aun de tomar resolución más decisiva para los fines, también secretos, que abrigaba en su mente.

Sus instrucciones, así, al parecer terminantes para el objeto que les era dado presumir al rey de España y su valido, no dejaban calcular adónde se dirigiría el suyo, ni el mismo Junot resultaba ser más que un instrumento inconsciente de la capciosa, de la artera política del Emperador. En su despacho de 12 de Noviembre le decía, entre otras cosas: «Si se os deja llegar, como supongo, he aquí la conducta que debéis seguir: ocupar los puertos, establecer vuestras

tropas en campamentos, apoderaros de la flota, izar el pabellón francés en todos los barcos, repartir en ellos los oficiales de marina que os envío y poner á bordo en cada uno 200 hombres de infantería.

»Doy orden al ministro de Marina para que os envíe inmediatamente un batallón de artillería de marina con que tripular los barcos. Haréis armar al momento los navíos que se hallen en estado de serlo, pondréis á bordo las tripulaciones y los víveres á fin de que yo tenga ahí siete ú ocho navíos de línea que puedan ir á cualquier parte [1].

»En cuanto toméis posesión de la escuadra y de las plazas fuertes, procederéis á desarmar el ejército.»

Después de estampar el párrafo que ya copiamos sobre el viaje de la familia real á Francia, se añadía en las instrucciones el siguiente: «Os desharéis de los hombres más notables que puedan causaros alguna inquietud, dándoles la orden de trasladarse á París. Todos ellos deberán esperar mis órdenes en Bayona.

»Aún podréis formar con el ejército portugués un cuerpo de 5 á 6.000 hombres, oficiales y soldados, para dirigirlos en columnas de á 1.000 hombres á Francia y manifestándoles que los tomo á mi servicio. Les haréis jurar; les daréis algunos oficiales franceses y otros nombres á sus regimientos, y yo, con efecto, los tomaré á mi servicio. Así os desembarazaréis de mucha gente. No os descuidéis en mandarlos por distintos caminos.»

Prosigue el Emperador recomendando á Junot que su intendente cobre las contribuciones; que se paguen los sueldos de las tropas, y que las presas, alhajas y depósitos de mercancías inglesas se dividan en dos partes, una para el Teso-

1 Bonal de Ganges, en un libro tan reciente que lleva al pie de imprenta la fecha del año próximo futuro de 1897, y cuyo título es el de *Génie de Napoleon*, atribuye á éste el proyecto de reconstituir sus escuadras con la francesa, en primer lugar, la española, la italiana y la holandesa. Contaba hasta con la rusa que había en Lisboa para reunir nada menos que 131 navíos de línea, *autrement préparée*, dice, *que celle de Philippe II.*

ro y otra para el ejército, dando á los generales, coroneles y comandantes gratificaciones (*des traitements*) como á los del Grande Ejército, pero ninguna ventaja más.

Entre los diferentes párrafos que nos hemos satisfecho con extractar y muy brevemente, hay uno que nos importa traducir íntegro, para luego llamar la atención sobre su cumplimiento. Dice así: «Os repito que os conduzcáis bien; como lo haría yo, dando ejemplo de la mayor pureza; vale más tener una fortuna noblemente adquirida que podáis confesar y la obtengáis de mi mano, que una fortuna ilegítima y vergonzosa. Parece que no será muy grande la gloria militar que adquiriréis en Portugal; es preciso, pues, que logréis la de un administrador probo é irreprochable. Es, pues, necesario que deis el ejemplo» [1].

Observará el lector que en esa larga carta y en las detalladas é importantes instrucciones que contiene prescinde absolutamente de la división española que debía acompañar á Junot. Las provincias que iba este general á invadir en unión de Carrafa debían quedar como en depósito hasta la paz general, y si eran devueltas á la Casa de Braganza, ésta habría de observar para con el rey de España las mismas relaciones que el de la Lusitania Septentrional y el príncipe del Algarbe. ¿Cómo, entonces, no contar en la ocupación de ellas con

1 Á este párrafo sigue el breve, pero elocuentísimo, referente al *elogio* del general Thiebault, que copiamos anteriormente, en que le llama *poco delicado* y le amenaza con el rigor de una ley escrupulosa.

Ese mismo Thiebault, á quien Napoleón acusaba de poco delicado, dice en sus Memorias, recientemente publicadas, lo siguiente: «La noche antes de nuestra salida de Bayona, el general Junot me llevó aparte y me dijo: estamos destinados á una misión que no dejará de proporcionar ventajas hasta pecuniarias á los generales que tomen parte en ella; no quedaréis olvidado, y esta campaña os valdrá 300.000 francos; os lo prometo, pero en cambio os pido vuestra palabra de honor de que no participaréis de nada de eso que se llama negocios, ó que al menos si se os proponen me avisaréis inmediatamente. Monseñor, le respondí, os agradezco la gratificación de campaña que tenéis la bondad de permitirme aceptar, y os doy la palabra de honor que me pedís, palabra que, por otra parte, me cuesta tanto menos cuanto que no tengo costumbre ni afición á semejantes suciedades *(vilenies)*.»

¡Vaya un par de sujetos! ¡Si se comprenderían!

el ejército español del mismo modo, con iguales derechos y aun privilegios señalados al francés en esas instrucciones por el Emperador? ¿Á qué esa ocupación exclusiva, arbitraria, despótica, de un territorio que debía permanecer sin dueño, y que más parecía ser presa de un conquistador que prenda conservada para una estipulación de avenimiento futuro, de paz sólida y duradera, puesto que se esperaba sería general? La mala fe que revelan esas instrucciones denuncia también en el emperador Napoleón el secreto de un proyecto, muy otro del que haría suponer al rey de España la letra del tratado de Fontainebleau. ¡Castigo no inmerecido por torpeza tan insigne, por olvido inconcebible de todo sentimiento de lealtad, de afecto, de interés patrio, sacrificado al personal de un ambicioso sin méritos y á una vana ostentación de poder sin fuerza ni justicia!

Muy otras eran las instrucciones enviadas á nuestros generales.

Á Taranco se le dijo el 4 de Diciembre que, embarcado ya el Regente, penetrara él inmediatamente en Portugal y se apoderase, según ya hemos dicho, de Oporto, su provincia y la de Tras-os-Montes. «Dispondrá V. E., se le añadía, que las tropas del Rey se mantengan sobre el país, imponiendo para este fin las contribuciones que juzgue convenientes. Si la milicia de Portugal estuviere sobre las armas, despedirá V. E. al paisanaje, haciendo que vuelva á seguir sus labores bajo la protección y seguridad del nuevo gobierno; pero conservará V. E. los cuerpos veteranos, haciéndoles prestar juramento de fidelidad á nuestro soberano y suyo, subdividiendo la tropa y mezclándola en número inferior con la nuestra. Ofrecerá V. E. protección á los oficiales superiores y generales portugueses; pero al mismo tiempo vigilará su conducta, y si se manejan al gusto de V. E. mandará que se les paguen sus sueldos. Uno de los primeros desvelos de V. E. será apoderarse en todas partes de los depósitos de armas de cualquiera especie, de las municiones,

de los almacenes y de los víveres, empleándolos en los usos que nos puedan convenir y que vayan dictando las circunstancias, precaviendo todo desorden é impidiendo puedan servir para cimentar algún partido que se intentare sublevar. Anulará V. E. toda autoridad que no sea la del Rey Nuestro Señor, plantificando ésta en todo el territorio de que V. E. está encargado de apoderarse; pero siendo la administración de justicia uno de los principales puntos que se han de tener presentes, reelegirá V. E. ó constituirá en cada población su gobierno municipal, dejará á los jueces territoriales el exercicio de la justicia civil, y que la administren según las leyes del país; y tomará en cualquiera otro caso de los aquí no prevenidos la resolución que á V. E. dicten sus conocimientos y el objeto á que se dirijan los principios enunciados. El Serenísimo Príncipe Generalísimo Almirante no duda que V. E. lo executará todo con el celo y buen desempeño que conoce en V. E., y únicamente le encarga la prontitud en la execución y que con su autoridad y recursos remueva cualesquiera obstáculos que pudieran presentarse ú oponerse al cumplimiento de estos designios y de las órdenes precisas de S. A.»

Y en P. D. inmediata se le añadía también: «Advierte también S. A. á V. E. que se establezca en Oporto, haciendo de él el centro del mando de todo el país ocupado, encargándole particularmente la consideración prudente á las propiedades particulares, el que las contribuciones sean moderadas y ceñidas á lo que necesitaren nuestras tropas y las portuguesas unidas á ellas bajo el mando de V. E. para su manutención y demás haberes, de vestuario, subsistencia, de modo que no tenga V. E. que recurrir á nuestro gobierno para objetos, haciendo conocer al país la equidad, la moderación y lo indispensable de esta providencia.»

Aún se siguieron dando otras instrucciones á Taranco en el curso de los acontecimientos que tuvieron lugar en su marcha á Oporto, al ocupar el territorio que se le había

señalado, y al presentarse en él la división Carrafa por las disposiciones del general Junot, según diremos luego; pero todas inspirándose en el mismo espíritu de rectitud y equidad de las anteriores. Pero ¡qué diferencia entre éstas y las instrucciones dadas á Junot! Nada de exacciones irregulares, nada de violencias; á las tropas se les señala el trato ordinario de siempre, el mismo en Portugal que en España, igual para las tropas portuguesas que para las españolas, y no concediendo á sus generales y jefes aquellos sobresueldos, las gratificaciones extraordinarias que hacía poderosos á los generales franceses y excitaban, en vez de calmar, la codicia que les llevaba á las dilapidaciones que luego veremos repetirse en Lisboa y en las principales poblaciones que ocuparon sus tropas.

Las instrucciones dirigidas el 3 de Diciembre al marqués del Socorro, general Solano, eran muy parecidas á las enviadas á Taranco, con la orden de ejecutarlas en toda la parte de los Algarbes, Alentejo y Setúbal, y estableciéndose en esta población. «El exército de su mando, se le decía, se ha de sostener por el país, y para esto impondrá contribución por derechos, se hará cargo de la administración y tratará á los del país como si fueran vasallos de S. M. y su residencia en una de las provincias de su reino. Licenciará para que vuelvan á sus labores á todas las tropas de milicias del país; pero conservará los cuerpos veteranos que haya en aquellas provincias y los mezclará prudente y sabiamente para el servicio de plaza con nuestras tropas. Asegurará del buen trato á los generales y oficiales de graduación y los colocará con los españoles en orden numérico para el servicio, cuidando de pagarles sus sueldos. Procurará no se altere la administración de justicia y reelegirá los jueces para que la exerzan según las leyes que conocen. Se apoderarán de las armas del país (pero obrando con prudencia para que no crean desconfianzas, sino necesidad de ellas para equipar las tropas), y destruirá las defensas que crea pudieran ofendernos en un

alboroto popular ó desembarco de ingleses. Seguirá correspondencia con el exército del centro, para lo que puede convenir en las operaciones militares, y enlazará la defensa de la costa hasta la de Andalucía, abocando para esto todas las tropas del interior en su distrito.»

El lector observará que en esas instrucciones llega hasta á exagerarse la benevolencia con que se quiere tratar á aquella parte del territorio portugués. No se extrañará, sin embargo, sabiendo que era la que iba á constituir el Principado, á cuya soberanía se destinaba á Godoy, de quien emanaban aquellas órdenes. Para él se conoce que importaba más captarse las voluntades de los habitantes que deberían ser súbditos suyos según el tratado de Fontainebleau, que las de los ribereños del Miño y del Duero, destinados á acatar la autoridad del exrey de Etruria y de la bondadosa, amable é interesante exregente su madre.

Luego veremos cómo fueron éstas y las demás instrucciones observadas, y podremos comparar la conducta de unos y otros, la de los generales franceses y españoles encargados de la ocupación de Portugal. Ahora nos toca describir la marcha de Junot sobre Lisboa, si no interrumpida pues que la energía del general francés arrolló cuantos obstáculos le opuso la naturaleza del camino malamente elegido por Napoleón, sí tan accidentada y torpemente dirigida, que el menor que le hubiera ofrecido el patriotismo portugués, habría sido más que suficiente para la destrucción de todo el ejército imperial.

Entra Junot.

Las órdenes que llevaba Junot eran demasiado apremiantes para que pudiera detenerse mucho tiempo en Alcántara. Aguijoneábale, por un lado, el recelo de que fuera el Regente á embarcarse en la escuadra inglesa para irse con toda la familia real al Brasil, el temor, por otro, de la llegada á Lisboa de las tropas de Moore y de Spencer, anunciadas días antes, y el más punzante aún para él de que desaparecieran, llevados también á América, los

tesoros, las piedras preciosas y alhajas que sabía perfectamente se conservaban en los palacios y en las casas de los grandes y potentados de aquella corte [1]. Junot había precedido al ejército, para preparar en Alcántara la entrada en Portugal; y dispuesto todo, según ya hemos dicho, ponía el 19 sobre el Erjas su vanguardia á las órdenes del general

1 Joas Cabello Bareta, persona muy bien enterada por ser uno de los empleados de la Regencia real y testigo ocular de aquellos sucesos, dice en sus «Memorias históricas sobre la primera invasión de Portugal» y refiriéndose á la embajada de Lannes: «Por el pronto, sus modales bruscos y violentos predispusieron la corte y los grandes en contra suya. Creyéndose en país conquistado, introdujo á viva fuerza muchas mercancías, cuyos derechos se negó á pagar. Se quejó el Regente, y hubo cambio de notas. Pero hubo también de entenderse que había un medio de ablandar á aquel feroz guerrero; se le ablandó con oro y diamantes, y se hizo más suave. He aquí una anécdota que creo poder garantizar.

«Un día, el príncipe Regente, haciendo por sí mismo ver al temible enviado las curiosidades de su palacio de Quéluz, bajó silenciosamente á cuevas profundas, acompañado de varios criados con antorchas. Todo se mostraba allí al guerrero francés solemne y misterioso; la disposición de los subterráneos y su aspecto lúgubre. A medida también que se avanzaba, disminuía el número de las antorchas y la luz aparecía pálida y vacilante. Ya se reducía á la última, á un solo lacayo y á dos guardas, cuando, afectando un continente severo el príncipe, el intrépido Lannes echó mano á la empuñadura de la espada, creyendo sin duda que se atentaba á su vida. «Ved esas grandes cajas», le dijo el príncipe, enseñándole un especie de cofres revestidos de planchas de hierro y cuyas cerraduras abrió un guarda. Lannes, vacila, no se atreve á adelantarse; pero muy pronto, sobreponiéndose al miedo, se acerca. «Tomad, le dice el príncipe, tomad cuanto podáis; llenad vuestros bolsillos.» Lannes, no viendo al pronto más que guijarros en bruto, duda todavía, pero á una sonrisa del Regente disipando el misterio, Lannes tomó una porción de aquellos preciosos guijarros, que no había sino trabajarlos, pues que eran diamantes del Brasil. Sábese que se hace gradual la emisión para evitar la depreciación. Lannes, conmovido por aquel rasgo de munificencia por parte del Regente, mostró después á aquel príncipe tanto afecto como gratitud.»

Esa versión debe tener su fundamento, siquier esté *bordada*, como suele decirse; porque el general Thomas en una historia, *Le Maréchal Lannes*, publicada en 1891, dice: «Aquel príncipe (el Regente) no sabía negarle nada. Habiendo Madame Lannes dado á luz un niño en Julio de 1803, aceptó el ser su padrino. El día del bautismo, cuenta el general Marbot, que lo sabía por el mismo Lannes, el príncipe Regente condujo al embajador de Francia á una sala del palacio en que tenía los diamantes en bruto procedentes del Brasil, y cogiendo un puñado, lo puso en las manos de Lannes diciéndole: «Tomadlos para mi ahijado.» Después le dió otro, añadiendo: «He aquí para la madre.» Por fin, cogió otro puñado para el embajador. Desde aquel momento, decía

Maurin y á los siete días se hallaba él con una parte del ejército en Abrantes.

Pero ¡en qué estado!

Su marcha á Abrantes.

El camino era malísimo, de fuertes pendientes y cortado por ríos, arroyos y barrancos que lo hacían á veces intransitable. La estación era, además, la peor del año para una jornada de aquella clase; los días eran cortos; la lluvia caía á torrentes, é hinchados los ríos, algunos de caudal abundoso, si no estaban invadeables, detenían á las tropas obligándolas á veces á acampar, sorprendidas por la noche ó por los temporales. El país es pobre; los habitantes, en general, abandonaban los pueblos acogiéndose á los montes y á las ásperas quebradas y barrancos de la Serra do Moradal que se alza sobre la derecha del camino. En Rosmaninhal, de consiguiente, en Castello-Branco, Perdigão, Cortizada y Vendas-Novas, hubo mil dificultades para que se racionaran las tropas y se repusiera el material de la artillería que á cada momento se hacía pedazos. La infantería y la caballería verificaron la marcha, aunque teniendo los jefes y oficiales franceses que vadear los ríos á veces con agua al pecho para dar ejemplo á sus soldados; pero las piezas, aun siendo de campaña todas, hubo en ocasiones que dejarlas muy atrás y hasta enterrar algunas por ser imposible arrastrarlas [1]. «La dificultad de los caminos, dice Thiebault, unida al mal estado de los atalajes y á lo escarpado de las

después el Mariscal Lannes, me encontré verdaderamente rico.» Quizás haya alguna exageración en este relato (mayor la debe haber en el dramático de Barreto): otros documentos hablan sencillamente de diamantes, con los cuales se montó un magnífico aderezo para la mariscala.»

Lannes, á quien Napoleón ofreció el mando del cuerpo de ejército de la Gironda, no lo aceptó, llevado de un sentimiento de delicadeza que no experimentó Junot que tenía motivos muy semejantes para rechazarlo.

1 Antes de llegar los franceses á Rosmaninhal, hallaron el camino cortado por un torrente ancho y profundo. Los soldados se quedaron sorprendidos, y no pocos comenzaron á murmurar; pero el general de Laborde, echando pie á tierra y vadeando la corriente, se volvió á ellos y les dijo: «Aprended, hijos míos, á pasar los ríos sin puentes.»

montañas, causaron desde aquel día (el 20) el retraso que experimentó toda nuestra artillería: la artillería ligera española fué la única que llegó á Castello-Branco [1].»

La fuerza muscular de los españoles, la que tal admiración producía en Vegecio, les hizo salir airosos en su comparación con los franceses, venciendo mucho mejor los mil obstáculos que oponía el camino á marcha tan temeraria y tan torpemente dirigida. Nuestros aliados de aquellos días, menos fuertes, soldados nuevos en su mayor número pero dándose los aires de conquistadores y, además, invencibles, más se cuidaron de explotar el país que de recorrerlo pacíficamente, puesto que los habitantes se sometieron á la orden que habían recibido del Regente para no oponer resistencia de ningún género. «Junot, dice el portugués Bareta, que por encima de todo deseaba no perder su presa, se puso en marcha con la misma imprevisión que hasta entonces. Su ejército, cuya mayor parte no había llegado aún á Abrantes, dejaba por doquiera rezagados y formaba una fila interminable desde Alcántara á la cabeza de la columna. Aquel ejército iba completamente desorganizado y disperso en pelotones, por bandas, por hombres aislados, cuya mayor parte se detenían ó vivían del merodeo, sin cuidar de reunirse á sus cuerpos. Desorganizado así, corrió constantemente el peligro de ser destruido por los pastores y los aldeanos, que á la menor señal se hubieran sublevado. Esos hombres indomables temblaban á la idea de recibir la orden de sus autoridades para no atacar á los invasores. Hiciérase oir una sola voz y desaparecería el ejército. En efecto, grupos de diez á doce hombres, armados de fusiles, se dejaban desarmar por dos ó tres campesinos sin más defensa que sus garrotes; los ribereños del Alto Tajo apalearon así á muchos, y si se les hubiese permitido, habrían acabado con una gran

1 Lo cual no quita para que nos niegue á los españoles valor, pericia, disciplina y cuantas cualidades debe reunir un buen soldado.

parte del ejército, el cual desfilaba como un hormiguero á lo largo del Tajo [1].»

Dirígese Carrafa á Thomar y Oporto.

No acabaron en Abrantes las fatigas ni los excesos tampoco de aquel ejército; sólo que desde entonces no tuvieron los franceses que conceder participación alguna de su gloria ni en sus atropellos á los españoles. Sea porque se dijera que en Thomar había una masa considerable de tropas portuguesas cuya misión se ignorase, sea que estorbara la presencia de los españoles en una expedición que, por aquel momento, ningún honor hacía al general Junot, Carrafa recibió la orden de trasladarse á aquella histórica ciudad con las fuerzas que regía, excepto el regimiento de dragones de la Reina, que siguió con los franceses, y una batería cuyo material fué embarcado para, por el Tajo, descender á Lisboa. Junot, al saber la concen-

1 No se tome esto á exageración del escritor portugués, porque ahí está el testimonio de Thiebault, que describe el estado en que iban los franceses por Sobreira: «La cabeza de la columna, dice, llegó á Sobreira entre once y doce de la noche: iba reducida á la sexta parte de su gente, y los pocos hombres que aún la componían, siguiéndose de cuarenta á cincuenta pasos de distancia unos de otros, apenas si podían sostenerse. En semejante estado continuaron llegando durante la noche uno á uno. Lo que acabó de hacer espantosa aquella situación, fué que la tierra estaba de tal manera empapada de agua, que se hizo imposible á aquellos desgraciados acostarse ni aun sentarse, y que, á pesar de la debilidad que les producía el exceso de las fatigas y del hambre, se vieron obligados á pasar la noche de pie, con el barro hasta las rodillas y sin poder encender fuego. Varios murieron en aquel vivac.»

«El general de Laborde y el jefe de Estado Mayor, acumulando sufrimientos graves con tantas fatigas, se hallaban abrumados: el general Brennier, la mirada extraviada y sin movimiento casi, no podía proferir una palabra al entrar en Sobreira, y el mismo general en jefe, con males tan difíciles para resistir las reflexiones terribles que le inspiraba tal situación, estaba tan abatido que hubo necesidad de ayudarle á subir la escalera de la cabaña en que pasó aquella desastrosa noche.»

¡Y esos soldados y esos generales acusaban á los españoles de flojos y faltos de energía!

Nuestros compatriotas, a pesar de que su artillería pasó mil trabajos al vadear los ríos y teniendo que arrastrarla á brazo la mayor parte de la marcha, llegaron á Abrantes sin quejarse siquiera de fatigas y privaciones que su fuerza personal y su característica sobriedad y ánimo levantado les hicieron mucho más soportables que á los franceses.

tración de portugueses en Thomar había enviado uno de sus ayudantes con una carta explicando su misión favorable á los intereses de Portugal; con lo que las fuerzas lusitanas se habían dirigido á la costa para defenderla de los ingleses. No impidió eso el que marchase Carrafa á Thomar para desde allí continuar á Oporto donde ya se hallaba Taranco que, como diremos luego, no halló sino dificultades para el gobierno de aquellas provincias con la llegada de su colega, no porque se las opusiera éste, sino por las que le provocó Junot desde que se hizo dueño de Lisboa.

Misión de Barreto.

Junot había salido de Abrantes con la misma precipitación que hasta allí, aguijoneado, además, con las noticias que le llegaban de que el Regente, su familia y un gran número de *Fidalgos*, los más ricos y de mayor viso de Lisboa, iban á embarcarse acabando con sus ilusiones de cumplimentar las órdenes del Emperador y satisfacer su codicia tan vergonzosa como ruin. Adelantó, con eso, su vanguardia al Zézere, una de cuyas avenidas, impidiendo la construcción de un puente, obligó á las tropas á embarcarse para cruzar á la otra orilla, consiguiéndolo después de mil contrariedades. Salió allí al encuentro de Junot José Oliveira Barreto, enviado por el Regente con la misión de entretener lo posible al general francés y ganar así tiempo para ejecutar las resoluciones ya tomadas en el consejo de que ha tiempo se ha tratado. Ya desde Abrantes, y por conducto de un Joaquín Manuel Raposo, que se brindó á llevarla, había Junot escrito una carta al Sr. Araujo con el carácter de confidencial, pero sabiendo que llegaría su contenido á conocimiento del Regente. Pero las seguridades que en ella daba de sus intenciones pacíficas, surtieron en la corte de Lisboa el efecto contrario á la intención de su autor, el de, valiéndose de las noticias qne éste daba, apresurar los preparativos del proyectado embarque. Para mejor y más despacio ejecutarlos, se envió á Barreto al encuentro del ejército francés.

Junot se portó como quien era. Si Barreto se mostró disimulado, mucho más hubo de manifestarse Junot. Dijo el comisionado portugués que el Regente, admirado de una invasión tan injustificada, había, sin embargo, dado orden para que cesara todo propósito de resistencia por parte de Portugal; pero que hallándose alarmado el pueblo, irresoluto el gobierno y el Regente sin decidir su embarque, deseaba conocer las intenciones del general para que se calmara el desasosiego existente y se desvanecieran los temores y las preocupaciones é incertidumbres naturales en tal y tan crítica situación.

A eso contestó Junot que entraba en Portugal para cerrar los puertos á los ingleses y defender, si era preciso, el reino contra ellos; que respecto al Regente, podía estar penetrado del respeto que le inspiraba, por lo que debía suspender su embarque para que él pudiera aconsejarle sobre el partido que debía tomar á fin de poner en armonía sus intereses con los del Emperador.

¿Quién era, pues, el que mejor disimulaba su pensamiento y sus instrucciones? Barreto volvió á Lisboa ofreciendo impedir, si le era posible, el embarque de la familia real portuguesa al Brasil, y Junot, ni engañado ni pudiendo olvidar las órdenes de Napoleón sobre el destino que señalaban para el Regente y cuantos pudieran alegar derechos al trono de Portugal, las dió todo lo ejecutivas que permitían las circunstancias en que se veía para llegar cuanto antes á Lisboa.

Muy cansadas iban sus tropas y disminuía su número según avanzaban, cubriendo el camino y los pueblos del tránsito sus rezagados, los enfermos y un inmenso material de guerra y de equipajes. Pero á pesar de esos y tantos otros obstáculos que la naturaleza y los hombres le iban oponiendo, la cabeza de la interminable columna que regía en persona Junot llegaba el día 28 á Santarem y Cartaxo por la margen del Tajo que luego no podrían seguir las demás divisiones por haberse inundado toda la llanura que recorre aquel camino. El 29 continuó Junot á Sacavem, donde

iba á recibir la noticia del embarque del Regente y su partida al amparo de la escuadra inglesa, surta en el Tajo desde el día en que se había tomado aquella determinación en el palacio de Quéluz. Diéronsela diputaciones que habían salido de Lisboa para hacérsela conocer y, al saludarle, investigar cuáles serían sus proyectos al apoderarse de aquella capital, mostrándole el *Moniteur* del 11 de Noviembre por si acaso no hubiera llegado á sus manos [1].

Para Junot fué aquella noticia abrumadora. La extraordinaria diligencia desplegada en la marcha, superior á la que le había sido impuesta; las penalidades sufridas, inconcebibles en un estado de paz como el en que penetró en un territorio destinado á los rigores y á la arbitrariedad de tan injustificada conquista; el dolor y el bochorno que debía causarle el espectáculo del ejército de su mando, que sólo habría de obtener respeto por la fama del valor de sus soldados y la fascinación que producían sus admirables triunfos, tal era el desorden y la dispersión en que iba, tal el estado de miseria y aun de desarme á que parecía reducido; el temor de que ante ese espectáculo fuera el pueblo de Lisboa á concebir la esperanza de poderle rechazar y se resolviera á intentarlo; todo eso y mil otras preocupaciones que de seguro asaltarían la mente de Junot, hubieran regularmente influído en el ánimo de otro para detenerle hasta que, reunido el cuerpo de ejército, reorganizado y con todos sus pertrechos, pudiera penetrar en ciudad tan populosa, aunque afectados sus habitantes de la marcha de sus príncipes, heridos en sus sentimientos más vivos y temiendo por sus más caros intereses.

Esas consideraciones tenía Junot que hacérselas; debían esos temores abrirse paso á su corazón. Porque, en efecto, el pueblo de Lisboa acababa de sentir uno de esos rudísimos

1 Era igual que lo hubiera ó no recibido, porque la carta del 12, de que hemos dado cuenta detallada, contenía las instrucciones necesarias, de acuerdo con la resolución dejada traslucir en el periódico oficial del Imperio sobre la suerte de la Casa de Braganza.

golpes que, más veces que el abatimiento y la resignación, provocan la ira y el anhelo de la venganza, arrancando resoluciones que se hace muy difícil dominar á los ejércitos más poderosos.

Embarque de la familia real.

Resuelto el embarque de la familia real al conocer las intenciones de Napoleón y la entrada de sus tropas en Portugal; fracasado el pensamiento de aplacar las iras del Emperador y detener en su marcha al general Junot, el Regente dispuso su traslación al Brasil, venciendo las dificultades que habría necesariamente de oponer movimiento tan extraordinario como el del abandono, quizás para siempre, de su patria, de su corte y de pueblos tan queridos. «Luego que decidió su embarque, dice *Accursio das Neves*, el Príncipe Regente dió sus órdenes para que toda la real familia se trasladase de Mafra al palacio de Quéluz, donde se hallaría más cerca y más libre de algún desastre, pues que el enemigo caminaba á marchas forzadas en dirección á la capital. Todo se ejecutó rápidamente, y el 26 su alteza real pasó también á aquel palacio para tomar algunas disposiciones y probablemente para animar á las demás personas reales en tan triste lance, pero siendo acaso él mismo quien necesitara ser el más animado. Quería hablar y no podía; quería moverse y, todo convulso, no acertaba á dar un paso; caminaba sobre un abismo y representábasele á la imaginación un futuro tenebroso y tan incierto como el Océano á que iba á entregarse. Patria, capital, reino, vasallos, todo iba á abandonarlo repentinamente, con pocas esperanzas de volver sus ojos á ellos, y todo era espinas que le atravesaban el corazón.»

«No fueron menos expresivas las manifestaciones del estado de ánimo del Regente al tiempo de embarcarse. Cuando se presentó en el primer carruaje con nuestro infante don Pedro, y al verle descender la escalera del muelle entre la multitud, toda conmovida y llorosa, se mostró el Regente en actitud tal, que debió impresionar hondamente á cuantos

podían observarle de cerca. El temblor de sus piernas no le permitía mantener firme su vacilante cuerpo, resintiéndose su físico de las impresiones de su alma. «Su rostro, dice un testigo presencial, nadaba en lágrimas, porque sus ojos eran dos torrentes, y así fué subido por la escalera del barco, siendo los adioses que dirigía á su pueblo lágrimas y más lágrimas que le caían.»

Á tan triste espectáculo sucedió el lamentable también que ofrecía la presencia en las calles de las demás personas reales al salir de su palacio de Quéluz. Apareció la reina después de diez y seis años en que, perdido el juicio, había vivido apartada de toda comunicación con su pueblo. Con el mismo aire de resignación que ella, seguían en diferentes coches las demás personas de la real familia, distinguiéndose, empero, la princesa, nuestra infanta Carlota, esposa del Regente, por su entereza, que alguno calificó de heroica, muy superior á la natural de su sexo. Iba en el coche con sus hijos, inocentes criaturas, sin la conciencia, naturalmente, de su situación, saltando y con la alegría propia de quienes mejor que una inmensa desgracia creían presenciar una fiesta. Distribuída luego la familia real en varias embarcaciones para mayor comodidad, pero principalmente para que no pereciese toda en el caso de un naufragio, comenzó á desfilar la escuadra, y aunque no pudo salir del Tajo en dos días por lo recio del temporal que reinó en ellos, al amanecer del 29 cambió por fin el viento, y pocas horas después atravesaban las naves reales por entre las de la flota inglesa que, empavesadas y en formación correcta, las hicieron los honores correspondientes á las altas personas que las tripulaban [1].

Gran peligro corrieron el Regente y su familia de caer en manos de Junot, y no fué sino muy grande también el des-

1 La escuadra portuguesa se componía de ocho navíos de línea, tres fragatas, tres bricks, una goleta y una fusta; total de piezas de artillería, 806. Quedaron en Lisboa algunos navíos y fragatas por estar inútiles para la navegación.

encanto del famoso general francés, que desde las alturas próximas á Sacavem pudo presenciar el espectáculo que ofrecía la que ya consideraba presa suya, capaz de compensarle de cuantos trabajos le había producido la precipitación de su marcha.

Mas no por eso ni por las impresiones recibidas al llegar á Sacavem, sus dudas y temores, moderó Junot su avance; y en la mañana del 30 penetraba en Lisboa á la cabeza de 1.500 de sus soldados, que apenas podían seguir el compás de sus tambores, sin una sola pieza de artillería y con 25 jinetes portugueses, á quienes había obligado á seguirle.

Y cosa más de admirar aún que tal osadía, no reñida, es verdad, con la prudencia en ocasión tan crítica, fué el abatimiento en que observó Junot sumido al pueblo lisbonense, cuyo estupor le impidió, como impidió á las tropas portuguesas, encerradas en sus cuarteles, entregarse á los impulsos de la ira y de la vergüenza que le inspiraba aquel puñado de franceses, enemigos desde aquel momento suyos [1]. Contribuyó mucho á ese resultado la presentación á Junot de los gobernadores que el Regente había nombrado el día 26 para sustituirle en la administración del reino. Como el artículo 6.° del real decreto en que se instituyó aquel gobierno provisional, compuesto de los personajes más eminentes en la política, las armas y la magistratura, disponía fuesen bien recibidas y acuarteladas las tropas francesas, manteniendo

1 Hemos dicho en la *Historia de la guerra de la Independencia:* «El pueblo, abatido y triste, le vió pasar con un pequeño número de franceses que le seguían en el estado más deplorable; pero aun volviendo de su estupor y avergonzado de haber cedido á la reputación de aquel puñado de hombres, no se decidió á ahogarlo entre sus apiñadas filas, ni las tropas portuguesas, encerradas en los cuarteles, dejaron de someterse á las órdenes del afortunado general. La proclama fijada anticipadamente en todos los parajes públicos; el sentimiento que demostraba Junot por la marcha de la familia real, á la que fingía rendir una afección especial; la idea de que la política de Napoleón se dirigía tan sólo á rechazar del continente á los ingleses, y la alianza de los invasores con España, de la que no esperaban grandes daños, produjeron sin duda la apatía y la tranquilidad que admiraban los mismos que ponían en juego tales artes para enseñorearse del pueblo portugués.»

con ellas la mejor armonía, los gobernadores, en efecto, se presentaron particularmente, y después de oficio al *alter ego* de Napoleón, que lo mismo uno á uno que reunidos los recibió con la mayor altanería, no ofreciéndoles siquiera asiento, y con frases impropias de su carácter y representación. Los que aún creían que pudiera el gobierno portugués mantener alguna apariencia de soberanía independiente en el reino, debieron convencerse de que Napoleón enviaba sus tropas á algo más que á libertarlo de la influencia del de la Gran Bretaña, á algo más que á llevar á ejecución cumplida el bloqueo continental decretado en Berlín.

Decretos de Junot.

Y si algún iluso pudo todavía no penetrarse de lo vano de sus esperanzas, no tardó Junot en hacérselas perder con los decretos que á los pocos días de su llegada comenzó á expedir. El alto tribunal, llamado *O desembargo do Paço*, cuya presidencia ejercían los reyes, como el de *Almira* también, fueron suprimidos por Junot; la administración fué entregada á un M. Hermán, que tomó asiento entre los gobernadores con el título de Comisario del gobierno francés para la dirección de la política, y pocos días después se encargó de la Hacienda; contribuciones, confiscación de las propiedades de los fugitivos y de los no adictos á la Francia, cuantas medidas sirvieran á arrebatar toda autoridad gubernativa á los portugueses, fueron tomadas por aquel nuevo Dictador, que además permitió á sus gentes y á sus tropas todo género de atropellos, robos y humillaciones; cuanto hemos visto prohibía en sus despachos el Emperador. Las maestranzas y arsenales, pasaron á poder de los franceses, como los bienes de la Casa real á manos de su general en jefe, que fingió secuestrarlos para su mejor conservación; y á fin de hacerlo con toda impunidad, sin riesgo ni escrúpulo siquiera alguno, desarmó las milicias del país, alejó de Lisboa muchas de las tropas regulares, é hizo ocupar militarmente las provincias inmediatas, ya con fuerzas de las de su mando, ya con las de sus aliados los españoles.

Dejamos al general Carrafa dirigiéndose á Thomar y Oporto. Su destino, al menos el que ostensiblemente le daba Junot, era el de ocupar la provincia de Entre Duero y Miño, pero mejor todavía, el de tenerle lejos para su más expedita acción en Lisboa. Carrafa salió de Thomar el 9 de Diciembre para Coimbra, unidos ya á sus fuerzas el regimiento de Zaragoza y la batería que iban retrasados en su marcha á Abrantes. A mediados de aquel mes llegó á Oporto con los batallones, además, de Barbastro y Gerona, otros dos escuadrones de Santiago y Alcántara y otra compañía de zapadores. Todas esas fuerzas, dispersas por Castilla y Extremadura y buscando su asamblea con la división al recibir la orden de su contramarcha desde Ciudad Rodrigo, habían ido siguiendo el camino mismo de su general, aunque, como españoles, sin resentirse de las calamidades que afligieron al ejército francés. Tenían las que aún quedaron en España la orden de hacer lo que los cuerpos á que acabamos de referirnos para que Carrafa tuviese reunida toda su división y pudiera así operar con verdadera eficacia en la misión que se le había confiado; pero no agradó á Junot tal idea, y, como envió á Oporto las fuerzas que caminaban con él desde Alcántara, dispuso que las que todavía no lo habían verificado, se quedasen acantonadas en Extremadura, á las inmediaciones de Valencia de Alcántar, donde deberían esperar sus órdenes. ¡Uno de los actos de debilidad de Godoy, principio de los que produjeron el casi total desarme de España al desarrollar Napoleón su plan de hacerse dueño de ella!

Las tropas de Carrafa.

Cuando Carrafa penetró en Oporto, esta ciudad se encontraba ya ocupada por el general Taranco. Éste había salido de Túy el 10 de Diciembre con 6.000 hombres y 12 piezas de artillería, cuanto logró reunir de toda la fuerza que se le marcaba en el proyecto de organización de los ejércitos españoles destinados á Portugal. Todavía dejó un batallón en la ciudadela de Viana y algunos destacamentos en puntos de la costa, así para vigilarla, como para la guarda

Las de Taranco.

de sus comunicaciones con Galicia; y el 13 entraba en Oporto sin oposición alguna. Los gobernadores portugueses de la frontera tenían orden de permitir la entrada de las tropas españolas en el reino, tratándolas como amigas; sin embargo de lo cual, el de Valença se había negado á entregar aquella plaza sin un mandado expreso de la Junta de Regencia, á la que ofreció dar cuenta de todo. Taranco recibió allí instrucciones nuevas, indicándole la conducta que debería observar en el concepto de ser su mando independiente, carácter éste que debería dar á conocer á los habitantes, persuadiéndoles de que el gobierno que se estableciera en aquella provincia no tendría que depender tampoco en nada del señalado para Lisboa. Taranco, así, publicó en Oporto un bando en consonancia con esas instrucciones; y se hallaba ocupado en esa tarea, en la disolución de las tropas portuguesas, en el establecimiento de las suyas en las poblaciones más importantes y en las de la costa que pudieran estar amenazadas por los ingleses, y por fin en asegurar su posesión, así política como militar, cuando se presentó el general Carrafa. No fueron pocas las dificultades que se le opusieron para el gobierno y para la administración de aquella provincia y la de Tras-os-Montes, que había ocupado también, llegando á encontrarse sin recursos hasta para la subsistencia de sus tropas por hacerse ilusorias las órdenes de la Regencia y porque, corto tiempo después de haber llegado Carrafa, recibió una carta del general Junot manifestándole que el art. 4.° de la convención secreta, firmada en Fontainebleau el 27 de Octubre, hacía la segunda de aquellas provincias dependiente de su mando y que, por lo tanto, no exigiera en ella contribución alguna ni el cumplimiento del bando á que nos hemos referido [1].

1 Más que otra cosa parecía esa orden contestación á las instrucciones que Godoy había dado á los generales españoles para que solicitasen de Junot el separarse de sus órdenes, dejándoles atender á la defensa de las costas con todos los cuerpos de caballería y demás tropas que esperaban de Extremadura. El mismo Godoy escribió directamente á Junot solicitando lo mismo y expo-

No bastaba eso, se conoce, para la ejecución de los planes que al Emperador convenía ir desarrollando al compás de las operaciones que empezaban á ejecutarse de un modo manifiesto ya en Portugal, y secreta y arteramente en España al entrar, como diremos luego, los nuevos cuerpos de ejército que se estaban organizando en Francia con varios pretextos, pues el 22 de Enero de 1808 recibían el príncipe de la Paz y el ministro de Estado la siguiente comunicación del embajador imperial: «Señor, decía éste en ella, un correo extraordinario acaba de entregarme un pliego que tengo orden de comunicar á la corte de Madrid. S. M. I. y R. ha pensado que para asegurar el éxito completo de la expedición de Portugal y para mantener en él la tranquilidad pública siempre más expuesta en un país nuevamente conquistado, era necesario que el señor general Junot, encargado de dirigir toda aquella expedición, se mantenga dueño del Reino de Portugal enteramente hasta que se hayan nombrado comisarias para reconocer las líneas de demarcación de los diferentes Estados que se formarán en Portugal; y hasta tanto que se concluye una convención al efecto. Esta medida no se dirige sino á precaver por medio de una policía más fácil y activa cualquiera agitación, pues habría menos unión en todas las operaciones de guerra y de administración si no estuvieran dirigidas en las diferentes partes del Reino por un solo y mismo jefe. S. M. C. no debe, Señor, considerar esta medida sino como provisional y como un medio de pasar á un orden de cosas definitivo y que realmente no podrá establecerse sino cuando se haya consolidado la conquista. Tengo el honor de pedir á V. E. tenga á bien poner esta nota en noticia de S. M. C. y hacerme saber su decisión para informar de ella inmediatamente á S. M. I. y R.» [1].

niéndole que él podría hacer uso de las tropas de Dupont que por entonces entraban en España. Qué contestó Junot, se ignora; pero la orden expedida á Taranco y la nota después de Champagny demuestran que la respuesta fué completamente negativa.

1 Hay, con efecto, en la correspondencia de Napoleón varios despachos á

Qué efecto produciría ese despacho en Godoy, es fácil de calcular por el sentido doble y amenazador que entrañaba misiva tan inesperada, por más que hubieran penetrado ya en su corazón los recelos de un probable fracaso en sus locas ambiciones. Aquel anuncio manifestaba una tendencia en Napoleón á la unidad en el mando de los ejércitos aliados de Portugal, tanto más peligrosa para los españoles cuanto que, puesta la administración del país en manos de Junot, quedaban sin arma alguna para el cumplimiento de su misión política, que era la que á él debía importarle más. Napoleón iba tendiendo su red, y para que no hubiera quien la rompiese penetraban otros grandes ejércitos en la Península, con lo que España caería también en sus mallas.

Godoy, así, se encontró sin fuerza para resistir y quiso disimular. Veamos cómo.

En sus despachos á Solano y Taranco se manifestó conocedor desde que empezara la ocupación de Portugal de que no podría subsistir la diversidad de mandos; se aseguró en esa opinión con la experiencia, no sabemos cuál, comprobada, según él, en las operaciones ya ejecutadas, y la vió confirmada con la que él llamaba *solicitud* del embajador de Francia. Y trasladándoles la nota, les hacía decir el 27 de Enero: «Enterándose V. E. de su contenido, é ínterin se arregle con mayores explicaciones el sentido de ella, deferirá en lo económico á lo que haga la Junta de Lisboa; pero V. E. pedirá á esta propia Junta la manutención y asistencia de nuestras tropas en todos los ramos, pues según el tratado mismo á que se refiere la nota, no pueden negar estos auxilios. Así nos manda S. A. manifestarlo á V. E. para su gobierno y cumplimiento, y encargarle al mismo tiempo

Clarke, á Carlos IV, á Champagny y Junot, que reunidos forman en el conjunto de ideas que contienen, el revelado por Champagny en esa nota mandada á Beauharnais para que la presentara á nuestro gobierno al mismo tiempo que se le comunicaba á Junot la orden de constituirse en dueño absoluto de Portugal («de se mantenir maitre du royaume de Portugal en entier»).

proceda en todo con la mayor prudencia, viva con precaución y observe el más inviolable secreto» [1].

Carrafa, á quien no había para qué comunicar aquel despacho, por estar subordinado en todas sus operaciones á la autoridad de Junot, recibió, sin embargo, el dirigido á Taranco. Éste había muerto pocos días antes, el 26 de Enero, é ínterin se hiciese cargo del mando de aquella división el general D. Domingo Belestá, Carrafa lo asumió con el que ya ejercía de las tropas auxiliares de las del general francés del ejército del centro.

Las de Solano.

El marqués del Socorro ocupó el 2 de Diciembre la plaza de Campo Mayor sin oposición tampoco; por el contrario, estaba llamado por los naturales, temerosos de que, extendiendo Junot la ocupación francesa por aquella parte, fueran á ser víctimas de los mismos atropellos que sabían haber sufrido los de la Beira. El 3 cruzó el Caya con su división repartida en dos columnas, que ocuparon la plaza de Elvas, aunque permaneciendo la fortaleza á las órdenes del gobernador portugués. Los españoles, con la mayoría de sus fuerzas, que constaban de 5 á 6.000 hombres, continuaron á Estremoz: de allí, y dejando en el camino destacamentos que asegurasen sus comunicaciones, fueron ocupando el Alentejo y la Extremadura portuguesa de la orilla izquierda del Tajo, y á los pocos días se establecían en Setúbal, de donde Solano pasó á Lisboa, para en una conferencia con Junot convencerle de la conveniencia de la ocupación de aquel punto, plaza y puerto tan próximo á la desembocadura del Tajo, presenciando allí el motín de que luego trataremos. Se le escribió, como á Taranco, que no estrechara sus relaciones con el cuerpo francés que ocupaba á Lisboa y se mantuviese independiente de la autoridad de Junot; pero no tardó tampoco en conocer la nota del embaja-

1 Godoy no trata ese asunto en sus Memorias; cuanto se refiere á la expedición á Portugal en 1807 se halla en el manuscrito, tantas veces citado, *Compendio de las providencias y órdenes dadas por el príncipe de la Paz*, etc., etc.

dor Beauharnais y la recomendación de Godoy para que se sometiera á sus consecuencias.

Su conducta y concepto que merecen.

Difícil era la situación en que iban á verse nuestros generales con el cambio de la desembarazada en que les ponían las instrucciones recibidas al penetrar en Portugal. Si la misión de Carrafa era la de sujetarse en un todo á las órdenes de Junot en concepto de cooperar á su acción, aunque para un objeto común á los soberanos de Francia y España al tenor del tratado de Fontainebleau, la encomendada á Solano y Taranco les dejaba para sus operaciones militares y para las del gobierno y administración de los territorios de su mando una independencia tanto más expedita, cuanto que sólo tenían que entenderse al ejercerla con el gobierno de su Nación. Esa independencia les daba libertad y ocasiones para acreditar su gestión en sus respectivos cargos; y Taranco y lo mismo Solano lograron, por su conducta, distinguirse muy honrosamente respecto al general comandante en jefe de las tropas francesas de Lisboa. Tal fué la de Taranco en la provincia de Entre Duero y Miño, que, en vez de odiosa, como parece debe ser toda ocupación extranjera, fué la de los españoles de su mando digna de los elogios que le prodigaron los habitantes de aquel país. Accursio das Neves dice á propósito: «Siempre se conservó la mejor armonía entre el pueblo portugués y los españoles, por la severa disciplina en que Taranco mantenía sus tropas y por la prudencia, moderación y buen comportamiento de este general, cuya memoria será agradable á los habitantes de aquella provincia, si pudiesen olvidarse de que era general de un usurpador y estaba encargado de ejecutar planes de usurpación.» «Tan sincero en sus promesas, dice después, como falaz y pérfido Junot en las suyas, nunca se vió precisado á emplear el rigor; disminuyó por su parte las calamidades, casi insuperables, de la invasión; previno los robos, las vejaciones y los estragos que asolaban el país ocupado por los franceses; no impuso

contribuciones; no turbó el ejercicio de la autoridad civil; no alteró la forma ni cupos de los pagos; no hizo más variaciones que las que exigían las circunstancias de la ausencia del soberano y cambio de dinastía, y aún se guió por el dictamen y deseos de los mismos habitantes [1].»

Elogios parecidos mereció del Senado de Cámara de Oporto el general Carrafa al sustituir á Taranco. «Luego acreditó la experiencia, decía aquel Ayuntamiento en su carta al ministro Olaguer Felíu, que si el general Taranco supo conciliar la ejecución de las órdenes que regulaban su autoridad consolando y aliviando la pena que oprime á los portugueses consternados, el Excmo. Sr. Carrafa, tan prudente como circunspecto, y tan instruído como amigo de la Justicia, hizo cada vez más apreciable el gobierno español.»

Si Socorro hubo de mostrarse más severo en su ocupación del territorio portugués de la izquierda del Tajo y de los Algarbes, no consistió en las condiciones de su carácter, aun siendo vehementísimo. La penuria en que veía á sus tropas, obligándole á ser rigoroso en la exacción de las contribuciones, ya que Junot no le enviaba, según le había prometido, los recursos necesarios, y la oposición de los naturales á dejarse gobernar por el Príncipe de la Paz, que sabían serles destinado para soberano suyo, hicieron más difícil el mando del Marqués, que no por eso dejó de interesarse por las pro-

1 La educación y los servicios de Taranco y la circunstancia de haber podido apreciar el valor de los portugueses en la campaña del Rosellón, contribuirían, con las simpatías naturales de todo español á la nación portuguesa, á la benevolencia y al espíritu de justicia que le distinguieron en el mando de Oporto. Nacido en ilustre cuna, abrazó la carrera militar como varios de sus antecesores, distinguiéndose por su mérito en nuestras posesiones de América. Viajando después por Europa, se presentó como voluntario en Rusia y tomó parte en los sitios de Oczakoff é Ismail á las órdenes de Suvaroff, obteniendo de la emperatriz Catalina una cruz por sus servicios en ellos. Se distinguió también en las campañas del Rosellón, especialmente en la famosa batería de la Sangre y en la defensa de Rosas. En aquella guerra obtuvo los empleos de coronel, brigadier y mariscal de campo. Murió de un cólico en pocas horas.

vincias, cuyo gobierno supo luego que iba á pasar al general Junot.

Motín en Lisboa.

Éste no tenía en Lisboa los miramientos que nuestros representantes en Oporto y Setúbal. Es verdad que las instrucciones del Emperador, de las que ya hemos dado cuenta, y las que iba después recibiendo en igual sentido, le movían á muy distinta conducta, nunca, sin embargo, á la irregular y atropelladora que observó desde el día de su llegada á Lisboa. No respetó, ni por fórmula, los acuerdos del Consejo nombrado por el Regente de Portugal para sustituirle en su ausencia, dictando él órdenes completamente opuestas y contrarias también á las leyes y costumbres del país. Esto no era de extrañar en su posición, pero sí mucho respecto á la injuriosa é irritante licencia, que toleró, de las tropas de su mando, eso que peor aún fué la que se tomaron los oficiales y jefes, hasta los generales, entregándose á los atropellos y robos que ejecutaron en los infelices habitantes de aquella capital. Para hacerlo más libremente, alejó de su lado la mayor parte de las tropas portuguesas que aún había, destinándolas á puntos lejanos; con lo que Lisboa quedó sin defensa alguna nacional para el día en que las ya escandalosas demasías de sus huéspedes acabaran con la paciencia de los habitantes, ó los planes de Napoleón se pusieran completamente á descubierto.

Habíanse establecido las divisiones francesas en Lisboa, Cintra, Mafra y el litoral del Norte hasta Peniche, asegurando, sobre todo, los fuertes y las posiciones que defendían la entrada en el Tajo. También se envió fuerza á ocupar la plaza de Almeida, y en Santarem y Abrantes se había dejado alguna para mantener expedita la comunicación con España en ambas direcciones, de modo que, al descubrir, según acabamos de indicar, los planes del Emperador, no hallaran los franceses resistencia por parte del pueblo ni por la de los ingleses, cuyas naves permanecían á la vista amenazando con un desembarco. De esas fuerzas, algunas eran

españolas, las que habían seguido á Junot desde Abrantes, y fueron establecidas en Lisboa ó en Mafra, Torres Vedras y Cintra.

Así las cosas, urgía sacar al pueblo portugués de la incertidumbre en que se hallaba respecto á los destinos que iban á señalársele, mejor que por el tratado de Fontainebleau, por los también desconocidos proyectos de Napoleón; y para mayor solemnidad y para más imponer á las muchedumbres que se veían recorrer la ciudad todos los días, curiosas, sombrías ó amenazadoras según las impresiones que la conducta de los franceses ó sus propios presentimientos les hacían sentir, se celebró el 13 de Diciembre en la plaza do Rocío una gran parada, en que formaron todas las tropas francesas, estableciendo la artillería abocada á las calles y la caballería dispuesta á cargar á la multitud si ésta se atrevía á hacer la menor demostración hostil. El general Junot asistió á aquella fiesta seguido de su Estado Mayor á punto de, al sonar las doce del día, ver cómo de la torre de San Juan caía el pabellón glorioso de las Quinas, sustituído inmediatamente por el tricolor francés coronado por el águila imperial, signo de la nueva *cautividad* de Portugal que anunciaron al mismo tiempo las salvas de la artillería, las músicas y los *hurras* de las tropas allí reunidas [1]. Los lisbonenses contestaron con un murmullo, preñado, sin embargo, de rabia y de venganza, présago de una explosión que, si se contuvo por el momento, estallaría luego, aunque falto de una dirección superior que la diese unidad y fuerza. Ni el marqués de Alorna ni el general Solano, que presenciaban aquel espectáculo, quisieron tomar sobre sí la responsabilidad de un movimiento popular que el portugués no creería bastante

1 «Una salva general, dice Accursio das Neves, testigo de aquella escena, abre entonces los ojos y despierta la atención de muchos miles de espectadores, á quienes la curiosidad les había llevado allí, y vese enarbolada en el castillo la bandera de tres colores y suprimidas las quinas reales, haciendo conocer hasta á los más incrédulos que la nación portuguesa había caído en poder de las águilas.»

general para ser eficaz, ni el marqués del Socorro podía alentarlo cuando precisamente tenía allí cerca misión no muy desemejante á la de Junot.

Pero cerrada ya la noche, tan *madrugadora* en Diciembre, y cuando se celebraba en el alojamiento del comandante en jefe de las tropas francesas un convite, al que hacía asistir algunos altos funcionarios portugueses, comenzó á escucharse en las calles inmediatas el grito de *viva Portugal*, *vivâo as cinco chagas*, *e morra a França*, grito que obligó á Junot á dictar órdenes á sus subordinados para sofocarlo, no sin manifestar á los jefes del gobierno portugués que ellos le servirían de garantes de los excesos á que pudiera entregarse su pueblo. En aquella noche, con efecto, y al día siguiente, en que se renovaron las demostraciones populares, el ejército francés y más aún la policía militar portuguesa, lograron sin gran trabajo calmar la efervescencia producida por las escenas de la plaza do Rocío, sin más consecuencias que la muerte de *huma ou duas victimas do furor francez* [1].

La Casa de Braganza deja de reinar en Portugal.

Quitada la máscara con que hasta entonces había ocultado sus planes el Emperador, Junot se dió á ejecutarlos en toda su extensión y con la violencia que caracterizaba al amo y al servidor, á Napoleón y á su lugarteniente en Portugal. Con el pretexto de castigar uno que él tomó por conato de otras *Vísperas Sicilianas* en el regimiento de Oporto, relegado á Caldas, donde, insultada por un francés la mujer de un soldado portugués, recibió aquél del marido su merecido escarmiento, no sólo disolvió aquel Cuerpo, sino que hizo Junot fusilar á un teniente, un tambor

1 Decimos en la *Historia de la Guerra de la Independencia:* «El movimiento, aunque poco importante, del 15 de Diciembre fué la primera manifestación popular de la repugnancia que inspiraría una dominación extranjera en la Península. Sucedió á ella la gran explosión del pueblo de Madrid en el día 2 de Mayo, de memoria, á la par que infausta, gloriosa y perdurable; pero las dos fechas servirán para demostrar que no habían desaparecido de la nacionalidad ibérica los caracteres de patriotismo y de amor á la libertad que siempre la habían distinguido, y de aviso á los usurpadores que intentasen sojuzgarla ó escarnecerla.»

y cuatro soldados, además de inocentes, precisamente de los que más habían hecho por apaciguar á sus irritados camaradas. De las demás tropas portuguesas, fué reduciendo unas á punto de dejarlas en cuadro; desarmó otras y preparó las restantes para la formación, que se le había recomendado, de un Cuerpo de 6.000 hombres que, con los jefes y oficiales más influyentes en el ejército y en el reino, fueron luego enviados á Francia, inutilizando así la acción que pudieran intentar en defensa de su patria. Mas era urgente ya el disolver la Junta de gobierno nombrada por el Regente, y el 1.° de Febrero se trasladó Junot al palacio de la Inquisición, donde aquélla celebraba sus sesiones, y después de pronunciar un discurso, ampuloso como todos los suyos, acabó por disolverla en nombre del Emperador, á quien él representaría en adelante en calidad de gobernador general de todo el reino. Para sustituir á la Junta legítima nombró otra, que actuaría bajo sus órdenes, compuesta de dos comisarios franceses y tres portugueses, con atribuciones que, fuera de las referentes á la Hacienda, encomendada desde antes á M. Hermann, nada significaban junto á la autoridad suprema que él se había atribuído.

Esa obra de despojo, ya paladina, esto es, con el mayor descaro y violentamente ejecutada, fué seguida de una declaración que hizo manifiesta á los portugueses la suerte que les esperaba. La proclama que con igual fecha del 1.° de Febrero hizo Junot publicar, comenzaba así: «Habitantes del reino de Portugal: Vuestros intereses han fijado la atención de S. M. el Emperador, nuestro augusto Soberano; toda irresolución debe desaparecer; la suerte de Portugal está decidida, y asegurada su felicidad futura, puesto que Napoleón el Grande le ha tomado bajo su protección todopoderosa.

»El príncipe del Brasil, abandonando á Portugal, ha renunciado todos sus derechos á la soberanía de este reino. La Casa de Braganza ha cesado de reinar en Portugal; y el

emperador Napoleón quiere que este hermoso país sea administrado y gobernado todo entero en su nombre y por el general en jefe de su ejército.»

Y termina con estas palabras: «Vivid seguros y tranquilos; desechad las sugestiones de aquellos que quisieran induciros á la rebelión y á quienes nada les importa que se derrame sangre, con tal que sea la del continente; entregáos con confianza á vuestras tareas, que vosotros recogeréis el fruto; y si es necesario que en los primeros momentos hagáis algunos sacrificios, su objeto es poner al Gobierno en estado de mejorar vuestra suerte. Por otra parte, estos sacrificios son indispensables para la subsistencia de un numeroso ejército, y para realizar los vastos proyectos del gran Napoleón; sus ojos vigilantes están fijos sobre vosotros, y vuestra felicidad es segura para lo venidero. Él os amará tanto como á sus vasallos franceses; y así, procurad merecer sus beneficios con vuestro respeto y con vuestra sumisión á su voluntad [1].»

A la proclama acompañaban varios decretos; el de la supresión del Consejo de Regencia y el del nombramiento del nuevo con muy detalladas instrucciones para el gobierno y la administración de Portugal, así en lo que concernía al estado militar y civil, como al eclesiástico, cuyo despojo y el de la antigua Casa real, en sus rentas y bienes, se fingía regularizar cuando se verificaba por Junot y los demás generales con el mayor escándalo.

Verdaderamente quedaba fijada la suerte de Portugal, suerte tan triste como injusta. La Casa de Braganza, tan querida de sus súbditos que nunca habían rehusado sacrificio alguno, por costoso que fuera, para mayor gloria suya, dejaba de reinar, y en tiempos tan nebulosos, que no consentían ilusión de ningún género sobre su más ó menos próximo restablecimiento. Tiempos eran, con efecto, nebulosos, lo mismo que para la de Portugal para la suerte de

1 Tal como se publicó en la *Gaceta de Madrid*.

España; porque ni las estipulaciones acordadas en el tratado de Fontainebleau se observaban, y para eso no se habían hecho públicas, ni se consideraba á nuestro Gobierno para otra cosa que para exigirle su propia deshonra y el completo desarme de la Nación qne representaba. La de Portugal, sin embargo, era la suerte que, por lo pronto, quedaría á merced de quien ocultaba al fijarla en las disposiciones que acabamos de recordar, proyectos, ya lo decía Junot, más vastos que los que pudiera representar la ocupación de un territorio tan lejano y tan desligado, geográficamente, de toda comunicación con su flamante imperio.

Pero Portugal, al mismo tiempo que despojado de su independencia y de sus fueros seculares, se vería sometida á un estado que nadie ha expuesto con más verdad y superior elocuencia que el Sr. Bareta, tantas veces citado en esta historia.

«No quedaban, dice, ni vestigios del antiguo orden de cosas; pero sin ser por nada reemplazado. El comercio era nulo. La gran mayoría de los habitantes de la capital carecían de medios de subsistencia; familias enteras sucumbían todos los días bajo el peso de la miseria y del dolor; los propietarios no cobraban sus rentas; los empleados no recibían sus sueldos, como tampoco los oficiales del ejército licenciado, y todos pedían limosna. En fin, los obreros, privados de trabajo, se hallaban sin recurso alguno. Este triste cuadro de la penuria pública era más amargo por su contraste con el lujo y la opulencia de los invasores. Los jefes del ejército se entregaban, en general, á una rapacidad repugnante, constituyéndose en propietarios de cuanto pudiera convenirles, habiéndolos visto que cambiaban de alojamiento para irse á explotar otros después de haber embalado por su cuenta cuadros, relojes, plata y cuanto hallaban rico y precioso. Algunos tuvieron la precaución de enviar á Francia los objetos de oro y plata de que se habían apoderado, aprovechando ese medio ínterin se mantuvo libre la comunicación.

Sin la sublevación de España, Portugal hubiera quedado vacío.»

Y con todo eso, Napoleón echaba de menos el cumplimiento de sus órdenes sobre la mejor ocupación de Portugal y su administración más conveniente á los intereses de la Francia. Quejábase en sus despachos de no secuestrarse, como tenía mandado, las mercancías inglesas [1]; de no haberse asegurado la tranquilidad en el reino, por no haberlo desarmado todavía; de no hacerse inmediatamente efectiva la contribución de 100 millones que se le había impuesto; de que las tropas no acamparan á la inmediación de Lisboa; de no enviársele á Francia las portuguesas y los personajes más eminentes del país, y de cien otras faltas cometidas por Junot, al no sujetarse estrictamente á sus instrucciones, y eso proporcionándole cuantos recursos necesitara para hacer respetable su autoridad y sólida la obra de usurpación que se le había encomendado.

Invasión de España.

Ya hemos visto cómo en el art. 6.° de la pieza anexa al tratado de Fontainebleau se había establecido que para el 20 de Noviembre de 1807 se reuniría en Bayona un nuevo cuerpo de 40.000 hombres de tropas francesas, dispuestas á entrar en Espana con el objeto de trasladarse á Portugal en el caso de que los ingleses enviaran refuerzos y amenazaran atacar aquel reino. Mas para ese caso, estatuía también aquella cláusula que el ejército no entraría en España sino cuando las dos altas partes contratantes se hubieran puesto de acuerdo para ello. Desde el 16 de Octubre comienza, con efecto, el Emperador á dictar órdenes para la formación de aquel Cuerpo, que desde el mismo día recibe el nombre de *Segundo Cuerpo de observación de la Gironda*. Su organización en tres divisiones y las fuerzas que han de componerlo se detallan en despachos dirigidos por Napoleón á su ministro de la Guerra en la misma

1 Junot llegó á proponer á Napoleón la libertad de comercio para los ingleses en cuanto á los vinos de la comarca de Oporto, tan rica en ellos.

fecha y en la de 3 de Noviembre, designándose ya en ésta al general Dupont para mandar en jefe el Cuerpo, y á los generales Barbou, Vedel y Malher para el mando de las tres divisiones, en las que obtendrán puesto también los generales de brigada Pannetier, Godinot, Laplane, Liger-Belair y Laval, varios de los que tanto han de figurar en sucesos posteriores, de gran resonancia en la historia.

Por el mismo tiempo se había dispuesto también la organización de una reserva general de caballería, compuesta de tres brigadas, una de caballería de línea, otra de dragones y la tercera de cazadores, que se establecerían provisionalmente en Tours, Orleans, Chartres y Compiègne. Pero el 5 de Noviembre resuelve además la formación de otro Cuerpo de ejército que llevará el título de *Cuerpo de observación de las costas del Océano*, en el que tendrían puesto la reserva de caballería á que nos hemos referido y otras dos brigadas de infantería que había mandado crear en Sedán y Nancy. Mandaría ese Cuerpo el mariscal Moncey, teniéndolo, sin embargo, secreto, el mayor tiempo que fuese posible; y después de órdenes y contraórdenes sobre la marcha de sus tropas, ya para que fuesen en posta, ya para que lo hicieran en jornadas ordinarias, concluyeron por establecerse en Burdeos. Para el 10 de Diciembre no debía quedar en Francia ninguno de los Cuerpos de la Gironda; y marcharía también á situarse en la frontera una *división* llamada *de observación de los Pirineos occidentales,* cuyo mando tendría el general Mouton, ayudante del Emperador, de la que más tarde se destacaría la brigada Darmagnac para establecerse en San Juan-de-Pie-de-Puerto. Su misión era la de dirigirse el 6 de Febrero á Pamplona, de cuya plaza tomaría posesión, «y sin darse por entendido su jefe ocupará la ciudadela y las fortificaciones, tratando con la mayor cortesía á los jefes (españoles) y á los habitantes, no haciendo ningún movimiento y diciendo que espera órdenes [1]». Además, el 28 de Enero mismo, en que

1 Despacho de 28 de Enero de 1808 á Clarke.

Napoleón dictaba esa orden, mandó á su ministro de Relaciones Exteriores que pidiera á España dos navíos é hiciese que Beauharnais representara á nuestro Gobierno la necesidad de que fuese recibida en Barcelona una división francesa de 15.000 hombres que se hallaba ya en Perpignán á las órdenes del general Duhesme. Y para mejor disimular sus proyectos, ó pensando que no hallarían sus tropas obstáculo alguno ni de parte del Gobierno español ni de nuestros compatriotas, como había sucedido en Portugal, dispuso que aquella división, después de descansar en Barcelona algunos días, continuara su marcha á Cádiz, punto al que también se encaminaría otro cuerpo de 4.000 hombres, destacado del de Dupont, establecido ya en Valladolid, ó del de Moncey, al que daría instrucciones para que se adelantase á Burgos [1].

¿Se quiere demostración más palmaria de cuál era el pensamiento de Napoleón al disponer esa grandiosa asamblea de tropas en la frontera española?

Y, sin embargo, nadie en España se daba cuenta de cuáles serían ese pensamiento ni el objetivo á que se dirigían tantas fuerzas como eran las que ya penetraban en el país. La Corte fluctuaba entre las muestras de confianza que se le habían dado desde París, y los temores que no dejaba de abrigar ante el silencio del Emperador respecto al tratado de Fontainebleau, tan secreto entonces como en los días de su celebración, pero más imponentes todavía con el espectáculo de los ejércitos franceses, cuyo destino se disfrazaba con suponerlo para rechazar cualquier intentona de los ingleses contra Portugal ó Cádiz.

1 El célebre D. Antonio de Capmany, en su *Centinela contra franceses*, decía sobre el pretexto bajo el que Napoleón hacía entrar algunas de sus tropas en la Península: «No era menos desatinada la idea de que estas fuerzas se dirigían al Africa; pero, ¿á qué? ¿y contra quién? Ni ¿con qué transportes, ni cuándo, habrían de efectuar la travesía del Estrecho, sin un navío, ni una fragata, á la vista de escuadras inglesas que hubieran hecho pasto de los peces a cuantos locos se hubiesen embarcado? El Africa á que tenía ganas Bonaparte era la España, y los africanos éramos nosotros.»

Para hacer más probable esa idea, Napoleón la combinaba con la de una expedición á Sicilia, con la que se lograría arrebatar á Inglaterra todo punto de apoyo para sus operaciones en el Mediterráneo. Una gran escuadra, compuesta de la de Rosily, surta en la bahía de Cádiz, la de Rochefort, la nuestra de Cartagena y la de Tolón, que mandaba el almirante Ganteaume, intentarían un desembarco que ocupara á Regio y el Faro, aprovechando la ausencia de las tropas inglesas de John Moore, que ya hemos dicho se habían dirigido á Lisboa para allí reunirse con la de Spencer, procedentes de Inglaterra. Las naves de Rosily no podían romper el bloqueo que las tenía privadas de toda acción, y las de Allemand lograrían ó no salir de Rochefort, tan bloqueado como Cádiz; pero con las de Cartagena, unidas á las de Tolón, bastaba para enseñorearse de Sicilia y arrojar á los Borbones, que aún reinaban en aquella isla, y á los ingleses que hubieran quedado en ella. Los navíos españoles, que eran siete, abandonaron, con efecto, el 10 de Febrero de 1808, el puerto de Cartagena, con su jefe D. Cayetano Valdés. Éste no pudo ó no quiso presentarse frente á Tolón, sino que arribó á Mahón, salvando así su escuadra de que cayera bajo el dominio del almirante francés, que no la habría soltado luego al revelarse en toda su desnudez el infame proyecto de su Emperador sobre España [1].

La Corte, repetimos, sin dejar de seguir asintiendo á cuanto Napoleón la indicaba para tenerla desarmada el día, ya próximo, del descubrimiento de sus planes, vacilaba, con todo, en cuanto á tomar una resolución que tuviese la apariencia siquiera de previsoras energías. La conducta de Ju-

1 Thiers dice al llegar á ese punto de su narración: «*Traición* ó debilidad, el resultado era el mismo para los proyectos de Napoleón, y revelaba con toda evidencia la manera con que acostumbraba España cumplir con sus deberes de aliada.» Y tiene el descaro de escribir eso cuando sabe que el gobierno español relevó á Valdés con el general Salcedo, y cuando acaba de denunciar el plan del Emperador al dirigir sus tropas sobre Madrid, declarando que «otro que Lisboa era el verdadero objetivo de aquellos movimientos».

not, claro es que dictada por Napoleón, descartando de Portugal toda influencia española, militar y política, y la entrada de tantas tropas en la Península cuando estaba visto que ningún peligro corrían las primeras que acababan de consumar la ruina de aquel reino, quitarían á Carlos IV la esperanza de resarcir á su nieto de la pérdida de Etruria, y á Godoy la única de salir á salvo de la borrasca que se cernía sobre su cabeza. No tenía éste más que mirar en su derredor para comprender que iba muy pronto á verse abandonado á sí mismo; pues que los españoles, imprevisores como hombres de corazón, anhelaban la presencia de los franceses precisamente para que, exaltado al trono D. Fernando, quedara el favorito de sus padres privado de toda protección y sin recurso alguno para su defensa del horror que inspiraba ya á la nación que con su torpeza había conducido á tan lamentable estado [1].

Porque, ya lo hemos dicho también, las tropas del Emperador eran recibidas en los pueblos con la mayor satisfacción, hasta con los transportes de una alegría que más que amistad con ellas revelaba esperanzas de una mediación que les aliviara de tanta vergüenza como les producía gobierno tan torpe y abyecto. Los temores de la Corte y las esperanzas de los españoles, al chocarse en el caótico medio de tan-

1 El mismo Godoy al recordar la celebración de un Consejo extraordinario de que luego se tratará, dice en sus Memorias que se hallaba rodeado de enemigos, «tibios y amedrentados los que podían llamarse mis amigos, y contraria la Corte toda, y el Rey mismo, á mis consejos». Esto último no es cierto y lo prueba la conducta de los Reyes hasta su muerte; pero cuidado si es pretensión la de que sus opiniones hubieran de prevalecer sobre las de cuantos le escuchaban.

Poco antes lleva dicho: «de qué manera me emprendieron, me asediaron, me aislaron y tapiaron mis contrarios, y de qué modo procuraron y lograron despojarme de la fuerza moral, tan necesaria en todo tiempo al que dirige la marcha del Estado, cuanto y más una marcha tan escabrosa y tan difícil como aquella en que se vía la España».

Añade que entonces volvió á pedir su retiro: pero al escribir eso Godoy, ¿no comprende que se contradice con lo que acababa de decir de que *el mismo Rey*, no aceptando su dimisión, *se mostraba contrario á sus consejos?*

tas dudas, recelos y vacilaciones, eran el fruto que buscaba el Emperador para, sin el uso, siempre repugnante, de las armas cuando no se apoya en la razón ni el honor, llegar al logro de sus insaciables ambiciones, sobre todo á la de aquel imperio de Occidente soñado desde sus últimos triunfos.

Entrada de Dupont.

Ya en Enero del nuevo año y consumado el despojo de Portugal, Napoleón creyó llegada la ocasión favorable para emprender el de la monarquía española, y dió á Dupont, cuyas divisiones se hallaban entre Irún y Vitoria, la orden de continuar su marcha á Burgos y luego á Valladolid para dejar sitio al mariscal Moncey que con su *Cuerpo de ejército de observación de las costas del Océano* había entrado en España el 9 de aquel mes y debía avanzar también á Burgos, con instrucciones, como su colega, para observar á su izquierda los puentes del Duero, esto es, los caminos de Madrid. Ninguno de esos generales pedía noticias de nada á las autoridades españolas; lo que sí hacían era exigir cuanto necesitaban y mucho más sin permiso, consideración ni miramiento de especie alguna, haciendo comprender que llevaban instrucciones precisas para todo. A las autoridades sólo les quedaba el apelar al Gobierno; y como éste ignoraba la entrada de sus *aliados* en España á pesar de las estipulaciones de Fontainebleau y de cuantas seguridades de amistad le daba M. de Beauharnais, de las exigencias de los generales y los atropellos de sus tropas, recurría al especioso y vergonzoso recurso de contestar á sus delegados de las provincias invadidas que procurasen «consolar á los pueblos con la promesa de que cesarían pronto aquellos males, y excitarlos á la constancia, en la persuasión de que S. M. compensaría sus servicios» [1].

La de Moncey.

Mejor aún que las autoridades á que aludimos, capitanes y comandantes generales de las provincias y plazas que cruzaban los franceses y las diputaciones de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava, informaba al Gobierno el general Laburia que,

1 *Compendio de las providencias, órdenes, etc.*, tan repetidamente citado.

establecido en Irún y en comunicación constante con nuestro cónsul de Bayona, daba partes continuos de la reunión creciente de fuerzas en aquella plaza francesa, de su entrada en el territorio español y de su conducta, siempre arbitraria y violenta en nuestros pueblos, aun agasajándolas hasta con esplendidez. Y, después de todo, las noticias de Laburia eran para el Gobierno, y principalmente para Godoy, con quien comunicaba directamente, las únicas fidedignas que se recibían en Madrid, sorprendiendo no pocas veces por lo nuevas é inesperadas. Al recibir, por ejemplo, la de que reunidas las tropas de Dupont en Bayona, tenían orden de entrar en España y acantonarse en las inmediaciones de Vitoria, contestaba Godoy: «No entiendo esto de acantonarse en Vitoria: procure Laburia saber algo más.» Y, con efecto, escribía Laburia el 11 de Diciembre: «el general Dupont á su llegada á Bayona se informó del estado de las fortificaciones de Pancorbo, su guarnición, etc.; que la vanguardia de su ejército que mandaba en Vitoria el general de división Barbou, entró en Irún municionada como pudiera hacerlo en país enemigo; que en el día todo el interés de Dupont se reducía á saber si era ó no cierta la noticia del matrimonio del Príncipe de Asturias con la hermana del joven Tacher (edecán de Junot); que el número de tropas del ejército de Dupont se aumentaba cada día en Bayona; que en esta ciudad se habla con seguridad de la llegada de tropas á Burdeos para formar un tercer ejército de observación que debía igualmente entrar en España; que la fuerza total de los tres se compondrá de 100.000 hombres, y que al gacetero de Bayona se le había prohibido hablar de entrada y salida de tropas».

Tanto como sorprendían, apuraban esas noticias á la Corte española. Comprendiendo su gravedad, el Rey convocó un consejo, en el que Godoy, según dice en sus Memorias, pidió se exigiera al gabinete francés suspendiese la entrada de nuevas tropas en España, hasta que vuelto el Emperador de

Italia se entendieran y concertasen las dos Cortes. España no se encontraba en situación de empeñarse en los gastos de la subsistencia de tantas tropas y, por otro lado, contaba con medios para rechazar cualquier insulto á sus costas, como lo había hecho en otros casos con mucha gloria suya propia.

No debía tampoco temerse nada por parte de Portugal si se le gobernaba como lo hacían los generales españoles en las provincias por ellos ocupadas. Francia, pues, no necesitaba enviar nuevas fuerzas á aquel reino, por lo que se debería manifestar al Emperador la conveniencia de que se atuviese á la ejecución de lo convenido en Fontainebleau, y además invitar á Dupont á que suspendiera su marcha hasta recibir nuevas órdenes que, de seguro, serían las de hacer alto en su camino y abstenerse de internar más tropas en España.

«Yo hablé más de una hora, dice, acerca de esto con tanto más calor, cuanto no vía más esperanza de salud que los momentos perentorios que quedaban, ó para contener á Bonaparte, ó para hacerle frente con las armas.»

El hombre de Estado, que por tal se tenía, y por eminente, el autor del tratado de Basilea que le había valido el altisonante título de Príncipe de la Paz, sostuvo enseguida con el Rey un diálogo del que en buena lógica, circunstancial en tal crisis como aquella, no salió muy airoso, por más que él creyera otra cosa.

«Lo que propones, dijo D. Carlos, es lo justo, lo debido y lo que exige el honor de mi corona; mas ¿qué se hará después, si el Emperador insiste en que entren nuevas tropas? —Señor, respondí yo, negar la entrada con firmeza, mientras ningún motivo poderoso previsto en el tratado pueda justificarla.—Y si las manda entrar, no obstante, añadió el Rey, ¿qué es lo que podrá hacerse?—Defendernos si á tal se atreve en casa ajena sin ningún motivo verdadero, dije al Rey; hablar á la nación, decirle lo que ignora, fiar en Dios,

en nuestra buena causa y en la España.—¡Resolución heroica, pero desesperada!, exclamó el Rey.»

Y con razón, al punto en que se habían puesto las cosas en esta pobre España, tan torpemente gobernada, y cuando habiéndose enviado al Norte las tropas del marqués de la Romana y á Portugal las tres divisiones de Carrafa, Solano y Taranco, apenas quedaban fuerzas para la defensa; como que ni aún se había logrado completar la que debía constituir aquéllas según su primera organización [1].

Y añade Godoy:

«Su Majestad hizo señal para que hablase á su turno cada uno. Todos los pareceres fueron uniformes en igual sentido que habló el Rey, y yo me quedé solo sin ningún apoyo.»

Pues ¿qué esperaba entre hombres que, odiándole de todo corazón, á pesar de estarle adulando antes, se veían apoyados por la opinión del Rey, sensata, hay que decirlo, en aquellas circunstancias? Allí estaba su compariente Cevallos, que después decía de él: «Pero ¿qué podíamos esperar de aquel idiota, aconsejado de su propia ignorancia, que en tres cuartos de hora, medio en pie, medio sentado, con el cigarro en una mano, y pellizcando con la otra alguna beldad de su devoción, despachaba la inmensidad de negocios de ambos mundos, unos de palabra, y otros con breves y obscuras resoluciones á lo tirano? [2].»

Napoleón, entre tanto, no cesaba en sus disposiciones para en las épocas que convenían á sus planes en aquella ocasión bélico-diplomática, hacer que sus tropas fueran introducién-

1 Por supuesto, que en esto y en su mayor parte, las Memorias de Godoy tienen que aceptarse á beneficio de inventario, cual suele decirse, como escritas después del grandioso alarde de nuestra guerra de la Independencia. Y, si no, compárese con ese diálogo el despacho en que se decía á las autoridades que se quejaban de los desmanes cometidos por los franceses, que procurasen *consolar* á los pueblos, excitándolos á la constancia, etc., etc.

2 ¿Por qué no hablaría así cuando ese monstruo tiranizaba á España, y cuando en Bayona le confería el Ministerio de Estado aquel otro tirano que los demás españoles detestaban? Ese lenguaje no está bien en un ministro de tres soberanos.

dose en España y tomando las posiciones más propias á su objeto.

La de Darmagnac.

Ya hemos dicho que la *división de observación de los Pirineos occidentales* destacaría la brigada Darmagnac, para que, estableciéndose en San Juan-de-Pie-de-Puerto, estuviese dispuesta á penetrar en Navarra. Y, en efecto, en los días mismos que había fijado Napoleón en sus despachos, emprendía Darmagnac la marcha y entraba en Pamplona con 2.500 hombres que habían recorrido el que los antiguos llamaban *carril ordinario* de aquellos Pirineos, el camino de Roncesvalles, tan célebre en nuestra historia. No había hecho más que alojarse en Pamplona, y ya el general Darmagnac solicitaba del marqués de Vallesantoro, Virrey de Navarra, se le concediese tomar parte con su brigada en la guarnición de la ciudadela.

Oponiéndose el Marqués á eso, se convino en consultar, éste al gobierno, y el francés al mariscal Moncey que debía hallarse en Burgos. Vallesantoro lo hizo, efectivamente, no atreviéndose á una resolución que en estado tan obscuro como el de la política internacional de aquellos días podría disgustar al omnipotente valido de Carlos IV. El general Darmagnac ¿para qué había de consultar á Moncey, si, como hemos visto, tenía instrucciones del Emperador tan precisas para el caso? Él mismo se las había revelado en parte al Virrey, puesto que éste escribía el día 10 que había resistido la pretensión y logrado suspendiese (Darmagnac) lo que estaba determinado á executar, *según las órdenes é instrucciones que dijo tenía.*

Godoy hizo el 14 que se le contestara lo siguiente: «Ha hecho mal en alojarlos en la ciudad; pero si ya lo están, debe obrar con mucha política y circunspección hasta desalojarlos; ponga sobre los pueblos de la inmediación el alojamiento de esta tropa ínterin se decide la suerte de su destino; esté á la mira y evite toda sorpresa y violencia, sirviéndose del paisanaje armado; pero esto en el último

extremo, pues hasta ahora su venida es como aliado.»

Aquella orden, si así puede llamarse, llegó, empero, muy tarde. La traición se había consumado, y la ciudadela de Pamplona se hallaba ya en poder de las tropas francesas.

¿Cómo había sucedido caso tan lamentable y digno de un castigo ejemplar?

He aquí cómo Vallesantoro lo explicaba en su parte. Decía en él «que en la mañana del día anterior (15 de Febrero) estuvo á visitarle el general Darmagnac para manifestarle que el oficial que había despachado la mañana del 11 con un pliego para el mariscal Moncey, se había restituído á Pamplona sin haberle encontrado en Burgos, por lo cual nada se trató en punto á hacer el servicio de la plaza y ciudadela, persuadido el Virrey de que no pasaría á innovar cosa alguna hasta la respuesta de nuestra Corte; pero que, sin embargo de estos antecedentes, se había en aquel día apoderado de la ciudadela un Cuerpo francés, por estratagema y aun forzando al centinela de la guardia; que al mismo tiempo que se executaba esta operación, á las siete de la mañana, recibieron, el mismo Virrey, el gobernador de la plaza y el comandante de armas de la ciudadela, oficios del general francés participándoles que enviaba tropas á la ciudadela y pidiéndoles las alojasen en ella».

Darmagnac añadía á la ejecución de tan indigna *hazaña* la burla más sangrienta del descuido, de la inepcia y debilidad del Virrey español, no castigadas, sino, por el contrario, aprobadas por el generalísimo. Porque éste decretaba el 20: «Apruébese la tolerancia, pero reencárguesele la vigilancia para no recibir otra nueva sorpresa; y conviniendo que antes de dar Yo (así) la queja se indague por medios más inmediatos la causa de este proceder, pásese este oficio y anteriores al general Laburia, á fin de que, enterado del hecho, oficie con el mariscal Moncey protestando la violencia y pidiéndole aclaraciones para informarme de todo» [1].

1 Ni aun se atrevió Godoy á comunicar por escrito esa resolución, *sin duda*

Pero, he aquí cómo se emprendió y llevó á cabo la sorpresa de la ciudadela de Pamplona, la que Vallesantoro calificó de estratagema.

Varios historiadores la han comparado con la de Amiens, realizada por los españoles en 1597. No puede compararse con la tan celebrada del *sargento de las nueces* que puso en nuestro poder la fortaleza francesa, ni con otra alguna de las comprendidas en el largo catálogo de las citadas por Frontino y Polieno desde el momento en que los engañados ó sorprendidos no eran enemigos, adversarios que, por hallarse en guerra declarada ó abierta, estuviesen alerta contra cualquier intentona ó acometimiento de que se les quisiera hacer objeto. El virrey de Navarra pecaría de imprevisión; los presidiarios de la ciudadela de Pamplona de confiados y de perezosos en su importantísimo servicio; pero hay que considerar el estado de paz y aun de alianza en que se estaba con Francia; más todavía, en el de las gratas esperanzas que infundía Napoleón á los españoles en general, que le atribuían el solo pensamiento de librarles del torpe y vergonzoso gobierno de Godoy.

En la mañana del 16 de Febrero se dirigían á la fortaleza unos 60 franceses en traje de faena y aparentando ir á recoger los víveres que diariamente se les entregaba allí para sus tropas. Nadie hubiera sospechado en ellos otra misión;

por demasiado enérgica, sino que la envió con otras advertencias por medio de un oficial, D. José Cortés, y, por supuesto, de palabra.

Por cierto que el oficial del Estado Mayor del generalísimo que hizo la recopilación ó *Compendio de las providencias y órdenes, etc.*, tantas veces citado, dice que por la contestación de Vallesantoro puede calcularse que una de las prevenciones de Godoy debía referirse al concepto que el Marqués habría formado de los naturales de su virreinato «en orden, dice, á las circunstancias en que se hallaban». Vallesantoro contestó «que el amor de los navarros á España no sólo se fundaba en el que tenían al Soberano, sino también en la conveniencia que les resulta de vivir bajo un gobierno que les mantiene sus fueros y privilegios; razón por la que desconfían de verse rodeados de exércitos extranjeros y recelan ser víctimas pasando á otro dominio».

Se conoce que Godoy padecía aún de los recelos que le habían inspirado los señores Zamora y Llorente y la conducta de la Diputación de Guipúzcoa.

ignorándose que aquella noche, y secretamente, se habían introducido en el alojamiento del general Darmagnac, casa del marqués de Besolla, muy próxima y dominando la explanada, sobre 100 granaderos, armados por supuesto, y que en su cuartel, también inmediato, se hallaba preparado para salir al primer aviso un batallón del regimiento núm. 47 de línea. Nevaba en abundancia, y los franceses, mientras les daba su jefe, el comandante Robert *(officier*, dice Foy, *de tête et de vigueur)*, la orden de entrar en la ciudadela, se pusieron á tirarse unos á otros bolas de nieve, distrayendo, al parecer, su tiempo y á los soldados españoles del rastrillo y de la puerta con el espectáculo de aquella inofensiva lucha, tan común allí donde nieva con tanta frecuencia. Había, con todo, entre los franceses quienes, como indiferentes á aquel juego ó aburridos de esperar, se establecieron en el tablero del puente levadizo y en la bóveda del portal de entrada de la fortaleza, donde, á una señal de Robert, se lanzaron sobre el centinela y el armero, atropellando á aquél y cogiendo cuantos fusiles tenía allí la guardia. A esa misma señal salieron del alojamiento de Darmagnac los granaderos ocultos en él y acudió corriendo el batallón preparado en el cuartel, con lo que á los pocos momentos apareció la muralla coronada de soldados franceses, y la guarnición española, sorprendida y sin acción posible, quedó á merced de los invasores, *sus aliados y amigos*. Tan amigos, que minutos después recibía el Virrey un oficio en que le manifestaba Darmagnac «que lejos de alterar aquel suceso la buena armonía que debía reinar entre españoles y franceses, debía considerarse como un lazo más entre dos aliados recíprocamente leales [1]».

1 Napoleón en despacho de 20 de Febrero encargaba se dijese al comandante general de Navarra que la operación de la ciudadela obedecía á la conveniencia de asegurar su retaguardia. «Por lo demás, encargaréis asegurar á los habitantes de aquella provincia que cualesquiera que lleguen á ser los acontecimientos que tengan lugar, seré el primero en defender la integridad de sus privilegios.» ¿Habría inocentes que lo creyeran?

Con éxito más completo no podían cumplimentarse las instrucciones de Napoleón.

Quien lea la correspondencia de Napoleón en aquellos días, comprenderá cuán fija se hallaba ya en su mente la idea de apoderarse de España; eso sí, mejor por la fuerza de sus intrigas que por la de sus armas [1]. Particularmente los despachos del 20 de Febrero, dirigidos al Gran Duque de Berg, en que, después de anunciarle su nombramiento de Lugarteniente suyo en el ejército francés de España y de enumerarle los cuerpos de que se compone el ejército y los generales que los mandan, su situación y medios de que disponen, le señala las instrucciones á que ha de atenerse, le prescribe, entre otras cosas, la ocupación de Pamplona y su ciudadela, la de San Sebastián y la de cualquier otro fuerte entre Valladolid, Pamplona y Francia, así como las noticias que debe recoger acerca de los caminos de Valladolid y Burgos á Madrid, acaban por revelar proyectos verdaderamente agresivos que se confirman con la orden de que no tenga comunicación alguna con la Corte española hasta que él se lo ordene [2]. ¿Qué sucede así? Que el Rey de España, como su favorito y su gobierno se hallan en la más absoluta ignorancia de cuanto trama contra ellos su omnipotente *aliado y protector*, tan desarmados, por consiguiente, para cualquiera acción defensiva que ni aun se atreven á iniciarla, no vayan á ofenderle con sus sospechas y desconfianza.

1 Decía poco después al Gran Duque de Berg: «Quiero mostrarme amigo de España y conseguir mi objeto político sin hostilidades; pero he debido marchar sobre seguro para, si se hiciera necesario, poder sobreponerme á la resistencia con la fuerza.»

2 «Si sucediera, le dice, que el comandante general de Navarra se negase á entregar la fortaleza de Pamplona, emplead las tropas del mariscal Moncey para forzarle á ello.»

«Por lo demás, es inútil que tengáis comunicación alguna con la Corte de España hasta que yo os envíe la orden.»

«Lo principal, ante todo, es ocupar la ciudadela de Pamplona.»

La de Barcelona y del castillo de Figueras.

Lo que en Navarra, sucede en Cataluña. La noticia de que en Perpignán se está preparando una expedición al Principado, llega á nuestro gobierno por el conde de Santa Clara que mandaba las armas en aquellas provincias. Se le previene el 3 de Febrero que evite la entrada de las tropas francesas *bajo el justo motivo de no tener orden ni noticia para ello.* ¿Para qué, diría Duhesme, si él las tenía del Emperador? El 10 repetía el Conde su aviso, con el conocimiento ya de que aquel día se hallarían los franceses en Figueras «marchando á Barcelona después de pedir al gobernador español alimentos y forrajes y haciéndole responsable de la ejecución».

Relevado Santa Clara por el conde de Ezpeleta, cree éste deberse dirigir á Duhesme suplicándole que suspenda su marcha, y la contestación que recibe es la de presentarse el general francés y sus tropas á las puertas de Barcelona, que nuestro capitán general no se atreve á cerrarle, no pareciéndole prudente hacerlo *después de bien meditadas las circunstancias y consecuencias.* En vista de esas noticias, la resolución del príncipe de la Paz fué la de que se diese á los franceses pasaporte para Cádiz, ya que Duhesme anunciaba su próxima partida de Barcelona, pero siguiendo la carretera de Valencia y alejándolos lo posible de la corte.

Como en Pamplona, los franceses no se satisfacían con su establecimiento en la ciudad, y aspiraban también á enseñorearse de la ciudadela y del castillo de Montjuich. Pero como las instrucciones dirigidas por Godoy al conde de Ezpeleta le impedían acceder á solicitud alguna en esa parte, á lo único á que dejó de resistirse fué á la ocupación de las Atarazanas, *aunque interiormente*, á tomar parte en las guardias de las puertas, *con objeto, se decía, de evitar desórdenes y la salida de los soldados*, y hasta en las de la ciudadela, *como puesto de honor y como muestra de mutua confianza entre ambos ejércitos.*

¡Qué opinión formarían los generales franceses de nues-

tras autoridades y del gobierno que regía á la nación española!

Las instrucciones de Godoy, llevadas á Barcelona por el coronel de Artillería D. Joaquín de Osma, como á Pamplona por el de ingenieros Cortés, se cruzaban con las de Napoleón, que las enviaba de París á Pamplona, Barcelona y Madrid con ayudantes suyos ó del ministro de la Guerra. El dirigido á la capital de Cataluña, llevaba una frase del Emperador que valía por cien órdenes, la de que S. M. I. suponía que Duhesme *era dueño de los fuertes y la ciudadela* [1].

Aguijoneado Duhesme con aquel mensaje y receloso del que Osma hubiera podido llevar á Ezpeleta, se decidió al uso de la fuerza para no desairar, sin duda, las hábiles previsiones del Emperador. Y el día 29 de Febrero, fecha muy discutida pero documentalmente cierta, al tiempo de penetrar en Barcelona la división Chabran, acantonada hasta entonces en Mataró, formaba la italiana de Lechi en la explanada de la ciudadela. La costumbre de celebrarse allí la parada todos los días, debió hacer que no se extrañara aquella formación, mostrando Lechi una minuciosidad sumamente escrupulosa en la revista de sus tropas para alejar más y más, sin duda, toda sospecha por parte de los españoles de la fortaleza á cuyo pie se celebraba aquella función militar. De pronto, y siguiendo de muy cerca á un oficial enviado á anunciar su visita al gobernador, Lechi se dirige á la ciuda-

1 «El capitán de ingenieros italiano Vacani, de cuya excelente *Storia Militare degli Italiani in Ispagna* hemos de sacar excelentes noticias, dice que Duhesme recibió la orden terminante *di tosto estabilirsi per qual si fosse via nel possedimento dei forti.*

Duhesme en sus *Memorias*, de que no haremos menos uso, cita poco más ó menos el despacho del Emperador. Dice «que un ayudante de campo del ministro de la Guerra le llevó una carta en que se le manifestaba que el Emperador le suponía en la posesión de la ciudadela y de los fuertes.» «Es necesario, añade en una nota, llamar aquí la atención sobre el maquiavelismo del gabinete de Saint-Cloud: no se habían querido dar las órdenes para una empresa de tal importancia, y sin embargo se suponía ejecutada. El ayudante de campo, portador de aquella carta, se negó á explicar la intención del gobierno francés.»

dela con su Estado Mayor, y después de detenerse un rato en el levadizo para dar tiempo á que los Vélites italianos de la parada se le reunan, penetra con ellos en la plaza de armas y les hace formar cual si fueran los únicos presidiarios de la fortaleza é inmediatamente posesionarse de las principales obras del recinto. El gobernador español, sorprendido, tiene que entregar su espada, y las tropas de la guarnición que acudieron á formar también en la plaza, hubieron de mantenerse en ella en actitud, eso sí, amenazadora pero inactiva, hasta que por la tarde recibieron la orden de evacuar la ciudadera y retirarse á los cuarteles de la plaza.

El gobernador de Montjuich, aquel D. Mariano Álvarez que no tardaría en alcanzar la mayor gloria militar posible en la defensa de Gerona, más previsor y de otro temple que el de la ciudadela de Barcelona, había hecho cerrar las puertas del castillo y situado la guarnición en la muralla; y cuando el general francés Milossevitz le intimó que bajara el puente para entrar en el fuerte con las fuerzas que llevaba, le contestó que no lo haría sin una orden categórica y auténtica del Capitán general. Ni reflexiones, ni amenazas con fuerzas con que Duhesme aumentó las de su subordinado, sirvieron para convencer y menos amedrentar al impertérrito Álvarez, y después de una demostración hostil y el aparato de cuerdas y escalas para el asalto, que nuestro ilustre compatriota despreció, el francés hubo de recurrir al conde de Ezpeleta, que le concedió la entrada en Montjuich «para evitar, dijo en su parte, la conmoción popular, y por no tener el castillo provisiones de boca ni de guerra».

Hemos dicho en otra parte: «No podía obtener éxito más completo el plan maquiavélico de Napoleón. Ignorando el gobierno español sus intenciones y sus proyectos, no podía tomar resolución ninguna enérgica ni prevenir á las autoridades de las provincias la conducta que habían de observar. Los capitanes generales veían absortos cómo penetraban en el territorio de su mando tropas extranjeras, sin saber el ob-

jeto que llevaban ni conocer su itinerario; y al contemplarlas ante los muros de su propia residencia, generales como el conde de Ezpeleta y el ilustre defensor de Bellegarde, olvidábanse de hacer cerrar las puertas de las fortalezas. ¡Tal confusión, tal aturdimiento, tales vacilaciones y dudas había introducido Napoleón en nuestro gobierno y en sus delegados!»

Y á la ocupación de nuestras fortalezas con ofensa tan afrentosa para las armas españolas, seguía la bien aprendida y eterna satisfacción, más humillante aún, de que todo aquello *era una mayor razón para vivir en buena armonía.*

Duhesme, que era quien, como los demás generales franceses, contestaba así á las vanas quejas y reclamaciones de los nuestros, creyó, sin duda, que debería diferir á otros días la ejecución del mandato, impuéstole también por el Emperador, de ocupar además la fortaleza de San Fernando de Figueras. Pero pronto comprendió que, aun dueño de Barcelona, su posición podía hacerse difícil si se conservaba indefensa la línea de comunicación con Francia, hallándose en ella fortalezas como las de Rosas, Figueras, Gerona y Hostalrich, en el camino, las tres últimas, que recorrían las tropas imperiales y deberían recorrer las de los refuerzos que esperaba. Aun no dando importancia á la plaza de Gerona ni al castillo de Hostalrich, que tanta sangre y bochornos habrían de costar á él y á otros generales compatriotas suyos, Duhesme daba mucha importancia á la fortaleza de Figueras, que no sólo para acreditar el denigrante título de *Belle inutile* que se le había dado en la guerra anterior, sino que para no levantar sospechas prematuramente, había quedado como desatendida al paso de los cuerpos de su división. Pero al tener noticia de la ocupación de San Sebastián y del castillo de Pancorbo, creyó deber completar la obra del Emperador haciéndole dueño de todas las defensas con que contaba España en los puntos estratégicos más importantes de la vasta é interesantísima región de la izquierda

del Ebro. Ya á su paso, había dejado en Figueras, como punto de etapa mejor que por otra causa, un destacamento, aunque poco numeroso, de sus fuerzas, cuyo comandante intentó luego la entrada en el castillo, sin éxito, mientras puso en juego reflexiones y ardides, pero conseguida el 18 de Marzo por las amenazas que dirigió al gobernador, quien sin duda se creyó dispensado de las leyes del honor y de la Ordenanza con el ejemplo dado por las autoridades de Pamplona, Barcelona y San Sebastián, de que ya tenía noticia.

La de San Sebastián y del castillo de Pancorbo.

San Sebastián, con efecto, se hallaba ya en poder de los franceses, como que el 5 de aquel mismo mes de Marzo fué entregada por el duque de Mahón, comandante general de Guipúzcoa; sometiéndose, no á las intimaciones de Murat, sino á las órdenes de nuestro Gobierno. Napoleón había escrito á Murat el 20 de Febrero: «Después de la ciudadela de Pamplona, la más importante es la de San Sebastián. Enviaréis á quien vea la situación en que se encuentra y, si merece la pena, la haréis ocupar, como cualquiera otra fortaleza que se halle entre Valladolid, Pamplona y Francia, para que nuestra retaguardia esté perfectamente tranquila.» Además, el cónsul español había oído á Murat hablar «de la conveniencia de que las tropas francesas ocupasen la plaza de San Sebastián con sus fuertes, para guardar las espaldas á los ejércitos franceses». Y, por fin, á las consultas dirigidas por el Duque al generalísimo español, se le había contestado: «Entregue V. E. la plaza, pues está indefensa; pero amigablemente, según han hecho los demás en donde había menos razón de disculpa.» Es decir; que se daba por el gusto, como vulgarmente se dice, á Napoleón, según hemos hecho ver en uno de sus despachos.

De los fuertes á que Napoleón podía aludir existentes entre Valladolid y Francia, era el más importante el castillo de Santa Engracia, levantado en las alturas del desfiladero de Pancorbo después de las campañas de la República para

impedir nuevas irrupciones y, particularmente, el tránsito de los invasores á Castilla. No le costó mucho obtener fuerte tan perfectamente situado en el camino que iban recorriendo sus ejércitos, si bien estaba inacabado y sin otra guarnición que unos cuantos soldados que mandaba un oficial subalterno. El comisario de Real Hacienda, encargado de los almacenes de artillería, que hizo la entrega del fuerte, recibió, al dar parte de ella al Gobierno, la siguiente contestación: «Nada puede desaprobarse después de sucedido el caso; pero aunque falten medios para resistir la violencia, quedan los recursos de la protesta para cubrir la opinión y el honor de las armas.»

De manera que, para Godoy, con protestar quedaba incólume el honor militar de los que tan torpemente se habían dejado engañar ó imponer por los generales franceses [1].

No necesitamos esforzarnos mucho para demostrar la transcendental influencia que podría tener un éxito tan completo como el alcanzado por Napoleón sin disparar sus tropas un solo tiro y ni siquiera haber tenido que descubrir paladinamente sus tan torpes como infames proyectos contra la independencia de España y de Portugal. Sin disparar un tiro, repetimos, los ejércitos franceses habían establecido en nuestra región pirenaica una base de operaciones, si demasiado extensa al parecer, perfectamente sólida, pues que se vería, en caso de guerra, apoyada por las mejores plazas que poseíamos y, en último término, por el Imperio. La izquierda del Ebro quedaba completamente dominada con sólo avanzar unos pasos; á Zaragoza, desde Pamplona, donde Napoleón hizo acumular fuerzas con abundante artillería, y á Zaragoza también y Tortosa, desde Barcelona por Lérida y Tarragona, plazas á que en París y en los

1 Esas noticias, oficiales todas, y, de consiguiente, incontrovertibles en su autenticidad, están sacadas del varias veces citado *Compendio,* etc., etc., que se formó para la causa ordenada contra Godoy al abdicar Carlos IV, y termina el 17 de Abril, tres días antes del de la salida del Valido y sus Reyes para Bayona.

cuarteles generales franceses se negaba importancia por entonces. Si las artes del Emperador habían conseguido tamaño resultado, ¿qué no debería esperarse del esfuerzo de los vencedores de Marengo y Austerlitz, Jena y Friedland, triunfadores de todos los Soberanos de Europa y de sus vastísimos territorios?

Entra Murat en España.

Portugal había desaparecido del cuadro de las naciones continentales y se hallaba cubierto de tropas que, amenazando en la apariencia al mar surcado por las naves británicas, podrían revolverse contra España al compás mismo que las establecidas en Valladolid y Burgos se encaminaran al centro de la Península, asiento de la Corte, corazón y cabeza de la gloriosa monarquía que se quería destruir. Y sólo se esperaba una orden, tantas veces anunciada aunque enigmáticamente, para por los caminos de Aranda y Segovia presentarse en la capital de España y desde allí sofocar cualquiera insurrección el día en que, como en Lisboa, se tratara de provocarla. Mucho había hecho Napoleón en los últimos días para abreviar su grande y complicadísima tarea y mucho conseguido de la incapacidad de nuestros gobernantes, de la ciega confianza de nuestro Soberano en la lealtad y el talento de su favorito, del estado de ignorancia é incertidumbre en que su política había sumido á los españoles y las vagas pero halagadoras esperanzas con que tenía embargado su ánimo. Ya no le faltaba más que dar un paso para, aun dejando á descubierto su falacia, acabar por imponer sus efectos con la fuerza que, para ese caso, había introducido hasta el corazón del país objeto de sus ambiciones. Necesitaba un instrumento; y entre los muchos que tenía en el vasto arsenal de su corte militar, echó mano de uno doble, de lima y filo, que le sirviera para la preparación y desenlace del último esfuerzo de su genio en la inicua y temeraria empresa en que se había comprometido. Ese instrumento fué Murat, el gran duque de Berg, no satisfecho todavía con la brillante

MURAT

(Copia de un retrato de Appiani.)

posición alcanzada en el ejército, en la corte y aun en la familia del Emperador de los franceses, y dispuesto, por consiguiente, á secundar con todos sus medios de influencia y fuerza los planes de usurpación de que, sin habérsele revelado, esperaría sacar fruto aún más sabroso para su desordenado apetito de oro y de grandezas. Se disfrazaba su nombramiento con la conveniencia de dar unidad al mando de tantas tropas como las enviadas ya á España; pero si entonces se ignoraban y hasta hace poco han seguido ignorándose las instrucciones que traía, los despachos que el Emperador le dirigió y de que hemos dado cuenta y particularmente la comisión encomendada á M. de Tournón, uno de los oficiales de órdenes del Emperador, con el pretexto de entregar su carta del 25 de Febrero al Rey de España, demuestran que se acercaba el momento de poner á Murat en juego con toda aquella influencia y la fuerza que tenía á su disposición. La carta serviría para que Carlos IV no llegara, ni su gobierno tampoco, á despertar del sopor en que los mantenían las seguridades que no cesaba de darles, y, con ellas y las dudas y los recelos que sabía por sus agentes embargaban los ánimos en la Corte, divididos y en lucha, siquier latente, conseguir la continuación de aquel desarme general de la Península que tanto habría de favorecer sus planes.

«Señor mi hermano, así decía la misiva, Vuestra Majestad, en su carta de 18 de Noviembre último, me pedía la mano de una Princesa francesa para el Príncipe de Asturias. Contesté á Vuestra Majestad el 10 de Enero que consentía en ello. Vuestra Majestad, en su carta de 5 de Febrero, no me habla ya de tal casamiento. Todo eso deja en la oscuridad muchos objetos importantes para el interés de mis pueblos. Espero, pues, de su amistad que me aclare todas mis dudas.»

Esa carta, escrita en los momentos en que se estaba operando la ocupación de nuestras plazas fuertes de la fron-

tera y metiendo en las provincias centrales de España fuerzas cuyo número ascendía ya al de 80.000 hombres de todas armas, es más elocuente que cuantos comentarios pudiéramos añadir á su inserción. Falacia mayor, fingimiento más refinado y cruel, es imposible descubrirlos en ocasión que pueda parecerse á aquélla en lo crítica y de consecuencias más transcendentales.

La imaginación, sin embargo, de Napoleón y sus manejos, corrían más que los preparativos militares que su lugarteniente, sus mariscales y agentes administrativos podían hacer, por imperiosas y urgentes que fueran las órdenes que les llegaban un día y otro. Así, Murat, que llegó á Bayona el 26 de Febrero, no pudo penetrar en España hasta el 10 de Marzo en que cruzó el Bidasoa al son de los aplausos y vítores que tanto halagaban su vanidad extraordinaria. Su figura arrogante y marcial, su apostura, las maneras afables que puso en juego y sus palabras, aunque estudiadas y no poco fingidas, cariñosas y halagüeñas también, produjeron en los españoles todo el efecto á que en sus ensueños de nuevas ambiciones aspiraba. Porque sin haber escuchado de los labios del Emperador una sola palabra que le hiciera augurar mayor encumbramiento del que ya había obtenido, su fantasía le hacía pensar que para algo más que para el mando y la dirección de aquellos ejércitos se le enviaba á un país que, por lo que se le había dicho en Saint-Cloud y por lo que veía en él, estaba á punto de sufrir grandes y muy importantes transformaciones. Pero por lo mismo, se manifestaba resentido del silencio de su cuñado y descontento, creyendo desairada su posición ante un pueblo que él consideraba llamado á gobernar. Quejóse de ello al Emperador, manifestándole su sentimiento de que no se le diesen instrucciones para observar en España la conducta á que le invitaban el aplauso y los obsequios de sus naturales, cuyos sufragios se hacían fáciles de obtener por el estado de irritación que en ellos habían creado las torpezas de la corte y

del gobierno, el odio, sobre todo, al príncipe de la Paz. No era justo al clamar por la falta de instrucciones en cuanto á su conducta militar; y en cuanto á la política, mal hubiera hecho Napoleón en enviárselas, no habiendo de darlas en el sentido que Murat pretendía recibirlas. Así es, que Napoleón le contestó: «Cuando yo os mando que obréis militarmente, que llevéis vuestras divisiones bien reunidas y á distancia conveniente para combatir, tenerlas abundantemente provistas para que no cometan desórdenes, evitar toda colisión, no tomar parte alguna en los asuntos que dividen á la corte de España y remitirme las preguntas que se os puedan hacer de su parte; ¿acaso no os doy instrucciones? Lo demás no os incumbe, y si nada os digo, es porque no debéis saber nada.»

Se dirige á Madrid con Dupont y Moncey.

Disgustado y todo con tan seca y desconsoladora contestación, Murat se dirigió á Burgos, donde permaneció hasta el 15 de Marzo en que tomó el camino directo de Madrid con la guardia imperial, que le había seguido desde Francia, y el cuerpo de Moncey, cuya vanguardia se había ya adelantado á Aranda de Duero y se disponía á salvar el puerto de Somosierra. Entre tanto, el segundo Cuerpo de observación de la Gironda, al mando siempre del general Dupont y establecido, según tenemos consignado, en Valladolid, emprendía la marcha á Segovia, dejando en aquella capital su tercera división para observar á nuestro ejército de Galicia, temiéndose, al parecer, que, reforzado por tropas inglesas que pudieran desembarcar en aquellas costas, amenazaran la línea que seguían las francesas. Aquel cambio de frente, imponente por sí solo, puesto que no tenía otra explicación que la dada por Beauharnais de dirigirse tantas tropas á Cádiz y Gibraltar, nombres que, por orden de Napoleón, se hacían sonar de cuándo en cuándo en la corte española como objetivos para la defensa contra los ingleses, no era aislado ni se vería expuesto á las consecuencias que se fingía temer

de la amenaza á que acabamos de referirnos sobre la retaguardia de Dupont. Porque así como para burlarla, avanzaba á Burgos y Valladolid el cuerpo de ejército de los Pirineos occidentales, cuyo mando se confió al mariscal Bessiéres, duque de Istría, al completarlo con tropas de la guardia imperial y una gran división de caballería. De ese modo, Murat, al presentarse en Madrid, además de reunir una fuerza de 50 á 60.000 hombres, tendría aseguradas las espaldas del ejército y sus comunicaciones con Francia; recomendando, sin embargo, Napoleón á todos que hicieran comprender á los españoles que no iban aquellas medidas dirigidas contra ellos, sino que sólo representaban las de precaución qne todo ejército debe tomar en sus marchas aun en las circunstancias de la paz más profunda.

Sus instrucciones.

Esas eran las instrucciones que llegaban todos los días á los mariscales y principalmente al gran duque de Berg, cuyas arrogancias é imprudencia y genialidades eran más de temer. Por eso el Emperador, conociéndole perfectamente, le repetía sus órdenes para que ni por un momento olvidase el papel que se deseaba representase en el drama en cuyo desenlace habría de tomar parte, tanto más ejecutiva y terrible, cuanto, según hemos dicho, le iba á sorprender por ignorada y por imprevista. Ya le instruye del cambio de dirección que van á verificar los cuerpos de Dupont y Moncey para concurrir con él á su entrada en Madrid, marcándole los días en que debe ocupar cada posición de las del camino de Somosierra hasta ponerse el 20 de Marzo al otro lado de la cordillera, al mismo tiempo que Dupont la cortará en la intersección de los caminos de Segovia y La Granja con el de la capital de España, á la que acudiría inmediatamente si los españoles trataran de defenderla [1]. Ya le encarga le envíe cuantos personajes salgan á

1 Son tantos y tan minuciosos los detalles expuestos en el despacho de 9 de Marzo, que nada deja que discurrir á Murat, quien, á la verdad, cualquier cosa puede parecer en aquella jornada menos el general en jefe de un ejército.

su encuentro, hasta el príncipe de la Paz y el de Asturias, si lo hacen; y eso á pesar de decirle, como después á todo el mundo, que muy pronto, el día 22 probablemente, se presentará él en Burgos, dándoles, sin embargo, todas las seguridades posibles, y esas, lo mismo que á ellos, al Rey y á todo el mundo [1]. El 14 de aquel mismo mes, después de manifestarle que ha hecho pedir el paso por Madrid de un ejército de 50.000 hombres para Cádiz, le dice se conduzca según la contestación que se le dé, pero siempre sin olvidarse de inspirar confianza á todos. Le encarga también que si la guarnición española de Madrid no es más que de 15.000 hombres, entre con el cuerpo de Moncey; pero que si pasa de 20.000, haga que se le reunan la primera división y los coraceros de Dupont, y que la segunda se establezca en Villacastín ó Segovia. Le enumera luego las fuerzas que va escalonando en el camino y las combinaciones á que pueden dar lugar las que hay en Portugal y Cataluña, aunque deseando siempre que Murat se establezca en Madrid sin tener que hostilizar á los españoles. «Entretanto, le dice, se arreglarán mis diferencias con la corte de España. Espero que no habrá lugar á la guerra, lo que sentiría mucho. Si tomo tantas precauciones es porque tengo la costumbre de no dejar nada á la casualidad». Y luego, ya lo hemos consignado, añade: «Quiero mostrarme amigo de España y conseguir mi objeto político sin hostilidades; pero he debido marchar sobre seguro para, si se hiciera necesario, poder sobreponerme á la resistencia con la fuerza. En cuanto á lo demás, me transmitiréis cuantas proposiciones directas ó indirectas se os hagan, respondiendo que estaré en Burgos cuando lleguen á Madrid mis tropas.»

El tema general de las instrucciones dadas por Napoleón á Murat es el de evitar la guerra con España. No parece sino que de la poderosa mente del nuevo César surge así

1 «Donnez toutes les assurances possibles au prince de la Paix, au Roi, à tout le monde.»

como el presentimiento de la desgracia que va á acabar con su poder, su libertad y su vida. «Dad seguridades, le dice el 16 de Marzo, al Rey, al príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias, á la Reina. Lo principal es llegar á Madrid, que descansen allí nuestras tropas y reemplazar los víveres. Decid que voy luego para conciliar y arreglar nuestros asuntos.»

«Sobre todo, le añade en la P. D., no cometáis ningún acto de hostilidad si no os véis obligado á él. Espero que todo podrá arreglarse, y sería peligroso enfurecer demasiado á esas gentes.»

Opinión de los españoles.

En ese sentido van todas las advertencias y consejos que Napoleón dirige en esas y las demás cartas á Murat, quien entretanto había cruzado Somosierra y se acercaba á Madrid. Grande sería su repugnancia á eso de atemperarse en un todo á las instrucciones que recibía, ya por la mala voluntad que se crearía en él hacía Godoy, abominado, como se le hacía ver, de todo el mundo en España, ya por tenerlo así por el mayor estorbo para la satisfacción de sus ambiciones, nuevamente suscitadas por la misión que se le había confiado y los aplausos que iba recibiendo en los pueblos por donde transitaba. Gozoso, pues, caminaba á la capital de su soñado imperio, nada más fácil, según escribía á Napoleón, de arrebatar á la dinastía que en él reinaba, cuando, al alojarse en Buitrago, tuvo conocimiento de los sucesos que acababan de tener lugar en Aranjuez, de la abdicación de Carlos IV y la proclamación de Fernando como Rey de España.

¡Adiós esperanzas tan halagüeñas! ¡Adiós, diría, tantos cálculos como los que iba haciendo sobre el feliz resultado que aguardaba de la política del Emperador, tal como él la presumía, y de sus esfuerzos para atraerse las voluntades de los españoles! Alzábase ante él la figura del Príncipe D. Fernando, de todos deseado por la confianza que inspiraban sus prendas, según se las habían imaginado, de bon-

dad, de espíritu de justicia y de elevados y gallardos pensamientos para la dignidad, la gloria y la grandeza de la patria. Para mejor penetrarse del cambio que se acababa de verificar en la opinión, no tenía más que oir la de los comisionados del gobierno de Madrid que le salieron al encuentro.

Entre ellos iba el capitán de artillería D. Pedro Velarde, que no debía inspirarle desconfianza por ser uno de los admiradores más entusiastas de Napoleón en España, y cuyos discursos, sin embargo, le harían ver cuán profundas y robustas eran las raíces de que había brotado en la monarquía española el nuevo soberano, aclamado en toda ella con las más delirantes manifestaciones de júbilo y entusiasmo [1]. Y tal impresión debieron producir en el ánimo de Murat aquellos transportes que se le ponían de manifiesto y los recelos del cambio verificado en la opinión con el de gobierno en España, que para no cometer una indiscreción que pudiera poner al Emperador en grave compromiso, apeló á los mismos procedimientos de disimulo y habilidad que se le iban aconsejando en su marcha desde Bayona. El mismo Teodoro Chemineau, tantas veces citado en esta historia como agente de Napoleón en Madrid, dice á propósito de la conferencia de Murat con Velarde: «Murat, que estaba muy lejos de sospechar y aun de prever los extraordinarios acontecimientos de Aranjuez, dijo al capitán Velarde para que lo comunicara á su corte, que en aquel mismo día y de un momento á otro esperaba instrucciones del Emperador; que las hasta entonces recibidas le prescribían continuara rápidamente su marcha hacia Cádiz; pero que quizás cargaría con la responsabilidad de detenerse algunos días en Madrid aun cuando no tuviera orden para hacerlo; que, así, no pasaría de

1 Escribía Velarde á su amigo el también capitán de artillería D. José Guerrero que se hallaba en Dinamarca con el marqués de la Romana: «Habrás visto al victorioso y grande Emperador, cosa que regularmente no veré yo en mi vida.» Así dice un autógrafo que tenemos á la vista.

San Agustín sin haber antes convenido con el gobierno español en el número de tropas, el día y la manera en que podrían entrar en la capital sin servir de carga á los habitantes; que, por otra parte, creía hallarse muy pronto en estado de dar á conocer á la nación española cuáles eran las miras de su soberano, cuyo próximo viaje á Madrid anunciaba en los términos más formales, añadiendo que quizás no tardaría ocho días en hallarse á este lado de los Pirineos.» «Y Murat, añade Chemineau, entregó al capitán Velarde una carta concebida poco más ó menos en los mismos términos y dirigida al príncipe de la Paz, de quien se llamaba públicamente amigo.»

Cómo, en efecto, cambió la opinión pública en España, se comprende perfectamente conociendo á nuestros compatriotas, tan ardientes en sus odios pero tan susceptibles también respecto á las intenciones de los que pudieran provocárselos ó fomentarlos, si su lealtad y desinterés no se les hacen clara ó bien transparentemente manifiestos. Habían conseguido el objeto á que con tanto calor aspiraban, la caída de Godoy y la elevación de D. Fernando, y la influencia que antes se buscaba para alcanzarlo, se les hacía después sospechosa y no tardaría en hacérseles aborrecible. En vez de ser como poco tiempo hacía requerido para que apresurase su entrada á Madrid, alarmó á las gentes adictas al nuevo Rey, quien necesitó calmar sus recelos manifestándolas que nada había que temer de los franceses, cuyas intenciones eran, á no dudar, pacíficas. Por el contrario, exhortó á todos á recibirlos como amigos, aun sospechando de que, al recibir Murat la noticia de lo acontecido en Aranjuez, aceleraría su marcha para hacer frente á cuantas eventualidades pudieran ocurrir con el establecimiento del nuevo orden de cosas en España.

Y no iba fuera de camino; porque al día siguiente al en que le llegaron aquellas noticias y del de su conferencia con los comisionados de Madrid, Murat, á la vez que encontra-

ba al duque del Parque, que debía acompañarle á Madrid, y á los de Medinaceli y de Frías que con el conde de Fernán-Núñez se dirigían á Burgos para recibir al Emperador, cada día más acucioso para anunciar su venida, hallaba en el Molar una carta de la Infanta Reina de Etruria rogándole pasara cuanto antes y, si posible fuese, sigilosamente á Aranjuez, donde podría cerciorarse de la tristísima situación en que habían quedado sus padres los Reyes, acabados de descender del trono de sus mayores tan irregularmente.

Dejémosle, pues, avanzar sobre Madrid con todas las tropas que le acompañaban desde Burgos; que necesitamos retróceder en nuestra narración para explicar las causas y los efectos y consecuencias de los sucesos que hicieron caer la corona de España de las sienes del soberano, cuyo triste reinado estamos historiando [1].

1 Nos hemos detenido quizás demasiado en recordar los pormenores de la negra intriga urdida por Napoleón para, arrojando de la Península las dinastías, tan antiguas ya en ella, de los Borbones y Braganzas, agregarla al sistema continental que se había propuesto imponer á Europa, imperio federal en la forma, unitario y despótico en su esencia bajo la gloriosa, pero también férrea, dirección que él le daría. Y lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo, creyendo que sólo así lograremos hacer comprender á nuestros lectores el desenlace, más negro todavía, de tanto manejo y tanto escándalo como los que, al fin, trajeron, si la ruina momentánea de la monarquía legítima en nuestra patria y en Portugal, la gloriosa resolución en sus leales habitantes de sacudir yugo tan bochornoso y pesado como el que se pretendía imponerles.

CAPITULO V

ARANJUEZ Y LA ABDICACION

Alarma en la Corte.—Misión de Izquierdo.—Indignidades de Napoleón.—Opiniones de Izquierdo.—Contestación del Rey.—Proyecto de fuga.—Disposiciones militares para efectuarla.—Van á Aranjuez tropas de Madrid.—Oposición del Consejo.—Proclama del Rey.—Sus efectos.—Razón del viaje.—Motín de Aranjuez.—El del 17 de Marzo.—Destitución de Godoy.—El del 19. Prisión de Godoy.—Lo salva D. Fernando.—Abdicación de Carlos IV.—El príncipe de Asturias, Rey.—Alborotos en Madrid.—Alegría en toda España. Intrigas de Murat.—Su correspondencia con la familia real.—El general Monthion.—Protesta de D. Carlos.—Nuevo gobierno.—Entrada del Rey Fernando en Madrid.—Descortesía de Murat.—Cambio en la opinión.—Destino de Godoy.—Los reyes padres al Escorial.—Efectos de estos sucesos en París.—Conducta de Napoleón.—Tristes pronósticos.

Alarma en la Corte.

EMOS recordado cómo el silencio de Napoleón respecto á las estipulaciones de Fontainebleau, la entrada de las tropas francesas contra lo acordado en alguna de ellas y la ocupación de nuestras más importantes plazas de la frontera pirenaica, habían producido en el Gobierno español y principalmente en la Corte recelos y desasosiego que pronto acabarían por convertirse en la más grande alarma. Porque la llegada de la reina de Etruria y la versión de sus conferencias con el Emperador, hicieron sospechar que no le satisfacía ya tal embrollo como el de aquel extraño pacto. Y, con todo, las cartas de Napoleón quejándose, cual hemos

hecho ver, de que se echara en olvido el proyecto de enlace del príncipe Fernando con una francesa de la familia imperial, y el regalo de quince magníficos caballos, parecían dirigirse á asegurar de su afecto á nuestros Soberanos y á tranquilizarlos respecto á sus intenciones para con España. Sin embargo, puso el colmo á las desconfianzas dispertadas por la Infanta y á los temores y sustos que provocaba, además, la conducta de Junot en Portugal y la de los otros generales franceses al invadir nuestro territorio, la inesperada presencia en Madrid de D. Eugenio Izquierdo, el agente extraoficial de Godoy en París.

Misión de Izquierdo.

¿Cuál podía ser su misión, ya que pronto llegó á traslucirse que alguna había recibido de Napoleón ó, lo que era igual, de los que le representaban en las negociaciones secretas comprendidas entre ambos gobiernos, el de Madrid y el del Emperador? Si el público no pudo darse cuenta de ella, comprendió que no debía ser muy satisfactoria para el Favorito, puesto que le veía perturbado y descompuesto y sus cortesanos se mostraban sorprendidos de las descomedidas é imprudentes palabras que salían de sus labios al referirse al Emperador y á la Francia. Godoy, que no se cansaba de dar pruebas de flaqueza en las resoluciones de que acabamos de dar cuenta en el capítulo anterior, profería denuestos y arrogancias, hasta amenazas contra el que, cuando le ofrecía grandezas, era el predestinado, salvador de la sociedad, de la religión y el trono. Dice el conde de Toreno: «Hablaba de su grandeza, de su poderío; usaba de palabras poco recatadas, y parecía presentir la espantosa desgracia que como en sombra ya le perseguía [1].»

1 Cuenta Galiano sobre ese síntoma una anécdota curiosa. Se hallaba el célebre orador con su madre en una recepción de Godoy y la recuerda así: «Pasó el príncipe de la Paz, y bajando la cabeza sin hablarnos, entró en conversación con los dos religiosos: *¿Con que el Espíritu Santo* (les dijo) *de paloma se ha vuelto perdiz?* No entendíamos nosotros á qué aludía éste que, pretendiendo ser chiste impío ó incoherente, nada tenía de gracioso ni de ingenio, y que provenía de haberse sabido la ocupación de Roma por tropas francesas

Y era que, con efecto, Izquierdo había traído las impresiones más tristes. Había sido llamado en París á una conferencia con el general Duroc y el príncipe de Benevento, esos representantes á quienes hemos aludido, mensajeros para con Izquierdo de las opiniones y las voluntades del Emperador. Claro es que, como agente que era de Godoy, Izquierdo le dió razón de cuanto se había tratado en aquella conferencia, destituída de toda formalidad oficial diplomática, pero de que se le permitió traer apuntes bastante elocuentes para conocer el pensamiento de Napoleón y que por el misterio de las ideas y de las frases que contenían, eran como imposiciones, más todavía, amenazas que pudieran provocar la resolución que más se deseara ó que pareciera más probable. Godoy quiso, por lo mismo, que los Reyes las conocieran por el mismo Izquierdo, con las observaciones y comentarios con que pudiera acompañar sus noticias, y le introdujo en la cámara real. Izquierdo llevaba el encargo de hablar al Rey á solas; pero cortos momentos después de comenzar la conferencia fué llamado Godoy, según éste lo tenía previsto y aun anunciado á su agente [1].

Indignidades de Napoleón.

Los apuntes que, con el título de *Especies y cuestiones proponibles*, presentó Izquierdo, conte-

mandadas por el general Miollis, y haber sido despojado de su soberanía temporal el Papa. Nada, ó sólo algo, entre dientes, respondieron los frailes, á quienes hubo de sonar aquella expresión á casi blasfemia, por chancearse con las cosas sagradas, ya supiesen, ya ignorasen qué significaba aquella singular salida. *Sí, señores* (siguió él); *perdiz con patas coloradas. Yo* (añadió) *estoy con lo que pasa tal, que querría vestirme, no un hábito como ese que ustedes llevan, sino un saco é irme á un rincón*. Poco ó nada más dijo y fuese adelante. Pasmáronnos tales palabras, y las referimos, sacando de ellas agüero de estar ya inmediata su caída.»

1 Dice Godoy en sus Memorias: «Llegado Izquierdo, fué á buscarme, y díjome el encargo que traía de hablar al Rey á solas, no que trajese cosa alguna en contra mía ni de ninguna otra persona; pero sí cosas graves y gravísimas que requerían mucho consejo y en que era indispensable, á su entender, que yo asistiese á Carlos IV. Respondíle que el Rey me llamaría si lo tenía por conveniente, y le encargué partiese luego á presentarse y á cumplir su cometido.»

nían 18 proposiciones, tanto más insidiosas, cuanto mayor era la vaguedad en que estaban envueltas. La mayor parte de ellas venían á reproducir quejas no nuevas, atribuyendo al gobierno español y, por consiguiente, al Rey, falta de buena fe en sus transaccicnes con la Francia, por no poderse desprender de las preocupaciones que, desde muy antiguo, dominaban en nuestro país, y por su afición invencible á la Inglaterra. Le achacaba, lo que parece imposible, el poco interés que parecía tener por la ejecución del tratado de Fontainebleau, no agradeciendo al Emperador el que se había tomado para que España obtuviese la parte más larga en los beneficios que debían resultar de sus proyectos y resoluciones en cuanto al Portugal, y saliendo garante de la posesión de sus estados del continente de Europa, situados al Mediodía de los Pirineos. Se había contentado, añadíase de parte del Emperador, con exigir la eliminación de todo dato que pudiera comprometer el honor del gobierno francés en la causa del Escorial, cuando se debía mostrar tan quejoso de las consecuencias á que pudiera haberse llegado de no hacerse así. Se manifestaba también agraviado de los manejos del partido inglés en España, de no rechazarse resueltamente los que tendían á fomentar la idea de expediciones inglesas que se preparaban para la Península; razón por la que había cubierto nuestro territorio y aun la Corte contra cualquier evento peligroso. Y añadía que lo había hecho sin pretender la anuencia de S. M. C., por diversas razones: «la primera, de miramiento y de prudencia para evitar discusiones sobre el estado interior de España, y apartar toda idea de que el Emperador se quisiese ingerir en los negocios de ella sin llamarle S. M. C.; la segunda, por no exponerse á una negativa de su parte sobre la entrada de más tropas, negativa que habría sido muy posible en tales circunstancias y habría comprometido los respetos de ambas partes; la tercera, para probar también hasta qué grado podría contar S. M. I. con la confianza del Gobierno

de Carlos IV, á quien acababa S. M. de garantir sus estados con un tratado solemnísimo».

Así disculpaba el Emperador la transgresión del artículo VI de la pieza aneja al tratado de Fontainebleau, como disimulaba la ocupación de las plazas españolas de la frontera *por medios pacíficos*, decía, *é inocentes*, «advertido por una larga experiencia del antiguo y nunca interrumpido sistema de precaución y restricciones que el Gobierno de S. M. C. había observado siempre en sus resoluciones con la Francia». Echaba, además, al Rey en cara que España tuviese sobre las armas un número de tropas cuatro veces mayor que el de las que entraban de Francia; absurdo enorme, puesto que suponía tener España 400.000 hombres armados y en situación de resistir una invasión.

Por ese estilo eran las quejas todas expuestas en los apuntes de Izquierdo; y eso, para venir á parar en exigencias que hasta la proposición 15.ª no se habían presentado, cargando el cuadro de culpas para que pareciesen justas y necesarias las precauciones que representaban esas exigencias.

La principal de ellas, la que venía á ser suma y compendio de todas, en cuanto á lo que más podía satisfacer las ambiciosas miras del Emperador hasta que, desechando todo fingimiento, se resolviera á tomar la resolución que de tanto tiempo atrás revolvía en su mente, está revelada entre una nube de sofismas en la proposición 15.ª Entre otras cosas dice: «Que por razón de las contingencias ya indicadas de un trastorno que pudiese producir la colisión de los partidos, S. M. I. no podía menos de pedir á S. M. C. algunas garantías contra toda suerte de sucesos ulteriores, que independientemente de la voluntad de S. M. C. llegasen á alterar la paz interior del reino, juntamente con el sistema político de su gobierno; que debiendo precaverse S. M. I. contra tales acaecimientos muy posibles, no podía menos de fortalecerse especialmente en las provincias españolas fron-

terizas de la Francia, y que tales podrían venir los sucesos que se viese obligado á establecer en ellas gobiernos militares, y á ocuparlas hasta un año después de haberse hecho y consolidado las paces generales; que en la ejecución de esta medida, S. M. el Emperador no podía menos de encontrar todos los inconvenientes que lleva consigo una manera de existir precaria y preternatural, cual habría de ser en tal suposición la de aquellas provincias, y que aun sobrado como S. M. I. podía hallarse de antecedentes históricos y de razones políticas *para añadirlas al imperio ó establecer al menos entre las dos naciones una potencia neutra que fuese un valladar entre una y otra,* se limitaba á indicar un cambio favorable á las dos partes, que era ceder el Portugal entero contra un equivalente en las provincias fronterizas de la Francia; cambio tanto más útil para España, cuanto que por medio de él se evitaría la servidumbre de un camino militar de extremo á extremo de las fronteras, forzoso de sufrirse mientras la Francia poseyese alguna parte del territorio lusitano...»

¿A qué seguir con los razonamientos expuestos para justificar despojo tan inicuo como el que proyectaba el emperador Napoleón según los párrafos ya copiados del 15.° de los apuntes á que nos estamos refiriendo? Pero, ya para continuar engañando á nuestro soberano, tan cándido ó tan negado le creía, tan cobarde quizás, le amenazaba con negar la mano de una princesa imperial para su hijo primogénito, el de Asturias, si éste no perseverase enteramente en la obediencia y respeto del Rey; «porque siendo de otro modo, no tan sólo se negaría Napoleón á introducirle en su familia, sino que mostraría muy grande complacencia en que S. M. le separase de su derecho al trono, y se pensase en otro de sus hijos para el enlace proyectado y para sucederle en la corona...»

Se completaba todo aquel especie de protocolo con su final, muestra de la más negra deslealtad, del más grosero

fingimiento y del desprecio más insolente hacia los fueros de la justicia y los principios todos de la moral política. «La lealtad, se decía en él, la sinceridad y la franqueza que dirigen siempre la conducta de S. M. I. con sus amigos y aliados, le han hecho *anticipar* á S. M. C. estas explicaciones confidenciales de sus actos y sus pensamientos y designios, según los cuales desearía el Emperador arreglar y consolidar para siempre, con recíproca utilidad, las relaciones de la Francia y de la España, añadiendo acerca de esto, que la presente actualidad ofrece una verdadera estrechez de circunstancias imposibles de superar, mientras que no se tomen de una y otra parte resoluciones prontas y definitivas, tanto más urgentes, cuanto más graves y penosos habrían de ser los resultados de cualquiera especie de trastorno que pudiese ocurrir en España y alterar sus relaciones con la Francia [1].»

Opiniones de Izquierdo.

Los apuntes de Izquierdo no necesitan comentario: es tan burda la trama en que están como engarzadas las proposiciones á que se refieren, que con sólo haberlos expuesto á la vista, puesto que se hace innecesario su examen, se comprende el objeto á que iban todas ellas dirigidas. Dentro ya de España las tropas francesas y apoderadas de las principales plazas en la izquierda del Ebro, base inmejorable para futuras operaciones si llegaban á hacerse necesarias, cualquier paso que pudiera interpretarse por amenaza más ó menos embozada, habría de provocar en Madrid una decisión que diera al Emperador motivo y, si no, pretexto para resolver el problema que de tanto tiempo atrás tenía planteado. Y si las proposiciones no fueran suficientes, por las nebulosidades en que estaban envueltas y lo hipotético de algunas de ellas, á imponer esa decisión, siguió á su lectura un discurso de Izquierdo en que puso de manifiesto

1 Godoy publicó íntegro este documento que poseía, guardado por Carlos IV, y llevándolo consigo en su viaje por si pudiera serle necesario. Eso dice Godoy en sus Memorias.

al Rey las observaciones hechas y las noticias recogidas en la corte imperial, así como su opinión respecto á los fines que Napoleón debería perseguir al tomar ese nuevo y raro rumbo en sus relaciones con el gobierno español, rumbo tan preñado de peligros como intencionalmente torcido. En concepto de Izquierdo, la intención del Emperador era la manifestada en sus proposiciones, la de hacerse dueño de nuestras provincias fronterizas con Francia, ó hacer efectiva la alianza ofensiva-defensiva que también proponía para, á la manera del pacto de familia, servirse de ella en interés exclusivo de Francia.

Fundábase para opinar así en que, conforme con las ideas de D. José Martínez Hervas, cuñado de Duroc y de quien se tratará más adelante, de sentimientos verdaderamente españoles y devoto de la dinastía Borbónica, no podía creer que el Emperador se atreviese á aspirar al trono también de España, al menos mientras lo ocupara D. Carlos [1]. Si esto fuera así, no demostraría sino que el Sr. Izquierdo, á quien tan hábil se pinta, era tan torpe como su protector; pues que en su estancia en París, en sus conferencias con Duroc y Talleyrand y en el dictado de sus apuntes no había descubierto el pensamiento del Emperador, ni en sus proposiciones el relámpago predecesor de aquel rayo siempre pronto á estallar sobre la nación española y el trono de sus soberanos [2].

1 Esta versión que es la dada por Godoy en sus Memorias y que parece debiera ser la verdadera pues que estuvo él presente á la conferencia de Izquierdo con el Rey, está en contradicción con la de Chemineau. Dice éste: «Cualquiera que fuese la misión de Izquierdo, lo cierto es que declaró sin ambajes á Carlos IV y al favorito, de quien era agente, que no había esperanza, que todo estaba perdido, y que había adquirido la certidumbre de que el objeto de Napoleón era el de destronar á los Borbones de España para establecer en ella su propia dinastía.

2 Ya dijimos quién era Izquierdo y que por sus talentos, podríamos decir diplomáticos, le había Godoy enviado á la corte imperial. Thiers dice que «era el hombre más hábil para descubrir lo que se le quería ocultar»; pero ó no es cierto cuanto Godoy recuerda sobre la conferencia á que nos estamos refiriendo, ó Izquierdo se quedó como tantos otros respecto á los pensamientos

Lo mismo sucedió á Godoy y al Rey que, después de sus mutuas observaciones, réplicas y propuestas, creyeron se aplacarían las iras del Emperador y se satisfaría su ambición brindándole con el establecimiento de un virreinato ó de una monarquía neutra en las provincias fronterizas á cambio de la soberanía de Portugal para el Rey de España. Esa propuesta hecha á nombre de Godoy en una carta que éste suscribió como pensamiento propio suyo y fingiéndolo ignorado por el Rey, fué remitida á París con Izquierdo, que á la vez llevó uno como memorandum, mensaje de descargos en que proposición por proposición se refutaban las del Emperador, transmitidas por Duroc y el de Benevento [1].

Contestación del Rey.

Pero esas proposiciones del Emperador y las impresiones que había traído á Madrid Izquierdo, exigían, además de aquella contestación, medidas previsoras que pusieran á salvo la dignidad pero, sobre todo, la independencia y hasta la libertad del Rey y de toda su familia, amenazada de un secuestro como lo había estado la de Portugal. Antes, sin embargo, de adoptar ninguna, tomó el Rey consejo de varias de las personas que creía más adictas,

Proyecto de fuga.

de Napoleón que, si hemos de dar fe al grande historiador francés, fluctuaba entre tres: el de conceder á Fernando la mano de una de sus sobrinas, derribando á Godoy y sin compensación alguna; el mismo apoderándose de nuestras provincias de la izquierda del Ebro y el disfrute en común de las colonias; y el de destronar á los Borbones, que fué el que prevaleció al fin y llevó á ejecución.

1 La carta de Godoy fué recogida por orden que recibió Izquierdo antes de llegar al Ebro. La orden decía así: «Mi estimado Izquierdo: he pensado mejor sobre la presentación de mi carta al Emperador, y veo me compromete demasiado con las provincias y el reino si acaso se hiciese mal uso de ella. Devuélvamela Vd. con esta, y *en caso necesario* haga uso, para negociar, de las especies de la del Rey, y aun de las que contiene esa; pero no las sugiera Vd. y deje tiempo á que se las propongan. Avíseme Vd. de todo con oportunidad.—Madrid y Marzo 11 de 1808.—Manuel.»

Lo peregrino es que todo eso lo creía Godoy hábil y digno de un grande hombre de Estado. Y así pretende que se crea por los demás, como cuando, á propósito de ese asunto, dice que Carlos IV era su *ídolo*. ¡Su ídolo un soberano á quien era el primero en deshonrar y del modo más inicuo y escandaloso?

entre las que el príncipe de Castelfranco emitió su parecer igual en sustancia al de Godoy, el de que la Corte se retirara á Sevilla donde se podrían esperar los acontecimientos y, según ellos se sucedieran, abrazar con más espacio y tranquilidad el partido conveniente á los intereses de la nación y del Monarca. A esa medida había que añadir otras que la asegurasen contra cualquier intento que ofreciera la apariencia por lo menos de quererla impedir por la fuerza; y Godoy, al volver de Aranjuez, dictó una serie de disposiciones que se transmitieron á los generales Carrafa, Solano y Belestá que aún permanecían en Portugal.

Disposiciones militares para efectuarla.

Ya al ver cómo, contraviniendo á lo estatuído, penetraban tantas tropas francesas en España, se había ordenado á Carrafa que mandase retirar á Galicia las tropas de la división Taranco y que, al avisárselo á Junot, le pidiera permiso para que las que él tenía en Oporto pudieran reunirse á las que se hallaban todavía en Extremadura esperando órdenes para entrar en Portugal. Carrafa había contestado que Junot se negaba á la vuelta de los españoles y aun pretendía que él se trasladara á Lisboa y con él lo hicieran también las fuerzas existentes todavía en la frontera de Extremadura. El 12 de Marzo, después ya de la conferencia con Izquierdo, se mandó á Carrafa que de ningún modo fuese á Lisboa, manifestando á Junot que no podía abandonar á Galicia, amenazada de un desembarco de los ingleses; pues importaba mucho la separación de nuestra gente y su permanencia en situación «de poder caer sobre Castilla, ocupando su ingenio y talentos militares en el modo de practicarlo». «Manda, pues, S. A., se le decía, que V. E. se retire de Portugal y que pida el reemplazo por tropa francesa.» Pero apenas escrito ese oficio, se recibió otro de Carrafa, enviado por extraordinario, en que participaba la noticia de que Junot le había prevenido qne de ningún modo convenía en deshacerse de la división española de su mando, antes, por el contrario, mandaba se internasen los cuerpos

de Extremadura, distribuyéndolos entre Oporto, Thomar, Santarem, Mafra, Lisboa, Yelbes y Campomaior.

Esto era tanto como desarmarlos para una acción colectiva y eficaz; pero en vez de contrarrestar este proyecto de Junot, manteniendo la integridad de las instrucciones enviadas á Carrafa por el vehículo de varios oficiales, se le contestó el 14 que conviniera en la traslación de los cuerpos de la división de su mando que deseaba aquel general (Junot), pero que insistiese en la vuelta de las tropas de Taranco á Galicia y en la continuación de la caballería en Extremadura, *pues sólo dentro de España podría tener forrages.*

Al mismo tiempo que se daba á Carrafa la orden de enviar á Galicia las tropas de Taranco, se mandaba á Socorro se retirase de Portugal á Extremadura, ocupando Badajoz, los cantones inmediatos y los de Ayamonte y Huelva. Luego, el 4 de Marzo, recibió instrucciones para dirigirse con todos los cuerpos, la caballería y artillería, hacia Talavera y Toledo; y aunque se le dieron pocos días después otras opuestas, el 13 y el 14 de aquel mismo mes, días críticos según ya hemos hecho ver, se le hacía observar los movimientos de los franceses por si intentaban adelantarse hacia Andalucía, y por fin, que «tomase el mando de todos los Cuerpos que se hallaban en Extremadura y á toda prisa viniese por Talavera y Toledo á enlazarse con los Cuerpos que saldrían de Madrid para cubrir el Real Sitio de Aranjuez».

Van á Aranjuez tropas de Madrid.

Era, además, necesario alojar las tropas de Madrid donde pudieran proteger la Corte, fuera ó no á trasladarse á otros puntos; y se dispuso que los guardias de Corps, los guardias Españolas y Wallonas, los Carabineros reales y la mayor parte de los demás cuerpos de la guarnición, marcharan inmediatamente á Aranjuez. Aquella orden y los preparativos que se ejecutaban para cumplimentarla, lo mismo que los hechos en sus casas por algunos de los que deberían acompañar á la familia real y los allegados

de Godoy, dieron á conocer á los madrileños el objeto á que se encaminaban. Es de presumir el efecto que todo eso produciría, particularmente en los que, teniendo alguna noticia de la jornada ó habiéndola previsto por el estado de las cosas ó por el ejemplo dado en Portugal, temían ver la capital huérfana de sus reyes y sobre todo del príncipe de Asturias, con quien creían se intentaba arrebatarles la única esperanza ya de salvación para la patria. La opinión se había hecho general, si ya no era casi unánime de antes. En el «Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real» sobre aquellos sucesos, se lee: «Al paso que se acercaban aquéllas (las tropas francesas) á la corte, se notaban en los Reyes y en el Valido señales de turbación, ciertas ó afectadas. Se hablaba alternativamente de planes tardíos de defensa, y de huída de los Reyes y Real familia, ya á la Andalucía, ya á las Américas; todo era desorden y confusión; y lo que en medio de ella llamaba principalmente la atención de la lealtad española, era la suerte de su joven y amado Príncipe.»

Oposición del Consejo.

Era preciso calmar los ánimos así excitados, y pensó el Gobierno que se conseguiría publicando el Consejo un bando en que se dieran al pueblo de Madrid seguridades de que la marcha de las tropas obedecía tan sólo á miras de mera precaución, no á temores de conflicto alguno con las imperiales. Para eso se hizo pasar al coronel D. Carlos Velasco, del Estado Mayor del Generalísimo, al alojamiento del decano Gobernador interino de aquel alto Cuerpo para darle aviso de la marcha de aquellas fuerzas á Aranjuez y manifestarle la conveniencia del bando; pero el Consejo, después de entretener largo tiempo á los emisarios, todos del Estado Mayor también, que á cada momento le llegaban, «acordó por fin, decía en su *Manifiesto*, se contestase á dichos jefes que el Consejo había resuelto que no se publicase el bando prevenido por el Generalísimo, hasta que S. M., en vista de la consulta que elevaba á sus Reales

manos, determinase lo que fuese de su soberano agrado».

Mientras el Consejo presentaba esa consulta y antes de, como ofreció, «dar dictamen sobre tan gravísimo asunto, con la brevedad, justicia y lealtad que correspondía, teniendo sólo presente el servicio de Dios, el del Rey y el bien de sus vasallos», salieron de Madrid las tropas para alojarse en Aranjuez y pueblos próximos. El Sitio hervía en los mismos sentimientos que Madrid; y sus habitantes, los de las inmediaciones y aun gran parte de los palaciegos, cuantos, llevados por la atracción de las novedades ó disgustados por no deber formar en la comitiva del proyectado viaje, se manifestaban opuestos á él, no cesaban de hacerlo en todos tonos, dentro todavía del respetuoso que deberían inspirar la presencia de la Corte y la esperanza de conseguir su objeto. Tal era, sin embargo, la alarma, que, á falta del bando, que ya se vió no publicaría en Madrid el Consejo Real, el Rey, impulsado, naturalmente, por Godoy y la Reina, hizo el día 16 esparcir por entre las gentes del Sitio y publicar dos días después en la *Gaceta* un decreto en que, mostrando agradecer la manifestación de los sentimientos que producían aquel nuevo testimonio de su lealtad, se apresuraba á consolar á sus amados vasallos en la angustia que los oprimía. «Respirad tranquilos, les decía; sabed que el ejército de mi caro aliado el Emperador de los franceses atraviesa mi reino con ideas de paz y amistad. Su objeto es trasladarse á los puntos que amenaza el riesgo de algún desembarco del enemigo; y que la reunión de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viaje que la malicia os ha hecho suponer como preciso.» Por el pronto la proclama causó el efecto que se deseaba, porque los mismos que afligidos y suplicantes se agolpaban al palacio pidiendo la suspensión ó protestando del viaje, se esmeraron en prodigar á los Reyes las muestras más calurosas de adhesión, teniendo éstos que asomarse á los balcones á recibir

Proclama del Rey.

Sus efectos.

tan entusiasta ovación [1]. No contribuyeron poco á tranquilizar espíritus tan conmovidos, la presencia en el sitio y los discursos de Beauharnais y el duque de Frías, que pasaban en la corte por partidarios del príncipe de Asturias y enemigos de Godoy. Pero la llegada de las tropas de Madrid, seguidas de inmensa turba ávida de emociones ó trabajada por los enemigos de la expedición que se proyectaba en Palacio, y la noticia de continuar los aprestos de viaje en la casa real y en las de sus dependientes, en la de Godoy sobre todo, volvieron á encender los ánimos, dándose tropa y paisanos por engañados con el decreto hecho público el día anterior. Se hizo correr la voz de que la salida de la familia real se verificaría á media noche, lo cual, según después se aseguró, no era cierto, como no lo fué el que D. Fernando manifestara á un guardia de Corps que aquella noche era el viaje y él no quería ir; y como esas voces, las mil que en tales ocasiones se esparcen, aumentan y llegan por minutos á hacerse tan verídicas como generales, produjeron en Aranjuez una excitación que se tradujo en la formación de varias patrullas de paisanos decididos á evitar una marcha que en realidad no parece haberse acordado para tales fecha y momento [2].

1 Los autores de la «Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte» dicen: «La emoción gozosa del pueblo al leer este edicto, fué proporcionada á la tristeza y temor que antes había manifestado; la plaza y avenidas del palacio, los jardines y las galerías se inundaron de gentío que vitoreaba al Rey, el cual salió á los balcones á las dos y media de la tarde, y no pudo menos de enternecerse al ver la expresión de júbilo y entusiasmo con que le agradecieron su determinación de quedarse entre ellos. No fué menor la sensación que produjo la vista del Príncipe, objeto del amor y de los celos del pueblo, y todas las personas reales fueron sucesivamente recogiendo el grato tributo del cariño y fidelidad de aquellos habitantes.»

2 El «Manifiesto imparcial y exacto de lo más importante ocurrido en Aranjuez, Madrid y Bayona desde 17 de Marzo hasta 15 de Mayo de 1808», escrito anónimo pero por persona que dice presenció los sucesos á que nos estamos refiriendo, da por cierto que el príncipe dijo al guardia *esta noche es el viaje, y yo no quiero ir*. Muchos han copiado la frase del *Manifiesto*; pero los autores de la *Historia*, recientemente citada, *de la guerra de España contra Bonaparte*, la niegan, como suele decirse, en redondo.

Razón del viaje.

Mil juicios se han formado y hecho públicos sobre los sucesos de Aranjuez y el motivo que los provocó, el proyecto de viaje de la familia real española á Sevilla y, en caso necesario, á Méjico. Hechos en su mayor número después de sucedida la guerra de la Independencia y con el éxito verdaderamente asombroso que todo el mundo conoce y no se cansa de admirar, esos juicios, ya que no de autoridad personal, pues que la tienen y grande varios de los historiadores que los han emitido, carecen de la que da el espectáculo de acontecimientos cuyos actores se agitaban en un ambiente que hacían más denso y menos transparente, por lo tanto, la ignorancia de las causas que los produjeron y la pasión política que los provocó. ¿Era igual la situación de los soberanos de España á la del Regente de Portugal? «Diferencia tan notable existía, según un periódico inglés del tiempo, que hacía recaer en Madrid la tacha de cobarde y perjudicial sobre el mismo acto que en Lisboa se caracterizó de prudente y acertado.» El éxito de una resolución se traduce no pocas veces, al imitarla, en los más desastrosos resultados; pero fuera de eso, que es axiomático, hay que buscarlo en estudios tan profundos y fundarlo en cálculos de condiciones tan circunstanciales de situación, de fuerza material y moral y del genio y la historia de cada pueblo, que una resolución, repetimos, conveniente en un caso, se vuelve fatal, contraproducente y hasta vergonzosa en otro.

¿Deseaba el Emperador de los franceses la que pretendió tomar el Rey de España al proyectar su viaje, su fuga—para qué usar de otra palabra—á Andalucía y América?

Si ha de darse fe á los escritos de Napoleón, á su *Correspondencia* oficial, principalmente, su pensamiento no parecía estar lejos del que domina en sus despachos á Junot respecto al destino de la familia real portuguesa. Las recomendaciones que hacía á Murat, las que ya hemos recordado y muchas otras, para que no cesara de inspirar confianza al

Rey, á la Reina, al príncipe de Asturias y al de la Paz, *á todo el mundo,* ¿eran, acaso, para ahuyentarlos de Madrid y Aranjuez ó para que no se le escapasen como los Braganzas? A éstos les tenía señalado destino, el de ser trasladados á Francia con cuantos pudieran un día presentarse como herederos legítimos del trono de Portugal durante la cautividad del Regente, de su madre é hijos, y con todas las personas que Junot considerara como influyentes en el porvenir de aquel reino. La dirección que había impuesto á Junot y la marcha violentísima, temeraria á todas luces, que éste había ejecutado, ¿á qué obedecían sino á sorprender la corte portuguesa é impedir su embarque para América? A Napoleón no le arredraban las dificultades ni las responsabilidades tampoco de la situación que le pudiera crear la permanencia de aquellos soberanos, ni de ningún otro, en sus estados. ¿Pues qué, ¿no había visto morir en Francia al Sumo Pontífice Pío VI? ¿No había cometido sin temor alguno ni remordimientos el horrible atentado del duque de Enghien? ¿No acababa de ocupar Roma y de despojar á Pío VII de su poder temporal? ¿No tuvo después á Fernando VII en Valençey, á Carlos IV y á María Luisa, y á sus hijos, á los soberanos de Etruria entre ellos, en Compiégne y Marsella, en Italia, donde quiso, sin importarle un ardite de la esclavitud que sufrían ni de cuanto ocurriera á las demás potencias sobre semejantes despojos y tropelías?

Por otra parte; no ya en los despachos de Napoleón se lee una sola orden que dé á conocer en él la idea de impulsar á Carlos IV al abandono de la Península, sino que en el Memorial de Santa Elena, cuando le llega el tiempo de los remordimientos y de las confesiones, no se descubre tampoco tal pensamiento. El 19 de Marzo escribía á Murat: «Supongo que recibiréis esta carta en Madrid, donde me interesa mucho saber que hayan entrado mis tropas pacíficamente y con la aprobación del Rey (de l'aveu du Roi); que todo suceda pacíficamente.» El 23, y teniendo, sin duda, noticia del pro-

yecto de viaje de la corte, le escribe también: «Si la corte está en Aranjuez, la dejaréis allí tranquila y la demostraréis buenos sentimientos de amistad; si se ha retirado á Sevilla, la dejaréis del mismo modo tranquila. Enviaréis ayudantes de campo al príncipe de la Paz, para que le digan que ha hecho mal evitando la presencia de las tropas francesas; que no debe emprender ningún movimiento hostil, pues que el rey de España no tiene nada que temer de nuestras tropas.»

Esta es la única alusión que se halla en la *Correspondencia* de Napoleón, respecto al viaje proyectado por D. Carlos, y en el despacho posterior de 25 del mismo Marzo recuerda á Murat sus recomendaciones para el modo de mantener el ejército, descansado y bien provisto, y para «vivir en la mejor inteligencia con el Rey y la corte si continúa en Aranjuez». Y concluye su escrito de aquel día con la siguiente frase: «No toméis parte ninguna en las diferentes facciones que dividen al país. Tratad bien á todo el mundo y no prejuzguéis nada sobre el partido que yo deba tomar.»

¿Hay, pues, en toda esa correspondencia, orden, alusión siquiera, una sola palabra por la que pueda atribuirse al Emperador la intención de empujar á nuestra corte hacia su expatriación?

En el Memorial de Santa Elena, que contiene revelaciones, no pocas desfavorables á la buena reputación moral y política del insigne prisionero, no se halla tampoco más que una alusión al viaje proyectado por D. Carlos, y esa no revela opinión alguna respecta á él ni, por consiguiente, propósito ni acción para inspirarlo. «No habiendo la familia real, dice, alejádose de España para ir á establecerse en las Indias, solamente una revolución puede cambiar el estado de aquel país.»

No debe, pues, en justicia atribuirse á Napoleón el propósito de atemorizar á nuestros reyes para que, siguiendo el ejemplo de los de Portugal, se alejasen de España. Conociéndolos perfectamente, aun sin haberlos visto una vez

sola, creería sacar mejor partido para sus proyectos teniéndolos sujetos y desarmados que lejos de su alcance. Sentíase demasiado fuerte y lo bastante popular en nuestro país para no temer la influencia personal de unos soberanos de quienes tan pobre concepto abrigaba, ni de su única enemiga entonces, Inglaterra, á quien España tenía tan poco que agradecer. Mete, sin embargo, espanto la lectura de los innumerables despachos en que Napoleón va día por día y según las noticias que le llegan dictando órdenes, instrucciones y consejos á sus ministros y generales, para que cada uno por su parte y todos con la ceguedad de la ignorancia, cooperen á la tenebrosa, pudiéramos decir satánica obra que ha emprendido, para lo que él llamará después vengar la deslealtad de España en 1806. La recomendación que hacía á Murat para que inspirase confianza al Rey, á la Reina, al príncipe de Asturias y al de la Paz, á todo el mundo, ¿qué era sino la red tendida para que todo ese mundo cayera en ella, sin poderse dar cuenta de tanta infamia, sin temor á tal traición y sin atreverse á burlarla huyéndola? Él decía: «Por lo demás, los Borbones de España no merecían que se les temiese...» «La nación despreciaba á su gobierno y pedía su regeneración.» «Desde la altura á que me había elevado la suerte, me creí llamado y me creí digno de llenar cumplidamente mi misión: quise economizar sangre, que ni una sola gota manchase la emancipación castellana.» «Yo era allí muy popular.»

¿A qué, pues, abusar de la violencia para lo que le bastaba con sus artes?

Han podido equivocarse los que carecían de documentos tan concluyentes como los que después han visto la luz pública; pero hoy no cabe ya dudar sobre las intenciones de Napoleón en ese punto esencialísimo de la historia de aquellos sucesos.

En lo que sí cabe vacilar es en lo de la conveniencia ó no de la fuga de la corte española al otro lado del Atlántico.

Muchos también la han considerado conveniente, fundando su opinión en el ejemplo de Portugal, que no sabemos hasta qué punto fuera digno de imitarse según las diversas circunstancias en que se hallaban los dos pueblos peninsulares y las distintas condiciones de las dinastías que los representaban y regían. Otra política hubiera identificado la causa de ambos; la desacertada que cultivaron desde el primer año de la centuria actual, los puso en situación muy diversa, tan diferente también como su fuerza y su historia. La de Portugal, posterior á aquélla y hasta nuestros días, no ha sido tal como para alabar la resolución del Regente en 1807; pero, al fin, abandonaba un país indefenso desde que se veía sin esperanzas de hacer causa común con España para, juntas las dos monarquías, combatir por su dignidad y su independencia. Pero España estaba en muy distinto caso, y bien pronto lo demostró arrostrando ella sola las iras y las fuerzas de su invasor, con ser su furia incontrastable para las demás nacionalidades del continente.

De todos modos, ¡cuántas no eran las ventajas de mantenerse la corte en la Península ó al menos haberse refugiado en las islas Baleares! Algo más digna y fructuosa hubiera sido tal resolución; y ahí está el ejemplo del rey de Nápoles, que desde Sicilia pudo recuperar el trono inmediatamente después de la caída de Napoleón, sin dar ocasión á los disturbios que causaron tan tristes y debilitantes resultados en la monarquía lusitana. Puede tenerse por cuerda la marcha á Sevilla, de donde cabía apelar al recurso de las armas, reforzado con la presencia de la familia real, sobre todo si lograba mostrarse unida y resuelta á correr la suerte de la nación como se pensó un momento; pero embarcarse para colonia tan remota como la de Méjico, era, al menos así debía calcularse entonces, tanto como abandonar el trono de España para siempre.

Motín de Aranjuez.

Vino, después de todo, á desbaratar tales proyectos, cuerdos ó desatinados, el movimiento del

pueblo de Aranjuez contra ellos. Ya hemos expuesto la situación que, después de la proclama del Rey, crearon en Aranjuez las dudas suscitadas sobre la sinceridad de aquella manifestación en que D. Carlos no ofrecía resueltamente su renuncia al viaje, y la llegada de las tropas procedentes de Madrid, influídas por el espíritu reinante en la capital de la Monarquía y la oposisión, ya conocida, del Consejo Real á que se publicara el bando que de él se había solicitado. Si la impresión primera produjo la alegría y el entusiasmo del pueblo, á punto de en sus paseos de la tarde del 16 haberse aclamado á la familia real y prodigádola manifestaciones las más calurosas de su gratitud, pronto, al comenzar la noche y corriendo la noticia de hallarse preparados hasta 46 carruajes para la marcha por no haberse desistido del viaje á Sevilla, volvió á reinar la alarma en el Sitio, cuyos habitantes se mantuvieron en vela toda aquella noche, temerosos de verse burlados en sus esperanzas. Todo allí era recelos, expectación y vacilaciones.

El del 17 de Marzo.

Aparecieron al amanecer del 17 formadas las tropas de Madrid, todos los guardias de Corps con artillería á su lado, los batallones de guardias españolas y wallonas y la guardia de honor del generalísimo almirante, anunciándose la inmediata llegada también de 4.000 suizos desde Valdemoro, y la de los carabineros reales desde Ocaña. Eso y la noticia de haberse fijado un pasquín que la autoridad había hecho arrancar, y la falsa de haber entrado los franceses en Madrid, produjeron el temor y el disgusto consiguientes en aquel vecindario, que ya dijimos halló algún consuelo con haberse presentado la misma mañana de aquel día el embajador francés y el duque de Frías, tenidos, cual se sabe, por apasionados del príncipe de Asturias [1]. La relativa tranquilidad que con tales motivos reina-

1 Chemineau, que estaba ya en Aranjuez, disfrazado, por supuesto, dice que Beauharnais llegó á las cinco de la mañana siguiente. «A la primera noticia de aquellos sucesos, dice, el embajador de Francia llegó de Madrid á

ba el 17 en Aranjuez, se turbó, sin embargo, aquella noche al oirse á eso de las doce algunos tiros, cuyo ruido llevó la alarma á todas partes, hasta á los cuarteles de la tropa, que inmediatamente se puso sobre las armas. Y como el de quien se temía todo, perfidia, engaño y traición, era el odiado Godoy, á su casa se dirigieron los que velaban ó no, habitantes del Sitio, forasteros y la plebe que había ido siguiendo á las tropas desde Madrid.

¿De dónde procedían los tiros? Entre las varias versiones que se han dado del comienzo del tan célebre como transcendental motín de Aranjuez, formamos hace ya años una que habrá dejado mucho que desear á nuestros lectores respecto á detalles que tanto se aprecian al estudiarse acontecimientos de alcance tan extraordinario. Pero examinando esas versiones y volviendo á consultar datos y más datos, hemos tenido que renunciar á ofrecerles ahora una nueva, que no haría sino confundirles en sus apreciaciones para el más exacto conocimiento de suceso tan importante. Lo que sí haremos, además, es consignar en un apéndice las narraciones de Teodoro Chemineau y de D. L. G., ambos testigos presenciales del motín, á las que seguirá la del conde de Toreno, que conociendo á varias de las personas que intervinieron en él y en sus resultados más inmediatos, pudo enterarse de todos sus accidentes ó episodios con bastante exactitud [1].

Decíamos en la Historia de la Guerra de la Independen-

las cinco de la mañana y se trasladó inmediatamente al lado de SS. MM.»

He aquí cómo cuenta Chemineau su estancia en Aranjuez: «Instruído de lo que pasaba y de la violenta fermentación reinante en Aranjuez, me dirigí por tercera vez á aquel Sitio Real. Llegué el miércoles, 16 de Marzo, muy temprano, y hallé todo allí en una especie de tumulto y desorden. El camino de Madrid estaba cubierto de tropas, la mayor parte de la guardia real, lo que retardó mi llegada á Aranjuez, donde se había reunido un gran número de españoles de los alrededores y, especialmente, de Madrid.»

Se disfrazaba de revendedor de alhajas y pedrería para introducirse en las casas

1 Véase el apéndice núm. 10.

cia: «Entre la multitud bullían gentes de la nobleza, aunque disfrazadas con el traje de la plebe, militares de todos los cuerpos de la guarnición, partidarios también entusiastas de la pronta elevación del príncipe de Asturias, y numerosos agentes del embajador francés, imbuyendo en todos la idea de que sus compatriotas venían á derrocar á Godoy de su poderío y privanza [1]. La inquietud iba creciendo por instantes. A los comarcanos de Aranjuez se unían á cada momento masas de madrileños que abandonaban la capital y muchos de los soldados salidos de ella en la noche anterior: grupos de paisanos armados vigilaban los alrededores de palacio; y menudeaban las patrullas de diversos cuerpos dirigidas, regularmente, á un mismo objeto, pero animadas de sentimientos opuestos y de un espíritu diferente. Se esperaba, no obstante, que pasaría la noche sin perturbación notable, cuando, saliendo de un coche en que se retiraba persona allegada al Favorito ó de quien tuviese misión de dar la señal de alarma, sonó un tiro que efectivamente fué la de la mayor turbación y desorden. Como impulsados por convenio anterior y movidos por un solo sentimiento, el de la venganza, paisanos y soldados, magnates y proletarios, hasta servidores del palacio real, acuden instantáneamente á la casa del Privado, arrollan la guardia y, atropellándose por las habitaciones en busca de su presa, como las aguas al romper el dique por huir de su propia pesadumbre, destruyen y, por fin, arrojan por las ventanas cuantos objetos había reunido allí el lujo de su poderoso dueño [2]. Mientras éste, sorprendido en su lecho por la aso-

1 Como puede verse en el apéndice, entre el paisanaje andaba el conde del Montijo, disfrazado de campesino y dándose á conocer con el nombre de *El Tío Pedro*. Nellerto consigna «que Montijo en un papel impreso en Madrid, se gloriaba de haber sido el autor de los sucesos de Aranjuez, viniendo desde Andalucía en posta para este fin, que dice tenía muy premeditado».

2 También se verá en el apéndice que entre las gentes sublevadas iban criados del cuarto del infante D. Antonio. Hay quien dice que gastó dos millones en aquella ocasión. De seguro que los echaría de menos en Valençey.

nada, encuentra, medio desnudo y jadeante, un albergue oscuro en que ocultarse de sus perseguidores, los que no han logrado penetrar en la casa, exhalando su rabia en gritos desaforados y apilando los muebles y alhajas que los de arriba les arrojan, lo queman todo con excepción de las condecoraciones numerosísimas con que el Valido adornaba su pecho, entregadas religiosamente al Rey; conducta á primera vista extraña pero general en cuantos motines han tenido lugar en nuestro país, cuyo desapropio se manifiesta hasta en tan tristes é ilegítimas ocasiones. Al toque de á caballo, dado sin orden de autoridad competente, las tropas se ponen sobre las armas y acuden también al lugar de aquellos lamentables sucesos, del que acompañan al regio alcázar á la infanta esposa y á la hija de Godoy, á quienes el pueblo lleva en triunfo á los gritos de «viva el Rey» y «viva la Reina», como en manifestación de su afecto á personas que se creía desconsideradas y hasta aborrecidas por su marido y padre.»

«Tras de estos actos, ejecutados en cortísimos momentos, y perdida la esperanza de saciar su rabia en la persona del Privado, los amotinados se retiraron, abandonando al cuidado de dos compañías de guardias la saqueada mansión, iluminada apenas por los restos del fuego en que se habían consumido sus elegantes y ricos paramentos.»

Destitución de Godoy.

Entre tanto, el palacio real era teatro de escenas, si de índole diferente, lamentables también y que revelaban la ceguedad de unos y las ambiciones de otros de los que componían la familia real y sus respectivas cámaras. En la del Rey todo daba á conocer sorpresa, miedo y tristes presentimientos de una desgracia próxima é irreparable. No se esperaba suceso tan grave; se temió luego el atropello y hasta el asesinato de la persona que más privaba en el ánimo y el corazón de los Reyes, y ni Carlos IV, ni María Luisa auguraban sino una catástrofe que arrastrara en pos el trono mismo en que tan seguros se consideraban

pocos días antes. Aquel desbordamiento de las pasiones en sus vasallos, aunque no rebosando hasta entonces más que en ira contra el objeto de su cariño y de toda su confianza, los dejaba así como desamparados de toda ayuda; ya que no debían esperarla de su primogénito, á quien consideraban como ansioso de heredar á su padre cuanto antes y conspirando para conseguirlo, ni de Napoleón tampoco, cuya deslealtad y amenazas, siquier encubiertas, habían precisamente causado la fatal resolución de huir de su presencia y de la de sus tropas. Y no sólo eso, sino que, mirando en su derredor, comprendían que tampoco la hallarían en sus mismos ministros y servidores que, más que á ellos, encaminaban sus miradas y sus atenciones á su hijo, objetivo ya y de algún tiempo antes á que las dirigían, previendo su aparición como inminente en la esfera del poder supremo.

Varios grandes, algunos de su más alta é inmediata servidumbre; dos de los ministros, Cevallos y Caballero, aquél aunque allegado de Godoy, y el segundo manifiestamente opuesto al viaje, y el embajador de Francia, así como no pocos de los recién venidos de Madrid, se tenían por obligados á adherirse á la causa del príncipe de Asturias que, para ellos, comenzaba á ser la del honor y de la fortuna de la patria. El rey Carlos, viejo ya y desacreditado fuera y dentro de España, y María Luisa, más desconceptuada aún como señora y como Reina, se encontraban puede decirse que solos en aquella noche terrible al no tener á su lado al hombre que, por satisfacer ambiciones bastardas ó por miedo, les robaba la poca consideración que fingida ó interesada se les tributaba todavía. Al cuarto de D. Fernando era al que acudían los partidarios suyos de buena fe, los enemigos del de la Paz y los antes inactivos ó indecisos que ya veían alzarse el nuevo sol mientras se hundía el antiguo, tantos años esplendoroso, en el oscuro piélago de la desgracia. Para salvar, pues, á su querido Manuel, de cuyo paradero

nadie les daba noticia, ni de cuya suerte parecía cuidarse nadie, tuvieron los Reyes que acudir á su hijo é implorar su intervención para que se calmase la ira popular que escuchaban desatarse en denuestos y amenazas al pie de sus balcones, á los que efectivamente se asomó el Príncipe, logrando el objeto de su misión con la oferta, sin embargo, de que sería destituído y desterrado el causador de tantos males como afligían á la nación.

Y, con efecto, á las pocas horas se daba al público el Real decreto exonerando á Godoy de todos sus empleos y cargos. Decía así: «Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode. Tendréislo entendido y lo comunicaréis á quien corresponda. Aranjuez 18 de Marzo de 1808.—A D. Antonio Olaguer Feliu.»

Parece que allí debía acabar todo; la rabia del pueblo, la perturbación de los ánimos, el motín cuyos fines primeros, los ostensibles por lo menos, se calculaban conseguidos. «A las siete y media de la mañana (del 18), dice un testigo presencial, salieron á los balcones los Reyes y Príncipe nuestros señores y toda la familia real: aquí empezó el pueblo un victoreo general, viva el Rey, la Reina, el príncipe de Asturias y la tropa. Los sombreros por el aire y en la mano, formaban una vista de las más agradables, junto con el llanto, con los sollozos y alegría de toda clase de gentes y sexos: el Rey hizo acatamiento al pueblo y se retiró. El infante D. Antonio tiró el sombrero al aire y lo cogió como una pelota.» El del 19.

¡Ilusiones!; ilusiones que el Rey no se haría al retirarse del balcón entre los aplausos y los vivas de la multitud que momentos antes rugía de furor y rabia contra su Valido. La revolución triunfante es insaciable de concesiones. «La de Aranjuez, hemos dicho en otra parte, dirigida en un prin-

cipio á estorbar el viaje de la familia real, amenazaba, al estallar, la existencia de Godoy, y, proclamando amor y reverencia á Carlos IV, concluiría por arrancarle la corona para colocarla en las sienes de su hijo.»

Prisión de Godoy.

No se las hizo, no, el Rey: la impresión sufrida la noche anterior, le tenía hondamente preocupado. Veía cómo en aquel motín se habían desconocido la autoridad real, la disciplina de las tropas y hasta el respeto personal que creía merecer; pero si aún pudo abrigar esperanzas de conservación de tan preciados intereses, pronto se las arrebató un nuevo suceso que fué á colmar sus aflicciones y las de su regia consorte. Oculto Godoy al principio del asalto de su casa en un cuarto interior del último piso, y después en un desván donde se depositaban las esteras y alfombras innecesarias ó inútiles, había permanecido allí devorado por la sed y el hambre treinta y seis horas [1]. Era insorpotable aquella situación; y Godoy, ó prefiriendo la muerte á continuar donde también le esperaba lenta y cruel, ó creyendo encontrar en su evasión quien le librara del tormento que le afligía, salió á eso de las diez de la mañana de su triste tugurio y se lanzó á la escalera [2]. En ella estaba un artillero, á cuyo cuerpo había favorecido siempre. Pero ¿qué había de entender de eso un soldado, quizás un recluta? Al ver al Príncipe, su general y director, echó á correr, anunciando á sus camaradas de la guardia la presencia del

1 Se ha dado por cosa averiguada que se había escondido en un rollo de esteras. Podrá ser verdad y sería verosímil, lleno de terror como debió estar mientras los amotinados andaban por la casa buscándole; pero él lo ha negado terminantemente en sus Memorias, y como nadie pudo verle hasta que se presentó á uno de los soldados de la guardia, nadie tampoco puede negar su rotunda aseveración. Negarla es añadir fe á un escrito como el suyo, lleno de inexactitudes, que pueden refutarse con datos incontestables y razonamientos sobradamente fundados.

2 «¡Oh, larga noche!, exclama Godoy en sus Memorias, ¡eterna! ¡Noche de desvarío y de soñar despierto, ardiendo en calentura, la calentura de la sed, la peor de todas, la más brava, más aguda y más punzante!... la que Dios no quiera que mis mayores enemigos nunca sufran!»

en cuya busca se andaba desde el día anterior. Salieron á su encuentro, sin ofenderle empero y como inclinándose á conducirle á palacio, que es lo que les pidió. Vuela, sin embargo, la noticia de su aparición, y con ella renace la ira en la multitud, apenas distraída con las voces recién llegadas del alboroto y los excesos que habían tenido lugar en Madrid al conocerse los de Aranjuez y recelosa aún de lo que pudiera resolverse en palacio respecto al viaje, y más todavía de la suerte de D. Fernando, cuyos partidarios aumentaban en número por momentos según se observaba en sus salidas, saludadas con vítores mucho más estrepitosos y entusiastas que los dedicados á sus padres. Todo Aranjuez acude á la plaza, y lo hubiera pasado muy mal el de la Paz, si antes de salir á ella no llegara en su auxilio una sección de guardias de Corps, que se encargó de llevarle á su cuartel. Aun así, tuvieron los guardias que conducirle con mil precauciones entre sus caballos, tal era la furia de los que le acometían con sables, palos y piedras, causándole algunas heridas y el bochorno, el abatimiento y la pavura con que recorrió aquel dolorosísimo camino [1].

En el cuartel ya, y libre, por el pronto, del furor de las muchedumbres que con tal saña le habían perseguido, apareció allí el príncipe de Asturias, saludado con entusiasmo y algazara ensordecedora por cuantos permanecían ante la puerta como acechando la presa que, merced á los guardias, acababa de escapárseles. Iba D. Fernando enviado por los

1 El Diario de D. L. G. lo describe así: «Salió el reo de su casa á pie, en medio de un piquete de guardias de Corps; éstos lo llevaban en medio de dos caballos, agarrado cada guardia del cuello de la levita, y él sostenido con ambas manos de las bridas de los caballos; iba con el cuerpo inclinado, y todo el pueblo pedía á voces su cabeza; le dieron una cuchillada en la cara, un fuerte palo en las espaldas y una pedrada en la boca, de cuyas resultas empezó á desangrarse por boca y narices; y sin embargo de la mucha tropa que se juntó después, no podía evitar ésta que lo maltratasen; era un objeto digno de compasión ver á un hombre que el miércoles 16 mandaba la Monarquía, se le hacía guardia con bandera, salía con batidores, y verlo hoy indefenso, preso y humillado; y á pesar de estar tan abatido el pueblo le quería beber la sangre.»

Reyes, sus padres, que al escuchar el ruido del nuevo alboroto y comprender el peligro que corría su favorito, le suplicaron acudiera en su socorro. «Yo he visto, escribe Chemineau, allí presente; yo he visto al Príncipe que como un dios salvador llegaba para que la sangre de la víctima no manchase su triunfo; yo he visto á los guardias y al pueblo obedecer con respeto religioso al que parecían reconocer ya por su monarca, pero que en aquella ocasión, no tenía sobre ellos otro imperio que el que ejercía en el corazón de los españoles.»

La escena debió ser muy embarazosa para los dos; para el príncipe de Asturias y para Godoy. Triunfante y todo don Fernando, que desde la causa del Escorial había abandonado aquel aire torvo que antes presentaba al aspecto del Favorito aunque sin prestarse cordialmente á la reconciliación á que, en interés de la patria, le estimulaba su padre, tenía forzosamente que experimentar algún embarazo al ver á sus pies, ensangrentado, febril, abatido y jadeante al hombre poco antes omnipotente, á quien el Príncipe y, con él, sus partidarios y toda España consideraban como su mayor enemigo y hasta con aspiraciones á arrebatarle el trono en provecho propio. Por su lado, Godoy, que después ha pretendido aparecer manteniendo una entereza y una dignidad inverosímiles en tan triste situación, y no viendo en su derredor sino el pasmo de cambio tan terrible de fortuna pintado en todos los semblantes, habría también de sentirse como embargado y suspenso en tan sorprendente escena [1].

1 ¿Llegó D. Fernando antes ó después de haber entrado Godoy en el cuartel de Guardias? No es fácil asegurar una ni otra cosa ante los votos escritos, aun siendo varios, de testigos presenciales. El Diario de D. L. G. consigna la noticia de que el príncipe de Asturias entró en el cuartel después, á las diez y media. Godoy, en sus Memorias, dice: «Yo no sé si habría entrado ya su alteza en el cuartel antes que yo llegase, ó si llegó después que yo había entrado. Me habían tenido reposando un poco tiempo en el zaguán y conteniéndome la sangre que me brotaba de la frente; después, subiendo la escalera principal con los que me ayudaban á subirla, en medio de ella encontré al Príncipe.» Chemineau que, según ya hemos dicho, andaba entre la muchedumbre, dice de su

Así es que no nos merece crédito la relación de Godoy describiendo aquel trance dieciséis años después. «Yo te perdono la vida», cuenta que le dijo D. Fernando; y él le preguntó: «¿Vuestra alteza es ya rey?» ¿Todavía no, dice que contestó el Príncipe, pero lo seré muy pronto.»

«Yo añadí al punto, continúa, otra pregunta que me salía del alma, y dije al Príncipe: ¿Sus majestades están buenos? No recibí respuesta [1].»

Don Fernando, si no le contestó, fué, en cambio, á asomarse á una ventana del cuartel; y, dirigiéndose á la multitud, exclamó: «Señores, yo respondo de este hombre: se le formará causa y será castigado con arreglo á la gravedad de sus delitos.»

Con esto y con reiterar ese ofrecimiento el Príncipe al volver á palacio, se calmó aparentemente el alboroto, se restableció la tranquilidad material en el Sitio y el Rey y la Reina que, al presenciar el motín desde sus cuartos, creían muerto á su Valido, esperaron que aún podrían reali-

lado: «El heredero del trono se mete entre los furiosos que querían inmolar al favorito; le encuentra en un estado deplorable; sus vestidos estaban hechos girones, sus cabellos arrancados, y tenía el rostro lívido y cubierto de sangre. A la vista del Príncipe, Godoy, cayendo á sus pies, implora su clemencia.»

¿A quién, pues, dar fe? Nosotros creemos que es Godoy el que la merece. No debió haber tiempo para que llegase D. Fernando en socorro de Godoy antes de que metieran á éste en el cuartel de sus antiguos camaradas marchando, según se dice, al trote de sus caballos.

1 Ese diálogo ya hemos dicho que no merece fe, tal como lo cuenta Godoy. La Reina, en su carta del 25 de Marzo á Murat, publicada en el *Moniteur* de 5 de Febrero de 1810, consigna ese diálogo quejándose de que su hijo se condujese en aquel caso como si ya fuera el soberano... «y como si él fuese ya Rey, añade, dijo al príncipe de la Paz: *Yo te perdono la vida.* El príncipe, á pesar de sus grandes heridas, le dió gracias, preguntándole si era ya rey. Esto aludía á que ya se pensaba en ello, pues el Rey, el príncipe de la Paz y yo, teníamos la intención de hacer la abdicación en favor de Fernando, cuando hubiéramos visto al Emperador, y compuesto todos los asuntos, entre los cuales el principal era el matrimonio. Mi hijo respondió al príncipe de la Paz: *No: hasta ahora no soy rey: pero lo seré muy pronto.* Lo cierto es que mi hijo mandaba todo como si fuese rey; sin serlo, y sin saber si lo sería. Las órdenes que el Rey mi esposo daba, no eran obedecidas.»

¿Quién comunicó á la Reina antes del 26 esa conversación que luego, en 1841, hizo también pública Godoy en sus Memorias?

zar el plan señalado en el decreto de destitución, el de que pudiera partir *al retiro que más le acomodase.*

Abdicación de Carlos IV.

¿Qué pasó después para que, en vez de realizarse esas esperanzas, viniera la catástrofe que tan remota estaría en la mente de los consortes reales, tan distantes también, la Reina especialmente, de prestarse á aceptar ni la idea siquiera con resignación? ¿Era que continuaba ejerciendo su acción la conjura tan preconizada por Godoy, ó que la situación en que se miraba España exigía remedio tan inmediato y enérgico, que nuestro pueblo, espontáneamente y con esa clarividencia ya instintiva de los peligros que le amenazaban, se disponía á buscarlo por cualquier camino que llevase á conjurarlos? En el estado, pues, en que se hallaban los ánimos; de recelos é intransigencias en la corte y de excitación y arrogancia en los habitantes y huéspedes de Aranjuez, vencedores hasta entonces, el menor incidente conduciría á un desenlace, si temido por algunos, deseado ya por casi todos.

El Rey, al decretar la exoneración de Godoy, había confiado al príncipe de Castel-Franco el mando de las tropas destinadas á la guarda de su persona; y con él, el conde de Villariezo, el marqués de Albudeite, capitanes de guardias de Corps, y el marqués Caballero, ministro, como es sabido, de Gracia y Justicia, tenía con quienes, en caso urgente, consultar si fuese necesario. Y no tardó en tener que recurrir á ellos, precisamente para el último de entre los procelosos accidentes de su reinado.

Cuatro horas después de haber vuelto D. Fernando á Palacio rompía la plebe de Aranjuez en otra asonada más ruidosa y furibunda, si cabía, que la anterior. Óyese á las tres y cuarto de la tarde el toque de generala, y pueblo, tropa y autoridades, el mismo príncipe de Asturias, acuden al cuartel de Guardias, á cuya puerta había aparecido un coche de colleras, destinado, así lo creyó y divulgó la multitud, á llevar á Granada al que ya nadie llamaba sino reo de muerte,

al desgraciado Godoy. Cuando llegó D. Fernando, esta vez á caballo, los amotinados habían hecho trizas el coche y aun muerto alguna de las mulas que debían arrastrarlo. El Príncipe tuvo que repetir sus ofertas de la mañana, con lo que pudo regresar á Palacio, donde el motín había producido muy otros efectos, decisivos ya para la suerte de la nación, al menos, por el momento. Fuese que el coche debiera transportar, con efecto, á Godoy, lo cual no aparece probado; fuese que se hubiera establecido allí con la intención de producir el alboroto para terminar los conjurados su obra, que veían alargarse demasiado sin el éxito por que trabajaban uno y otro día de los en que Aranjuez la estaba presenciando desde el 17, lo cierto es que el nuevo motín, último del 19, produjo el resultado decisivo que unos buscaban y temían otros. El Rey oyó desde su cuarto denuestos y amenazas que iban á su persona dirigidos. Privado de los consejos de quien á todo ocurría, según él, y siempre con oportunidad y acierto, siempre con fortuna, desde que había tomado las riendas del Estado, recurrió á los de Castel-Franco, Villariezo y Albudeite, á los de Caballero, sobre todo, que llevaba todo el día en conferencias con ellos y con los demás secretarios del despacho, que habían dormido aquella noche en Palacio, con D. Fernando, por fin, á cuyo cuarto se iba poco á poco trasladando el del Rey, según apretaban las circunstancias, que parecían conducir al desenlace, visto ya como muy próximo. Nadie había ofrecido á Caballero garantías de firmeza en el mando, de obediencia en las tropas ni de respeto á la autoridad suprema en el pueblo [1]. Por más que Caballero, si ha de darse fe á la carta que después publicó en Burdeos, trató de infundir

1 Nellerto publicó íntegra y con comentarios la carta que el marqués Caballero le dirigió desde Burdeos el 15 de Mayo de 1815, tan citada por cuantos han historiado después los sucesos de Aranjuez, todos en extracto ó con algunos sólo de sus párrafos. Es, sin embargo, tan interesante en ese punto y en el referente á la causa del Escorial, que hemos creído deberla insertar íntegra también en esta historia y en su apéndice núm. 11.

ánimo en los jefes de las tropas y en la servidumbre del Rey, no encontró sino abatimiento, real ó fingido, ó una opinión, puede decirse que unánime, de que sólo del Príncipe se debía esperar que se superase situación tan grave y comprometida. Aun parece que, consultado el caso con don Carlos, pasó Caballero á la estancia de D. Fernando, quien ofreciera hacer todo lo en sus manos posible en favor de sus padres, á quienes fué á ver y consolar; pero no debieron inspirar suficiente confianza ni la visita ni las protestas y ofrecimientos del Príncipe.

Carlos IV, muy delicado de salud de bastante tiempo atrás, afligido por las emociones que acababa de experimentar, más aún por el espectáculo que ofrecía la Reina, desolada ante desgracia como la que les amenazaba, y desesperado al ver y oir los transportes de júbilo que inspiraban al pueblo la presencia y la palabra de su primogénito, á quien ya se había acostumbrado á desestimar si no á aborrecer, creyó llegado el momento de descargarse del peso de una corona que sólo su querido Manuel era capaz de hacerle sobrellevar [1]. Llamó, pues, á sus ministros y á los altos dignatarios del Estado y de Palacio presentes en el Sitio; y después de significarles la resolución que se había decidido á adoptar, que no fué combatida, al menos con el calor y la fe que parece debieran inspirar la adhesión y la lealtad tan decantadas en los años de favor que muchos de ellos debían al entonces achacoso y desgraciado Monarca, hizo que Caba-

1 María Luisa, en su ya citada carta á Murat, dice: «Después debía haber, en el día 19 en que se verificó la abdicación, otro tumulto más fuerte que el primero contra la vida del Rey mi esposo y la mía, lo que le obligó á tomar la resolución de abdicar.

Nuestras vidas, añade, hubieran estado en grande riesgo, y la del pobre príncipe de la Paz lo está todavía.»

En la carta, que luego recordaremos, donde el general Monthiou daba cuenta á Murat de su visita á los Reyes en Aranjuez, atribuía á D. Carlos la frase de «que la muerte del príncipe de la Paz produciría la suya, pues no podría Su Majestad sobrevivir á ella».

llero redactase el Real decreto en que abdicaba la corona en su primogénito.

Decía el decreto, firmado aquella noche y que se publicó en la *Gaceta* del 25: «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso, para reparar mi salud, gozar en clima más templado de la tranquilidad de la vida privada; he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el PRÍNCIPE DE ASTURIAS. Por tanto, es mi Real voluntad que sea reconocido y obedecido como Rei y Señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi Real decreto de libre y espontánea abdicación tenga su exacto y debido cumplimiento, lo comunicaréis al Consejo y demás á quienes corresponda. Dado en Aranjuez á 19 de Marzo de 1808.—YO EL REY.—A D. Pedro Cevallos [1].»

¿Se arrepentiría luego Carlos IV del acto que acababa de realizar? Debiera creerse así por los á que se le vió entregarse á los pocos días y cuando entre las garras del tirano que ambicionaba la corona de España hizo que se la entregaba, arrancada, á su vez, de las sienes de su legítimo dueño. Parece que la Reina, al saber la resolución de D. Carlos por una dama de su servidumbre, corrió al lado de su marido; pero era tarde ya. Creía María Luisa que el único recurso que quedaba para salvar á Godoy era el mantenimiento

1 Al leer la relación del conde de Toreno habrá quien suponga que la abdicación de Carlos IV tuvo lugar á las siete de la tarde, hora para la que dice citó el Rey á sus ministros.

El Diario de D. L. G. dice textualmente: «A las quatro y media se cambió la escena: llega un guardia que venía de Palacio á galope escapado, y dice al inmenso pueblo: *Señores, el Rey padre ha renunciado la corona en su hijo, y éste ya está coronado.* Todo el pueblo gritó: Viva el Rey nuestro señor Fernando VII, y se encaminó á la plaza de Palacio, dexando libre la del quartel de Guardias. Así que llegó la tropa, salió el nuevo Rey al balcón principal de Palacio solo, sin que le acompañase ninguna persona real; luego que se dexó ver, se volvió loco el pueblo, de júbilo, gozo y placer; la tropa hizo lo mismo y los walones bailaban contradanzas de alegría. S. M. el nuevo Rey suplicó y obtuvo del pueblo se retirase, repitiendo que respondía por el reo.»

del poder soberano, sin comprender que, de conjura ó espontáneo, el movimiento de Aranjuez, secundado en Madrid, no reconocería límites sino con la abdicación del Rey y el entronizamiento de D. Fernando.

Poco importaba á los españoles de aquel día haber impuesto con la fuerza una resolución que las leyes condenaban: tomada al estrépito de la asonada y con el temor á sus excesos, podría tenerse, en concepto de los más escrupulosos, por no valedera; pero tan general era la opinión de la nulidad del Rey en su concurrencia con la Reina y su favorito, que nada le quedaba que esperar si no apelaba á la violencia. Porque, lo mismo que la Reina, D. Carlos no dió señal ninguna de renunciar hasta el momento del segundo motín del día 19, en que, entre los gritos de muerte contra Godoy, oyó también al pie de sus balcones los de quienes pedían su abdicación y el llamamiento de D. Fernando al trono. No era aquélla ocasión para apelar á la antigua costumbre de convocar Cortes, ni reunir Consejos ni Tribunales que presenciaran y sancionasen la cesión de la corona real, costumbre, por otro lado, que la dinastía había desterrado de entre las venerandas de nuestros predecesores. Impuesta esa cesión por la fuerza, podría ser, como lo fué á los pocos días, protestada como ilegal y arbitraria; pero, repetimos, la opinión nunca se resolvería á desmentirse de propósitos y actos que había coronado el éxito según sus deseos, manifiestamente hostiles á la situación que acababa de destruir [1].

1 En ese día terminó de hecho el reinado de Carlos IV. Sin protesta ó con protesta, aquel Monarca de tan triste memoria no volvió á ejercer acto ninguno de soberanía hasta el ilegal y pudiera decirse irrisorio de su nueva renuncia de la corona en favor de Napoleón cuando, mejor que rey de España, era un prisionero del Emperador en Bayona. Así es que la continuación de la historia de su reinado sólo puede extenderse ya á narrar, y eso sucintamente, las peripecias de la instalación de Fernando VII en el trono y de su desdichado viaje á Francia para allí sufrir la suerte de toda la familia real española, dispersada ó presa por el usurpador para impedir su acción en el seno de la patria.

Tras de esa brevísima reseña y la de los manejos puestos en juego por Napoleón para arrojar de España la dinastía borbónica, no nos restará qué hacer

El príncipe de Asturias, Rey.

Bien pudo el rey Carlos comprender todo eso al observar la alegría que causó su abdicación en el pueblo y el apresuramiento con que se dejó vacío su cuarto de Palacio para llenar el de D. Fernando, no sólo de los ministros y dignatarios de la corte y del Estado, sino que también de muchos de los que le debían afecto particular y grandes mercedes. Varios de éstos se habían manifestado leales y consecuentes para con D. Carlos, más por su personal conveniencia ó por miedo á las arbitrariedades del Valido, que por verdadera adhesión: ahora se iban á buscar al lado del hijo el perdón de su fingida ó real fidelidad al padre y de las alharacas con que la ensalzaban, las primicias, en fin, de un favor tan fructuoso como el que, por inútil ya, comenzaban á olvidar.

Sin embargo, no era fingido, sino general y sincero el concepto patriótico de los que aclamaban á D. Fernando [1]. Su juventud, circunstancia que tanto interesa á los pueblos, como su carácter, acreditado de generoso en aquel día al salvar de una muerte segura á su encarnizado enemigo; la desgracia misma que le andaba persiguiendo desde sus primeros años con el desamor de sus padres y la amenaza de su desheredamiento; el descrédito en que había caído el rey Carlos; el desprecio de que era blanco la Reina, y el odio, sobre todo, á quien con su incalificable y torpe conducta en la corte y su inhabilidad en el gobierno, había atraído sobre

sino el resumen y epílogo de nuestro trabajo histórico con la exposición del gobierno general administrativo de nuestro país durante el de Carlos IV, que no se ha querido detallar antes para no hacer enojosa la de los sucesos más grandiosos de tan accidentada historia.

1 «Es necesario haber presenciado los transportes de alegría de los españoles en Marzo de 1808, aquel delirio universal que produjo en todas partes la noticia de la desgracia de Godoy y la de la elevación de Fernando al trono, para juzgar de cuál debió ser y fué en efecto la actividad de los espíritus, la exaltación de las imaginaciones y la fuerza sorprendente que adquirió en aquel momento la opinión pública, cuya explosión había estado tanto tiempo comprimida.»

Así lo dice Chemineau, tantas veces citado por su autoridad en el conocimiento de aquellos sucesos.

sus protectores ese descrédito y ese desprecio, realzaban la figura del nuevo soberano hasta constituirle en la única esperanza de la antes grande y entonces pobre y humillada España. Palabras, además, que, al decir de algunos, habría soltado el Príncipe, más halagadoras que prudentes en su situación, la de *Cortes*, que debió escapársele en aquellos momentos de efusión, y las generales, lugares comunes en todo advenimiento de situaciones quizás inesperadas, las de no pensarse sino en la felicidad de los pueblos, en mantener los principios de la justicia, los fueros de la equidad y los intereses morales y materiales de sus súbditos, tenían como embelesados á cuantos las escucharon y á cuantos tuvieron noticia de ellas. «Fernando, dice un historiador alemán, era entonces rey y soberano de una grande y generosa nación, que por la persecución que le había hecho sufrir Godoy y el mal gobierno de éste, se había atraído una adhesión sin límites: en todos los puntos del reino, los corazones de sus súbditos volaban por delante de él y saludaban con alegría á la nueva aurora que les prometía el porvenir más hermoso.»

No contribuyeron poco á esas explosiones de entusiasmo las primeras medidas que tomó levantando el destierro á sus amigos de la causa del Escorial, y á Jovellanos, Floridablanca, Hermida, Cabarrús y Urquijo, tan perseguidos por Godoy que no podía perdonarles su conducta en los gobiernos de que habían formado parte, y aunque manteniendo unos días el gobierno anterior, el nombramiento luego de Cevallos, Azanza, O'Farril y Piñuela, para los ministerios de Estado, Hacienda, Guerra y Gracia y Justicia, todos ellos tenidos en el país por leales, desinteresados y hábiles.

Hubo después quien dijera que, al comunicarse al Consejo Real la abdicación de D. Carlos, aquel Cuerpo se había resistido á darla publicidad por no observarse en ella los trámites ni las fórmulas exigidas en tan importantes y transcendentales ocasiones. Las circunstancias en que se verificó la abdicación no eran, sin embargo, para que se observaran tales

procedimientos de solemnidad y validez para la renuncia de un trono como el de España; pero consta que los consejeros, en corporación y como particulares, se adhirieron al voto unánime de los españoles en favor de D. Fernando. Lo que hay es que el historiador á quien nos referimos, debió equivocar aquella ocasión con otra inmediata, en que por la renuncia de Fernando VII, que le fué arrancada en Bayona el 6 de Mayo con amenazas hasta de muerte, mandó Murat que el Consejo la cumpliese é hiciera publicar con la cédula de restauración de D. Carlos, expedidas una y otra cuando ambos príncipes se hallaban bajo la férula del Emperador de los franceses. Esta fué la ocasión en que, según dice Chemineau, y consta en el *Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real*, se recordaron en las sesiones de este alto Cuerpo «la renuncia que intentó el Señor D. Juan Primero en las Cortes de Guadalaxara del año de 1390; la que el Señor D. Carlos Primero de España, y Quinto de Alemania hizo en Bruselas; la executada por el Señor D. Felipe Quinto en el año de 1724; la autoridad de la Nación en actos de esta esfera, y la insuficiencia de cualquiera Decreto del Consejo que careciese de este preciso apoyo; en fin las circunstancias todas de los sucesos de Aranjuez, y de la renuncia y protestas del Señor Don Carlos Quarto».

No tardaremos en consignar, con la brevedad, sin embargo, que exige la índole de este escrito, cuáles fueron en momentos como aquellos de transgresión de todo precepto imperativo ó consuetudinario y de tránsito de situaciones, tan rápido como anormal, las fases de la que ofrece tanto interés histórico y produjo entonces la pérdida del orden moral y material, el desquiciamiento de la fuerza nacional, homogénea necesariamente para ser eficaz, y el error, tan manifiesto después, del que, aprovechándose de esos motivos de debilidad para imponerse, atropelló los fueros de la justicia y de la conciencia, de los sentimientos y el espíritu levantado de un pueblo que demostró desconocer hasta que

hubo de sentir el rudo golpe que acabaría por asestarle en su fortuna militar y política.

El á quien nunca quiso Napoleón conceder otro carácter ni otro título que el de Príncipe de Asturias, había adquirido, aun en medio de sus equivocaciones y flaquezas, tal prestigio, que no serían suficientes para hacérselo perder las artes ni las violencias á cuyo fatal influjo se le sometió en los pocos días que hubo de durar el que llamaremos primer período de su reinado.

Alborotos en Madrid.

Como es de suponer, el motín de Aranjuez, tuvo eco en Madrid y en las provincias. Si la noticia del de la noche del 17 no produjo sino la excitación de los ánimos, los corros y comentarios comunes en tales casos, la de la prisión de Godoy, llegada á Madrid la tarde del 19, llevó á su colmo la efervescencia y los grupos se manifestaron al anochecer decidos á traducir en hechos las amenazas que mezclaban con los vivas al Rey y los mueras al Valido y á los que tenían por cómplices de sus demasías y dilapidaciones. El palacio de Godoy fué asaltado y, como en Aranjuez, se arrojaron á una hoguera cuantos muebles, adornos y objetos de arte había en las habitaciones, sin que nadie distrajera ni ocultase ninguno de ellos. «Tan sucios parecieron, dice una publicación de aquellos días, que no excitaron al pillaje á un pueblo lleno de dignidad en su enojo mismo.»

Como suele suceder y alguna vez lo hemos observado y visto, satisfecha la rabia de la muchedumbre de los alborotadores en la casa de Godoy, aquellos mismos ú otros grupos distintos se dirigieron á la de su madre, á la de su hermano el duque de Almodóvar, arrestado en Aranjuez, á la de su hermana la marquesa de Branciforte y á las de sus amigos el ministro de Hacienda D. Miguel Cayetano Soler, D. Manuel Sixto Espinosa, tesorero mayor, y don Francisco Amorós, que, como otros varios, pasaban por amigos íntimos y, según se les llamaba, satélites suyos. No hay para qué recordar la algazara que todo eso produjo en

las calles de Madrid y el espectáculo que éstas ofrecerían, recorridas por un pueblo inmenso é iluminadas con las humeantes antorchas que hombres y mujeres de la plebe agitaban por el aire dando gritos, ya de venganza contra los partidarios del Valido, ya de alegría y entusiasmo al saberse á última hora la elevación de D. Fernando al trono. Afortunadamente, con esta última noticia llegó á Madrid la recomendación del nuevo Rey para que, con ella y las órdenes dictadas por el gobierno y demás autoridades, cesara el alboroto que, á pesar de haber durado treinta y seis horas, no causó desgracia ninguna personal. Todo se redujo desde entonces á vitorear al nuevo Rey, llevando en triunfo su retrato por las calles principales de Madrid para exponerlo en uno de los balcones de la casa de la villa á las miradas y los aplausos de la multitud [1].

Alegría en toda España.

En provincias, si en la mayor parte de ellas faltaban los alicientes que en Madrid para manifestaciones como las que acabamos de recordar, no por eso dejaron los naturales de dar rienda suelta á sus sentimientos, reservados hasta entonces por miedo á los agentes de Godoy y á los interesados en el mantenimiento de su autoridad é influjo. En Salamanca se llevó al delirio el entusiasmo por la mutación de gobierno verificada en Aranjuez. Se echaron las campanas á vuelo; y á su alegre y bullicioso sonido se reunió en la plaza número extraordinario de hombres, mujeres y niños, hasta de militares y sacerdotes, frailes principalmente, se dice que más de 600, que se pusieron á cantar y bailar con la mayor algazara, no cesando en tales muestras de su regocijo sino para trasladarse á la catedral donde acabó el alboroto con un solemne *Te Deum*. En Sanlúcar de Barra-

1 Había en la iglesía de San Juan de Dios un retrato de Godoy bajo dosel y todo, agradecido el clero por haberse exceptuado los bienes de su religión de la venta de los de Obras pías; y los alborotadores exigieron que se quitara inmediamente del templo aquella que, como es de suponer, era tenida de los madrileños por imagen, más que para respetarse en tal lugar, para infundir escándalo.

meda la furia popular se ensañó en el jardín botánico que, con la protección de Godoy, había allí fundado D. Francisco Amorós para aclimatar flores y frutos intertropicales tan útiles como extraños. Ensayábase en el mar, á cuya orilla se levanta aquella hermosa población, un bote de los llamados *Salvavidas*, que también destruyeron los que creían que nada que pudiera ser beneficioso eran capaces de inventar ni construir el tan odiado Favorito ni sus más atalentados partidarios. Amorós era, ya como amigo, bien como oficial de su secretaría, uno de los más laboriosos y entendidos agentes de quienes Godoy se valía para llevar á ejecución los proyectos, no pocos extravagantes, que abrigaba ó le sugerían. Él había sido quien se comunicaba con D. Francisco Badía, el original y atrevido orientalista que, con el nombre de Alí-Bey, se introdujo en Marruecos atrayéndose el favor del Emperador á un punto que nadie, europeo ni aun musulmán, había logrado hasta entonces. En el saqueo de la casa de Amorós en Madrid el 19 de Marzo, se hallaron cartas y comunicaciones sobre aquella extrardinaria expedición, cuyos resultados para España pueden calcularse por los obtenidos después en el Riff y las regiones, en general, del Muluya.

Si no tan lamentables como los de Sanlúcar, se cometieron excesos en otras varias poblaciones al saberse las ocurrencias de Aranjuez y Madrid, y lo mismo que en la coronada villa, los retratos de Godoy con que se engalanaban los salones de muchos Ayuntamientos, fueron arrastrados por las calles, hechos pedazos ó presa de las llamas, y cuando no perseguidos, insultados los que se gloriaban del favor del Valido de Carlos IV.

Los periódicos, además, que obtuvieron, mejor dicho, se tomaron una libertad de que hasta entonces carecían, los mil papeles sueltos que empezaron á correr por los pueblos, se ensañaron con Godoy, cubriendo su nombre de los epítetos más denigrantes é injuriosos, llamándole unos el *Príncipe de*

la Injusticia; otros, el *Generalísimo de la Infamia*, el *Gran Almirante de la Traición, la ruina*, en fin, *de la nación española*. Le había llegado la hora de la expiación; nosotros diremos, aun no distando mucho de tal concepto, la hora de la desgracia, y ¡ay del que incurre en la de los pueblos entregados á sí mismos, sin el freno del respeto á la autoridad y, como sucedió entonces, sin el de la fuerza, que no podía emplearse por haber simpatizado con el espíritu y el movimiento que los impulsaba!

Así como para sancionar aquellos que entonces parecieron desahogos de nuestros pueblos, ávidos de sacudir el vergonzoso yugo á que se consideraban sujetos, llegó pocos días después al Consejo Real la orden de 3 de Abril, mandando formar causa á Godoy, *por sus extravíos*, se decía, *y excesos públicos, manejo de intereses y demás que resulte*, á su hermano también, el duque de Almodóvar del Campo, y al Intendente, que había sido, de la Habana, D. Luis de Viguri, como á cuantos resultaren culpados. Dos días después se ordenaba que los ministros del Consejo, conde del Pinar y D. Juan Antonio Inguanzo, fueran los que entendiesen en la substanciación de aquellas causas; y por falta del primero de aquellos consejeros, ausente todavía, los fiscales propusieron y el Consejo acordó el arresto del exministro ya citado, Sr. Soler, de D. José Marquina, el del proceso de los criados del Príncipe en 1806, y el del fiscal de la causa del Escorial, D. Simón de Viegas, *poniendo* también *por detenido* al presbítero que tanto había luego de figurar, D. Pedro Estala. Tarea estéril había de ser aquella del Consejo; porque siete días después y en marcha, como luego diremos, Fernando VII para Bayona, mandó la Junta de gobierno se suspendiera el recibir declaración á Godoy y, cuatro más tarde, á su hermano, á Viguri y á Marquina, así como, por fin, á cuantos habían sido objeto de aquellas reales disposiciones.

Intrigas de Murat.

La obra de D. Fernando, la espontánea como la sugerida por sus consejeros en la conducta que había observado en el Escorial, de los que luego llegó á Madrid el célebre D. Juan Escóiquiz, la fué destruyendo día por día el gran duque de Berg, como árbitro que era ya de los destinos de nuestra corte.

Le dejamos en El Molar al tiempo de llegarle una carta de la exreina de Etruria, rogándole pasara cuanto antes, y, si posible fuese, sigilosamente, á Aranjuez, donde podría, dijimos, cerciorarse de la tristísima situación en que habían quedado sus padres los reyes. Aquella misiva inesperada de la Princesa que había conocido en Florencia y á la que le unían relaciones de amistad, no libres de juicios más ó menos aventurados, fué el hilo que sacó á Murat del dédalo de vacilaciones y perplejidades en que le tenían envuelto las noticias de lo sucedido en Aranjuez. Iba á conocer en toda su extensión y con la exactitud que necesitaba lo que en la vaguedad de los avisos que le llegaban le confundía á punto de no saber qué conducta debería observar, privado, como estaba, de las instrucciones políticas que el Emperador le había negado. «No sabía, dice Thiers, si aquella solución imprevista (la de Aranjuez) era la que Napoleón deseaba y, sobre todo, la que podría conducir más facilmente á que quedase vacante el trono de España.»

Pero mientras escribía al Emperador, lamentándose de la oscuridad en que marchaba, aunque decidido á no consentir atropello alguno por parte del pueblo de Madrid, avanzó á El Molar, y al recibir la carta de la reina de Etruria, envió á Aranjuez al general Monthion, uno de sus ayudantes, hombre seguro, la escribía en su contestación, á quien podría comunicar cuanto le hubiera de decir á él mismo [1].

1 Dice Thiers: «Aquella joven aturdida, poco versada en el conocimiento de los asuntos aunque tuviese más talento que su difunto marido, creía que un general en jefe, representante de Napoleón y conduciendo un ejército francés á las puertas de una de las grandes capitales de Europa, podría separarse

Monthion se trasladó, y debió ser furtivamente, á Aranjuez, logrando introducirse en las habitaciones de la Infanta, que después de un rato le condujo al salón en que le hizo esperar á sus padres el rey Don Carlos y su esposa María Luisa. En ese tiempo la Infanta les había leído la carta de Murat; de modo que el general Monthion pudo luego observar y después describir á su jefe la escena conmovedora de los soberanos españoles implorando su protección.

El general Monthion.

He aquí cómo le fué transmitida al Gran Duque de Berg con fecha del 23 de Marzo:

«Conforme á las órdenes de V. A. I., vine á Aranjuez con la carta de V. A. para la reina de Etruria. Llegué á las ocho de la mañana; la Reina estaba todavía en cama; se levantó inmediatamente; me hizo entrar; le entregué vuestra carta; me rogó esperar un momento mientras iba á leerla con el Rey y la Reina sus padres: media hora después. entraron todos tres á la sala en que yo me hallaba.»

«El Rey me dijo que daba gracias á V. A. de la parte que tomabais en sus desgracias, tanto más grandes cuanto era el autor de ellas un hijo suyo. El Rey me dijo: «que esta revolución había sido muy premeditada; que para ello se había distribuído mucho dinero, y que los principales personajes habían sido su hijo y Mr. Caballero, ministro de la Justicia; que S. M. había sido violentado para abdicar la corona para salvar la vida de la Reina y la suya, pues sabía que sin esta diligencia los dos hubieran sido asesinados aquella noche; que la conducta del príncipe de Asturias era tanto más horrible cuanto más prevenido estaba de que conociendo el Rey los deseos que su hijo tenía de reinar, y estando Su

ocultamente por uno ó dos días de su cuartel general, como quizá lo habría hecho en Florencia en plena paz, más ocupado entonces de los placeres que en la guerra ó en negociaciones. Murat la respondió muy cortesmente que sentía mucho las desgracias de la familia real de España, pero que le era imposible abandonar un puesto en que le retenían imperiosos deberes, y le enviaba en su lugar uno de sus oficiales, M. de Monthion.»

Majestad próximo á cumplir sesenta años, había convenido en ceder á su hijo la corona cuando éste se casara con una princesa de la familia imperial de Francia, como S. M. deseaba ardientemente.»

«El Rey ha añadido que el príncipe de Asturias quería que su padre se retirase con la Reina, su mujer, á Badajoz, frontera de Portugal; que el Rey le había hecho la observación de que el clima de aquel país no le convenía, y le había pedido permiso de escoger otro, por lo cual el mismo rey Carlos deseaba obtener del Emperador licencia de adquirir un bien en Francia y de asegurar allí su existencia. La Reina me ha dicho: que había suplicado á su hijo la dilación del viaje á Badajoz; pero que no había conseguido nada, por lo que debería verificarse en el próximo lunes.»

«Al tiempo de despedirme yo de SS. MM., me dijo el Rey: «Yo he escrito al Emperador poniendo mi suerte en sus manos; quise enviar mi carta por un correo, pero no es posible medio más seguro que el de confiarla á vuestro cuidado.»

«El Rey pasó entonces á su gabinete y luego salió trayendo en su mano la carta adjunta. Me la entregó y dijo estas palabras: «Mi situación es de las más tristes; acaban de llevarse al príncipe de la Paz y quieren conducirlo á la muerte: no tiene otro delito que haber sido muy afecto á mi persona toda su vida.»

«Añadió: «que no había modo de ruegos que no hubiese puesto en práctica para salvar la vida de su infeliz amigo; pero había encontrado sordo a todo el mundo y dominado del espíritu de venganza. Que la muerte del príncipe de la Paz produciría la suya, pues no podría S. M. sobrevivir á ella.—B. de Monthion [1].»

1 No es ésta la primera carta de la colección que constituye la correspondencia de nuestra familia real de entonces con Murat y Napoleón, correspondencia de que daremos cuenta; pero sí la que inicia la negra y grosera intriga urdida en un principio por el Gran Duque de Berg, buscando, según hemos

Esta carta, adulterada y todo al publicarse en el *Moniteur* de 5 de Febrero de 1810, según el testimonio de M. Thiers, que había visto los originales de todas, corregidas también y cambiadas en no pocas de sus más interesantes frases al traducirse para su inserción en el periódico oficial del imperio; esta carta, repetimos, torpemente reproducida, es la prueba más concluyente de que de ella arranca la idea de la protesta de Carlos IV, y de la falsedad de la fecha que posteriormente se estampó en tan debatido documento [1]. Esa carta fué naturalmente transmitida á Napoleón con observaciones, sin duda, y comentarios que produjeron el cambio de ideas que habría de conducir al desenlace que tuvo la magna empresa de arrancar la ilustre dinastía borbónica de nuestra patria.

Protesta de Carlos IV.

Monthion, entretanto, había vuelto á su cuartel general en los momentos en que Murat entraba en Madrid con fuer-

dicho, la vacancia del trono español, y aprobada y seguida por el Emperador á fin de procurar también aprovecharla, no en favor de su cuñado, sino de otro que le ofreciera más garantías de adhesión y aptitudes.

1 Los historiadores españoles han copiado esa correspondencia de la traducción que de ella hizo el canónigo Llorente (Nellerto); pero existe otra distinta y anterior que anunció el *Semanario Patriótico* del jueves 7 de Marzo de 1811, con este título: «Correspondencia secreta de la familia real de España con el emperador Napoleón y príncipe Murat desde los movimientos de Aranjuez en Marzo de 1808 hasta los sucesos de Bayona, traducida literalmente del francés é italiano.»

Por cierto que ese anuncio va seguido de su comentario. Hele aquí: «Es ciertamente muy extraño que en el *Monitor* se publicase esta correspondencia en que se da tan cabal idea de los personajes que la siguieron. Aquí aparece una reina frenética despiadada para con su hijo y abatida al sanguinario Murat por salvar á un detestable favorito: un monarca alucinado y débil, apoyando las indecentes súplicas de su esposa: el tirano Napoleón se muestra luego con la alevosía que le caracteriza atrayendo al inocente príncipe para cautivarle; y solo Fernando en esta escena verdaderamente trágica aparece justo, franco, sencillo y magnánimo. No se descubre, pues, qué utilidad puede sacar el vil tirano de esta correspondencia; pero como quiera que sea, ella nos revela unos secretos importantísimos, y por tanto es un monumento muy útil en los anales de nuestra revolución. La traducción es, qual conviene, literal, sin dexar por esto de ser el lenguaje puro y castizo. Véndese en la librería de Pajares, calle Ancha (Cádiz).»

Ya se sabe que el *Semanario* era el periódico de Quintana.

za y pompa que creyó suficientes para, sobre todo, impresionar á nuestro pueblo que, si efectivamente admiró el séquito del fastuoso y arrogante mariscal francés, sus brillantes uniformes y magníficos arreos, no se dejó imponer por el número ni las máquinas de sus divisiones de infantería, dotadas de tropa que, por lo ruin ó bisoña, no era, con efecto, propia para infundir respeto ni menos miedo á gente tan jactanciosa como la española. Thiers lo dice: «La guardia imperial impresionó singularmente á los españoles; los coraceros, por su elevada talla, su armadura y su disciplina, les llamaron también la atención. Pero la infantería del mariscal Moncey, compuesta en su mayor parte de muchachos mal vestidos y abrumados por el cansancio, inspiró más lástima que temor, lo cual era triste respecto á un pueblo cuyos sentidos mucho más que la razón convenía impresionar.»

No sería muy grande el respeto que pudiera infundir Murat cuando nadie se acordó de señalarle alojamiento en Madrid, teniendo que albergarse en las habitaciones que acababa de dejar la familia de la Tudó, únicas habitables del ya abandonado palacio del Buen Retiro. Luego, y observado el disgusto que le había producido tal falta de atención, se le llevó á la casa que ocupaba días antes Godoy, donde se alojó todo el tiempo de su permanencia en Madrid.

La carta de Monthion, las de la reina de Etruria, con una expresiva postdata del Rey su padre, otra carta, no menos aflictiva, de la Reina, de que fué también portador aquel general, y la conferencia, particularmente, que éste celebró con Murat al volver de Aranjuez, dieron la clave de la nueva intriga que habría de ponerse en juego para contribuir al resultado que tan ahincadamente se andaba buscando [1]. Fuese de Monthion al observar el estado de ira y terror en que se

1 En el apéndice núm. 12 pueden verse esas cartas, cuya lectura impresionaba tanto al progresista D. Modesto Lafuente que le hacía decir: «Enciéndese de rubor el rostro y aflige al par que abochorna, ver en toda esta correspondencia á una Reina y á una madre dejarse llevar del despecho y de la pasión hasta el extremo de desacreditar al hijo y difamarle, á trueque de li-

hallaban D. Carlos y la Reina contra su hijo Fernando, fuéralo de Murat, lo cual no es tan probable, puede darse por seguro que de aquella conferencia arrancó el pensamiento de la protesta de la abdicación hecha y firmada el 19 de Marzo por el achacoso y atemorizado soberano. Hasta se llevó á Carlos IV la minuta de la protesta que, no aceptada en un principio y discutida por impropia para no comprometer, sobre todo, la vida del favorito, fué por fin suscrita y firmada. Decía así: «Protesto y declaro que todo lo que manifiesto en mi decreto del 19 de Marzo, abdicando la corona en mi hijo, fué forzado por precaver mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y por tanto de ningún valor.—Yo el Rey.—Aranjuez 21 de Marzo de 1808.»

Tanto como la forma, fué discutida la fecha del decreto de protesta, fecha que era necesario anticipar para que no pareciera inspirado por otra influencia que la de un espontáneo y comprensible movimiento de pesar de haber cedido al miedo en aquella noche infausta del 19 de Marzo. Si se necesitara alguna prueba más fehaciente de haber sido inspirada por Murat, el lector puede encontrarla en las Memorias de Chemineau, agente napoleónico, muy apegado á Beaurharnais y á quien es difícil se escapara el conocimiento de cuanto pasaba en palacio y en el cuarto del Rey especialmente. Habla de Monthion y dice: «Aquel emisario estaba encargado de prometerles (á los Reyes padres) que haría poner en libertad á Godoy y bajo la protección del Emperador, si se prestaban á entrar en las miras de su amo, ó amenazarles con no reconocer á su hijo Fernando y hasta declararle la

bertar y poder tener siempre á su lado al que por lo menos á los ojos del pueblo pasaba por su amante.»

Las cartas citadas y algunas otras irán íntegras en el apéndice; las demás, estampadas ya en muchos libros, donde pueden consultarse, se reproducirán en éste extractadas, para no aumentar con exceso el volumen de este tercero y último tomo. «De ellas, dice Godoy en sus Memorias, se suprimieron muchas frases que mostraban sus nobles intenciones (las de los Reyes), se intercalaron otras que no había, y otras, en fin, se aderezaron al paladar de aquel que había ordenado tan baja como inútil felonía.»

guerra si el anciano Rey y la Reina se mostraban dispuestos á pronunciarse abiertamente por él.» Y continúa: «Es falso que el general Monthion encontrara aquél día á Carlos IV dispuesto á escuchar proposiciones contra Fernando ni á protestar inmediatamente de su abdicación con un acto que Bonaparte, dos años después, supuso en su *Moniteur* de 1810 fechado el 21 de Marzo.» Nellerto, el grande amigo de Godoy y su agente, según hemos visto, en varias delicadísimas comisiones, dice á su vez: «Pero mientras tanto el Gran Duque de Berg entró en inteligencias reservadas y tratos secretos, cuyas resultas inmediatas fueron recibir de Carlos IV un papel en que protestaba con fecha 21 que su abdicación de la corona no había sido libre sino forzada por el miedo de perder la vida, en caso que los amotinados de Aranjuez prosiguiesen sus conmociones.» Godoy, por fin, en sus Memorias y con las noticias que después le facilitaría D. Carlos, dice: «El general Monthion vino á Aranjuez de parte suya (de Murat), tan cargado de lisonjas para los Reyes padres, como provisto de instrucciones y de encargos para arrancar del Rey un acto de protesta.» Añade luego que después de muchas reflexiones se terminó el coloquio con Monthion «por extenderse la protesta y la carta á Bonaparte (que es del 23), entrambos documentos bajo la inspiración del general Monthion...» «Cuanto á la fecha (de la protesta), el Rey no se acordaba del día preciso que llevara, y aun dudaba si fué puesta.»

Pero ¿á qué apelar á testimonios, aun precedidos del en esta ocasión irrefutable de M. Thiers? No hay sino confrontar fechas para demostrar que la protesta de Carlos IV fué escrita posteriormente al 21 de Marzo, cuya data lleva. Aun dando por fielmente vertida al *Moniteur* la correspondencia de nuestra familia real y la de Monthion con Murat, no hay una sola de las cartas escritas antes del 23 que revele la idea de la abdicación. Lo mismo en la de la reina de Etruria y en la postdata del Rey con que termina, que en la de la rei-

na María Luisa, sólo se trata de obtener *la libertad de Godoy y el que se les deje ir al país que más les convenga llevándose en su compañía al mismo*. Nada de protestar si no es, y eso por modo indirecto, de su destino á Badajoz. Las quejas de verse el Rey obligado á abdicar por los conspiradores y sediciosos de Aranjuez, vienen después, como las acusaciones al Príncipe de Asturias, la protesta, en fin, causa, mejor aún, pretexto para la trama que va luego á producir el destronamiento de todos, de D. Carlos y de D. Fernando, en Bayona. La prueba más eficaz de que al abdicar Carlos IV no pensó en la recuperación del poder que acababa de abandonar, se pone también de manifiesto en el plan de condiciones que concibió para lo que Godoy llama *hacer legal lo que antes no lo fuese*. Eran esas condiciones las de mantener la religión católica con exclusión de toda otra en los dominios españoles, la integridad del territorio nacional, la buena inteligencia con los demás estados y muy especialmente con Francia, la publicación de la partida en que se trata del modo de suceder en el trono según la ley restablecida en las Cortes de 1789 y la buena administración del reino. Añadíanse otros artículos sobre la libertad de Carlos IV para establecerse donde más le conviniese, el señalamiento de renta y de palacio y parque donde habitar y recomendaciones en favor de sus hijos y nieto el rey de Etruria, así como en el de Godoy y sus demás servidores. Aquel plan, si llegó á tener el carácter formal que le atribuye Godoy, no fué atendido por los consejeros de D. Fernando, atropellados naturalmente aquellos primeros momentos en la obra de consolidación de su triunfo; pero revela que el pensamiento de la protesta fué muy posterior relativamente á la fecha que se la atribuyó después.

La correspondencia á que nos estamos refiriendo y la protesta de Carlos IV no son, pues, sino obra de la maldad del Gran Duque de Berg y del despecho de aquel soberano y de su tristeza por el cambio de situación verificado el 19 de

Marzo, la soledad en que queda la antigua cámara real y la animación que comienza y cada día aumenta en la del nuevo monarca, á que afluyen la venganza de anteriores agravios, las ambiciones despertadas y los entusiasmos más ó menos sinceros por la esperada regeneración de la patria.

Nuevo gobierno.

Ya hemos recordado cuáles fueron las primeras medidas adoptadas por D. Fernando al tomar su padre la resolución de abdicar el trono. Al llamar del destierro á sus amigos y mantener en sus secretarías del despacho á los ya citados ministros de su padre y antecesor, tenía el nuevo rey que completar su gobierno y al mismo tiempo prescribir disposiciones que, según la corriente de la opinión entonces y sus propias ideas, satisficieran las de sus partidarios y los diversos intereses de la nación, según entonces también se entendían. El marqués Caballero no podía mantenerse largo tiempo en el Ministerio, tenido como estaba por enemigo de todo hombre de mérito y servidor atento y solícito, cual dice Toreno, de los caprichos licenciosos de la Reina; así es que fué inmediatamente destinado á la presidencia de uno de los Consejos y quedó por entonces y para siempre hecho objeto de las más graves acusaciones de mala persona, de hombre falso y hasta traidor. Sustituyóle en el Ministerio de Gracia y Justicia D. Sebastián Piñuela, del Consejo Real; y á D. Miguel Cayetano Soler, ministro de Hacienda, perseguido, según hemos visto, en los alborotos de Madrid por íntimo amigo de Godoy, D. Miguel José de Azanza, virrey que había sido de Méjico, y que había de empañar el lustre de su nombre aliándose estrechamente después á la dinastía usurpadora y obteniendo empleos, condecoraciones y hasta títulos del intruso José Napoleón. Más adelante quizás podremos decir el por qué de esta última evolución de Azanza, verificada en concierto con otro de sus colegas, con el general D. Gonzalo O'Farril, especialmente, que fué llevado por D. Fernando al Ministerio de la Guerra como hombre muy reputado por su saber, los servicios que había

prestado y el aura popular de que disfrutaba por su todavía reciente mando de las tropas expedicionarias al reino de Etruria. D. Pedro Cevallos continuó en el Ministerio de Estado, obteniendo un decreto sumamente honorífico para borrar en él la nota que pudiera imprimirle su parentesco con Godoy. El Bailío Gil de Lemos, anciano recto, lleno de servicios y severísimo, como se vió muy luego, en sus ideas de lealtad y patriotismo, continuó en el Ministerio de Marina.

No se limitó la acción de D. Fernando en aquellos primeros días á esos nombramientos, sino que expidió también varios decretos, que se publicaron en la *Gaceta* del 25 de Marzo, dirigidos á mejorar las comunicaciones terrestres en la Península, al aprovechamiento de las aguas y á la traída de las del Jarama á Madrid, á la supresión de la Superintendencia de policía y á que se suspendiese la venta de bienes eclesiásticos que tantos y tan poderosos enemigos había atraído al Príncipe de la Paz; decretos, los más de ellos, que produjeron efecto favorable á D. Fernando, de quien los pueblos esperaban una completa restauración en los intereses que suponían heridos mortalmente por el inepto gobernante que acababa de hundirse en el cieno de sus torpezas. Lo que más se comentó, tanto acaso por no considerarse oportuno como por su objeto, que no era otro que el de hacer que desapareciese el efecto que hubiera podido causar el misterio que aún rodeaba á los sucesos de El Escorial, fué la publicación del resultado de la causa que lleva el nombre de aquel real sitio, en una *Gaceta* extraordinaria, la del 31 de aquel mismo mes. En ella aparecieron un breve relato del proceso, que muchos calificaron de amañado y aun falso, la sentencia del tribunal nombrado para la sustanciación y fallo de la causa y el oficio de remisión de esos y los demás documentos pertenecientes á ella que todavía no habían visto la luz pública. Bien se comprendía que el objeto era el de rehabilitar, no sólo á los proscriptos días antes llamados del destierro, sino al Rey mismo en el ánimo de los

que hubiesen podido sospechar en él alguna participación de tendencias contrarias á la autoridad de su padre.

Otra de las providencias que también dió lugar á comentarios, no para todos justificados, fué la de hacer retirar de las nuevas posiciones que habían tomado ó á que se dirigían, las tropas que abandonaron el territorio portugués para sustraerse del mando del general Junot. El empeño en mostrarse más adicto al emperador Napoleón que el gobierno anterior, llevó al de D. Fernando á no oponerse á nada de cuanto puede decirse que se le antojaba á Murat; y, como en hacer regresar nuestras tropas de Solano y Belestá á Portugal, se manifestó ese deseo, con mengua del propio decoro, en su conducta respecto á las causas de Godoy y sus amigos, y en la entrega, á que luego nos referiremos, de la espada de Francisco I, capricho, si explicable, desautorizado por el mismo Napoleón, que buscaba en sus tramas resultados más prácticos y conformes á sus ambiciones personales y de familia.

Cuando empezó á sentirse el peso de la influencia que iba á ejercer Murat, opuesta á la del nuevo soberano, fué al, decretado el proceso contra Godoy, señalársele por cárcel el castillo de Villaviciosa de Odón. Se le había sacado de Aranjuez la mañana del 23, escoltado por una sección de guardias de Corps, puesta á las órdenes del general marqués de Castelar; pero al acercarse á Pinto, apareció un oficial francés con un despacho del Gran Duque de Berg para que se suspendiera la marcha hasta que se determinase su prosecución con las precauciones necesarias para evitar un atropello que se temía como probable en Madrid ó al pasar por sus inmediaciones [1]. Así se hizo, con efecto, y Godoy per-

1 Así lo dice Thiers, y nos inclinábamos á creerlo, cuando llega á nuestras manos un libro, hace pocos días salido de la prensa del editor Plon de París, que se titula *Murat Lieutenant de l'Empereur en Espagne*, 1808. *D'aprés sa correspondance inédite et des documents originaux par le Comte Murat.* Es un trabajo de valor inapreciable para el conocimiento de los sucesos que estamos narrando por los datos y noticias que contiene.

maneció en Pinto hasta que nuevas pretensiones, mejor dicho, exigencias de Murat, extrañas á la suerte del favorito que ya se consideró asegurada, permitieron se le condujera á Villaviciosa, donde, además de los guardias, se encargó de su custodia una compañía de granaderos provinciales de Castilla, que le había también acompañado desde Aranjuez. «Mi custodia inmediata y permanente, dice Godoy en sus Memorias, fué fiada á un grueso destacamento de guardias de Corps, que al intento eligió el príncipe, ya rey, entre los más comprometidos de aquel cuerpo en los tumultos del real sitio. Puedo afirmar que todos estos hombres cumplieron con su encargo de tal modo, que ni de noche ni de día abrí ninguna vez mis ojos sin ver delante un héroe armado de aquellos bravos pretorianos. Tres de ellos en facción continua, por su turno, guardaban mi aposento y espiaban los instantes todos de mi vida, la de la res aparejada para hacer las fiestas reales más completas.»

¿Pero qué había hecho él con Jovellanos, Floridablanca, Aranda, Urquijo y otros que no habían cometido más delito

Pues bien; al tratar de la traslación de Godoy á Villaviciosa, se dice en él textualmente: «El Gran Duque recibió el aviso, hecho de otro modo grave, de la inminencia de un incidente que hubiera infaliblemente producido un conflicto entre sus soldados y el pueblo madrileño. Se había dado la orden de sacar al Príncipe de la Paz de su prisión y conducirle á Madrid. Estaba ya en viaje y debía entrar por una puerta de la villa al mismo tiempo en que iban á penetrar también los franceses por otra. No cabía duda en que la muchedumbre, reunida para ver el desfile del ejército, habría de exhalar su furor contra el detestado ministro, y el ejército se iba á hallar en la alternativa de aparecer cómplice de tal exceso ó de hacerse odioso á la multitud arrancándole su víctima. Murat intervino apresuradamente cerca del capitán general y del embajador de Francia, y el Príncipe de la Paz fué detenido á dos leguas de Madrid.»

La carta dirigida por Murat al capitán general (D. Francisco Javier Negrete) es del 23 de Marzo y está fechada en Chamartín. Después de explicar su intervención por los motivos que se acaban de exponer, Murat termina su despacho así: «Monsieur le Capitaine général, vous commandez la force armèe, et je vous rends personnellement responsable aux yeux de votre roi, si la tranquilité publique venait á être troublée.»

Y debió de hacerse como deseaba, mejor aún, según lo mandaba Murat.

Godoy no se explica sobre su detención en Pinto.

que el de hacerle sombra con sus talentos, su honradez y patriotismo?

Ahora se la hacía el nuevo rey, ¿qué hay de extraño en eso?

Entrada del rey Fernando en Madrid.

Desde su prisión de Pinto oiría al día siguiente del de su salida de Aranjuez, la algazara de la multitud que se amontonaba en la carretera para presenciar el paso del rey Fernando á Madrid, donde sus consejeros habían comprendido urgía ya se presentara, para con la magnificencia de la ovación que se le preparaba contrarrestar las intrigas, ya conocidas, de Murat y desbaratar sus trabajos de conspiración contra el nuevo soberano de España. No habían pasado desatendidas las idas y venidas de Monthion al Sitio, y menos la vuelta de Beauharnais á Madrid; sabiéndose que desde el primer momento de su llegada estaba en comunicación con el duque de Berg y puesto á sus órdenes y servicios. Los madrileños, inspirados por su amor al Príncipe y con las noticias, no muy satisfactorias, que ya corrían entre ellos, dadas por los que habían visitado al arrogante mariscal francés en Buitrago y seguido sus pasos en El Molar y San Agustín, no cesaban de solicitar de Fernando que apresurase la ocupación del trono en su palacio de la villa imperial, creyendo así sancionar más aún la revolución de Aranjuez y hacerla definitiva. D. Fernando lo creía también, y convino con la diputación de los madrileños en verificar su traslación el día 24 con el aparato que se considerase más eficaz para convencer á los franceses y á su jefe del entusiasmo provocado en el pueblo por la elevación de su tan deseado Príncipe al trono.

«Al ruido de esta nueva, hemos dicho antes, todo Madrid se conmovió de júbilo y, como movida por un solo resorte y un pensamiento solo, la población entera se dispuso á ofrecer á su nuevo soberano la expresión de su afecto más caluroso y de su adhesión más entusiasta y sincera. Todo el que se sentía con las fuerzas necesarias para sobrellevar las fati-

gas del viaje y la inclemencia de la noche, se dirigió por el camino de Aranjuez, anhelando ser el primero que saludase al Príncipe, y sólo se mantuvieron en sus casas los que por sus achaques, edad ó sexo se veían en la para ellos triste necesidad de esperar á victorearle desde los balcones.»

«D. Fernando, después de recibir la bendición de su padre, que no pudo contener las lágrimas al verle entrar en la carrera espinosa que él acababa de abandonar, se encaminó á Madrid en la mañana del día ya citado en compañía de su tío y de su hermano los infantes D. Antonio y D. Carlos. De los pueblos inmediatos habían acudido los habitantes al camino y en él ofrecían al monarca, como en muestra de su amor, las más vivas aclamaciones, unidas á las de los infinitos madrileños que se habían adelantado á recibirle. Pero cuando el entusiasmo llegó á su límite, al del más delirante frenesí, fué al recorrer, ya á caballo, el espacio que media entre Atocha y el palacio real. Era inmensa la multitud que le rodeaba y le estrechaba para verle de cerca y admirarle en su juventud y apostura, en sus vivos y afables ademanes: los más próximos arrojaban al suelo sus rojas y bordadas capas para que pusiese en ellas sus pies el caballo que montaba el monarca en quien fiaban la salud de la patria; y de las puertas y balcones, en que se veían tremolar á miles los pañuelos de las damas, caían versos, flores y dulces con la más profusa abundancia. No se percibía voz ninguna articulada; el griterío frenético del pueblo, unido al repique de las campanas y al estruendo de la artillería, formaban un solo rumor confuso, vago, un solo sonido, atronador y ronco, que sin vacilar podría traducirse por el de «¡Viva el Rey!»

«Nunca pudo monarca gozar de triunfo más magnífico y sencillo», dice el conde de Toreno, testigo de aquella ovación; y otro, D. Antonio Alcalá Galiano, que también la presenció, exclama al recordarla: «En verdad, en las diferentes escenas que he visto yo de entusiasmo popular, ninguna, ni aun la entrada pública de los vencedores de Bailén, igualó á

la de que voy hablando en este instante. Los vivas eran altos, repetidos y dados con animado gesto y ojos llorosos de placer: los pañuelos ondeaban en las calles y en los balcones, movidos por manos trémulas de gozo, pero sin que el temblor disminuyese la violencia del movimiento. Ví yo esta escena primero en el Prado, vila repetirse en las calles, y ni un momento disminuía el estruendo atronador del alegre vocerío, sin que un instante desmayase la pasión, según se manifestaba en los gestos y en las acciones.»

Descortesía de Murat.

Sólo una cosa podría turbar aquella espontánea y general manifestación: la presencia del extranjero, y ése, tan imprudente como grosero y provocador. En tanto que todo el pueblo de Madrid se agolpaba á la carrera que seguía el rey Fernando desde la puerta de Atocha á Palacio, Murat hacía maniobrar á las tropas de su ejército en el Prado, estorbando así la formación de las tropas españolas en el camino de la comitiva real y poniendo también obstáculos á los que en la línea ó por grupos la precedían ó acompañaban victoreándola con el mayor entusiasmo.

En vano quiso después Murat disculpar su temeraria conducta achacando á Beauharnais el haberle tenido en la ignorancia de tal suceso hasta un cuarto de hora antes de la llegada de D. Fernando á Madrid; la disculpa es tan torpe que se hace inadmisible aun para el más rudo entendimiento. «El 24 de Marzo, se dice en el reciente libro del Conde Murat después de haber relatado la entrada de Fernando en Madrid, escribió el Gran Duque al Emperador: ¿Quién hubiera podido pensar que el embajador que yo había enviado á Aranjuez para que rogase al Príncipe de Asturias que suspendiera su entrada, y que debía estar de vuelta á media noche, no sólo no me había hecho decir nada, ni siquiera me había avisado la llegada del Príncipe á Madrid, que ignoré hasta un cuarto de hora antes?» Ni ese escrito, ni la discusión que después se recuerda de Murat con Beauharnais, acusando á éste de complicidad con D. Fernando y sus par-

tidarios, convencerán á nadie de que el Gran Duque de Berg, general en jefe de un ejército acabado de entrar en una capital extranjera y en circunstancias tan extraordinarias, pudiera ignorar noticia tan interesante como la de la próxima llegada del nuevo soberano á esa capital, toda ella puesta en movimiento y haciendo los preparativos naturales en tales casos, y menos aún le harán tener por necesaria ni prudente la resolución de entregarse á maniobras, sobre todo dentro de la población y en el camino precisamente que iban á recorrer ese monarca, su cortejo, las tropas que le recibirían y el pueblo que trataba de dedicarle tan magnífica ovación [1].

Otras eran las causas de tan intempestiva y grosera conducta.

De cuando Murat entró en España hasta su llegada á Madrid habíase verificado en él un cambio tan radical en sus ideas como en los que consideraría intereses personales propios suyos. La revolución de Aranjuez hacía variar los destinos de España, no tan sólo en cuanto á los que pudieran referirse á su gobierno interior, á su régimen dinástico y de nación soberana é independiente, sino en el de sus relaciones políticas con los demás países y con sus aliados particularmente, con Francia sobre todo, mejor dicho, con su omnipotente y despótico Emperador. De instrumento, como venía hecho, de la ejecución de los planes, secretos aún para él mismo, de Napoleón, su cuñado, había, ya lo hemos dicho, encumbrado sus aspiraciones á las que le animaban á abrigar el recibimiento amistoso y los aplausos entusiastas que le iban los españoles prodigando en su camino á Ma-

1 Ese rasgo de habilidad corre parejas con el de la descripción de la entrada del Rey en Madrid. «Había entrado á caballo el 24 de Marzo por la puerta de Atocha, con los infantes D. Carlos, su hermano y D. Antonio, su tío. Una multitud compacta, exaltada de alegría por la caída de Godoy, se agolpaba á su paso. Él tomaba posesión del poder real con el concurso de los que le habían ayudado á conquistarlo.»

Eso es cuanto dice el conde.

drid. Si creía fácil obtener sufragios en favor del pensamiento que pudiera suponer en el Emperador, también lo sería para que él, príncipe soberano ya, y casi casi independiente, alcanzara una corona que bien observaba vacilante y á punto de caer de las sienes de un monarca sin prestigio entre sus súbditos y minado mejor que sostenido en su trono por las torpezas de un ministro, á quien se atribuían las desgracias todas y la ruina de su nación. Se consideraba, pues, llamado á derribar tal gobierno y, como consecuencia lógica de su intervención en aquella obra demoladora, á constituir otro que él regiría, siquier bajo la influencia y con la fuerza del que tanto le hacía esperar habiéndole elevado hasta rango tan eminente en su Imperio y su familia. El desprecio, por consiguiente, con que miraba al soberano de España y el odio que sentía al ministro y favorito de ese mismo monarca, el anciano y ya desacreditado Carlos IV, hubo de concentrarlos en D. Fernando que, al empuñar el cetro de su padre, lo hacía con el aplauso de toda España, de quien era, aun antes, su ídolo, su única esperanza. Cambiando, pues, de blanco, Murat tendría que variar también la dirección de sus tiros, dirigiendo sobre D. Fernando los antes destinados á la ruina de Carlos IV. Y como necesitaría armas distintas de las hasta entonces usadas contra una situación ya decrépita y á punto de derrumbarse al peso de sus errores y vicios, eligió las del desprestigio y humillación con que destruir la nueva obra de restauración y engrandecimiento que ofrecían levantar la juventud del Príncipe de Asturias, las virtudes de que se le suponía dotado y el aura popular de que gozaba desde tanto tiempo atrás.

La descortesía cometida el 24 de Marzo al entrar el nuevo Rey en Madrid, señala el primero de los torpes manejos con que Murat fué conduciendo á su odiado rival, así consideraba ya al rey Fernando, al precipicio en que, deshonrado, á su parecer, entre los españoles sus vasallos, aborrecido de sus mismos padres y sin amparo alguno en tierra ene-

miga, caería á los golpes de quien no reconocía más deberes ni otros miramientos que los debidos á sus ambiciones y antojos.

No satisfecho con la superioridad militar que le daba la presencia en la Península del tal número de tropas francesas como las que ocupaban el Portugal, el principado de Cataluña y nuestras plazas fronterizas, y pareciéndole sin duda exiguo el del grande ejército que le había seguido ó estacionaba en Toledo, Valladolid, Burgos y Vitoria cubriendo su comunicación con el Imperio y las avenidas de Galicia, Extremadura y Andalucía, exigió de nuestro gobierno el alejamiento de la mayor parte de las fuerzas que guarnecían la capital y el regreso á las órdenes de Junot de cuantas se había anteriormente mandado vinieran á España con el objeto de desvanecer la alarma producida por el avance de los cuerpos de Dupont y Moncey al interior del país. Y tan pensado era y meditado el plan contra el crédito y la dignidad del nuevo soberano que, burlado en Aranjuez al indicar medida tan transcendental M. de Beauharnais de orden de Murat, la exigió éste al tener en Madrid á D. Fernando sin haberle siquiera presentado sus respetos, falta de consideración imperdonable en un general, sobre todo extranjero, que, además, se llamaba aliado, amigo y protector de España en la gran contienda que se estaba debatiendo en Europa [1].

Aquel fué el primer acto de violencia á que no supo hacerse superior Fernando VII. De violencia decimos, porque, rodeado en Madrid de ejército tan numeroso como el de Murat, se encontró sin fuerza que mantuviera su autoridad para rechazar tan imperiosa exigencia, disculpada con los peligros que se correrían de compartir la guarnición de Madrid con las tropas francesas las españolas que volvían de Portugal por Galicia y Extremadura. Las exigencias de Murat y la torpeza y debilidad de los consejeros de D. Fernando, pu-

1 Las órdenes para la vuelta de nuestras tropas á sus anteriores destinos son de 25 y 28 de Marzo.

sieron así á éste en la situación de un prisionero, más vergonzosa aún que la en que pocos días después se vería en Bayona.

Pero si humillante se iba haciendo esa situación con haberse suspendido la marcha de Godoy al castillo de Villaviciosa y la que habían ya emprendido las tropas de Portugal, con la descortesía cometida al entrar el nuevo Rey en Madrid y el desprecio de que hacía gala Murat no presentándosele en Palacio, se hizo todavía más triste y patente al accederse á la entrega de la espada de Francisco I que el soberbio mariscal exigió también, si bajo formas de hipócrita amistad, revelando el imperio que estaba seguro de poder ejercer sobre quien se hallaba ya completamente desarmado ante él. Quizás le inspiraría tal idea el recuerdo del empeño que había poco antes demostrado Napoleón por obtener la armadura del antiguo monarca francés recobrada en Viena por el mariscal Berthier. El caso era muy distinto. El ejército imperial, ocupando una gran parte del territorio austriaco, tenía razón para atribuirse la propiedad de los objetos militares que encontrara en él, mucho más si esos objetos habían pertenecido á un soberano y aun á súbditos de la patria del conquistador. Por eso nada tenía de particular el que Napoleón recomendara la ocupación de la armadura de Francisco I, procedente, sin duda alguna, de la derrota de Pavía en 1525, y su remisión á París con todo el aparato que dispuso en sus órdenes. Otra cosa era el exigir de un gobierno amigo la entrega de trofeo tan glorioso como la espada de aquel soberano francés. El mismo Napoleón desaprobó la conducta de Murat; y, si no, véase el despacho de 6 de Abril de aquel mismo año de 1808, en que le decía: «La espada de Francisco I no merecía la pena de que se hiciera por ella tanto ruido en esas circunstancias. Francisco I era rey de Francia, pero era Borbón.»

«Por otra parte, no le fué cogida por los españoles, sino por los italianos.»

Fuera de los gravísimos errores históricos que encierra ese escrito del Emperador Napoleón, negando, sobre todo, que fueran españoles los á quienes entregara su espada el Rey caballero, error inconcebible en hombre de tal memoria, se ve, sin embargo, cómo entendía el cometido por Murat y que sólo puede en éste atribuirse á su empeño de rebajar la figura de Fernando VII ante sus entusiasmados partidarios.

Porque, en efecto, el acto de la entrega de la espada de Francisco I al Gran Duque de Berg, revistió tales formas de humilde condescendencia y de aparato tan ostentoso, que el pueblo de Madrid vió en él, más que una concesión graciosa en obsequio del Emperador de los franceses, el olvido de una de las glorias más esplendorosas de la patria [1].

Cambio en la opinión.

Más aún que la descortesía de Murat el día 24 y que las órdenes arrancadas á D. Fernando para el abandono de los procedimientos contra Godoy, incoados en el Consejo Real, y para el retroceso de nuestras tropas á Portugal, influyó la entrega de la espada de Francisco I para el cambio que pronto había de revelarse en la opinión de los madrileños y luego en la de los españoles todos respecto á la intervención del ejército francés en los asuntos interiores de España. En vano el mariscal Murat atribuyó esa variación que tanto había de afectar después á su cuñado el Emperador, á un incidente en nada relacionado con los sentimientos políticos que antes dominaban en nuestro pueblo. Se dice en la historia de Murat que vamos tantas veces recordando: «No es culpa de la corte el que al día siguiente de las calurosas demostraciones prodigadas á nuestro ejército, viniese un incidente insignificante á comprometer nuestras buenas relaciones con los españoles. En un momento de cónfusión de

1 Más que á la presente historia, corresponde á la del reinado de Fernando VII la descripción de la ceremonia celebrada en aquella ocasión para la entrega á que nos estamos refiriendo, y por eso no se estampan aquí los detalles lastimosos con que se llevó á cabo al conducir la espada desde la Armería Real hasta el alojamiento de Murat.

nuestras tropas, el caballo de un soldado francés pisó el pie de un hombre del pueblo. Cambiáronse palabras mal sonantes, y por efecto de excitaciones mutuas, se produjo un alboroto general. El caso sacó de quicio á la corte, que pretendió publicar una proclama y tomar medidas. ¿No era todo esto exasperar los espíritus? ¿Por qué, si no, dar importancia á lo que no la merecía?»

Ese incidente que Murat tomó por un pretexto, aun suponiendo equivocadamente que en medio de tumulto como el que produjo se veía á las gentes honradas, tanto desde los balcones como en las calles, significar á las tropas francesas sus simpatías, y que dió lugar á una conferencia bastante agria del Mariscal con Infantado y Negrete, no era sino la manifestación de ese cambio que estamos haciendo observar y la primera chispa del fuego que en Madrid causaban tantos motivos de sospecha como los que no se cansaba de dar el futuro lugarteniente de Napoleón en España. Madrid veía que después de tanto tiempo como el transcurrido desde la entrada de su rey, Murat no daba señales de reconocerle como tal soberano, cuando desde el primer día en que éste ocupó el trono el cuerpo diplomático acreditado en esta corte se había apresurado á ofrecerle sus homenajes como á Monarca legítimo é incontestable. Y esa falta no podía pasar desatendida por pueblo tan celoso de su dignidad y en el colmo, aquellos días, de su entusiasmo por D. Fernando. El insultante y vergonzoso espectáculo que ofrecía la conducta de Murat, hizo también sospechar que á algo más obedecía que á la petulancia innata en él y á su afán inmoderado de lucir sin rival su persona y sus extravagantes arreos y maneras [1]. Y en contra de la opinión, que no lograba des-

1 Cuenta el general Thoumas en su libro *El mariscal Lannes*, una curiosa anécdota que hace ver el concepto que en ese punto se tenía de Murat en el ejército francés: «A propósito, dice, del *Boletín* de la batalla de Jena, en que se atribuía toda la gloria á Murat, se dice que Lannes, montando en cólera, gritó delante del Emperador: «*Augereau y yo hemos combatido más que él; ¿me creeis hombre que se deje arrancar una sola palma? No, por nadie; ni aun*

arraigarse en la corte, de que el Emperador la ampararía de los desmanes y arrogancias de Murat, iba de día en día formándose en el pueblo la de que no debía ya esperarse la protección tan cacareada antes á su deseado Príncipe, cuando Rey ya, se le veía hasta despreciado de las tropas imperiales y principalmente de su jefe. Las demasías de sus soldados iban cansando á los madrileños que, al no dejarlas alguna vez impunes, creaban una situación que, si tirante ya en los últimos días de Marzo, se haría al poco tiempo imposible de sostener. Aquéllos, los soldados de Murat, se habían hecho á considerar como de conquista todo país que no fuera el suyo, y España, que nunca tuvo afición á la alianza francesa sostenida tan sólo por sus soberanos desde los principios de la centuria anterior, se resistía á verse tratada como lo eran las naciones del Rhin y de Italia, sometidas á una dominación intolerable para los españoles.

Destino de Godoy.

Para hacérseles aún más la de que se veían amenazados en aquellos días, se provocó abiertamente por Murat la cuestión, para ellos vital, del destino de Godoy, en odio de quien habían tenido lugar los excesos cometidos en Madrid los días 18 y 19 de aquel mes de Marzo. En sus manejos para tener desarmado á D. Fernando, sujeto y así como prisionero en su misma corte, fué Murat acantonando las tropas imperiales en Madrid y sus inmediaciones; parte en los cuarteles establecidos en la villa, parte en el Retiro, acampadas en tiendas construídas para nuestro ejército de Portugal, y parte en el Pardo, donde se formó un extenso campamento con barracas de la madera y ramaje arrancados del magnífico bosque de aquel sitio real. El resto, por fin, se estableció en los pueblos más próximos, sin exceptuar Aranjuez, á pesar de hallarse allí una fuerza española considerable que constituía antes su guarnición, aumentada después con la que saliendo de Madrid presenció los sucesos del motín que

por vuestro gallo empenachado de cuñado, que se nos viene después de la victoria cantando el quiquiriquí» (cocorico).

produjo la abdicación de Carlos IV. Al tomar esas medidas de precaución, entre las que no es de olvidar la de establecer el cuerpo de ejército de Dupont en Toledo y puntos avanzados de la imperial ciudad hacia Aranjuez y Andalucía, no se descuidó tampoco Murat en vigilar la estancia de Godoy en Villaviciosa, haciendo recorrer el camino que la une con Madrid á varias partidas destacadas diariamente del Pardo y las alturas de la Casa de Campo y la Moncloa, donde también campaban varios cuerpos ó regimientos franceses. Así, el Gran Duque podía estar seguro de que su protegido no tendría nada que temer del odio y la furia de los madrileños, contenidos, además, por las exhortaciones del gobierno y las seguridades que les daba su nuevo soberano de que se haría justicia en el proceso incoado contra Godoy. Murat, al hacer que el Favorito y su escolta se detuviesen en Pinto, se había determidado á salvarle según se le pedía desde Aranjuez por los Reyes padres y su antigua protegida la Reina de Etruria; pero comprendiendo el mal efecto que la libertad inmediata de Godoy produciría en Madrid y en Don Fernando, con quien había por el pronto que contemporizar para que así cayera mejor en las nuevas redes que se le iban á tender, no insistió en la idea de arrancar en tales días de las garras de sus enemigos al que también podría servirle para la ejecución de sus ambiciosos planes. Lo tenía seguro en Villaviciosa y eso le bastaba hasta que, obtenido el éxito que debía esperar de sus intrigas, de grado ó por fuerza pondría á Godoy en salvo y podría dirigirlo á Bayona, para ser allí instrumento de las ya meditadas por el Emperador, que no descuidaría, así pensaba él, los intereses de su cuñado.

Pero tan convencido estaba ya Murat del cambio verificado en la opinión de los españoles ante su propia conducta y la de sus tropas, que, al comentar los despachos que dirigió á Napoleón, dice su apologista el general Thoumas: «Las patrullas de guardias de corps restablecieron la circulación

(en Madrid), y le fué al gobierno fácil restablecer el orden, y hasta pudo pensarse en que no volvería á turbarse, si no se hubiera averiguado que se trabajaba sordamente al pueblo, que entraban en Madrid todos los días aldeanos de los campos vecinos y que se vendían á discreción puñales, pólvora y balas. Si Murat no recibía la autorización de reconocer al nuevo Rey, temía verse obligado *á disparar algunos cañonazos y sacudir algunos sablazos*. A pesar de eso, esperaba no se llegaría á tanto.»

La situación, repetimos, se había hecho muy tirante entre el pueblo de Madrid, celoso de su dignidad, y el jefe del ejército francés, que no le disimulaba ni quería disimular sus arrogancias y sus propósitos de rebajarle con las violencias ejercidas con su soberano, tanto más amado cuanto que le veía desatendido, ultrajado y hasta preso en su misma corte al día siguiente de haberlo él alzado al pavés con un entusiasmo tan general, como unánime había sido sido su voluntad al hacerlo y unísono el grito con que se había proclamado su elevación al trono.

Los Reyes padres, al Escorial.

La protección dispensada á Godoy se extendió á Carlos IV y su familia, si se exceptúa al infante D. Antonio, que había acompañado á su sobrino D. Fernando en su vuelta de Aranjuez á Madrid. Con la disculpa de proteger al anciano monarca y á su esposa, amenazados, quería él suponer, de cualquier atropello de sus antiguos vasallos, Murat mandó á Aranjuez un gran destacamento de sus tropas, cuyo jefe, el general Wathier, le respondería de que fuesen respetados en su vida y en su decoro, por más que, instalados en el Palacio Real, su guarda más inmediata seguiría corriendo á cargo de las fuerzas españolas, de guarnición desde antes en el Sitio. Pero muy adelantado ya su trabajo de engaños y amenazas, con ellos mezcladas, para, como diremos muy luego, arrastrar á Bayona toda la familia real española, Murat y Savary, su adjunto, enviado por Napoleón que desconfiaba de las

luces de su cuñado, pensaron que D. Carlos y María Luisa estarían mejor guardados en El Escorial y más en disposición de coadyuvar á sus planes. Y con la escolta de tropas francesas y la de algunos carabineros reales, se trasladaban los regios consortes el 9 de Abril al triste monasterio en que hacía poco tiempo habían experimentado emociones tan conmovedoras, recordadas días antes en el decreto acabado de citar sobre la causa que lleva el nombre de la celebérrima fábrica de Felipe II. Visitábalos allí el Gran Duque para confortarlos, decía, en su desventura, para encenderlos más y más, decimos nosotros, en ira y deseos de venganza, según los tenebrosos proyectos que, valiéndose de él y de sus brutales procedimientos, tenía ya meditados Napoleón desde que, conocidos los sucesos de Aranjuez, se fijó ya en la idea, antes vacilante, de sustituir con su propia dinastía la antigua, gloriosa y respetada de los Borbones españoles.

Efecto de estos sucesos en París.

Ese efecto fué el primero que aquellos inesperados sucesos habían producido en París, esto es, en Saint-Cloud y su *inquilino* el Emperador de los franceses. Al conocerlos, creyó que era llegado el tiempo de tomar una resolución definitiva. Antes, sin embargo, de fijarse en ella, celebró varias conferencias con Talleyrand y Champagny. Las opiniones no estaban acordes, proponiendo alguno el cambio de la dinastía española por la imperial de Francia, y alguno también conservar aquélla, pero con garantías para el porvenir. Napoleón no reveló ideas por las que pudiera conocerse á cuál de las de aquellos de sus interlocutores se inclinaría, dejando la resolución para cuando, puesto sobre Bayona, pudiera por sus propios ojos y con todo conocimiento, calcular qué era lo que más pudiera convenir á sus intereses políticos ó á los de su familia. Aquellas conferencias le servirían para las objeciones que le hicieran los dos ministros, consejeros íntimos suyos, y por los razonamientos que se le emitieran, calcular el pro y el contra de cada una de las soluciones que se le proponían.

La primera noticia del motín de Aranjuez debió llegar á París el 26 de Marzo, limitada, como primera, á dar á conocer los sucesos de la noche del 17 en el Sitio y los de los días siguientes en Madrid. La impresión que causa es la de que: «1.°, se dice en el despacho, del Emperador á Bessières, el Rey no partirá, esto es, que no se verificará la fuga á Sevilla, y 2.°, que las tropas imperiales serán bien recibidas en Madrid.» Y es que en su imperturbable calma Napoleón parece darse por satisfecho al pronto con aquel resultado. «Lo que ha sucedido en Aranjuez, contesta á Murat, es muy bueno, y la seguridad de que no marchará el Rey es muy ventajosa. Espero noticias vuestras de Madrid.» [1]. En el despacho del 27 puede observarse el cambio que produce la carta que ha dirigido Murat á Napoleón el día 20 con las noticias ya de la abdicación de Carlos IV. El 26 escribía «Tratad bien al Rey, al Príncipe de Asturias, á todos», y el 27: «Debéis impedir que se haga mal ninguno al Rey ni á la Reina ni al Príncipe de la Paz.» Pero, á fin de tomarse tiempo en que determinar una resolución, la de la conducta que habrá de observar en una crisis que, cualquiera que pudiera ser su pensamiento desde Berlín y Tilsit, no ha dejado de sorprenderle por lo extraordinaria é inesperada, dicta las prevenciones siguientes: «Si se procediese á su proceso (el de Godoy), supongo que se me consultará. Decid á M. Beauharnais que deseo que intervenga en eso y que se haga dormir ese asunto. Hasta que yo reconozca al nuevo Rey, debéis conduciros como si el antiguo continuara reinando y esperad mis órdenes.—Como ya os tengo prevenido, mantened en Madrid la disciplina y el buen orden é impedid cual-

1 Este despacho que, según el escrito reciente del conde Murat, es del 26, no consta en la correspondencia de Napoleón publicada por su sobrino en 1864. En él, repetimos, se contesta al primero del Gran Duque de Berg, fechado el 19 en Castillejo. En el del Emperador se continúa negando á Murat todo género de instrucciones que no sean las generales, cien veces repetidas, de la conservación de la disciplina en las tropas francesas y de la armonía con los españoles. «Traitez bien la Roi, le dice, le prince des Asturies, tout le monde.»

quier armamento extraordinario. Emplead para todo eso á M. Beauharnais hasta mi llegada que declararéis inminente.»

Murat no se había limitado en sus despachos acabados de citar á exponer al Emperador los sucesos de Aranjuez simplemente y á pedir instrucciones, sino que, al quejarse de no recibirlas desde que había entrado en España, según tantas veces hemos hecho observar, se lamentaba de que ese estado suyo de ignorancia le iba á crear uno sumamente injurioso para su reputación y aun para la de las armas imperiales. «Yo represento aquí, le escribía el 19, á Vuestra Majestad, mando sus ejércitos y de seguro que nadie en Europa creerá que me hallo á su cabeza sin conocer sus proyectos; si se extiende la agitación en Madrid y corre la sangre (et que des têtes tombent) no importa cuál, ¿qué se dirá? ¿Qué juicio formarán la generación presente y las futuras? Vuestra Majestad lo puede todo por la fuerza de su genio y de su gloria: ordene y las facciones desaparecerán ante su voluntad. Yo respondo de todo, hasta de la tranquilidad. Vuestra Majestad no querrá emplear otros medios, sea que desee proteger, dar firmeza ó derribar la dinastía de los Borbones, ó bien librar á las Españas del yugo del Príncipe de la Paz... ¡Qué ejemplo no puede España dar á la Francia! Perdonad, Señor, mis expansiones; son el resultado de mi adhesión á vuestra persona, sobre todo á vuestra gloria. Mi lealtad sufre y esta es la primera vez de mi vida en que sienta no saber la manera de servir dignamente á Vuestra Majestad en circunstancias tan delicadas.»

Y pareciendo insistir en ese tema, Murat escribía al día siguiente: «Lo que más me aflige es que todos estos desórdenes (los de Aranjuez y Madrid) se cometen al grito de ¡Viva el Emperador! ¡Viva el embajador de Francia!; y estoy persuadido de que Vuestra Majestad lo sentirá también. Es obligación mía, para gloria del nombre francés, la de hacer que cesen tales horrores y quitar todo pretexto á la malevo-

lencia de que se nos acuse, como se nos acusará, de haberlos suscitado.»

Murat, sin embargo, había como adivinado los pensamientos que provocaría en el Emperador la situación nuevamente creada en la corte española con los sucesos de Aranjuez. Lo demuestra la conducta observada después por él, tanto respecto al no reconocimiento de D. Fernando como Rey de España, como la preparación del viaje de la familia real á Bayona. En ese concepto no son justas las acusaciones lanzadas sobre Murat, en las que sólo tienen fundamento las que se refieren á los crueles medios de que se valió para imponerse á los madrileños y para vengar la sublevación que con ellos provocó, torpeza que nunca le perdonará la historia. Cien veces confesó Napoleón haber sido suyo el error, con frases tan sentidas y elocuentes, que lo confirman de una manera irrefutable. Para desvirtuarlas, se ha apelado á la invención de una carta, la de 29 de Marzo, dirigida á Murat, que, de haberse escrito, según se quiere suponer, en su tiempo y tal como por primera vez apareció en el Memorial de Santa Elena, revelaría en el Emperador un conocimiento del carácter español que desmintieron su conducta torpe y cuanto expuso hasta los días de sus desgracias militares y su reclusión y muerte en aquella inhospitalaria isla. No es esta ocasión de discutir las condiciones bastante irregulares que ofrece esa carta para que sea tenida por auténtica, que eso pertenece á esfera más propia de la historia, á la del reinado de Fernando VII. Así es que sólo adelantaremos la opinión de que esa carta es apócrifa; su estilo, las contradicciones que encierra con la conducta posterior de Napoleón y con sus despachos de los días siguientes, el del 30 sobre todo, en que aprueba la conducta de Murat, que desaprobaba el 29; la designación de la fecha; la del punto de partida (París, no Saint-Cloud), y el tratamiento á su cuñado, hacen irrefutable esa opinión, á pesar de cuanto han dicho el conde de Las Casas, su revelador ó

inventor, Montholon, de Bausset, Róvigo, Thibaudeau y Thiers, por fin, el gran panegirista del Emperador.

Ese despacho del 30 de Marzo en que se aprueba la conducta de Murat, particularmente en lo de no reconocer á Fernando VII, produjo al Mariscal una de las mayores satisfacciones [1]. Le contestó Murat: «...He recibido la carta de Vuestra Majestad del 30. Me ha hecho muy feliz, pues que me ha proporcionado la seguridad de que mi conducta, en la circunstancia más delicada en que me haya hallado en mi vida, ha sido aprobada por Vuestra Majestad.»

Conducta de Napoleón.

Bien satisfecho debía estar, con efecto, al recibir aquella tan grata misiva, porque Napoleón no mostró nunca gran confianza en los talentos políticos ni diplomáticos de su cuñado. Pruébanlo el haberle negado todo género de instrucciones, que no fuesen las militares, en su su misión, y los nombramientos de Savary, Laforest, Reille y Monthion, para que, armados, esos sí, de instrucciones precisas que á él se le habían negado, le guiaran y aconsejasen. El duque de Róbigo, de quien hemos dicho que era «un hombre, un general en quien no se sabe qué admirar más, si el arte de fingir y de engañar con las palabras más dulces y las promesas más lisonjeras, ó el de negar sus propias obras con la osadía más descarada», había salido de París el 27, esto es, el día siguiente al en que Napoleón recibió la noticia de los sucesos de Aranjuez. El mismo día 27 anunciábase á Murat la marcha á Madrid del señor Laforest, «sin título alguno», se le decía, á quien, sin embargo, cuidaría de acoger bien, «porque era un hombre de mérito y útil para todo». Pero la presencia de Savary en Madrid tenía que causar á Murat un profundo disgusto, ya que le consideraba el más constante y activo de sus antagonistas, aunque respetuoso aparentemente con él y sin

1 Decía el despacho: «Dans ces circonstances imprévues, j'approuve fort la conduite que vous avez tenue». Y antes: «Vous avez bien fait de ne pas reconnaitre le prince des Asturies.»

atreverse á atacarle de frente. Murat, cuidándose, empero, muy poco de la mala voluntad que le tuviera el antiguo ayudante de Desaix, le recibió amigablemente y se dispuso á ayudarle en la maquiavélica trama que le traía á España. Cierto que tal misión contrariaba los planes que Murat había propuesto al Emperador, sueño de quien ya se veía coronado en aquel magnífico palacio que se alzaba tan cerca de su alojamiento y rigiendo nación tan grande y gloriosa como la española. Esos proyectos, que se discutirán en ocasión más propicia, al conmemorar los principios del reinado de Fernando VII, no se conformaban, ni en su acción ni en los resultados que podrían esperarse de ellos, con los de Napoleón, diferencia que producía comunicaciones ambiguas y contradictorias entre los cuñados, inspirándose en intereses diversos pero que ninguno de los dos quería poner de manifiesto, el Emperador especialmente, por no burlar abiertamente las ilusiones de Murat [1]. Savary, ocultando hábilmente el plan del Emperador, y Reille, un poco después, revelando una parte tan sólo de él, obtuvieron de Murat una cooperación que, por otro lado, creía también que podría conducirle al mismo resultado que tanto ansiaba, aunque no por los medios que había aconsejado. Tan convencido quedó con los razonamientos de aquellos generales de que no eran ya viables sus proyectos, que su apologista el conde Murat dice en su reciente escrito: «Murat halló que su plan había perdido su oportunidad y que desde entonces ofrecía más inconvenientes que ventajas.» Dedicáronse, pues, los tres á poner en ejecución la trama de que Róvigo traía el hilo, la cual no era otra que la de conseguir que el nuevo rey de España, engañado con la noticia de que el Emperador se dirigía á Madrid, se adelantara á su encuentro hasta pene-

1 Esos proyectos para reponer á Carlos IV en el trono destituyendo, ó no reconociendo, que era lo mismo, á D. Fernando, con el fin de obtener después del anciano Monarca la cesión de su corona á Napoleón á cambio de la de Nápoles ó de Etruria, constan en dos cartas de Murat al Emperador; las de 5 y 8 de Abril.

trar en Francia, perdiendo así su libertad de acción y la misma de su persona en las garras del pérfido en quien creía tener su mejor amigo y protector.

Y comenzó la serie de conferencias de aquellos generales y Beauharnais con los ministros y confidentes de D. Fernando, de las exigencias cada día más humillantes para desacreditarle ante sus súbditos y en el concepto de los demás gobiernos de Europa, y de las amenazas de que en ciertos casos de dificultades y apuros se echó mano en uno y otro campo para desvanecer los escrúpulos del Príncipe y los de sus más leales servidores. En uno y otro campo; en el francés de la casa de Doña María de Aragón y en el del palacio real; porque en la corte española tenía también sus partidarios la idea traidora de que se habían hecho, vehículo Savary é instrumento el Gran Duque de Berg.

El mismo día 24 en que D. Fernando entró en Madrid, se publicaba una Real orden disponiendo fuese recibido y tratado con todas las demostraciones de festejo y alegría que le correspondían S. M. el Emperador de los franceses que debía llegar á la corte *dentro de dos y medio á tres días*. Y ¿cuándo era eso? Cuando efectivamente Napoleón ordenaba á Murat dijese que la expedición de Suecia y los asuntos del Norte le retendrían aún algunos días en París, aunque no desistiendo de su pensamiento del viaje á España. Es verdad que cada día recomienda, y particularmente el 27 á Bessieres, se le hagan cuantos preparativos convengan para desde Burgos trasladarse á Madrid con su Guardia y en posta si lo exige el estado del camino [1]. Aun teniendo ya conocimiento de la abdicación de Carlos IV, continúa manifestando que no tardará en ponerse en camino para Madrid, donde espera hallar sus tropas descansadas y en buen estado. Pero

1 «Haced, le decía, que marchen á Madrid mis pajes, mis caballos de montar menos una brigada, mis cocineros y cuanto hay mío en Burgos, como os lo tengo mandado en mi carta de ayer..... Haced tambien que vaya mi Guardia, infantería, caballería y artillería..... Si el camino de Burgos á Madrid es muy malo, no me espanta la idea de ir en posta (á franc étrier).

tres días después, el 30, ya no habla sino de ir á Bayona, donde recibirá al príncipe de la Paz, á quien hace que Murat en Madrid salve del furor del pueblo y Bessières proteja en su marcha á Francia. Rovigo, por fin, lleva á Murat la noticia de que el Emperador ha desistido del viaje á Madrid, nueva que le produce los más tristes presentimientos. «Su presencia, exclama el conde Murat, ¿no era indispensable para imponer silencio á todos los partidos y para que aceptase España, subyugada por su prestigio, el gobierno que se la destinara?» El Emperador ha formado nuevos planes; se ha resuelto á cambiar la dinastía en España, y para conseguirlo mejor quiere que sea Bayona y no Madrid el lugar donde, sin temor á ningun género de entorpecimientos ni contrariedades, ejecutará tan radical transformación. Y si se necesitaran pruebas para demostrar tal cambio de ideas en Napoleón, ahí está una incontestable en el ofrecimiento de la corona de España á su hermano Luis, rey de Holanda. Decíale Napoleón en su carta de 27 de Marzo: «Hermano mío; acaba de abdicar el rey de España; el príncipe de la Paz se halla preso y ha estallado en Madrid un principio de insurrección cuando mis tropas se hallaban todavía á cuarenta leguas de aquella capital..... Convencido de que no tendré paz sólida con Inglaterra sino dando un gran impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España..... En tal situación he pensado en tí para ese trono..... Respóndeme categóricamente cuál es en ese asunto tu opinión..... Si os nombro Rey de España, ¿lo aceptaréis?.... Como es posible que tu correo no me encuentre en París, y tuviera que atravesar España con dificultades que no pueden preverse, respóndeme con solas estas palabras: *He recibido tu carta de tal día, y respondo Sí, para yo contar con que harás lo que quiera, ó bien No, lo cual querrá decir que no aceptas mi proposición.*» [1].

Y sin embargo, en Madrid se continuó propalando la voz

1 El Rey de Holanda contestó que no la aceptaba.

de la próxima llegada del Emperador; se enseñaron los equipajes suyos perfectamente rotulados; se le preparó alojamiento por las instrucciones de Murat; se dieron, por fin, tales y tan significativas señales de hallarse ya cerca S. M. I., que se hizo salir á recibirle, según ya indicamos á su tiempo, á varios personajes de la corte que alargaron su expedición hasta meterse en Francia, internándose alguno, aunque infructuosamente, hasta Tours.

En esta situación las cosas, llegó Savary á Madrid. Sus primeras impresiones fueron desfavorables á Murat, cuya conducta califica de desacertada y torpe en sus Memorias. «El Gran Duque de Berg, dice en ellas, había conducido los asuntos del Emperador un poco á su manera, y yo ví, por su conversación, que pensaba en los de España algo como para sí mismo. El alcance del talento de aquel Príncipe no era de los más extensos, y las primeras desgracias que hemos experimentado en aquel país se deben en gran parte á su ligereza y á sus locas esperanzas.» De su conversación y de las noticias que fué recogiendo, dedujo Róvigo que Murat era el que había creado la discordia que halló establecida en los que hemos llamado campos del Gran Duque y de D. Fernando, *puestos en observación recíproca, y, por consiguiente, desconfiando el uno del otro.* Con eso, Savary, que hallaba las cosas de España en distinto estado del en que creía el Emperador, tomó un muy otro rumbo del seguido por Murat.

Ya hemos dicho que éste no se hallaba de acuerdo con Beauharnais, y Savary, viendo que gozaba en Madrid de la estimación pública por el apoyo, sin duda, que había prestado al partido de D. Fernando, se propuso valerse de él para el logro de los fines que le habían traído. En su casa, y apenas llegado á Madrid, halló á Escoiquiz que solía ir á la Embajada á lamentarse de la conducta de Murat con Don Fernando y averiguar qué podría éste hacer para conseguir la benevolencia del Emperador. Allí también tuvo una larga

D. JUAN ESCOIQUIZ

CANÓNIGO DE TOLEDO Y PRECEPTOR DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

conferencia con el duque del Infantado, y por los discursos de ambos á dos, que bien sabía eran los favoritos del Rey, Savary se decidió á, por la suavidad de sus palabras y por sus condescendencias, inspirar la confianza que el Gran Duque no había logrado ni querido lograr, según eran de ásperas y hasta groseras las expresiones que soltaba y soberbios y despóticos sus procederes. Las conferencias con Escoiquiz é Infantado hicieron ver á Savary que para conseguir el objeto de su misión, le convenía atraerse las simpatías de D. Fernando, y en la primera entrevista que obtuvo de él en Palacio, comenzó por tratarle como á soberano, haciéndole así comprender que no tardaría en alcanzar su reconocimiento como tal. «Señor (sire), así comenzó Savary su plática con el Rey; el Emperador no preveía que yo tuviese el honor de ser presentado á Vuestra Majestad y no me ha encargado de misión ninguna; acababa de saber sucintamente lo sucedido en Aranjuez y como no estaba preparado á ello se admiró y trata de saber sus causas.» Y después de palabras de dobles y muy vagos sentidos sobre el afecto que el Emperador conservaba á Carlos IV, el concepto puramente gubernamental que sostenía las relaciones de la Francia con el príncipe de la Paz y sobre las seguridades que la eran necesarias respecto á la continuación de la alianza entre ambas naciones, dijo en uno de los últimos momentos de su peroración: «Lo vuelvo á decir á Vuestra Majestad, el Emperador se halla inquieto respecto á la marcha que puede tomar ese acontecimiento, y necesita saber si los sentimientos de Vuestra Majestad son los mismos que animaban á vuestro padre y si nuestras relaciones políticas sufrirán alguna mudanza.»

La contestación del Rey, mejor dicho, de Escoiquiz é Infantado, si ha de creerse á Savary, fué inmediata y expresiva: «Ay, dijeron, Dios mío; queremos entendernos con el Emperador mejor aún que se entendía antes.»

Desde aquel momento empezó Savary á tender sus redes

con la habilidad traidora que le había valido el favor de Napoleón, tratando, por supuesto, de desvirtuar el mal efecto que producían en la nueva corte de España los desplantes de Murat.

Lo hemos dicho en la Historia de la guerra de la Independencia, y lo repetimos por hallarlo conforme de toda conformidad con nuestras investigaciones de ahora y para no interrumpir el concepto compendioso que nos hemos impuesto en este período de las postrimerías del reinado de Carlos IV: «Sus palabras halagadoras (las de Savary), la circunstancia de haberse doblegado á tratar como á Majestad á D. Fernando y las promesas repetidas con el mayor aplomo y la apariencia de la más firme convicción de un reconocimiento inmediato de lo sucedido en Aranjuez, acabaron de seducir á unos ministros débiles y á un Príncipe inexperto que no podían comprender, en su honradez ó en su juventud, acción tan ruin y artera como la de que iban á hacerse víctimas. El reconocimiento de su nuevo título y la mano de una princesa imperial, eran para Fernando el áncora de salvación en la lucha que desde su advenimiento al trono estaba sosteniendo con la cámara de los Reyes sus padres, y con el orgulloso y desatento mariscal que mandaba el ejército francés; elementos todos que, ayudándose mutuamente, ponían en continua zozobra el recién botado bajel de sus esperanzas y ambición. Era necesario salir pronto y felizmente de tantas dudasé incertidumbre, y como el único camino que descubría era el que le aconsejaban tomar amigos y enemigos, nada de extraño que se engolfase en él, lleno, es verdad, de tristes presentimientos y de amargura por no considerarlo el más recto y digno, pero confiado en que su derecho y la magnanimidad del que siempre había tenido, y ahora todos le hacían suponer, como protector suyo, habían de sacarle á salvo. El despacho de 24 de Marzo remitido por Izquierdo, confirmando cuanto este diplomático había hecho conocer durante su reciente estancia en Aranjuez, y nosotros hemos

expuesto anteriormente, acerca de los proyectos de Napoleón para la adquisición de las provincias de allende el Ebro y del monopolio comercial de las Américas, era un aviso importante que, unido á la observación de la conducta de los delegados y agentes imperiales, debía hacer presumir algo de la vil intriga que fraguaban contra el príncipe español. Pero así éste como sus consejeros, apelando á la historia, desfigurada ciertamente, de las expoliaciones que de otros tronos había cometido Napoleón, á la interpretación misma del despacho de Izquierdo, y á la esperanza de que acaso muy pronto tendrían que dirigirse á otra parte la atención y los pasos del César, supusieron que toda su conducta misteriosa, la arrogante de Murat en su retraimiento del monarca, adhesión á Carlos IV y favor al príncipe de la Paz, y la varia, en fin, de los agentes, entre los que se distinguía Mr. de Beauharnais, tan afecto antes al partido reinante, se encaminaban á sólo hacer más estrechas y aún necesarias las relaciones de España con el Imperio, y, cuando más, á obtener la Navarra, ó en su vez, la neutralidad de un camino para Portugal.

Decidióse, pues, la marcha á Burgos, ó lo más á Vitoria, punto donde, al decir de Savary, se verificaría la entrevista con el Emperador que, según aquel general, venía ansioso de conocer las buenas intenciones del nuevo monarca y establecer con él una sólida y cordial alianza.»

Las artes de Savary lo consiguieron todo; y si hubo un momento de vacilación al ver que el delegado imperial abogaba también por la libertad de Godoy y con los avisos de Martínez Hervás, cuñado, según ya dijimos, de Duroc, que los daba muy alarmantes sospechando alguna trama contra el Rey, se echó al olvido la impertinencia de Róvigo y se desatendió el rasgo de lealtad del hijo de Almenara [1]. Se le tenía por mucho más sospechoso que el mismo Savary.

1 Chemineau hace un grande elogio de Hervás. «Aquella noche, dice en sus Memorias, supe la llegada de Savary por Don Martínez que, con gran sor-

El que se mostraba más receloso era el Rey que, habiendo accedido á que por lo menos saliese el Infante D. Carlos al encuentro del Emperador, veía que, en vez de hallarle en el camino, había tenido que internarse, como sus mensajeros los Grandes, en Francia; pero con todos sus recelos hubo de entregarse al destino, cansado de luchar con sus mismos partidarios y vencido por el temor de irritar con sus resistencias á quien con una sola palabra tenía fuerza sobrada para dominarlas.

Y el 10 de Abril, nombrada una Junta suprema de Gobierno que bajo la presidencia de su tío el Infante D. Antonio quedó encargada del despacho de los asuntos que no hubieran de exigir el mandato soberano ni su consulta personal, D. Fernando abandonó Madrid que no volvería á ver hasta después de seis años de un cautiverio tan humillante para la víctima como vergonzoso para los que le tuvieron allí aprisionado y le hicieron sufrir todo género de privaciones, ultrajes y atropellos. Acompañábanle D. Pedro Cevallos, su ministro de Estado, los duques del Infantado y de San Carlos, los marqueses de Muzquiz, Ayerbe, Guadalcázar y Feria, el conde de Villariezo, Escoiquiz y D. Pedro Labrador;

presa mía, entró en mi habitación en el momento en que yo pensaba menos en él. Aquel interesante joven, confiándose á mí y exhalando toda la amargura de su alma, por primera palabra me dijo: «Hemos sido engañados; España está perdida; he penetrado toda la profundidad de la intriga más infernal y, sin conocerla y cediendo á las instancias de mi cuñado, vengo acompañando al seide de Napoleón. Está encargado, ya no lo dudo, de hacer caer en sus redes al príncipe por quien yo daría la vida y que, estoy seguro de ello, os interesa tambien; mi situación es espantosa; me veo colocado entre una confianza que detesto no queriéndola vender y mi obligación hacia mi Rey y mi país; yo daré la voz de alarma y emplearé cuantos medios estén á mi disposición para informar al Rey y á su consejo sobre el peligro que les amenaza.»

Chemineau, advertido así, cuenta todas las intrigas de Savary y las torpezas de los ministros del Rey á pesar de las revelaciones y temores de Hervás que fueron despreciados.

Hay, sin embargo, una carta de Murat al Emperador, la de 7 de Abril, que compromete mucho á Hervás. «M. Hervás, se dice en ella (hijo del marqués de Almenara, cuya hija está casada con Duroc), ha visto al secretario de Estado Cevallos, quien, creyendo hablar con un español, le ha dicho horrores contra nosotros.»

EL INFANTE D. ANTONIO

HERMANO DE CARLOS IV

todos personas muy afectas, como es de suponer, á la suya y en su mayor número de la servidumbre real. Ni en Burgos ni en Vitoria se tenían otras noticias del Emperador que la de hallarse en Burdeos y esto desde el día 5, lo cual indicaba la poca prisa que se diera para llegar á Bayona y correr después en dirección de Madrid al encuentro del soberano de España. Es verdad que Napoleón no esperaba tal ventura como la que le ofrecían sus agentes de Madrid y las imprudentes debilidades del que iba á constituir su tan anhelada presa, puesto que el 9 escribía á Murat desde la ciudad del Garona: «Sería de desear que el Príncipe de Asturias permaneciera en Madrid ó viniese á mi encuentro. En este último caso, añadía, yo le esperaría en Bayona. Sería muy desagradable que tomara otro tercer partido. Savary conoce todos mis proyectos y ha debido haceros saber mis intenciones. Cuando se conoce el objetivo á que uno debe dirigirse y con un poco de reflexión, los medios ocurren fácilmente.»

Todavía fluctuaba el Emperador entre los diferentes proyectos que había abrigado sobre la suerte destinada á España, ya haciéndose dueño de ella y dándola á uno de sus allegados, ya manteniendo en su trono á la dinastía Borbónica con todas aquellas garantías de amistad y alianza que siempre invocaba. «Pero, ante todo, escribía el 10, es necesario saber el partido que tome el Príncipe de Asturias. Si se traslada á Burgos y Bayona, habrá cumplido su palabra. Si se quedase en Aranjuez ó se fuera á Sevilla llevándose al Rey Carlos, eso significaría que está en completa disposición de hostilidad. Cuando se lleve á cabo el objeto que me propongo y que Savary os habrá hecho conocer, podréis declarar verbalmente y en todas vuestras conversaciones, que mi intención es tan sólo la de conservar la integridad de las provincias y la independencia del país, como también los privilegios de todas las clases, y que me comprometo á ello y que deseo ver á España feliz y en una disposición tal, que jamás la vea temible para la Francia.»

Luego, y después de recomendar á Murat que si Infantado se pone á la cabeza de una insurrección en Madrid, como le avisa Beauharnais, la reprima á cañonazos y la castigue, añade: «Los que quieran un gobierno liberal y la regeneración de España, los tendrán en mi sistema; los que teman la vuelta de la Reina y del príncipe de la Paz, pueden tranquilizarse, pues esos dos individuos quedarán sin influencia ni crédito. Los grandes que deseen la consideración y los honores que no tenían en la administración anterior, los recobrarán, y los buenos españoles que anhelen tranquilidad y una buena administración, hallarán esas ventajas en un sistema que mantendrá la integridad y la independencia de la monarquía española.»

¡Bello programa, envuelto por el Emperador en las nebulosidades de su estilo oriental!

De modo que, como antes hemos indicado, Murat, inconscientemente, pues que no sabía las intenciones de Napoleón hasta que se las comunicó, y no todas, Savary, manejaba los hilos de la trama en que su amo quería cayese enredado el nuevo Rey de España, sin medios propios para salvarse ni consejeros hábiles que le advirtieran del peligro que corría. Los que lo hicieron y aun le presentaron recursos, aunque verdaderamente tardíos ya é ineficaces para librarse de ese riesgo, fueron los habitantes de Vitoria con su alcalde Sr. Urbina y otros leales como el jefe de carabineros de Miranda, el exministro Urquijo, que acudió desde Bilbao, y el mismo Hervás que, como intérprete de Savary, formaba en el séquito del Rey [1]. Entonces cayó de los ojos del desventurado Monarca y de sus torpes cortesanos la venda que se los cubría; pero la resistencia que intentaron oponer á la tenacidad con que Savary imponía la continua-

1 Es digna de tomarse aquí en cuenta la parte de «El elogio de D. Mariano Luis de Urquijo... por D. Antonio de Beraza» (léase D. Manuel Silvela), dedicada á narrar los esfuerzos que hizo el después célebre ministro del Intruso, para que D. Fernando se salvara en Vitoria de las garras del que ya podía tenerse por su carcelero, el general Savary.

ción del viaje á Francia, no alcanzó más que á obtener de aquel fementido esbirro el que fuera á Bayona y trajese del Emperador las seguridades de su benevolencia y rectas intenciones. La carta de Napoleón á D. Fernando era descortés y hasta injuriosa, impregnada de aquellas *filosofías* que él, enemigo de los ideólogos, se complacía en verter para desorientar á sus interlocutores; pero contenía dos párrafos anfibológicos que los partidarios del viaje interpretaron según sus deseos ó la vergüenza de sus consejos. «Lo digo á Vuestra Alteza, así era uno de ellos, á los españoles y al mundo entero; si la abdicación nace de un puro movimiento, si no ha sido forzada por efecto de la insurrección y del motín de Aranjuez, no opondré ninguna dificultad en admitirla, y reconoceré á Vuestra Alteza Real como Rey de España. Deseo, pues, hablar con vos sobre eso. La circunspección con que me conduzco hace un mes en esos asuntos, debe servirle de garantía para el apoyo que hallará en mí, si, á su vez, facciones de cualquiera naturaleza que sea la suya, fueran á inquietaros en su trono.» En el último párrafo de la carta le decía: «Vuestra Alteza Real conoce mi pensamiento entero, y verá que fluctúo entre diversas ideas que es necesario fijar. Esté cierto que, en todo caso, me portaré con Vuestra Alteza como con el Rey su padre, y crea en mi deseo de conciliar todo y de hallar ocasiones en que darle pruebas de mi afecto y de mi perfecta estimación [1]».

Con esa carta, torpemente interpretada, y con decir Savary *que se dejaba cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado S. M. á Bayona, no le reconocía el Emperador por Rey de España y de las Indias;* pero más que todo eso, ante el temor de las violencias á que pudiera entregarse Napoleón,

1 Al mismo tiempo escribía á Bessiéres: «Hallaréis adjunta la copia de una carta que Savary lleva al Príncipe de Asturias; si el Príncipe de Asturias viene á Bayona, muy bien; si retrocede á Burgos, le haréis detener y conducir á Bayona. Daréis conocimiento de ese suceso al Gran Duque de Berg y manifestaréis en Burgos que el Rey Carlos ha protestado y que el Príncipe de Asturias no es tal Rey.»

se decidió seguir á Francia sin atender á los ruegos de los vitorianos, que se excedieron en los transportes de su lealtad cortando los tirantes del coche Real, ni á los ofrecimientos de Crillon en San Sebastián y de Olazábal en Irún para proporcionar la fuga de D. Fernando. Todo fué en vano, y el día 20 pasaban el Rey y su comitiva el Bidasoa, para pocas horas después penetrar en Bayona, aquel antro del que 20 días después saldría sin cetro, sin honra y sin libertad. El infante D. Carlos, Fernán Núñez, Medinaceli y Frías, le vieron con la mayor tristeza; los franceses, compadecidos, y el Emperador no pudiendo creer resultado tan feliz para su indigna trama y sus ambiciosos cálculos.

«En su inmenso orgullo, hemos dicho, creía aquel hombre extraordinario haber atraído á sus pies y aherrojado al león de España. ¡Pobre é ignorante vanidad humana! Enredábanse en sus dedos las guedejas; la fiera quedaba en su guarida afilando sus agudas uñas y sus acerados dientes.»

Entretanto, Murat no se descuidaba en completar las instrucciones del Emperador que le había transmitido el duque de Róvigo. En ellas se comprendía la de dirigir también á Bayona al príncipe de la Paz y á los Reyes, padres de Fernando VII. Coincidían con las órdenes de Napoleón, en cuanto á la libertad de Godoy, los deseos de D. Carlos, de María Luisa y hasta de la reina de Etruria, incansables en su solicitud por el Favorito y más cuando creían en peligro inminente su vida dentro del castillo de Villaviciosa. El mismo Murat, aun no conociendo personalmente á Godoy y sólo sí por la correspondencia que éste había entablado con él al pretender disculparse de la famosa proclama del 6 de Octubre de 1806, de enemigo suyo, por considerarle como un estorbo para sus ambiciosos proyectos, se había convertido en protector, ya como caído y desgraciado, ya como instrumento que podría ser de los planes del Emperador [1]. Así es que

1 Dice el conde Murat: «Es cierto que tiene (el Gran Duque) el deseo de salvar al hombre que confía en él y se halla irrevocablemente ligado á los inte-

con un calor que desaprobaba Savary temiendo sirviera para impedir el objeto principal de su misión, el del viaje de Fernando VII á Bayona, Murat, una vez emprendido éste, se puso á la obra, aun tocando, al empezarla, con no pocas dificultades. «Es un asunto en extremo delicado, escribía á Napoleón, y que ha de herir el orgullo nacional... Está seguro (Godoy), y lo tendré en mi poder cuando quiera..... No acabaré por resolverme á determinar nada respecto al príncipe de la Paz... hasta saber positivamente que el Príncipe de Arturias ha salido de Vitoria.»

Con efecto, el Consejo Real opuso todo género de resistencias á que fuera puesto Godoy en manos de los franceses, hasta que la Junta de Gobierno, presidida por el Infante D. Antonio, autorizada por el Rey en una orden refrendada en Bayona por el ministro Sr. Cevallos, dió la terminante de «la entrega del referido príncipe de la Paz á disposición de S. M. I. y R. el Emperador de los franceses y Rey de Italia, con la quietud, buen orden y seguridades más conformes á la voluntad de S. M. y á la tranquilidad y felicidad de la Monarquía.....» El general marqués de Castelar hizo en Madrid varias reclamaciones al Infante y á la Junta, pero inútilmente porque le fueron desatendidas y no se le admitió la dejación de todos sus empleos, contestándosele al fin *que en la entrega del preso consistía el que su sobrino fuese rey de España* [1]. Murat envió la noche del 19 al general Exelmans y al comandante Rosetti á Villaviciosa para que se hicieran cargo de la persona de Godoy á quien, después de vencer la oposición de Castelar que aún intentaba resistir, condujeron á un coche que le llevó, dando rodeos por el camino y las afueras de Madrid, á Chamartín, campo entonces de la di-

reses de Francia; quiere, pues, obedecer las instrucciones del Emperador enviándolo á Bayona y trata de complacer á los Reyes destronados cuya existencia parece unida á la de su amigo.»

1 Véase en la *Gaceta de Madrid* del 23 de Agosto la representación del marqués de Castelar.

visión Gobert que se encargó de su custodia [1]. El día 22 se le hacía emprender el viaje con una fuerte escolta y con tal precipitación que el 25 estaba en presencia del Emperador, produciendo en éste el sentimiento de la más profunda conmiseración. Así, al menos, lo escribía aquel hombre de corazón más duro que el bronce.

No se lo inspiraba el aspecto de D. Fernando, de quien formó el concepto más equivocado. Según escribía el 1.° de Mayo á Talleyrand, *el príncipe de Asturias era muy bruto, muy malo y muy enemigo de la Francia*, (très-bête, très-mèchant, très-ennemi de la France), y eso lo daba el Emperador por tan fuera de duda *que sería necesaria*, agregaba, *una larga guerra para obligarle á él á reconocerle como rey de España.*

Cuando Napoleón escribía eso, el Rey Carlos IV y María Luisa habían llegado á Bayona y eran recibidos con honores de soberanos y un aparato altamente significativo del papel que se les iba á confiar en la tragicomedia que se preparaba á hacerles representar para vergüenza suya y escándalo del mundo entero.

«Al general Duroc, gran mariscal del palacio, en Bayona.—Bayona 30 de Abril de 1808.—Dad las órdenes para que las tropas formen con armas desde la puerta de la ciudad hasta el alojamiento del Rey Carlos IV. El gobernador de la plaza le recibirá á la puerta de la ciudad en el acto de su llegada. La ciudadela, lo mismo que todos los fuertes de la rada, harán la salva de 60 cañonazos. Por vuestra parte, recibiréis al Rey Carlos á la puerta de su palacio. Mi ayudante de campo Reille desempeñará el servicio de goberna-

1 El comandante Rosetti escribió un diario sumamente curioso de aquel suceso, papel en que se dan bastantes detalles sobre la persona de Godoy y el estado, traje y disposiciones en que se hallaba.

Por cierto que Murat escribía al Emperador el 21 que se le había entregado Godoy sin ropa blanca, sin ropa de vestir y con una barba de seis pulgadas. Mucho le había crecido la barba en 33 días. Pero Napoleón en carta del 25 á Talleyrand alarga la barba hasta siete pulgadas; esto es, una pulgada en cuatro días.

dor del palacio del Rey. Uno de mis chambelanes esperará también al Rey en la puerta de su palacio, igual que el escudero M. d'Oudenarde que cuidará del servicio de los coches. El chambelán Sr. Dumanoir hará su servicio junto á la Reina. Presentaréis al Rey y á la Reina los oficiales que se pongan al servicio de Sus Majestades. Se tomarán cuantas medidas sean necesarias para que de nada carezcan y sean mantenidas á mi costa y por mi cocina (par ma cuisine). Uno de mis jefes de comedor y un cocinero se agregarán á ese servicio, y si el Rey tiene cocineros, podrán ayudarles los míos. El gobernador del palacio del Rey tomará diariamente sus órdenes y consignas. Habrá allí un piquete de caballería y guardia de honor. Se establecerán á la puerta dos coraceros á caballo, reteniéndose para ese servicio el destacamento de coraceros que se halla aquí.» Y por postdata se añadía: «Las autoridades civiles de Bayona se encontrarán igualmente á la puerta de la ciudad para recibir al Rey, etc.»

Y ya tenemos á Carlos IV hecho de nuevo Rey por virtud de la fuerza de otro soberano que así devolvía derechos negados por una nación independiente, como desconocía los otorgados por ella y en ella puestos en ejercicio, sin protesta de uno siquiera de sus pueblos ni de una de sus autoridades. Y ese Rey consideraba como justos, válidos y dignos de ser obedecidos, acuerdos suyos tomados en tierra extraña a la de su anterior soberanía y bajo la férula de quien no respetaba la de ningún otro, y removía, cambiaba y suprimía á su antojo las mismas que por puro capricho suyo había creado. ¿Cómo, así, la nación española, tan severa en cuestiones de dignidad y tan recelosa en las de su independencia, habría de mostrarse resignada á tal restauración ni á los actos y procedimientos que de ella emanaran?

Llevados, según dijimos, á El Escorial Carlos IV y María Luisa, por orden del Emperador, con escolta mixta de españoles y franceses, pero en que imperaban los últimos, á

las órdenes del general Monton, mostrábanse satisfechos por creer asegurada su existencia, que nadie había amenazado, y con la oferta, todos los días repetida, de estarlo también la de su inolvidable favorito [1]. El despecho, sin embargo, de su caída y el anhelo de vengarla se albergaban en su corazón, y solamente la satisfacción de saber por Rosetti que Godoy se hallaba ya en manos de los franceses y á salvo, por consiguiente, comenzó á dulcificar, aunque por un instante, esos sentimientos que luego brotarían de nuevo con más fuerza aún en presencia del Emperador [2].

A esa tan grata noticia siguió la de que SS. MM. podían ponerse también en marcha para Bayona, recibida en El Escorial con la misma efusión, pues que irían á reunirse con su príncipe de la Paz y á desbaratar los manejos que estaría poniendo en juego contra ellos el hijo ingrato, usurpador de su trono. Así es que, á pesar del reumatismo, que causaba á D. Carlos terribles dolores en manos y rodillas, y con un tiempo rudo en extremo, se pusieron en camino el 22 de Abril con una fuerte escolta francesa cuyo mando obtuvo el mismo general Exelmans, que podría contarles los pormenores todos de la liberación de Godoy en Villaviciosa. El 25 pasaban por Aranda, quejándose María Luisa desde allí á Murat, de que D. Fernando, para retardar la marcha de sus padres, había dejado sin atalajes las mulas de los relevos, y á Napoleón lamentándose también de lo que iba sufriendo D. Carlos y ponderando el deseo en ambos de llegar cuanto antes á Bayona, «pudiendo asegurar á V. M. I. y R., le de-

1 «Estando en manos tan poderosas y buenas, estamos tranquilos en cuanto á nosotros y en cuanto á nuestro amigo común, el pobre príncipe de la Paz.»

Esto escribía María Luisa á Murat al indicarle el itinerario que deseaba seguir al trasladarse de Aranjuez á El Escorial.

2 Tal fué esa satisfacción, que María Luisa permitió á Rosetti la besara la mano, y al despedirse de SS. MM., recibió también de la Reina un magnífico reloj de repetición, para que lo conservara *como un recuerdo de la Reina de España.*

Así lo dice Rosetti en su *Diario.*

cía, que volarían á sus brazos; tal es la impaciencia que sentimos por depositar en ellos los dulces lazos de alianza y amistad.» Desde Lerma el 26, de Burgos el 27 y de Vitoria el 28, la Reina fué dando cuenta á Murat de las impresiones de su viaje y enviándole las cartas que iba, por su parte, recibiendo de su hijo Fernando, todas reducidas á su deseo de saber de la salud de los Reyes y de que hiciesen felizmente su viaje.

Este, por fin, terminó el día 30, y ya hemos dicho cómo el Emperador cuidó de que la entrada de Carlos IV en Bayona fuera todo lo honorífica posible para inspirarle la confianza que necesitaba en sus tenebrosos proyectos.

Efectivamente, el recibimiento no pudo ser más lisonjero para nuestros Reyes, tanto por el aparato militar que encontraron en la ciudad y en sus habitantes, como por el, al parecer, cordial afecto que les demostraron Napoleón y Josefina, llamada también de París *pour consoler la vieille Reine* [1].

Cuál fué la impresión que nuestros Soberanos y su familia y acompañamiento produjeron en Napoleón, está claramente expuesta en su despacho de aquel día, 1.° de Mayo, á Talleyrand y en una de sus conversaciones con el conde de Les Cases en Santa Elena.

He aquí el despacho: «He recibido vuestra carta del 27 de Abril. El ministro de España ha escrito una carta bastante ridícula á Champagny, quejándose de que los periódicos digan que el Rey Carlos se ha visto forzado á abdicar. Es preciso que le digáis que ha debido leer el *Moniteur;* que he visto al Rey Carlos y á la Reina que han recibido muy mal á su hijo; que han estado muchas horas amenazados de morir á puñaladas, y hubieran perecido de no haber firmado

1 Cuenta Méneval: «Al día siguiente fueron á comer á Marrac. Yo me hallaba presente al tiempo de su llegada. El anciano Rey, á quien sus males hacían pesado, se apoyó, para subir las gradas del pórtico del palacio, en el brazo del Emperador, que le dijo: *Apoyáos en mí que tengo fuerza para nosotros dos.*

el Rey la abdicación. Diréis eso al cuerpo diplomático, y añadiréis que el Rey se ha manifestado muy sorprendido de que los ministros extranjeros en Madrid hayan reconocido al nuevo Rey; que el ministro de Francia, que representaba á la única potencia que podía influir en esos asuntos, no le había reconocido, y que á ese ministro, al preguntarle si había sido voluntaria su abdicación, le había contestado: *Yo me reservo el escribir sobre eso á mi hermano el Emperador de los franceses;* que ese sólo indicio había bastado á M. de Beauharnais que había tenido la buena idea de no reconocer á Fernando VII; que su vida y la de la Reina no habían sido salvadas sino á precio de su abdicación, y que, al día siguiente hizo que su hija, la Reina de Etruria, escribiese al Gran Duque de Berg las cartas que se han publicado en el *Moniteur.*»

«El Príncipe de Asturias es muy bruto, muy malo y muy enemigo de la Francia. Comprenderéis que con mi costumbre de manejar á los hombres, no me habrá impuesto su experiencia de veinticuatro años; y esto me es tan evidente, que sería necesaria una larga guerra para obligarme á reconocerle como Rey de España. Le he hecho anunciar que hallándose ya en mis fronteras el Rey Carlos, no debía tener relaciones con él. He hecho, por consiguiente, detener sus correos, hallando en ellos cartas llenas de hiel y de odio hacia los franceses, á quienes llama repetidamente *esos malditos franceses.*»

«El príncipe de la Paz está aquí. El Rey Carlos es un buen hombre (un brave homme). No sé si es su posición ó son sus circunstancias, pero tiene el aire de un patriarca franco y bueno. La Reina tiene su corazón y su historia en la fisonomía; bastante os digo con eso. Eso supera cuanto se puede uno permitir imaginarse. Uno y otra comen hoy conmigo. El príncipe de la Paz parece un toro y tiene algo de Daru. Principia á recobrar sus facultades; ha sido tratado con una barbarie sin ejemplo. Bueno es que se le descargue

de toda imputación mentirosa, pero es necesario dejarle cubierto de una ligera tinta de desprecio.»

En el Memorial de Santa Elena se hace decir á Napoleón: «Por lo demás, los Borbones de España no merecían que les tuviese miedo; nacionalmente, nos eran y les éramos completamente extranjeros; en el palacio de Marrac, en Bayona, he visto á Carlos IV y á la Reina no saber distinguir á madame Montmorency de las nuevas damas; los últimos nombres les eran más familiares por razón de las gacetas y de los actos públicos. La Emperatriz Josefina, que tenía el más exquisito tacto en todo, no podía darse cuenta de eso [1].»

Aun descartando las falsedades estampadas en el despacho acabado de traducir, sobre los peligros que se supone había corrido la vida de D. Carlos para que firmase el acta de su abdicación, así como el concepto de *bête* que luego habría Napoleón de cambiar por el muy distinto de *sournois* (taimado), la impresión no pudo serle más agradable para los fines que se había propuesto. Tenía cogidos en sus redes á cuantos de la familia Real española le interesaba por el pronto alejar de donde pudieran defenderse, si él se veía obligado á actos de fuerza que, resistidos, repugnarían á la conciencia de los mismos que hubieran de ejercerlos. Y aun cuando sus ideas sobre la situación de España en aquellos días y sobre las condiciones de los españoles distaran mucho de las que se manifestaban en el despacho de 29 de Marzo de aquel año de 1808, que le fué después sin fundamento serio atribuído, había consignado en sus conversaciones y correspondencias, que sólo en un caso extremo apelaría al empleo de las armas para el éxito de sus proyectos, siempre disfrazados con el del aislamiento de su eterna enemiga la Inglaterra [2]. Pero, lo repetimos, ya

1 Sólo les faltaba á nuestros linajudos soberanos que se les tratara de *cursis* por aquellos *parvenus*, todos de la estofa más burda y abigarrada.

2 Toca al historiador del reinado de Fernando VII discutir la autenticidad

tenía en Bayona, y bajo su poder, á los que le interesaba inutilizar para el gobierno de nuestra patria, y luego, así era de esperar, llegarían los que, al tenor de sus instrucciones á Junot, tratándose de la familia Real de Braganza, pudieran en España alegar derechos al trono en el caso de perder la vida ó la libertad sus legítimos poseedores.

La intriga desde entonces tomó caracteres y rumbo tan indignos como extraordinarios, si es que caben aún más después de los sustentados y seguidos hasta aquel día.

Desahuciado D. Fernando desde el en que llegó á Bayona de cuantas esperanzas abrigaba de protección del Emperador en el pleito de su reconocimiento como Rey de España después de la protesta de su padre, más que espontánea, aconsejada por Murat y Monthion, restaba la empresa, ya que indigna, de desahuciar á Carlos IV, harto fácil en el estado de ánimo en que éste se hallaba. Los temores que había pasado, la irritación que le habían producido al verse libre de ellos con la protección de los 50.000 franceses que ocupaban Madrid y sus inmediaciones, y la tristeza consiguiente á su abdicación y al abandono en que se veía de su anterior espléndida corte, le tenían, lo mismo que á su regia consorte, en disposición de renunciar á todo menos á vengarse de su hijo, de sus pérfidos consejeros y de cuantos le adulaban antes á él y ahora le traicionaban y zaherían por sus debilidades y torpezas. Una satisfacción tan sólo había experimentado desde el 17 de Marzo; la de ver salvo y á su lado á su querido Manuel, por quien sacrificaría gustoso cuanto poseía, hasta la vida si fuese necesario. «No trataremos, dice Rosseeuw Saint-Hilaire, de pintar la delirante alegría de la vieja pareja al volver á ver á su querido Manuel. Sus humillaciones, sus sufrimientos, el trono mismo que habían

de aquel despacho, *inventado*, cualquiera que sea el sentido de esta palabra, por el conde de Las Cases en el Memorial de Santa Elena, y que recientemente M. de Mèneval ha demostrado de modo incontestable no haberse nunca expedido, si es que llegó á escribirse.

perdido, todo lo olvidaron; les quedaba Godoy, ¿qué les importaba lo demás?»

Y no tardó en verse acreditado ese razonamiento del ilustre historiador francés, tanto con las exterioridades de todos los días y de cada momento, prodigadas por D. Carlos y María Luisa en honor y consideración al Valido de tantos años, como con la parte que tomó en las negociaciones que se sucedieron para arrebatar á España, siquier por plazo breve, la tantas veces secular dinastía de sus soberanos. En lo que habremos de estar conformes con Godoy es en la exposición que hace en sus Memorias del aspecto político que ofrecía Bayona por aquellos días, aspecto que, con efecto, era para ofuscar á los más perspicaces de cuantos lo observaban é inducirlos en los errores, las debilidades y el pánico á que todos obedecieron para, al fin, caer en el abismo de su desgracia, tan deshonrosa como triste.

«Es obra muy difícil hoy ya día, se dice en ellas, trazar un cuadro original, en proporciones justas y con colores propios y adecuados, que represente al vivo aquel conjunto de personas, de sucesos, de incidencias, de pretensiones encontradas, de intereses dislocados, de artificios, de ilusiones y de engaños que marañó en Bayona la ambición descaminada de un guerrero enloquecido por los vapores de la gloria. Jamás un dramaturgo, el más versado en la región de las ficciones, hubiera ido tan lejos á buscar materia en lo imposible y monstruoso, ideando tipos nuevos en la historia de los hombres, como fué Napoleón, y los llegó á crear en aquel episodio deplorable de su carrera prodigiosa.» «No hallo, añade pocos renglones después, comparaciones ni imágenes bastantes para pintar lo que allí hubo, lo que allí fué visto, lo que era allí sentido, más fácil de explicarse por los efectos que produxo, donde cuantos pasaron las fronteras, los unos bien, los otros mal su grado, llegados á aquel campo de mentiras, no encontraban la vista de sus ojos, y padeciendo un mismo pasmo, unos tras otros, sin excepción ninguna de

personas ni de clases ó partidos, los flacos y los fuertes, unos más pronto, otros más tarde, sucumbieron, y mal que les pesase, reverenciaron aquel ídolo, jurando los más de ellos sus altares.»

Entre esos todos los hubo, según el Valido, que habían pecado ó pecaron entonces, como D. Fernando y sus consejeros y Bonaparte, «engañador del hijo y engañador del padre, cometedor de un *guet-apens* de que se hubiera avergonzado un César Borgia», y erró, sin pecado por supuesto, Don Carlos, «indefenso anciano que, eliminado del real solio por súbditos infieles..., se encontró forzado á mendigar amparo entre los brazos que le abría aquel hombre peligroso». El que ni pecó ni cayó en error nunca y hubo de sufrir lo que nadie, fué el autor de esas tristes observaciones; eso sí, tan estériles como tardías. «¡Miseria y desventura solamente, exclama, sin ningún pecado, fué la mía, del solo hombre, cual yo fuí, que entró en Bayona por la fuerza de las armas, sin ninguna alternativa ni medio alguno humano para escoger mi suerte, preso y proscrito por aquellos mismos que intenté poner á salvo del peligro en que se echaron voluntariamente, y caído luego de sus manos en las de aquel de cuyas garras, sin temor de hacerme en él un enemigo formidable, pretendí librarlos!»

¡Todavía le parece poco haber salido con vida el 19 de Marzo en Aranjuez, salvo también de su prisión de Villaviciosa sin verse su proceso ni sufrir, por consiguiente, sentencia alguna, y sentarse luego nada menos que á la mesa del omnipotente Emperador de los franceses, entre los amantísimos soberanos españoles, protectores suyos desde que le sacaron de la nada hasta concordar nada menos que un trono para él!

Pensar que en tales circunstancias no habría de influir Godoy en las determinaciones de Carlos IV, es de una candidez inexplicable. El retraimiento en que él pretende que se le considere, sería para con los curiosos no interesados en la

resolución del gravísimo problema planteado en Bayona, ó para con los partidarios y agentes de D. Fernando, por más que nos diga que buscaba un acuerdo del Príncipe con sus irritados padres. Al lado de éstos la mayor parte del día, ¿cómo no había de seguir influyendo en ellos con su consejo, ya que no le era dado hacerlo con su acción, libre antes de toda traba para la gobernación del Estado? Con quien es verdad que no influiría era con Napoleón, que le tenía por causante de la revolución operada en España y no quería cargar con la responsabilidad de su conducta. Escribía el 1.º de Mayo á Fouché: «Recibo vuestra carta del 28 de Abril. Habréis visto en el *Moniteur* la dirección que debe señalarse á los periódicos con los datos que en él he hecho publicar. Sin embargo, es necesario no ir hasta dirigir elogios y hablar del príncipe de la Paz, cuya administración ha realmente sublevado toda España. Hay que rechazar todas las imputaciones calumniosas que sobre él se han esparcido y clamar contra lo arbitrario é inhumano de los procedimientos usados con él, pero es necesario también desaprobar su administración vergonzosa y corrompida.» Napoleón deseaba tener una conferencia con Godoy, y la celebró al poco tiempo de la llegada de nuestro compatriota á Bayona [1]. ¿Nos la ha transmitido fielmente en sus Memorias?

Según su relato, Godoy abogó por la reconciliación de nuestra familia real y el reconocimiento de D. Fernando como Rey de España, y en todo su escrito sobre ese punto se muestra paladín decidido de esa solución. Napoleón no consigna referencia alguna de tal entrevista en sus despachos, y así no se puede dar fe ni dejar de darla á unas aseveraciones tan contrarias á lo que generalmente se opina sobre las ideas y la conducta del príncipe de la Paz en Ba-

1 «Je désire fort voir ce prince à Bayonne avant de prendre un parti sur rien.»—Despacho de 5 de Abril desde Burdeos. Thiers dice que Napoleón estaba impaciente «por ver á aquel antiguo dominador de la monarquía española y *surtout de s'en servir*».

yona. Lo que sí puede asegurarse, es que el Emperador no aceptó en poco ni en mucho el pensamiento conciliador de Godoy; pues que desde la llegada de Carlos IV y María Luisa á Francia se le ve marchar, aunque por caminos tortuosos, á su objeto inmediatamente anunciado á sus agentes en Madrid y París, de apoderarse de la monarquía española.

Después del primero y al parecer cordial recibimiento hecho á Carlos IV, comienza el trabajo de zapa con que trata Napoleón de hacerle principal instrumento de su propia exoneración y perpetua desgracia. Aun perdidas para D. Fernando sus esperanzas de ser reconocido, negábase á transigir con Napoleón, que le exigía el abandono de sus derechos al trono desde el día de la abdicación de su padre. Ni de Cevallos, que sólo había alcanzado desaires é insultos por sus enérgicos argumentos, ni de D. Pedro Labrador, cuyo espíritu conciliador no llegaba á conformarse con las atropelladoras exigencias que se pretendía imponer á nuestro soberano, logró el Emperador acuerdo alguno que facilitara la ejecución de sus planes. Buscólo, pues, en la intervención de los Reyes padres; y no bien habían éstos llegado á Bayona y descansado apenas meciéndose en la esperanza de su restauración, que les ofrecían los honores regios que se les tributaban y las promesas y halagadoras frases que les prodigara Napoleón en su primera visita y en el banquete á que les había invitado, cuando comenzó á valerse de ellos en contra del todavía irreducible Príncipe, su hijo.

Al asistir éste con su hermano Carlos, los ministros y palaciegos que le acompañaban, al besamanos que siguió á la llegada del anciano Monarca á su alojamiento, prodújose una escena tan repugnante para los españoles que la presenciaron como grata para Napoleón, que vió en ella la clave de sus futuras operaciones. D. Carlos rechazó el homenaje de respeto y de cariño que todos ellos fueron á tributarle para satisfacción, repetimos, del Emperador, que

momentos después celebraba con D. Carlos y María Luisa una conferencia de dos horas, decisiva para el desenlace de la negra intriga de que iban á resultar víctimas ellos, su hijo, la dinastía toda y España, la cual sufriría sus consecuencias desoladoras y sangrientas [1]. En esa conferencia, en que Napoleón desplegó todas las galas de su genio y su elocuencia, tan seductora ésta y persuasiva como inspirado aquél por la doblez y la crueldad que caracterizaban al más ambicioso de los hombres, preparó también la á que siempre había de negar el nombre de *guet-apens*, la emboscada en que esperaba caerían todos, una entrevista de los Reyes padres con D. Fernando, la que, sucediendo á la escena del besamanos y á lo en ella decidido por D. Carlos, acabaría por un rompimiento definitivo entre las dos partes que se disputaban un trono de que él solo quería disponer. Con proclamar como indiscutible el derecho en Carlos IV á recobrar la corona española y halagarle con la esperanza de que al terminar la guerra marítima que aún afligía á Europa, esa corona *se volvería de rosas y laureles*, le arrancó la decisión de una conferencia con su hijo para conducirle á renunciar un trono que con tan malas artes había obtenido. «Falta, acabó por decirle según Godoy; falta una cosa solamente, y es que V. M., de su plena y absoluta autoridad, llame á su hijo y lo requiera de dar por concluído su gobierno, de renunciar á sus culpables pretensiones, y de volverle su corona por un acto escrito, firmado de su puño. No esta-

1 Escribía Napoleón al Gran Duque de Berg el 1.º de Mayo: «Cuantos se encuentran aquí, hasta Infantado y Escoiquiz, han ido á besar la mano al Rey y á la Reina, rodilla en tierra. Esa escena ha indignado al Rey y á la Reina, que en todo ese tiempo los miraban con desprecio. Entraban en las habitaciones que les indicaba el mariscal Duroc; querían seguirlos los dos Príncipes, pero el Rey, volviéndose á ellos, les dijo: *Príncipes, eso es demasiado: habéis cubierto mis canas de vergüenza y amargura y venís á añadir á eso la burla: salid, y que no vuelva nunca á veros.* Se mostraron confusos y salieron con toda su gente. Media hora después me trasladé al alojamiento del Rey para encerrarme dos horas con Sus Majestades, que hoy comen conmigo. Desde entonces, los Príncipes se muestran aturdidos y asombrados. No sé todavía qué es lo que habrán resuelto.»

ría bien que yo lo hiciese, porque no soy su padre ni su rey, sino tan sólo un Soberano amigo y aliado de Vuestras Majestades. Esto no obstante, si lo juzgaren conveniente para imponer mayor respeto á ese hijo extraviado, yo estoy pronto á acompañarles y asistirlos en este grave paso, que es inevitable.»

Y así se hizo. En aquella conferencia, harto enojosa para cuantos la celebraron menos para el Emperador que con sus advertencias á Carlos IV y sus amenazas á Don Fernando la dirigía, se acordó que el Príncipe escribiera á su padre una carta devolviéndole la corona. Hacíalo, sin embargo, aquel mismo día, el 1.º de Mayo, tan deprisa llevaba Napoleón sus manejos, con las siguientes condiciones: «1.ª Que D. Carlos volviera á Madrid acompañado de él que le serviría como su hijo más respetuoso. 2.ª Que allí reuniría las Cortes, y si eso le repugnaba, convocaría los tribunales y diputados de los reinos. 3.ª Que ante aquella asamblea Don Fernando formalizaría su renuncia motivándola en el amor á sus vasallos y en evitación de una guerra civil. 4.ª Que Don Carlos no llevara consigo personas que ya se habían concitado el odio de la nación. 5.ª Que si S. M., como había dicho, no quería volver á España, gobernara su hijo el reino en su nombre.» Y añadía el Príncipe: «Ningún otro puede ser preferido á mí: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligación como yo.»

No conocía D. Fernando las gentes con quienes trataba asunto tan enrevesado y transcendental, y lo ignoraban todavía más sus torpes consejeros, desatendiendo todos las gravísimas circunstancias en que se hallaban, su condición, pudiéramos decir, de presos en tierra extranjera, bajo la férula de un usurpador implacable y ante padres que renunciarían á todo menos á vengarse del que suponían hijo desnaturalizado, autor de todas sus desgracias y humillaciones. La carta

de D. Fernando, así, no podía satisfacer á sus padres y menos al que, haciéndose tener por mediador de tal querella sin otro interés que el de la Francia, miraba por el suyo personal y el de su familia, que tomaba por común con el de su patria.

La carta del Príncipe se leyó, como es de suponer, ante Napoleón; y éste, mejor que D. Carlos, la contestaba al día siguiente con una en que, después de manifestar cuán leal, á la par que beneficiosa, había sido la alianza de España con Francia y particularmente con el Emperador, manteniendo la quietud y la integridad de la monarquía y siendo, decía, el único de los reyes de Europa que se sostenía en medio de las borrascas de aquellos últimos tiempos, achacaba á los consejos que D. Fernando había seguido, y con especialidad al odio de su primera mujer á Francia, las presentes disensiones y desventuras. Recordábale luego los sucesos del Escorial, debidos á la facción de que el Príncipe se había declarado caudillo y que le habían hecho perder la tranquilidad de su vida. Atribuía la entrada de las tropas francesas en el reino á las calumnias levantadas á sus ministros haciendo creer que los españoles se separaban de su alianza, y atribuía también la llamada de las nuestras de Portugal y el proyecto de su reunión cerca de su persona *para presentarse á su augusto aliado como convenía al rey de las Españas*. «Hubiera yo, decía, aclarado sus dudas y arreglado mis intereses: dí orden á mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las reuní sobre varios puntos de mi monarquía, no para abandonar á mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Además, mi larga experiencia me daba á conocer que el Emperador de los franceses podía muy bien tener algún deseo conforme á sus intereses y á la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradicción con los intereses de mi casa.» Y el anciano Monarca volvía en su carta á recordar las escenas del Escorial y los desórdenes de Aranjuez para recriminar más y más al Prín-

cipe. «Vuestro padre, exclamaba, ha sido vuestro prisionero; mi primer ministro, que había yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre fué conducido de un calabozo á otro. Habéis desdorado mis canas, y las habéis despojado de una corona poseída con gloria por mis padres, y que había conservado sin mancha. Os habéis sentado sobre mi trono, y os pusisteis á la disposición del pueblo de Madrid y de tropas extranjeras que en aquel momento entraban.» No cesaban con eso las recriminaciones con que D. Carlos quería confundir y abrumar á su hijo, y para negarle el derecho que éste parecía arrogarse de devolverle la corona, le añadía en uno de los últimos párrafos, verdaderamente napoleoniano, de su carta: «Yo soy Rey por el derecho de mis padres: mi abdicación es el resultado de la fuerza y de la violencia: no tengo, pues, nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir á ninguna reunión en junta: nueva necia sugestión de los hombres sin experiencia que os acompañan.»

No se hacía difícil la tarea de rebatir uno por uno la mayor parte de los argumentos en que D. Carlos fundaba esas recriminaciones, aun no queriendo sacar á plaza la famosa proclama del 6 de Octubre, en lo de la leal, consecuente y beneficiosa alianza de España con el Emperador; así es que, D. Fernando, al responder el día 4 á esa carta, fué destruyéndolos hasta no dejar uno solo con fuerza para salvar las responsabilidades que debían pesar sobre el torpe gobierno de los ministros de su padre en sus últimas relaciones con el Emperador de los franceses. Concluía, sin embargo, con ratificarse en las ofertas consignadas en su carta anterior del día 1.°, acompañadas de estas reflexiones congruentes con ellas: «Ruego, por último, á V. M. encarecidamente, le decía, que se penetre de nuestra situación actual, y de que se trata de excluir para siempre del trono de España nuestra dinastía, sustituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el expreso consentimiento de todos los individuos que tienen y puedan tener

derecho á la corona, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nación española reunida en Cortes y en lugar seguro; que además de esto, hallándonos en un país extraño, no habría quien se persuadiese que obrábamos con libertad, y esta sola circunstancia anularía cuanto hiciésemos y podría producir fatales consecuencias.»

Era de calcular que así no tendría término en mucho tiempo tal polémica, al menos para las impaciencias de Napoleón, cuando llegó á Bayona la noticia del tremebundo y sangriento drama del *Dos de Mayo* en Madrid.

Mientras en Bayona se discutía quién de los dos, padre ó hijo, habría de ocupar el trono de San Fernando, en el que ninguno de ellos, sino otro muy distinto, iba á sentarse, aun cuando contra la voluntad del pueblo español que le arrojaría de él, tenían lugar en nuestra vieja y coronada villa, sucesos que al fin y al cabo precipitarían el desenlace que por caminos tan torcidos y procedimientos tan siniestros andaba hacía tiempo buscando el Emperador Napoleón. Había en Madrid, desde la marcha del Rey Fernando á Francia, tres diversos géneros de autoridad, incompatibles los tres por su naturaleza, sus atribuciones y deberes. Una autoridad legal, delegada por el soberano al ausentarse de su centro de acción en la monarquía, la Junta suprema de Gobierno presidida por el infante D. Antonio, una verdadera regencia; un Consejo Real sin cuyo *placet* no podía esa misma Junta comunicarse en los asuntos más arduos con las autoridades locales y los pueblos, por consiguiente; un poder extraño á las leyes, á los fueros y al carácter de la nación, poder apoyándose tan sólo en la arbitrariedad y la fuerza de quien sólo con ella y así tan sólo se arrogaba el derecho de disponer de los destinos de la Europa continental para la satisfacción de sus hidrópicas ambiciones. Ese poder estaba, además, ejercido por quien, como vulgarmente se dice, habría de asestar de cuando en cuando *palos de ciego*, puesto que entró en Madrid sin otras instrucciones que las militares

para la marcha y la disciplina de las tropas de su mando, y continuaba en población tan importante, corte de monarquía tan vasta y considerada, sin más que las indispensables para su conducta de cada día, ignorando, no ya los pensamientos de su amo el Emperador, sino hasta los manejos puestos en juego casi públicamente en Bayona. La inteligencia, pues, entre esas autoridades se había hecho imposible, no sólo por lo contrapuesto de los deberes que las obligaban, sino que por los intereses también que debían defender, tan contrarios en unas y otras como importantes para ellas separadamente y para la nación, su patria, y para sus soberanos en todas.

La salida de Fernando VII y la de sus padres después á Bayona había producido en España dolorosa impresión, la de aquél, sobre todo, en quien se cifraba la esperanza de una restauración política que nadie vislumbraba siquiera bajo la autoridad y la administración de Carlos IV y su aborrecido favorito. Pero más todavía que ese amor al deseado Príncipe y más que las esperanzas que provocaban las cualidades de que se le suponía dotado, aquella impresión, tan justa como desagradable, era el efecto del orgullo nacional, herido en los españoles por el espectáculo de su soberano abandonando el suelo patrio para ponerse á la disposición de un extranjero, con títulos, es verdad, para la admiración universal por sus extraordinarios talentos y sus hazañas, pero muy por bajo en consideración y respetos de los gloriosos y potentísimos sucesores de nuestros católicos monarcas [1]. En el pueblo de Madrid particularmente se había producido una confusión de ideas y de sentimientos fácilmente explicable. De la admiración al Emperador, muy general, según ya

1 El mismo panegirista de Murat, su nieto, se explica así: «La herida era común en todos los partidos, cualesquiera que fuesen, de la clase ilustrada, en los partidarios de las nuevas ideas, los amigos más probados de Fernando, que no aceptaban que el heredero de una monarquía ilustre, que un sucesor de Carlos V, se hiciera vasallo de un soberano extranjero; en los indiferentes mismos que, desentendiéndose de príncipes en cuyo mérito no creían, los consideraban igualmente responsables de las humillaciones inferidas á su patria.»

tenemos dicho, en España, y de la ansiedad con que se le esperaba, considerándole como el más decidido protector de la causa del príncipe D. Fernando, á quien ayudaría á la reforma de los errores y abusos de la administración anterior, ansiedad fundada en ese mismo entusiasmo por tan gran capitán y político tan profundo y feliz, y en inminencia de su venida á España, anunciada todos los días por Murat y sus agentes exhibiendo algunos de sus efectos de viaje y la tienda de campaña levantada para él en el campamento francés de Chamartín, se había pasado á recelar de las intenciones suyas al, en vez de venir á nuestra corte, atraer la familia real española á Francia, donde dispondría sin cortapisa alguna de ella según sus planes, que ya iban teniéndose por tan malévolos como tenebrosos. Así es que, poco después del día en que Madrid vió marchar á D. Fernando, en la suposición, por supuesto, de que no pasaría de Burgos, y á lo más de Vitoria, se verificaba en nuestro pueblo un cambio de opinión que sorprendió á los franceses, muy satisfechos hasta entonces del recibimiento cordial que se les había hecho y de los agasajos que recibían de sus nobles y generosos huéspedes. La correspondencia de Murat con el Emperador rebosaba de satisfacción por las manifestaciones halagadoras que obtenía de los madrileños en las revistas de sus tropas y en su tránsito por las calles más concurridas de la villa hasta la noticia de la llegada de D. Fernando á Bayona, que coincidió con la de que su padre volvería á tomar las riendas del gobierno. Hasta aquel día, y divulgándose el rumor de que Napoleón iba á encargarse de la felicidad de España eliminando de su administración cuantos elementos la habían perturbardo hasta entonces, principal motivo del disgusto general hecho manifiesto en los sucesos de Aranjuez y Madrid, Murat se mecía en la confianza de que no encontraría resistencia alguna para la ejecución de los pensamientos que pudiera abrigar el Emperador, máxime si en ellos se contara el de elevarle á él á un trono á que le hacían

aspirar sus deseos y las adulaciones de que se veía objeto desde su entrada en España [1]. Pero desde la tercera década de Abril comienza á revelarse en Murat la sospecha de que variaba en Madrid la opinión, tan favorable antes á los franceses.

¿Qué influencias podrían haber provocado ese cambio?

No eran sólo las apuntadas del desencanto sufrido por los españoles con el viaje de sus reyes á Francia; eran también las quejas de los pueblos sometidos á los desmanes y vejaciones de los franceses que los ocupaban. En Madrid mismo la conducta grosera de la soldadesca imperial tenía escandalizados á los habitantes de los barrios extremos, donde Murat suponía formado uno que llamaba regimiento *des chispers*, y eso para disculpar las tropelías que en ellos se cometían. Hubo ocasiones en que salieron á relucir las navajas y sables de españoles y franceses, y aún la hubo en que nuestros soldados se mezclaron con los madrileños que defendían el honor de sus mujeres [2].

Por otro lado, Murat, que en medio de su ignorancia de los planes del Emperador parecía adivinarlos según cooperaba á ellos, no sin á veces recibir muestras inequívocas y elocuentes de la aprobación que merecía, se mostraba impaciente por llegar al término de tanto manejo como le hacían suponer las instrucciones, no pocas contradictorias, que le llegaban cada día de Bayona. Habíase adelantado á intentar la publicación de la protesta de Carlos IV, pues que pretendía imprimirla el 20 de Abril, cuando la orden del Emperador para hacerlo lleva la fecha del 25, y comisionó al efec-

1 El conde Murat dice en su libro: «Otros, creyendo adivinar intenciones preconcebidas, querían precipitarse á la presencia del Gran Duque y proclamarle rey. Como que éste escribía al Emperador: «Pues que Fernando está fuera de España y su padre y su madre van camino de Bayona, pues que estamos sin soberano, que el Emperador nos dé uno; pero sin hacernos esperarle mucho tiempo.» Esos conceptos atribuía á los madrileños.

2 Según Azanza y O'Farril, Murat se quejó al segundo el 16 de Abril de que «los habitantes de Madrid manifestaban á las claras su desafecto á los franceses».

to uno ó dos agentes suyos que la imprimiesen en el establecimiento tipográfico de D. Emilio Alvarez de la Torre [1]. La lealtad del impresor denunciando al Consejo aquel paso de Murat, así como la resistencia de otros á quienes se había acudido antes, impidieron que viese la luz pública en tales circunstancias un papel que de seguro hubiera producido una gran perturbación en Madrid. Y no era que la temiese Murat, que bien se ve que trataba de provocarla, porque días antes había manifestado á O'Farril su pensamiento de publicar la protesta, cuyo manuscrito le dió á leer, acompañada de una proclama en que, según la Memoria de aquel general, «decía el Rey padre que su abdicación había sido forzada, y que así lo había ya participado á su grande amigo y aliado el Emperador, con cuyo apoyo volvería á sentarse en el trono, persuadido de hallar en sus vasallos la misma obediencia y fidelidad que le habían acreditado durante su reinado». El general O'Farril manifestó á Murat que no sería obedecido; y amenazado con que los cañones y las bayonetas le harían obedecer, «en ese caso, replicó aquél que bien podía ya recurrir á estos medios violentos, pues entre ellos y la proclama, echadas suertes, el efecto sería el mismo» [2].

Así comenzaron á agriarse las relaciones de la Junta de Gobierno con el Gran Duque de Berg, pero sin que éste desistiera de su empeño de publicar la proclama de Carlos IV, empeño que, descubierto según ya hemos dicho, produjo la resistencia también del Consejo y un conato de motín entre los madrileños que llegaron á tener conocimiento de la denuncia patriótica de Alvarez. Nuestras autoridades no quisieron

1 El conde Murat dice que fué un M. de Fumel el agente encargado por el Gran Duque de Berg para hacer imprimir la protesta. El Consejo Real en su Manifiesto asegura que eran dos los agentes franceses, Josef Fumiel y Antonio Ribat, y que fueron sorprendidos en la imprenta con las pruebas de la proclama, pues que Alvarez la admitió para que no fuesen á otra parte y él tuviera tiempo para dar cuenta, como lo hizo, á la autoridad.

2 Memoria de Azanza y O'Farril.

dar importancia á ese suceso, satisfaciéndose con entregar á Grouchy, jefe de las tropas francesas de Madrid, los dos agentes presos en la imprenta, y con que el pueblo, invadiéndola, rompiese los moldes ya compuestos de la proclama. Pero á Murat le convenía dársela, y se quejó de él al infante D. Antonio con una vehemencia que no era, por cierto, para disimular el despecho que le había causado tal fracaso, á pesar de las explicaciones que recibió del Regente y de sus protestas de evitar nuevos choques, aun considerando aquél como el de una reunión inocente del pueblo, sin objeto alguno de disgustar ni menos hostilizar á los franceses [1].

No se satisfizo Murat; y creciendo su enojo con la noticia de los disturbios acaecidos también en Burgos y Toledo, aunque provocados por los franceses con sus demasías y atropellos, se valió de ellos para dirigir el día 23 al Infante una comunicación sumamente altiva y amenazadora. Le decía, entre otras muchas cosas, refiriéndose á aquellos motines y á la intervención que hubieran podido tener en ellos los agentes ingleses:

«Lo declaro á V. A. R.: España no puede estar más

1 El conde Murat recuerda así el motín: «La agrupación tomó pronto carácter tumultuoso; la multitud se disponía á invadir la imprenta para destrozar la proclama atribuída á la Reina.» «El Gran Duque, cuenta Rosetti, llamó al ayudante de campo de servicio, el príncipe de Hohenzollern, marido de la sobrina de Su Alteza, joven dotado de excelentes cualidades, y me mandó acompañarle, llevándome algunos cazadores de la guardia. Supimos por el camino que el pueblo, reunido en la plaza, daba grandes gritos y parecía dejarse llevar á todo género de excesos. Yo juzgué entonces que, por lo pequeña, mi escolta sería inútil para obrar hostilmente, y me decidí á acercarme solo con mi colega para no alarmar al populacho.»

«Apenas desembocaron en el sitio los dos oficiales, cuando se fijó la atención en ellos. Se les quiso impedir el paso; pero ante la declaración de que llevaban órdenes del Gran Duque, se les respondió que el pueblo sabría hacerse justicia por sí mismo y les amenazaron con cincuenta puñales á la vez. El Príncipe y Rosetti, sin desconcertarse, atravesaron la multitud al paso y se fueron á dar al Gran Duque cuenta del fracaso de su misión. Murat quería el ataque inmediato de sus tropas; pero hubo de ceder á las instancias de los ministros, que le rogaron *evitase un desastre*. Envalentonado el pueblo, forzó las puertas de la imprenta, rompió las prensas, y la autoridad apenas si pudo salvar á los operarios del furor del pueblo.»

tiempo entregada á semejante anarquía: el ejército que yo mando no puede sin deshonrarse dejar cometer desórdenes. Debo seguridad y protección á todos los buenos españoles: los debo sobre todo á la buena villa de Madrid, que ha adquirido eternos derechos á nuestro reconocimiento por el entusiasmo que ha mostrado, y la buena acogida que nos ha hecho desde nuestra entrada en las murallas. Debo por vuestro órgano hacer cesar sus inquietudes, asegurar al propietario, al negociante y al habitante pacífico de todas las clases. Debo, en fin, deciros por la última vez, que no puedo permitir reunión alguna. Yo no veré sino sediciosos, enemigos de la Francia y de la España, en los individuos que se atrevieren todavía á reunirse ó esparcir alarmas. Daos prisa, pues, á anunciar á la capital y á las Españas mi generosa resolución; y si no os encontráis con bastante fuerza para responder de la tranquilidad pública, me encargaré de ella más directamente. Me persuado que Vuestra Alteza Real, la Junta de Estado y la nación española aplaudirán esta determinación, y encontrarán en ella una nueva prueba de mi estimación y constante deseo de contribuir á la felicidad de este Reino.»

Esa misiva impresionó, como es de suponer, vivamente á todos los señores de la Junta de Gobierno, que comprendieron la inmensa responsabilidad que pesaría sobre ellos de extremar su resistencia á las provocaciones de Murat, agravando la situación del Rey, harto grave según las noticias é instrucciones que de él recibían. Desarmada como se hallaba España con la dispersión de sus fuerzas en Dinamarca, Portugal y las plazas y provincias invadidas por los franceses; exhausto el erario, y sobre todo, preso el Soberano de quien pudieran partir las iniciativas más enérgicas dirigidas á levantar el espíritu público para una acción salvadora, ¿cómo apelar á las armas, cual aconsejaba alguno de sus vocales? Ni emanan de corporaciones de la índole de aquélla los arranques necesariamente heroicos para salvar el honor

y la independencia de una nación puesta en caso tan excepcional y triste: han de emanar de un impulso más apasionado que reflexivo, más movido por el corazón que por el entendimiento, entusiasta y resuelto hasta despreciar responsabilidades y peligros de toda clase. Y esos arranques proceden casi exclusivamente de las masas populares, inspirándose tan sólo en su valor, en su patriotismo y en el anhelo de vengar las injurias que puedan inferirse á su nación.

Lo hemos dicho en otra parte: «Estúdiese la historia de la humanidad, y se verá que si las masas populares no sirven para gobernar, puesto que al momento aparece en ellas el espíritu de anarquía que sólo puede producir la muerte de los estados, son, en cambio, las que encuentran en sí mismas la energía y la resolución heroicas necesarias para salvarlos de borrascas, que en vano intentarían contrarrestar la prudencia ni la sagacidad de los gobernantes. El principio de la guerra de la Independencia, su larga duración y sus vaivenes y cambios de fortuna, tienen su origen y reconocen sus causas en esta para nosotros incontrovertible verdad.»

Trató, pues, la Junta de ganar tiempo contemporizando, por el pronto, con el provocador delegado de Napoleón. El infante D. Antonio le contestó imputando los sucesos de Toledo y Burgos á generales franceses que daban á los pueblos la noticia de la protesta de D. Carlos, autorizados, decían ellos, por el Gran Duque, inesperada por la Junta al no recibirla del representante oficial del Emperador, y capaz ella sola de quebrantar la armonía existente entre las dos naciones. Recordábale que á pesar de la pobreza reinante en los pueblos, éstos se habían esmerado en subvenir á las necesidades del ejército francés, ejército de 50.000 hombres en Madrid, y del que se esperaba sería muy corta su permanencia, puesto que se había anunciado como de paso para otras partes; y concluía con que, perseverando en la confianza que la inspiraba el Gran Duque, la Junta se deleitaba en reconocer más y más las benévolas intenciones de S. A. I.,

y poder rendir homenaje á la admirable disciplina de las tropas.

Entre tanto, la Junta, presidida siempre por el infante don Antonio, y á la que, para más fortificarse, asistían frecuentemente Castelfranco, Montarco y D. Arias Mon, y á la que muy luego se agregarían también los presidentes y decanos de los Consejos, vacilaba en las determinaciones que estaba llamada á tomar, tanto ó más que por su situación débil junto al despótico influjo de Murat, por las contradictorias noticias é instrucciones que la llegaban de Bayona. Si los despachos que recibía de Cevallos la impelían á obrar con la resolución que aquéllos revelaban en la conducta hasta entonces de D. Fernando, rechazando la corona de Etruria que Napoleón le ofrecía en compensación de la pérdida de la española con que se le amenazaba, otras correspondencias los desmentían y, cuando menos, los neutralizaban. En ese estado había dirigido á Bayona dos personas, D. Evaristo Pérez de Castro y D. José Zayas, á fin de tener conocimiento exacto de cuanto allí pasaba. Más astuto ó más afortunado, llegó Pérez de Castro y pudo hacer llegar á D. Fernando las preguntas que le dirigía la Junta para arreglar su conducta á las contestaciones que se la dieran, y se referían á si se la podría autorizar á sustituirse en puntos no sometidos á los franceses; si podría romper las hostilidades, en qué casos y cómo; si debería oponerse á la entrada de más tropas imperiales en España; si creía el Rey conveniente que se reunieran las Cortes, convocándolas el Consejo ó, en su defecto, alguna chancillería ó audiencia del reino. Pero habían cambiado las circunstancias y parecían acabarse las energías de Cevallos con el temor á los atropellos de que pudiera ser víctima D. Fernando, y llegaron á la Junta noticias poco animadoras, llevadas á Madrid por D. Justo Ibarnavarro, magistrado de Pamplona, que había recibido instrucciones para ella en Bayona, de donde, saliendo el 23 de Abril, llegó á Madrid el 29 *por caminos y sendas extraviadas*,

y no sin graves peligros y trabajos. Entre esas instrucciones, aparecía la contestación de Cevallos á una pregunta de Ibarnavarro sobre la conducta que la Junta debiera observar con los franceses, respondiéndole el citado ministro «que podía decir que estaba acordado por regla general, que por entonces no se hiciese novedad, porque era de temer de lo contrario que resultasen funestas consecuencias contra el Rey, el señor infante y cuantos españoles se hallaban acompañando á S. M., y el reino se arriesgaba descubriendo ideas hostiles antes que estuviese preparado para sacudir el yugo de la opresión.»

La Junta, cada día más alarmada con las palabras y procederes de Murat, había, entre tanto que se le contestaba de Bayona, acordado sustituirse con personas que no se hallaran al alcance del Gran Duque, al de sus arbitrariedades y diarias y escandalosas exigencias. Celebróse, al efecto, una reunión de notables conocidamente adictos á la causa de Don Fernando y á la de la independencia española sobre todo, asamblea á la que fueron llamados el general de la Armada D. Antonio Escaño, los consejeros D. Manuel de Lardizábal y D. Juan Pérez Villaamil y el alcalde de casa y corte D. Felipe Gil de Taboada, de quienes sólo dejó de acudir Villaamil, enfermo por aquellos días en el vecino pueblo de Móstoles, donde habría de inspirar al alcalde la tan celebrada proclama del 3 de Mayo que ha inmortalizado su nombre. Los que asistieron debían trasladarse á sitios de la Península donde reunirse con los generales Cuesta y conde de Ezpeleta y Jovellanos, constituyéndose en nueva Junta de Gobierno cuando la de Madrid se viese imposibilitada de ejercer las funciones que le había confiado el Rey al partir á Bayona. Algunos lograron salir de la corte, pero inútilmente, como inútiles fueron los esfuerzos que hizo la de Madrid para sobreponerse á los proyectos del imperioso Duque de Berg, que pretendía presidirla. Este no deseaba otra cosa que hallar motivos de queja contra la Junta y excu-

sas para ejecutar las instrucciones de Napoleón y sus propios pensamientos contra los madrileños, entre los que había perdido la popularidad conquistada pocos días antes. Y por si aquélla, la Junta, le impedía desarrollar sus planes, propios ó inspirados, y por si un sujeto había dado de puñaladas á un oficial y dos soldados franceses, más ó menos procaces, y otro había apaleado á uno de sus ayudantes que, habiendo mal herido con su sable al paisano, había tenido que salvarse en Palacio del furor del pueblo, Murat, repetimos, se decidió á poner en acción las energías de que blasonaba para sobreponerse al Gobierno legítimo de nuestra nación y á lo que él calificaba de jactancias españolas.

No consta oficialmente que Murat hubiera recibido hasta entonces la orden de enviar á Bayona las personas de la familia real española que aún permanecían en Madrid, como supone el conde de Murat en su libro recientemente publicado. Esa orden aparece por primera vez en un despacho de 5 de Mayo, en que Napoleón dice á su cuñado, después de anunciarle el decreto en que Carlos IV le nombra lugarteniente suyo en España: «Es absolutamente necesario que hagáis partir de esa al infante D. Antonio y á todos los Príncipes de la familia [1].» Lo que debió suceder es que

1 Ese decreto tiene distinta redacción en la correspondencia de Napoleón que en la *Gaceta de Madrid*, en que fué publicado el viernes 13 de Mayo. Ambos documentos concuerdan en lo más esencial; en el espíritu y los conceptos de la proclama que los precede diciendo: «Españoles y amados vasallos», y en que les previene contra los *hombres pérfidos* que pretenden indisponerlos con su aliado el Emperador de los franceses. En la *Gaceta* aparece una carta á Murat, remitiéndole el decreto, la cual no consta en la correspondencia de Napoleón, y después la comunicación oficial dirigida á la Junta suprema de Gobierno, en que se dice:

«Habiendo tenido por conveniente el dar la misma dirección á todas las fuerzas de mi reino, con el objeto de conservar la seguridad de las propiedades y la tranquilidad pública contra los enemigos, ya sea del interior, ya del exterior, he creído, para llenar este objeto, deber nombrar teniente general del reino á nuestro amado hermano el Gran Duque de Berg, que manda al mismo tiempo las tropas de nuestro aliado el Emperador de los franceses.»

«Por tanto, mandamos al nuestro Consejo de Castilla y demás consejos, chancillerías, audiencias y justicias del reino, virreyes, capitanes generales, go-

Murat, conociendo las instrucciones dadas á Junot respecto á la familia Real y á los magnates de Portugal, ó por aquella intuición que le hizo dictar sus anteriores providencias, tan conformes con los pensamientos del Emperador, que ya hemos dicho las había aprobado, se anticipó también con las nuevas que iba á tomar, á satisfacer cumplidamente los deseos de su amo y hermano. Debe, pues, tenerse por espontánea en él la providencia que produjo en Madrid el imponente espectáculo del *Dos de Mayo*. En cartas que no se han publicado en la *Correspondencia* de Napoleón, pero que cita con sus fechas y todo el conde Murat, se va observando cómo el Gran Duque de Berg prepara aquella infausta jornada, ya exigiendo el envío á Bayona de muchísimos personajes políticos y palatinos de la corte de España, que supone muy satisfechos con la esperanza de unir su nombre á la regeneración de su patria, y la de *ver á Napoleón*, *ver al grande hombre*, *al genio extraordinario que admiraba el mundo*, ya desvaneciendo, procurando al menos desvanecer los escrúpulos de algunos de ellos, adictos á su soberano legítimo, «hablándoles de las desgracias de la revolución francesa y de sus felices resultados, de la regeneración de Italia, del dichoso porvenir de España, de la imposibilidad de que la dinastía de los Napoleones reinara con la de los Borbones, de la diferencia de un príncipe ilustrado y de uno débil é ignorante, entre un país sin administración y uno perfectamente organizado, de lo lúgubre de la corte actual al brillo de una digna de la nación española, etc., etc. [1]» Contaba

bernadores de nuestras provincias y plazas, le presten obediencia y executen y hagan executar sus órdenes y providencias; siendo esta nuestra voluntad, como también la de que, como teniente general del reino, presida la Junta de Gobierno.»

«Tendréislo entendido para el debido cumplimiento de esta mi soberana determinación. Dado en Bayona en el palacio imperial, llamado el Gobierno, á 4 de Mayo de 1808.—Yo el Rey.»

Sigue en la *Gaceta* la *Orden de remisión del Real decreto y manifestación* de la Junta de Gobierno al decano del Consejo; su fecha, la del 7.

1 El conde Murat cita esos despachos ignorados, que son de 28 y 29 de Abril.

Murat principalmente con O'Farril y Azanza, hombres, escribía al Emperador, de mérito y que dirigían la Junta de Estado (de Gobierno), *hombres de honor y de talento, aunque difíciles de convertir*; tan difíciles, decimos nosotros, hasta entonces, que eran los que lograban contener los arrebatos de Murat, haciéndole ver las dificultades que la lealtad del pueblo español y la entereza de nuestras autoridades opondrían á sus exageradas pretensiones. Y si ya había ofrecido tantas la impresión de la protesta de D. Carlos y su publicación, impedida por el Consejo y principalmente por el pueblo con su actitud, ¿cuáles no serían las que era de esperar le opusiese la salida de la familia real para Francia? Murat, sin embargo, espoloneado por Napoleón, que cada día le echaba en cara sus debilidades, ya por haber conmutado la pena de muerte por la de presidio á un soldado, francés por supuesto, según se dice lo hizo en un despacho que tampoco consta en su *Correspondencia*, ya calificando de *miserable* la razón que el Gran Duque le daba por no haber insistido en la impresión de la protesta de D. Carlos, ya también de *miserable* la orden del día dirigida á las tropas de su mando sobre el motín de Burgos, se decidió por fin á atropellar por todo y ordenar la salida de nuestra familia real para Francia [1]. Así lo anunció á la Junta de Gobierno, que no opuso resistencia á la marcha de la reina de Etruria, pero sí á la del infante D. Francisco sin una orden expresa de Fernando VII. Con todo, las reflexiones primero del Gran Duque y después sus amenazas, puestas de manifiesto en la

1 Napoleón le escribía en su despacho de 26 de Abril: «¡Gran Dios, adónde iríamos si fuera necesario escribir cuatro páginas á los soldados para decirles que no se dejen desarmar y proclamar como un acto heroico el que un puesto de quince hombres haya hecho fuego á la canalla! El francés tiene demasiada penetración para que no se haya reído de tal orden del día. No habéis aprendido eso en mi escuela. ¿Qué haréis en momentos críticos si prodigáis tales proclamas? No hacían falta más que tres palabras: La canalla de Madrid se ha puesto en movimiento, se presenta una insurrección; el soldado que se deje desarmar ó forzar su consigna, será declarado indigno de formar parte del ejército...» «Vuestra proclama, le añadía, me ha hecho sonrojarme.»

Junta y el Consejo, estudiadas detenidamente con los estados de nuestra fuerza militar en Madrid y los informes de los jefes respectivos, hicieron á D. Antonio y sus colegas consentir con las disposiciones de Murat, aunque reservándose el derecho de protestar de aquella marcha tan opuesta á sus sentimientos y deberes.

No se contaba, empero, con el pueblo de Madrid [1].

A los comienzos de la mañana del 2 de Mayo, y no sin algún antecedente que debiera haber puesto sobre aviso á los franceses, cuyo jefe, por el contrario, nó previó que aquella jornada, aún teniéndola por grave, pudiera tomar el carácter alarmante y amenazador que alcanzó para la lucha á que iba á dar principio, tan fatal como vergonzosa para sus armas nunca vencidas hasta entonces, la noticia de la salida de la reina de Etruria y del infante D. Francisco llevó á los patios del palacio real una multitud en que bien podía observarse que dominaban los sentimientos característicos de la nacionalidad española, el patriotismo, el orgullo nacional, el espíritu religioso y, en aquel caso, el amor á sus soberanos, traidora é injustamente maltratados.

La reina de Etruria partió sin que nadie protestara: no así el Infante, cuyas lágrimas y el grito de indignación de una anciana arrancaron, según hemos dicho en otra parte, *la resolución heroica de resistir al vencedor de la Europa*, iniciándola con estorbar la salida del coche, con cortar los tirantes é insultar á un ayudante de Murat que acudía á apresurarla y á quien la generosidad de un oficial de wallonas libró de la furia de nuestro pueblo. Contribuyeron también á ese salvamento del hijo del general Lagrange una patrulla fran-

1 «Acercábase ¡ay! la hora, dice el conde Murat, en que esas esperanzas (las del Gran Duque) iban á recibir un cruel mentís, en que la primera luz de un vasto incendio iba inopinadamente á enrojecer el horizonte, en que España iba á demostrar á qué extremos puede ser conducido un pueblo fanatizado, cuando se le subleva en nombre de su independencia y de su honor nacional.»

Los hombres llaman fanatismo á todo sentimiento que se oponga á sus ambiciones, siempre, por supuesto, justas, legítimas y beneficiosas.

cesa, que le acudió inmediatamente, y un batallón con dos piezas de artillería, enviado por el Gran Duque y que rompió el fuego contra los madrileños reunidos junto á las puertas de Palacio.

Breve tiene que ser aquí la narración y breves nuestras consideraciones sobre los sucesos de aquel día: hemos dicho varias veces que cuanto venimos contando desde la abdicación de Carlos IV, que siempre hemos considerado válida y definitiva, se refiere ya al reinado de Fernando VII y á su historia corresponde, como á la de la guerra de la Independencia, en la que, y así se ha hecho en todas las hasta ahora escritas, debe ocupar lugar tan preferente como propio. Así es, que nos satisfaremos con recordar cómo el pueblo madrileño acudió en gran número de sus habitantes en auxilio de los heridos y atropellados en Palacio y, esparciéndose también por la villa, trató de vengarlos en los franceses que por asuntos propios ó del servicio transitaban por las calles, pero respetando á los indefensos y á los que no resistían el encierro á que en rehenes se les destinaba. *Consignadas* las tropas españolas en sus respectivos cuarteles y obedientes sus jefes á las órdenes de las autoridades, no era posible la resistencia á las varias y fuertes columnas que Murat, desde la montaña del Príncipe Pío en que se había situado, hizo invadir la población por las calles de Alcalá, de San Jerónimo y San Bernardo, señalándolas por punto de reunión la Puerta del Sol para ponerse allí bajo la dirección del general Grouchy. Sólo en el parque, llamado de Monteleón por el palacio que le servía de asiento, halló la tercera de aquellas columnas, mandada por el general Lefranc, un obstáculo que se empeñaron en oponerla las únicas fuerzas regulares que tomaron parte en el combate de aquel día, unos 40 granaderos del Estado que se destinaron á la guarda de aquel establecimiento, y 16 artilleros encargados de la conservación del escaso material allí reunido.

Aquel fué el teatro donde Daoiz, Velarde y Ruiz conquis-

taron la inmortalidad de sus nombres, que pasarán á las edades más remotas para, recordando su admirable hazaña, encender el ánimo de los que aspiren á iguales fines, la dignidad y la independencia de su patria, hollada por el extranjero. Después de intentar dos violentísimos asaltos, que fueron gallardamente rechazados, fuéle al enemigo necesario apelar al ardid de, á favor de un señuelo, traidor símbolo de paz, acercarse á los cañones de Daoiz quien, sin el apoyo ya de sus dos camaradas, muerto el uno y mal herido el otro, cayó atravesado por las bayonetas francesas, más traidoramente aún asestadas contra él. La guardia francesa, momentos antes desarmada por Ruiz, y los con tal engaño vencedores, acabaron entonces su obra matando á los que defendían el parque; y la voz de tal desastre y la inacción forzosa de las tropas españolas de la guarnición hicieron perder á los madrileños toda esperanza de vengar el ultraje que se les infería arrebatándoles el último vástago de sus soberanos. Pero, aun así, necesitó Murat para conseguir tan fácil victoria de la cooperación de la Junta de Gobierno y de los Consejos, y de las mismas autoridades españolas de Madrid que, esparciéndose por la villa y con palabras de paz y de perdón, lograron sosegar los ánimos de sus compatriotas y hacer que depusieran las armas y se retirasen á sus casas.

Lo que no consiguieron fué calmar las iras del *procónsul* francés que, deshecha la sublevación, se entregó á los más feroces actos de venganza. A las palabras y promesas de paz y concordia expresadas á nuestros gobernantes y transmitidas por éstos al pueblo de Madrid, sustituyó luego un bando amenazando de muerte á los presos con armas, á los á quienes se encontraran en la calle ó en sus casas las más inofensivas y á cuantos se atrevieran á reunirse en corrillos aun para los actos más usuales de la vida social. En vano han tratado sus apologistas de disculpar las horribles ejecuciones de aquel día y del siguiente en el Buen Suceso, el Prado y la Moncloa; nunca han logrado justificarlas, y sus evasivas no

han hecho sino aumentar el descrédito de Murat y cubrir su nombre y fama con un borrón indeleble de infamia [1]. Esa mancha no desaparecerá nunca de la historia de un general, cuya más sagrada obligación, después de un triunfo, es la humanitaria de respetar la desgracia del vencido, y que, por el contrario, se ensañó con la que él llamaba, en su parte al Emperador, la *canalla* de Madrid, creyendo así impedir la sublevación que pudiera intentar la masa general de los españoles en los demás ámbitos de la Península.

La noticia del DOS DE MAYO, que, en vez de lo esperado por Murat, fué contestada en las provincias españolas con el grito, hecho luego proverbial, de «guerra y venganza», tuvo en Bayona un eco de muy distinta resonancia; la de iras cobardes en los palacios imperiales y la de desfallecimiento y la pérdida de toda esperanza de rehabilitación en el desgraciado que aún confiaba en los que se daban el dictado de padres suyos y en la magnanimidad de quien ya podía satisfacerse con ver la Europa toda á sus pies. Y es que, según tenemos dicho, «mientras en España servía la sublevación madrileña para encender los ánimos contra los invasores y para provocar la explosión general que debía preceder á la lucha, en Bayona daba pretexto al usurpador para terminar descaradamente la obra que había emprendido con tan refinada y cruel hipocresía».

Napoleón, al recibir la noticia, debió, con efecto, de regocijarse con la idea de que Murat había, ¡inconsciente Ale-

1 El conde Murat defiende á su pariente, diciendo que su primer pensamiento en el combate fué el de evitar la efusión de sangre; que después prohibió la ejecución de las sentencias dictadas por la comisión militar, llevada á cabo por Grouchy, encargado de los prisioneros y que supuso que la clemencia del Gran Duque no debía alcanzar á los cogidos durante la acción; y que los presos en el cuartel de la guardia imperial habían sido ejecutados porque el coronel, empeñado en vengar á los soldados que había perdido, se apresuró á aplicar las sentencias de la comisión. «*La grâce,* añade, *arriva trop tard.*» A acto tan terrible de venganza añaden los encomiadores de Murat el escándalo de achacar las crueldades de éste á la indisciplina de los jefes de sus tropas. ¿Cómo el día 3 no habían de recibir las órdenes dictadas el 2 por su general?

jandro!, cortado el nudo que tanto trabajaba él por desatar, y sin perder momento se puso á la obra de acabar la de su lugarteniente en España. Se trasladó á la morada de los Reyes padres, y de tal modo, con frases tan elocuentes y conmovedoras comentó los detalles del despacho que acababa de recibir, que D. Carlos y María Luisa se mostraron al oirle tan confundidos como horrorizados [1].

Llamado D. Fernando y en presencia ya de sus padres y del Emperador, que parece se había propuesto acabar aquel día su obra de usurpación, por tanto tiempo acariciada, se empeñó entre aquéllos y su hijo una lucha que no sin razón consideró el Emperador altamente bochornosa. El afán de desagraviar á Napoleón dictó á D. Carlos tales recriminaciones, denuestos y amenazas, que se harían de otro modo increíbles en un padre. No estuvo menos expresiva la madre en sus reconvenciones, que no sabemos á dónde habrían llegado sin el partido que D. Fernando tomó de dejarlas incontestadas, con fría meditación sin duda, puesto que ni en sus ojos, fijos en tierra, ni en rasgo alguno de su fisonomía revelaba la conmoción que parece debería asomarse á toda ella y abrir sus labios para vindicarse de tal lluvia de insultos, terminando así tan repugnante escena. Esa actitud, que elevó la excitación de los Reyes al más alto

1 Róvigo dice en sus Memorias que el Emperador se paseaba á caballo cuando se le presentó su oficial de órdenes, M. Danencourt, que llegaba de Madrid con los despachos de Murat y con la noticia de los sucesos del 2 de Mayo, que también había presenciado. Luego añade textualmente: «Al leer aquellos detalles, el Emperador montó en cólera y fué directamente al alojamiento del rey Carlos IV, en lugar de volverse al suyo. Yo le acompañé. Al entrar dijo al Rey: *Ved lo que recibo de Madrid; no me lo puedo explicar*. El Rey leyó la carta que el Emperador acababa de recibir del Gran Duque de Berg; y apenas la había concluído, cuando con voz firme dijo al príncipe de la Paz: *Manuel, haz llamar á Carlos y á Fernando*. Tardaban en llegar, y el rey Carlos IV dijo al Emperador: *O yo me engaño, ó los bribones saben algo de eso; estoy desesperado, pero nada me admira ya*.

Después dice Savary que llegaron los Príncipes, lo cual no quita que á renglón seguido manifieste que no puede asegurar que llegase el infante Don Carlos.

grado, al de amenazar con las manos á su primogénito, no daba, sin embargo, el resultado que buscaban; el de obtener de D. Fernando la renuncia del trono; y entonces Napoleón, más impaciente aún que ellos por conseguirla inmediatamente, lanzó al Príncipe, con la imponente solemnidad que le era habitual para tales casos, aquella frase, aceptada por la mayoría de los historiadores y que en vano han querido desfigurar él mismo y sus apologistas: «Príncipe, le dijo acercándose á él y como para significarle su definitiva resolución, es necesario optar entre la cesión ó la muerte [1].» Aun cuando quisiera Napoleón desfigurar la frase, no le fué posible desnaturalizarla, puesto que de amenazar con que D. Fernando sería tratado como rebelde á intimarle la renuncia bajo la pena de muerte, no va nada.

Aquella amenaza, de todos modos, fué el golpe de gracia asestado á la entereza de D. Fernando que, dejándose de los ambajes y las limitaciones que anteriormente había impuesto á su renuncia en Carlos IV, se la envió pura y simple; abandonando cuantas ilusiones hubiera podido abrigar sobre la protección del Emperador hasta que cayó en las redes que tan arteramente se le habían tendido. También D. Carlos, según parece tenía pensado y manifestó en la conferencia que acabamos de recordar, puso la corona española en manos del Emperador sin consulta á sus pueblos ni á sus legítimos sucesores, ni respeto á ley alguna, dando así todo el

1 Napoleón contó así aquella escena al Gran Duque de Berg en su despacho del 5 de aquel mes: «Al recibir vuestra carta me trasladé á la morada del rey Carlos é hice venir á los dos Príncipes. El Rey y la Reina les hablaron con la mayor indignación. En cuanto á mí, les dije: *Si de aquí á media noche no habéis reconocido á vuestro padre por vuestro Rey legítimo y no lo hacéis saber á Madrid, seréis tratados como rebeldes*.

Rovigo, más imperialista que el Emperador, había olvidado, al imprimir su obra, lo más esencial de aquella escena. En lo que sí se detiene es en recordar que María Luisa con la mano y D. Carlos con su bastón, amenazaron á Don Fernando y en asegurar que, puesto á su lado y mirando por las rendijas de la puerta, se hallaba á la escucha Godoy, quien en sus Memorias desmiente de la manera más rotunda ese injurioso aserto del general francés.

carácter de nulidad, si ya antes no lo tuviera, al que él mismo llamaba el último acto de soberanía de su reinado.

«¡Así se hacía pasar el pueblo castellano, hemos dicho en otro libro, de uno á otro dominio! Las sociedades modernas no podían presenciar espectáculo más degradante, ni raza alguna sufrir acto más indigno de arbitrariedad y de desprecio como el de arrebatarle sus monarcas sin atender á su elección ni escuchar su voz. No parece sino que Napoleón ejercía en Europa la tutela que el mundo romano había conferido al senado de la metrópoli para disponer así de los pueblos y de sus elegidos.»

«Pero si era indigno el acto de expoliación que se ejecutaba en Bayona, más fea y degradante fué la forma en que se llevó á cabo. Don Manuel Godoy, el odiado favorito, el ministro desposeído por la corona y perseguido por el pueblo con un encarnizamiento de que no hay ejemplo en la triste historia de los validos, firmó el tratado de cesión en nombre de un soberano que se había por sí mismo despojado de los atributos reales, sin que sus vasallos tuvieran siquiera conocimiento de que los hubiese recobrado, ni mucho menos vuelto á ejercer acto alguno de soberanía. Decía Napoleón en Santa Elena: «Carlos IV se había gastado para los españoles, se debió haber gastado lo mismo á D. Fernando: el plan más digno de mí, el más seguro para mis proyectos, hubiera sido una especie de mediación como la de Suiza. Debí dar una constitución liberal á la nación española y encargar á Fernando de ponerla en práctica. Si la ejecutaba de buena fe, España prosperaba y se ponía en armonía con nuestras nuevas costumbres: se había alcanzado el grande objeto, la Francia adquiría una aliada sincera y una adición de poderío verdaderamente formidable. Si Fernando, por el contrario, faltaba á sus nuevos compromisos, no dejarían los españoles mismos de expulsarle y hubieran venido á solicitar de mí otro soberano..... Sin embargo, lo confieso, yo manejé muy mal este asunto; la inmoralidad debió mostrarse

demasiado patente, la injusticia demasiado cínica, y el todo ha parecido muy villano, pues que he sucumbido; porque el atentado no se presentaba desde entonces más que en su más asquerosa desnudez y privado de todo lo grandioso de los numerosos beneficios que entraban en mis intenciones.» [1].

En el tratado de 6 de Mayo, que firmaron el príncipe de la Paz y el gran mariscal Duroc, se designó el palacio imperial de Compiegne para D. Carlos, con una lista civil de treinta millones de reales y á su muerte la de dos millones para su viuda, con más el sitio de Chambord para que el Rey pudiera en él entregarse á la caza, su diversión favorita. A los Infantes se les señaló la renta anual de 400.000 francos. Lo primero, por supuesto, á que se atendió en aquel tratado fué á asegurar un asilo en los estados del Emperador al príncipe de la Paz, cuyo nombre iba unido al de los Reyes y los de su augusta familia en el art. 3.°

A D. Fernando le tocó su turno en el tratado del día 10 de aquel mismo mes. Dábasele en él, y después de adherirse á la cesión de su padre, el rango de príncipe francés, la propiedad del palacio de Navarre, del que nunca llegó á tomar posesión, y la renta de 400.000 francos sobre el tesoro del imperio, con 600.000 más, de los que la mitad sería para su viuda si le sobreviviere [2]. A los infantes D. Antonio, D. Carlos y D. Francisco, se les concedía el título de Alteza Real, y á sus descendientes el de Alteza Serenísima con el rango de los príncipes dignatarios del imperio.

¡Napoleón creía dispensar un grande honor equiparando al Rey Fernando con los Berthier, Murat y Beauharnais y á nuestros infantes con los Talleyrand, Cambaceres y tantos otros de sus seides!

Y con la frase, tan natural en él, de *Tout est parfaitement*

1 Las cartas de D. Fernando á su padre y los tratados entre D. Carlos y D. Fernando con el Emperador, pueden verse completos en el apéndice número 13.

2 Y si se casara, podía haberse dicho.

fini á Bayonne, dirigida á Bessières el día 6, y dando, con efecto, por concluído su plan de tantos años atrás ideado, hacía salir á los Reyes padres con D. Francisco, la Reina de Etruria y Godoy para Compiegne, y á D. Fernando, Don Carlos y D. Antonio para Valençay, por no estar habilitado ni adquirido siquiera el castillo de Navarre.

Tristes pronósticos.

Así terminó aquel período tristísimo de interinidad en el trono español, creado por las debilidades del soberano que por veinte años había parecido regir los destinos de nuestra patria, realmente gobernada por una dama imprudente y un licencioso y torpe favorito. La inexperiencia también y el despecho del Príncipe de Asturias, heredado en ocasión y con procedimientos de tan extraña índole, ajena, ya que no á la voluntad, bien elocuentemente puesta de manifiesto por el pueblo español, sí á las formas históricas y rigurosamente legales de su constitución política, y la falta de habilidad de sus ministros y consejeros, contribuyeron al éxito de las tramas con que Napoleón, apoyado en su inmenso prestigio, en sus legiones nunca hasta entonces vencidas, y secundado por sus perversos agentes, ejecutó tan indigna expoliación. Nada faltó allí, ni en Madrid ni en Bayona, para atraer sobre España tan espantable catástrofe. ¡Qué de trabajos, qué de sacrificios no esperaban á la magnánima nación española! La pérdida, por el pronto, de la secular dinastía de sus soberanos; la imposición de una nueva, extranjera y de raza ayer sumida en las tinieblas de la nada; el bochorno de un yugo impuéstole con artes tan rastreras, contra las que no se la había sabido defender ni con la habilidad ni con la fuerza; la necesidad después de una lucha tan desigual, ella desprovista de cuantos elementos constituyen un ejército numeroso y armado, disciplinado y maniobrero, contra el poderío militar mayor del mundo en aquel tiempo. ¿Quién podría abrigar esperanza, ni aun la más remota, de vengar tamaña afrenta, como la inferida al pueblo español en su espíritu religioso, en sus sentimientos

patrióticos, en su ingénita arrogancia y antiguo y fundado orgullo? Nadie que presumiera de talento, de conocimientos y previsión.

Y, sin embargo, los sabios, los filósofos, los que se tenían por directores, y como tales reconocidos, de la opinión pública en España, se equivocaron lo mismo que los vencidos de otras partes, que no se bajarían á confesar la existencia de un pueblo extenuado por falta de buen gobierno, pero cuyo patriotismo le llevaría á rechazar la dominación y las imposiciones que ellos soportaban con la más cobarde resignación.

¡Guerra y venganza! clamaron las víctimas del *Dos de Mayo* al sucumbir gloriosamente bajo el hierro enemigo en las calles de Madrid, y las provincias de España respondieron á aquel, para sus hijos, mágico grito, empuñando todos las armas que después de siete años del más rudo pelear arrojarían de su noble y ensangrentado suelo á las que no habían hallado contrarresto en las más poderosas naciones de la Europa continental.

Carlos IV, traído y llevado de Compiegne á Fontainebleau, á Marsella y Roma, donde falleció el año de 1819, se estremecería de pena al ver cómo el pueblo que no había sabido regir se alzaba arrogante y tremebundo para reivindicar el honor, la independencia y las instituciones que él tampoco había sabido mantener con toda la autoridad que le legaron sus mayores.

CAPITULO IV

CONCLUSION

Resumen histórico del reinado de Carlos IV.—Gobernación general del Estado —Política interior.—La internacional.—La colonial.—El Ejército.—La Armada.—La Hacienda.—La Agricultura.—La Industria.—El Comercio.—Las Letras.—El Teatro.—Artes y Ciencias.—La Iglesia.—La Administración de justicia.

Fué el reinado de Carlos IV uno de los más infelices que registran nuestros anales patrios. Hízolo doblemente luctuoso su comparación con los anteriores, en cuyas glorias habían tenido parte algunos de los que también presenciaron la marcha, cada día más rápida, de la decadencia en que se precipitó España al comenzar la actual centuria. Nada puede decirse que quedó de aquella grandiosidad de que aparecía revestida la monarquía española al recibirla Carlos IV de su padre, aunque entrañando gérmenes destructores, creados por una política, más que nacional, de familia, no conforme con los intereses de la patria, preteridos por una pasión, mezcla de espíritu de venganza personal y de sentimientos heredados de su padre, que nunca pudo olvidar los lazos que le unían á Fran-

cia. Elevado al trono cuando empezaba á rugir la fiera revolucionaria que no se detendría en su marcha asoladora hasta hundir en el ensangrentado polvo de las tumbas las instituciones de una soberanía que á tanta altura había encumbrado aquel su antecesor, el Rey Sol, para quien todas ellas se sumaban en su incomparable majestad, Carlos IV, no tan sólo las desatendió en cuanto á las excelencias que pudieran entrañar para resistir el huracán que de tan cerca amenazaba, sino que hasta renunció á velar por sí mismo á su mantenimiento imprimiéndolas la dirección que mejor cuadrara á sus propios intereses y á los de la nación cuyo gobierno se le había confiado.

Desde el primer día de su reinado se le ve, con efecto, abdicar del ejercicio de la soberanía, compartiéndola con su esposa, mujer cuyas ligerezas eran de todos, menos de él, conocidas, carácter frívolo, caprichoso, ajeno á todo género de procederes, de la virtud, pureza y dignidad necesarias para el prestigio de la corona y mejor administración de las naciones. Más todavía: desde ese mismo día comienza á elevarse junto al trono para luego rebajarlo y deshonrarlo la figura de un hombre que sin servicios de ninguna clase, sin mérito ni otras prendas que su amor propio excesivo y algún deseo en ocasiones de justificar los favores de que va á ser pródigamente objeto, dispondrá, como del corazón, del albedrío de la Reina y, con él, de la autoridad del monarca hasta aparecer ante el mundo como el único, el verdadero rey de España. El hijo de Carlos III, dotado, á no dudarlo, de virtudes privadas, no falto de luces y aun de carácter en ocasiones, abandona en tales manos el gobierno para sólo cuidarse de alimentar el vicio de su padre, la caza, gastando el día entero en la persecución de inocentes víctimas por los montes y valles de sus regias posesiones. ¿Qué puede suceder? Ninguna dificultad política en el reino, sumiso á la autoridad real, si algo quebrantada en el reinado anterior, respetada todavía y sostenida por el amor de los pueblos y la convicción

en ellos de ser insustituible, aun con sus desgracias y errores. Las dificultades internacionales, si sobrevienen por el estado de intranquilidad en que comienza á mostrarse Francia y la alarma que provocan en Europa, no inquietan al soberano de España que no puede creer en el contagio de ideas tan perversas como las predicadas entre nuestros vecinos del Pirineo. Hasta le aburren las precauciones que toma el previsor ministro conde de Floridablanca cuyo mantenimiento en el gobierno le ha recomendado al morir su padre. Para vencer esas dificultades, que tampoco logra superar el conde de Aranda en su breve ministerio, puente, que se considera, para el tiempo premeditado en la cámara de la Reina, tiene Carlos IV á su lado un hombre que, si ha de calcularse por los progresos que hace en su carrera y los honores que sobre él llueven, va á ser un gigante de talentos, valor, habilidad y pericia. D. Manuel Godoy, guardia de Corps á los 17 años, en Diciembre de 1788, era á los 25 teniente general, duque de Alcudia y, en concepto de sus favorecedores los Reyes, capaz de regir la nave del Estado con fortuna en las críticas y arriesgadísimas circunstancias en que no la habían obtenido nautas políticos tan expertos y acreditados como Floridablanca y Aranda.

Ni las calamidades que en seguida comenzaron á afligir á D. Carlos, la muerte de Luis XVI, tan torpemente defendido por el gobierno español, la guerra con la República francesa y los compromisos financieros que llevó consigo; ni el espectáculo que ofrecía la opinión pública, tan escandalizada del de la corte como sentida de las desgracias que no podían menos de excitarla más y más contra los que eran causa de ellas, lograban arrancar de los ojos del infeliz monarca la venda que se los cubría, como tampoco de sn nada torpe entendimiento la inclinación funesta que se lo obscurecía. Para Carlos IV no había mujer más ejemplar que la suya, ni amigo y consejero más hábil, leal é incorruptible que Godoy, y á ellos y á su abnegación y patriotismo confiaba

todo, honor, fortuna, la paz doméstica y la de sus pueblos. ¡Horrible obcecación que habría de derrumbar la fábrica toda española reconstruída por Felipe V y conservada cuidadosamente por Fernando VI!

Gobernación general del Estado.

Desde entonces, desde el primer ministerio de Godoy, comenzó esa demolición que habría de acabar en la más lamentable ruina de la monarquía española, ruina adornada con suntuosos arreos de expediciones navales tan estériles como la de Tolón, guerra como la de la República, tan infructuosa también como deslucida en sus últimos trances, y una paz con mucho de perjudicial y hasta vergonzosa. Tan contraria, con efecto, resultó á las aspiraciones de los españoles, que ni la pompa con que se quisieron encubrir sus perjuicios, ni los viajes de nuestros soberanos por las provincias y los de nuestros barcos por mares desconocidos, en que se trataba de mostrar la bandera con que se habían descubierto, ni el cambio de política que consentían tales alardes de paz tan costosamente obtenida, evitaron la caída de aquel ministerio para ser sustituído por el deseado hacía ya mucho tiempo de hombres probos, inteligentes y de probada lealtad. Pero esas, precisamente, eran las cualidades que habrían de perderles, y Saavedra, como Jovellanos, se hicieron pronto blanco de las iras del Favorito, que se los había asociado á su gestión ministerial, de la que acabó por dispensarle el Real decreto de 28 de Marzo de 1796, exonerándole de la presidencia de aquel gabinete. Ya lo hemos dicho: aquella exoneración no significaba más que un punto de espera hasta que pasara la borrasca que la había producido, desvanecida luego por las hábiles gestiones de Azara en París. Empezaron, pues, desde entonces los trabajos de zapa á fin de derribar á aquellos dos insignes varones cuando más afanosos se mostraban por restablecer los principios de gobierno tan descaradamente falseados por su antecesor; y puestos, como si dijéramos, fuera de combate por la enfermedad, simultánea en ambos y por lo mismo

sospechosa de no ser natural sino criminalmente intencionada, Godoy volvió á su anterior y funesta intervención en el gobierno de la monarquía. Sólo que su influencia, siendo oculta y como misteriosa, por hallarse exenta de responsabilidad oficial, se hizo más peligrosa con haberse, además, empleado en venganzas tan ruines como las traducidas en la prisión y destierro de hombres cuales Floridablanca, Aranda, Jovellanos y tantos otros que pudieran hacerle sombra con su mérito y virtudes. Y todo sin género alguno de escrúpulos, desvanecidos con la vergonzosa adulación de que era objeto por parte de todas las clases de la sociedad española que se arrastraban á sus pies en demanda de favores, de gracias y hasta de los agasajos más groseros. La familia real le acogió en su seno, y cuando por aquel enlace se pretendió una acusación contra él, considerándole incurso en delito que castigan las leyes, hasta los Tribunales más altos enmudecieron ante aquella fatal influencia, tan malamente consentida por una soberana extraviada y un monarca holgazán, débil y engañado.

Si funesta había sido la guerra con Francia, más lo fué aún la alianza con ella celebrada poco después. Desaparece nuestra comunicación con las colonias españolas, de donde se surtía la metrópoli del más poderoso de los recursos militares, el dinero. Cádiz, El Ferrol, Las Canarias, se salvan del pillaje y la ruina con que les amenazan las escuadras británicas, á fuerza de valor y patriotismo en sus defensores, pero nuestro poder marítimo queda destruído en San Vicente y en Santa María, en Trafalgar, por fin, peleando por una causa que no es española, apadrinada por los errores, los indignos intereses y la incapacidad de un hombre que, si alguna vez se muestra español, es para más dejar ver esa falta de prendas tan necesarias en la gobernación de los estados.

Una vez, con efecto, aparece Godoy oponerse á mayores engrandecimientos de la nación á que ha hecho se una Es-

paña, y en esa ocasión, la de la guerra de Prusia, en 1806, revela su falta de lealtad en los compromisos internacionales libremente contraídos, su olvido de todo respeto y de todo género de deberes hacia su Soberano, con quien no cuenta para la imprudente proclama del 6 de Octubre, la torpeza, en suma, que informaron los actos, en general, de su vida política. La gobernación del Estado por Godoy, puesto que para nada entraba en ella la iniciativa, la acción, ni aun la voluntad de D. Carlos, no podía ser más fatal, sobre todo en la época en que más alejado parecía de la política, prueba concluyente de su influencia en el palacio real; y ni el deseo de justificar las inmerecidas grandezas que obtuvo, ni los rasgos de cultura con que procuró atraerse á los que pudo creer que dirigirían la opinión en su favor y elogio, ni las postrimeras declaraciones tan artificiosamente estampadas en sus Memorias, lograrán disculpar sus injustificables ambiciones, sus demasías, tan extrañas en quien necesitaba las mayores indulgencias, y su carencia de condiciones para merecer el alto grado de poder á que había llegado. ¿Le disculparía, quizás, la nulidad de su Rey, *de su ídolo* según hemos dicho que le llama en sus escritos?

Triste es el retrato que ha hecho de Carlos IV un historiador contemporáneo nuestro; pero así, apasionado y todo, lo vamos á trasladar á estas páginas para hacer más y más patente la imparcialidad de que alardeamos.

«Cazar y temer, dice el excéntrico Mor de Fuentes en su traducción de la Historia de España por Carlos Romey; cazar y temer son los dos elementos, los atributos esenciales en cuerpo y alma de Carlos IV. Madrugà y vuela á su cacería, prescindiendo del peligro ó desmán de mulas, caballos, cocheros y guardias. Allí se empapa en las glorias de su paraíso, trascordando por cuatro, seis ó más horas los afanes políticos y los sobresaltos militares. Por el segundo extremo, teme á la Reina y á Godoy, que le tienen avasallado; teme á los ingleses, por su ambición alevosa; á los franceses, por

sus doctrinas y disposiciones republicanas; á los españoles, porque, en su concepto, se van todos afrancesando, y para abarcar hasta lo más mínimo de sus zozobras, teme hasta la falta cercana de las chozas en el cazadero.»

«Como quiera, regresa tan velozmente como ha ido á su correría; anda y bosteza de sala en sala por su palacio; llega la hora de su arrebatado despacho; da desde luego en el punto más arduo, en el hito de la dificultad y en seguida firma lo contrario de cuanto ha manifestado en su dictamen. No carece de instrucción, pues tuvo suma aplicación en su mocedad, y es tan memorioso, que quizá retiene con más individualidad todo el pormenor de la Historia de España que Campomanes, Mariana ó el primer literato de la nación; pero sin tesón, sin confianza en sí mismo y sin voluntad propia, sigue á ciegas la del primero que la domina, é inutiliza así su atinado y expedito desempeño. Por lo demás, tan ajeno de vicios como de virtudes, siendo absolutamente inútil para príncipe, pudiera ser tal vez un excelente hidalgo de la Mancha, como aquel D. Diego de Miranda, el caballero del verde gabán, retratado tan al vivo por el sin par Cervantes.»

Más suave en la forma, no difiere mucho de éste el concepto por nosotros revelado en los principios de esta obra,

Es, con efecto, el carácter que se refleja en ese retrato la única disculpa que Godoy pudiera y debiera dar para su excesivo, su extraordinario engreimiento y su entronización al disponer, como lo hizo, tan arbitraria y despóticamente de los destinos de España, y no pocas veces de la suerte privada de los españoles.

Y más que nunca, repetimos, desde que exento de la responsabilidad oficial, dominaba desde las gradas del trono á los que debían asumirla toda, ministros nombrados por él, sumisos á sus menores insinuaciones, mandatos imperativos, irresistibles que eran para ellos.

La guerra de Portugal, cuyo fruto, único adquirido en

nuestras disensiones con aquel reino nuestro hermano, y que hay que agradecerle en España, fué seguida de tantos reveses en el mar y tantas torpezas en la administración interior, que nuestra acción militar en el Alemtejo sólo dejó en la memoria de los españoles un nombre, el injustamente ridículo de *Guerra de las Naranjas*. Pero la templanza del gobierno español, el empeño con que logró impedir la invasión del ejército francés en Portugal, y la neutralidad observada después de la ruptura del tratado de Amiens, no lograron aplacar las iras británicas que, estallando al arrebatarnos en 1804 las fragatas que venían de la Plata, iniciaron una nueva lucha marítima que en Trafalgar acabaría con la fuerza que aún nos restaba del inmenso poderío naval heredado de Carlos III.

Y todo, ¿por qué?

Porque si ya, al caer Saavedra y Jovellanos en desgracia, España, cual dice un historiador extraño, aparecía como soldada á Francia, estando también la historia de ambas como fundida en la de la última, al desaparecer Urquijo de su corto ministerio y volver Godoy á ejercerlo para el tiempo restante del reinado de Carlos IV, esa historia entraña la serie inacabable de reveses que aniquilan á la nación española, sin ninguna de las ventajas obtenidas por su aliada en el continente. Los tratados se convierten en letra muerta menos en lo que conviene á Francia; la creación del reino de Etruria en favor de nuestros infantes no sirve, en el corto tiempo que dura, sino de motivo para satisfacer el orgullo francés, sino de risa y mofa entre republicanos ó imperialistas; Cónsul ó Emperador, Napoleón dispone de las fuerzas de España, de las navales como de las terrestres, de sus almirantes y generales, al igual que del destino de varias de nuestras colonias para, hoy adquiridas, mañana venderlas; y todo para que Godoy, primer ministro, generalísimo después y almirante más tarde, entendiendo lo mismo de las cosas de Estado que del manejo de los ejércitos y de las es-

cuadras, goce en tranquilidad de tanta grandeza, de favor tan ilimitado, y pueda aspirar á un trono con que su burlador, el autócrata francés, le tendrá para siempre desarmado en sus funciones de gobierno y en sus deberes de español.

Sólo triunfa en la corte, donde su influjo sigue siendo soberano. No se respira en ella, ni se piensa ni se resuelve nada sin su consejo y permiso. La Reina es la única persona que interviene, más que en los asuntos públicos, en los particulares porque pueda mostrarse interesada; el Rey no se ocupa sino rara vez de unos y otros, y con el resto de la familia real no se cuenta para nada. Sin embargo, va creciendo el Príncipe de Asturias, á quien sus maestros y amigos le enseñan que, siendo el heredero del trono, debe tomar parte en las desgracias y tristezas de la patria para impedirlas si le es posible, y, cuando no, vengarlas en la cabeza del que le usurpa el cariño de sus padres y el respeto y la consideración de sus futuros vasallos. Desde el momento en que Escoiquiz é Infantado, San Carlos y cuantos próceres se han puesto al lado y en la servidumbre del Príncipe comienzan á revolverse contra Godoy, teniéndose por perdido y hasta amenazado, extrema éste su desconsideración y se deja llevar á los rigores á que no deja de empujarle la cólera de la Reina, y á los procedimientos que le hemos visto usar para en último caso inutilizar á su hijo. La causa formada á los criados de D. Fernando, y la del Escorial, sobre todo, demuestran con harta elocuencia á qué punto se llevaron esos rigores y cuán torpes resultaron los procedimientos, cuya ejecución, en vez de conducir á la ruina del heredero del trono, sirvió para apresurar su exaltación. No faltaba ya más que un pretexto, según se había arraigado en la opinión pública la idea de no poder España continuar en tal estado de descrédito y desgobierno; y el proyecto de viaje á Sevilla y Ultramar fué motivo más que suficiente para acabar de hacerla general y omnipotente.

El valido fué quien derribó al soberano, arrastrándole en

su caída; que el pueblo de Aranjuez, las tropas allí reunidas y los que agitaban la opinión en el Sitio y la encendieron hasta promover los sucesos del 17 al 19 de Marzo nunca pensaron en que estos dieran resultado tan radical. El afán de los Reyes de salvar á su Favorito y, no logrando su libertad, el temor á que fuera víctima del furor popular, que pedía su sacrificio, los llevó á una abdicación ni solicitada ni menos exigida por los amotinados.

Pero había quien atisbaba la ocasión de sacar fruto de las discordias suscitadas en la corte de España y, mejor que antes en las torpezas de nuestro gobierno, en los odios provocados contra Godoy y en la pérdida de sus prestigios soberanos, creyó hallarla en un pronunciamiento, cuyo primer efecto sería el de poner en duda la legitimidad de una soberanía por medios tan irregulares proclamada y establecida. De ahí los bastardos manejos de Napoleón que con el concurso de agentes, tan violentos unos, y tan certeros otros, llegó á atraer sus víctimas al antro en que se proponía y consiguió inutilizarlas primero, ya con fingidos halagos, bien con amenazas horribles, y ahogarlas luego entre sus entonces férreos brazos.

Pero la causa primordial, la más eficaz para tal ruina fué la torpeza con que se dirigió desde los principios de aquel reinado la gobernación general de nuestra infeliz patria. Regida España por un soberano sin las cualidades que se necesitaban en época tan revuelta, sometido, como inepto y débil, al genio dominante y á los caprichos de una mujer, tipo que se ha hecho de desenfreno en las pasiones más perturbadoras, de la más provocativa despreocupación é intolerable orgullo, y, por ende, bajo el influjo de un favorito con toda la ambición á que tales medios provocan, sin verdaderos talentos ni virtud alguna, ¿cómo era posible que resistiera el embate de los huracanes que azotaban á la Europa entera con furia que no lograron contrarrestar ni menos vencer sus más fuertes y poderosos pueblos? Sólo una go-

bernación tan prudente, tan sabia como enérgica, podría salvar á España de torbellino tal, de concurrencia tan abrumadora de circunstancias que ninguna otra potencia había sabido ó podido superar, y, por el contrario, pocos fueron los ramos de la administración pública que prosperaron en los veinte años que estuvo entregada á manos tan débiles ó torpes.

Política interior.

La política interior ejercida en ellos, si se exceptúa la á que presidió el experto conde de Floridablanca, no fué tampoco hábil ni afortunada. Es verdad que mal podía serlo variando los ministerios con la frecuencia con que se sucedieron hasta el segundo y último de Godoy; que no hay motivo más eficaz para la ruina de una nación que la instabilidad de los llamados á gobernarla en destino que exige una larga experiencia de los asuntos políticos. Así se vió que, continuando la política de Carlos III, con su gran ministro, se mantuvo España tranquila en el interior y respetada fuera, pudiéndose acometer con éxito una reforma tan transcendental como la de variar el orden de sucesión en el trono, introducido por Felipe V en su auto acordado de 1713. No había llegado el caso de ponerlo en práctica; pero vendría muy pronto la ocasión de ejercitarse en España esa reforma, volviendo á la ley veneranda que había proporcionado á nuestros predecesores el feliz gobierno de reinas católicas con talentos y virtudes singulares, cada una en su siglo. Error fué, y no leve, el mantener secreta tan útil resolución por debilidad que nunca podrá disculpar el estado revuelto en que comenzaba á presentarse la Francia, de donde procedía ley tan antipática á los españoles. Importaban mucho á la nación vecina la amistad y la alianza con la nuestra para que por ese ni por otro ningún motivo fueran á romperse las relaciones entre ambas, tan estrechas y cordiales en el reinado anterior.

Sólo tres años duró aquella situación, en que Floridablanca, á pesar de la dificilísima creada en Francia, pudo lucir su privilegiado talento y larga experiencia.

Grande era también la del conde de Aranda, y más para los asuntos interiores de nuestra nación que para los de fuera de ella, aun habiendo ejercido los más delicados cargos diplomáticos en varias cortes de Europa. El de presidente del Consejo de Castilla, que desempeñó con rara energía siempre, y más aún en circunstancias tan críticas como el motín de Squilache y la expulsión de los jesuítas, le había dado prestigio considerable en el pueblo, que admiraba sus dotes de soldado y hasta sus excentricidades, y en la corte que le tenía por su más fuerte escudo. Debía conocer las dificultades que iban á ofrecérsele en el ministerio á que se le llamaba, pues que lo aceptó en el concepto tan sólo de interino. Sus ideas reformistas, traídas de Francia, donde había cultivado una demasiado estrecha amistad con los filósofos de aquel tiempo, tenían que ser en España mal recibidas, y su lucha con instituciones de muy otra índole, respetadas é influyentes aquí, habría muy pronto de tener un fin funesto para él. Si á eso se añade que, observando el espíritu dominante en sus compatriotas de no transigir con la revolución francesa, se amoldó, es verdad, á él, pero naturalmente, sin el calor que la inmensa mayoría de ellos, se comprenderá cómo los que en la corte trabajaban por su ruina, y la corte misma, que ya creía *llegado el tiempo* que en ella se esperaba, la lograron para encumbrar á las esferas del poder al que el favor, infundado y todo, la adulación que suele acompañarle y la ambición del favorecido, hacían suponer suficientemente apto para ocuparlas con fortuna. Aranda, así, combatido de todas partes por sus mismas preocupaciones, por los que creían no deberlas tolerar, por las intrigas alimentadas mejor que resistidas en el foco entonces incontrastable del poder real, no hubo de atender á la administración interior del reino, de la que, por otra parte, poco había dejado en que ocuparse por entonces su predecesor el conde de Floridablanca. En Noviembre, pues, de 1792 era sustituído en la Secretaría de Estado y del Des-

pacho por el duque de Alcudia, que, según el decreto correspondiente, *merecía la confianza* del Rey.

Al tratar de cuál sería el rumbo que iba á tomar el nuevo ministro en la política española, nemos dicho anteriormente: «No es fácil adivinarlo; pero el que tomó Godoy demuestra que no tenía opinión determinada y fija sobre cuál sería el más conveniente, y que sólo aspiraba á ocupar la poltrona ministerial, seguro de que cualesquiera que fueran, felices ó adversos, los resultados que obtuviera, nadie podría ya disputársela, disponiendo, como disponía, de la voluntad incontrastable de la Reina, su cada día más decidida protectora.» Sin embargo, las circunstancias dificilísimas en que muy pronto iba á encontrarse, le obligarían á decidirse por alguno de los rumbos que se presentara á la vista, fuese ésta ó no perspicaz; que no eran aquéllas para dejarlas á un lado sin ponerse á superarlas con resolución.

Esas circunstancias llevaron al gobierno español á mirar en primer lugar del lado de las cuestiones internacionales, y por el pronto, sobre todo, del en que se veía comprometida la preciosa vida del *Hijo de San Luis*. Del lado de la política interior, á que estamos en este momento dirigiendo la atención de nuestros lectores, no podía mirarse en algún tiempo, absorbiéndola toda la guerra con la República francesa, de que no se podía prescindir después del atentado inicuo que la hizo romper en abierta, y al parecer inacabable lucha con toda la Europa monárquica. Parecía, con todo, que el tratado de Basilea daría á España la tranquilidad é independencia necesaria para que se ocupara en la resolución de los arduos problemas de su política interior, la absolutamente indispensable para obtener los beneficios de la paz, el mejoramiento de los servicios administrativos, reponiéndose á su favor de los estragos de tan dilatada y destructora guerra. El poco antes brillante y respetado poderío español, tan influyente en los destinos del mundo, aparecía como precipitándose á una decadencia que, para ser impedida, exigía una

muy severa regeneración, que sólo harían posible la del crédito, la mejora, como acabamos de decir, de la administración del país en todos sus intereses, y el renacimiento de cuantos medios ofrece la cultura general de los pueblos, descuidados en tiempos tan calamitosos.

La paz consintió pensar en esas cosas, motivos para un programa de política interior que hiciera olvidar los estragos de la guerra. La ejecución de ese programa comenzó por el enlace de la infanta Amalia con su tío D. Antonio, hermano del Rey, y el de la infanta María Luisa con su primo, el de Parma, soberano luego de Etruria. A esas fiestas siguió el viaje de la Corte á Sevilla, ofrecido por la salud, poco antes bastante quebrantada, del Príncipe de Asturias. Con todo, la opinión en España iba haciéndose en contra del príncipe de la Paz, tanto por los inmerecidos honores que no cesaba de otorgarle el Monarca, cuanto por lo torpe y desgraciado de su gestión gubernamental. Y aun cuando esa opinión no parecía manifestarse hostil á la persona del Rey, ¿cómo no había de reflejarse en él la odiosidad que se iba creando en el corazón de los españoles contra su omnipotente valido? De ahí que, conociendo Godoy la necesidad de establecer un crédito que veía no lograr por esfuerzos que hiciese, y no queremos negárselos, cediera á los consejos que se le dieron para que se asociara á personas que en su respectiva escala gozaban de él, llamando á su lado á Saavedra y Jovellanos, tenidos entonces por verdaderos hombres de Estado. Aquella modificación, prueba innegable de que Godoy se consideraba sin fuerzas propias para resistir la de la opinión, tuvo por consecuencia su caída, que también, según ya hemos dicho, procuraba el gobierno francés, teniéndole por desafecto.

Pero Godoy continuó residiendo en Madrid; no cesaba su favor en la Corte, ni en ésta se habían puesto en olvido los procedimientos usados con Floridablanca y Aranda: así es que, á pesar de las reformas introducidas en ramos de la administración, que tanto debían contribuir al orden en el inte-

rior del Estado y á la prosperidad de los pueblos, no tardaron Saavedra y Jovellanos en seguir la suerte de aquellos sus ilustres predecesores. Ni Urquijo ni Soler podían llenar el vacío que dejaba el prócer asturiano, y que Saavedra, enfermo y alejado de los negocios, no podía tampoco impedir se hiciese en el gobierno de nación tan combatida dentro y fuera de su vasto imperio. España arrastraba con eso una existencia política asaz precaria, que vino á hacerse hasta vergonzosa con la pérdida de Mahón, por más que ni aun efecto, cual debía esperarse, hizo en nuestros compatriotas tamaña afrenta: tal era el estado de ánimo en los españoles con aquella sucesión, al parecer inacabable, de desgracias y abyecciones.

¿Qué habría de reparar Urquijo en su Ministerio interino, minado por los intrigantes de la Corte, aduladores constantes de las pasiones que en ella hervían y heridos muchos en sus intereses por las reformas que proyectaba, siquier algunas fueran para promover mejoras de no pequeña importancia en la administración? «Querido y venerado, escribía después un panegirista suyo, de la parte ilustrada de la nación y respetado de los extranjeros; el encono sacerdotal y la envidia de los palacios aguzaban en secreto el bruñido puñal de la venganza y le preparaban la recompensa ordinaria de la virtud y del mérito.» Esas palabras están en desacuerdo con la opinión más generalizada en España; pero no se halla alguna de ellas exenta de verdad: el destino de Urquijo estaba, como suele decirse, descontado de los cálculos que se forjaban en las alturas de Palacio desde el día de su encumbramiento á la Secretaría de Estado. La nostalgia del poder, apoyada luego por los éxitos alcanzados en la campaña de Portugal, llevó de nuevo á Godoy á gozar de las delicias del que le habían privado, la opinión, en alguna parte, y los desdenes de su protectora, que supo con mil humillaciones cambiar en arrebatos aún más calurosos que los de antes, tan permanentes ya que no cesaron

hasta la total ruina de todos, los favorecedores, el favorecido y sus enemigos.

Si la opinión era ya desfavorable á Godoy y no se había calmado con su apartamiento del poder, que, á decir verdad, nadie tenía por absoluto, su administración posterior no fué lo hábil que le era necesaria para rehabilitarse en el concepto público, ni dentro ni fuera de España. El título de Generalísimo de las fuerzas de mar y tierra con atribuciones y distintivos nunca hasta entonces concedidos; las bodas del Príncipe de Asturias y de la Infanta Isabel, y la pacificación del reino de Valencia por su influjo, aunque no dejando en su puesto la autoridad del Rey, ni menos la del Gobierno, revelaron la fuerza con que volvía al de la nación española el hombre que á tal abismo la había hecho descender. Pero si faltaba algo para hacer irremediable tal, tan rápida y decisiva decadencia, á que no contribuyó poco la inquietud que fué iniciándose en los pueblos de la Península con motivo del hambre y la pérdida de grandes intereses particulares, se pudo ver al ponerse ya de manifiesto la discordia en la Casa Real, promovida por la inteligencia sospechada de Godoy y la Reina para desheredar al Príncipe de Asturias y la conducta imprudente á veces de los que á éste aconsejaban. Desde el casamiento de D. Fernando con María-Antonia se hizo observar esa discordia entre los dos cuartos de Palacio, formándose de ahí dos partidos que, para mejor combatirse se hicieron políticos, afecto el de Godoy á la alianza francesa y trabajando el del Príncipe por el triunfo de la Gran Bretaña. Esa política funesta, de división, de intereses y ambiciones, inconciliables también, fue embrollándose después con la volubilidad y los desaciertos del Favorito y los cambios que imponía á don Fernando el empeño de siempre tomar rumbos opuestos á los seguidos por su enemigo; y se ofrecieron ocasiones y llegaron momentos en que no era dable distinguir cuál de los partidos podría ser el más útil á la patria.

No era, con efecto, fácil apreciar cuál debería ser esa conducta; en tal caos habían logrado envolver á España las tiranías de Francia, las de Napoleón, sobre todo, durante el Imperio, y las no menos duras y procaces imposiciones del gobierno inglés.

Carlos IV, no pudiendo en los primeros años de su reinado desprenderse del amor, tradicional en la familia, á sus mayores de la casa de Francia, ni de los respetos que le merecía tamaña catástrofe como la del virtuoso Luis XVI, rompió con la Revolución que no había logrado su gobierno ablandar ni corromper. Es verdad que, al dejarse llevar de sus afecciones de familia y de su dignidad de soberano, de que también era extremadamente celoso, obedecía, según se ha dicho, al sentimiento general de la nación, indignada de los atropellos cometidos por los revolucionarios en los objetos más caros á los españoles, la religión, el trono y el decoro del país, rebajado con no atenderse sus humanitarias aspiraciones en aquella asamblea que no se hartaba nunca de la sangre más pura y generosa de la Francia.

La guerra, generalmente llamada de la República, afortunada en su primera campaña, la de 1793, y sumamente honrosa para sus caudillos, D. Antonio Ricardos y don Ventura Caro, acabó malamente para las armas españolas, á pesar de las brillantes acciones del Pontós y de Ollaregui. Y es que los primeros entusiasmos, inspirados por los sentimientos que hemos hecho ver dominaban en los españoles, fueron apagándose al compás mismo que las torpezas de nuestro gobierno esterilizaban los esfuerzos hechos por la nación. Si en el Rosellón tenía que causar tal efecto la muerte del vencedor de Mas-Deu y Trouillas, de que nadie tenía que acusarse, en Guipúzcoa y Navarra no se estimularon el talento y patriotismo de quien con tanta energía y habilidad había llenado su misión. No hubo después acierto en la elección de sus sucesores, ni se procuró mantener en los pueblos invadidos por el enemigo el espíritu gallardo que habían re-

velado antes para defender la independencia y la incolumidad de sus solares. Así, la paz de Basilea, buscada tan torpe como ahincadamente por el que, puede decirse, regía sólo él los destinos de la nación, fué tan tristemente recibida por la opinión, burlada para aumentar los títulos de un favorito con el de un Principado, que dispertaría otro género de rencores, muy transcendentales para el porvenir de España.

Y entonces se verifica en el gobierno español un cambio de ideas diametralmente opuestas á las que habían inspirado su conducta anterior. A la torpeza, tan altamente censurada por el conde de Aranda, por emprenderse la guerra con la República francesa para vengar tanta y tanta ofensa como las inferidas á nuestro Monarca y á nuestros pueblos en sus sentimientos é intereses, sucede la también anatematizada por el insigne general y diplomático aragonés de asociarse á la nación que se acababa de combatir rudamente con una alianza, tan funesta, si no más, con ella. «Para obtener á Gibraltar, se dice á nuestro representante en París, es indispensable hacer la guerra, y para declararla, muy necesaria la alianza con la Francia.» Y ese mismo Godoy, que creía necesaria la paz con Francia por falta de medios para impedir la invasión de nuestras provincias centrales, se atreve á pregonar la facilidad de dar á Inglaterra un golpe decisivo, pues que contaba con poder para inclinar el platillo hacia España y su nueva aliada en la balanza de los destinos de Europa.

De ahí el manifiesto de 5 de Octubre de 1796 contra Inglaterra y la fracasada combinación de las escuadras de las Antillas, de Tolón y Cádiz, para, mientras la de Brest se apoderaba de Irlanda, unirse las demás en la isla de Francia y atacar después las posesiones británicas de la India. Los ingleses, por el contrario, batieron nuestra escuadra en el cabo de San Vicente el 14 de Febrero de 1797, atacaron algunas de nuestras colonias ultramarinas, á Cádiz y las Canarias, y si salieron escarmentados en varias de esas expe-

diciones, fué á costa de grandes sacrificios y de la ruina de nuestro erario. Lo hemos dicho: «Cinco empréstitos iban hechos en el reinado de Carlos IV hasta la fecha en que llevamos la narración presente, importando hasta cerca de un centenar de millones de pesos; se habían recibido cuantiosos donativos para los gastos de la guerra con Francia, en dinero y en especies, y, sin embargo, no tenía el Gobierno recursos con que organizar los nuevos, urgentes y costosísimos servicios que exigía una lucha para cuyo sostenimiento lo primero y lo último, lo más esencial, era el dinero.»

Los triunfos de Bonaparte ofrecerían á Francia mucha gloria y grandes ventajas en la Europa continental, un influjo incontrarrestable en ella; pero España no sacó de tan esplendorosas victorias de nuestra aliada sino los desaires inferidos al marqués del Campo y al conde de Cabarrús negándoles su intervención en los Congresos de Udina, Berna, Lila y Rastadt. No cesaban por eso los compromisos de nuestra alianza, y con los adquiridos por Godoy y los no rechazados por el ministerio Saavedra, resultó España un satélite más de los que giraban en derredor del astro soberano, radiante de luz, de gloria y de la majestad que necesariamente habrían de prestarle expedición tan extraordinaria como la de Egipto, campaña tan hábil y ejecutiva como la de Marengo y acto tan atrevido y afortunado como el del 18 Brumario. Si desde su alianza con la República francesa, España, según Rosseeuw Saint-Hilaire, había dejado de pertenecerse á sí misma, ¿qué habría de sucederle con Napoleón, primero como Cónsul y como Emperador después? Pasaría á ser un vasallo más del *grande hombre*.

Carlos IV se mostraba, sin embargo, satisfecho y cuando menos resignado con ese vasallaje, ya que, á pesar de los disgustos y las vergüenzas que debía producirle la conducta de Napoleón con sus parientes de Italia y con el Papa Pío VI, especialmente, por quien tanta veneración sentía, tuvo la inmensa satisfacción de ver á su hija María Luisa

Reina, obsequiada en París y hecha en Etruria una excepción, que le halagó extraordinariamente, en el sistema político de aquella Península. Con esa y con otras deferencias que le prodigaba Napoleón, á quien, según su sistema geográfico-continental, convenía tener á España uncida á su carro, siempre triunfal hasta entonces; con la campaña fácilmente ejecutada en el vecino Reino portugués, que le hacía confiar en la habilidad de su Favorito, lo mismo para las operaciones de la guerra que para las diplomáticas, tan felices también en los tratados de Badajoz y Madrid, Carlos IV creyó adquirir la independencia de tantos años atrás perdida y mantenerse neutral en la nueva lucha de Francia con Inglaterra, al rasgarse, por culpa de las dos, el tratado de Amiens. Y el secreto de *Neutralidad* celebrado con Francia, que aquí se tomó por un rasgo de suma habilidad, resultó el más vergonzoso de cuantos constituyen la política española de aquellos tiempos de abyección y ruina.

No se contaba con la aparición en el Reino Unido de un *Napoleón inglés*, más astuto que el francés, tan soberbio como éste y tan violento ó más quizá en sus determinaciones, mezcla de raposo y león, que habría de ser rival victorioso del que, en su inmenso orgullo, ni aun á sospecharlo se rebajaba. La presa de nuestras cuatro fragatas en el cabo de Santa María, fué la señal de que el tratado de *Neutralidad*, ni era secreto para los ingleses, ni les satisfacía; que la guerra era inevitable y que la independencia con que contaban Carlos IV y Godoy no era sino un sueño y su pensamiento no era ni revelaba otra cosa que una nueva torpeza que habría de costarnos cara. Así lo demostraron con terrorífica elocuencia Finisterre y Trafalgar, la ruina de nuestro poderío marítimo, la incomunicación absoluta con las colonias, único recurso que ya quedaba para subvenir á los inmensos gastos que tantas calamidades producían en el gobierno de la Península, y la inevitable necesidad de seguir uncidos á ese carro que tan odioso se iba haciendo á los más

previsores de nuestros compatriotas. Si alguna vez se hizo también pesado para el que regía los destinos de España, fué para, como en Octubre de 1806, haber, lleno de miedo y de vergüenza, de arrepentirse y exponer á la nación á uno ya no aparente, como hasta entonces, sino efectivo, humillante y bárbaro vasallaje, del que no saldría más que á fuerza de sacrificios de que sólo algún espíritu privilegiado la pudo creer capaz.

La suerte de nuestro gobierno, la de la dinastía misma y la de los pueblos que en ella confiaban, aun viéndola en tal peligro, vilipendiada é indefensa, quedó desde entonces al arbitrio de quien nada respetaba, servicios, derechos ni consideraciones de género alguno si no era en provecho, siquier momentáneo, de sus proyectos de dominación universal; y, ya se ha visto, aquel gobierno, la dinastía que á él se había entregado y los pueblos engañados en sus esperanzas, perdieron todo carácter de la sabiduría, dignidad é independencia necesarias para su existencia política.

Estos fueron los frutos de la política internacional, que no el gobierno, en su colectividad considerado, ni el Rey, sumido en la ignorancia de sus más elementales deberes, ni los pueblos de España, sin las iniciativas de una opinión en todos tiempos y ocasiones necesarias, sino Godoy, el que asumía los poderes y fuerza del gobierno, del Rey y de la nación en su conjunto, ejerció en los veinte años del reinado de su protector, de su *ídolo*, como, repetimos, se atreve á llamarle en sus Memorias.

La política española de aquellos tiempos en las colonias tenía que adolecer de las mismas debilidades é inepcias, causa de la decadencia en que apareció España en aquel triste reinado. En los principios de éste, el prestigio, aún subsistente del gobierno anterior, y las hábiles gestiones de Floridablanca sacaron á salvo la legítima ocupación de la bahía de Nootka con todas sus consecuencias como establecimiento colonial. La alianza, después, con Inglate- La colonial.

rra durante la guerra con la República francesa, permitió que nuestras colonias de América y Oceanía gozasen de los beneficios de la paz y pudieran ayudar á la metrópoli en sus compromisos financieros con los recursos, nunca escatimados, que las era dable reunir y facilitar. La cesión, con todo, de la parte española de Santo Domingo á Francia, despertó en los ingleses recelos de que la República aspiraba á nuevas empresas en el mar de las Antillas; pero aun con intenciones de estorbar la ocupación francesa en aquella isla, dejó á la oposición de los naturales y al clima mortífero, reinante allí, la tarea de inutilizar las consecuencias en esa parte del tratado de Basilea.

Pero nuestra política internacional, si no acertada en Europa, puso también las colonias en el mayor peligro; porque Inglaterra, soberana en los mares, atacó á varias de ellas, que si lograron resistir, gracias al patriotismo de sus habitantes y á su lealtad, los asaltos de la fuerza, no del todo los de las ideas de emancipación con que á la vez se las había intentado separar de su metrópoli. Afortunadamente, y eso se debe á la previsión de Godoy, espontánea ó dispertada en él, hallábanse en general apercibidas para su defensa, y si se exceptúa la Trinidad de Barlovento, entregada por sus colonos, las demás invadidas, Caracas, Guatemala y Puerto Rico, rechazaron gallardamente á los ingleses, que recibieron igual escarmiento en Cádiz y Tenerife al querer sacar el fruto á que aspiraban de su victoria en el cabo de San Vicente. Poníase con todo eso de manifiesto el riesgo que corrían nuestras posesiones de Ultramar, y aun cuando se creyó poderlo conjurar atacando á Inglaterra en su seno mismo para así distraerla de sus empresas marítimas, ni Napoleón tuvo por practicable una idea que aun en época más desahogada se dudó que abrigara formalmente, ni otra nación que la española hizo esfuerzo alguno para realizarla. Napoleón pensaba en la expedición á Egipto; Holanda se hallaba desarmada desde su descalabro naval en

Texel, y la escuadra de Mazarredo hubo de volverse á Cádiz, su anterior fondeadero.

Los ingleses, así, sin abandonar sus intereses del Mediterráneo, intentaron nuestro completo desarme en el Océano apresando los buques surtos en el Ferrol y Cádiz; y aun cuando burlados de nuevo, bien claro pudo verse que teníamos perdida toda comunicación con las colonias ínterin no se reanudasen nuestras antiguas relaciones pacíficas con la Gran Bretaña. Tan convencido estaba de eso el gobierno español, que no hizo reparo alguno para la retrocesión de la Luisiana á Francia, aunque sin la facultad de venderla, como después se hizo por Napoleón, Emperador ya y sin freno alguno para sus antojos y arbitrariedades. Ni aun la ejecución del vasto plan marítimo, ideado por el Primer Cónsul, más que en provecho de España, para sacar de Egipto las tropas que allí había dejado abandonadas á su buena ó mala suerte, hubiera bastado para romper el bloqueo de nuestras colonias. Abortada aquella fantástica empresa, fué necesario que el tratado de Amiens permitiera reanudar las anteriores relaciones de gobierno y comercio con las posesiones que nos pertenecían en Ultramar, tantos años hacía interrumpidas.

Nuestras colonias se habían mantenido, durante la larga lucha que las tuvo incomunicadas con la Península, observando el régimen legal y consuetudinario de los tiempos anteriores, envidiado de las demás naciones, que veían, no sólo la felicidad de que tan magníficos territorios gozaban, sino que la adhesión también y la lealtad que demostraban á su vieja metrópoli, incansable en darles pruebas de maternal protección. Las leyes de la colonización española pasan con justicia por las más suaves y humanitarias; nuestras costumbres admiran por el carácter de familiaridad que entrañan, por el de asimilación que todo el mundo reconoce en ellas desde la más remota antigüedad, y la autoridad en ninguna otra parte se ha hecho sentir menos para ser res-

petada y obedecida. Poco es, así, lo que los gobiernos de Carlos IV tuvieron que hacer en América y en las islas Filipinas para seguir manteniendo á su devoción tan preciadas posesiones, si trabajadas para que intentasen su emancipación, leales hasta entonces y convencidas de que, al conseguirla, no les cabría aún mejorar de suerte. Tan arraigado se hallaba en sus habitantes el amor á España, que no había cesado de darles, con su apoyo contra todo género de enemigos, los elementos de cultura propios para elevar sus respectivos países á la altura de varios de la vieja Europa.

Pero desde la bárbara hazaña del cabo de Santa María y la declaración de guerra de nuestro gobierno en Diciembre de 1804, pudo darse por perdida de nuevo toda comunicación con las Indias españolas, de las que si se recibieron á veces noticias, y en muy rara algún auxilio pecuniario, fué por el valor extraordinario y la pericia de marinos ilustres que, como el heroico Alcalá Galiano, supieron burlar la vigilancia de los cruceros ingleses. La Gran Bretaña, no satisfecha con tales tropelías, se propuso cometerlas mayores, más transcendentales, contra España, creyendo atraerla por el terror á sus intereses, y, según tenemos dicho, acometió la empresa de arrebatarnos algunas de nuestras más florecientes colonias de la América austral, cuyos moradores, entregados á sus solas y escasas fuerzas, lograron rechazarla repetidas veces, cubriéndose de gloria y poniendo de manifiesto, con lo acrisolado de su lealtad, las excelencias de la administración española en ellas. Necesitaban sufrir pruebas de otro género, más rudas todavía y decisivas para que olvidasen lazos tan estrechos como los que les ligaban á la metrópoli, para que se resolvieran á romperlos para siempre.

Godoy querría, así nos complacemos en pensarlo, evitar calamidad cual la de nuestra incomunicación con las colonias, y á eso quizá obedeciera principalmente su Manifiesto de Octubre de 1806; pero su merecido fracaso en ocasión tan mal elegida, el miedo luego á sus lógicas consecuencias,

y, al perderlo, la esperanza con que se le engañó en el tratado de Fontainebleau, le llevaron á olvidar cuanto pudiera corresponder á nuestra hasta entonces interesante política colonial.

El ejército.

La general de España tuvo, pues, que reducirse á la del continente europeo en que se disputaba una supremacía que no habría de correspondernos en los destinos del mundo. Para tener alguna influencia en el continente, lo que más había de convenir era el establecimiento de un estado militar respetable, tan bien organizado como numeroso y provisto de excelente material de guerra. Se necesitaría, en una palabra, un buen ejército. No tenía el rey Carlos III grandes condiciones militares, aun habiendo podido conocer por sí mismo esa necesidad al combatir en Italia en la dilatada lucha que le había valido el reino de Nápoles. Sin embargo, durante su reinado en España, la guerra con la Gran Bretaña y particularmente las jornadas de Argel, Mahón y Gibraltar le habían obligado á mantener un cuerpo de tropas que pudiera ocurrir á tan importantes expediciones, y, aun pasadas aquellas críticas circunstancias, sólo una de felices consecuencias, á la por entonces apremiante necesidad de rechazar los ataques con que no cesaban de amenazar las naves británicas y sus tropas de desmbarco. Así es que al al morir Carlos III había en España una fuerza total de 130.000 hombres en las tres instituciones que la constituían, el ejército permanente, las milicias provinciales y las urbanas. Su organización se había considerablemente mejorado por la iniciativa de generales que, como O'Reilly, el conde de Gazola y otros, habían estudiado las muy hábiles de los países más adelantados en el arte de la guerra y aun ejercitado sus talentos y valor en las campañas que tenían lugar por aquellos días en Rusia y el Imperio otomano. Carlos IV desde los primeros años de su reinado comprendió la necesidad del aumento de su ejército y de levantar, como el número, la organización de los cuerpos que lo componían á la

altura á que había llegado entre sus más probables y regularmente primeros enemigos, los franceses, que en sus delirios revolucionarios veían que iba á echárseles encima toda Europa y procuraban reorganizar lo mejor posible sus recursos militares para resistirla con fortuna. No eran los mejores maestros en los comienzos de la Revolución en que desertando de Francia la nobleza, que componía la mejor y mayor parte de la oficialidad, había dejado los cuerpos muy desorganizados y faltos de aquel espíritu militar que tanto brillaba en el ejército de la monarquía; pero aun así y padeciendo del cáncer destructor del *voluntarismo*, obtuvieron los ejércitos de la República con su entusiasmo por las ideas nuevas y la aparición de generales que la guerra sacó hasta de entre las más bajas esferas de la sociedad, una fuerza que á veces se creyó deber también buscar en la imitación de sus métodos y procedimientos.

Reorganizóse en 1791 la infantería particularmente, nervio siempre de los ejércitos, formando los regimientos de tres batallones, de ellos dos de campaña y uno de depósito, y se atendió al mejoramiento de otros institutos cuya fuerza se aumentó también según se veía arreciar el temporal en las fronteras de la vecina República. Estalló por fin el huracán, y sin haber terminado las reformas proyectadas y sin haberse siquiera preparado medianamente á resistirlo, se acometió una acción que sólo la buena elección de los generales que la iban á dirigir pudo realizar con un brillo para las armas españolas que sorprendió al mundo. Aquella guerra, feliz en un principio, mientras la dirigieron Ricardos y Caro, desgraciada al morir aquél y dejar su mando el segundo, no sirvió de lección hasta que la campaña de Portugal en 1801 hizo pensar que en una época en que toda Europa estaba en armas, se destruían nacionalidades, rodaban tronos y se iba creando un imperio cuyos destinos se fundarían en esa misma fuerza de las armas, era urgente atender al aumento y la disciplina de las españolas. ¡Cuál

sería el estado militar de España en aquella campaña para que Napoleón se admirara de que se hubieran reunido 40.000 hombres para ella!

Mejoróse indudablemente desde entonces, esmerándose Godoy, hay que decirlo, en organizar los diversos institutos del ejército, disminuyendo en su número las tropas de la guardia Real, pero aumentando las de infantería y caballería y dando á las armas especiales, la artillería y los ingenieros, una nueva organización en que entraron la novísima de la artillería á caballo y la amalgama de los zapadores minadores con los ingenieros. Dió también ordenanzas, reglamentos é instrucciones particulares á cada cuerpo, tan acertadas, en general, que no hace mucho tiempo estaban todavía en vigor con aplauso de todos.

Pero no bien pudo observarse ese mejoramiento de los servicios militares en nuestro país, Napoleón comenzó á minarlo, y primero adhiriéndose, si no provocándola, á la idea de convenir al decoro de los Reyes de Etruria la existencia allí de tropas españolas, luego pretextando la necesidad de reforzar sus ejércitos en el Norte de Europa y con motivo, por fin, de la invasión combinada de Portugal en 1807, nuestro ejército se desmembró de un modo alarmante para otros cualesquiera que no fuesen Carlos IV y Godoy, quedando reducido el del interior de España en más de 50.000 hombres de todas armas. Si á eso se añade la pérdida para nosotros de las fortalezas de la frontera francesa, á que tantas veces hemos aludido en algunos capítulos de esta obra, quedará probado cuán pobre y lastimoso era el estado en que el gobierno de Carlos IV dejó á España en cuanto á medios para su defensa. Escritores que, alguno al menos, le ayudarían en sus trabajos, han dicho después: «Propúsose varias veces al príncipe de la Paz el remedio de estos daños que tan caros costaban al Rey y á los pueblos, pero todos los proyectos se estrellaron contra los cálculos mezquinos de una funesta economía, y sobre todo,

contra la orgullosa ignorancia, para quien es más fácil condenar y desechar las innovaciones que examinarlas y aprenderlas.»

No es rigurosamente justo ese juicio, harto severo tratándose del único ramo quizás de la administración del Estado á que Godoy mostró siempre dedicar atención preferente. La política internacional le hizo apreciar erradamente la fuerza necesaria para influir en ella como á España convenía, pero es lo cierto que no fué por olvido de una institución como la militar que, como á su soberano y á la patria, le daría una importancia innegable en el concierto europeo, y sobre todo, en la opinión de sus conciudadanos. Al ceder Carlos IV á su hijo el trono y perder Godoy las riendas del gobierno en España, componíase el ejército activo de 87.201 infantes, 16.000 hombres de caballería con 10.900 caballos, inclusos en ambas armas 6.971 artilleros y 1.223 ingenieros. Las milicias provinciales contaban con 32.418 hombres y las urbanas y los inválidos con fuerza destinada á mantener el orden en las poblaciones, ni numerosa ni disciplinada. Si de esta fuerza, compuesta de tropas de muy distinto carácter, de tropas de la Casa Real, de la Guardia, extranjeras, walonas, suizas, irlandesas y aun italianas y españolas en su mayoría, se resta la destacada al Norte de Europa y después á Portugal, se comprende cuán debilitada quedaría al entrar en la Península las francesas de Junot, Dupont, Moncey, Bessiéres y, por fin, el Gran Duque de Berg, que muy pronto pudo considerarse, siendo tantas y tan expertas, dueño de los destinos que Napoleón tenía previstos y señalados á nuestra patria. La inicua trama urdida por el Emperador tenía, pues, por sustentáculos fuerzas más que sobradas para que no pudieran defenderse ni sustraerse de tan robusta malla las escasas y nada ejercitadas de España, huérfana, además, de quienes con su presencia y su acción pudieran inspirarlas entusiasmo, energías y la dirección conveniente, sus soberanos.

D. BUENAVENTURA MORENO

JEFE DE ESCUADRA DE LA REAL ARMADA

Carlos III había dejado á su hijo, ya lo hemos dicho, cerca de 70 navíos y más de 30 fragatas, con muchos, más de 150 buques de menor porte y lanchas. Ya hemos visto el estado lamentable en que al poco tiempo de subir al trono Carlos IV apareció nuestra armada, muy numerosa, es verdad, en cuanto á barcos, pero con pocas de las condiciones necesarias para medirse con las formidables escuadras de la Gran Bretaña, mucho mejor montadas, provistas y servidas. Si en lo de Nootka nuestro estado naval se mostró perfectamente, y es de suponer que impusiera, unido al de Francia, por lo rápido de su armamento y disposición de sus tripulaciones, consistió en que todavía subsistían los elementos con que Carlos III lo mantuvo para sostener la competencia con los más poderosos de Europa y disputarles, solo ó con aliados, la supremacía en los mares donde se alzaban nuestras vastísimas colonias. Pero no había transcurrido mucho tiempo cuando pudo observarse la decadencia de ese estado naval de España; y gracias á que Napoleón no cesaba de exigirnos fuerzas marítimas que luchasen al lado de las suyas, aún se practicaron en los arsenales nuestros armamentos que, de otro modo, no se hubieran hecho.

La Armada.

Dicen los autores de la Historia de la guerra contra Bonaparte: «Seis navíos dimos á la Francia por el tratado de San Ildefonso en 1800; cuatro habíamos perdido en el combate de San Vicente; tres fueron incendiados en la toma de la isla Trinidad; dos se volaron en el estrecho de Gibraltar; dos perdimos en Finisterre; cuatro fragatas nos apresaron los ingleses en 1804, antes de declararnos la guerra; y el combate de Trafalgar nos costó doce navíos.» Imposible reparar tal desastre. Así es que en 1808 la Armada española se encontraba reducida á 9 navíos armados y 8 desarmados, 5 fragatas y urcas armadas y 25 desarmadas, y 38 buques menores armados y 13 desarmados en el departamento de Cádiz; 6 y 3 navíos respectivamente, 10 y 11 fragatas ó

urcas y 30 y 5 buques menores en Ferrol; y 10 y 3 navíos, 5 y 10 fragatas y 17 y 6 buques menores en Cartagena. Además había en el segundo de estos arsenales 3 navíos, 1 fragata y 1 buque menor en grada. «En los anales de nuestra marina moderna, exclama uno que se llama *Patricio Victoriano* en su «Juicio crítico de la marina militar de España», no se registran sino infortunios. Todo el siglo de su duración es una serie apenas interrumpida de pérdidas y desastres para nuestras armas. Tardó en formarse cosa de noventa años y se aniquiló y desapareció totalmente en poco más de diez.»

Mucho habría que disertar sobre las causas de tal ruina, y mucho se ha escrito sobre ellas, aunque la mayor parte de los que lo han hecho las reducen generalmente á la expuesta por ese mismo historiador de nuestra marina, cuando dice: «Pero desde el advenimiento de Carlos IV al trono, gobernaba con absoluto poder la monarquía un favorito engreído y casquivano, que siendo guardia de Corps había soltado de repente las riendas del caballo para empuñar las del Estado. ¿Y cómo podría este mozo así transformado y traspuesto como por magia desde la caballería al bufete, sin instrucción ni experiencia, manejar los arduos negocios que en tan difícil situación presentaba la política de la Europa?»

No era, con efecto, fácil que el título de Almirante y el de Protector de tantos ramos de la prosperidad pública que tienen origen, crecimiento y fuerza en la de la marina militar de las naciones, dieran á Godoy las cualidades y condiciones que necesitaba la de España para mantenerse en el estado en que la dejó Carlos III.

No cabe en eso defenderle.

La Hacienda.

La Hacienda española comenzó á perder su equilibrio, en el que la había mantenido el gobierno de Floridablanca, con la guerra de la República. Tres años de lucha, de tan diversas y siempre costosas peripecias, tenía forzosamente que trastornar el nivel tan mutable de

la fortuna pública, á pesar de la abnegación extraordinariamente generosa que revelaron los pueblos de España. En 1796 existía, con efecto, en los balances de nuestra Hacienda un *déficit* de 1.200 millones de reales en números redondos, sin que bastaran para evitarlo los donativos á que acabamos de aludir, un empréstito de 40 millones de florines hecho en Holanda y varias contribuciones sobre el papel sellado, la sal, el tabaco, los sueldos de los empleados, las encomiendas de las órdenes militares, las rentas eclesiásticas, y otros arbitrios ya establecidos cuyo aumento se hizo preciso. Se acudió, además, á diferentes combinaciones de préstamos y empréstitos, cambios de valores antiguos, y á la creación, por fin, de tres series de vales reales en los tres años de la guerra y que produjeron la suma de más de 900 millones de reales. Como es de suponer, se trató de arbitrar la extinción de la deuda que todo eso representaba, y á tal punto se llevó el empeño de conseguirla, que hasta se pensó en la admisión de los judíos en España. Para justificar tal medida se condenaba la de su expulsión por contraria á los intereses del Estado y al espíritu de nuestra santa religión, según textos y observaciones que hizo en un escrito presentado al Rey su ministro de Hacienda D. Pedro Varela.

Terminada la guerra, se disminuyeron ó anularon varias de las cargas impuestas para hacerla, procurando á la vez aliviar la suerte de las clases menesterosas que tanto sufrían por disminución de recursos y la carestía en las cosas más necesarias para la vida. De seguir la paz celebrada en Basilea, el gobierno español hubiera quizás logrado salvar al país del estado precario en que se hallaba, pero la alianza con la República se lo agravó mucho más que la anterior guerra, privándole de los grandes recursos que proporcionaban nuestras colonias ultramarinas. Así pudo verse que durante el ministerio de Godoy y el siguiente de Saavedra, el déficit aumentó hasta tomar proporciones para aquel tiempo aterradoras.

Al llegar á ese punto D. Modesto Lafuente, que lo trata con extensión, dice: «La parte más aflictiva de la situación interior del reino en este período era el estado lastimoso del tesoro público, y la falta de un sistema administrativo, acertado y prudente, que pudiera, ya que no remediar del todo aquel mal, por lo menos aliviarle. Interrumpidas nuestras comunicaciones con los dominios de América, precisados á mantener en pie de guerra un ejército y una fuerza naval considerable, por espacio ya de muchos años, paralizado el comercio interior y exterior, nuestra alianza con la Repúblibica francesa y los compromisos y los gastos que de ella se derivaban nos empobrecían cada día más, y las medidas económicas que se dictaban para cubrir enormes atenciones ó eran inoportunas, ó ineficaces, ó irrealizables, y por huir de aumentar los impuestos, iba creciendo cada año el déficit, y al compás del déficit anual, crecían también anualmente las dificultades.»

Se trató seriamente de orillarlas, cuando no vencerlas; pero ni Saavedra ni D. Miguel Cayetano Soler, que le relevó en el ministerio de Hacienda, como Urquijo en el de Estado, obtuvieron resultado que pudiera satisfacerles. Nombraron juntas que hubieron luego de suprimir; sustituyeron organismos con otros que resultaron tan estériles como los anteriores, fijaron, en fin, presupuestos de ingresos que ni eran practicables, ni aun siéndolo, podían ocurrir á tantos gastos como producía la fatal política internacional en que imprudentemente nos habíamos comprometido. Las contribuciones directas é indirectas llegaron á un límite ahora comprensible, incomprensible entonces sin los organismos administrativos fiscales que se han creado y permiten nuestras nuevas instituciones; y las provincias, los pueblos, el ejército y las iglesias hubieron de sufrir del afán que en las esferas del poder existía para llegar á una nivelación imposible. Los empréstitos, más ó menos onerosos, tuvieron que suplir á todo, y ya hemos dicho que iban cinco á los po-

cos años de aquel reinado. Tal situación, el hambre, real ó ficticia, según también dijimos, y los contratos que pudiéramos llamar *napoleoninos*, pues que constan en los tratados que se habían celebrado con Napoleón, Cónsul y después Emperador, dejaron exaustos, no ya sólo el erario de España, sino que los de los pueblos, los de las corporaciones, incluso las religiosas, y hasta de los particulares á quienes se exigían la conversión de sus valores ó la venta de sus propiedades, aun la venta de sus alhajas y la plata de los templos. Dieron ejemplo de desprendimiento para objeto tan patriótico los Reyes, deshaciéndose de parte de sus consignaciones y de sus más lujosas preseas; pero nada bastaba, y en 1799 el déficit ascendía á más de mil doscientos millones, cantidad *asombrosa*, como dice un historiador, para aquellos tiempos.

Tal era el estado de la Hacienda española al terminar el siglo XVIII, estado cuya responsabilidad no era sólo del ministerio existente ni del anterior, sino que venía del tiempo de la guerra de la República, que tantos gnstos y sacrificios había exigido de todas las clases de la nación. Para entonces teníamos aún los recursos que nos proporcionaba América; pero en guerra con la Gran Bretaña, esos recursos puede decirse que eran nulos, ejerciendo las naves inglesas vigilancia suma para impedirlos, y llevando el rigor sus cruceros al punto de bloquear los puertos peninsulares, atacados y todo en su interior por la peste y la penuria más crueles.

Algún respiro dió la paz de Amiens abriendo la comunicación de las provincias de Ultramar, y con ella se consiguió amortizar una parte de la enorme deuda contraída anteriormente, si no en cuanto se deseaba por los gastos no pequeños también de la guerra de Portugal, mucho con medidas financieras acertadamente tomadas, según ya hemos expuesto anteriormente, para la redención de censos, el cambio de establecimiento de fonbos de depósito, creación de nuevos aranceles y otras varias legislativas que regulasen las ope-

raciones del tráfico. El establecimiento de las oficinas de Fomento, la estadística á que éstas atendieron, así en cuanto al personal y á la producción como al comercio, y sobre todo á la amortización de los vales reales, aun no pasando en 1803 de 250 millones; recursos, es verdad, que exigía la obligación impuesta á España de facilitar á Napoleón las sumas consignadas en los tratados ó estipuladas por evitar la entrega, que se hubiera hecho más costosa, de una parte considerable de nuestra armada al insaciable Emperador de los franceses.

Ya manifestamos los medios á que había sido necesario recurrir, y entre otros, á la intervención de la compañía Ouvrard, autor encargado en ella de las más vastas especulaciones rentísticas, elegido también, mimado, y por fin, recluso por Napoleón en Vincennes y Santa Pelagia. Entre esas especulaciones no había de faltar la que después quisieron explotar los ingleses en la guerra de la Independencia: la del tráfico de nuestra moneda de plata americana, que él procuró traer á Europa por holandeses, norteamericanos y hasta por los mismos comerciantes británicos consentidos por el ministro Pitt.

Si Ouvrard, y ya hemos citado sus habilidades puestas de manifiesto en sus Memorias, sirvió para producir algún alivio á nuestros pueblos afligidos del hambre, pronto se vió que no satisfaría á tantas otras necesidades de nuestros servicios administrativos, á que tampoco bastaban los de la caja de consolidación, y menos los ideados por el ministro Caballero, descontando los productos no sujetos al diezmo, los de las capellanías laicales, los de donaciones de la corona á manos muertos, y hasta los del vino que hubiera de consumirse en España. ¿Qué habían de bastar errores de tal magnitud anatematizados, y con razón, por Godoy? El ejército estaba sin pagar; nuestras naves combatían en el miserable estado que ya expusimos, y el pueblo gemía y protestaba de las calamidades que él en su particular idiosincrasia

atribuía siempre á los despilfarros de arriba y á la torpeza y las malversaciones de sus gobernantes.

Al atentado de las fragatas en el cabo de Santa María sucedió la guerra con la Gran Bretaña. La necesidad de tener unidas á las de Francia nuestras fuerzas navales y en las condiciones militares que exigía Napoleón; las expediciones de las tropas enviadas á Etruria y después al Norte de Europa, así como la de Portugal con el cuerpo de ejército de Junot, y antes y más que todo eso, la defensa de nuestros puertos y la de la inconmensurable línea de costas en las posesiones españolas de Ultramar, aumentaron los ahogos de la Hacienda que, agotadas las fuentes de la riqueza peninsular, hubo que recurrir á nuevos empréstitos con las casas de Ouvrard y Hoppe, también de Holanda, hasta el valor de 40 millones de florines, haciendo elevar nuestra deuda á la cantidad en vales de 1.900 millones, cuya renta anual ascendía á 75 millones, sin descontar, es verdad, 2.600 millones de la que procedía de los reinados de Felipe V y Carlos III. D. Modesto Lafuente, que en su Historia de España se ha esmerado en reunir cuantos datos le ha sido posible para exponer el estado de nuestra Hacienda en los tiempos á que nos estamos refiriendo, dice al terminar ese trabajo lo siguiente:

«Larga y por demás prolija tarea sería la de hacer la historia de estos y otros contratos que las necesidades y los compromisos políticos obligaron al gobierno de aquel tiempo á celebrar con aquellos (Ouvrad y Hoppe) y otros negociantes, y más larga todavía, y más complicada la de las reclamaciones, cargos, liquidaciones, reparos, protestas y gestiones de todas clases, que desde entonces se entablaron y han continuado hasta estos mismos días, entre los gobiernos español y francés, entre el tesoro de Francia, la caja de Consolidación de España, los contratistas Vaulemberghe y Ouvrard, las casas de Hoppe y compañía de Holanda, Desprez, Hogguer, David, Parich y todos los que como nego-

ciantes, asociados ó agentes en América y Europa en tales contratos intervinieron, y cuyas embrolladas liquidaciones han producido transacciones y convenios internacionales, leyes de Cortes y reales decretos, elevando, ó convirtiendo, ó determinando obligaciones que aún no se pueden dar por terminadas. De onerosas para España han sido calificadas las condiciones, especialmente de algunos de aquellos contratos, pero la nación por un concurso de causas anteriores y de actualidad no se hallaba en disposición de imponer las más ventajosas á los que pudieran suministrarles fondo para sus urgentes necesidades.»

«Así fué que á pesar de los cuantiosos fondos que en este reinado se aplicaron á la amortización de la deuda, solo pudieron extinguirse unos 400.000.000 de reales, del inmenso capital de 1.760.000.000 á que próximamente ascendía el importe de los doscientos cuarenta y tres mil doscientos cincuenta y cinco vales que en diferentes épocas se emitieron, y al tiempo de la abdicación de Carlos IV la nación se halló con una deuda en vales representada por la suma de cerca de 1.900.000.000, que gravaban al erario con 75.000.000 de rédito anual. Y no obstante los arbitrios y las trazas de los cinco ministros que estuvieron encargados de la Hacienda, trazas á que los obligaba también el empeño sistemático de Carlos IV de no imponer nuevos tributos, el total de la deuda de España ascendió á 7.204.256.837 reales, y su rédito anual subía á 207.943.473 reales.»

Godoy en sus Memorias se detiene también en enumerar las fases diversas que ofreció la Hacienda española durante su administración, principalmente para eludir la responsabilidad que la historia pudiera exigirle en el manejo de tan arduos trabajos como encerraba. No le haremos la injusticia de atribuírsela entera, que bien sabemos que su educación, su carrera y las circunstancias complicadísimas en que se vió, no eran para considerarle por sí solo capaz de atender á suplir á tales faltas ni superar con éxito obstáculos tan

poderosos y tan influyentes en la fortuna de una nación.

¿Qué había de suceder en los demás ramos de la riqueza nacional?

La agricultura.

D. José Canga Argüelles, ministro de Hacienda en 1811, dirigía á las Cortes en su Memoria oficial estas frases inspiradas en la triste situación de España durante la época que estamos historiando: «Efecto inevitable de este lastimoso trastorno es la cortedad de las cosechas de granos, que nos hace tributarios de los extranjeros, el atraso de la de caldos, de la cual no sacamos las ventajas que su calidad y abundancia nos ofrecen por falta de fondos y de luces; la escasez de carnes en medio del espíritu pecuario de nuestra legislación, que priva á la agricultura de los mejores terrenos, y hace al hombre esclavo de las bestias, y la ruina de las cosechas de lino, de cáñamo y de seda por la ceguedad de los reglamentos fiscales, y por las medidas con que se ha procurado surtir los arsenales á costa del labrador.»

La balanza, con efecto, del año de 1792, esto es, anterior á la guerra de la República, primera en la interminable serie de las que hubo de sostener España en el reinado de Carlos IV, revela ya la decadencia de la agricultura, de que ofreció pronto un signo bien significativo la del comercio, aun sosteniéndose entonces el de nuestras posesiones ultramarinas. Se ha exagerado la riqueza de nuestro suelo peninsular, admirable en el litoral del Mediterráneo, mediana en el del Océano y escasa en las regiones centrales. Lo montuoso del recinto en que se hallan éstas enclavadas, y lo exiguo y encajonado de las corrientes de agua que las surcan, ni capaces de regar tan vastos territorios, ni fáciles de desangrar para el riego, hacen la elevada y desnuda meseta central tan impropia para una cultura variada, como espléndida y rica es la de las costas, objeto de los más calurosos y hasta exagerados elogios de los antiguos geógrafos é historiadores griegos y romanos. La estadística, con eso, y se hicieron en 1792, 1797,

ciantes, asociados ó agentes en América y Europa en tales contratos intervinieron, y cuyas embrolladas liquidaciones han producido transacciones y convenios internacionales, leyes de Cortes y reales decretos, elevando, ó convirtiendo, ó determinando obligaciones que aún no se pueden dar por terminadas. De onerosas para España han sido calificadas las condiciones, especialmente de algunos de aquellos contratos, pero la nación por un concurso de causas anteriores y de actualidad no se hallaba en disposición de imponer las más ventajosas á los que pudieran suministrarles fondo para sus urgentes necesidades.»

«Así fué que á pesar de los cuantiosos fondos que en este reinado se aplicaron á la amortización de la deuda, solo pudieron extinguirse unos 400.000.000 de reales, del inmenso capital de 1.760.000.000 á que próximamente ascendía el importe de los doscientos cuarenta y tres mil doscientos cincuenta y cinco vales que en diferentes épocas se emitieron, y al tiempo de la abdicación de Carlos IV la nación se halló con una deuda en vales representada por la suma de cerca de 1.900.000.000, que gravaban al erario con 75.000.000 de rédito anual. Y no obstante los arbitrios y las trazas de los cinco ministros que estuvieron encargados de la Hacienda, trazas á que los obligaba también el empeño sistemático de Carlos IV de no imponer nuevos tributos, el total de la deuda de España ascendió á 7.204.256.837 reales, y su rédito anual subía á 207.943.473 reales.»

Godoy en sus Memorias se detiene también en enumerar las fases diversas que ofreció la Hacienda española durante su administración, principalmente para eludir la responsabilidad que la historia pudiera exigirle en el manejo de tan arduos trabajos como encerraba. No le haremos la injusticia de atribuírsela entera, que bien sabemos que su educación, su carrera y las circunstancias complicadísimas en que se vió, no eran para considerarle por sí solo capaz de atender á suplir á tales faltas ni superar con éxito obstáculos tan

poderosos y tan influyentes en la fortuna de una nación.

¿Qué había de suceder en los demás ramos de la riqueza nacional?

La agricultura.

D. José Canga Argüelles, ministro de Hacienda en 1811, dirigía á las Cortes en su Memoria oficial estas frases inspiradas en la triste situación de España durante la época que estamos historiando: «Efecto inevitable de este lastimoso trastorno es la cortedad de las cosechas de granos, que nos hace tributarios de los extranjeros, el atraso de la de caldos, de la cual no sacamos las ventajas que su calidad y abundancia nos ofrecen por falta de fondos y de luces; la escasez de carnes en medio del espíritu pecuario de nuestra legislación, que priva á la agricultura de los mejores terrenos, y hace al hombre esclavo de las bestias, y la ruina de las cosechas de lino, de cáñamo y de seda por la ceguedad de los reglamentos fiscales, y por las medidas con que se ha procurado surtir los arsenales á costa del labrador.»

La balanza, con efecto, del año de 1792, esto es, anterior á la guerra de la República, primera en la interminable serie de las que hubo de sostener España en el reinado de Carlos IV, revela ya la decadencia de la agricultura, de que ofreció pronto un signo bien significativo la del comercio, aun sosteniéndose entonces el de nuestras posesiones ultramarinas. Se ha exagerado la riqueza de nuestro suelo peninsular, admirable en el litoral del Mediterráneo, mediana en el del Océano y escasa en las regiones centrales. Lo montuoso del recinto en que se hallan éstas enclavadas, y lo exiguo y encajonado de las corrientes de agua que las surcan, ni capaces de regar tan vastos territorios, ni fáciles de desangrar para el riego, hacen la elevada y desnuda meseta central tan impropia para una cultura variada, como espléndida y rica es la de las costas, objeto de los más calurosos y hasta exagerados elogios de los antiguos geógrafos é historiadores griegos y romanos. La estadística, con eso, y se hicieron en 1792, 1797,

1802 y 1807, daba al fin del reinado de Carlos IV, como producto de la agricultura, el de 5.144 millones de reales en números redondos; 3.515 del reino vegetal, 1.620 del animal y más de 8 del mineral, resultando en los cereales un déficit importante. Tan importante, decimos, en ramo tan esencial, que ya hemos visto cómo, por efecto de ese déficit, de las guerras que estorbaban su saldo y la ineptitud de nuestros gobernantes sobrevino el hambre en muchas provincias y luego su compañera inseparable, la peste. La escasez de las cosechas en algunas; la falta de comunicaciones y dificultad consiguiente de los transportes, y el contrabando, que no abandona sus intereses ni ante el espectáculo de la miseria y de la muerte, produjeron un estado tan miserable y precario, que fué preciso acudir, como se hizo, á las considerables importaciones que ya recordamos al tratar de las negociaciones de nuestro Gobierno con la casa Ouvrard y Compañía. Eso hace exclamar á un historiador: «Nuestras producciones minerales, vegetales y animales, son preciosas y abundantes. Nuestros granos, vinos y aceites, nuestras lanas y sedas son de lo más exquisito de Europa; el azafrán, el esparto, el azúcar, la barrilla, la rubia, el corcho y los dátiles son productos casi exclusivos de nuestras posesiones, y á pesar de estos manantiales copiosos de riqueza, era tal la escasez del cultivo, la falta de estímulo y la nulidad de nuestra industria, que en 1808 teníamos casi en todos los ramos la balanza contra nosotros.» Habíanse echado en olvido leyes sabias que en épocas anteriores habían evitado desastres semejantes, poniendo al cultivador de la riqueza agrícola á salvo de los despojos y vejaciones de que después se le ha hecho objeto, aun rigiendo en aquéllas como soberanas las instituciones nobiliarias, guerreras y eclesiásticas, que ante el brillo de la Corte, de las Armas y de la Iglesia, parecía que hubieran de despreciar las clases inferiores del campo y de la plebe.

Pero á Carlos IV y á sus gobiernos hay que dispensar no

pocos de los errores que cometieran en la administración de los intereses materiales de nuestra patria en su tiempo; tan duras, tan apremiantes se les presentaron las circunstancias, mejor que fortuitas, provocadas por la lucha inacabable entre dos naciones que al chocarse no irían á respetar la neutralidad ni aun la independencia de la que, mediando en sus rivalidades, pudiera inclinar la balanza en favor de una de ellas. Los males que sufrió entonces España tan eran ocasionados por la mentida amistad de Francia como por la rencorosa envidia y el altanero, tiránico porte de Inglaterra; que aquélla con sus exigencias y ésta con la guerra hacían imposible el libre ejercicio de la soberanía en el rey de España, y el de su trabajo y de la industria en sus súbditos para el aprovechamiento de la riqueza natural de su territorio.

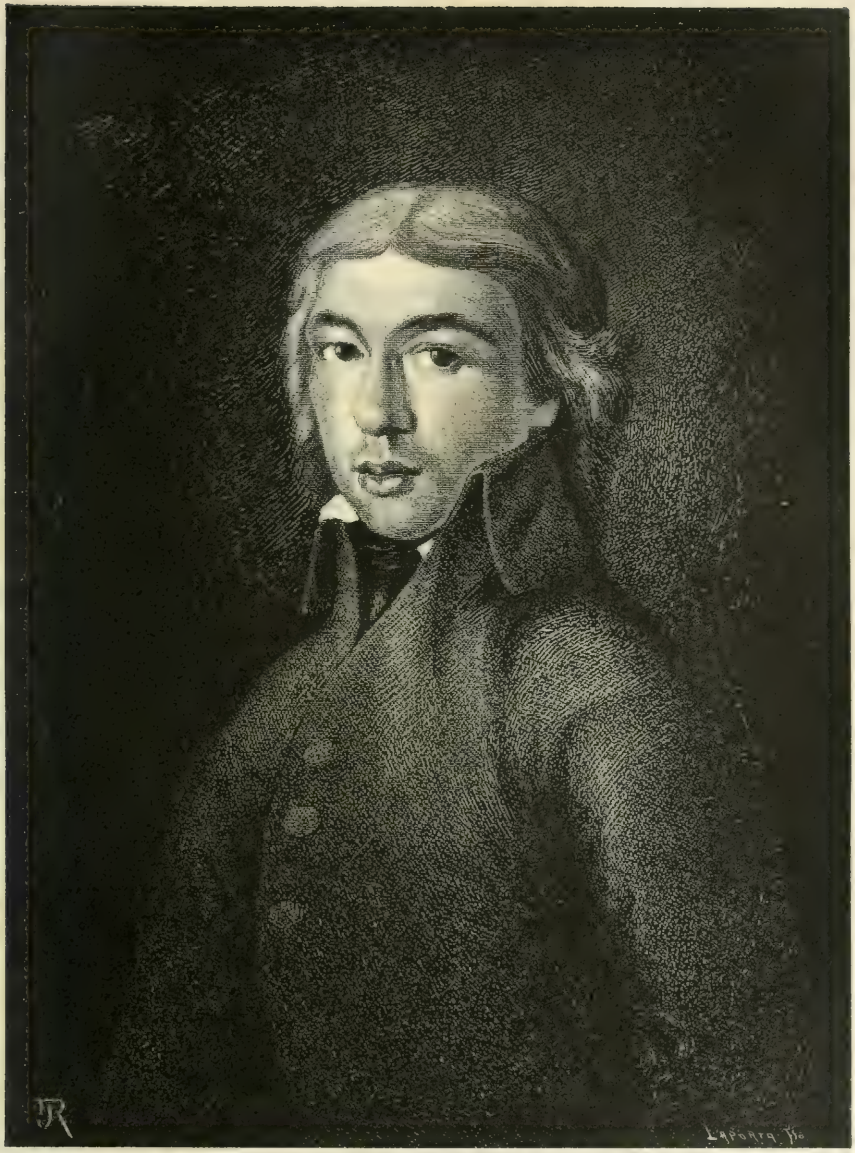
La industria.

Con la decadencia de la agricultura tenía que venir la de la industria, cuyas primeras materias arrancan principalmente de aquélla. Sevilla, Granada, Ocaña, Avila y otras poblaciones fabriles habían perdido los antiguos frutos de su industria que tal fama las había dado y tanta gente mantenían en sus recintos. Ahora en todas esas partes reinaba casi soberano el silencio de la inacción. Con decir que en el balance de 1786 á 1796 las pérdidas en el comercio con el resto de Europa ascendieron á más de 343 millones, y con América á cerca de 200, se comprenderá los efectos que en esos diez años, ocho del reinado de Carlos IV, produjeron su administración y la guerra de la República. Y no es que dejara de pensarse en ello, que constan oficialmente los esfuerzos hechos para contrarrestar sus efectos estimulando la fabricación de paños, algodones, sedería, cristales y loza fina, no; pero las medidas tomadas para contener esa terrible decadencia de nuestra industria, revelaban falta de previsión y de cálculo, pequeñez de miras, dispersión de energías, incoherencia, torpeza, en fin, para remedio que tanto necesitaba de todas las fuerzas de la inte-

ligencia y de la voluntad en asuntos de tan vital interés.

La importación, así, superaba en mucho, no decimos á la exportación, que se redujo á una nulidad casi completa, sino á cuanto cabía produjese nuestra industria para el consumo del país; siendo introducidos en él por cuantos caminos facilita el tráfico legítimo y por los ocultos del contrabando, los objetos de lujo, las alhajas y demás artefactos de oro, plata y otros metales, facilitados por nosotros mismos, los tejidos finos de seda, hilo y algodón, cuyas materias habían también salido de España, pero con una diferencia de valor que tenía precisamente que causar nuestra ruina en todos sentidos. Todavía en 1802 el producto de la industria española alcanzaba un valor de 1.400 millones; pero la guerra que sucedió á aquella época de tres ó cuatro años, que se distingue por la multitud de órdenes y reglamentos para fomentar nuestros intereses materiales aquí y en Ultramar, acabó con cuantos elementos pudieran servir á conservar ó reconstituir nuestra industria peninsular.

El comercio. Donde la industria decae, desfallece el comercio, y si aquélla no llegaba á restablecerse, mal podía éste hacerlo, reducido, al romperse con la Gran Bretaña, al del continente, monopolizado por el francés que sufría con el bloqueo continental daño aún mayor que el que pensaba procurar al enemigo. No ya los particulares que se arruinaban con la penuria de aquí y la incomunicación con las posesiones de Ultramar, sino que las grandes compañías que hacían la gloria de nuestro comercio, recibieron un golpe mortal con aquella guerra. La Compañía de Filipinas, de fondos antes cuantiosísimos, llegó muy pronto á comprometerlos, con el crédito, además, de que gozaba; los Cinco Gremios de Madrid, que lo tenían muy elevado en toda Europa, se vieron también luego sin él y arruinados; el Banco Nacional de San Carlos, hasta la Compañía Marítima creada á comienzos del reinado para la pesca en nuestros mares y los del Norte quedaron del mismo modo impotentes para el logro de los fines



DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

(Copia de un retrato pintado por Goya.)

á que dirigían sus operaciones; todo género de asociaciones, resto del poderoso tráfico ejercido en el mundo en los tiempos de Fernando VI y su hermano y sucesor, hubo de sufrir igual suerte, la de una ruina sin esperanza alguna de reparación mientras se siguiera practicando política tan funesta. La obra de los Patiño y Ensenada, proseguida en cuanto les fué posible por Aranda y Floridablanca, abriendo vías en ambos hemisferios por donde hacer circular los productos de la industria nacional y los exuberantes de la naturaleza privilegiada de las colonias americanas; la obra, repetimos, de tales estadistas, secundada por funcionarios tan ilustres también como Gálvez, Olavide, Cabarrús y otros, se fué á tierra por una política desacertada y una administración tan torpe ó más que ella. «¿Pero qué mucho, exclama un hacendista de aquel tiempo, si el estado de nuestro comercio es tan fatal como el de la agricultura y de las artes, y si los cuerpos mercantiles que debieran fomentarle yacen en el mayor descrédito y en la más lastimosa ruina?» ¿Ni cómo, decimos nosotros, si todo yacía en ruina, los capitales de los Bancos y del Montepío, los depósitos judiciales, distraídos de su destino, y se abandonaban los proyectos y trabajos emprendidos en la paz, cómo podría mantenerse el comercio con guerra que no respetaba nuestras mismas costas de Europa, mientras hacía objetivo de los ataques más rudos las del nuevo mundo, que era principalmente el que habría de sostenerlo y alimentarlo?

Otra cosa era lo que no habría de costar tal género de sacrificios.

Todo aquello que dependiera del libérrimo genio de nuestros compatriotas ejerciéndose sin las trabas de la política ni de la fuerza, de esa disposición española á las expansiones del espíritu en cuanto se refieren á las letras, las artes y las ciencias, á las artes liberales en una palabra, todo floreció en aquel tiempo, así por esa índole especial de la raza como porque fué secundado por nuestros gobiernos, Las letras.

por Godoy principalmente, deseoso de compensar con su iniciativa en ese punto la inepcia de que adolecía y la inacción á que se veía reducido entre las pretensiones irresistibles de Napoleón y las violencias incontrarrestables de la Inglaterra. No necesitaba el príncipe de la Paz hacer en eso su propio elogio en las Memorias que nos ha legado para justificarse; cuantos conocen la historia de su tiempo le hacen justicia, y hombres eruditos del actual se han hecho eco de esa opinión con datos y argumentos que destruyen la fuerza de los aducidos por la pasión para rebajarle en el concepto público hasta en sus más inofensivas funciones. No entra en la índole de este último capítulo de la presente historia el extenderlo hasta dar cuenta minuciosa de los trabajos, llamémoslos así, de Godoy para poner nuestra patria á la altura de las naciones más adelantadas en las manifestaciones de la cultura en general. Aquí debe bastarnos el juicio que hizo de esos trabajos hombre tan experto en los asuntos referentes á Instrucción pública como D. Antonio Gil de Zárate, recordando los progresos de ese ramo en tiempo del Valido de Carlos IV. «En testimonio de esa verdad, dice en su notable obra «De la Instrucción pública en España», pueden citarse las muchas escuelas primarias que se crearon en su tiempo (el de Godoy); el Instituto pestalozziano, las enseñanzas de matemáticas, comercio y economía política, que se erigieron en las principales poblaciones del reino, la reforma de los colegios de cirugía de Madrid, Barcelona y Cádiz, y la creación de los de Santiago y Burgos, con las clínicas para el estudio práctico y las cátedras de física, química y botánica aplicadas á la medicina, la escuela de veterinaria, la de ingenieros cosmógrafos del Estado, la de ingenieros de caminos y canales, la de caballeros pajes, la de sordo-mudos, la de enseñanza de la taquigrafía, la escuela y taller de los instrumentos astronómicos y físicos, los establecimientos de igual clase para el arte de tornear y para la maquinaria, la relojería, el papel pin-

tado, el grabado en piedra y varias otras industrias, costeadas ó protegidas por el Gobierno; el Real gabinete de instrumentos y máquinas del Buen Retiro; el jardín de aclimatación de Sanlúcar de Barrameda, y las enseñanzas de agricultura que empezaron á plantearse; la protección concedida á la Real Academia de Bellas Artes, y los muchos trabajos en pintura, arquitectura y grabado mandados ejecutar; las expediciones marítimas para objetos científicos y la publicación de sus resultados; la de Malaspina alrededor del mundo; la de Balmís para la propagación de la vacuna; las enviadas al Nuevo Mundo para diferentes objetos de historia natural; los viajes por el reino para la adquisición de noticias, documentos y antigüedades; la publicación del viaje pintoresco por España; la de infinidad de obras sobre todas las facultades, ciencias y artes, unas traducidas y otras originales; el envío al extranjero de numerosos pensionados para traer á la Península todos los conocimientos útiles, y, finalmente, los premios, estímulos y protección concedidos á los escritores y cuantas personas sobresalían en letras, ciencias y artes. Estas fueron muchas, gozando las más de justa celebridad, y aunque casi todas empezaron á formarse en el reinado anterior, alcanzaron su mayor gloria durante el de Carlos IV, dejando una nueva generación que, al estallar la guerra de la Independencia, prometía ya las más brillantes esperanzas. El porvenir de España se mostraba lisonjero en el campo de la civilización y de la cultura, cuando tristes acontecimientos vinieron á interrumpir la marcha emprendida y á retrasar por muchos años el feliz término á que tantos esfuerzos aspiraban.»

Aún se podrían añadir á tan larga enumeración de servicios prestados á nuestra cultura patria, varios otros datos que justificarían los conceptos expresados en favor de Godoy, aun causando la natural pena de que no abarcaran esos servicios campo más extenso; los de la política y la administración interior de una monarquía que se había entregado

toda entera á su dirección y manejo. Tras de eso nos sería dable citar nombres propios que la memoria debe conservar para gloria de España, en lista que, por lo copiosa y harto fundada, honraría también á cualquier otro país. Bástenos ahora reproducir aquí los nombres de Moratín, Meléndez, Cienfuegos, Jovellanos, Arriaza, Arjona, Gallego, Quintana, Lista, cuyas obras poéticas andan en manos de cuantos se tienen por cultivadores de las letras patrias. Esto en cuanto á la poesía; que si es verdad que España y cuantos manejan su hermoso idioma revelan una aptitud extraordinaria para las obras de sentimiento y de galanura en el arte divino, por el buen gusto, la dulzura á veces y la energía en la frase, como en la composición métrica de sus lucubraciones, no han carecido por eso de la profundidad de sus pensamientos y de lo oportuno é ingenioso de la acción dramática en las producciones teatrales, que son las que justificaron mejor el nombre de *Siglo de oro* para el de los Cervantes, Lope de Vega, Rojas, Moreto y tantos otros nunca después superados en parte alguna.

El Teatro.

El Teatro tuvo, en efecto, al finar el siglo XVIII, quienes también le dieran no escaso brillo, siquier no pudieran competir con los anteriormente citados, ni mucho menos, ya lo hemos dicho, por nadie superados. Pero D. Leandro Moratín ilustró nuestro teatro con producciones que aún se representan con general aplauso; Jovellanos las dió de no escaso mérito; y sólo el que revela el «Manolo» de D. Ramón de la Cruz basta para acreditar el sainete, ramo de literatura escénica que tanto se cultiva hoy, no, sin embargo, con el naturalismo, la gracia y el buen decir, clásico en su género, que retrataron al vivo al madrileño de nuestros barrios bajos. No contribuyeron poco á ilustrar los escenarios en que se puso de manifiesto el mérito del teatro castellano, en la corte principalmente, actores que aspiraban á rivalizar con los franceses é italianos, que por los más sobresalientes pasan en el mundo culto. De Isidoro Máiquez

ISIDORO MAIQUEZ

decía en el Ateneo su admirador D. Antonio Vico, tan erudito escritor como actor distinguido también, favorito de nuestro público actual, después de describir la visita de su modelo á Talma: «Por estos ó parecidos medios debió, sin duda, ISIDORO MAIQUEZ encauzar sus facultades. Estudiando á su maestro, copiándolo exactamente, haciendo sentir á su rostro las mismas contracciones, á su pecho la misma agitación, á sus nervios aquellas violentas sacudidas, á su aspecto, en suma, la misma salvaje ferocidad, en aquel Otelo, de que sabemos (por referencias de actores que vieron en Madrid representar á MAIQUEZ la citada tragedia) que después que hería de muerte á la inocente Edelmira, su atezado semblante *¡veíase palidecer!*... sus ojos iban adquiriendo lentas, pero descomunales proporciones; el brillo de sus pupilas arrojaba vivísima y roja luz; la contracción de su cara se iba acentuando por momentos; el temblor de sus músculos reconcentrábase torpe y cobardemente; una profundísima, pero lenta congoja, brotaba poco á poco del fondo de su pecho; sollozo á sollozo iba aumentando aquel copioso llanto; desbordábase luego, cual torrente impetuoso, en alaridos de dolor y de amarguísimo desconsuelo, y al asaltar de nuevo su mente la justificación de aquella venganza, serenábase y mitigaba su dolor, recobrábase poco á poco y exclamaba, ya sereno, pero con frase terrible y feroz acento:

«..... Está bien hecho
lo que acabo de hacer con esta ingrata!»

«Para poder llegar á realizar este prodigio artístico, añadía Vico; para contener á todo un público, que permanece embelesado los seis ú ocho minutos (que juzgo debe durar el sentimiento de situación tan soberanamente desempeñada por un actor), se necesita ser un genio sobrehumano, un gigante, en fin, un ¡ISIDORO MAIQUEZ!»

Y debía serlo, cuando los franceses que pudieron oirle y verle durante la ocupación de Madrid por sus ejércitos, y el

rey intruso José Bonaparte elogiaban mucho á Máiquez que, dicen, les recordaba, con efecto, á Talma.

Manifestaciones son elocuentísimas del interés que se daba al estudio del teatro dos obras á quienes entonces se demostró grande estima: el *Origen, épocas y progresos del teatro español* de García de Villanueva, y *El Quijote de los teatros*, obra póstuma de D. Cándido María Trigueros. Godoy las hizo también y bien calurosas en sus Memorias, en que, tratando del empeño que siempre mostró por la instrucción de nuestro pueblo por medio del teatro, dice: «Otro ramo de educación que no miré jamás con el descuido que había tenido entre nosotros desde el principio de los tiempos, fueron los espectáculos. No me desmentirá ninguno si dijere que la moralidad, la decencia, el buen gusto y la mejoración, bajo todo concepto, del teatro, fué obra mía y de mis amigos. Yo recibía en mi casa no tan sólo á los poetas y á los músicos, sino á los mismos comediantes, no para fiestas y saraos (yo no tenía ningunos), mas para estimularlos á aquella gran reforma, que sufrió contradicciones como todas, pero que al fin fué hecha. El repertorio de mi tiempo está sirviendo de modelo todavía; la indolencia de mis contrarios que han reinado tantos años, no bastó á destruir aquel respeto á la moral de las familias, que fué impreso á los teatros en los días de Carlos IV.»

Aquí de Horacio.

A renglón seguido recuerda Godoy la abolición de las corridas de toros en 1805.

No quedaron tampoco desatendidas las artes ni las ciencias, según ha podido observarse en el escrito del Sr. Gil y Zárate. Bayeu y Goya, aragoneses que, con ser tan excelentes pintores, se preciaban aún más de pendencieros y espadachines, formaron escuela, que nunca más que en estos tiempos ha sido apreciada, con tapices que llenan los palacios y las colecciones reales de Madrid, el Pardo y San Ildefonso, y con frescos admirables en varios templos como el

GOYA

1746 - 1828

(Grabado por Carlos Traver.)

del Pilar de Zaragoza, San Antonio de la Florida de esta corte, modelos acabados de esa clase de ornamentación religiosa. Goya, especialmente en los retratos y los cuadros ahora llamados de género, en sus caricaturas y caprichos, goza todavía de un aura que extiende su fama hasta los países más remotos de Europa, donde sus obras alcanzan precios en que ni siquiera soñó nuestro genial compatriota. Ni faltaron dibujantes y grabadores que reproduciendo con el lápiz y el buril esos cuadros y los frescos, dieran muestra de adónde llegaban el mérito de sus autores y el grado de esplendor que habían alcanzado las bellas artes en España.

Las ciencias obtuvieron también un impulso que parecían deberlas negar las circunstancias por que pasaba nuestra patria, la guerra, la penuria, y cuantas calamidades azotaron la Península durante el reinado de Carlos IV. Además de las expediciones marítimas que hemos descrito en el fondo de esta obra, las hubo terrestres de no escasa importancia, ya artísticas como la de D. Isidoro Bozarte, ya estadísticas como la de Escolar en Canarias, ya literarias como la de Villanueva por las iglesias de España. Pero la más célebre quizá fué la de D. Domingo Badía, más conocido por el nombre de Alí Bey, que visitó una gran parte de Marruecos, alcanzando el favor del Emperador Sultán, con el carácter, eso sí, de un Abasida de Oriente; á tal punto logró fingir naturaleza, idioma, usos y costumbres sociales y religiosas de aquellos de quienes suponía descender. Debía tener un compañero digno de él en su extraordinaria jornada, don Simón de Rojas, gran botánico, que nos dejó muestras de su talento y de sus conocimientos en su estudio sobre la vid, no hace mucho tiempo publicado, y en su *Historia natural, civil y política de las dos Alpujarras;* pero repugnancias á operaciones á que Badía se sometió, le impidieron acometerla en los momentos precisos.

He aquí el retrato que Godoy hace de Badía: «Valiente, dice, y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter

emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos, hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu, le hacían apto para aquel designio. Tales fueron las veras con que aceptó mi encargo, que sin consultar con nadie y de su solo acuerdo, osó circuncidarse, sola cosa que le faltaba para el papel difícil y arriesgado que debía hacer entre los mahometanos.»

En cuanto á trabajos científicos de muy diversa índole, se dieron á luz muchos en la época á que nos estamos refiriendo. La Geografía, las Matemáticas, el Derecho, la Economía política, la Historia natural, la Medicina, la Filosofía, cuantas ciencias, las más útiles, sobre todo, al hombre como ser y como inteligencia, se cultivaban en los países más adelantados, obtuvieron aquí su lugar en todos los centros docentes y se aplicaron por maestros y discípulos á los ramos de mayor interés para el progreso de los generales de nuestra patria.

Pero, como es de suponer, las letras fueron las más cultivadas y favorecidas. Las Academias en primer lugar y las bibliotecas, recibieron estímulos y engrandecimientos de consideración. La Academia de la Historia, además de sus oficios de cronista de Indias, recibió la misión de inspeccionar las antigüedades halladas ó que se descubriesen, dando, con eso, motivo á la creación luego de las Comisiones provinciales de monumentos, que tan ópimo fruto están produciendo; y la Biblioteca, con el nombre entonces de Real, fué enriquecida por los mismos medios puestos ahora en uso de obligar á escritores y editores á entregar en aquel establecimiento ejemplares de sus obras, libros, papeles, mapas ó estampas. No era nueva esa disposición, que databa ya de antiguo, pero como muchas otras de aquella índole ó de otra diferente, andaba incumplida por incómoda ó descuidada, aun siendo muy numeroso el personal de la Biblioteca que debía natu-

DESPACHO-Barquillo, 4. LIT. MATEU.- MADRID. TALLERES, Pº del Prado, Nº 30.

TAPIZ DE GOYA.
que se conserva en la coleccion del Real Sitio del Escorial.

ralmente velar porque se hiciese efectiva. No es de extrañar esa negligencia, siendo los literatos de España y de todas partes más dados á sus estudios y controversias que al oficio de investigadores ó polizontes, para aquel objeto indispensable. En España, repetimos, y en aquellos tiempos como, por desgracia, en los presentes, la sociedad de nuestros sabios, artistas, literatos y hombres de ciencia, padecía de esa grave enfermedad de convertir las discusiones profesionales en polémicas apasionadas, degenerando en la eterna cuestión de la política palpitante. Y así como en el pueblo de Madrid las clases populares se dividieron en los dos partidos que hemos dicho, separaban las cámaras reales del Soberano y el Príncipe de Asturias con nombres y motes alusivos al que privaba en la primera de ellas y á la del que tomaban por víctima suya, así también en la república de las letras se dividieron sus cultivadores y adeptos. Después de citar Don Antonio Alcalá Galiano en sus Memorias á los literatos cuyo trato frecuentaba, á Blanco, entre ellos, al canónigo Arjona, á D. Juan Nicasio Gallego, á Aleas, Campmany, Viudo, Escosura (D. Jerónimo), Arriaza y otros, dice lo siguiente: «Saben muchos que nuestros autores estaban por aquellos días divididos en dos bandos, que se profesaban y mostraban uno á otro enemistad ardorosa y enconada. El uno, capitaneado por Moratín, Estala y Melon, á los cuales daban sus contrarios por apodo el nombre de *El Triunvirato,* contaba con el patrocinio del príncipe de la Paz, y siendo Melon juez de imprentas, ejercía con sus adversarios la tiranía más dura. En el otro, en cuyas últimas filas podía mirárseme como entrado, llamándome á ellas mis inclinaciones, predominaban las doctrinas reformadoras y filosóficas, debiéndosele considerar como constituído en vehemente oposición al Gobierno, aunque la oposición de entonces sólo se conocía en desahogos privados, en expresivo silencio, sobre todo, en punto á abstenerse del elogio, ó, cuando más, en tímidas insinuaciones.»

Como las sociedades literarias y como las populares de

Chorizos y Polacos, se hallaba la general en sus clases, la media y la de la nobleza, en que hasta las damas de la más alta se habían pronunciado por uno ú otro partido, distinguiéndose en eso también la casa de la elegante y espiritual Condesa-duquesa de Benavente, centro de las personas más influyentes por su jerarquía, carrera ó destinos en la corte.

La Iglesia. En la descripción que llevamos hecha de las recepciones del príncipe de la Paz, ha podido observarse que no se echaba de menos el elemento clerical, por más que no fuera recibido por el amo de la casa con el respeto que parece debiera merecer. No era Godoy partidario de las exenciones y privilegios del clero, ni aun los de la Iglesia tenían en él uno de aquellos acérrimos defensores que antes y después han mostrado intransigencias que la dieron la dirección arriba de las conciencias aun en las regiones de la política y de la administración de los pueblos, y abajo la abnegación y el entusiasmo por los principios que, en concepto de la mayor parte, habían constituído y asegurado el engrandecimiento de España. Godoy había comenzado las reformas que pensaba introducir en la constitución eclesiástica de entonces, prohibiendo los enterramientos en los templos, medida incontestablemente buena para la higiene de los pueblos. Su choque con la Inquisición desde que, con motivo del proceso formado en Salamanca á D. Ramón de Salas expidió la real orden estableciendo que aquel Tribunal, á quien se redujo al juicio de los delitos de heregía y apostasía en tiempo del conde de Aranda, no procediese á la prisión de persona alguna, de ningún estado, alto ó bajo, sin consulta y permiso del soberano, *verdadera hazaña política*, dice un panegirista suyo, *que en el largo discurso de tres siglos no había osado acometer ningún ministro*, se extendió al emprendido luego contra las órdenes monásticas, las mendicantes sobre todo, que consideraba perjudiciales en su organización, teniéndolas por rebajadas en su carácter sacerdotal con andar de pueblo en pueblo y de casa en casa pidiendo el pan

de cada día á aquellos cuyas conciencias estaban llamadas á dirigir.

Este segundo choque fué para Godoy más fatal que el primero, y él mismo lo reconoció así al describir la furia de los frailes, sus enemigos, al tiempo de su caída en Aranjuez. Había él obtenido de la Santa Sede cuantas bulas pidió para emprender la reforma como antes las solicitadas con el objeto de ocurrir á los inmensos gastos de la guerra con donativos y obligaciones que nunca niega la Iglesia en circunstancias tales; había conseguido, como él dice en sus Memorias, «en casi todas las iglesias de España sacar de mercenarios á los curas y erigir las iglesias parroquiales en curatos propios, provistos en concurso, medida comenzada lentamente bajo el anterior reinado, pero que se apresuró y cumplióse en el de Carlos IV con muy raras excepciones». Pero en cuanto á las órdenes mendicantes, las dificultades de una reforma cual la á que aspiraba, que era así como su supresión con los caracteres de que estaban revestidas, se hacían insuperables por su magnitud y el arraigo que habían tomado. Eran 760 las casas y 25.000 los frailes que sólo vivían de la limosna, y existían además muchos otros que la solicitaban también como suplemento á las rentas y bienes que poseían. De ellos quiso Godoy se dedicasen muchos á formar colegiatas parroquiales con sujeción á los obispos en las diócesis en que radicasen, otros al servicio de los hospicios, los presidios, cárceles y penitenciarías: los demás irían á las misiones en nuestras más remotas colonias de América y Asia. Y todo eso pretendía Godoy hacerlo sin gasto alguno suponiendo que con no suprimir el diezmo y regularizar tan pingüe renta, habría de sobra para evitar el espectáculo, para él denigrante y repulsivo, de la mendiguez del clero regular en varios de sus organismos. Todavía se había propuesto además reducir el número de los conventos que vivían de sus legítimas propiedades, aunque en vez de perjuicio causaban ventajas importantes al pueblo, en los

que creía *reinaba cierto fondo de honradez y de virtud cristiana que les ganaba mucha estima*, y que hasta pensaba en transformarlos *en hogares de las letras, de las ciencias y de las artes* útiles! Granjas modelos, escuelas de agrimensura y botánica, institutos para el estudio de las ciencias naturales y físicas, mil establecimientos, no sabemos á cuántas cosas dedicados, suponía el soñador príncipe de la Paz poder fundar en aquellos conventos ó monasterios para inspirar la sobriedad, el amor al trabajo, la economía, el buen orden y la paciencia. «¡Dios permitió, exclama al terminar la exposición de tan bello programa, ¡Dios permitió que todo se perdiese por la injusticia de los hombres!»

¡El hombre que por caminos tan torcidos había alcanzado el favor real; el hombre que tal vida llevaba, ambicioso sin cualidades, disipado, hasta bígamo, en la opinión de la mayoría de los españoles, pretendía dar lecciones de moral, de probidad y espíritu religioso á todos y merecer el respeto y la aquiescencia de la posteridad!

Inspira compasión, no ira ni odio, Godoy al leer en sus Memorias las injurias que dirige á las representantes de la Iglesia en España y las más graves aún, verdaderas calumnias que al Vicario de Cristo en Roma, ya en la persona de Pío VII de quien supone que bastaba decirle: *Vuestra Santidad no puede hacer tal gracia ó conceder tal cosa para que se arriscase más á hacerla*, ya en la de cualquier otro Papa con sus palabras de *no os mostréis imperioso con ese anciano de los días*; *no le exijáis jamás, sino pedidle...* Y DADLE TAMBIÉN ALGO DE LO VUESTRO. Los que le escuchaban, ¿cómo habrían de dar fe á sus protestas de fe religiosa al acometer tantas y tan transcendentales reformas en el clero de un pueblo como el español?

La Administración de justicia.

Otro organismo del Estado cuyo ejercicio revela siempre la situación moral de un país, es la Administración de Justicia en él. Afortunadamente en España ha dejado muy poco que desear en todas las épocas

de su historia. El carácter severo pero recto de los españoles, su desapropio y espíritu de independencia han brillado siempre en los tribunales y la prevaricación ha huído de ellos alejándose con los estímulos de que suele ir armada para el logro de sus detestables fines. No impidió, pues, el estado de relajación de costumbres reinante en una corte como la española del tiempo de Carlos IV, á que luciera la justicia en todas las esferas de su elevado ministerio. Podrían algunos de sus ministros adular al poder al pie del trono ó en las recepciones de Godoy según ciertos historiógrafos los han denunciado al describirlas en todo su repugnante aspecto; pero no por eso se rebajaron á torcer la vara con que se les había armado para defender los derechos de cada uno ó dar satisfacción cumplida á la vindicta pública. No necesitamos apelar á examen detenido de la marcha de esa administración que fué regular en aquel reinado y ajustada á los principios que la dirigen en todas partes, entre las quo no cabe excepción alguna para España, la más adelantada quizá por el esmero puesto por nuestros soberanos en impulsarla desde los tiempos más remotos de la monarquía española, que la impusieron reglas, leyes y códigos cuyo espíritu subsiste aún en los más modernos.

Nos basta por ahora recordar la conducta del alto tribunal que juzgó á los complicados en la causa del Escorial, tribunal que, según tenemos expuesto con hartura y aparece perfectamente demostrado, reveló el más alto espíritu de justicia, de independencia y abnegación. No le impusieron lós alardes de violencia con que se revistieron la prisión del Príncipe de Asturias y el registro de los papeles en su cuarto, ni la prisión tampoco de los próceres que formaban su servidumbre; no sirvieron á hacerle variar en sus primeras impresiones el aumento de vocales y los procedimientos de que se echó mano al excluir de la lista de los acusados al embajador de Francia; y ni la ira de los Reyes ni el pavor que en tantos otros infundía la prepotencia del Valido, á

quien la opinión achacaba la trama de tan extraordinario proceso, llegaron á poner miedo en unos jueces, dechado siempre de virtud y de entre los que hubo quien sentenció enel lecho del dolor en tal estado de postración que le hubiera eximido de toda responsabilidad para lo presente y lo porvenir.

Aquel fallo absolutorio en tan difíciles y críticas circunstancias, si al pronto pudo irritar á Godoy y así debió suceder por lo que aparece en sus Memorias, lo mismo que la conducta de los demás tribunales españoles de aquel tiempo, hacen justicia al poderoso valido y sirven para demostrar que entre sus defectos y apasionados procederes no aparece el ánimo de negar á sus compatriotas el nobilísimo recurso de mantener sus derechos y de apelar de las violencias y tropellos que creyeran habérseles inferido.

Sirva eso de consuelo, como debe servirles el espectáculo del estado próspero de las letras y las ciencias en aquella época para los que no han visto en el reinado de Carlos IV sino tristezas, reveses y una decadencia que, por no haber tenido hasta ahora reparación, temen sea definitiva é irremediable.

Decían los autores de la Historia de la Guerra de España contra Bonaparte: «Repetimos lo que cien veces se ha publicado; en Mayo de 1808 ni teníamos naves, ni ejércitos, ni armas, ni tesoro, ni crédito, ni fronteras, ni gobierno, ni existencia política: en una palabra, no había *Patria*. Tal fué la situación desastrosa á que nos redujo el orgullo de unos y la debilidad de otros; tal es el momento terrible en que la España huérfana é inerme, pero impertérrita, juró vencer ó morir, y venció.»

Venció, sí, apesar de tal desvalimiento, sola en sus primeros y sublimes arranques, y sin otra esperanza que la que pudieran ofrecerle el valor, vencido á veces pero nunca domado, de sus hijos, un patriotismo sin ejemplo en la historia de los demás pueblos, y un desprendimiento de toda terrenal

ventura, de todo afecto á los beneficios de la paz, á los goces de la familia y del hogar de sus mayores, para sólo rechazar las imposiciones del tiránico detentador de su libertad é independencia al estridente, terrorífico y por fin victorioso grito de ¡Guerra y Venganza!

El primer hombre de Estado de aquel tiempo, M. Pitt, había dicho en tono profético al saber la rendición de Ulma: «Todavía hay remedio si consigo levantar una guerra nacional en Europa, y esta guerra ha de comenzar en España; sí señores: España será el primer pueblo donde se encenderá esa guera patriótica, la sola que puede procurar la libertad á Europa.»

Y es que el *Napoleón inglés* conocía la historia de nuestro pueblo que el *francés*, según ya se ha visto, ignoraba por completo.

FIN DEL TOMO III

DOÑA MARÍA JOSEFA PIMENTEL

CONDESA DUQUESA DE BENAVENTE, DUQUESA DE BÉJAR, GANDÍA Y ARCOS.

CASADA CON D. PEDRO DE ALCÁNTARA GIRÓN, DUQUE DE OSUNA

APÉNDICES

NÚMERO 1

«Madrid 27 de Mayo.=El miércoles 21 del corriente, á las cuatro de la tarde, falleció la Serenísima Señora Doña María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias. La penosa y larga enfermedad, que terminó la preciosa vida de S. A., fué una tisis tuberculosa, conseqüencia de un vicio de conformación que fué presentando incorregibles productos, así como fué desenvolviendo su carácter tuberculoso. Desde la llegada de S. A. á España hicieron patente la debilidad física y esencial que padecía, el caído color de su rostro, la laxitud, blandura y calor remiso de sus carnes, la opresión del pecho y continuas palpitaciones en el corazón, de que se quejaba, y á que acompañaban calenturas erráticas, las más veces en clase de remitentes, y siempre presentando anomalías invencibles, agravándose todo esto con los dos abortos que desgraciadamente sufrió S. A. El día 6 del anterior Noviembre fué invadida en el Real Sitio de San Lorenzo de una artritis universal, acompañada de calenturas remitentes, erráticas y supuratorias, con vómitos, opresión de pecho y tos con estrías de sangre, cuya tenacidad y mayor rebeldía duró hasta mediados de Diciembre, en que remitieron los síntomas. Mediante este aparente alivio, y las repetidas instancias de S. A., pudo trasladarse con la Corte en 2 de Enero de este presente año á este Real Sitio, en el que, á pesar de la benignidad de su temperamento, siguió S. A. con la misma calentura, tos y vómitos, y, aunque trabajosamente, salió en coche algún día. Mas como los estímulos, que juntos con la mala conformación habían producido la artritis, se suavizaron algún tanto para atacar otras nuevas vísceras, y seguir el curso de sus degeneraciones; en el

16, entre ocho y nueve de la mañana, precedida tos y aumento de palpitaciones de corazón, arrojó S. A. por la boca bastante cantidad de sangre rutilante y espumosa, y á las cuatro de la mañana siguiente, estimulada por la misma tos y estertor congojoso, depuso la cantidad de tres á cuatro onzas de pus bien caracterizado, confirmando este último accidente el concepto que anteriormente se habia formado de la existencia de tubérculos en el pulmón. Con motivo de tanto riesgo, se administró á S. A. el santo Viático, á cuyo acto asistieron SS. MM.; y habiendo continuado algunas congojas, la acometió una tan grande en el dia 19, que haciendo temer su próxima muerte, se estimó por precisa la administración del santo Oleo. Después de ésto alternaron los síntomas, con más ó menos fuerza, permitiendo su remisión que en algunos dias se levantase S. A. de la cama, hasta que á mediados de Abril, agravándose los síntomas, especialmente la opresión de pecho, palpitaciones, esputos purulentos y expulsión de algunos tubérculos, con exacerbaciones de calentura, fué preciso administrarla segunda vez el santo Viático, empleando asimismo los auxilios más eficaces del arte que se juzgaron necesarios.»

«Desde esta época se fué sucesivamente agravando S. A. en toda la serie de síntomas hasta su fallecimiento. Este fatal suceso aconteció á pesar de la exactitud, vigilancia y esmero con que los siete profesores de Cámara de S. M. con exercicio asistieron á S. A. de dia y noche por expresa Real orden de SS. MM., teniendo repetidas y difusas conferencias para poner en uso los auxilios que juzgaron mas oportunos, mas proporcionados y mas enérgicos para su alivio, quedando con la satisfacción de haber cumplido con sus deberes, habiendo dispuesto unos medicamentos, que por aseveración de S. A. los habia usado ya en Nápoles, como son las leches, caldos de víbora, cocimientos dulcorantes, y otros, sin duda por indisposiciones y novedades idénticas.»

«El concepto que habian formado dichos Profesores desde los principios de estos males, y pronosticado su catástrofe, se vió palpablemente en la preparación que se hizo del Real cadáver para embalsamarle. En él, pues, se vió que el corazón era de una enorme magnitud; que estaban dilatados ó aneurismáticos sus ventrículos, sus senos, sus aurículas, y los grandes vasos que salen de estas cavidades, habiéndose notado la pared anterior del derecho sumamente delgada hacia la salida de la arteria pulmonal, y en lo exterior algo rosada por los repetidos y fuertes

golpes que daba contra la pared anterior del pecho: se notó que en la parte inferior del pulmón izquierdo tenía una grande extensión de él aumentada de volumen, de color lívido, con una extravasación sanguina purulenta. En ambos lados, en la parte alta, hacia la primera costilla verdadera, había una porción escirrosa y adherida á la pleura, con durezas tuberculosas y purulencias: abierto el abdomen, se halló lleno de serosidad, formando la hidropesía ascitis que se previó al principio: el estómago muy pequeño: esta víscera y los intestinos tenues, inflamados y en estado de lividez: el cuerpo todo en un estado anasárquico, y cubierto de manchas amoratadas.»

NÚMERO 2.

En este estado, y hav.^{do} hido Su Señoria á rubricar para que firmase Moreno, manifestó este que queria decir, por si conbenia, todo lo que ha hecho p.^{r} mañanas, tardes, y noches en el Quarto de S. A. el Principe N. S., y Su Señoria le dijo, que pues lo queria decir espontaneamente, lo digese; y en su virtud Dixo: que hace 16 años tiene el honór de servir su destino, y que de Su conducta pueden informar los tenientes de Ayo, que lo eran entonces el Excmo. Sr. D. Josef Albarez de Faria, y D. Agustin Vernal, y Vargas, y ultimam.^{te} el Excmo. Sr. Duque de Sn Carlos: Que con motivo de las contínuas quiebras que ha padecido en su salud su compañero D. Santiago Rovillar, ha tenido mas frecuente asistencia, y que para el viaje á Barcelona, fué nombrado por S. M. el Rey N. S. en cuya epoca empezaron sus servicios extraordinarios, llevando Notas Historicas de todos los Pueblos, y lo ocurrido en los transitos, en virtud de mandato de S. A. que deseava á competencia con el Serenisimo Sr. Infante D. Antonio adquirir mayores noticias: Que á la buelta empleo la Jornada de Aranjuez en coordinár estas Notas, y escribir tres exemplares del citado viaje, que Su Alteza regaló á sus Hermanas las Serenisimas ss.^{ras} Infantas D.ª María Isabel, y D.ª Luisa: Que despues le empleó S. A. en Diseñár, y Modelár varios Mueblecitos para Su Quarto, y para regalar á la Reyna Nuestra S.^{ra} y á la difunta Princesa N. S.: Que por las tardes asistia á las operaciones Quimicas que hacia D. Pedro Bueno, y en su defecto demostrava algunas otras en que no entrasen los accidos, ni el fuego, por haber ohido decir al Dho. don Pedro Bueno, que S. M. y el Excmo. Sr. Principe de la Paz le tenian advertido mucho cuidado de que no se quemase S. A. ó

le parase alguno otro perjuicio: Que en las horas de la Lectura que eran por las noches, se ha leido el segundo tomo de la Historia de Mariana, la Cronica de los Reyes Catolicos por Hernaldo del Pulgar, la Corona Gotica de Saabedra, y sus Empresas Politicas, Dos tomos del Padre Rivadeneyra, y uno del Padre Mendo: Que interpolado se ha hecho la traducion del primer tomo del Bertot, cuya obra suspendio S. A., por que parece que tratando de las Reboluciones del Imperio de Roma, no era del agrado de S. M.; y emprendio la traducion de una obra Botanica tratado de Germinacion; en cuyos trabajos pasavan tres horas cada noche; y el declarante derrodillas, por el respeto devido á S. A., sin que por estos trabajos extraordinarios, haya pretendido gratificacion, ni sobre sueldo alguno: Que todas las Cartas que se le han encontrado, no ha estado en su mano se las hayan dirigido, pero que por sus contextaciones, habrán comprendido los interesados que deven hacer presentes sus respetos, y expresiones devidas de S. A. por el Marques de Valmediano su Sumiller de Corps; y que Solo en los casos de haber Solicitudes de Limosnas, las ha entregado, por no dilatar el socorro que pudiera dar S, A. á los interesados, al secret.° dela Sumillería D. Antonio Oñativia quien podrá informar de esta conducta. En cuyo estado, siendo ya las doce de la noche, y manifestado Moreno, no tenia otra cosa que decir se concluyó esta Dilig.ª que firmó &c.ª

NÚMERO 3

«13 Julio de 1806.»

«Habiendo resuelto el Rey que Juan Capina, mozo ordinario de la Furriera, con destino á la servidumbre del quarto del Príncipe nro. Sr. quede privado de su empleo y vaya confinado al pueblo de su naturaleza sin que pueda salir de él sin expresa orden de S. M.; lo participo á V. S. de la misma para que disponga lo correspondiente á su cumplimiento, y á fin de que haga entender á Capina que S. M. se ha dignado conservarle los mil ochocientos y veinte y cinco r.s que goza y ademas un real diario que tenia asignado por el cuidado de los paxaros, en el concepto de que una y otra cantidad las há de percibir por tesoreria mayor. Dios guarde á V. S. m.s a.s Palacio 19 de Julio de 1806...» «Sr. Juez de Policia.»

***

«Palacio 15 de Julio de 1806.»

«A D. Josef Marquina.=He dado cuenta al Rey del Of.° de V. S. de 12 del corriente relativo á la causa seguida contra Don Antonio Moreno, ayuda de peluquero del Príncipe nro. Sr., Don Zacarías García, D. Saturnino Segovia, D. Fermín de Artieda y D. Lorenzo Bonavía, de cuyo oficio resulta que todos cinco son reos presuntos de una coligacion poco con forme á sus obligaciones y ciertos de poco afecto y respeto á S.S. M.M. criticando sus acertadas providencias. Y enterado S. M. de todo y de lo que V. S. informa en razon de dicha causa; se ha servido resolver q.e Don Ant.° Moreno vaya por 10 años confinado á Filipinas con retencion á voluntad de S. M.: que D. Zacarías García, D. Saturnino

Segovia, D. Fermin de Artieda y D. Lorenzo Bonavia, vayan á servir al fixo de Puerto Rico por ocho años, y que cumplidos no se les dé la licencia sin expresa orden de S. M., quedando en su consecuencia todos los referidos privados de sus empleos, siendo tambien la voluntad del Rey q.e en esta misma noche salgan con separacion para sus destinos, y continúen asi separados hasta el momento en q.e se embarquen p.a ellos.»

«Igualmente ha resuelto S. M. que la hija de Moreno se entregue á su madre con todos los bienes q.e se le hán ocupado, y salgan ambas en esta dicha noche p.a el pueblo de Fuensalida su patria, y que del mismo modo lo executen p.a los pueblos de su naturaleza donde han de residir las mugeres de los demas reos sin que puedan venir á la Corte ni Sitios R.s con prevencion á las Justicias respectivas p.a que no las permitan salir de ellos sin expresa orden de S. M.; habiendose tambien servido mandar q.e V. S. me remita origin.l la causa formada contra los expresados reos, con los oficios que se le hán comunicado en el asunto, incluso este. Todo lo qual participo á V. S. de R.l orn. p.a su intelig.a y á fin de que disponga lo correspond.te á su puntual cumplimiento. Dios, &ct.»

NÚMERO 4

Campo Imperial de Berlín, 21 de Noviembre de 1806.

Napoleón, Emperador de los franceses, Rey de Italia, etc.

Considerando,

1.° Que Inglaterra no acepta el derecho de gentes seguido universalmente por todos los pueblos cultos;

2.° Que considera como enemigo á todo individuo que pertenezca al Estado enemigo y hace, en consecuencia, prisioneras de guerra, no solamente á las tripulaciones de los barcos armados en guerra, sino que también á las tripulaciones de los navíos y demás buques mercantes, y aun á los factores del comercio y á los negociantes que viajan para asuntos de su clase;

3.° Que extiende á las embarcaciones y mercancías del comercio y á las propiedades de los particulares el derecho de conquista que no puede aplicarse, sino á lo que pertenece al Estado enemigo;

4.° Que extiende á las ciudades y puertos de comercio no fortificados, á las bahías y á las desembocaduras de los ríos el derecho de bloqueo que, según la razón y el uso de todos los pueblos cultos, no es aplicable sino á las plazas fuertes;

Que declara bloqueadas plazas ante las cuales no tiene ella ni un solo barco de guerra, aun cuando una plaza no se considere bloqueada sino cuando ha sido embestida, de tal manera, que no se pueda intentar acercarse á ella sin peligro inminente;

Que declara en estado de bloqueo hasta los lugares, que todas sus fuerzas reunidas serían incapaces de bloquear, costas enteras y todo un imperio;

5.° Que este monstruoso abuso del derecho del bloqueo no

tiene otro objeto que el de impedir las comunicaciones entre los pueblos y levantar el comercio y la industria de Inglaterra sobre la ruina de la industria y del comercio del continente;

6.° Que siendo ese el objeto evidente de la Inglaterra, todo el que hace en el continente comercio de las mercancías inglesas, favorece, por consiguiente, sus designios, y se convierte en cómplice suyo;

7.° Que esta conducta de Inglaterra, digna en todo de las primeras edades de la barbarie, ha aprovechado á esa potencia con detrimento de todas las demás;

8.° Que es de derecho natural el oponer al enemigo las armas de que él se sirve, y combatirle de la misma manera que él combate, cuando desconoce todas las ideas de justicia y todos los sentimientos liberales, resultado de la civilización entre los hombres:

Hemos resuelto aplicar á Inglaterra los usos que ella ha consagrado en su legislación marítima.

Las disposiciones del presente decreto serán constantemente consideradas como principio fundamental del Imperio, hasta que Inglaterra reconozca que el derecho de la guerra es uno y el mismo en tierra que en mar; que no se puede extender ni á las propiedades privadas, cualesquiera que ellas sean, ni á la persona de individuos extraños á la profesión de las armas, y que el derecho de bloqueo debe reducirse á las plazas fuertes realmente embestidas por fuerzas suficientes.

En su consecuencia, hemos decretado y decretamos lo que sigue:

Artículo 1.° Se declara á las Islas Británicas en estado de bloqueo.

Art. 2.° Quedan prohibidos todo comercio y toda correspondencia con las Islas Británicas.

De consiguiente, las cartas ó paquetes dirigidos á Inglaterra ó á un inglés, y los escritos en lengua inglesa, no tendrán curso en los correos y serán interceptados.

Art. 3.° Todo individuo, súbdito inglés, cualquiera que sea su estado ó condición, y se encuentre en los países ocupados por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados, será hecho prisionero de guerra.

Art. 4.° Todo almacén, toda mercancía, toda propiedad de cualquiera naturaleza que pueda ser y que pertenezca á un súbdito de Inglaterra, será declarada buena presa.

Art. 5.° Queda prohibido el comercio de las mercancías inglesas, y toda mercancía que pertenezca á Inglaterra ó proceda de sus fábricas y de sus colonias es declarada de buena presa.

Art. 6.° La mitad del producto de la confiscación de las mercancías y propiedades declaradas buena presa en los artículos precedentes, se destinará á indemnizar á los negociantes de las pérdidas que hayan experimentado por la presa de los barcos mercantes que hayan sido cogidos por los cruceros ingleses.

Art. 7.° Ningún barco que proceda directamente de Inglaterra ó de las colonias inglesas, ó se encuentre allí después de la publicación del presente decreto, será recibido en ningún puerto.

Art. 8.° Todo barco que á favor de una declaración falsa contravenga á la anterior disposición, será apresado; y el barco y el cargamento serán confiscados, como si fuesen de propiedad inglesa.

Art. 9.° Nuestro tribunal de presas de París queda encargado del juicio definitivo de todas las cuestiones que puedan sobrevenir en nuestro Imperio ó en los países ocupados por el ejército francés, relativamente á la ejecución del presente decreto. Nuestro tribunal de presas en Milán queda encargado del juicio definitivo de las dichas cuestiones que puedan sobrevenir en toda la extensión de nuestro reino de Italia.

Art. 10. Se dará comunicación del presente decreto por nuestro ministro de relaciones exteriores á los reyes de España, de Nápoles, de Holanda y de Etruria, y á nuestros aliados, cuyos súbditos son víctimas, como los nuestros, de la injusticia y de la barbarie de la legislación marítima inglesa.

Art. 11. Nuestros ministros de relaciones exteriores, de la guerra, de marina, de hacienda, de policía y nuestros directores generales de correos, cada uno en lo que le corresponda, quedan encargados de la ejecución del presente decreto.

NAPOLEÓN.

Correspondencia de Napoleón I.—Despacho n.° 11.283.

NÚMERO 5

ESTADO DE LAS TROPAS QUE COMPONÍAN LA DIVISIÓN EXPEDICIONARIA DEL NORTE AL MANDO DEL MARQUÉS DE LA ROMANA EN LA ÉPOCA DE SU FORMACIÓN.

ARMAS	REGIMIENTOS	FUERZA		
		Hombres.	Caballos	Piezas.
Infantería de línea	Zamora	2.256	»	»
	Guadalajara	2.282	»	»
	Asturias	2.332	»	»
	Princesa	2.286	»	»
Infantería ligera	Voluntarios de Cataluña	1.200	»	»
	Id. de Barcelona	1.240	»	»
Caballería de línea	Rey	540	540	»
	Infante	540	540	»
	Algarve	540	540	»
Caballería ligera	Almansa	540	540	»
	Villaviciosa	540	540	»
Artillería	Artilleros á pie	225	»	»
	Id. á caballo	252	»	»
	Caballos y mulas	»	388	»
	Piezas	»	»	25
Ingenieros		132	»	»
Total general		14.905	3.088	25

NÚMERO 6

NOTICIAS DE BUENOS-AYRES

El 29 de abril entraron en rio Janeiro dos embarcaciones procedentes la una de Montevideo y la otra de Buenos-Ayres. La primera dió noticia de que las fuerzas navales de los ingleses en el rio de la Plata consisten en 2 navios de línea, 2 *ingemanes*, 2 fragatas y 3 bergantines; y las de tierra en 5.500 á 6.000 hombres, de los cuales hay 3.000 en la colonia del Sacramento La 2.ª refirió que la plaza de Buenos-Ayres estaba fortificada según reglas, que sus habitantes se habian alistado, y que habia 10.000 hombres sobre las armas. Se habian tomado otras disposiciones para la defensa; y apesar de la vigilancia y oposición de los enemigos, se habian enviado socorros á las islas Malvinas, en la costa patagónica.

Los diarios publicaron hace algún tiempo la llegada á Inglaterra del mayor general Carr Beresford, que hecho prisionero en la reconquista de Buenos-Ayres por las tropas de S. M. católica, y hallándose libre baxo palabra de honor, huyó en compañía del coronel Pack al territorio ocupado por los ingleses. Desde allí escribió al alcalde de primer voto de Buenos-Ayres D. Martin Alzaga, diciéndole, entre otras cosas: «No ignora usted el modo de que he sido tratado; la inobservancia de todas las promesas que se me hicieron de palabra y por escrito; que he sido enviado á lo interior del país, contra la expresa condición de ser restituido á Europa; que se me quitaron mis papeles, y se me pusieron centinelas de vista. En estas circunstancias no podia haber cosa que me ligara para no efectuar mi fuga..... Sin duda habian ustedes sabido la generosidad con que los ingleses han tratado á los habitantes de este pueblo (Montevideo): ustedes mismos ex-

perimentaron otro igual tratamiento por mi parte, y bien saben cómo se me ha pagado.»

El mayor Campbell, que llevó esta carta á Buenos-Ayres en calidad de parlamentario, lleva también otras 2 del almirante Sterling y del general Auchmuty, una para la real audiencia de dicha ciudad, y otra para el cabildo de la misma, que no era más que copia de la primera. En ella dicen que habiendo hallado con la mayor suavidad y consideración á los habitantes de Montevideo, esperaban que los prisioneros ingleses hubiesen sido tratados del mismo modo por una nación tan conocida por su honor y buena fe como la española. «Nos hemos engañado, continúan: sabemos por conducto seguro que á despecho de una solemne capitulación, han sido maltratados muchos prisioneros, asesinados algunos de ellos, privados todos de sus pagas, y conducidos tierra adentro, donde sufren las mayores incomodidades..... Nos es muy sensible haber de insinuar á ustedes que si no se cumple puntualmente la capitulación de Buenos-Ayres, y se restituyen a su destino anterior nuestros prisioneros, nos veremos obligados á enviar á los españoles que tenemos en nuestro poder á Inglaterra.—Tenemos justas causas para quejarnos de los habitantes de Buenos-Ayres; pero cuando consideramos lo que ya ha padecido esa ciudad, cesa nuestro enojo, y deseamos encarecidamente excusarla mayores perjuicios. Evitemos la dolorosa necesidad de marchar contra ella, de talarla, y de ser testigos de su ruina.—Ofrecemos á ustedes sus leyes, su religión y sus propiedades baxo la protección del gobierno inglés.»

***

A estas cartas oficiosas, dictadas por la sofistería más descarada, se dictaron las respuestas siguientes, inspiradas por la más acendrada lealtad y ardimiento, que siempre será el distintivo de los españoles:

Respuesta de la real audiencia á los comandantes generales Sterling y Auchmuty.

«Señores: Quando este tribunal considera el origen y motivos que han obligado á VV. EE. á dirigirle su carta de 26 de febrero próximo pasado, ni extraña sus solicitudes, ni le hacen efecto alguno sus amenazas. La vergonzosa fuga del señor general W. C. Beresford, y del coronel Pack, nuestros prisioneros, que han

abandonado su honor, y quebrantando la palabra que sobre él tenian dada se trasladaron clandestinamente á esa ciudad, es la causa de que VV. EE. se muestren penetrados de un texido de falsedades como el que contiene su citada carta. El mismo honor de VV. EE. se resiente de confesarlo; pero nosotros estamos convencidos de ello, y queremos hacerles la justicia de que no lo pueden negar.

Es en primer lugar falso que cuando esta ciudad fué reconquistada hubiese intervenido el menor pacto ó condición legítima que merezca este nombre entre el comandante de nuestras armas y el mayor general Beresford. Las capitulaciones se hacen siempre con las armas en las manos, mediando algún intervalo de suspensión entre tanto que se arreglan los artículos, y en ellos se conforman los principales contratantes: nada de esto intervino en nuestro caso, antes el mismo mayor general no puede negar, si procede de buena fe, que se rindió á discreción, y que no puso en exercicio aquellas demostraciones admitidas entre las naciones cultas para acreditarlo, sin necesidad de ocurrir á otros comprobantes ó justificaciones. Si dicho mayor general capituló, ¿á qué fin pudo conducir el haber arrojado la espada públicamente, como lo hizo después de haber visto que era de ningún fruto la bandera parlamentaria, y aun nuestro mismo pabellón, que sucesivamente izó en fortaleza donde se habia encerrado, y cuyos muros se empezaban á asaltar? Si después ha aparecido alguna capitulación, ese fué un pacto privado muy posterior á la rendición, obra de la astucia con que el mayor general logró sorprender la generosidad y buena fe del Sr. D. Santiago Liniers, á quien hizo creer algunos dias después de la reconquista, que semejante papel no surtirá otro efecto que el de ponerse á cubierto con su corte; y por último, lo que no tiene duda es que, hallándose este punto remitido á la decisión de nuestros Soberanos, nada podemos innovar, ni por consiguiente, los prisioneros ingleses deben salir de los destinos donde se hallan.

El mal trato de los oficiales y tropas es otra falsedad con que VV. EE. han sido sorprendidos y engañados. Para con los primeros, y principalmente con el mayor general, se han usado consideraciones que seguramente no hubieran logrado de ninguna otra nación: las pagas de sus asistencias han sido muy puntuales: sus equipajes se les han restituido íntegros, siendo constante que en ellos se contenia parte del dinero que tomaron á su entrada: han vivido en una libertad absoluta, á que no han sa-

bido corresponder, y de nuestras condescendencias no son pequeños los perjuicios que han resultado. Fué preciso sacarlos de esta ciudad, porque ya se advirtió en ellos una conducta no muy propia de hombres de honor; pero siempre dispensándoles cuantas comodidades y alivios cupieron en nuestro arbitrio. El mayor general fué destinado á Luján, lugar poco distante de esta capital, con otros 7 ú 8 oficiales escogidos por él, y allí fueron sus ocupaciones las mismas que había tenido en la ciudad. Su aplicación continua fué la seducción con artificios y disimulo á cuantos le trataban, fomentando un partido de insubordinación é independencia (bien que sin fruto), y constituyéndose en la clase de un verdadero reo de estado; y esto fué lo que obligó á que se tratase de internarlo con los oficiales que le acompañaban á otro país más distante, llegando nuestras consideraciones al extremo de que aun en semejantes circunstancias, para que sólo se moviesen de Luján 8 oficiales, incluso el mayor general, se gastaron 2.000 pesos, invirtiéndose mucha parte de esta suma en procurar la decencia y comodidad del último.

Si éste hubiese dicho á VV. EE. que desde el 27 de junio, en que esta ciudad tuvo la desgracia de que se posesionase en ella, dexó perecer y vivir cargados de miseria á todos los oficiales prisioneros sin socorrerlos con sólo un real, si les hubiese confesado sus delinqüentes ocupaciones, y si procediendo con la buena fe, que caracteriza al hombre honrado, les hubiese confesado lo que en orden á su tratamiento y el de sus oficiales queda expuesto, y se acreditará á las cortes de Europa con documentos incontestables, sin la menor duda habrían VV. EE. detestado su procedimiento, y su carta hubiera sido concebida en términos muy diferentes.

Es verdad que uno de los oficiales destinados á Luján fué muerto por algún malhechor de los que nunca faltan en todos los países, cuyo exceso dimanó de la falta de prudencia con que se conducían los oficiales, alejándose de sus destinos, sin hacerse respetar por medio de sus armas, que se les permitieron generosamente para iguales casos; pero no puede negar el mayor general quánto ha sido nuestro sentimiento y quántas las diligencias que se han practicado para descubrirlo y castigarlo, ni tampoco que desde entonces se pusieron á los demás algunos soldados para que los custodiasen y defendiesen sus personas de todo insulto, lo que no dexó de influir también para retirarlos á mayor distancia.

A la conducta que ha observado entre el mayor general Beresford, es muy conforme y consiguiente la oferta que VV. EE. nos hacen de nuestras leyes, religión y propiedades baxo la protección del gobierno inglés: esta es una ofensa con que VV. EE. lastiman el alto honor que, sin hacer la menor gracia, confiesan á nuestra nación, del que no podemos desentendernos: el carácter español sólo aprecia sus propiedades y vida para emplearlas en el servicio de su Rey. El vecindario de Buenos-Ayres es el más fiel á su Soberano de cuantos reconocen esta denominación, y agradablemente sujeto á ella, se lisongea con el deseo de sacrificarlo todo en obsequio de su lealtad: las tropas numerosas que le sostienen están dispuestas y preparadas á la más vigorosa defensa, sin que las avanzadas comunicaciones con que VV. EE. han creido debilitar el amor á nuestro Rey sean capaces de producir otro efecto que el de la justa indignación que dará á todos una nueva energía para resistir qualesquiera fuerzas con que intenten destruir nuestra felicidad.

Ultimamente no podemos omitir manifestar á VV. EE. que parecia muy conforme al decoro de la nación británica, que el mayor general Beresford y el coronel Pack se restituyesen á su prisión de honor, sobre cuyo particular hará la debida reclamación el señor comandante general de armas D. Santiago Liniers, con quien deberán VV. EE. entenderse en todas las materias de guerra, para lo que se halla legitimamente autorizado.

Dios guarde á VV. EE. muchos años. Buenos-Ayres 2 de Marzo de 1807.—Excmos. Sres.—Hay seis firmas de los señores oidores.—Excmos. Sres. Comandantes generales.»

***

Respuesta del ilustre cabildo de la ciudad de Buenos-Ayres.

«Aunque los motivos que VV. EE. alegan para hacer á esta ciudad la amenaza de talarla en su carta de 26 del pasado al señor gobernador de esta plaza, de que se sirven remitir copia al cabildo con fecha del mismo dia para que se entere de su contenido; aunque estos motivos fuesen ciertos, que no lo son, no era inferior la humanidad y generosidad que nosotros mostramos con los prisioneros del mayor general Beresford, á la que VV. EE. mostraron con ese pueblo después de tomado, si retrocedemos al origen y causa de la presente guerra; pues el hecho executado casi á la vista de Cádiz con las cuatro fragatas que

salieron de ese puerto, cargadas de familias y caudales baxo el seguro de uso firme por el año pasado de 1804, parece que nos daba derecho para no mirar á la nación de VV. EE. con la atención y consideraciones que se merecen las demás civilizadas de la Europa; pues fué aquel un insulto tan incivil, atroz y feroz que puede que la historia universal no presente otro en el discurso de los siglos, como los más bien intencionados de su nación lo han publicado.

A pesar de esto, y de que la capitulación de que se quiere prevaler el mayor general Beresford ha sido sólo adecuada ocultamente á efecto de salvarlo con su gobierno, como nuestro general llegó á decírselo en papel público; y él no se atrevió á contradecirlo, ni procuró jamás justificarlo de modo alguno, porque no tiene cómo hacerlo, habiendo sido su rendimiento á discreción á vista de todo este pueblo, sin que jamás se haya valido para con nosotros de esa supuesta capitulación para relevar sus tropas de ser enviadas á lo interior, y á pesar también de que es falso que no se les hayan dado asistencias y que se les haya tratado con rigor y crueldad, porque esto sólo lo puede decir el mayor general Beresford para cohonestar su ignominiosa fuga, no acordándose ó haciendo que no se acuerda de la inhumanidad que usó con nuestros prisioneros, negándoles todo auxilio y socorro á menos que se reduxesen á pasar á Londres, siendo muchos de ellos inválidos y hallándose los demás avecindados en esta ciudad con mujer é hijos, sin embargo de esto, y demás que se omite por no permitirlo la calidad del papel, se les ha tratado á todos en general, y particularmente al mayor general Beresford, con tanto decoro, urbanidad, franqueza y generosidad, que no dudamos afirmar puede muy bien ser que no lo haya pasado mejor en su propio país.

Baxo de este supuesto, que, en caso de dudarse de él se probará hasta la evidencia, vendrán VV. EE. en conocimiento de que no tienen derecho ni justa causa para tratar á la ciudad del modo que nos anuncian, ni nosotros razón alguna para ser infieles al más amable de los soberanos; estando en esta virtud prestos y aparejados para derramar hasta la última gota de nuestra sangre á efecto de hacer ver al mundo entero que en todas partes somos verdaderos españoles, fieles vasallos y amantes de la humanidad, aun con los que la han violado del modo que todo el orbe ha visto en el Cabo de Santa María. Dios guarde á VV. EE. muchos años. Sala capitular 2 de Marzo de 1807.—

Firmas de los alcaldes.—Sres. Excmos. Generales de mar y tierra.»

***

Oficio del comandante general D. Santiago Liniers.

«Excmos. Sres.: Siento que la primera vez que tengo el honor de escribir á VV. EE. sea con el triste motivo de tener que reconvenirles sobre los procederes de dos jefes de su nación, el mayor general Beresford y el teniente coronel del regimiento 71, quienes olvidados de los sentimientos del honor, han profugado contra su palabra y el juramento que otorgaron el día 6 de Septiembre próximo pasado, y el primero con la nota de haber propagado una insurrección en este país, en que la mayor parte de sus viles cómplices, ya baxo el yugo de la ley, pagarán pronto su horroroso delito, no habiendo servido semejante quebranto de la fe pública y del derecho de gentes sino á exaltar más y más el alto entusiasmo de todos los habitantes de esta ciudad, muy prontos y muy dispuestos á sepultarse baxo las cenizas de sus edificios antes que entregarse á otra dominación que la de su legítimo soberano.

El pretexto que alega el Sr. Carr Beresford de una pretendida capitulación, lo hallarán VV. EE. desvanecido en los adjuntos impresos; y sólo me ciño en éste á reclamar á VV. EE., por los derechos de la guerra estos dos prisioneros, que espero de su integridad me mandarán entregar, ó por lo menos habré cumplido con mi obligación en reclamarlos, y el mundo militar apreciará de qué parte está la justicia.

No contesto al señor Bererfosd por no tener qué añadir á lo que expreso ahora á VV. EE., á quienes sólo prevengo que siendo terminante é irrevocable la determinación de este pueblo, como se lo han manifestado sus moradores, y acabo de exponerlo, de defenderse hasta el último extremo, y hallándose bien aparejados para hacer memorable su defensa, excusan VV. EE. repetir nuevas intimaciones, en el concepto de que quedarán sin respuesta, y que sólo la fuerza de las armas y del valor deben decidir nuestra suerte. Dios guarde á VV. EE. muchos años. Buenos-Ayres 2 de Marzo de 1807.=Santiago Liniers.=Sres. Carlos Sterling y D. Samuel Auchmuty.»

***

Respuesta del alcalde de primer voto D. Martín Alzaga al mayor general Carr Beresford.

«La adhesión que V. S. muestra á este pueblo en su carta del 26 del pasado, de ningún modo conviene con los horrores y malos tratamientos que le imputa; pues si fuera cierto, no era èl digno del amor de V. S., ni V. S. tampoco le profesara la voluntad que blasona.

V. S. le echa en cara que ha infringido impunemente una solemne capitulación; pero ¿es posible que á este papel privado y confidencial le llame V. S. solemne capitulación? ¿Es capitulación la que se hace amistosamente y por género de compasión después de días de rendida y entregada la plaza, y en casa de un particular, á fuerza de ruegos y empeños? ¿V. S. sabe muy bien que esta es la calidad y fuerza que tiene ese papel. Pero quando la ciudad la hubiera infringido, ¿qué otra cosa hubiera hecho en ésto que seguir el exemplo de V. S? V. S. no violó, no alteró, no desfiguró la capitulación que se le presentó antes de entrar en la ciudad? V. S. también, entre otras infinitas cosas, ¿no faltó al depósito de los caudales que venían del Luján? Si por atención ó por sinceridad y generosidad española no se otorgaron sobre estos hechos instrumentos, ¿ha de ser este motivo para que un oficial de honor los niegue, quando hay otros de igual carácter que lo afirman y aseguran en la más solemne forma?

Si no se le permitió á V. S. pasar con sus tropas á Europa, y éstas fueron echadas á tierra adentro, ha sido, como V. S. sabe, porque Mr. Popham nunca quiso desamparar el río, y esperaba los socorros que V. S. propio había pedido al Cabo, para, reforzado con ellos, revolver contra nosotros.

¿Cómo quiere V. S. que siendo esto manifiesto le entregásemos sus tropas, que aunque rendidas notoriamente á discreción, se prevalían de una capitulación supuesta y falsa? Si después se dió orden para que V. S. y demás oficiales fuesen apartados de la inmediación de esta ciudad, V. S. ha tenido la culpa por andar, haciendo sordamente la guerra contra lo sagrado del juramento, seduciendo, inquietando y engañando hasta á nuestros mismos oficiales. Esta conducta tan impropia, tan indebida en un prisionero de guerra, no dexó de traslucirse en esta capital; y quando los superiores pudieran haber tomado otras providencias, se ciñeron á quitar la ocasión.

¿Qué tiene V. S. que extrañar, ni cómo puede censurar esta

conducta? Ella es tan moderada y equitativa, que aseguro que ninguno de los de su nación seria capaz de observarla en circunstancias tan críticas como en las que nosotros nos hallamos.

Por lo demás, el quejarse del mal trato no lo puedo atribuir si no á pretexto de evitarse V. S. la torpeza de su fuga, pues ventilado el negocio en riguroso examen, no tengo dificultad de asentar puede ser que nunca hayan prisioneros de guerra españoles experimentado mejor ni aun igual trato de la nación británica que el que se ha dado á V. S. y á los suyos entre nosotros; y ésto á impulsos de la generosidad española, sin acordarnos de la insensibilidad que V. S. mostró con nuestros prisioneros.

Tengo la satisfacción de que nada digo, en medio de ser tan poco, á proporción de lo que la materia ofrece, que no lo pueda probar, y que ello de por sí no se haga verosímil, y tengo también el honor de ofrecerme, sin embargo, con las veras propias de un hombre leal á la disposición de V. S., que celebraré, si partiere para Europa, sea con la felicidad que le deseo. Dios guarde á V. S. muchos años. Buenos-Ayres 2 de Marzo de 1807. Martín Alzaga.=Sr. D. W. E. Beresford.»

NUMERO 7

CAUSA DEL ESCORIAL

SENTENCIA

«En el Real Sitio de S. Lorenzo á 25 de Enero de 1808, el Ilmo. Señor Don Arias Antonio Mon, Decano Gobernador interino del Consejo; los Ilustrísimos Señores D. Gonzalo Josef de Vilches, Don Antonio Villanueva, Don Antonio González Yebra, y los Señores Marqués de Casa-García, Don Eugenio Manuel Alvarez Caballero, Don Sebastián de Torres, Don Domingo Fernández Campomanes, Don Andrés Lasanca, Don Antonio Alvarez de Contreras, y Don Miguel Alfonso Villagómez, Ministros del Consejo Real, nombrados por S. M. para sentenciar la causa formada contra los que se hallan presos con motivo de las ocurrencias con el Príncipe nuestro Señor: visto el proceso, con la acusación puesta por el Señor Fiscal más antiguo del mismo tribunal Don Simón de Viegas, nombrado al efecto por Real orden de 30 de Noviembre de último; en la que pretende se imponga á Don Juan Escoiquiz, Arcediano de Alcaraz, dignidad de la Iglesia de Toledo, y al Duque del Infantado, la pena de traidores que señala la ley de partida, y otras extraordinarias por infidelidad en el exercicio de sus empleos y destinos al Conde de Orgaz, Marqués de Ayerbe, Andrés Casaña, Don José González Manrique, Pedro Collado y Fernando Selgas, casilleres los dos últimos con destino al quarto de S. A. R., presos todos por esta causa, y lo pedido y expuesto por ellos en sus respectivas defensas y exposiciones, dixeron que debían de declarar y declararon no haberse probado por parte del Señor Fiscal los delitos comprehendidos en su citada acusación; y en su conseqüencia, que

debian absolver y absolvieron libremente de ella á los referidos Don Juan Escoiquiz, Duque del Infantado, Conde de Orgaz, Marqués de Ayerbe, Andrés Casaña, Don Josef González Manrique, Pedro Collado y Fernando Selgas, mandándolos poner en libertad: igualmente á Don Juan Manuel de Villena, Don Pedro Giraldo de Chaves, Conde de Bornos, y Manuel Ribero, presos también, aunque no comprehendidos en la referida acusación fiscal, por no resultar culpa contra ellos: declarando asimismo que la prisión que unos y otros han padecido no pueda ni deba perjudicarles ahora ni en tiempo alguna á la buena opinión y fama de que gozaban, ni para continuar en sus respectivos empleos y ocupaciones, y obtener las demás gracias á que la inalterable justicia y clemencia de S. M. los estime acreedores en lo sucesivo: y ordenaron que en cumplimiento de lo mandado por el Real decreto de 30 de Octubre de 1807, se imprima y circule esta sentencia, para que conste haberse desvanecido por las posteriores actuaciones judiciales los fundamentos que ocasionaron las providencias que en dicho Real decreto y el de 5 de Noviembre siguiente se expresaron. Póngase en noticia de S. M. esta sentencia, para que, si mereciese su Real aprobación, pueda llevarse á efecto; y así lo acordaron y firmaron.=Don Arias Mon.=Don Gonzalo Josef de Vilches.=Don Antonio Villanueva.=Don Antonio González Yebra.=El Marqués de Casa-García.=Don Eugenio Manuel Alvarez Caballero.=Don Sebastián de Torres.=Don Domingo Fernández de Campomanes.=Don Andrés Lasanca.=Don Antonio Alvarez de Contreras.=Don Miguel Alfonso Villagómez.»

NUMERO 8

CAUSA DEL ESCORIAL

D. Modesto Lafuente, que no se muestra conforme con los motivos de la sentencia, inserta en su Historia las opiniones de varios escritores que tampoco los creen fundados. Copia, para mejor exponerlas, párrafos enteros de las obras del Conde de Toreno, del autor de la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII, impresa en 1842* (D. Estanislao de Koska Bayo), de D. Antonio Benavides y de Thiers, *á quien, dice, siente tener que citar cuando habla de las cosas de España*, y en este caso, quizás, por hallar justa la sentencia el historiador francés.

NÚMERO 9

ESTADO DE FUERZA DE LAS DIVISIONES ESPAÑOLAS QUE COMPONÍAN EL EJÉRCITO DE PORTUGAL EN 1808.

ARMAS	REGIMIENTOS	FUERZA		
		Hombres.	Caballos.	Piezas.
DIVISION CARRAFA				
	División de Granaderos provinciales de Castilla la Vieja	1.796	»	»
Infantería de línea	Zaragoza	850	»	»
	Mallorca	1.819	»	»
Idem ligera	2.º de Cataluña	351	»	»
	Tarragona	633	»	»
	Gerona	620	»	»
	Barbastro	700	»	»
Total		6.769	»	»
Caballería	Príncipe	»	237	»
	Borbón	»	300	»
	Farnesio	»	146	»
	Alcántara	»	158	»
	España	»	150	»
	Calatrava	»	147	»
	Santiago	»	300	»
	Dragones de la Reina	»	428	»
	Numancia	»	150	»
	Olivenza	»	148	»
Total		»	2.164	»
Artillería	División de batalla	212	»	10
	Otra ídem ídem	212	»	10
Total		424	»	20
Ingenieros	Zapadores-minadores	400	»	»
RESUMEN				
Infantería		6.769	»	»
Caballería		»	2.164	»
Artillería		424	»	20
Ingenieros		400	»	»
Total		7.593	2.164	20

ARMAS	REGIMIENTOS	FUERZA		
		Hombres.	Caballos.	Piezas.
DIVISION SOLANO				
Infantería	Guardias españolas	800	»	»
	Idem Wallonas	833	»	»
	Tercera división de Granaderos provinciales de Andalucía	1.545	»	»
	Saboya	455	»	»
	Córdoba	580	»	»
	Burgos	800	»	»
	Murcia	1.832	»	»
	Ordenes militares	584	»	»
	Irlanda	353	»	»
Idem ligera	Valencia	685	»	»
	Campo-Mayor	680	»	»
Total		9 147	»	»
Caballería	Húsares de María Luisa	»	150	»
Artillería	División de batalla	199	»	12
	Idem ídem á pie	232	»	»
Total		431	150	12
RESUMEN				
Infantería		9.147	»	»
Caballería		»	150	»
Artillería		431	»	12
Total		9.578	150	12
DIVISION TARANCO				
Infantería de línea	División de Granaderos provinciales de Galicia	633	»	»
	Rey	761	»	»
	Príncipe	1.004	»	»
	Toledo	519	»	»
	León	789	»	»
	Aragón	1.098	»	»
	Voluntarios de la Corona	744	»	»
Idem ligera	Navarra	620	»	»
Total		6.168	»	»

ARMAS	REGIMIENTOS	FUERZA		
		Hombres.	Caballos.	Piezas.
Artillería	Artilleros á pie	315	»	12
Ingenieros	Zapadores	101	»	»
RESUMEN				
Infantería		6.168	»	»
Artillería		315	»	12
Ingenieros		101	»	»
Total		6.584	»	»
Total general		23.755	2.314	44

NÚMERO 10.

MOTIN DE ARANJUEZ

«Acababa el Rey de publicar la proclama en que se esforzó por tranquilizar á los españoles; mas por la tarde, la calma aparente que habia sucedido á la agitación cesó de repente y corrió de nuevo la noticia de que todo estaba dispuesto para la marcha de la familia real. Sabia yo que varios de los ministros que se oponian á la jornada habian remitido á los lugares próximos cartas circulares en que se advertia al pueblo de lo que pasaba y del inminente peligro que corria la patria. En efecto, estaban ya establecidos los relevos de ganado en el camino de Sevilla y habian sido embalados los equipajes de la Corte en todas las habitaciones de Palacio. Hombres que yo tenia algunas razones para suponer que eran emisarios, habiéndose esparcido por los grupos y las tabernas, aseguraban en todas partes que era cierta la evasión de la Corte y que Fernando, que se oponia á ella, habia dicho á un guardia de corps: «El viaje está decidido para esta noche; pero yo no partiré»; y que el guardia de corps habia repetido aquellas palabras á cuantos habian querido oirle. Ese rumor se difundió con rapidez extraordinaria y dió ocasión á grandes rumores. Nadie se atrevia á entregarse al sueño; los soldados abandonaban sus cuarteles y los vecinos de Aranjuez comenzaron á patrullar sin autorización para ello. La casa del príncipe de la Paz estaba defendida por sus propios guardias, que tenian una consigna especial; la guardia de Palacio tenia otra. Hacia media noche se oyeron dos tiros de fusil, y en el estado de fermentación en que se hallaban los espíritus, la menor chispa bastaba para producir un incendio. El desorden llegó á hacerse extraordinario; las tropas que habian llegado por la tar-

de principiaron á mezclarse con el pueblo, y unos y otros, animándose mutuamente, hicieron que la insurrección llegase á ser general. Era claramente perceptible que el príncipe de la Paz era el objeto de ella: me introduje entre algunos de ellos y oí distintamente gritos que amenazaban de muerte á Godoy. Algunos hombres, más animosos que los demás, lograron por fin arrastrar la multitud hacia su casa, que fué inmediatamente atacada. Los húsares de su guardia rompieron el fuego sobre los primeros grupos que se presentaron, lo que, lejos de desanimar á los amotinados, no hizo sino inspirarles mayor atrevimiento. Los gritos de *¡viva el Rey! ¡viva la Reina! ¡muera Godoy!* se dejaron oir por todas partes, poniéndose los soldados y varios guardias de corps á la cabeza del movimiento. Se dispersó y se degolló á los guardias; se esparcieron los amotinados por las habitaciones y buscaron al objeto del odio público, con un furor tanto más violento, cuanto que había estado contenido durante muchos años. Pero la resistencia de la guardia dió á Godoy tiempo para sustraerse al furor del populacho. Estaba en cama en el momento en que fué atacada la casa y se levantó precipitadamente: con ayuda de alguna de sus gentes y con un disfraz que le hacia parecer de la clase del pueblo, llegó á lo más alto de su palacio y pudo refugiarse en la buhardilla de una casa próxima con uno de sus criados. Allí se quedó solo, y envuelto en una estera permaneció escondido más de treinta y dos horas. Los insurrectos, viendo que eran infructuosas sus pesquisas, se pusieron á romper los muebles más preciosos; las alhajas fueron entregadas á las llamas como testimonios odiosos de una grandeza mal adquirida; pero nadie se aprovechó de ocasión tan favorable para el robo y la avaricia; las condecoraciones, los collares, los signos distintivos que por su riqueza pudieran tentar al pueblo ó provocar su indignación por haber servido al esplendor de un hombre poderoso y detestado, fueron cuidadosamente conservados y remitidos el día siguiente al Rey mismo. Cajas llenas de diamantes y lingotes de oro y plata fueron llevados á la casa de moneda con exactitud escrupulosa, y, en fin, aquella horrible noche, en que desencadenado el pueblo parecía no conocer ni freno ni deber, hubo para la esposa y la hija del Favorito todas las muestras de respeto y consideración que merecía su rango, siendo, no sólo respetadas, sino que también conducidas como en triunfo al Palacio real. El Rey y la Reina se mantuvieron sin acostarse toda la noche. El Rey se

habia mostrado al pueblo desde el balcón de Palacio y le habia tranquilizado ofreciéndole la seguridad de que no emprenderia ningún viaje. Carlos y la Reina, habiendo visto que el Principe de Asturias parecía ser objeto del amor del pueblo, suplicaron á su hijo que interpusiera su autoridad en favor de Godoy, convencidos de que su sola mediación bastaria para salvarle. A la primera noticia de aquellos sucesos, el embajador de Francia llegó de Madrid á las cinco de la mañana y se trasladó inmediatamente al lado de SS. MM.»

«Entre tanto no se habia saciado el furor del pueblo, que estaba impaciente por ahogar su rabia en la sangre de Godoy. Todas las casas próximas á su palacio habian sido sucesivamente registradas y no se sabia cómo calmar á la multitud. El rey Carlos IV y la Reina se mantenian en la mayor ansiedad: aquella terrible noche habia sido para ellos una especie de suplicio; pero se ocupaban menos de su propia seguridad que de la muerte de su indigno Favorito. La Reina, sobre todo, enviaba cada cuarto de hora á saber cuanto sucedia y qué era de Godoy. Convencido de que nada podria calmar al pueblo, Carlos IV, de acuerdo con la Reina, hubo de recurrir de nuevo al Príncipe de Asturias como al único que podria apaciguar el tumulto; y á las cinco y media de la mañana apareció el Principe en el balcón de Palacio anunciando que el Rey participaba de la indignación general contra el primer ministro, con lo que el furor del pueblo cesó al instante para dar lugar á las manifestaciones de su amor más ardiente hacia el heredero de la corona. Los soldadas volvieron á sus banderas; dos compañias de guardias españolas y wallonas ocuparon la puerta de la casa del Grande Almirante; se situaron algunos piquetes de soldados en las avenidas del Palacio real para separar la muchedumbre y restablecer el orden, que, con efecto, pareció restablecerse poco á poco.»

Por la relación de esta primera parte del motin de Aranjuez, hecha por Chemineau, testigo presencial y todo, tan interesado, además, en ser intérprete fiel de tan graves acontecimientos para con el gobierno francés y el Emperador sobre todo, que buscaba con tanto ahinco datos exactos en que apoyar sus ulteriores proyectos, comprenderá el lector que no merecen fe ciega narraciones hechas sin el conocimiento exacto de los lugares ni de los hombres que en ellos han actuado, en las condiciones en que escribió la suya el escritor francés de quien la hemos traducido. Su

calidad de extranjero, el ser de noche al tiempo de aquel primer episodio del motin y su atención á cuanto pudiera acontecer en Palacio, le debieron inducir en los errores que se hacen notar en el relato de Chemineau. Por eso no lo continuamos, para dar lugar al de D. L. G., más exacto, y en último término, al del conde de Toreno, escrito con el conocimiento personal de cuantos tomaron parte más ó menos activa en un suceso verdaderamente decisivo en la suerte de la monarquía española de principios del siglo.

***

Relación de D. L. G.

«Jueves 17. A las seis de la mañana nos encontramos con todos los Guardias de Corps, que han venido de Madrid, formados en esquadrones con Estandartes y Artillería: dos batallones de Infantería, uno de Españoles, y otro de Walonas; toda la guardia de honor del Almirante con sus Xefes respectivos, y 4.000 hombres de Infantería Suiza, que deben entrar en el resto del dia: tambien se dice que aguarden á los Carabineros Reales, que se hallan en Ocaña: se ha dicho que el Rey al tiempo de asomarse en las ventanas de su habitacion, se sorprendió al ver la tropa, porque S. M. carecia de antecedentes: se encontró un Pasquin, y al tiempo que se agolpaba la gente para leerlo, llegó un Escribano público y lo arrancó: se ha dicho que hoy empiezan á entrar las tropas Franceses en Madrid; pero el pueblo está algo consolado, porque aseguran no se marcharán SS. MM. A las 11 de la mañana se presentó en la corte de la Reyna nuestra Señora el Embaxador de Francia, y el Duque de Frias, que tambien ha llegado de Paris, donde se hallaba de Embaxador extraordinario, y al pueblo le ha servido la llegada de estos Señores de la mayor satisfaccion.

Viernes 18. Hoy se puede decir que amaneció el Iris de Paz, para toda la vasta extension de la Monarquia Española; dia memorable, que hará epoca en la posteridad, y se debia señalar en la nota cronologica del Reyno, como una de las más singulares y extraordinarias de la historia. Huyó el tirano y opresor de la humanidad nacional. A las 12 de la noche de resultas de unos tiros se conmovió el pueblo, y se dixo habia hecho fuga el Almirante; toda la tropa sobre las armas, y el pueblo desenfrenado, encaminóse á la casa de su habitacion: se presentaron á la Prin-

cesa su muger, quien se arrodilló pidiendo misericordio en compañia de sus Damas; el pueblo la tomó en sus brazos y á la niña; la baxaron al patio, y en uno de los coches la metieron, y la llevaron á Palacio en triunfo, donde la dexaron, asegurándola que el odio y aborrecimiento no era á ella, sino á su marido: empezaron á saquear la casa, y en pocos minutos no dexaron arañas, espejos, cristales, reloxes, adornos, colgaduras, camas, mesas y toda clase de viveres, arrancando persianas, y rompiendo cristales de balcones y ventanas.

Las Veneras y Cruces que adornaban su persona, como que estaba condecorado con todas las de España, y varias Cortes extrangeras, las pusieron en una bandexa, y las llevaron á Palacio. El pueblo empezó á clamar por ver al Rey; en esto salió el Príncipe de Asturias, y les aseguró que su Papá se hallaba desazonado, por cuyo motivo no salia; lo victorearon, y se retiró el Príncipe.

A las cinco y media de la mañana se vió al pueblo lleno de gozo y alegria en calles, balcones, ventanas y plazas, dando gracias á Dios; enfrente de la casa del Almirante habia dos compañías, una de Guardias Españolas, y otra de Walonas, descansando sobre las armas, y la casa llena de plebe, que seguia en el saqueo; pero con mucha orden, y sin confusion, ni estrépito. Despues se vió en la cabeza del Puente de barcas por la parte de adentro un Piquete de Guardias de Córps; en la puerta del jardin de la Isla, inmediato á dicho Puente, dos compañias, una de Españolas y otra de Walonas, descansando sobre las armas.

A las siete y media de la mañana salieron á los balcones los Reyes y Príncipe nuestros Señores, y toda la familia Real; aquí empezó el pueblo un victoreo general, viva el Rey, la Reyna, el Príncipe de Asturias, y la tropa. Los sombreros por el aire, y en la mano formaban una vista de las más agradables, junto con el llanto, con los sollozos y alegria de toda clase de gentes y sexos: el Rey hizo acatamiento al pueblo, y se retiró. El Infante Don Antonio tiró el sombrero al aire, y lo cogió como una pelota.

Al tiempo de retirarse los Reyes y personas Reales repitió el pueblo sus vivas y aclamaciones aunque roncos, pues ya no podian articular palabra.

Media hora antes que salieran los Reyes al balcon, se leyó una proclama á la tropa, en que S. M. exoneraba al Príncipe de la Paz en todos sus empleos y mandos, y al concluirse victoreó el pueblo la providencia.

A D. Diego Godoy, Duque de Almodovar del Campo, y Coronel de Guardias Españolas lo cogieron en un rincon de la casa de su hermano, lo llevaron preso al quartel de Guardias Españolas, le arrancaron las insignias de las órdenes y la banda de General, y todo lo entregaron á un Coronel.

A las 8 de la mañana ya estaban cerrando las puertas y ventanas de la casa del Almirante, porque la habitacion estaba bien saqueada, pero no le han puesto fuego, ni quemado nada.

Dicen que toda la accion se debe á los Guardias de Corps, quienes dieron la primera voz al pueblo para ponerlo en movimiento.

Quando el Principe de Asturias se presentó al pueblo á la madrugada, gritaron que no lo conocian, entónces tomó su Alteza dos luces, una en cada mano, y las arrimó á su cara; entónces gritó el pueblo: ya conocemos á su Alteza, y puede retirarse.

Al Principe de Castel Franco, D. T. Sangra, actual Coronel de Guardias Walonas, lo han hecho Comandante de la tropa de Casa Real, y este y Ruchena han recibido enhorabuenas públicas esta mañana en la plaza de Palacio.

No se ha notado, ni experimentado ninguna desgracia: en todo ha reynado el mejor orden, quietud y sosiego.

Quando el pueblo llevó y tiró del coche á la Princesa de la Paz á Palacio, la entregaron á dos Oficiales de Guardias, quienes la tomaron del brazo; y habiendo preguntado por la niña, inmediatamente le dixeron: «Aquí la tiene V. A.», y un Guardia de Corps la tenia en sus brazos.

Hoy no han salido SS. MM. ni ninguna persona Real: la tarde ha estado quieta y tranquila.

Sabado 19. Toda la noche pasada han seguido rondando este Sitio los Guardias de Corps, Usares Españoles y Walones: se observó tranquilidad, y amaneció quieto el pueblo.

Hoy se ha representado un hecho trágico y funesto por las circunstancias: á las 10 de la mañana tocaron la generala; todos corrian diciendo «ya se ha preso al Principe de la Paz en su casa.» Inmediatamente se puso toda la tropa sobre las armas, y cercaron la casa.

El Principe de la Paz se mantuvo escondido en su casa desde el Jueves en la noche: el hambre y sed que padecia le obligó á asomarse á los cristales de una guardilla; le vió por casualidad un paysano, y gritó al pueblo: en el acto se conmovieron todos, y la tropa no los dexó entrar, temiendo, con razon, lo asesinasen.

Salió el reo de su casa á pie enmedio de un piquete de Guardias de Corps; estos lo llevan enmedio de dos caballos, agarrado cada Guardia del cuello de la levita, y él sostenido con ambas manos de las bridas de los caballos: iba con el cuerpo inclinado, y todo el pueblo pedia á voces su cabeza: le dieron una cuchillada en la cara, un fuerte palo en las espaldas, y una pedrada en la boca, de cuyas resultas empezó á desangrarse por boca y narices; y sin embargo de la mucha tropa que se juntó despues; no podia evitar esta que lo maltratasen: era un objeto digno de compasion ver á un hombre que el Miercoles 16 mandaba la Monarquía, se le hacia guardia con bandera, salia con batidores, y verlo hoy indefenso, preso y humillado; y á pesar de estar tan abatido el pueblo le queria beber la sangre. Quando llegó á la plaza del quartel de Guardias de Corps ya el pueblo no cabia, por la casualidad de ser dia feriado, y la voz que corrió de su fuga; fue mucha la plebe que se reunió aqui, no solo de los pueblos de la Mancha, sino tambien de Madrid. Despues lo metieron en el quartel, y le pusieron una guardia de 12 hombres, un Oficial, un Cadete y 28 centinelas dentro y fuera. A las diez y media de la mañana vino el Principe de Asturias á pie, y fue vitoreado del pueblo. Inmediatamente entró S. A. en el quartel, y asi que se asomó á una ventana, volvió el pueblo á manifestar su regocijo con vivas y aclamaciones: pidió S. A. un momento de silencio, y habló al pueblo diciendo: «Señores, yo respondo por este hombre, se le formará la causa, y será castigado con arreglo á la gravedad de sus delitos.» Inmediatamente el pueblo lo victoreó. Hasta tres veces habló S. A. con el pueblo lo mismo que la vez primera, y pidiendo se retirasen. A las 11 empezaron las tropas á batir marcha, salió S. A. del quartel, se dirigió á Palacio, y le siguió el pueblo. La plaza se llenó de gente, y se mantuvo la tropa formada: á las 12 mandó S. A. decir al pueblo se retirase, y empezó á desfilar.

A las tres y quarto de la tarde hubo otro nuevo alboroto; tocan la generala, se reune la tropa, y todo el pueblo se agolpó al quartel de Guardias de Corps, donde estaba el reo: se esparció el rumor de que un coche de colleras que estaba á la puerta del quartel era para conducir al reo á Granada. El pueblo maltrató el coche, mataron una mula, cortaron los tirantes, y pedian la cabeza de Godoy: á las tres y media se presentó el Principe de Asturias á caballo, y aseguró y protestó al pueblo lo mismo que esta mañana: fué muy victoreado S. A. y á los 12 minutos se retiró, pero el pueblo no le siguió.

A las quatro y media se cambió la escena: llega un Guardia que venia de Palacio á galope escapado, y dice al inmenso pueblo: «Señores, el Rey Padre ha renunciado la corona en su hijo, y este ya está coronado.» Todo el pueblo gritó: Viva el Rey nuestro Señor Fernando VII, y se encaminó á la plaza de Palacio, dexando libre la del quartel de Guardias. Asi que llegó la tropa salió el nuevo Rey al balcon principal de Palacio solo, sin que le acompañase ninguna persona Real; luego que se dexó ver, se volvió loco el pueblo de júbilo, gozo y placer: la tropa hizo lo mismo, y los Walones baylaban contradanzas de alegria. S. M. el nuevo Rey suplicó y obtuvo del pueblo se retirase, repitiendole que respondia por el reo.

Inmediatamente se fixaron decretos en los parages públicos [1], diciendo: que el Rey Padre renunciaba su Corona en su hijo el Principe, á causa de su quebrantada salud, y lo mal que le probaba este clima.

El pueblo pasó al jardin de la Isla, cortó ramos, y luego fué á la plaza del quartel de Guardias de Corps, les pidió los sombreros, y al lado de la escarapela les puso un ramo verde y se fué.

De cinco y media á seis estuvieron besando la mano al nuevo Rey los Xefes, Ministros, é individuos de la servidumbre.»

***

Relación del conde de Toreno.

«Avisos anteriores á éste y no menos ambiguos ponian á la corte de Aranjuez en extremada tribulacion. Sin embargo, es de creer que cuando el 16 dió el rey la proclama en que públicamente desmentia las voces de viage, dudó por un instante llevarle ó no á efecto, pues es mas justo atribuir aquella proclama á la perplejidad y turbacion propia de aquellos dias, que al premeditado pensamiento de engañar bajamente á los pueblos de

1 Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por mas tiempo el grave peso del gobierno de mis Reynos, y me sea preciso para reparar mi salud y gozar en clima mas templado de la tranquilidad de la vida privada; he determinado abdicar mi Corona en mi heredero y muy caro hijo el Príncipe de Asturias: por tanto es mi Real voluntad que sea reconocido y obedecido como Rey y Señor natural de todos mis Reynos y Dominios; y para que este mi Real decreto de libre y espontanea abdicacion tenga exàcto y debido cumplimiento lo comunicareis á quien corresponda. Aranjuez 19 de Marzo de 1808.=A D. Pedro Cevallos.

Madrid y Aranjuez. Continuando no obstante los preparativos de viage, y siendo la desconfianza de los que gobernaban fuera de todo término, se exparció de nuevo y repentinamente en el sitio que la salida de SS. MM. para Andalucia se realizaria en la noche del 17 al 18. La curiosidad junto probablemente con oculta intriga habia llevado á Aranjuez de Madrid y sus alrededores muchos forasteros cuyos semblantes anunciaban siniestros intentos: las tropas que habian ido de la capital participaban del mismo espíritu, y ciertamente hubieran podido sublevarse sin instigacion especial. Aseguróse entonces que el príncipe de Asturias habia dicho á un guardia de corps en quien confiaba «esta noche es el viage, y yo no quiero ir,» y se añadió que con el aviso cobraron mas resolucion los que estaban dispuestos á impedirle. Nosotros tenemos entendido que para el efecto advirtió S. A. á D. Manuel Francisco Jáuregui amigo suyo, quien como oficial de guardias pudo facilmente concertarse con sus compañeros de inteligencia ya con otros de los demas cuerpos. Prevenidos de esta manera, el alboroto hubiera comenzado al tiempo de partir la familia real; una casualidad le anticipó.

Puestos todos en vela rondaba voluntariamente el paisanage durante la noche, capitaneándole disfrazado, bajo nombre de tio Pedro, el inquieto y bullicioso conde del Montijo, cuyo nombre en adelante casi siempre estará mezclado con los ruidos y asonadas. Andaba asimismo patrullando la tropa, y unos y otros custodiaban de cerca, y observaban particularmente la casa del príncipe de la Paz. Entre once y doce salió de ella muy tapada Doña Josefa Tudó, llevando por escolta á los guardias de honor del generalísimo: quiso una patrulla descubrir la cara de la dama, la cual resistiéndolo excitó una ligera reyerta, disparando al aire un tiro uno de los que estaban presentes. Quien afirma fue el oficial Tuyols que acompañaba á Doña Josefa para que vinieran en su ayuda, quien el guardia Merlo para avisar á los conjurados. Lo cierto es que estos lo tomaron por una señal, pues al instante un trompeta apostado al intento tocó á caballo, y la tropa corrió á los diversos puntos por donde el viage podia emprenderse. Entonces y levantándose terrible estrépito, gran número de paisanos, otros transformados en tales, criados de palacio y monteros del infante Don Antonio, con muchos soldados desvandados, acometieron la casa de Don Manuel Godoy, forzaron su guardia, y la entraron como á saco, escudriñando

por todas partes, y buscando en balde al objeto de su enfurecida rabia. Creyóse por de pronto que á pesar de la extremada vigilancia se habia su dueño salvado por alguna puerta desconocida ó escusada, y que ó habia desamparado á Aranjuez, ú ocultádose en palacio. El pueblo penetró hasta lo más escondido, y aquellas puertas antes solo abiertas al favor, á la hermosura y á lo mas brillante y escojido de la corte, dieron franco paso á una soldadesca desenfrenada y tosca, y á un populacho sucio y desaliñado, contrastando tristemente lo magnífico de aquella mansion con el descuidado arreo de sus nuevos y repentinos huéspedes. Pocas horas habian transcurrido cuando desapareció tanta desconformidad, habiendo sido despojados los salones y estrados de sus suntuosos y ricos adornos para entregarlos al destrozo y á las llamas. Repetida y severa leccion que á cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes. El pueblo si bien quemó y destruyó los muebles y objetos preciosos, no ocultó para sí cosa alguna, ofreciendo el ejemplo del desinterés mas acendrado. La publicidad siendo en tales ocasiones un censor inflexible, y uniéndose á un cierto linage de generoso entusiasmo, enfrena al mismo desorden, y pone coto á algunos de sus excesos y demasías. Las veneras, los collares y todos los distintivos de las dignidades supremas á que Godoy habia sido ensalzado, fueron preservados y puestos en manos del rey; poderoso indicio de que entre el populacho habia personas capaces de distinguir los objetos que era conveniente respetar y guardar, y aquellos que podian ser destruidos. La princesa de la Paz mirada como víctima de la conducta doméstica de su marido, y su hija fueron bien tratadas y llevadas á palacio tirando la multitud de su berlina. Al fin restablecida la tranquilidad volvieron los soldados á sus cuarteles, y para custodiar la saqueada casa se pusieron dos compañías de guardias españolas y walonas con alguna más tropa que alejase al populacho de sus avenidas.

La mañana del 18 dió el rey un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, y permitiéndole escoger el lugar de su residencia. Tambien anunció á Napoleon esta resolucion que en gran manera le sorprendió. El pueblo arrebatado de gozo con la novedad corrió á palacio á victorear á la familia real que se asomó á los balcones conformándose con sus ruegos. En nada se turbó aquel dia el público sosiego sino por el arresto de Don Diego Godoy, quien

despojado por la tropa de sus insignias fue llevado al cuartel de guardias españolas, de cuyo cuerpo era coronel: pernicioso ejemplo entonces aplaudido y despues desgraciadamente renovado en ocasiones mas calamitosas.

Parecia que desbaratado el viage de la real familia y abatido el príncipe de la Paz, eran ya cumplidos los deseos de los amotinados; mas todavia continuaba una terrible y sorda agitacion. Los reyes temerosos de otra asonada, mandaron á los ministros del despacho que pasasen la noche del 18 al 19 en palacio. Por la mañana el príncipe de Castel-franco y los capitanes de guardias de corps, conde de Villariezo y marqués de Albudeite, avisaron personalmente á SS. MM. que dos oficiales de guardias con la mayor reserva y bajo palabra de honor acababan de prevenirles que para aquella noche un nuevo alboroto se preparaba mayor y mas recio que el de la precedente. Habiéndoles preguntado el marques Caballero si estaban seguros de su tropa, respondieron encogiéndose de hombros «que solo el príncipe de »Asturias podia componerlo todo». Pasó entonces Caballero á verse con S. A., y consiguió que trasladándose al cuarto de sus padres les ofreciese que impediria por medio de los segundos gefes de los cuerpos de la casa real la repeticion de nuevos alborotos, como tambien el que mandaria á varias personas, cuya presencia en el sitio era sospechosa, que regresasen á Madrid, disponiendo al mismo tiempo que criados suyos se esparciesen por la poblacion para acabar de aquietar el desasosiego que aun subsistia. Estos ofrecimientos del príncipe dieron cuerpo á la sospecha de que en mucha parte obraban de concierto con él los sediciosos, no habiendo habido de casual sino el momento en que comenzó el bullicio, y tal vez el haber despues ido más allá de lo que en un principio se habian propuesto.

Tomadas aquellas determinaciones no se pensaba en que la tranquilidad volveria á perturbarse, é inesperadamente á las diez de la mañana se suscitó un nuevo y estrepitoso tumulto. El príncipe de la Paz, á quien todos creian lejos del sitio, y los reyes mismos camino de Andalucía, fue descubierto á aquella hora en su propia casa. Cuando en la noche del 17 al 18 habian sido asaltados sus umbrales, se disponia á acostarse, y al ruido, cubriéndose con un capote de bayeton que tuvo á mano, cogiendo mucho oro en sus bolsillos y tomando un panecillo de la mesa en que habia cenado, trató de pasar por una puerta escondida á la casa contigua que era la de la duquesa viuda de Osu-

na. No le fue dado fugarse por aquella parte, y entonces se subió á los desvanes, y en el mas desconocido se ocultó metiéndose en un rollo de esteras. Alli permaneció desde aquella noche por el espacio de 36 horas privado de toda bebida y con la inquietud y desvelo propio de su critica y angustiada posicion. Acosado de la sed tuvo al fin que salir de su molesto y desdichado asilo. Conocido por un centinela de guardias walonas que al instante gritó á las armas, no usó de unas pistolas que consigo traia, fuera cobardia ó más bien desmayo con el largo padecer. Sabedor el pueblo de que se le habia encontrado se agolpó hácia su casa, y hubiera alli perecido si una partida de guardias de corps no le hubiese protegido á tiempo. Condujéronle estos á su cuartel, y en el tránsito acometiéndole la gente con palas, estacas y todo género de armas é instrumentos procuraba matarle ó herirle buscando camino á sus furibundos golpes por entre los caballos y los guardias, quienes escudándole le libraron de un trágico y desastroso fin. Para mayor seguridad, creciendo el tumulto, aceleraron los guardias el paso, y el desgraciado preso en medio y apoyándose sobre los arzones de las sillas de dos caballos seguia su levantado trote hijadeando, sofocado y casi llevado en vilo. La travesía considerable que desde su casa habia al parage adonde le conducian, sobre todo teniendo que cruzar la espaciosa plazuela de San Antonio, hubiera dado mayor facilidad al furor popular para acabar con su vida, si temerosos los que le perseguian de herir á alguno de los de la escolta no hubiesen asestado sus tiros de un modo incierto y vacilante. Asi fue que aunque magullado y contuso en varias partes de su cuerpo, solo recibió una herida algo profunda sobre una ceja. En tanto avisado Cárlos IV de lo que pasaba ordenó á su hijo que corriera sin tardanza y salvara la vida de su malhadado amigo. Llegó el principe al cuartel adonde le habian traido preso, y con su presencia contuvo á la multitud. Entonces diciéndole Fernando que le perdonaba la vida, conservó bastante serenidad para preguntarle á pesar del terrible trance «si era ya rey» á lo que le respondió «todavía no, pero luego lo seré.» Palabras notables y que demuestran cuán cercana creia su exaltacion al solio. Aquietado el pueblo con la promesa que el principe de Asturias le reiteró muchas veces de que el preso seria juzgado y castigado conforme á las leyes se dispersó y se recogió cada uno tranquilamente á su casa. Godoy desposeido de su grandeza volvió adonde habia habitado antes de comenzarse aquella, y

maltratado y abatido quedó entregado en su soledad á su incierta y horrenda suerte. Casi todos á excepcion de los reyes padres le abandonaron. que la amistad se eclipsa al llegar el nublado de la desgracia. Y aquel á cuyo nombre la mayor parte de la monarquía todavia temblaba, echado sobre unas pajas y hundido en la amargura, era quizá mas desventurado que el mas desventurado de sus habitantes. Asi fue derrocado de la cumbre del poder este hombre que de simple guardia de corps se alzó en breve tiempo á las principales dignidades de la corona, y se vió condecorado con sus órdenes y distinguido con nuevos y exorbitantes honores. ¿Y cuáles fueron los servicios para tanto valimiento; cuáles los singulares hechos que le abrieron la puerta y le dieron suave y fácil subida á tal grado de sublimada grandeza? Pesa el decirlo. La desenfrenada corrupcion y una privanza fundada, ¡oh baldon! en la profanación del tálamo real. Menester seria que retrocediésemos hasta Don Beltran de la Cueva para tropezar en nuestra historia con igual mancilla, y aun entonces si bien aquel valido de Enrique IV principió su afortunada carrera por el modesto empleo de page de lanza, y se encaminó como Godoy por la senda del deshonor régio, nunca remontó su vuelo á tan desmesurada altura, teniendo que partir su favor con Don Juan Pacheco, y cederle á veces al temido y fiero rival.

Encerrado el principe de la Paz en el cuartel de guardias de corps, y retirado el pueblo, como hemos dicho, á instancias y en virtud de las promesas que le hizo el principe de Asturias, se mantuvo quieto y sosegado, hasta que á las dos de la tarde un coche con seis mulas á la puerta de dicho cuartel movió gran bulla, habiendo corrido la voz que era para llevar al preso á la ciudad de Granada. El pueblo en un instante cortó los tirantes de las mulas y descompuso y estropeó el coche.

El rey Cárlos y la reina María Luisa sobrecogidos con las nuevas demostraciones del furor popular, temieron peligrase la vida de su desgraciado amigo. El rey achacoso y fatigado con los desusados bullicios, persuadido ademas por las respetuosas observaciones de algunos que en tal aprieto le representaron como necesaria la abdicación en favor de su hijo, y sobre todo creyendo juntamente con su esposa que aquella medida seria la sola que podria salvar la vida á Don Manuel Godoy, resolvió convocar para las siete de la noche del mismo dia 19 á todos los ministros del despacho y renunciar en su presencia la corona,

colocándola en las sienes del príncipe heredero. Este acto fue concebido en los términos siguientes: «Como los achaques de »que adolezco no me permiten soportar por mas tiempo el grave »peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar »mi salud gozar en un clima mas templado de la tranquilidad »de la vida privada, he determinado despues de la mas seria de»liberacion abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro »hijo el príncipe de Asturias. Por tanto es mi real voluntad que »sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos »y mis reinos y dominios. Y para que éste mi real decreto de li»bre y espontánea abdicacion, tenga su éxito y debido cumpli»miento, lo comunicareis al consejo y demás á quien correspon»da.=Dado en Aranjuez á 19 de marzo de 1808.=Yo el rey.= »A Don Pedro Cevallos.»

Divulgada por el sitio la halagüeña noticia, fue indecible el contento y la alegría; y corriendo el pueblo á la plazuela del palacio, al cerciorarse de tamaño acontecimiento unánimemente prorrumpió en víctores y aplausos. El príncipe despues de haber besado la mano á su padre se retiró á su cuarto en donde fue saludado como nuevo rey por los ministros, grandes y demas personas que allí asistian.

En Madrid se supo en la tarde del 19 la prision de Don Manuel Godoy, y al anochecer se agrupó y congregó el pueblo en la plazuela del Almirante, asi denominada desde el ensalzamiento de aquel á esta dignidad, y sita junto al palacio de los duques de Alba. Allí levantando gran gritería con *vivas* al rey y *mueras* contra la persona del derribado valido, acometieron los amotinados su casa inmediata al parage de la reunion y arrojando por las ventanas muebles y preciosidades, quemáronlo todo sin que nada se hubiese robado ni escondido. Despues distribuidos en varios bandos, y saliendo otros de puntos distintos con hachas encendidas repitieron la misma escena en varias casas, y señaladamente recibieron igual quebranto en las suyas la madre del príncipe de la Paz, su hermano Don Diego, su cuñado marqués de Branciforte, los ex-ministros Alvarez y Soler, y Don Manuel Sixto Espinosa, conservándose en medio de las bulliciosas asonadas una especie de órden y concierto.

Siendo universal el júbilo con la caida de Godoy, fue colmado entre los que supieron á las once de la noche que Cárlos IV habia abdicado. Pero como era tarde la noticia no cudió bastantemente por el pueblo hasta el dia siguiente domingo, confir-

mándose de oficio por carteles del consejo que anunciaban la exaltacion de Fernando VII. Entonces el entusiasmo y gozo creció á manera de frenesí, llevando en triunfo por todas las calles el retrato del nuevo rey, que fue al último colocado en la fachada de la casa de la Villa. Continuó la algazara y la alegría toda aquella noche del 20; pero habiéndose ya notado en ella varios excesos fueron inmediatamente reprimidos por el consejo, y por orden suya cesó aquel nuevo género de regocijos.»

NÚMERO 11

Carta del marqués Caballero en 15 de mayo de 1815 al autor de estas Memorias.

«Señor D. Juan Nellerto: Muy señor mio y amigo: He leido las Memorias que Vmd. ha escrito é impreso para la Historia de la revolucion española; y conociendo su carácter sincero, y amante de la exactitud de los hechos; no puedo menos de escribir á Vmd. ésta para rectificar dos muy importantes, de los que uno de ellos perjudica á mi honor que no debo exponerlo con el silencio, y concluiré con decir algo sobre la nota folio 164 del tomo 2.° lo que me parece que no llevará Vmd. á mal.

En el 2.° tomo página 145 se lee lo siguiente: «En órden á si »la revolucion de Aranjuez fué dirigida ó no á poner á Carlos IV »en estado de disgustarse del trono, merece memoria particular »en la historia, un hecho contado por el marques Caballero, mi»nistro de Gracia y Justicia, que era entonces, y uno de los con»fidentes de todos los acaecimientos extraordinarios y reservados »de la real familia. El marques refiere, que verificado el primer »tumulto de Aranjuez en la noche del 17 para el 18 de marzo; »ignorándose en la mañana del 19, donde se hallaba el príncipe »de la Paz; y creyéndose que se habia salvado con oculta fuga, »estuvieron con dicho marques en la misma mañana 19 los capi»tanes de guardias de corps, conde de Villariezo, marques de »Albudeyte, marques de Rochena, y no me acuerdo quien mas; »y manifestaron que en la tarde ó noche de aquel mismo dia »habria mayor motin que el primero. El marques Caballero (que »se habia producido aprobando lo pasado por evitar el viage de »Sevilla y por apartar del timon del gobierno al príncipe de la »Paz), dixo entonces: *¡Ola señores! Eso ya es otra cosa muy dis-*

»*tinta: ¿á qué es ese segundo tumulto? Eso ya parece ser contra* »*los reyes; y sobre eso no hay que hablar: hasta ahy no llego* »*yo; y si se puede, es forzoso evitarlo.* Los capitanes de guardias »de corps dixeron: quien podrá evitarlo, será el principe de As- »turias: si el principe no lo evita, es inevitable, porque las órde- »nes de lo que se ha de hacer, estan dadas. El marqués fué á »verse con los reyes, les contó la conversacion, aconsejándoles »llamar al principe: los reyes le llamaron; le hicieron presente lo »escuchado: el principe respondió que no sabia nada. La reyna »(*añade Vmd.*) en su carta del 26 de marzo dixo cosas que deben »unirse con esta especie; y todas las cartas de Carlos IV y su es- »posa (como la relacion del general Monthion, y otras que hay en »la presente coleccion de documentos justificativos) contienen »noticias sueltas, que no solo confirman la verdad de lo que cuen- »ta el marques Caballero, sino que prestan muchos materiales »para el historiador que quiera tomar por su cuenta decir senci- »llamente lo que sepa del suceso.»

Sin duda Vmd. me ha oido alguna vez contar este pasage, y como son cosas fiadas á la memoria, no es extraño que no se acordase de todas, ni de la puntualidad con que se *refirieron;* y *si el historiador que se haga cargo de publicar la revolucion de España, no tiene otros antecedentes de este suceso que lo que Vmd. pone en mi boca, y lo que se halla en las cartas de los señores reyes D. Carlos IV y su esposa y en la relacion del general Monthion, no podrá menos de sentar* (entre otras cosas de que no debo tratar en el dia) *el que yo tuve parte en el alboroto de la noche del 17 para el 18 de marzo;* y *tambien el príncipe de Asturias;* pero lo primero debo asegurar á Vmd. y á todo el mundo que es falso, como lo manifesté en la reclamacion que se publicó en el Monitor de 19 de mayo de 1808, en satisfaccion á lo que Monthion dixo en el del 3 del mismo, y Vmd. copia folio 32, tomo 2.°: y lo segundo, ni entonces, ni ahora lo tengo por cierto, sino por muy inverosimil, quando no imposible: SS. MM. fueron preocupados por las especies que se les digeron y abultaron por los mal intencionados, que nunca faltan en los palacios; mas la verdad al cabo debe triunfar y disipar todos los celages con que las almas baxas y aduladoras quieren obscurecerla.

Por lo que á mí toca es cierto que jamas quise ni quiero al príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy; siempre miraré á este hombre como á la primera causa de todas las desgracias de la España. Fui elevado al ministerio de Gracia y Justicia al tiempo

que habia cesado su favor; pero habiendolo recobrado muy breve, y llegado al mas alto grado, me vi empeñado en una lucha continua. Nunca intenté hacerle mal personal, sin embargo de que él me lo procuró muchas veces, asi como separarme del ministerio por diversos medios, y aun con pretextos honorificos, y sino lo logró, fué por un misterio que no es del caso descubrir. Mi deber, viendo que no podia resistir á tantos males como ocasionaba su desmesurado favor, era solicitar mi retiro. Lo hice asi en Barcelona; pero persona á quien debia obedecer, y siempre respetar, me obligó á desistir de este intento: ninguna otra cosa hubiera podido detenerme; ni el encierro en un castillo (que era de temer, y tan injustamente sufrieron despues de retirados con honor los beneméritos señores Jovellanos y Urquijo), me hubiera contenido, y mucho menos la ambicion, que nunca conoci, como es notorio; y buena prueba es, que ninguna otra ventaja alcanzó mi familia por mi alto empleo que la de un canonicato en Salamanca para un primo hermano mio, y que mis bienes, despues de haberse dado por mi mano los primeros empleos de España é Indias por diez años, se están vendiendo en la actualidad para pagar medio millon de deudas contrahidas en sostener el decoro del rango en que me hallaba. No me quedó, pues, otro arbitrio ya sino el de luchar con el poder del favorito, valiendome de la maña, ó destreza que fuese compatible con la hombria de bien. No es del caso referir lo mucho malo que evité por este medio, lo bueno que hice, y lo que no pude hacer; pero si lo es que esta contrariedad, esta oposicion que habia entre los dos, no era ignorada de SS. MM., y que fué uno de los motivos que pudieron tener para formar el juicio equivocado que hicieron de mi conducta en el pasage de que trato.

Se añade á esto que dias antes de la primera revolucion de Aranjuez consegui de SS. MM. revocasen las órdenes dadas para partir á la Andalucia, ó mas verdaderamente á la América; lo que hizo que por el principe de Asturias, por toda la real familia y por todo el reyno fuese yo mirado con un entusiasmo indecible, y como el libertador de los mayores males que podian ocurrir á la España; lo que fué causa de que en la noche del primer alboroto de Aranjuez se respetase mi casa quando la del ministro Soler, y otras estaban amenazadas; y de que se victoriase mi persona quando las de otros se maldecian y detestaban; y este es tambien uno de los motivos de la equivocacion de SS. MM.

Lo cierto es, que desde que supe habian resuelto partir secre-

tamente con toda la real familia, y con solo el ministro Soler, en nada intervine, ni supe mas de lo que se decia de público. No habrá quien diga que yo hablé sobre la materia de impedir este viage con persona alguna, y mucho menos con el príncipe de Asturias. Sabia bien que habia llenado mi dever deteniendo el intento primero del viage, y ya no me restaba que hacer sino llorar en el fondo de mi corazon los males que amenazaban á mi pátria, y que por dos razones no podia, ni debia evitar, aun quando hubiera sido un medio eficaz el del alboroto primero con que se intentó acabar con el príncipe de la Paz; la primera porque *nunca puede justificarse el desórden de un pueblo.* Sea el motivo qual fuere, el romper un eslabon de la cadena del órden, siempre es un atentado criminal: y la segunda porque debia mucho al señor Don Carlos IV. Me llamó al ministerio de Gracia y Justicia sin conocerme personalmente; jamas habia yo subido á palacio, y hallé un señor que fué mi bien hechor; que diez años estuve á sus pies con íntimas confianzas; que me honró mucho, y cuyas virtudes conocia bien, y admiraba. ¿Y podria caber en mi pecho tan negra ingratitud que intentase acabar con la vida de su privado? ¿Que le diese la mayor pesadumbre con tan horrible escena? ¡Ah! Su Magestad lo ha dicho; mas no: se lo han hecho decir; algun momento pudo creerlo por lo que va expresado; pero no juzgo que su corazon esté persuadido ni se persuadiese entonces á ello de todas veras; sabe bien quan fielmente le he servido; las muchas pruebas que de ello tengo dadas á S. M.; y aun le hubiera dado mas si la política y la moral no me lo hubieran impedido: El deber que una y otra me imponian, me contuvo para no correr el velo que tenia sobre sus ojos; mi corazon bien lo deseaba; pero debi sacrificar mis deseos: nada espero de S. M.; no soy de los que todavia le aguardan; lo tengo por una chîmera; y aun quando no fuera asi, hartas desgracias he sufrido por ser hombre de bien en los primeros empleos de la monarquia para no ceñir ya mis deseos; estoy en el último tercio de mi vida; se reducen á recuperar mi honor, y á vivir olvidado entre los terrones de mis abuelos para poder con sosiego ajustar mis cuentas, y parecer ante el Dios que nos ha de juzgar: solo el amor á su Real Persona, y á la quietud, de que siempre me he preciado, me obligan á esplicarme asi, y á pedir á todos los Españoles y al mundo entero que el que sepa de mi conducta otra cosa en esta parte, me acuse sobre ello: quiero ser juzgado y oido en España, en Francia, y donde se quiera, y si saliese vencido, sé que soy inocente;

mas no quiero vivir con semejante infamia; quiero pasar inmediatamente al seno de la Justicia; al de aquel Dios, que ni puede engañar, ni ser engañado.

Habiendo manifestado á Vmd. no ser cierto lo que supone relativo á mi aprobacion del primer alboroto, paso á referirle como he contado siempre, y como realmente sucedió la ocurrencia de la mañana del 19 de marzo.

Todos los secretarios de estado y del despacho dormimos en palacio de órden del rey la noche del 18; y como entre ocho y nueve de la mañana del 19, subi á la cámara de la reyna para solicitar el permiso de ir á ver mi familia; á esta sazon entró el rey, y convino en ello, mediante que todo estaba sosegado; al salir de la real cámara me encontré con el príncipe de Castelfranco, y los capitanes de guardias de corps, conde de Villariezo, y marqués de Albudeyte, que me detuvieron é hicieron volver atras con ellos, expresándome que habia una grande novedad, sin decir qual; y á presencia de SS. MM. refirieron que dos oficiales de guardias, baxo el secreto y palabra de honor, les habian dicho que la noche de aquel dia seria peor que la pasada. Al oir esto, no se pudo contener mi fidelidad; y sin embargo de que ya sospechaba que SS. MM. desconfiaban de mí, les dixe: *caballeros, la autoridad del rey sufrió ayer mucho; mas el objeto se ha sabido era el príncipe de la Paz; éste no existe en el Sitio.* Asi lo creian firmemente SS. MM. y yo, quien de su órden habia mandado al comandante de carabineros Espejo, le pusiese en salvo, si, como (creimos) habia tomado el camino de Andalucia. *Baxo este supuesto*, continúe, *el alboroto de esta noche no puede tener otro objeto que las personas de SS. MM.; y asi diganme Vmds. una verdad: ¿Responden ó no de sus tropas? Si responden, veinte hombres á caballo bastan para dispersar esa canalla; y sino, es preciso vengan los seiscientos carabineros que estan en Ocaña, que seguramente no estaran corrompidos; y con la artilleria que manda el mariscal de campo Cevallos (y no faltará), me atrevo á tomar los puntos precisos, y á poner en salvo á SS. MM.* A esta pregunta se encogieron de hombros y respondieron, que *solo el príncipe de Asturias podia componerlo todo.* En su vista me mandó el rey fuese con ellos á hablarle, y contando á S. A. todo lo dicho, le manifesté que era la ocasion de añadir á las pruebas que tenia dadas de buen hijo una muy relevante: me respondió, que *nada sabia, y que deseaba instruirse de lo que debia hacer por sus padres:* le contexté *que era necesario llamase á los oficiales de guardias y demas*

gefes, y obligarles S. A. á que se rodeasen al trono. Lo ofreció asi, y pasó inmediatamente al quarto de sus padres á darles este consuelo, con lo que me retiré; y al pasar por el cuerpo de guardias me dixeron los de corps. «*Nosotros somos fieles al rey*»; á lo que respondi (ásperamente y preocupado por lo que acababa de suceder) *que no habian dado pruebas de ello; que se uniesen al trono, y entonces lo conoceria:* y al quarto de hora de haber llegado á mi secretaría se me dió parte de que el príncipe de la Paz habia parecido, y salido del zaquizami de su casa, en que cobardemente se escondió, con lo que comenzó el segundo alboroto, y conoci qual era su verdadera causa.

Este es puntualmente el hecho de la verdad, que difiere mucho de lo que Vmd. supone haber yo referido; y pasaria á tratar de lo demas que he ofrecido, si pudiere separarme de este lugar sin exponer á los que lo lean, á un juicio equivocado sobre la conducta del príncipe de Asturias en esta ocasion; y sobre la de los guardias de corps, y demas tropa; y especialmente si á ello añaden una porcion de especies que arrojan de si las cartas que Vmd. ha publicado. Creo pues preciso decir para evitarlo, el juicio que entonces formé, y de que jamás he desistido en la materia.

Para juzgar sobre la del príncipe de Asturias, es muy del caso saber como estaba montado el palacio en tiempo del señor Don Carlos IV. Todas las personas reales tenian quartos separados, sin que pudiesen hablarse ni tratarse sino quando iban á las visitas de los reyes, que eran dos veces al dia, y sin que se separasen de su inmediacion los gentiles-hombres de Cámara, respectivos. Nadie podia ir á visitarlos que no fuese reparado, sino en las horas de comer, ó en dias señalados; y en todas ocasiones á presencia del gentil-hombre de Cámara que no se retiraba hasta las diez, ó poco mas de la noche en que entraba á hacer sus funciones el ayuda de Cámara que dormia inmediato á la persona, y no le dejaba hasta que por la mañana llegaba el gentil-hombre.

El príncipe de Asturias desde el primero hasta el último criado debia desconfiar, pues desde que fué arrestado por la causa del Escorial todos fueron puestos á dovocion del príncipe de la Paz, y eran sus espias, y asi *tengo por imposible la especie que se cita en el tomo primero, pagina 16, de que S. A. dixo á un guardia de corps en la mañana del 17 de marzo:* «*Esta noche es el »viage, y yo no quiero ir.*» Minutos no hubieran pasado sin que SS. MM. hubiesen sabido esta expresion; y por cierto hasta once

y doce de la noche que empezó el alboroto, habia sobrado tiempo para haberlo impedido, á lo que se allega que tengo pruebas evidentes de que SS. MM., y el principe de la Paz estaban bien distantes aquella noche de emprender el viage. Este último se hallaba muy despacio (y segun lo ordinario) con una de las adocenadas amigas que tenia, y al salir escoltada con sus guardias de honor, quisieron las patrullas descubrirla; y resistiéndose dispararon los mismos al ayre, lo que al *trompeta (que estaba destinado para avisar el momento del viage) le servió de señal, y tocó á caballo, segun se le habia ordenado*, con lo que toda la tropa se puso en movimiento para ocupar los puestos en los caminos por donde podia verificarlo, y cuyo imprevisto accidente (y no un plan meditado) dió ocasion á que algunos paisanos acometieran á la casa del príncipe de la Paz. La falta de experiencia, y la opresion en que estaba el de Asturias (que le impedia hablar, ni mover una pluma sin ser observado) le hacian incapaz de un plan convinado, qual era necesario para toda atrevida empresa; y ademas el amor que siempre tuvo á su padre, y el tan señalado y tan distinguido que tenia S. M. á su hijo, le hubieran detenido: Este amor reciproco es tan cierto, que ninguno de los que pisabamos palacio lo pudo ignorar, y se traslucia á cada paso, aun en medio de las sombras con que queria obscurecerlo y entibiarlo el principe de la Paz. Luego que hable de la conducta de la tropa, aparecerá mas en claro, porque sin embargo de lo dicho, el principe de Castelfranco, y capitanes de guardias pensaron que solo el de Asturias podia evitar el segundo alboroto.

Jamás aprobaré (como ya llevo dicho) qualquiera movimiento que sea contra el órden público, ó la voluntad soberana; y asi, como hombre público *no puedo menos de culpar á la tropa en los sucesos de Aranjuez:* Segun se me ha dicho, pensaron los motores darme cuenta de sus intentos; les disculpo que dudasen; pero jamás les hubiera perdonado que se hubiesen resuelto por la afirmativa; me hicieron justicia en creer que conforme á mi carácter, si hubiese llegado á saber sus intentos, se los hubiera desbaratado; y *en esto mismo conocieron que no estaban libres de culpa;* pero lo estan (asi como todo el pueblo Español que celebró con el mayor entusiasmo la caida del principe de la Paz) de la injusta imputacion de haber querido atentar á las vidas de Sus Majestades: No se puede dar tropa y pueblo mas respetuoso á sus reales personas, y aun á sus retratos: No hubo quien en medio de la exaltacion del desórden de un tumulto se propasase á la

mas pequeña injuria. Por todas partes resonaban los vivas á favor del rey; y si S. M. tiene valor en aquella ocasion para montar á caballo y ponerse entre su pueblo, por medio de él hubiera sacado su valido, sin que nadie se hubiera atrevido, y (como otro Pedro de Aragon, en lance no desigual en Valencia, hizo enmudecer á los amotinados) no hubiera visto sino vasallos sumisos y obedientes: La Nacion Española tiene muy grabada en su corazon la fidelidad á sus reyes; mas de una vez aquella triste noche del 17 al 18 de marzo estuve para aconsejárselo asi á S. M.; y si lo hubiera seguido, y no plegado (como plegó) para contentar al pueblo, acaso hoy estaria sobre su trono; pero me retrajo que habia de dar oidos á quien le persuadiria que era el medio de acabar con su vida.

Lo cierto es, que la tropa (que inconsideradamente hizo el príncipe de la Paz pasar desde Madrid á Aranjuez, hasta el número de casi diez mil hombres) no pudo dudar de las disposiciones de SS. MM. para el viage secreto de Andalucia con toda la familia real: En Madrid tampoco se ignoraba, y todos (visto el empeño de SS. MM. en abandonarlos) creyeron salvar la pátria quedándose con la persona del principe de Asturias. A esto se ceñian sus deseos, y si el viage se hubiese verificado, hubieran respetado á los reyes, no se hubieran metido con el principe de la Paz; *pero se hubieran apoderado de la persona del de Asturias*, á quien miraban como único apoyo, como único consuelo en la horfandad en que les dexaban sus reyes: *Si hay delitos que no son enteramente incompatibles con el honor, es uno éste.* Los soberanos mal aconsejados, por quien solo tenia que temer, quieren dexarlos, quieren abandonarlos, y quieren privarlos hasta de la esperanza del remedio que podian fundar en el principe heredero; la tropa, haciendo espalda de su retirada, se esponia á el oprobio de la Nacion; ¿que extraño, pues, es no quisiesen pribarse de su real persona, respetando las de sus padres? La imperfeccion de las leyes humanas hace que alguna vez el honor choque con su rigor: y en estos casos el ministro de la ley culpa, y aun castiga si no hay otro arbitrio; pero él mismo (si es hombre de honor) disculpa; y solo un soberano de alma grande y generosa puede salir de este embarazo, y hallar el punto de justicia que en estos casos conviene, y suele ser el del disimulo, alexando al mismo tiempo la confianza de que otra vez haya lugar á él.

Nadie en palacio (ni fuera de él) podia ignorar, por los antece-

dentes, que el principe de Asturias no llevaba á bien este viage; lo habia casi demostrado con toda la real familia, quando se revocaron las órdenes para él; y la tropa debió suponer que ésta idea le fuese agradable por la misma razon; y aunque no fuera mas que por el amor que encierra en sí este intento, no podia haber quien dudase que en todo acontecimiento tenia mucho influxo sobre ella; y esta es la verdadera causa de que se dixese á SS. MM. en la mañana del 19 de marzo, que solo S. A. podia evitar el alboroto de aquella noche; y no la de que hubiese algun plan convinado con él: Si las cosas no se miran por todos lados; sino se tienen presentes todas las circunstancias de los actos, y á lo que suele obligar la idea de sostener una proposicion que se suelta; que con algun fin particular se publica, y es hija solo de los momentos, no es facil acertar con la verdad de los hechos, y con el juicio que debe hacerse de lo que se halla escrito, y Vmd. ha recopilado: La protexta del Señor D. Cárlos IV., y la llegada del gran duque de Berg, pusieron á la Corte de Aranjuez, donde estaban los reyes padres, en contradiccion, en hechos y principios con la de Madrid, donde reynaba ya el principe heredero, y nunca debe perderse de vista esta particularidad sino queremos errar en el juicio de lo que entonces se escribió por la de Aranjuez acerca de lo pasado.

El otro hecho, que es preciso que Vmd. rectifique, es lo que refiere en la pagina 5. del tomo 1.° donde se lee lo siguiente. «El rey Cárlos IV mandó arrestar á su hijo Fernando en su ha»bitacion, y prender otros varios, decretando en 28 de octubre »formar proceso. La declaracion del principe, y los papeles sor»prendidos mostraron haber sido calumniosa la imputación de »los horrendos crímenes escritos por Cárlos IV. á Napoleon, é »indicados á toda la Europa en las gacetas, y que se reducia »todo á la carta escrita sin consentimiento del padre al empera»dor, y expedicion de un título de generalísimo en favor de In»fantado, con amplios poderes para obrar lo conveniente si se »verificaba la muerte de Cárlos IV, y tratase alguno de impedir »á Fernando el uso de la potestad real, lo que parece aludia á »recelos del principe de la Paz.»

Que fue calumnioso el decreto que empieza: *Dios que vela, etc.*, y Vmd. copia fol. 16 tomo 2.°, es una verdad; y tambien lo es que fue su autor el principe de la Paz, como lo atestaron varios secretarios del rey, segun consta en el expediente que se formó para la gaceta extraordinaria, que se publicó en 31 de marzo del

año de ocho; pero no es cierto se hallase al principe de Asturias los papeles que Vmd. dice *al tiempo* que se le sorprendieron y quando se decretó su prisión: Lo que únicamente se encontró, y que solo hace cuerpo de delito en el proceso en aquella época, es una *exposicion* de doce fojas, escrita por S. A., en que legalmente refiere á su padre los excesos del principe de la Paz, su corte y valimiento escandaloso, suplicando á S. M. se informase de todo, ó dispusiese una batida con S. A. para instruirle mejor, y evitar los males que temia si S. M. con tiempo no tomaba las medidas necesarias para impedirlo; siendo la única y enteramente eficaz para vivir tranquilo, y amado de sus vasallos, la separacion del valido y su familia. Se encontraron tambien *un papel* de cinco hojas y media, de letra de S. A.; *una carta*, fecha en Talavera, de letra desconocida, y sin firma; *una clave*, y sus reglas para escribir en cifra; *medio pliego* con números, cifras y nombres; y *una esquela* sin firma.

El papel de cinco hojas y media se dirige á tratar, baxo nombres supuestos, el modo de resistir á un enlace que se propuso á S. A.: y era con la cuñada del principe de la Paz; union ciertamente, que si carecia del influxo en la politica que para el bien de los Estados se busca en estas ocasiones, podia no ser del todo inútil para que Godoy asegurase la existencia elevada.

La carta de Talavera es de Escoyquiz, contextando á varias preguntas que S. A. le habia hecho sobre lo que dió motivo á la que escribió á S. M. I.

La cifra y clave eran de lo que se valian para escribirse sobre estos mismos puntos; y la esquela fue escrita por un criado que fue de S. A., y no tiene la menor conexion con los asuntos de la causa. Asi consta del proceso, y asi se publicó en dicha gaceta extraordinaria, que si Vmd. tiene á la vista notará se omitió hablar en ella del medio pliego con números, cifras y nombres, porque entonces (por respeto de la difunta princesa de Asturias, y á la reyna de Nápoles su madre) no convénia decir que eran los medios de que aquella desgraciada princesa tenia que valerse para la correspondencia con quien la habia dado el ser desde que empezó á experimentar la dura opresión en que pusieron á S. A. las malas artes del prineipe de la Paz, bien luego verificado el matrimonio.

De todo esto, y no de otra cosa se hizo cargo por el rey á su hijo delante de los ministros, y del decano gobernador del Consejo, que de órden de S. M. hice pasar al Escorial para el

intento. Este es todo el atentado contra la vida de su padre, que se supone averiguado y cierto en el fatal decreto, *Dios que vela, etc.*, y esta es la imputacion tan increible como injusta, y que ella sola hace la causa de Godoy, sin necesidad de recurrir á todo lo demas que arroja el proceso.

Ademas de esto, si es delito querer desenojar á un padre con verdades tan notorias, y que solo S. M. ignoraba, y por un principe heredero, júzguelo el menos imparcial; si en esto hubo algun exceso ó falta no habiendo sido mas que ideado, y sin haberse llegado á executar, júzguelo el jurista mas principiante; pero que no ignore la ley romana, la ley de toda sociedad bien reglada, que en el foro no halla dignos de pena á los pensamientos. Un escrito, mientras que su autor no se desprende de él (como que puede variarlo, ó desistir del intento) no sale de esta esfera; se le hace una injuria en apropiarle lo que todavia no ha aprobado.

La prisión de S. A. fue entre siete y ocho de la noche del 29 de octubre de 1807, y con el aparato mas imponente que puede idearse. El rey al frente de su guardia y la de su hijo, y acompañado de los ministros secretarios de Estado, lo conduxo á su quarto que estaba transformado en una verdadera prision; le pidió la espada, le dexó con centinelas, mudada toda su servidumbre, y rodeado de personas, de quien no podia fiarse, por adictas al principe de la Paz. ¡Quanto padeceria su espíritu aquella noche! ¡Quales serian las tristes ideas que ocupasen su imaginacion! Bien dexa inferirse y que no pudo menos de ser una de ellas el que su vida estaba en peligro, como pendiente de su mayor enemigo el principe de la Paz: asi fue; y sin tener á quien volver los ojos, ni con quien poder consultar, no es extraño que en aquellos fatales momentos no hallase otro expediente para dulcificar y alagar su suerte que el de manifestar lo que todos ignorabamos, y jamas se hubiera sabido sino por este medio.

Al dia siguiente de su prision, y despues de la una de la tarde en que por los tambores de la guardia de infanteria conoció S. A. que el rey habia salido á caza, envió un recado á la reyna, suplicando á S. M. fuese á su quarto, ó le permitiese pasar á su real Cámara á fin de exponer cosas muy interesantes; S. M. respondió, que ni uno, ni otro podia ser; pero que ante mí podia decir lo que gustase: En efecto, se me ordenó que para el intento pasase á su quarto, y entonces fue quando declaró Su Alteza baxo su firma el asunto de la *carta* que Vmd. cita para Su Maestad Imperial; lo del *título de generalísimo*, expedido á favor

del Infantado, y que no obraba en su poder, y tambien que *Escoiquiz era el autor* del papel contra el principe de la Paz, que habia copiado S. A. Declaró además los medios de que se habia valido para la correspondencia con Escoiquiz y otras personas, de que resultan los arrestos que entonces fueron bien notorios.

En todo el proceso hasta su conclusion y sentencia no se encuentra mas que lo que llevo dicho con relacion á la calumnia que el principe de la Paz tomó por pretexto para ponerse á cubierto de la escandalosa prision del de Asturias, aunque ni por este medio lo consiguió; y mucho menos con las cartas que ideó, y Vmd. produce al número 18 del tomo 2., haciendo por ellas á S. A. confesarse culpable en 5 de noviembre, sin decir en qué especificamente, y ocultándole que en 30 de octubre se habia anunciado á la Europa como reo del mayor de los delitos de un principe, qual es el de apresurarse á subir al trono teñido con la sangre de su padre, ó viendole abatido y humillado. Cada vez que se me viene á la memoria este suceso (que entonces me horrorizó) no puedo menos de extremecerme, y creo suceda lo propio al que conserve, aunque no sea mas que las semillas de virtud con que nace todo hombre.

Por la coleccion que Vmd. ha hecho de las cartas de los reyes al gran duque de Berg, veo en la de los folios 65 y 66, tomo 2, que se hace mencion de una declaracion que hizo el principe de Asturias, escrita por un gentil-hombre, y firmada solo por S. A., cuya especie es enteramente nueva para mí; y bien extraño que se hubiese huido de mi persona para este acto, quando autoricé los mas graves; y escogido un gentil-hombre, cuyas funciones son bien agenas de él, y sin que se diga que Su Alteza rubricase todas las hojas, como lo hizo en las declaraciones que le tomé. Lo cierto es, que quando los jueces fallaron la causa, no habia semejante cosa en el proceso; que éste me lo pidió el rey, lo cerró y selló á mi presencia; y que luego lo hallé abierto en una papelera del principe de la Paz, segun consta de formal diligencia; y asi en este medio tiempo es preciso que fuese quando idease Godoy suplantar, ó exigir de S. A. alguna declaracion para atropellar en tiempos mas tranquilos, y por jueces de su devocion, las virtudes de fortaleza y justicia, que tan digna y heroycamente exercieron entonces los once ministros consejeros, jueces de la causa. Estas eran, si, sus ideas; lo manifestó mas de una vez, pues su orgullo no sufria la recámara ó disimulo tan necesario á toda cabeza política: y el primer hierro

siempre provoca á otros muchos; verdad bien conocida en la debilidad humana, y que rara vez falla en los que tienen el poder en su mano.

Como en aquellos momentos de turbacion, absorvia toda mi atencion el sosiego del reyno, que veia amenazado en todos puntos, y como me era imposible sospechar pudiese haber alma tan pérfida que se atreviese á borrar la menor cosa en un proceso digno del mayor respeto por las personas de que se trataba en él, y por todas sus circunstancias, ni por la imaginacion se me pasó el registrarlo, y conforme lo encontré, lo remití al Consejo: alli se podrá ver lo que haya de cierto acerca de esta especie, y aunque resulte cierta, y sin sospecha de que fuese tomada la firma de S. A. con otro pretexto para alucinarle, y tambien á los reyes, siempre sostendré que la declaracion que entonces pudo conseguirse de S. A. debe mirarse como una violencia. Los temores de perder su vida duraron siempre, y no es extraño sucumbiese á quanto le fuese propuesto, sino halló otro arbitrio para creerse seguro del favorito.

No me resta mas que hablar á Vmd. sobre la nota del folio 151, tomo 2, en que hace algunas observaciones acerca de la conducta de los señores Escoiquiz y duque del Infantado. Si midiera mi corazon con el de aquellos españoles que en esta época no han conocido virtud alguna moral, ni política, y se han dejado arrastrar por las pasiones del interés particular, y contra nosotros los refugiados en Francia; deberia ciertamente callar, pues uno y otro (á quienes sin haber tratado mas que de oficio, evité saliesen á un cadahalso por efecto de mi carácter amante de la justicia) no han pensado sino en hacerme mal en este tiempo de desgracias; el primero denigrandome en la obra que intituló *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje de Fernando VII á Bayona*, al que (con la carta que imprimi en Limoges, se difundió por España, y le dirigi) hice ver su injusticia: y el segundo quiso en Salamanca atropellar mi administrador, y secuestró mis bienes cuando los respetó el digno general Cuesta, que nada me debia; pero que no conocia ni entendia de *traydores á la moda*. Mas esto no obstante, quiero probarles que tengo alma de mejor temple que uno y otro.

Escoiquiz, consultado por el principe de Asturias, no hállo delito en que le aconsejase desengañar á su padre, proponiendole los excesos de Godoy como eran en sí, y sin tocar punto alguno en que la mas delicada moral pudiese ofenderse, como

efectivamente no lo tocó. Mi politica (es verdad) no me permitia otro tanto porque sabia lo infructifero de éste pais, mas esto no estaba al alcance de todos, y solo la experiencia ha podido desengañarlos; y asi en Escoiquiz no veo sino aquellos deseos que todo buen español abrigaba en su corazon, y deseaba poner en execucion, si le fuera posible.

La aceptación del duque del Infantado del cargo de generalisimo de las armas para el caso en que falleciese el señor Don Carlos IV y en tiempo en que habia fundamentos para creerlo por sus indisposiciones fisicas, si se ha de estimar como es en sí, es necesario ver el proceso del Escorial, en que hay indicios de que el principe de la Paz queria levantarse con el gobierno aun en vida de S. M. No son pruebas, es verdad; pero ¿quien sabe si pueden llegar á serlo siguiendose el proceso? y si á ello se añaden las pretensiones de hacerse regente (que corrieron bien publicamente) no veo en este hecho sino una precaucion para evitar una sorpresa en el caso en que falleciese el rey.

Yo no me hubiera metido en este paso por dos razones: la una porque mi fidelidad al soberano, siendo su ministro, debia ser sin reserva; y la otra porque tenia por infundado el temor quando sabia que el exército (aun mas que el pueblo) aborrecia al principe de la Paz y su despotismo. Estos delirios y otros semejantes que entendi alguna vez, nunca me dieron el menor rezelo, pues aun considerándolos como ciertos, solo eran síntomas del precipicio de éste coloso, y nada temibles. Se figuraron ciertamente peligros por dichas especies, donde ninguno habia; esta es la verdadera falta, y no hay otra; y nunca puede hallarse delito donde no se ataca á el bien, y solo quiere evitarse el mal.

Ruego á Vmd. se sirva insertar esta carta en el tomo tercero, que tengo entendido va á publicar; y pido á Dios nuestro Señor guarde su vida muchos años. Bordeaux y mayo 13 de 1815.= B. L. M. de V.=su seguro y atento servidor.=El marques Caballero.»

NÚMERO 12.

Carta de la reina de Etruria al gran duque de Berg en Aranjuez á 22 de marzo de 1808, con una posdata del rey Cárlos IV.

«Señor mi hermano: acabo de ver al edecan comandante, quien me ha entregado vuestra carta por la cual veo con mucha pena que mi padre y mi madre no han podido tener el gusto de veros, aunque lo deseaban eficazmente, porque toda su confianza tienen puesta en vos, de quien esperan que podreis contribuir á su tranquilidad.

El pobre príncipe de la Paz cubierto de heridas y contusiones está decaido en la prision, y no cesa de invocar el terrible momento de su muerte. No hace recuerdo de otras personas que de su amigo el gran duque de Berg, y dice que este es el único en quien confia que le ha de conseguir su salud.

Mi padre, mi madre y yo hemos hablado con vuestro edecan comandante. El os dirá todo. Yo fio en vuestra amistad y que por ella nos salvareis á los tres y al pobre preso.

No tengo tiempo de deciros mas: confio en vos. Mi padre añadirá dos lineas á esta carta: yo soy de corazon vuestra afectisima hermana y amiga.=María Luisa.»

***

Posdata de Cárlos IV.

«Señor y muy querido hermano: habiendo hablado á vuestro edecan comandante é informádole de todo lo que ha sucedido, yo os ruego el favor de hacer saber al emperador que le suplico disponga la libertad del pobre príncipe de la Paz, quien solo pa-

dece por haber sido amigo de la Francia, y asimismo que se nos deje ir al pais que mas nos convenga llevándonos en nuestra compañia al mismo príncipe. Por ahora vamos á Badajoz: confio recibir antes vuestra respuesta caso de que absolutamente carezcais de medios de vernos, pues mi confianza solo está en vos y en el emperador. Mientras tanto yo soy vuestro muy afecto hermano y amigo de todo corazon.=Cárlos.»

***

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 22 de marzo de 1808, junta con la anterior de su hija.

«Señor mi querido hermano: yo no tengo mas amigos que V. A. I. El rey mi amado esposo os escribe implorando vuestra amistad. En ella está únicamente nuestra esperanza. Ambos os pedimos una prueba de que sois nuestro amigo, y es la de hacer conocer al emperador lo sincero de nuestra amistad y del afecto que siempre hemos profesado á su persona, á la vuestra y á la de todos los franceses.

El pobre príncipe de la Paz que se halla encarcelado y herido por ser amigo nuestro, apasionado nuestro y afecto á toda la Francia, sufre todo por causa de haber deseado el arribo de vuestras tropas y haber sido el único amigo nuestro permanente. Él hubiera ido á ver á V. A. si hubiera tenido libertad, y ahora mismo no cesa de nombrar á V. A. y de manifestar deseos de ver al emperador.

Consiganos V. A. que podamos acabar nuestros dias tranquilamente en un pais conveniente á la salud del rey (la cual está delicada como tambien la mia) y que sea esto en compañia de nuestro único amigo que tambien lo es de V. A.

Mi hija será mi intérprete si yo no logro la satisfaccion de poder conocer personalmente y hablar á V. A. ¿Podríais hacer esfuerzos para vernos aunque fuera un solo instante de noche ó como quisiérais? El comandante edecan de V. A. contará todo lo que hemos dicho.

Espero que V. A. conseguirá para nosotros lo que deseamos, y que perdonará las faltas y olvidos que haya cometido yo en el tratamiento, pues no sé donde estoy, y debeis creer que no habran

sido por faltar á V. A. ni dejar de darle seguridad de toda mi amistad.

Ruego á Dios guarde á V. A. I. muchos años. Vuestra mas afecta.=Luisa.»

***

Carta del rey Cárlos IV al emperador Napoleon en Aranjuez á 23 de marzo de 1808.

«Señor mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y las de sus fieles vasallos.

Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido despues de la de la reina.

Yo fui forzado á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, yo he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz.

Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda.

De V. M. I. y R. su muy afecto hermano y amigo.=Carlos.»

***

Carta de la reina de Etruria incluyendo otra de su madre la reina de España para el gran duque de Berg en Madrid á 26 de marzo de 1808.

«Señor mi hermano: mi madre me envia la adjunta carta para que os la remita y la conserveis. Hacednos la gracia, querido mio, de no abandonarnos: todas nuestras esperanzas estan en vos. Concededme el consuelo de ir á ver á mis padres. Respondedme

alguna cosa que nos alivie y no os olvideis de una amiga que os ama de corazon.=María Luisa.»

P. D.=«Yo estoy enferma en la cama con algo de calentura por lo cual no me veréis fuera de mi habitacion.»

***

Carta inclusa en la antecedente.

«Querida hija mia: decid al gran duque de Berg la situacion del rey mi esposo, la mia y la del pobre príncipe de la Paz.

Mi hijo Fernando era el jefe de la conjuracion: las tropas estaban ganados por él; él hizo poner una de las luces de su cuarto en una ventana para señal de que comenzase la explosion. En el instante mismo los guardias y las personas que estaban á la cabeza de la revolucion hicieron tirar dos fusilazos. Se ha querido persuadir que fueron tirados por la guardia del príncipe de la Paz, pero no es verdad. Al momento los guardias de Corps, los de infantería española y los de la walona se pusieron sobre las armas y sin recibir órdenes de sus primeros jefes convocaron á todas las gentes del pueblo y las condujeron adonde les acomodaba.

El rey y yo llamamos á mi hijo para decirle que su padre sufria grandes dolores, por lo que no podia asomarse á la ventana, y que lo hiciese por sí mismo á nombre del rey para tranquilizar al pueblo: me respondió con mucha firmeza que no lo haria porque lo mismo sería asomarse á la ventana que comenzar el fuego, y asi no lo quiso hacer.

Despues á la mañana siguiente le preguntamos si podria hacer cesar el tumulto y tranquilizar los amotinados, y respondió que lo haria, pues enviaria á buscar á los segundos jefes de los cuerpos de la casa real, enviando tambien algunos de sus criados con encargo de decir en su nombre al pueblo y á las tropas que se tranquilizasen: que tambien haria se volviesen á Madrid muchas personas que habian concurrido de allí para aumentar la revolucion, y encargaria que no viniesen mas.

Cuando mi hijo habia dado estas órdenes fue descubierto el príncipe de la Paz. El rey envió á buscar á su hijo y le mandó salir adonde estaba el desgraciado príncipe, que ha sido víctima por ser amigo nuestro y de los franceses, y principalmente del gran duque. Mi hijo fué y mandó que no se tocase mas al prin-

cipe de la Paz y se le condujese al cuartel de guardias de Corps. Lo mandó en su nombre propio, aunque lo hacia por encargo de su padre, y como si él mismo fuese ya rey dijo al príncipe de la Paz: «Yo te perdono la vida.»

El príncipe á pesar de sus grandes heridas le dió gracias preguntándole si era ya rey. Esto aludia á lo que ya se pensaba en ello, pues el rey, el príncipe de la Paz y yo teníamos la intencion de hacer la abdicacion en favor de Fernando cuando hubiéramos visto al emperador y compuesto todos los asuntos, entre los cuales el principal era el matrimonio. Mi hijo respondió al príncipe: «No: hasta ahora no soy rey; pero lo seré bien pronto.» Lo cierto es que mi hijo mandaba todo como si fuese rey sin serlo y sin saber si lo seria. Las órdenes que el rey mi esposo daba no eran obedecidas.

Despues debia haber en el dia 19 en que se verificó la abdicacion otro tumulto mas fuerte que el primero contra la vida del rey mi esposo y la mia, lo que obligó á tomar la resolucion de abdicar.

Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey, sin consideracion alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar á todas las personas complicadas en su causa que habian sido desleales á su padre, y hecho todo lo que pudiera ocasionarle pesadumbres. El nos da priesa para que salgamos de aquí señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entretanto nos deja sin consideracion alguna manifestando gran contento de ser ya rey, y de que nosotros nos alejemos de aquí.

En cuanto al príncipe de la Paz no quisiera que nadie se acordara de él. Los guardias que le custodian tienen órden de no responder á nada que les pregunte, y lo han tratado con la mayor inhumanidad.

Mi hijo ha hecho esta conspiracion para destronar al rey su padre. Nuestras vidas hubieran estado en grande riesgo, y la del pobre príncipe de la Paz lo está todavía.

El rey mi esposo y yo esperamos del gran duque que hará cuanto pueda en nuestro favor, porque nosotros siempre hemos sido aliados fieles del emperador, grandes amigos del gran duque, y lo mismo sucede al pobre príncipe de la Paz. Si él pudiese hablar daría pruebas, y aun en el estado en que se halla no hace otra cosa que exclamar por su grande amigo el gran duque.

Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la

Paz, y que salvándonos á nosotros nos le dejen siempre á nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros dias en un clima mas dulce y retirados sin intrigas y sin mandos, pero con honor. Esto es lo que deseamos el rey y yo igualmente que el principe de la Paz, el cual estaria siempre pronto á servir á mi hijo en todo. Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno, y mucho menos el de la sinceridad) jamás ha querido servirse de él y siempre le ha declarado guerra como al rey su padre y á mí.

Su ambicion es grande y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demas? Si el gran duque pudiera vernos tendríamos grande placer y lo mismo su amigo el príncipe de la Paz que sufre porque lo ha sido siempre de los franceses y del emperador. Esperamos todo del gran duque, recomendándole tambien á nuestra pobre hija María Luisa que no es amada de su hermano. Con esta esperanza estamos próximos á verificar nuestro viage.=Luisa.»

NÚMERO 13.

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

«Venerado padre y señor: V. M. ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirigidos como es notorio, y á V. M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él y no abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V. M. me dijo igualmente que su abdicacion habia sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario, no lo creyese, pues jamás habia firmado cosa alguna con mas gusto. Ahora me dice V. M. que aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavía se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado en consecuencia á V. M. si quiere volver á reinar; y V. M. me ha respondido, que ni queria reinar, ni menos volver á España. No obstante me manda V. M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres, ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades, es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M. como hijo suyo, no están en contradiccion con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni estos, que tienen el primer derecho á mis atenciones queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V. M. bajo las siguientes limitaciones:

1.ª Que V. M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré,

y serviré yo como su hijo mas respetuoso. 2.ª Que en Madrid se reunirán las córtes; y pues que V. M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos. 3.ª Que á la vista de esta asamblea se formalizará mi renuncia, exponiendo los motivos que me conducen á ella: estos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan, procurándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia dirigida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro, y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion. 4.ª Que V. M. no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nacion. 5.ª Que si V. M., como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver á España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugar teniente suyo. Ningun otro puede ser preferido á mi: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto zelo ni con tanta obligacion como yo. Contraida mi renuncia á estas limitaciones, comparecerá á los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interes de su conservacion á la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar á unos pueblos, á cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de más lisonjero y seductor entre los hombres. Dios guarde la importante vida de V. M. muchos y felices años que le pide postrado á L. R. P. de V. M. su mas amante y rendido hijo.=Fernando.=Pedro Cevallos.=Bayona 1.º de mayo de 1808.»

***

Carta de Cárlos IV á su hijo Fernando VII.

«Hijo mio: Los consejos pérfidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica: solo el emperador puede salvarla.

Desde la paz de Basilea he conocido que el primer interes de mis pueblos era inseparable de la conservacion de buena inteligencia con la Francia. Ningun sacrificio he omitido para obtener esta importante mira: aun cuando la Francia se hallaba dirigida por gobiernos efímeros, ahogué mis inclinaciones particulares para no escuchar sino la política, y el bien de mis vasallos.

Cuando el emperador hubo restablecido el órden en Francia

se disiparon grandes sobresaltos, y tuve nuevos motivos para mantenerme fiel á mi sistema de alianza. Cuando la Inglaterra declaró la guerra á la Francia, logré felizmente ser neutro, y conservar á mis pueblos los beneficios de la paz. Se apoderó despues de cuatro fragatas mias, y me hizo la guerra aun antes de habérsela declarado; y entonces me vi precisado á oponer la fuerza á la fuerza, y las calamidades de la guerra asaltaron á mis vasallos.

La España rodeada de costas, y que debe una gran parte de su prosperidad á sus posesiones ultramarinas, sufrió con la guerra mas que cualquiera otro estado: la interrupcion del comercio, y todos los estragos que acarrea, afligieron á mis vasallos, y cierto número de ellos tuvo la injusticia de atribuirlos á mis ministros.

Tuve al menos la felicidad de verme tranquilo por tierra, y libre de la inquietud en cuanto á la integridad de mis provincias, siendo el único de los reyes de Europa que se sostenia en medio de las borrascas de estos últimos tiempos. Aun gozaría de esta tranquilidad sin los consejos que os han desviado del camino recto. Os habeis dejado seducir con demasiada facilidad por el odio que vuestra primera muger tenia á la Francia, y habeis participado irreflexiblemente de sus injustos resentimientos contra mis ministros, contra vuestra madre, y contra mi mismo.

Me creí obligado á recordar mis derechos de padre y de rey: os hice arrestar, y hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito; pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer á mi hijo en un cadalso, me dejé llevar de mi sensibilidad al ver las lágrimas de vuestra madre. No obstante mis vasallos estaban agitados por las prevenciones engañosas de la faccion de que os habeis declarado caudillo. Desde este instante perdí la tranquilidad de mi vida, y me vi precisado á unir las penas que me causaban los males de mis vasallos á los pesares que debí á las disensiones de mi misma familia.

Se calumniaban mis ministros cerca del emperador de los franceses, el cual creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus agitados (aun en el seno de mi familia) cubrió bajo varios pretextos mis estados con sus tropas. En cuanto estas ocuparon la ribera derecha del Ebro, y que mostraban tener por objeto mantener la comunicacion con Portugal, tuve la esperanza de que no abandonaria los sentimientos de aprecio y de amistad que siempre me habia dispensado; pero al ver que sus tropas se encaminaban hacia mi capital, conocí la urgencia de reunir mi ejército cerca de mi persona, para presen-

tarme á mi augusto aliado como conviene al rey de las Españas. Hubiera yo aclarado sus dudas, y arreglado mis intereses: di órden á mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las reuní sobre varios puntos de mi monarquía, no para abandonar á mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Ademas mi larga experiencia me daba á conocer que el emperador de los franceses podia muy bien tener algun deseo conforme á sus intereses y á la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradiccion con los intereses de mi casa. ¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desórden en mi palacio, y amotinado el cuerpo de guardias de Corps contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero: mi primer ministro que habia yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre fué conducido de un calabozo á otro. Habeis desdorado mis canas, y las habeis despojado de una corona poseida con gloria por mis padres, y que habia conservado sin mancha. Os habeis sentado sobre mi trono, y os pusisteis á la disposicion del pueblo de Madrid y de tropas extrangeras que en aquel momento entraban.

Ya la conspiracion del Escorial habia obtenido sus miras: los actos de mi administracion eran el objeto del desprecio público. Anciano y agoviado de enfermedades, no he podido sobrellevar esta nueva desgracia. He recurrido al emperador de los franceses, no como un rey al frente de sus tropas y enmedio de la pompa del trono, sino como un rey infeliz y abandonado. He hallado proteccion y refugio en sus reales: le debo la vida, la de la reina, y la de mi primer ministro. He venido en fin hasta Bayona, y habeis conducido este negocio de manera que todo depende de la mediacion de este gran príncipe.

El pensar en recurrir á agitaciones populares es arruinar la España, y conducir á las catástrofes más horrorosas á vos, á mi reino, á mis vasallos y mi familia. Mi corazon se ha manifestado abiertamente al emperador: conoce todos los ultrages que he recibido, y las violencias que se me han hecho; me ha declarado que no os reconocerá jamas por rey, y que el enemigo de su padre no podrá inspirar confianza á los extraños. Me ha mostrado ademas cartas de vuestra mano, que hacen ver claramente vuestro odio á la Francia.

En esta situacion, mis derechos son claros, y mucho mas mis deberes. No derramar la sangre de mis vasallos, no hacer nada al fin de mi carrera que pueda acarrear asolamiento é incendio

á la España, reduciéndola á la mas horrible miseria. Ciertamente que si fiel á vuestras primeras obligaciones y á los sentimientos de la naturaleza hubiérais desechado los consejos pérfidos, y que constantemente sentado á mi lado para mi defensa hubiérais esperado el curso regular de la naturaleza, que debia señalar vuestro puesto dentro de pocos años, hubiera yo podido conciliar la política y el interes de España con el de todos. Sin duda hace seis meses que las circunstancias han sido críticas: pero por mas que lo hayan sido, aun hubiera obtenido de las disposiciones de mis vasallos, de los débiles medios que aun tenia, y de la fuerza moral que hubiera adquirido, presentándome dignamente al encuentro de mi aliado, á quien nunca diera motivo alguno de queja, un arreglo que hubiera conciliado los intereses de mis vasallos con los de mi familia. Empero arrancándome la corona, habeis deshecho la vuestra, quitándola cuanto tenia de augusta y la hacia sagrada á todo el mundo.

Vuestra conducta conmigo, vuestras cartas interceptadas han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España; y no es de vuestro interes ni de la patria el que pretendais reinar. Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina completa, y la desgracia de España.

Yo soy rey por el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia, no tengo pues nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir á ninguna reunion en junta: nueva necia sugestion de los hombres sin experiencia que os acompañan.

He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolucion. Todo debe hacerse para el pueblo y nada por él; olvidar esta máxima es hacerse cómplice de todos los delitos que le son consiguientes. Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos; y en la edad á que he llegado no haré nada que esté en oposicion con su religion, su tranquilidad y su dicha. He reinado para ellos: olvidaré todos mis sacrificios; y cuando en fin esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados, bajaré al sepulcro perdonándoos la amargura de mis últimos años.

Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del Gobierno á 2 de mayo de 1808.=Cárlos.»

***

Carta de Fernando VII á su padre en respuesta á la anterior.

SEÑOR.

«Mi venerado padre y señor: he recibido la carta que V. M. se ha dignado escribirme con fecha de antes de ayer, y trataré de responder á todos los puntos que abraza con la moderacion y respeto debido á V. M.

Trata V. M. en primer lugar de sincerar su conducta con respecto á la Francia desde la paz de Basilea, y en verdad que no creo haya habido en España quien se haya quejado de ella; antes bien todos unánimes han alabado á V. M. por su constancia y fidelidad en los principios que habia adoptado. Los mios en esta particular son enteramente idénticos á los de V. M., y he dado pruebas irrefragables de ello desde el momento en que V. M. abdicó en mi la corona.

La causa del Escorial, que V. M. dá á entender tuvo por origen el odio que mi muger me habia inspirado contra la Francia, contra los ministros de V. M., contra mi amada madre, y contra V. M. mismo, si se hubiese seguido por todos los trámites legales, habria probado evidentemente lo contrario; y no obstante que yo no tenia la menor influencia, ni mas libertad que la aparente, en que estaba guardado á vista por los criados que Vuestra Magestad quiso ponerme, los once consejeros elejidos por V. M. fueron unanimemente de parecer que no habia motivo de acusacion, y que los supuestos reos eran inocentes.

V. M. habla de la desconfianza que le causaba la entrada de tantas tropas extrangeras en España, y de que si V. M. habia llamado las que tenia en Portugal, y reunido en Aranjuez y sus cercanias las que habia en Madrid, no era para abandonar á sus vasallos sino para sostener la gloria del trono. Permítame Vuestra Magestad le haga presente, que no debia sorprenderle la entrada de unas tropas amigas y aliadas, y que bajo este concepto debian inspirar una total confianza. Permítame V. M. observarle igualmente, que las órdenes comunicadas por V. M. fueron para su viage y el de su real familia á Sevilla; que las tropas las tenian para mantener libre aquel camino, y que no hubo una sola persona que no estuviese persuadida de que el fin de quien lo dirigia todo era transportar á V. M. y real familia á América. V. M. publicó un decreto para aquietar el ánimo de sus vasallos sobre este particular; pero como seguian embargados los carruages, y apostados los tiros, y se veian todas las disposicio-

nes de un próximo viage á las costas de Andalucia, la desesperacion se apoderó de los ánimos, y resultó el movimiento de Aranjuez. La parte que yo tuve en él, V. M. sabe que no fue otra que ir por su mandado á salvar del furor del pueblo al objeto de su odio, porque le creia autor del viage.

Pregunte V. M. al emperador de los franceses, y S. M. I. le dirá sin duda lo mismo que me dijo á mi en una carta que me escribió á Vitoria; á saber que el objeto del viage de S. M. I. á Madrid era inducir á V. M. á algunas reformas, y á que se separase de su lado al príncipe de la Paz, cuya influencia era la causa de todos los males.

El entusiasmo que su arresto produjo en toda la nacion, es una prueba evidente de lo mismo que dijo el emperador. Por lo demas V. M. es buen testigo de que en medio de la fermentacion de Aranjuez no se oyó una sola palabra contra V. M., ni contra persona alguna de su real familia; antes bien aplaudieron á V. M. con las mayores demostraciones de júbilo y de fidelidad hácia su augusta persona: así es que la abdicacion de la corona que V. M. hizo en mi favor, sorprendió á todos, y á mi mismo, porque nadie lo esperaba, ni la habia solicitado. Vuestra Majestad comunicó su abdicacion á todos sus ministros, dándome á reconocer á ellos por su rey y señor natural; la comunicó verbalmente al cuerpo diplomático que residia cerca de su persona, manifestándole que su determinacion procedia de su espontánea voluntad, y que la tenia tomada de antemano. Esto mismo lo dijo V. M. á su muy amado hermano el infante Don Antonio, añadiéndole que la firma que V. M. habia puesto al decreto de abdicacion era la que habia hecho con mas satisfaccion en su vida, y últimamente me dijo V. M. á mi mismo tres dias despues, que no creyese que la abdicacion habia sido involuntaria, como alguno decia, pues habia sido totalmente libre y espontánea.

Mi supuesto odio contra la Francia, tan lejos de aparecer por ningun lado, resultará de los hechos que voy á recorrer rápidamente todo lo contrario.

Apenas abdicó V. M. la corona en mi favor, dirigí varias cartas desde Aranjuez al emperador de los franceses, las cuales son otras tantas protestas de que mis principios con respecto á las relaciones de amistad y estrecha alianza, que felizmente subsistian entre ambos estados, eran los mismos que V. M. me habia inspirado, y habia observado inviolablemente. Mi viage á Ma-

drid fue otra de las mayores pruebas que pude dar á S. M. I. de la confianza ilimitada que me inspiraba, puesto que habiendo entrado el principe Murat el dia anterior en Madrid con una gran parte de su ejército, y estando la villa sin guarnicion, fue lo mismo que entregarme en sus manos. A los dos dias de mi residencia en la corte se me dió cuenta de la correspondencia particular de V. M. con el emperador, y hallé que V. M. le habia pedido recientemente una princesa de su familia para enlazarla conmigo, y asegurar mas de este modo la union y estrecha alianza que reinaba entre los dos estados. Conforme enteramente con los principios y con la voluntad de V. M. escribi una carta al emperador pidiéndole la princesa por esposa.

Envié una diputacion á Bayona para que cumplimentase en mi nombre á S. M. I.: hice que partiese poco despues mi muy querido hermano el infante Don Cárlos para que lo obsequiase en la frontera; y no contento con esto salí yo mismo de Madrid en fuerza de las seguridades que me habia dado el embajador de S. M. I., el gran duque de Berg, y el general Savary, que acababa de llegar de Paris, y me pidió una audiencia para decirme de parte del emperador que S. M. I. no deseaba saber otra cosa de mi, sino si mi sistema con respecto á la Francia seria el mismo que el de V. M., en cuyo caso el emperador me reconoceria como rey de España, y prescindiria de todo lo demas.

Lleno de confianza en estas promesas, y persuadido de encontrar en el camino á S. M. I., vine hasta esta ciudad, y en el mismo dia en que llegué se hicieron verbalmente proposiciones á algunos sugetos de mi comitiva tan agenas de lo que hasta entonces se habia tratado, que ni mi honor, ni mi conciencia, ni los deberes que me impuse cuando las córtes me juraron por su príncipe y señor, ni los que me impuse nuevamente cuando acepté la corona que V. M. tuvo á bien abdicar en mi favor, me han permitido acceder á ellas.

No comprendo como puedan hallarse cartas mias en poder del emperador que prueben mi odio contra la Francia despues de tantas pruebas de amistad como le he dado; y no habiendo escrito yo cosa alguna que lo indique.

Posteriormente se me ha presentado una copia de la protesta que V. M. hizo al emperador sobre la nulidad de la abdicacion: y luego que V. M. llegó á esta ciudad, preguntándole yo sobre ello, me dijo V. M. que la abdicacion habia sido libre, aunque no para siempre. Le pregunté asimismo porqué no me lo habia

dicho cuando la hizo, y V. M. me respondió porque no habia querido; de lo cual se infiere que la abdicacion no fue violenta, y que yo no pude saber que V. M. pensaba en volver á tomar las riendas del gobierno. Tambien me dijo V. M. que ni queria reinar, ni volver á España.

A pesar de esto en la carta que tuve la honra de poner en las manos de V. M., manifestaba estar dispuesto á renunciar la corona en su favor, mediante la reunion de las córtes, ó en falta de estas de los consejos y diputados de los reinos; no porque esto lo creyese necesario para dar valor á la renuncia, sino porque lo juzgo muy conveniente para evitar la repugnancia de esta novedad, capaz de producir choques y partidos, y para salvar todas las consideraciones debidas á la dignidad de V. M.; á mi honor y á la tranquilidad de los reinos.

En el caso que V. M. no quiera reinar por sí, reinaré yo en su real nombre ó en el mio, porque á nadie corresponde sino á mí el representar su persona, teniendo, como tengo, en mi favor el voto de las leyes y de los pueblos, ni es posible que otro alguno tenga tanto interes como yo en su prosperidad.

Repito á V. M. nuevamente que en tales circunstancias, y bajo dichas condiciones, estaré pronto á acompañar á V. M. á España para hacer alli mi abdicacion en la referida forma: y en cuanto á lo que V. M. me ha dicho de no querer volver á España, le pido con las lágrimas en los ojos, y por cuanto hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra, que en caso de no querer con efecto reinar, no deje un pais ya conocido, en que podrá elegir el clima mas análogo á su quebrantada salud, y en el que le aseguro podrá disfrutar las mayores comodidades y tranquilidad de ánimo que en otro alguno.

Ruego por último á V. M. encarecidamente que se penetre de nuestra situacion actual y de que se trata de excluir para siempre del trono de España nuestra dinastia, substituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el expreso consentimiento de los individuos qbe tienen y puedan tener derecho á la corona, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nacion española reunida en córtes y en lugar seguro: que ademas de esto, hallándonos en un pais extraño, no habria quien se persuadiese que obrábamos con libertad, y esta sola circunstancia anularia cuanto hiciésemos, y podria producir fatales consecuencias.

Antes de acabar esta carta permítame V. M. decirle que los

consejeros que V. M. llama pérfidos, jamas me han aconsejado cosa que desdiga del respeto, amor y veneracion que siempre he profesado y profesaré á V. M., cuya importante vida ruego á Dios conserve felices y dilatados años. Bayona 4 de mayo de 1808.=Señor.=A L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo.= Fernando.»

***

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

«Venerado padre y señor: el 1.° del corriente puse en las reales manos de V. M. la renuncia de mi corona en su favor. He creido de mi obligacion modificarla con las limitaciones convenientes al decoro de V. M., á la tranquilidad de mis reinos, y á la conservacion de mi honor y reputacion. No sin grande sorpresa he visto la indignacion que han producido en el real ánimo de V. M. unas modificaciones dictadas por la prudencia, y reclamadas por el amor de que soy dendor á mis vasallos.

Sin mas motivo que este ha creido V. M. que podia ultrajarme á la presencia de mi venerada madre y del emperador con los titulos mas humillantes; y no contento con esto exige de mi que formalice la renuncia sin límites ni condiciones, so pena de que yo y cuantos componen mi comitiva seremos tratados como reos de conspiracion. En tal estado de cosas hago la renuncia que V. M. me ordena, para que vuelva el gobierno de la España á el estado en que se hallaba en 19 de marzo en que V. M. hizo la abdicacion espontánea de su corona en mi favor.

Dios guarde la importante vida de V. M. los muchos años que le desea, postrado á L. R. P. de V. M., su mas amante y rendido hijo.=Fernando.=Pedro Cevallos.=Bayona 6 de mayo de 1808.»

INDICE

CAPITULO PRIMERO

PROCLAMA DEL 6 DE OCTUBRE

Págs.

Espíritu público en España.—El Príncipe y la Princesa de Asturias.—La guerra de Austria.—Ulma-Austerlitz.—Ocupación de Nápoles.—El nuevo soberano.—Proyectos ambiciosos de Godoy.—Su fracaso y desquite.—Negociaciones para la paz general.—Conducta de Napoleón con España.—Los Reyes de Etruria.—La Regente.—Muere la Princesa.—Intriga palaciega desconocida.—Cambio en la política española.—Manejos de Godoy.—Guerra de Prusia.—Proclama del 6 de Octubre.—Efectos que produce.—Habilidad ó prudencia de Napoleón.—Consecuencias.—Se reconoce el nuevo reino de Nápoles.—El bloqueo continental.—La expedición española al Norte 3

CAPITULO II

BUENOS AIRES Y FONTAINEBLEAU

Los ingleses contra nuestras colonias.—Miranda.—En Venezuela.—Su fracaso.—En Buenos Aires.—Desembarcan los ingleses.—Son rechazados en las Barracas.—Capitulación de Buenos Aires.—Conducta de Sobremonte.—Liniers y Huidobro.—Preliminares de la Recoquista.—Ocupación del Retiro.—Entrada en la ciudad.—Se rinde Beresford.—Su fuga.—Efectos de la reconquista.—Proceso de Popham.—Segunda expedición.—Pérdida de Montevideo.—Defensas de Buenos Aires.—Desembarco de los ingleses.—Acción del Riachuelo.—Plan de Whitelock.—Asalto del Retiro.—El de la ciudad.—Capitulan los ingleses.—Consideraciones.—Cumplimiento de la capitulación.—Murray.—Whitelock.—Alegría en España.—Artes de Napoleón.—La Corte de España.—M. de Beauharnais.—Carta de D. Fernando á Napoleón.—Napoleón vuelve á sus proyectos contra Portugal.—Contra Etruria.—Su resolución definitiva.—Tratado de Fontainebleau.—Su examen. 77

Págs.

CAPITULO III

CAUSA DEL ESCORIAL

La carta de D. Fernando.—Prisión del Príncipe.—Causa del Escorial. —Los papeles cogidos al Príncipe.—Cartas del Rey á Napoleón.—Influencia del Emperador en aquel proceso.—Cartas del Príncipe á sus padres.—Temores que despierta el proceso.—Nuevo tribunal.—La sentencia.—Vacilaciones de Napoleón.—Talleyrand.—M, de Méneval.—La elegida para D. Fernando.—La Reina de Etruria.—Su viaje á Milán.—Entrevista con Napoleón.—Viene á España.—Entrada de Junot en la Península.—Efectos que produce.—Su marcha á Salamanca.—Pasa á Alcántara.—Ejércitos españoles.—Sus posiciones en la frontera.—El Portugal.—Su situación política y militar.—La del Regente y sus resoluciones..... 139

CAPITULO IV

LA INVASION

Plan y preparativos para la invasión de Portugal.—Instrucciones á los generales.—Entra Junot.—Su marcha á Abrantes.—Dirígese Carrafa á Thomar y Oporto.—Misión de Barreto.—Continúa Junot á Lisboa. Embarque de la familia real.—Decretos de Junot.—Las tropas de Carrafa. - Las de Taranco.—Las de Solano.—Su conducta y concepto que merecen.—Motín de Lisboa.—La Casa de Braganza deja de reinar en Portugal. - Invasión de España.—Entrada de Dupont.—La de Moncey.—La de Darmagnac.—La de Duhesme.—Ocupación de Pamplona.—La de Barcelona y del castillo de Figueras.—La de San Sebastián y del castillo de Pancorbo.—Entra Murat en España.—Se dirige á Madrid con Dupont y Moncey.—Sus instrucciones.—Opinión de los españoles..... 201

CAPITULO V

ARANJUEZ Y LA ABDICACION

Alarma en la Corte.—Misión de Izquierdo.—Indignidades de Napoleón. Opiniones de Izquierdo.—Contestación del Rey.—Proyecto de fuga. Disposiciones militares para efectuarla.—Van á Aranjuez tropas de Madrid.—Oposición del Consejo.—Proclama del Rey.—Sus efectos.—Razón del viaje.—Motín de Aranjuez.—El del 17 de Marzo.—Destitución de Godoy.—El del 19.—Prisión de Godoy.—Lo salva D. Fernando.—Abdicación de Carlos IV.—El príncipe de Asturias, Rey.—Alborotos en Madrid.—Alegría en toda España.—Intrigas de Murat.—Su correspondencia con la familia real.—El general Monthion.—Protesta de D. Carlos.—Nuevo gobierno.—Entrada del Rey Fernando en

Págs.

Madrid.—Descortesía de Murat.—Cambio en la opinión.—Destino de Godoy.—Los reyes padres al Escorial.—Efectos de estos sucesos en París.—Conducta de Napoleón.—Tristes pronósticos. 267

CAPITULO VI

CONCLUSION

Resumen histórico del reinado de Carlos IV.—Gobernación general del Estado.—Política interior.—La internacional.—La colonial.—El Ejército.—La Armada.—La Hacienda.—La Agricultura.—La Indsutria.—El Comercio.—Las Letras.—El Teatro.—Artes y Ciencias.—La Iglesia.—La Administración de justicia..... 389

APÉNDICES

		Págs.
Número 1.º		447
» 2.º		450
» 3.º		452
» 4.º		454
» 5.º	Estado de las tropas que componían la división expedicionaria del Norte al mando del Marqués de la Romana en la época de su formación	457
» 6.º	Noticias de Buenos Ayres	458
» 7.º	Causa del Escorial	467
» 8.º		469
» 9.º	Estado de fuerza de las divisiones españolas que componían el ejército de Portugal en 1808	470
» 10	Motín de Aranjuez	473
» 11		488
» 12		502
» 13		508

PLANTILLA DE LÁMINAS

Págs.

María Antonia, princesa de Asturias, primera mujer de Fernando VII.. 4
Los reyes de Etruria. Reproducción de las medallas de J. A. Santarelli, grabadas por Rafael Morghen..... 28
Reconquista de la ciudad de Buenos Ayres por Luner y Concha el 10 de Agosto de 1806..... 90
Ataque del convento de Santo Domingo de Buenos Ayres por las tropas españolas en 5 de Julio de 1807..... 106
Don Juan VI de Portugal..... 196
Murat. Copia de un retrato de Appiani..... 256
Don Juan Escoiquiz, canónigo de Toledo y preceptor del Príncipe de Asturias..... 340
El infante D. Antonio, hermano de Carlos IV..... 344
Don Buenaventura Moreno, jefe de Escuadra de la Real Armada..... 417
Don Leandro Moratín..... 429
Isidoro Máiquez..... 433
Goya..... 434
Tapiz de Goya que se conserva en la colección del Real Sitio de El Escorial..... 436
Doña María Josefa Pimentel, condesa-duquesa de Benavente..... 444

LIBRARY
JUN
1964
UNIVERSITY OF TORONTO

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 01 08 07 016 1